

The Signs of the Times

**Colección de escritos de Elena G. de White en el
periódico The Signs of the Times**

Volumen 9

14 de octubre 1897 – 30 de mayo de 1900

Elena G. de White

Contenido

14 de octubre de 1897	7
21 de octubre de 1897	10
28 de octubre de 1897	13
4 de noviembre de 1897	15
11 de noviembre de 1897	18
18 de noviembre de 1897	21
25 de noviembre de 1897	24
2 de diciembre de 1897	26
9 de diciembre de 1897	29
16 de diciembre de 1897	32
23 de diciembre de 1897	36
6 de enero de 1898	41
13 de enero de 1898	45
20 de enero de 1898	47
27 de enero de 1898	51
3 de febrero de 1898.....	54
10 de febrero de 1898.....	58
17 de febrero de 1898.....	61
24 de febrero de 1898.....	64
3 de marzo de 1898	67
10 de marzo de 1898	71
17 de marzo de 1898	74
24 de marzo de 1898	76
31 de marzo de 1898	80
7 de abril de 1898	83
14 de abril de 1898	87
21 de abril de 1898	91
28 de abril de 1898	94

5 de mayo de 1898	98
12 de mayo de 1898	101
19 de mayo de 1898	104
26 de mayo de 1898	108
2 de junio de 1898	111
9 de junio de 1898	114
16 de junio de 1898	117
23 de junio de 1898	121
30 de junio de 1898	124
7 de julio de 1898	127
14 de julio de 1898	130
21 de julio de 1898	133
28 de julio de 1898	137
4 de agosto de 1898	140
11 de agosto de 1898	143
18 de agosto de 1898	147
25 de agosto de 1898	150
1 de septiembre de 1898	154
8 de septiembre de 1898	157
15 de septiembre de 1898	159
22 de septiembre de 1898	163
29 de septiembre de 1898	165
6 de octubre de 1898	169
13 de octubre de 1898	173
20 de octubre de 1898	176
27 de octubre de 1898	178
3 de noviembre de 1898	181
10 de noviembre de 1898	184
17 de noviembre de 1898	187

24 de noviembre de 1898	190
1 de diciembre de 1898	192
8 de diciembre de 1898	194
15 de diciembre de 1898	198
22 de diciembre de 1898	201
4 de enero de 1899	203
11 de enero de 1899.....	205
18 de enero de 1899	208
25 de enero de 1899	212
1 de febrero de 1899.....	214
8 de febrero de 1899.....	218
15 de febrero de 1899.....	220
22 de febrero de 1899.....	224
1 de marzo de 1899	227
8 de marzo de 1899	230
15 de marzo de 1899	233
5 de abril de 1899	237
3 de mayo de 1899	239
10 de mayo de 1899	243
17 de mayo de 1899	247
24 de mayo de 1899	250
21 de junio de 1899	253
28 de junio de 1899.....	256
4 de julio de 1899	259
12 de julio de 1899	263
19 de julio de 1899.....	266
26 de julio de 1899	269
2 de agosto de 1899.....	272
9 de agosto de 1899.....	274

16 de agosto de 1899.....	278
23 de agosto de 1899.....	282
30 de agosto de 1899.....	286
6 de septiembre de 1899.....	288
13 de septiembre de 1899.....	292
20 de septiembre de 1899.....	295
27 de septiembre de 1899.....	298
4 de octubre de 1899.....	301
11 de octubre de 1899.....	304
18 de octubre de 1899.....	308
25 de octubre de 1899.....	310
1 de noviembre de 1899.....	313
8 de noviembre de 1899.....	317
15 de noviembre de 1899.....	320
22 de noviembre de 1899.....	324
29 de noviembre de 1899.....	327
13 de diciembre de 1899.....	329
20 de diciembre de 1899.....	332
27 de diciembre de 1899.....	336
3 de enero de 1900.....	338
10 de enero de 1900.....	341
17 de enero de 1900.....	344
24 de enero de 1900.....	350
31 de enero de 1900.....	352
7 de febrero de 1900.....	358
14 de febrero de 1900.....	361
21 de febrero de 1900.....	366
28 de febrero de 1900.....	369
14 de marzo de 1900.....	371

21 de marzo de 1900	379
28 de marzo de 1900	382
4 de abril de 1900	386
11 de abril de 1900	390
18 de abril de 1900	392
25 de abril de 1900	395
2 de mayo de 1900	398
9 de mayo de 1900	401
16 de mayo de 1900	405
23 de mayo de 1900	407
30 de mayo de 1900	410

SECABIPP

14 de octubre de 1897

Para que seamos partícipes de la naturaleza divina

EGW

"Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que han alcanzado fe semejante a la nuestra por la justicia de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo; gracia y paz os sean multiplicadas por el conocimiento de Dios y de Jesús nuestro Señor, según su divino poder nos ha dado todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó a la gloria y a la virtud; por las cuales nos han sido dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia."

Nuestra felicidad futura y eterna depende de que nuestra humanidad, con todas sus capacidades y poderes, sea puesta en obediencia a Dios, bajo el control de la Divinidad. Muchos no tienen verdadera fe en Cristo. Dicen: "Fue fácil para Cristo obedecer la voluntad del Padre; porque era divino". Pero la Palabra de Dios declara: "Fue tentado en todo según nuestra semejanza". Cristo fue tentado según la elevación de su mente; pero no quiso debilitar ni mutilar su poder divino cediendo a la tentación. En su vida en la tierra fue un representante de lo que los hombres pueden llegar a ser mediante los privilegios y oportunidades que se les conceden en él.

Para que la familia humana no tuviera excusa por la tentación, Cristo se hizo uno con ellos. El único ser que era uno con Dios vivió la ley en la humanidad, descendió a la humilde vida de un trabajador común, y trabajó en el banco del carpintero con su padre terrenal. Vivió la vida que Él exige de todos los que pretenden ser sus hijos. De este modo quedó cortado el poderoso argumento de Satanás de que Dios exigía de la humanidad una abnegación y sujeción que él mismo no haría. Las armas que Satanás quería usar contra Dios le fueron quitadas de las manos.

Cuando Satanás tentó a nuestros primeros padres en el Edén, dijo: "Sí, ¿ha dicho Dios: No comeréis de todo árbol del jardín? ... No moriréis ciertamente; porque Dios sabe que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal". Así trató de halagar a Eva para que creyera que debían ser elevados por encima de la esfera de la humanidad. Pero Cristo, con el ejemplo que nos ha dado, anima a la familia humana a ser

hombres, obedeciendo la Palabra de Dios dentro de la esfera de su humanidad. Él mismo se hizo hombre, no esclavo de Satanás para realizar sus atributos, sino hombre con poder moral, obediente a la ley de Dios, que es el trasunto de su carácter.

Cristo se hizo hombre para mediar entre el hombre y Dios. Revistió su divinidad de humanidad, se asoció al género humano, para rodear con su brazo humano a la humanidad y asir con su brazo divino el trono de la Divinidad. Y esta humillación suya fue para devolver al hombre la mente original, la imagen de Dios, que perdió en el Edén por las seductoras tentaciones de Satanás, para que el hombre comprendiera que obedecer las exigencias de Dios es para su bien presente y eterno. La desobediencia no está de acuerdo con la naturaleza que Dios dio al hombre en el Edén.

El Señor ha entregado a Jesús a nuestro mundo, a una vida de sufrimiento y a una muerte vergonzosa, para salvar a las almas que perecen. En lugar de castigar al pecador culpable, el Señor permitió que su Hijo unigénito sufriera la pena de la transgresión, para que el hombre tuviera otra oportunidad, para que se le concediera otra libertad condicional en la que pudiera volver de su transgresión a su lealtad a Dios. Al morir así por el hombre, Cristo ha demostrado que su amor por la familia humana es sin medida. Y habiendo hecho esto, no retendrá ninguna facilidad, ningún don del cielo, que permita al hombre llevar a cabo la gloriosa obra de la salvación.

Dios quiere que nos demos cuenta de que todo esto se hizo para contrarrestar el pecado y la rebelión contra él, y traer la justicia eterna. Cristo puede y quiere salvar perpetuamente a todos los que por él se acercan a Dios. Por medio de su siervo declara: "Porque a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". Como hijos obedientes, tenemos el privilegio de relacionarnos con Dios. "Si hijos", dice, "también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo".

Dios ama a sus hijos como ama a su Hijo unigénito. Tengamos, pues, conciencia de nuestra relación con Él, y andemos circunspectos ante el mundo. Este mundo es nuestro lugar de entrenamiento para el mundo venidero. Si queremos ser santos en el cielo, primero debemos serlo en la tierra. Dondequiera que estemos, debemos tener presente que estamos cerca de Dios. Si tan sólo creyéramos que los ángeles de Dios están constantemente a nuestro alrededor para protegernos de las asechanzas de Satanás, y para ser una ayuda presente en todo momento de necesidad, creceríamos fuertes. Al tener un sentido de nuestra compañía,

haríamos las cosas que son agradables a los ojos de Dios. Cuánto cuidado tendríamos de que nuestras palabras no ofendieran a Cristo, cuyo carácter hemos de representar ante el mundo. Necesitamos meditar y conversar sobre la misericordia, el amor y la compasión de Dios para con nosotros. Satanás no se complace en absoluto con temas tan puros, ennoblecedores y elevadores, y se aparta de nosotros. La promesa de Dios es: "Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros".

Por el poder moral que Cristo ha traído al hombre, podemos dar gracias a Dios, que nos ha hecho aptos para la herencia de los santos en luz. Por medio de Jesucristo, cada hombre puede vencer en su propio beneficio, de pie en su propia individualidad de carácter. Le llega la palabra: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Todo nuestro solaz terrenal pende de aquel cuya misión en la tierra fue dar poder a los hombres.

Cristo quiere que nos unamos a él. "Aprended de mí", dice, "que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas". Entonces seremos vencedores. Veremos su rostro y su nombre estará en nuestra frente. Seremos sus elegidos en la tierra, para gozar del reino de su gracia; estaremos con él en el mundo celestial, para participar del reino de su gloria. Seremos herederos de Dios y coherederos con Cristo, porque él es nuestra porción y nuestra herencia. Seremos partícipes de su naturaleza divina y uno con él en su perfección. Tendremos la misma vida que Jesús, porque somos hijos e hijas de Dios.

Dios tiene un reino esperando a sus hijos, a quienes ha probado y puesto a prueba en un mundo estropeado y corrompido por el pecado. Las mansiones están preparadas para todos los que se han sometido en obediencia a la ley divina. Cristo declaró a sus discípulos: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y os recibiré a mí mismo, para que donde yo esté, estéis también vosotros."

Jesús no pide a los hombres más que seguir sus huellas. Él era la Majestad del cielo, el Rey de la gloria; pero por nosotros se hizo pobre, para que nosotros con su pobreza nos enriqueciéramos. Casi sus últimas palabras para nosotros son. "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí". En vez de entristeceros, de turbaros el corazón, debéis alegraros. Por vosotros he venido al mundo. Por vosotros he sido un obrero desinteresado en el mundo. En el futuro me dedicaré, con la misma abnegación, a una obra importante en vuestro

favor. Vine al mundo para redimiros; me voy para prepararos un lugar permanente en el reino de mi Padre. Sra. E. G. White.

21 de octubre de 1897

El fariseo y el publicano

EGW

"Y dijo esta parábola a unos que confiaban en sí mismos que eran justos, y menospreciaban a los demás: Dos hombres subieron al templo a orar; el uno fariseo, y el otro publicano. El fariseo, en pie, oraba consigo mismo así: Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todo lo que poseo. Y el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido." Esta parábola fue pronunciada para mostrar la necesidad de la verdadera humildad.

Se representa a estos dos hombres acudiendo al mismo lugar para orar. Ambos venían a encontrarse con Dios. Pero ¡qué contraste había entre ellos! Uno estaba lleno de autoalabanza. Lo miraba, lo caminaba, lo oraba; el otro se daba cuenta plenamente de su propia nada. El fariseo se consideraba justo ante Dios, y así era en su propia estimación. El publicano, en su humildad, se consideraba sin derecho a la misericordia ni a la aprobación de Dios.

"Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ... ni siquiera como este publicano", oraba orgulloso el fariseo. El publicano ni siquiera levantó los ojos al cielo, sino que se golpeó el pecho, diciendo: "Dios, sé propicio a mí, pecador". El Escudriñador de corazones miró a ambos hombres, y discernió el valor de cada oración. No se fija en la apariencia exterior; no juzga como juzga el hombre. No valora al hombre según su rango, talento, educación o posición. "A éste miraré", declara, "al pobre, al de espíritu contrito, al que tiembla ante mi palabra". Vio que el fariseo estaba lleno de prepotencia y justicia propia, y el registro fue hecho contra su nombre: "Pesado en balanza, fue hallado falto". Su oración farisaica quedó sin respuesta. Pero el pobre publicano, que sólo podía decir: "Dios, sé propicio a mí, pecador", se compadeció del Señor, y su oración fue aceptada. "Os digo", dijo Cristo, "que

éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido."

"Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres". Esta oración representa las oraciones de muchos. Piensan que porque realizan deberes religiosos externos, tienen derecho a la aprobación de Dios. Como el fariseo, dicen: "Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres". Pero son egocéntricos y autosuficientes, y, aunque oran, no son bendecidos por Dios. Él les dice: "Porque dices: Soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que eres desventurado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo; yo te aconsejo que me compres oro afinado en fuego, para que seas rico; y vestiduras blancas, para que estés vestido, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas."

La Majestad del cielo se humilló desde la más alta autoridad, desde la posición de alguien igual a Dios, hasta el lugar más bajo, el de un siervo. Su hogar estaba en Nazaret, un lugar proverbial por su maldad. Sus padres se contaban entre los pobres más humildes. Su oficio era el de carpintero, y trabajaba con sus manos para hacer su parte en el sostenimiento de la familia. Para salvar al hombre pecador, dejó sus riquezas, su esplendor, su honor, su gloria, por una vida de humildad, vergüenza y oprobio. No vino para ser servido, sino para servir. No vino a hacer su voluntad, sino la voluntad de Aquel que juzga con justicia. De sus labios se oyeron las palabras: "No puedo hacer nada por mí mismo". Su humildad no consistió en una baja estimación de su propio carácter y calificaciones, sino en humillarse ante la humanidad caída, a fin de elevarla con él a una vida superior.

Una característica distintiva del pueblo de Dios

Entre las peculiaridades que deben distinguir al pueblo de Dios del mundo está su humildad. El hombre que está más cerca de Dios, y es el más honrado por él, es el que tiene menos prepotencia y justicia propia, menos confianza y seguridad en sí mismo, el que espera en Dios con humilde fe confiada. En lugar de ambicionar ser iguales a los demás en honor y posición, o tal vez incluso más altos, debemos procurar ser los humildes y fieles siervos de Cristo.

Cristo nos ha invitado: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas." En la humildad y la baja de ánimo encontramos gran paz y fortaleza. Brillan más

quienes más sienten su propia debilidad; porque los tales hacen de Cristo su justicia. Dios lleva a los hombres sobre este terreno una y otra vez, aumentando la presión hasta que la humildad perfecta y una transformación del carácter los ponen en armonía con Cristo, y son vencedores sobre sí mismos.

En el amor propio, la exaltación propia y el orgullo hay una gran debilidad; pero en la humildad hay una gran fortaleza. El orgullo y la prepotencia, comparados con la humildad y la humildad, son ciertamente debilidad. Fue la mansedumbre de nuestro Salvador, sus modales sencillos y sin pretensiones, lo que lo convirtió en un conquistador de corazones. Pero en nuestra separación de Dios, en nuestro orgullo y oscuridad, buscamos constantemente elevarnos, olvidando que la humildad de espíritu es poder.

La verdadera humildad significa trabajar para Dios, confiando enteramente en su guía. Dios mira complacido desde el cielo a los confiados y creyentes que tienen plena conciencia de su dependencia de Él. A éstos se complace en darles lo que le piden. "Sacia el alma anhelante y colma de bienes al alma hambrienta". "Los mansos comerán y se saciarán; alabarán al Señor los que le buscan". "El que confía en mí poseerá la tierra y heredará mi monte santo". A través de los buenos y malos informes, a través de las tinieblas, a través de todo el antagonismo de las agencias de Satanás, el Sol de Justicia brilla tranquilamente, buscando el mal, reprimiendo el pecado y reavivando el espíritu de los humildes y contritos.

"Así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para reanimar el espíritu de los humildes y vivificar el corazón de los contritos." "Dios escogió las cosas débiles del mundo para confundir las cosas poderosas; y las cosas viles del mundo, y las cosas despreciadas, escogió Dios, sí, y las cosas que no son, para destruir las cosas que son; para que ninguna carne se gloríe en su presencia."

Sra. E. G. White

28 de octubre de 1897

A favor o en contra de Cristo

EGW

"El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama". La mente, el corazón, la fuerza, de cada hijo e hija de Adán, pertenece a Dios. Ninguno de nosotros está en libertad de trazar su propio curso de acción a su antojo. Y no podemos ser neutrales. Nuestra influencia se ejerce para bien o para mal. No pienses que porque no manifiestas una decidida hostilidad contra Cristo, le estás haciendo un servicio. Los que piensan así engañan a sus propias almas. Cada vez que no sois guiados por el Espíritu Santo, vuestra influencia es utilizada contra Cristo. Estáis esparciendo por todas partes. No podemos retener de Cristo una porción de sus bienes y recursos confiados sin dar ventaja al poder de las tinieblas. Al retener lo que Dios nos ha dado para usar en su servicio, ya sea tiempo, o medios, o influencia, trabajamos contra él.

Los obreros de Dios deben cooperar fervorosamente con las inteligencias celestiales, empleando cada partícula de luz y gracia para la salvación de las almas por las cuales Cristo ha muerto. Cuando uno de los que profesan ser siervos de Cristo afloja su dominio, las agencias satánicas retoman la obra, hiriendo y destruyendo donde un obrero activo e interesado podría salvar y fortalecer.

Las almas están en las tinieblas del error, ignorantes de Dios, de Cristo y de la verdad. Pero demasiados de los que se llaman cristianos no llevan ninguna carga por sus semejantes. Esperan que el ministro conciba todos los planes y ponga en acción todas las influencias que han de ganar almas para la cruz de Cristo. Con mucho, el mayor número de cristianos profesos se sienten separados del mundo perecedero que los rodea. Sin embargo, forman parte de la gran red de la humanidad, y el Cielo los mira como hermanos de los pecadores, así como de los santos. Al mezclarse con los demás, ejercen una influencia que, o bien ayuda a las almas en el camino del cielo, o bien contribuye a llevarlas a la perdición. Cada uno actúa por sí mismo.

Ojalá que los que profesan ser siervos de Cristo pudieran, con los ángeles, mirar desde los atrios celestiales al mundo y a las iglesias que profesan servir a Dios y obedecer sus órdenes. Verían el precioso tiempo de Dios gastado, y nada logrado. Verían que los medios que Dios les confió se utilizan para la autogratificación y la autocomplacencia.

¿Qué más contemplarían desde los elevados cielos, de donde descienden los ángeles, cooperando con todo aquel que se dedica al servicio de Dios?-Verían que este mundo es el escenario de un conflicto continuo. Verían que a los seres humanos se les exige que ocupen puestos de servicio. Verían que innumerables agencias del mal trabajan, aprovechándose de los que están desprevenidos, para poner en funcionamiento influencias cargadas de maldad.

Verían que en el gran día del juicio los que no han trabajado por Cristo, los que han ido a la deriva, sin asumir ninguna responsabilidad, pensando en sí mismos, complaciéndose a sí mismos, serán colocados por el Juez de toda la tierra con los que hicieron el mal. Ambos recibirán la misma condena. Si a los que así malgastaron sus vidas se les diera otra probación, ¿no trabajarían sobria y rectamente, con alma y mente y fuerza, para lograr algo para el Maestro, que les dejó un ejemplo por su vida de abnegación y sacrificio, por su diligencia en la obra de salvar a las almas que perecen?

Cuando Satanás logra adormecer a los profesos seguidores de Cristo en la seguridad carnal, de modo que se duermen en su puesto, un grito de júbilo recorre las filas del enemigo invisible. El enemigo utiliza la indolencia apática y somnolienta de los cristianos para fortalecer sus fuerzas y ganar almas para su bandera. Muchos que piensan que, aunque no están haciendo ningún trabajo real para Cristo, todavía están de su lado, están permitiendo que el enemigo ocupe terreno y gane ventajas. Al no ser obreros despiertos y diligentes para el Maestro, al dejar deberes sin hacer y palabras sin decir, han permitido que Satanás se apodere de las almas.

Hay una abundancia de trabajo que hacer en nuestro mundo, y nadie con razón y conocimiento de la voluntad de Dios será excusado de hacer su parte. "Maldecid a Meroz, dijo el ángel del Señor, maldecid amargamente a sus habitantes, porque no acudieron en ayuda del Señor, contra los poderosos". Estas palabras significan mucho para los que no tienen espíritu para trabajar, ni deseo de llevar el yugo o levantar las cargas en el servicio de Cristo. Nuestra fe debe ser una fe viva. Debe obrar por amor y purificar el alma. Debemos estudiar para mostrarnos aprobados, obreros que no necesitan avergonzarse. Hemos de emplear nuestras capacidades en el servicio de Dios, demostrando así nuestra fidelidad a Él. Si hacemos sólo un tercio de lo que nuestros talentos nos permiten hacer, con los otros dos tercios de nuestro poder estamos trabajando contra Cristo.

"Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad hasta el fin, por la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado". "Tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto de la paz; sobre todo, tomando el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del impío. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos."

Sra. E. G. White

4 de noviembre de 1897

La caída de Pedro

EGW

Mientras estaba en el aposento alto, justo antes de su traición, Jesús derramó el peso de su alma en palabras de consuelo, de consejo y de oración que quedarían grabadas para siempre en los corazones y las mentes de sus discípulos. Pero en todo su discurso no hizo ninguna alusión luctuosa a sus propios sufrimientos y a su muerte. El Pastor sabe que será herido, que la vara levantada en la mano de su Padre caerá pesadamente sobre él a causa de la ley transgredida, pero sólo piensa en sus seguidores. Su corazón de tiernísimo amor procura siempre animarlos y prepararlos para su desengaño y su ausencia. Mirando en torno al pequeño rebaño que pronto se quedaría sin pastor, dijo tiernamente: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y os recibiré a mí mismo, para que donde yo esté, estéis también vosotros."

Cristo anhelaba que sus discípulos comprendieran los privilegios y ventajas que les venían por su muerte en la cruz. Si hubieran prestado atención a estas últimas lecciones, ¡qué instrucción habrían recibido! El que los amaba procuraba darles una instrucción especial. Pensaba en ellos, oraba por ellos. Sus ojos leían cada fase de su experiencia durante la terrible prueba por la que estaba a punto de pasar. ¡Oh, si hubieran podido mirar dentro de aquel corazón de infinito amor! ¡Si hubieran podido ver cuánto lo sentía por ellos! Si hubieran sabido más de Jesús, más de los engaños del corazón humano; si hubieran podido conocer el

dolor del corazón de Cristo, que el Pastor iba a ser herido y sus ovejas dispersadas; si hubieran comprendido que iba a reunir las de nuevo, para hablarles con seguridad consoladora, habrían sabido más lo que significaba su gran sacrificio.

Terminada la última cena, Cristo dirigió sus pasos hacia el lugar de su más severo sufrimiento humano. Jesús había acudido a menudo a Getsemaní con sus discípulos para meditar y orar; pero nunca antes había visitado aquel lugar con el corazón tan lleno de dolor. En tonos de la más profunda angustia se dirigió a sus discípulos: "Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al Pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas".

Ha llegado el período que ha de responder al pasado profético, y Jesús conduce a sus discípulos por las terribles escenas que están a punto de representarse. Les habla de su dispersión y abandono en el momento en que más necesita su simpatía y sus oraciones. Pero no permite que este pensamiento de tristeza deje en ellos una melancolía deprimente. Quiere que sus corazones no tengan miedo, sino que confíen en Él. Los reanima con la esperanza, asegurándoles que romperá los grilletes de la tumba. "Cuando haya resucitado", dice, "iré delante de vosotros a Galilea".

Pero ahora Pedro siente que debe hablar, y asegurar a su Maestro que nunca será culpable de abandonar a su Señor. "Aunque todos se escandalicen de ti", dice, "yo nunca me escandalizaré".

Pedro no se daba cuenta de que con esta afirmación estaba rechazando la advertencia y la reprensión de Cristo. Había llegado el momento en que el silencio era elocuencia, en que pensar en silencio era mucho mejor que cualquier discurso que hubiera podido pronunciar. Pero Pedro conocía tan poco su propio corazón que negó la veracidad de la afirmación de Cristo.

En respuesta, Jesús dijo: "De cierto te digo que esta noche, antes que cante el gallo, me negarás tres veces". Jesús podía ver el futuro. Podía leer hasta los pensamientos del corazón. Sabía que la primera negación de Pedro no se detendría allí. Su primera negación le daría ocasión para negar de nuevo, y la segunda traería consigo circunstancias que le llevarían a negar por tercera vez, y eso con maldiciones y juramentos.

En una ocasión Cristo había declarado a sus oyentes: "De cierto, de cierto os digo, que si no coméis la carne del Hijo del hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida

eterna; y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me oye vivirá por mí". Estas palabras fueron dichas para probarlos; y cuando las oyeron, muchos de sus discípulos dijeron entre sí: "Dura es esta palabra, ¿quién la puede oír?". La percepción espiritual de estos seguidores no podía captar las palabras de Cristo, y "desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él." Volviéndose a los doce, Jesús les dijo: "¿También vosotros queréis marcharos?". Pero Pedro le respondió: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros creemos y estamos seguros de que tú eres ese Cristo, el Hijo de Dios vivo".

Qué honor habría hecho Pedro a su Señor si hubiera recibido sus palabras. Cuando fue tentado a negar a su Señor, tuvo el privilegio de solicitar la ayuda de Cristo tan fervientemente como cuando, a punto de hundirse bajo las tempestuosas olas, gritó: "Señor, salva, o pereceré". Entonces su grito de auxilio le trajo una mano que asió la suya; y ahora, si hubiera dicho: "Señor, recibo tu palabra; aunque no veo que sea posible. Te amo, pero no me conozco a mí mismo; y te pido que me salves de negarte a ti, a quien tanto amo", Cristo le habría salvado de sí mismo. Le habría pedido ayuda a su Padre celestial. Habría rezado para que Pedro vigilara su temperamento, estuviera alerta cuando el enemigo lo atacaba con más fuerza, estuviera bien despierto a los asaltos de Satanás. Entonces, ¡cuán vigilante habría sido Pedro para mantener su lealtad a Cristo! Mientras otros podrían negar a su Señor, él habría permanecido firme. Habría escuchado en silencio, y aprendido de Jesús cómo comportarse bajo acusaciones y provocaciones, y en la hora más oscura. Entonces se habría acercado al Salvador, y habría honrado a Cristo.

Pero demostró ser infiel, indigno de ser el depositario del rico tesoro de la gracia de Dios. En ese momento, Pedro debería haberse examinado a sí mismo. ¡Cuán desconfiado de sí mismo debería haber sido! Pero se negó a admitir que el cuadro que se le presentaba era correcto, y en lugar de invitar a la investigación, aunque el Espíritu Santo de Dios le había revelado el carácter que manifestaría bajo la prueba y el juicio, se negó a aceptarlo.

Pedro debería haber dado por sentado que Jesús lo conocía mejor que él mismo. Debería haber humillado su corazón y haber pedido una gracia especial para que esto no sucediera. Pero esta oportunidad que se le presentó la perdió por no prestar atención ni creer en la advertencia dada. De la manera más decidida

declaró: "Aunque muera contigo, no te negaré". Pedro era completamente honesto en esta afirmación, pero no era ni la mitad de sabio de lo que se creía. Era ignorante de sí mismo. No se daba cuenta de su propia debilidad. Necesitaba desconfiar de sí mismo y tener una visión más profunda de Dios. Si hubiera humillado su alma ante Dios, en lugar de negar el escrutinio y la lectura de lo más íntimo de su alma, habría dicho con el profeta: "Ay de mí, que estoy deshecho; porque soy hombre de labios impuros."

Y lo mismo sucede hoy. La razón por la que tantos de los que profesan ser discípulos de Cristo caen en graves tentaciones, y se esfuerzan por arrepentirse, es que son deficientes en el conocimiento de sí mismos. Aquí es donde Pedro fue tan minuciosamente cribado por el enemigo. Aquí es donde miles naufragarán de fe. Pero, aunque tengamos tentaciones, aunque seamos acosados por el astuto enemigo, si tenemos el temor de Dios ante nosotros, los ángeles que sobresalen en fuerza serán enviados en nuestra ayuda, y seremos más que un rival para los poderes de las tinieblas. Jesús vive. Murió para abrir una vía de escape a una raza caída, y vive hoy para interceder por nosotros. Mientras viajamos por el camino angosto, y tenemos que contender con principados y potestades y encontrar la oposición de los enemigos, debemos tener presente que se ha hecho provisión para nosotros. La ayuda ha sido puesta sobre Uno que es poderoso, y a través de él podemos vencer.

Sra. E. G. White

(Concluido la próxima semana).

11 de noviembre de 1897

La caída de Pedro

(Concluido.)

EGW

Pedro necesitaba un conocimiento más profundo y amplio de Jesucristo. Había escuchado sus palabras y disfrutado de sus lecciones. Le había reconocido como Hijo de Dios, y creía que así era; pero sólo había tocado el margen de la fe en Cristo. Había profundidades en el conocimiento de su carácter que exigían su homenaje, su fe, su tributo de perfecta confianza e inquebrantable seguridad. "Verás cosas mayores que éstas", es la promesa que invita a aumentar la expectación.

Jesús estaba dispuesto a revelarse a Pedro. En su gran amor le habló de su negación. Trató de revelarle los defectos de su carácter y su necesidad de la ayuda que sólo Cristo podía darle. Le dijo a Pedro que estaba equivocado en sus ideas de sí mismo, y que al no recibir y creer las palabras de Cristo, estaba haciendo el mismo mal del que Cristo había declarado que sería culpable. ¡Cuán sinceras, entonces, debieron haber sido las oraciones de Pedro, para que el Señor le enseñara cómo resistir las asechanzas del diablo, cómo ser vigilante contra sus tentaciones! Pero las jactanciosas afirmaciones de Pedro, mientras se negaba a verse a sí mismo como Cristo lo veía, estaban haciendo que su luz se oscureciera.

Jesús no trató más de hacer creer a Pedro que sabía el curso que seguiría; pero sabía que "el corazón es engañoso sobre todas las cosas, y perverso." "Simón, Simón," le dijo, "he aquí Satanás ha deseado tenerte para zarandearte como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos."

El objeto de la conversión es doble, personal y relativo. Es bendecirnos y hacernos una bendición. Esta es una obra individual; pero los que profesan creer en la Palabra de Dios han acostumbrado tanto tiempo sus mentes a contentarse con cosas pequeñas que se han descalificado a sí mismos para discernir y apreciar las grandes cosas preparadas para ellos. En lugar de recibir en corazones buenos y honestos la Palabra que Dios envía en mensajes para ayudarles, elevarles, ennoblecerles y santificarles, cavilan y chismorrear sobre ella, porque corta directamente con sus inclinaciones. En lugar de ver su necesidad de conversión, consideran los medios que el Señor ha provisto para cambiar sus caracteres como cuentos ociosos. Para ellos, sus hábitos son más fuertes que la verdad. La conversión individual significa un cambio de carácter. El hombre debe ponerse en relación personal con Cristo, para que, en lugar de seguir sus propias tendencias hereditarias y cultivadas, pueda tener la mente de Cristo, colocándose bajo la influencia moldeadora del Espíritu Santo.

¡Oh, que Pedro hubiera aprendido mejor la lección dada en el capítulo quince de Juan, de la necesidad de permanecer en Cristo! "Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo -dijo Cristo- si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí". Pedro escuchaba sus palabras cuando, señalando una vid en la que había un sarmiento marchito, dijo: "Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita; y todo el que da fruto, lo limpia [poda] para que dé más fruto.... Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.... Si alguno

no permanece en mí, como pámpano es echado fuera, y se seca; y los hombres los recogen, y los echan en el fuego, y arden."

Pedro negó al Varón de dolores en su conocimiento del dolor, en la hora de su humillación; pero estaba lleno de vergüenza y dolor por su acto. Con lágrimas cegadoras se dirigió a las soledades del Huerto de Getsemaní, y allí se postró donde había visto la forma postrada de su Salvador. Recordó con remordimiento que estaba dormido mientras Jesús oraba durante aquellas horas terribles. Su orgulloso corazón se quebrantó, y lágrimas de penitencia humedecieron el césped tan recientemente manchado con las gotas de sudor sangriento del amado Hijo de Dios. Salió del huerto convertido.

Entonces, ¡qué tierno y caritativo, qué manso y perdonador se reveló Pedro! Mientras estuvo sometido a la prueba, no había sido más que un tenue reflejo del carácter de su Señor. ¡Cuánto de flaqueza, de pecado no mortificado, de descuido de espíritu, de temperamento no santificado, de negligencia al caer en la tentación, reveló, en vez de renunciar a su propio camino y voluntad! Pero ahora estaba dispuesto a compadecerse de los tentados. Era humilde y podía compadecerse de los débiles y de los descarriados. Podía amonestar y advertir a los presuntuosos, y estaba plenamente capacitado para fortalecer a sus hermanos.

La historia de Pedro tiene una lección para nosotros. Necesitamos un Cristo que permanezca con nosotros, como lo tuvo Enoc cuando caminó con Dios trescientos años. Podemos tener lo que tuvo Enoc. Podemos tener a Cristo como nuestro compañero constante. Enoc caminó con Dios, y cuando fue asaltado por el tentador, pudo hablar con Dios sobre ello. No tenía el "Escrito está" que tenemos nosotros, pero conocía a su compañero celestial. Hizo de Dios su consejero, y estaba estrechamente ligado a Jesús. Y Enoc fue honrado en su curso. Fue trasladado al cielo sin ver la muerte. Y los que serán trasladados al final de los tiempos serán los que tengan comunión con Dios en la tierra. Aquellos que manifiesten que su vida está escondida con Cristo en Dios lo representarán siempre en todas sus prácticas de vida.

El mejor testimonio que Pedro podría haber dado de Cristo en la prueba habría sido revelar sus principios firmes y, al revelar la belleza pura y santa del carácter de Cristo, mostrar que Cristo moraba en él. El Señor quería que sus seguidores revelaran en sus prácticas vitales su vida de abnegación, levantando la cruz a cada paso. Debemos mostrar nuestra consagración en cada acto. Y éste será el más alto testimonio que podamos dar de la gloria del Redentor.

La Palabra debe ser estudiada, debe gobernar en el corazón, para que podamos estar preparados para traer de la casa del tesoro cosas buenas. Deja que la Palabra de Dios more ricamente en ti; entonces cuando seas asaltado, tendrás la armadura de Dios para vestir. Habiéndolo hecho todo, podréis resistir. Cuando las huestes del infierno traten de destruirnos con tentaciones, estaréis preparados con aguda percepción para discernir sus artimañas, y enfrentaros a ellas como Cristo se enfrentó a su enemigo en el desierto, con: "Escrito está".

Cuando los hombres se sienten fuertes, entonces es cuando necesitan que se les recuerden las palabras de la inspiración: "El que piensa estar firme, mire que no caiga". Si Pedro hubiera tenido cuidado, no se habría deshonrado a sí mismo, y no habría avergonzado a Cristo. A menudo el tentado no se da cuenta de que tiene agencias celestiales invisibles trabajando en su favor; pero esto es así. Cuando sentimos nuestra debilidad personal, cuando dependemos de Cristo y no de nosotros mismos, hemos hecho lo que podemos. Entonces las inteligencias celestiales están listas para levantar un estandarte por nosotros contra el enemigo, diciendo a las agencias satánicas: "Hasta aquí llegarás, y no más lejos." En tales momentos, si Cristo nos dirigiera unas palabras, éstas serían, pronunciadas con suavidad y simpatía: "Permaneced en mi amor. Ten ánimo. Estás en el corazón de Cristo; no estás solo".

Sra. E. G. White

18 de noviembre de 1897

Palabras de despedida-Palabras de consuelo

EGW

Mientras estuvo entre ellos, Cristo trató de dar a sus discípulos todo el ánimo posible, porque iban a ser duramente probados. "No se turbe vuestro corazón - dijo-; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y os recibiré a mí mismo, para que donde yo esté, estéis también vosotros.... De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré. Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al

cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros."

Cristo mismo era la verdad. El mundo no quiso escuchar sus súplicas. No querían aceptarle como su guía; por eso no podían discernir las cosas invisibles; las cosas espirituales les eran desconocidas. Pero sus discípulos habían discernido en él el Camino, la Verdad y la Vida, y su promesa era que tendrían su presencia permanente. Tendrían un conocimiento experimental del único Dios verdadero y de Jesucristo, a quien había enviado. El que había comenzado en ellos la buena obra, la llevaría a cabo hasta el día de Jesucristo.

La idea de que su Maestro iba a dejarlos llenó de tristeza a los discípulos; pero Cristo los consoló con la seguridad de que volvería para llevarlos al lugar que les prepararía. Les aseguró que si no se iba, no podría proporcionarles un abogado; que si tan sólo supieran de las bendiciones que iban a venir a causa de su partida, no se lamentarían; se regocijarían en la presencia del Espíritu Santo, que iba a estar siempre con ellos. Les dijo que si él no se iba, no podrían hacer una obra mayor; pero que, privados de su presencia personal, por la fe lo verían y lo conocerían, y por la permanencia en su amor, al mostrar su aprecio por la verdad revelando a los demás lo que es la verdad, al obedecer sus mandamientos y dar un testimonio vivo y vital, al hacer su obra que él dejaría en sus manos, llevándola adelante hasta el fin, se convertirían en representantes de él mismo.

"No os dejaré sin consuelo -continuó Cristo-; vendré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo ya no me ve; pero vosotros me veis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él."

La importancia de la obediencia

Cristo atribuye gran importancia a la obediencia de su pueblo a los mandamientos de Dios. Deben tener un conocimiento inteligente de ellos e incorporarlos a su vida diaria. Pero el hombre sólo puede guardar los mandamientos de Dios si está en Cristo, y Cristo en él. Y mientras está en Cristo, teniendo luz en sus mandamientos, no le es posible desatender el menor de ellos. Nadie guardará la ley de Dios si no ama al unigénito del Padre. Y, con toda seguridad, si lo aman, expresarán ese amor con una obediencia firme y voluntaria. Y todos los que aman a Cristo serán amados por el Padre, que se

manifestará a ellos. En todas sus emergencias y perplejidades tendrán un ayudador en Dios.

Pero incluso a los discípulos les resultaba difícil comprender las palabras de Cristo. Que Cristo se manifestara a ellos y, sin embargo, fuera invisible para el mundo, era un misterio para ellos. No podían entender las palabras de Cristo en sentido espiritual. Pensaban en la manifestación exterior y visible. No podían asimilar el hecho de que podían tener la presencia de Cristo con ellos, y sin embargo no ser visto por el mundo. Todavía tenían que aprender que la vida espiritual interior, toda perfumada con la obediencia del amor, les daría el poder espiritual que necesitaban.

"Señor, ¿cómo es -preguntó uno de los discípulos- que te manifiestas a nosotros y no al mundo? Respondió Jesús y le dijo: Si alguno me ama, guardará mis palabras; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que oís no es mía, sino del Padre que me envió. Estas cosas os he hablado, estando aún presente con vosotros. Pero el Consolador, que es el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho."

Iluminación por el Espíritu

Cristo había tratado de aclarar lo más posible a sus mentes ofuscadas las lecciones que no comprendían. Pero no las habían comprendido. Ahora declaraba que no estaba lejos el tiempo en que cada palabra que no podían comprender sería claramente entendida como una verdad viva. Ya no diréis: "No puedo comprender". Ya no veréis a través de un cristal oscuro. Comprenderéis con todos los santos cuál sea la longitud, anchura, profundidad y altura del amor de Cristo, que excede a todo conocimiento. Tu Maestro, ascendido al cielo, defenderá la causa de todos los que creen en él. Suplicará que se os conceda poder espiritual, para que en la fuerza de Uno más poderoso que todos los enemigos de Dios y del hombre, podáis vencer a vuestros enemigos espirituales. Te pide que confíes en Él y te pongas bajo su custodia.

La promesa del Consolador presentaba una rica verdad a los discípulos. Les aseguraba que no perderían la fe en las circunstancias más difíciles. El Espíritu Santo, enviado en nombre de Cristo, había de ser su Guía, enseñándoles todas las cosas y recordándoselas todas. Este consolador había de ser el representante de Cristo, su Abogado, que aboga constantemente en favor de la raza caída.

El que conoce el fin desde el principio había previsto el ataque de las agencias satánicas; y cumplirá su Palabra a los fieles de todos los tiempos. Esa Palabra es segura y firme; ni una jota ni una tilde de ella puede fallar. El Espíritu Santo obra constantemente, enseñando, recordando, testificando, viniendo al alma como divino consolador, y convenciendo del pecado como juez y guía designado. Si los hombres se mantienen bajo la protección de Dios, él será para ellos como una fortaleza inexpugnable. Dará pruebas de que su Palabra nunca puede fallar. Demostrará ser una luz que brilla en un lugar oscuro hasta el amanecer; como el Sol de Justicia, se levantará con rayos sanadores.

Sra. E. G. White

25 de noviembre de 1897

Palabras de despedida

(Concluido.)

La paz de Cristo

EGW

En Oriente, en tiempos de Cristo, el saludo habitual cuando uno visitaba la casa de un amigo era: "Paz a esta casa"; y al dejarla usaba las mismas palabras. Pero ¡qué diferente es la despedida de Cristo! "Os dejo la paz", dice; "mi paz os doy; yo *no os la* doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo".

El mundo, en su ajetreada actividad, tratará de darnos paz. Su grito es: "Paz y seguridad"; pero no hay que depender de sus seductoras representaciones. Pero la paz que Cristo deja como legado, no la da como la da el mundo. Su regalo tiene un valor superior al que se puede calcular; es eterno.

De Cristo había escrito el profeta Isaías: "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz".

Cristo lleva el título de "Príncipe de la Paz", y sin embargo dice de sí mismo: "No penséis que he venido a enviar paz a la tierra; no he venido a enviar paz a la tierra, sino espada". Para explicar esta aparente contradicción, declaró: "En el mundo tendréis tribulación; pero en mí tendréis paz". Cristo advirtió a sus

discípulos que llegaría el tiempo en que serían odiados por todos los hombres por su causa; que serían llevados ante reyes y gobernantes; y que destruir sus vidas sería considerado como un servicio hecho a Dios. La paz que legó a sus seguidores no era una paz que evitaría todas las divisiones; era una paz dada y disfrutada en medio de las divisiones.

Cristo trajo esta paz consigo al mundo; la llevó consigo durante toda su vida terrena. Y ahora había llegado el momento en que debía dar su vida para que esa paz permaneciera siempre en el corazón por la fe. Como entonces dejó su paz a sus discípulos, así ahora la implanta y la mantiene en los corazones de todos los que acojan su presencia. Sólo de Él puede venir esa paz que el mundo no puede dar ni quitar. Su paz era la conciencia de haber hecho la voluntad de su Padre; y esa paz en su seguidor es la conciencia de que está haciendo la voluntad de Dios, y reflejando su carácter en buenas obras.

"Si me amarais", dijo Cristo, "os alegraríais, porque dije: Voy al Padre; porque mi Padre es mayor que yo. Y ahora os lo he dicho antes de que suceda, para que, cuando suceda, creáis. De aquí en adelante no hablaré mucho con vosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y nada tiene en mí. Sino para que el mundo sepa que amo al Padre; y como el Padre me dio mandamiento, así hago yo. Levantaos, vámonos de aquí".

Había llegado el momento del último intento de Satanás para vencer a Cristo. Pero Cristo declaró: No tiene nada en mí, ningún pecado que me ponga en su poder. Nada puede encontrar en mí que responda a sus sugerencias satánicas. Ningún otro ser podía decir esto sino Aquel que estaba ofreciendo su vida como sacrificio sin pecado por una raza pecadora.

"Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y la ceniza de la becerra que rocía a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? Y por esto es mediador del Nuevo Testamento, para que por medio de la muerte, para la redención de las transgresiones que había bajo el primer testamento, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna." "Y sabéis que él fue manifestado para quitar nuestros pecados; y en él no hay pecado." "Porque al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él."

Pero, ¿por qué este severo conflicto con el príncipe del mundo, cuando Jesús, durante su infancia, juventud y madurez, había vivido la ley de Dios? Con una

palabra Cristo podría haber dominado los poderes de Satanás, pero vino al mundo y tomó la humanidad para poder soportar todas las pruebas, todas las provocaciones que es posible que el hombre soporte, y sin embargo no ser provocado, ni tomar represalias de palabra, en espíritu o en acción. Por el honor y la gloria de Dios debía ofrecerse a sí mismo como sacrificio vivo e inmaculado al Padre. Debía soportar, bajo feroces tentaciones, la prueba que Adán no pudo soportar. Sufrió, siendo tentado; pero no cedió a las tentaciones de Satanás. Hizo lo que el Padre le había mandado.

Cristo era un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Los mundos no caídos, las inteligencias celestiales y la raza caída observaban cada movimiento del representante del Padre y de la humanidad perfecta. Y en su boca no se halló engaño; su carácter no tenía defecto alguno.

Toda la humillación que Cristo soportó fue en favor de la raza caída, para que el hombre tuviera la mente de Cristo. Cristo reveló al mundo el amor de Dios por el hombre caído y el amor perfecto que profesó a su Padre. Y en la humanidad ha de revelarse este mismo amor. En la raza caída ha de reflejarse la imagen misma de Dios. El corazón frío ha de avivarse y resplandecer con el amor divino. Debe latir al unísono con el corazón del Redentor. El honor de Cristo debe ser completo en la perfección del carácter de su pueblo elegido. Él desea que representen su carácter ante el mundo. En la obra de la redención, en los sufrimientos que Cristo fue llamado a soportar, debéis cooperar con él, para que seáis completos en él. Al estar unidos a él por la fe, creyéndole y recibéndole, os convertís en parte de él. Tu carácter es su gloria revelada en ti. Entonces, cuando aparezcas en su presencia, encontrarás la bendición que te espera: "Bien, buen siervo y fiel; has sido fiel en lo poco; yo te haré señor de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor."

Sra. E. G. White

2 de diciembre de 1897

En Getsemaní

EGW

"Y saliendo, se fue, como solía, al monte de los Olivos; y le siguieron también sus discípulos". "Y llegaron a un lugar que se llamaba Getsemaní; y dice a sus discípulos: Sentaos aquí, mientras yo oro." Cuando Cristo dejó a los discípulos, mandándoles que orasen por sí mismos y por él, escogió a tres, Pedro, Santiago

y Juan, y se fue aún más lejos, al retiro del huerto. Estos tres discípulos habían estado con él en su transfiguración; habían visto a los visitantes celestiales, Moisés y Elías, hablando con Jesús, y Cristo deseaba su presencia también en esta ocasión. Y "comenzó a entristecerse y a entristecerse en gran manera. Entonces les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo".

Cristo expresó su deseo de simpatía humana, y luego se retiró de ellos a un tiro de piedra. Cayendo sobre su rostro oró, diciendo: "Padre mío, si es posible, pasa de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como tú."

Al cabo de una hora, Jesús, sintiendo la necesidad de la compasión humana, se levantó del suelo y se dirigió tambaleándose al lugar donde había dejado a sus tres discípulos. Anhelaba verlos. Su naturaleza humana anhelaba simpatía humana. Anhelaba oír de ellos palabras que le aliviaran en algo su sufrimiento. Pero quedó decepcionado. No le trajeron la ayuda que ansiaba. En cambio, "los encontró durmiendo".

Justo antes de encaminar sus pasos hacia el huerto, Jesús había dicho a sus discípulos: "Todos os escandalizaréis de mí esta noche"; y ellos habían dado a Cristo las más firmes seguridades de que nunca abandonarían a su Señor, de que irían a la cárcel con él y, si fuera necesario, sufrirían y morirían con él. Y el pobre y autosuficiente Pedro había añadido: "Aunque todos se escandalicen, yo no". Pero los discípulos confiaban en sus propias fuerzas; no miraban al poderoso Auxiliador, como Cristo les había aconsejado que hicieran. Así, en el momento más crítico, cuando el Hijo de Dios necesitaba su simpatía y sus oraciones de corazón, se encontraron dormidos. Hasta el ardiente Pedro, que pocas horas antes había declarado que moriría con su Señor, dormía.

Dirigiéndose a Pedro, Jesús dijo: "Simón, ¿duermes? ¿No puedes velar una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación. El espíritu verdaderamente está preparado, pero la carne es débil". Incluso en su gran agonía estaba dispuesto a excusar la debilidad de sus discípulos. "El espíritu verdaderamente está listo", dijo, "pero la carne es débil".

De nuevo el Hijo de Dios fue presa de una agonía sobrehumana y, desfallecido y exhausto, volvió tambaleándose al lugar de su anterior lucha. Su sufrimiento fue aún mayor que antes. Poco antes, Cristo había derramado su alma en cantos de alabanza con acentos inquebrantables, como alguien que era consciente de su filiación con Dios. Había hablado a sus discípulos con palabras de ternura y amor. Ahora su voz les llegaba en el aire tranquilo de la tarde, no en tonos de

triunfo, sino llena de angustia humana. Últimamente había estado sereno en su majestad, había sido como un poderoso cedro; ahora era como una caña quebrada. Las palabras del Salvador llegaron a oídos de los somnolientos discípulos: "Padre mío, si no pasa de mí este cáliz, si no lo bebo, hágase tu voluntad". Su primer impulso fue ir a verle; pero él les había mandado que se quedasen allí, velando hasta la oración, para que no entrasen en tentación. Pero cuando Jesús volvió a ellos, los encontró durmiendo; "porque los ojos de ellos estaban agravados". "Y dejándolos, se fue otra vez, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras". "Y estando en agonía, oraba más intensamente; y su sudor era como grandes gotas de sangre que caían hasta el suelo."

Escuchad aquella oración agonizante de Cristo en el huerto de Getsemaní. Mientras los discípulos dormían bajo las ramas extendidas de los olivos, el Hijo del hombre, varón de dolores y experimentado en la aflicción, estaba postrado sobre la fría tierra. Al sobrevenirle la agonía del alma, grandes gotas de sangre salieron de sus poros, y con el rocío que caía humedecieron los tepes de Getsemaní, mientras de los labios pálidos y temblorosos salían las palabras: "Padre mío, si no pasa de mí este cáliz, si no lo bebo, hágase tu voluntad."

Cristo estaba ahora en una actitud diferente de la que había tenido antes. Hasta entonces había sido como un intercesor para otros; ahora anhelaba un intercesor para sí mismo. En la angustia de su alma, yacía postrado sobre la fría tierra. Cristo había sufrido insultos a manos de los hombres a quienes vino a bendecir y salvar; se le había acusado de estar vinculado con Belcebú, de que sus milagros de curación se realizaban por medio de agencias satánicas; pero estas cosas no le causaron la intensa agonía de alma que ahora sufría. Llevaba la pena de la transgresión de un mundo pecador. Esto no procedía de Satanás ni del hombre. Se describe mejor en las palabras del profeta: "Despierta, oh espada, contra mi Pastor, y contra el Hombre que es mi compañero, dice Jehová de los ejércitos." Cristo estaba realizando el ceño de su Padre. Ahora sufría bajo la justicia divina. Vio lo que significaba la justicia. Sintió que como sustituto y fiador del hombre debía ser atado al altar. Había tomado la copa del sufrimiento de los labios de los hombres culpables, y se proponía beberla él mismo, y en su lugar dar a los hombres la copa de la bendición.

Satanás ejerció sobre Cristo toda la fuerza de sus tentaciones. Le presentó que el pecado del mundo, tan ofensivo para Dios, era un castigo demasiado grande. Nunca más sería considerado puro, santo e inmaculado, como el Hijo unigénito de Dios. Él mismo se había convertido en pecador, y sufriría el castigo del pecado. La ira que habría caído sobre el hombre, caería ahora sobre él.

Fue aquí donde la misteriosa copa tembló en su mano. Allí pendía de un hilo el destino de un mundo perdido. ¿Su naturaleza humana soportaría la tensión? ¿Caerían sobre él los pecados de un mundo apóstata, desde la transgresión de Adán hasta el fin de los tiempos? ¿Bebería la copa? ¿O enjugaría las gotas de sangre de su frente, y desearía de su alma la culpa de un mundo que perecía, que lo colocaba a él, todo inocente, todo inmerecido, bajo la pena de una ley justa? ¿Rehusaría convertirse en sustituto y fiador del hombre, rehusaría darle otra prueba, otra libertad condicional? Aún no era demasiado tarde para negarse a beber ese horrible cáliz de sufrimiento, la ira de su Padre contra la transgresión. Podría haber dicho: "Que el transgresor voluntario reciba el castigo de su pecado, y yo volveré a mi Padre". Pero no; no hizo esta elección. A pesar de que el pecado era la cosa terrible que había abierto las compuertas del infortunio sobre el mundo, él se convertiría en la propiciación de una raza que había querido pecar.

Sra. E. G. White

(Concluido la próxima semana).

9 de diciembre de 1897

En Getsemaní

(Concluido.)

EGW

El universo celestial había observado con intenso interés toda la vida de Cristo, cada paso desde el pesebre hasta la terrible escena presente. Y qué escena contemplaron diez mil veces diez mil ángeles, querubines y serafines. Contemplaban al Hijo de Dios, su amado Comendador, en su agonía sobrehumana, aparentemente muriendo en el campo de batalla para salvar a un mundo perdido y perecedero. Todo el cielo había escuchado aquella oración de Cristo. La agonía de su alma, que arrancó tres veces de sus labios pálidos y temblorosos el grito: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como tú", convulsionó a todo el cielo. Vieron a su Señor rodeado de legiones de fuerzas satánicas, su naturaleza humana cargada de un temor estremecedor y misterioso. Por dondequiera que mirase se extendía un horror de grandes tinieblas, más allá de la medida de las mentes humanas. Y hubo silencio en el cielo; no se tocó arpa alguna. Si los mortales hubieran visto el asombro de la hueste angélica al contemplar con silencioso dolor cómo el

Padre separaba sus rayos de luz, amor y gloria del Hijo amado, comprenderían mejor cuán ofensivo es el pecado a sus ojos.

En la crisis suprema, cuando el corazón y el alma se quiebran bajo la carga del pecado, Gabriel es enviado para fortalecer al divino Sufriente y prepararlo para recorrer su camino manchado de sangre. Y mientras el ángel sostiene su desfalleciente figura, Cristo toma el amargo cáliz y consiente en beber su contenido. Ante el que sufre se eleva el lamento de un mundo perdido y que perece, y las palabras salen de los labios manchados de sangre. "Sin embargo, si el hombre ha de perecer si yo no bebo este amargo cáliz, hágase tu voluntad y no la mía".

La profecía había declarado que el "Poderoso", el Santo del monte Parán, había de pisar solo el lagar; "del pueblo no había nadie" con él. Su propio brazo trajo la salvación; estaba listo para el sacrificio. La temible crisis había pasado. Cristo había soportado la agonía que sólo Dios podía soportar.

La naturaleza humana de Cristo era semejante a la nuestra, y el sufrimiento era más intensamente sentido por él; porque su naturaleza espiritual estaba libre de toda mancha de pecado. Por eso, su deseo de eliminar el sufrimiento era más fuerte de lo que pueden experimentar los seres humanos. Cuán intenso era el deseo de la humanidad de Cristo de escapar al desagrado de un Dios ofendido, cómo anhelaba su alma el alivio, se revela en las palabras: "Padre mío, si no pasa de mí este cáliz, si no lo bebo, hágase tu voluntad."

Sin embargo, Cristo no se había visto obligado a dar este paso. Había contemplado esta lucha. A sus discípulos les había dicho: "Tengo un bautismo con el que ser bautizado, y cómo estoy apurado hasta que se cumpla." "Ahora es vuestra hora, y el poder de las tinieblas". Había ofrecido voluntariamente su vida para salvar al mundo. Las pretensiones del gobierno de Dios habían sido malinterpretadas por las palabras y obras engañosas de Satanás, y la necesidad de un mediador fue vista y sentida por el Padre y el Hijo. Y ahora había llegado el gran antitipo de todas las ofrendas de sacrificio. En Cristo el tipo se había encontrado con el antitipo. En el sacrificio de sí mismo estaba la sustancia que simbolizaban todos los sacrificios. Al entregar su alma inmaculada en sacrificio vivo, Jesús cargaba con el pecado del mundo; soportaba la maldición de la ley; vindicaba la justicia de Dios. La separación de su Padre, el castigo por la transgresión, debía caer sobre él, para magnificar la ley de Dios y dar testimonio de su inmutabilidad. Y esto iba a zanjar para siempre la controversia entre Satanás y el Príncipe del cielo con respecto al carácter inmutable de esa ley.

El Hijo de Dios soportó la ira de Dios contra el pecado. Todo el pecado acumulado del mundo fue depositado sobre el Portador del Pecado, el que era inocente, el único que podía ser la propiciación por el pecado, porque él mismo era obediente. Era uno con Dios. Ni una mancha de corrupción había en él. Sin embargo, "siendo en forma de Dios", "no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó forma de siervo y se hizo semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz". "Porque a Aquel por quien son todas las cosas, y por quien son todas las cosas, para llevar a muchos hijos a la gloria, le convenía perfeccionar mediante el sufrimiento al Capitán de la salvación de ellos..... Porque en verdad no tomó sobre sí la naturaleza de los ángeles, sino que tomó sobre sí la simiente de Abraham. Por lo cual fue necesario que en todo fuese semejante a sus hermanos, para que fuese misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados."

¿Y todo este sufrimiento fue para dar a los hombres la libertad de transgredir la ley de Dios? -No, no. Esta escena de sufrimiento fue a causa de la ley transgredida. A fin de salvar al pecador, y sin embargo cumplir con las exigencias de la ley, fue necesario que Cristo sufriera el castigo del pecador. La falsedad de Satanás que ha colocado al mundo cristiano como transgresores de la ley de Dios, no se habría encontrado en tal compañía si sus tentaciones no hubieran tomado con ellos como lo hicieron con Adán, si por su tradición el hombre no hubiera anulado la ley de Dios en lugar de conducir a los hombres a la obediencia de todos sus mandamientos.

Fortalecido por el ángel enviado del cielo, Jesús volvió por tercera vez a sus discípulos. Y de nuevo los encontró durmiendo. Los discípulos miraron con terror y asombro su rostro, que estaba marcado de sangre y más desfigurado que el de los hijos de los hombres. Sólo una corta distancia los había separado de su Señor, y habían oído las exclamaciones de sus labios divinos. Y habían rezado al oír los fuertes gritos del Sufriente. No tenían intención de abandonar a su Señor, pero parecían paralizados por un estupor del que podrían haberse sacudido si hubieran seguido suplicando a Dios. Si los discípulos hubieran prestado atención a las palabras de su sufriente Maestro: "Orad, para que no entréis en tentación", nunca habrían permitido que el sueño aturdiere sus sentidos. Habrían participado con él en su sufrimiento.

Y al dormir así sufrieron una gran pérdida. Cristo quiso fortificarlos para la dura prueba de su fe a la que pronto serían sometidos. Si hubieran pasado ese triste período velando con el Salvador, Pedro no habría sido abandonado a sus débiles fuerzas para negar a su Señor en el momento de la prueba. Los discípulos habrían permanecido en terreno ventajoso durante las terribles escenas que se presentaban ante ellos. Podrían haber estado seguros, defendidos por los ángeles celestiales. En Dios podrían haber vencido al maligno. Si hubieran permanecido velando, no habrían perdido la fe al contemplar al Hijo de Dios muriendo en la cruz.

Y ahora oyen el pesado ruido de los soldados en el huerto. "He aquí -dijo Cristo- que el Hijo del hombre es entregado en manos de pecadores. Levantaos, vamos; el que me entrega está cerca. Y en seguida, hablando aún él, vino Judas, uno de los doce, y con él una gran multitud con espadas y palos, de parte de los príncipes de los sacerdotes, de los escribas y de los ancianos. Y el que le entregaba les había dado una señal, diciendo: Al que yo besare, ése es; prendedle, y llevadle con seguridad." Judas creía que Cristo no se dejaría prender. "En cuanto llegó, se acercó a él y le dijo: Maestro, Maestro, y le besó". "Pero Jesús dijo a Judas: ¿Traicionas al Hijo del hombre con un beso?".

"Y he aquí, uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la mano, sacó la espada e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja. Entonces Jesús le dijo: Vuelve a poner tu espada en su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y él me dará en seguida más de doce legiones de ángeles?".

A la multitud se volvió Cristo y dijo "¿Habéis salido, como contra un ladrón, con espadas y con palos para prenderme? Cada día estaba con vosotros en el templo enseñando, y no me prendisteis; pero es necesario que se cumpla la Escritura." Los discípulos estaban ahora todos juntos de nuevo, rodeando a su Señor, pero con estas palabras el terror se apoderó de ellos, y a sugerencia de Pedro, "todos le abandonaron y huyeron."

Sra. E. G. White

16 de diciembre de 1897

La obra de Cristo

EGW

Puede sorprender a algunos que la obra de Cristo se limitara a una circunferencia tan pequeña, que no se extendiera a las naciones paganas que rodeaban Palestina. Pero las naciones paganas no estaban preparadas para su obra. Y si hubiera dedicado su tiempo a la conversión del mundo gentil, habría cerrado la puerta por la que podía llevar su mensaje a la nación judía. Así las cosas, el prejuicio judío contra él era fuerte. Un discurso pronunciado por él en Nazaret enfureció tanto al pueblo que lo habrían matado si el poder divino no lo hubiera salvado de sus malvados propósitos. La turba lo echó de la sinagoga, y lo empujaba de un lado a otro, discutiendo entre sí sobre cómo podrían detener su voz por completo. Pero pronto lo perdieron de vista. Se había ido, no sabían adónde.

Cristo estaba rodeado de enemigos religiosos. "Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron". ¿Por qué el pueblo judío no recibió a su Señor? Porque la verdad no languidecía en su lengua. Se disgustaron con él porque no recibió su instrucción de los maestros religiosos de la nación. Sin embargo, él demostró que tenía un conocimiento perfecto de la economía judía tal como está representada en las Escrituras.

Los escribas y los fariseos enseñaban la ley, pero enseñaban también mandamientos de hombres, mezclando tradiciones humanas con los preceptos divinos, cubriendo los requisitos genuinos de Dios con formas y ceremonias hechas por el hombre. Así se corrompió su verdadero servicio religioso.

Cristo dio la verdadera interpretación de la ley y de los profetas, y el verdadero significado de cada tipo y símbolo. Mientras los profesos maestros de la ley hacían de ésta una carga rigurosa con sus exacciones sin importancia, Cristo permanecía solo, viviendo la ley de Dios. Aunque rechazado por su propio pueblo, no fracasó ni se desanimó. Su discriminación entre la religión verdadera y la falsa fue tan clara y nítida que los fariseos se sintieron reprobados por sus palabras. No perdonó su piedad pretenciosa, que estaba mezclada con egoísmo, hipocresía, codicia y tratos desleales. No trató de borrar la distinción que debe existir entre los principios justos que deben regir siempre la vida de los que dicen ser hijos de Dios, y los principios del mundo.

Cristo enseñó que la idea de remodelar la religión de los escribas y fariseos estaba fuera de lugar. No se puede coser un paño nuevo a un vestido viejo, porque lo nuevo se separaría de lo viejo y la rotura se haría peor. Así, la religión de Cristo no podía unirse con religiones falsas, porque los nuevos principios que se introducirían no armonizarían con los antiguos.

El servicio del templo, formado según el modelo divino, y antaño tan puro, tan sagrado y tan santo, se había contaminado con el mal. No podía ser remodelado. Estaba mezclado con los planes defectuosos de los hombres, y no podía ser reconstruido por el poder humano. El verdadero Arquitecto celestial, el que creó a los hombres, "tanto amó al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Un enviado del cielo vino a restaurar el templo en ruinas en sus sagradas y bellas proporciones.

Mientras los fariseos cargaban al pueblo con graves exacciones hechas por el hombre, Cristo revelaba el amor de Dios. La pureza inmaculada de su vida, su humildad y mansedumbre, su simpatía con todas las clases, altos y bajos, ricos y pobres, mostraron que los fariseos eran sepulcros blanqueados, que engañaban al pueblo con su profesión de santidad. El contraste entre la vida de Cristo y la de los maestros religiosos arroja una rica luz sobre el camino de los que pretendían adorar a Dios. En su persona y misión reveló el amor y la santidad de Dios, y los sacerdotes y gobernantes deberían haberle puesto delante una puerta abierta; pero eligieron las tinieblas en vez de la luz.

Aunque el campo de trabajo de Cristo estaba entre los judíos, instruyó a sus discípulos para que fueran a los que estaban fuera del campamento, llevándoles el mensaje del amor de un Salvador. Con frecuencia acudían a él gentes de otras naciones para ser curados, o para hacer alguna petición en favor de sus parientes y amigos. Escuchaban la instrucción de Cristo y, al oír sus palabras de verdad, quedaban profundamente impresionados. Estas personas representaban a la gran familia humana, que no conocía a Dios ni la verdad, pero que sentía un anhelo del alma por algo que no tenía. Al decir palabras de esperanza a estas almas cansadas e insatisfechas, al curar sus dolencias, Cristo estaba dando un ejemplo a seguir de un extremo a otro del mundo. Hablaba y actuaba en favor de toda la humanidad. Daba un mensaje a los que más tarde se convertirían en sus discípulos. En los pocos años de su obra, debía exponer el objeto de su misión y sentar las bases de la obra que habrían de emprender sus discípulos. Debía mostrar que su obra consistía en liberar a las almas de la esclavitud del pecado. Y, aunque pasaría generación tras generación, sus lecciones de servicio práctico serían repetidas por sus testigos. Iba a ascender al cielo, pero su obra iba a proseguir con mayor poder que antes, porque él y su Padre cooperarían para hacer por su pueblo cosas mayores que las que habían visto mientras él estaba entre ellos.

"Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura", es el mandato de Cristo a sus obreros. Él mismo descendió del cielo vestido de humanidad

para dar poder al hombre, haciéndole partícipe de la naturaleza divina, habiendo escapado a la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. Su largo brazo humano rodeó a la raza, mientras que con su brazo divino se aferró al trono del Infinito. Al vivir, no para complacerse a sí mismo, sino para complacer a su Padre celestial, al gastar su vida por los demás, al tratar de salvar a la humanidad sufriente, Cristo dio lecciones prácticas de abnegación y sacrificio.

Debemos trabajar mientras es de día; porque viene la noche, en la cual nadie puede trabajar. Nuestra vida se representa como un día. Cuando llega la noche, nos dormimos. Pero aunque el obrero cese en su actividad, la obra continúa, pues otros la retoman. Los agentes humanos pueden pasar, pero la obra de Cristo no cesa; sigue adelante, cada obrero haciendo servicio a Dios al trabajar como Cristo trabajó.

A menudo sentimos que en la obra de Dios hay intereses mayores que manejar, que somos incapaces de tocar. Parece que estamos atados de pies y manos. Recordemos todos que la obra de Cristo mientras estuvo en la tierra se limitó a un estrecho ámbito. Sin embargo, multitudes de todas partes del mundo escucharon sus lecciones.

Cristo dio ante sus discípulos y ante el mundo un ejemplo perfecto de verdadera religión. Y cuando los hombres muestren esa paciencia, simpatía y amor por las almas de sus semejantes que Cristo mostró, Cristo se revelará en sus seguidores. "Somos colaboradores de Dios", escribe Pablo; "vosotros sois la labranza de Dios, vosotros sois el edificio de Dios". Por su Espíritu Santo, Dios está enmarcando el edificio, utilizando hombres y mujeres santificados para componer su templo. Pero nadie puede hacer una buena obra, en casa o en el extranjero, a menos que reciba poder de lo alto. Si queremos trabajar como Cristo trabajó, debemos mirar a Cristo para que dé a nuestro trabajo eficacia y perfección. Debemos depender de Cristo, nuestro Salvador resucitado y ascendido, nuestro sustituto, nuestra garantía, nuestro poder y nuestra suficiencia.

Sra. E. G. White

23 de diciembre de 1897

El amor de Dios

EGW

Pero yo tengo un bautismo con el que ser bautizado; ¡y cómo estoy apurado hasta que se cumpla!" "Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas; su diestra y su santo brazo le han dado la victoria."

El gran plan de la redención fue trazado antes de la fundación del mundo. Y Cristo, nuestro Sustituto y Fianza, no estuvo solo en la maravillosa empresa del rescate del hombre. En el plan para salvar a un mundo perdido, el consejo fue entre ambos; el pacto de paz fue entre el Padre y el Hijo. "Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". La Majestad del cielo, el Rey de gloria, se haría siervo. El Hijo unigénito, en quien el Padre se complacía, se entregó para el rescate de una raza caída.

Los que representan a Dios Padre como falto de amor, dispuesto a descargar sobre sus criaturas pecadoras una ira vengativa, no dicen la verdad. En su oración a su Padre, Cristo dijo: "Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido". El mundo ha medido a Dios según su propia medida finita. Han juzgado y malinterpretado su verdad y su justicia. Pero Cristo pudo decir: "Yo te he conocido, porque he estado en las cámaras secretas del Altísimo". Si el mundo hubiera sido admitido en los consejos de Dios, tendrían uno y sólo un testimonio que dar, y es: "Dios es amor."

El Padre se entregó al mundo en el don de su Hijo. Fue el amor del Padre por el hombre caído lo que ideó, en unión con el Hijo, el plan de la redención. Y en este gran don se ejemplifica el carácter de Dios, como Dios de santidad y Dios de amor, para todos los que reciban por la fe al Redentor del mundo. En la crucifixión de su amado Hijo en la cruz del Calvario, da a todos los hijos e hijas de Adán una expresión de su justicia y de su amor. Esta ofrenda puso de manifiesto la inmutabilidad de la santidad de su ley. En la cruz del Calvario se han encontrado la justicia y la verdad, se han besado la justicia y la paz.

El Señor Dios omnipotente es el Dios de su pueblo. Es también un Padre tierno y amoroso, dispuesto a escuchar sus oraciones; porque Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo, no imputándole sus pecados. Dios envió a su Hijo como propiciación por ellos mediante la fe en su sangre expiatoria.

La causa del sufrimiento de Cristo

¿Cuál fue la causa del sufrimiento del amado Hijo de Dios en el jardín de Getsemaní, un sufrimiento tan intenso que forzó de sus labios palabras que revelaban la mayor angustia mental: "Mi alma está muy triste, hasta la muerte". Cristo había buscado a menudo al Padre en su aflicción y angustia de Espíritu, al contemplar con aguda congoja la situación de los habitantes de Jerusalén. A menudo, en las montañas solitarias, había orado muy fervorosamente, con fuerte llanto y lágrimas, porque de todos los pueblos sobre la faz de la tierra, ninguno estaba tan lleno de amargura y odio contra él como aquellos que habían sido favorecidos con toda ventaja temporal y espiritual. Este era el pueblo por el cual el Hijo de Dios había hecho tanto, a fin de que se convirtiera en un tesoro de rica verdad, para impartir la misma al mundo. Y este pueblo, que pretendía conocer a Dios, estaba abriendo sus corazones a los atributos de Satanás.

Para Cristo estas cosas fueron una prueba terrible. Había sufrido insultos de manos de los hombres a quienes vino a bendecir y salvar, se le había acusado de estar vinculado con Belcebú, de que sus milagros de curación se realizaban a través de agencias satánicas, pero estas cosas no le causaron la intensa agonía del alma que ahora estaba sufriendo. Llevaba la pena de la transgresión por un mundo culpable. Esto no procedía de Satanás ni del hombre. Se describe mejor en las palabras del profeta: "Despierta, oh espada, contra mi pastor, y contra el hombre que es mi compañero, dice Jehová de los ejércitos; hiere al pastor, y las ovejas serán dispersadas; y volveré mi mano sobre los pequeños."

El espíritu que los fariseos manifestaron hacia Cristo ha sido manifestado a través de todas las edades por aquellos que pretenden creer en la verdad presente. Han estado pendientes de alguna palabra o acción que pudieran utilizar en perjuicio de los mensajeros que Dios ha enviado para reprenderlos, reprenderlos y reformarlos de sus malas obras. Y cuando el pecado ha sido reprendido, su odio se ha arraigado tan profundamente como lo estaba en el corazón de los fariseos.

"Y cuando se acercó, ya en la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos comenzó a regocijarse y a alabar a Dios a gran voz por todas las maravillas que habían visto, diciendo: Bendito sea el Rey que viene en nombre del Señor; paz en el cielo y gloria en las alturas. Algunos fariseos de entre la multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. Respondiendo él, les dijo: Os digo que si éstos callaran, las piedras gritarían inmediatamente."

Esta demostración en esta ocasión respondía al pasado profético: "Oh Sión, portadora de buenas nuevas, sube al monte alto; oh Jerusalén, portadora de buenas nuevas, alza con fuerza tu voz; levántala, no temas; di a las ciudades de Judá: ¡He aquí a vuestro Dios!". Los sacerdotes y los ancianos habrían querido robar a Jesús esta adoración, pero la profecía debía cumplirse. Si la voz de su pueblo callaba, Cristo declaró que Dios pondría voz en las piedras, y se proclamaría en su nombre: "He aquí a vuestro Dios."

"Y cuando se acercó, contempló la ciudad y lloró sobre ella, diciendo: ¡Si hubieras sabido, tú también, al menos en este tu día, las cosas que pertenecen a tu paz! pero ahora están ocultas a tus ojos". En el momento en que la multitud entusiasmada contemplaba Jerusalén, la metrópoli del mundo, el templo con sus torres elevándose hacia el cielo, dorado con los rayos del sol que se ponía rápidamente, una nota extraña se introdujo en medio del regocijo general, un grito de agonía humana, seguido de la sentencia irrevocable sobre Jerusalén. El día de Jerusalén pronto terminará.

El mensaje de Dios ahora

¿Quién callará ahora, cuando se está cumpliendo la misma obra que Dios predijo que se haría? "Yo Jesús he enviado a mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, y la estrella resplandeciente de la mañana. Y el Espíritu y la esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tenga sed, que venga. Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente".

La verdad del mensaje del tercer ángel ha sido proclamada por algunos como una teoría árida. Pero todos debemos colocar en ese mensaje a Cristo, como el primero y el último, el YO SOY, la estrella resplandeciente de la mañana. Debe darse el mensaje: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". La segunda venida de Cristo está cerca, incluso a la puerta. ¿Quiénes están preparados para contemplar la estrella resplandeciente de la mañana? ¿Quiénes están preparados para glorificar a Dios? ¿Quiénes llevarán a sus propios corazones la estrella resplandeciente y matutina de la esperanza, de la misericordia, del perdón y de la paz, y proclamarán el último mensaje de misericordia que se dará al mundo? "Oh Jerusalén, que traes buenas nuevas, alza con fuerza tu voz; levántala, no temas; di a las ciudades de Judá: ¡He aquí vuestro Dios!".

El pueblo de Dios debe dar al mundo una representación del carácter de Dios en Jesucristo. Las iglesias cristianas están perdiendo rápidamente su conocimiento de Dios. Su carácter ha sido mal entendido y mal interpretado. Pero ha llegado un mensaje de Dios que debe ser proclamado. La trompeta debe dar un cierto sonido. "Yo Jesús he enviado a mi ángel a proclamar estas cosas a las iglesias". La verdad, la revelación que Jesús dio a Juan, debe sonar por todas partes. "Levanta tu voz con fuerza; levántala, no temas; di a las ciudades de Judá: ¡He aquí vuestro Dios! He aquí que el Señor Dios vendrá con mano fuerte, y su brazo se enseñoreará de él; he aquí que su recompensa está con él, y su obra delante de él. Apacentará su rebaño como un pastor: recogerá los corderos con su brazo, los llevará en su seno y conducirá suavemente a los que tienen crías."

Yo Jesús he enviado a mi ángel para daros testimonio de que estas cosas vendrán a esta generación. "¡Oh Jerusalén, Jerusalén, tú que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí, vuestra casa os es dejada desierta".

Nuestro trabajo ahora es despertar a la gente. Satanás con todos sus ángeles ha bajado con gran poder, para trabajar con todo engaño concebible para contrarrestar la obra de Dios. El Señor tiene un mensaje para su pueblo. Este mensaje será llevado, ya sea que los hombres lo acepten o lo rechacen. Como en los días de Cristo, habrá conspiraciones profundas de los poderes de las tinieblas, pero el mensaje no debe ser amortiguado con palabras suaves o discursos hermosos, gritando: Paz, paz, cuando no hay paz, a los que se están apartando de Dios. "No hay paz, dice mi Dios, para los impíos". "Clama en voz alta, no escatimes, alza tu voz como trompeta, y muestra a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob sus pecados. Sin embargo, me buscan cada día y se deleitan en conocer mis caminos, como una nación que hizo justicia y no abandonó la ordenanza de su Dios; me piden las ordenanzas de la justicia; se deleitan en acercarse a Dios."

Un ejemplo de advertencia

Todo este capítulo es aplicable a los que viven en este período de la historia de la tierra. Considerad atentamente este capítulo, porque se cumplirá. En este tiempo el mensaje ha de llegar a la gente para advertirles que no sean uno del número representado por Jesucristo como cumplimiento de la profecía: "Como en los días de Noé, así será también la venida del Hijo del Hombre. Porque

como en los días que precedieron al diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no lo supieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre." "Velad, pues, porque no sabéis a qué hora vendrá vuestro Señor. Pero sabed esto, que si el buen padre de familia hubiera sabido a qué hora vendría el ladrón, habría velado, y no habría permitido que su casa fuera destrozada. Por tanto, estad también vosotros preparados; porque a la hora que no pensáis, el Hijo del Hombre vendrá. ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor al frente de su casa para que les dé el alimento a su tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que le hará señor de todos sus bienes. Mas si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a herir a sus consiervos, y a comer y beber con los borrachos, el señor de aquel siervo vendrá en día que no lo espera, y a la hora que no sabe, y lo despedazará, y le pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes."

La vida de Cristo, en su abnegación y sacrificio, debe manifestarse en este tiempo. Este es el tiempo en que debe haber testimonios decididos por parte de todo el pueblo de Dios que guarda los mandamientos. "Por tanto, estad también vosotros preparados; porque a la hora que no pensáis, el Hijo del Hombre vendrá". Este es nuestro mensaje a cada familia que afirma conocer la verdad: "Estad también vosotros preparados". El yo debe morir. Los apetitos y las pasiones deben ser llevados a una estricta conformidad con la Palabra de Dios. La indulgencia egoísta está debilitando el poder físico, mental y moral, de modo que no hay distinción entre lo sagrado y lo común. "Entonces los que temían a Jehová hablaron muchas veces unos con otros; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito delante de él un libro de memoria para los que temían a Jehová, y para los que pensaban en su nombre. Y serán míos, dice Jehová de los ejércitos, en aquel día en que yo componga mis joyas; y los perdonaré, como el hombre perdona a su propio hijo que le sirve. Entonces volveréis y discerniréis entre el justo y el impío, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve."

Sra. E. G. White

6 de enero de 1898

El camino, la verdad y la vida

EGW

Cuando el Salvador se reunió con sus discípulos por última vez antes de su bautismo de sufrimiento, no pensaba en su agonía y muerte inminentes, sino en la amarga desilusión que les sobrevendría. Los vio abatidos y tristes; y, con un corazón lleno de simpatía y ternura hacia ellos, les dijo: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en Mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino".

Tomás mostró su incredulidad diciendo afligido: "Señor, no sabemos a dónde vas, y ¿cómo podemos saber el camino?". Esta pregunta demostraba que los discípulos no habían comprendido las repetidas lecciones de Cristo sobre el reino de los cielos y la vida futura. Pero Cristo no les reprendió. Respondió a Tomás, no sólo para instruirle a él y a sus condiscípulos, sino en beneficio de todos los que creyeran en Él a través de su palabra: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida."

Jesús hizo aquí más clara y evidente que nunca la gran verdad central de todo el Evangelio. Cada lección dada por el gran Maestro suscitaba preguntas que requerían explicación. Sus respuestas a estas preguntas presentaban la verdad con frescura y poder. Esta verdad es apropiada para todas las épocas, y se nos dice a nosotros tan verdaderamente como si Cristo en persona estuviera entre nosotros, enseñándonos las cosas del reino de Dios.

La verdad debe ser presentada al pueblo en líneas claras, y nunca fue esto más necesario que cuando Cristo vino a esta tierra. Satanás había arreglado las cosas según su propio orden. La verdad no era apreciada. Donde Dios debía reinar supremo, se veía al enemigo de Dios y del hombre. La luz se llamaba tinieblas, y las tinieblas, luz. El libertinaje y la ficción habían ocupado el lugar de la rectitud y la verdad. Los hombres parecían fascinados por el mal. Cualquier idea nueva que surgía a la vida, aunque fuera un mero capricho, parecía poseer un poder hechizante.

El nivel de moralidad era bajo. Los misterios impuros del culto del pueblo tenían un poder degradante sobre ellos; y todo lo que recordaba la bondad, la misericordia y el amor de Dios, era destruido. El pueblo ni siquiera podía soportar la nobleza hereditaria de carácter, porque esto tenía una tendencia a levantarlos de su envilecimiento. Los hombres de talento, a través de los cuales Cristo estaba obrando para llevar a cabo una reforma, fueron despreciados, y muchos de ellos sufrieron una muerte violenta.

Se adoraban las estatuas. El arte se convirtió en ministro del pecado. Casi todas las obras de arte y ciencia estaban mezcladas con la profanación. El genio fue utilizado para borrar el conocimiento de Dios. La riqueza del intelecto fue borrada de la existencia. La oscura sombra de Satanás lo cubría todo, y las únicas personas que podrían haber revelado a Dios al mundo estaban tan desprovistas de fe y amor que no se podía esperar que hicieran nada para detener la marea de infortunio.

Cristo vino a iluminar los aposentos de la mente, a disipar las tinieblas y a llenar el templo del alma de esperanza y alegría. Y la verdad que trajo no perdió nada al ser cuestionada y examinada críticamente. Cristo ilustraba a menudo sus lecciones con parábolas, que luego explicaba a los discípulos, que debían anunciar el mensaje del Evangelio.

La perversión y la mala interpretación de las Escrituras por parte de los fariseos, e incluso por parte de los que decían creer en sus palabras, hizo necesario que Cristo hablara claramente. Algunos piensan que es una desgracia cuando se proponen teorías erróneas, pero el Señor ha dicho: "Todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios." La contienda entre los corintios hizo necesario que Pablo les escribiera sus maravillosas epístolas. Si los gentiles no se hubieran apartado de la fe, Pablo no habría escrito: "Me maravillo de que os apartéis tan pronto de aquel que os llamó de la gracia de Cristo a otro evangelio, que no es otro." Fue una aplicación errónea de las Escrituras, para probar que la falsedad y el error son verdaderos. Si los tesalonicenses no hubieran malinterpretado la instrucción que recibieron, no habrían abrigado la creencia de que el Señor iba a ser revelado inmediatamente en las nubes del cielo, haciendo así necesario que Pablo presentara la verdad tal como es en Jesús, dejando constancia de una verdad importante para todos los tiempos. Y así, la oposición contra la luz y la verdad exigió de Cristo una definición más clara de la verdad. Cada vez que avance el error, obrará para bien de los que aman sinceramente a Dios; porque cuando la verdad es ensombrecida por el error, aquellos a quienes el Señor ha hecho sus centinelas harán la verdad más nítida y clara. Escudriñarán las

Escrituras en busca de pruebas de su fe. El avance del error es el llamado para que los siervos de Dios se despierten y pongan la verdad en audaz relieve.

Hay quienes prefieren iniciar ideas especulativas, y detenerse en temas nuevos, despertando así el deseo de algo nuevo y extraño, que aprender las preciosas lecciones dadas por Cristo. Algunos hacen de estas ideas especulativas el todo y en todo. Y así descuidan la búsqueda de las cualidades que deben poseer si quieren ganar la recompensa eterna. Lo único que debemos conocer es a Cristo, "el Camino, la Verdad y la Vida". "Esta es la vida eterna", dijo Él, "que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado".

"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida". Si los hombres y las mujeres oyeran estas palabras, meditaran en ellas y las creyeran de todo corazón, se acabaría toda controversia. Los hombres piensan demasiado en lo que ellos mismos pueden hacer. Se vuelven eufóricos y seguros de sí mismos. No se dan cuenta de su total dependencia de Dios. Piensan que Dios depende de su capacidad en Su obra de salvar almas. Si miraran a Jesús como el Camino, la Verdad y la Vida, se darían cuenta de la verdad de las palabras: "Sin Mí nada podéis hacer". "Nadie viene al Padre, sino por Mí", declaró Cristo. Pero mientras que las buenas obras incluso de los mejores hombres no pueden salvarlos, nadie puede salvarse sin llevar el fruto de las buenas obras. El poder santificador de Cristo en el corazón producirá frutos preciosos, y su Espíritu y poder harán que nuestras obras sean aceptables a Dios. Si por Su Espíritu Santo Cristo mora en el alma, nuestros rasgos, nuestra actitud, nuestras palabras lo revelarán al mundo.

Cristo oró para que Sus seguidores fueran uno, "como Tú, Padre, en Mí, y Yo en Ti; que ellos también sean uno en Nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado". Si la verdad fuera recibida, su poder transformador, como se ve en las vidas de los seguidores de Cristo, tendría un poder de convicción sobre los pecadores más endurecidos. La conversación santa, la conducta humilde, la mansedumbre y la bondad, presentarían un contraste tan marcado con el espíritu y el carácter de los mundanos, la línea de demarcación sería tan evidente, que esto en sí mismo traería convicción. Las palabras revelarían la pureza y la fragancia del cielo, y también serían más cortantes que espada de dos filos, penetrando hasta partir las coyunturas y los tuétanos, el alma y el espíritu.

"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida". Por el pecado, el mundo se había separado del cielo. Los hombres podrían haber mirado sin esperanza a las almenas celestiales y, angustiados y ansiosos, exclamar: "¿Cómo llegaremos a

la morada de la bienaventuranza? Con Tomás podían decir con verdad: "Señor, no sabemos a dónde vas, y ¿cómo podemos saber el camino?". Pero *con su propio cuerpo*, Cristo salvó el abismo que había abierto el pecado. He provisto un camino, dice Él, por el cual podéis volver a estar unidos con el cielo. He tendido un puente sobre el profundo e infranqueable abismo. A toda alma que desee cruzar ese abismo le daré ayuda y fuerza.

Así, los exiliados se convierten en prisioneros de la esperanza. Se les pone a prueba. Dios quiere que nos demos cuenta de la estima que pone en nosotros. Quiere que consagremos todas nuestras energías a la ayuda de los ángeles celestiales, que se esfuerzan por conducir a los hombres al Camino, la Verdad y la Vida. Los hombres elaboran su propio destino, pero Dios ayuda a toda alma que recurre a Él en su impotencia. Los que buscan a Jesús como Autor y Consumador de su fe, nunca buscan en vano. Nunca perderán el camino al Paraíso; porque están caminando en el camino verdadero, y de Cristo reciben el poder moral.

Cristo es la escalera al cielo. La base de esta escalera descansa firmemente sobre la tierra, llevada al mismo nivel de la humanidad, mientras que la ronda superior alcanza y descansa firmemente en el trono de Dios. Jacob vio la gloria de Dios brillando sobre esta escalera, mientras que el resplandor del Sol de Justicia iluminaba toda su longitud. Por esta escalera de resplandor descendían los ángeles de Dios, que se comunicaban con los habitantes de la tierra.

Sólo con la ayuda de Cristo podemos salvarnos. Si por nuestros propios esfuerzos pudiéramos alcanzar el cielo, Cristo no necesitaría haber dejado las cortes reales, para venir a un mundo todo abrasado y estropeado por la maldición, para ser varón de dolores y experimentado en quebranto, para ser tentado en todo según nuestra semejanza, y, sin embargo, sin pecado. Pero sólo podemos llegar al cielo por la escalera mística, Jesucristo; y Él vino a esta tierra para que pudiéramos hacerlo. Aquí se libró la batalla entre el príncipe de las tinieblas y el príncipe de la luz, y aquí venció Cristo en nuestro favor. Por su propia voluntad entregó su vida, para volver a tomarla; y hoy un Salvador vivo está en los atrios celestiales como nuestro Intercesor, suplicando por nosotros, para que por sus méritos seamos capaces de resistir las tentaciones del enemigo, y seamos más que vencedores por medio de Él. Él sabe socorrer a los tentados y librar de la tentación a los piadosos. Ciertamente Él es "el Camino, la Verdad y la Vida".

Sra. E. G. White

13 de enero de 1898

El camino, la verdad y la vida-Nº 2

EGW

En el anuncio: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida", Cristo de ninguna manera señaló a Sus discípulos un nuevo camino. Desde los días de Adán, el Señor ha tenido Sus representantes, hombres que han mantenido vivas las influencias que les fueron impartidas desde el cielo. Desde que se predicó el primer sermón evangélico, cuando en el Edén se declaró que la simiente de la mujer heriría a la serpiente en la cabeza, Cristo ha sido presentado como el Camino, la Verdad y la Vida. El mismo Cristo que actúa hoy entre todas las clases de personas, actuaba en los días en que vivía Adán, cuando Abel murió a manos de su hermano por haber presentado a Dios la sangre del cordero degollado, que representaba la sangre de Cristo. La fiel adhesión de Abel a los mandamientos de Dios al traer un cordero como sacrificio, ofendió a Caín. Él tenía otro camino, y este camino quería que Abel lo siguiera, en lugar de seguir el camino del Señor. Abel no quiso ceder el camino de Dios por el de su hermano, y fue asesinado. Pero aunque muerto, Abel aún habla.

Enoc fue uno de los representantes de Dios. Durante su vida en la tierra caminó con Dios, y Dios lo llevó al cielo sin ver la muerte. Enoc profetizó el gran acontecimiento que es la consumación de todas las cosas terrenales: la segunda venida de Cristo. La justicia y la fe perseverantes de Noé hicieron de él un hombre representativo. La profunda y ferviente fidelidad de Abrahán hizo que Dios lo llamara "el padre de los fieles". Por su celo abnegado Moisés recibió el testimonio de ser el más manso y humilde de toda la familia humana. Se trataba de personajes ilustres por su espiritualidad y excelencia moral.

En todas las épocas Cristo ha sido el Camino, la Verdad y la Vida. Él fue el Originador y fundamento de la economía judía. En la columna de nube guió a los hijos de Israel en su peregrinación. Todo fue ajustado y arreglado por la mano de la Divinidad. Y todo el conocimiento que vino directamente de Dios a ellos, todo el poder y la gloria de esa antigua economía, habían sido vertidos en el tesoro de la iglesia cristiana. Nada se ha perdido. La luz acumulada de generaciones es dada a la iglesia de hoy, no para ser atesorada, sino para ser circulada. Los mensajeros deben ser enviados a cada parte de la tierra, proclamando a Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida.

El templo terrenal ya no existe. Su misterioso velo se ha rasgado; sus vasos sagrados han sido demolidos, y el pueblo judío está disperso por todo el mundo. Pero los juicios que cayeron sobre esa nación son un símbolo de los que caerán sobre todos los que, como Jerusalén, no conocen el tiempo de su visitación. Que el hombre no se burle de la antigua economía judía, de la cual Cristo fue el Originador, y Aquel a quien apuntaban los tipos y las sombras. En estos tipos y sombras se revela el Evangelio eterno.

La idea de que el Antiguo Testamento ya no posee interés vital porque se ha escrito el Nuevo Testamento, es una idea fatal para el alma de quien la cree. Tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo son necesarios. El Nuevo Testamento no contiene otro Evangelio, una nueva religión. No es más que el desarrollo del Antiguo. Las épocas pasadas tienen un valor especial para nosotros; y los que ignoran las Escrituras y el poder de Dios manifestado en la historia de su pueblo, sólo comprenden vagamente la manera de obrar de Dios.

En las Escrituras, el pasado llega hasta nuestros días. La Palabra de Dios nos ofrece los tesoros de la sabiduría inspirada que se han ido acumulando de época en época. Tenemos ante nosotros ejemplos de piedad y devoción. Las vidas de estos hombres han sido registradas, no para exaltarlos, sino para hacernos sabios para la salvación, para mostrarnos los errores y equivocaciones de los hombres buenos, y para llevarnos a imitar sus virtudes. Que aquellos que hablan de la era patriarcal y profética como una era sin Cristo, lean sus Biblias con corazón humilde, orando por el poder de seguir el ejemplo de los santos hombres de Dios.

Cristo fue el camino por el que se salvaron los patriarcas y los profetas, y verter desprecio sobre este camino es verter desprecio sobre Cristo, envuelto en la columna de nube, y dando instrucciones a Moisés para que las diera a los hijos de Israel. Había mucha luz en el antiguo camino para conducir a todas las almas a las moradas de la bienaventuranza.

Los profetas de Dios hablaron menos para su propio tiempo que para las edades venideras, y especialmente para la generación que viviría en medio de las últimas escenas de la historia de esta tierra. "No para sí mismos sino para nosotros ministraron las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el Evangelio con el Espíritu Santo enviado del cielo, cosas que los ángeles desean ver". "Todas estas cosas les sucedieron como ejemplos, y están escritas para nuestra amonestación, sobre quienes ha llegado el fin del mundo". Los profetas y los apóstoles se reúnen y unen su testimonio, testificando de los

sufrimientos de Cristo, y de la gloria que le seguiría. Los maravillosos acontecimientos de la historia de los hijos de Israel no deben perderse de vista ni ignorarse por el transcurso del tiempo. Son joyas de la verdad que han sido colocadas en falsos escenarios. Cristo vino a redimir las del error y a reponerlas en el marco de la verdad, para que pudieran brillar en su pureza nativa y en su atractivo esplendor. Gracias a Él, han adquirido un lustre más brillante y poderoso que nunca.

Los patriarcas y profetas fueron hombres representativos, y a través de ellos, de siglo en siglo, se vertió en el mundo un torrente de conocimientos. Adán, arrepentido y convertido, era cristiano; Abel era cristiano; Enoc era cristiano; Noé era cristiano; Abraham era cristiano. En tipos y símbolos el Evangelio fue revelado a los de dispensaciones anteriores. Las Escrituras del Antiguo Testamento nos muestran el poder que poseían los que miraban a Cristo. Los gloriosos rayos de luz en continuo aumento se concentran en nuestro tiempo. Todos testifican de Cristo, "el Camino, la Verdad y la Vida". Pero nunca fue esta verdad tan claramente definida como en la respuesta de Cristo a las palabras: "Señor, no sabemos a dónde vas, y cómo podemos saber el camino." Cristo se nos revela en su primer advenimiento. Lo vemos sacrificando riquezas, poder y gloria por pobreza, tentación, privación y sufrimiento.

Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida. No hay muchos caminos hacia el cielo. Cada uno no puede elegir su propio camino. Cristo dice: "Yo soy el Camino.... Nadie viene al Padre sino por Mí". Si no estamos individualmente en este camino, no podremos alcanzar las mansiones celestiales. La pregunta que cada uno debe hacerse es: ¿Estoy siguiendo a Cristo porque sé que Él es el Camino, la Verdad y la Vida? ¿Estoy en el camino que conduce a la obediencia perfecta? Los que caminan por este camino nunca pierden sus fuerzas, sino que constantemente reciben nuevo poder para su marcha hacia el cielo.

Sra. E. G. White

20 de enero de 1898

El camino, la verdad y la vida-Nº 3

EGW

En respuesta a las palabras de Cristo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida", Felipe dijo: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta". "¿Tanto tiempo he estado

con vosotros, y aún no me has conocido, Felipe?". Cristo dijo: "El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre?".

Cristo vino a nuestro mundo para revelar al Padre. Cualesquiera que fuesen los atractivos que poseía, sólo manifestó los que residen en el carácter de Dios. Sus palabras revelaron la bondad, la misericordia y el amor del Padre. Su excelencia era la perfección del Padre. En cada una de sus palabras y obras puede verse la manifestación de los atributos de Su Padre.

En Cristo habitaba toda la plenitud de la Divinidad. Pero la única forma en que podía llegar a los hombres era cubriendo su gloria con un manto de humanidad. Los ángeles contemplaron la ocultación de su gloria, para que la divinidad pudiera tocar a la humanidad. Cristo conservó siempre el mayor odio hacia el pecado, pero amó la compra de su sangre. Sufrió en lugar de los hombres pecadores, llevándolos a la unión consigo mismo. Este es el misterio que los ángeles desean contemplar. Desean saber cómo Cristo pudo vivir y obrar en un mundo caído, cómo pudo mezclarse con la humanidad pecadora. Era un misterio para ellos que Aquel que odiaba el pecado con intenso odio sintiera la más tierna y compasiva simpatía por los seres que cometían el pecado.

Satanás había trabajado mucho tiempo para borrar la verdadera impresión de Dios, y para representarlo como un Dios que no tiene amor. Este es el carácter de Satanás. Carece de misericordia y compasión. Soberbio y vengativo, se deleita en la miseria que inflige a la familia humana. Con estos atributos intentó revestir al Dios del cielo.

Cristo vino a eliminar estas impresiones injustas. Vino a asegurar a los hombres que no debían temer acercarse a Dios a causa de Su grandeza y majestad. Constantemente trató de llevar la atención de Sus oyentes hacia Dios. Presentó la grandeza del amor del Padre, declarando que tenía un cuidado tan grande por Sus hijos que hasta los cabellos de su cabeza están contados. Ni un gorrión cae al suelo sin que el Padre celestial se dé cuenta. Él simpatiza con todas las criaturas que ha hecho, y si el corazón se entrega a Sus manos, y se sintoniza con Su poder, responderá con melodías y acciones de gracias.

En Su sabiduría, el Salvador nos enseña a acercarnos a Dios con la confianza de un niño. Nos instruye para que llamemos a Jehová con el cariñoso nombre de "Padre", para que no nos separemos de Él con temor y frialdad. Constantemente nos señala los emblemas del amor paternal, tratando de alentar la fe y la confianza en Dios. Nos ruega que tengamos una idea correcta del Padre. Desecha la acusación del enemigo, declarando: "Como un padre se

compadece de sus hijos, así se compadece el Señor de los que le temen". Quiere que los recuerdos de la gracia redentora capten nuestra atención, para que sepamos que toda la bondad, la misericordia, la paciencia, la tolerancia, que se ven en Él, pertenecen a Dios.

Pero a pesar del hecho de que los discípulos tuvieron el privilegio de estar con Cristo, y fueron grandemente bendecidos por su instrucción, tardaron en apropiarse de sus palabras, y muchas veces permanecieron en la ignorancia del verdadero significado de las preciosas palabras que salían de sus labios. Él les suplicó que tuvieran fe en Él. "Creedme que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí; o bien creedme por las mismas obras". "Por sus frutos los conoceréis". ¿Acaso el fruto que doy no es prueba suficiente?

"De cierto, de cierto os digo: El que cree en Mí [no con una fe fluctuante, sino como Hijo unigénito de Dios y Salvador personal], las obras que Yo hago, él las hará también; y mayores que éstas hará, porque Yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo". Los discípulos se aferraron a esta promesa por fe, y en el día de Pentecostés fue cumplida graciosamente por el Señor. Se les ordenó que no salieran de Jerusalén hasta que hubieran sido investidos de poder desde lo alto. Permanecieron, pues, en Jerusalén, ayunando y orando. Vacieron de sus corazones toda amargura, todo distanciamiento, toda diferencia; porque esto habría impedido que sus oraciones fueran una sola. Y cuando se vacieron de sí mismos, Cristo llenó el vacío. El Espíritu Santo vino sobre ellos y llenó toda la casa donde estaban sentados. Entonces se cumplió la promesa: "Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre".

El Espíritu Santo lleva a los hombres a cooperar con Dios. Este es el designio en la ayuda divina. Y, a nuestra vez, debemos conducir a otros a Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida. Al comprometernos en este trabajo con corazón y alma, somos bendecidos y fortalecidos. Dios está dispuesto a cooperar con nosotros, pero no puede hacerlo hasta que cumplamos con nuestro deber. Si los ministros y maestros aprendieran las lecciones dadas aquí tan clara y explícitamente, se produciría un gran cambio en el ministerio de la Palabra. Se darían cuenta de su total dependencia de Dios, y trabajarían para Él con todo el fervor de su corazón. El Espíritu Santo obraría en ellos y por medio de ellos, y los inconversos serían rescatados de su insensibilidad.

La gran razón por la que la iglesia no tiene más eficacia y poder es que sus miembros aman al mundo. Rechazan el Espíritu de Dios y llenan sus corazones de ídolos. Aman al mundo y las cosas del mundo, y de todos los tales declaran las palabras de la inspiración: "Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él". No están, como Cristo, en el mundo, pero no son del mundo. El Señor no puede manifestarse a cristianos profesos que aman al mundo; porque las cosas espirituales se discernen espiritualmente.

El Espíritu Santo es dado para traernos a la memoria las palabras y obras de Cristo, pronunciadas para la salvación del alma; y si este Espíritu fuera reconocido y apreciado, la vida espiritual se centuplicaría. Pero muchos no eligen recordar. Buscan más bien olvidar la buena impresión causada en la mente y el corazón. No desean cambiar su camino por el camino de Dios. Dios se demora mucho con ellos, y su Espíritu se emplea constantemente para traerles a la memoria cosas espirituales, a fin de que temas de vital importancia encuentren albergue en sus corazones. El Espíritu toma las cosas de Dios y las presenta a la mente. Constantemente la mente recibe vislumbres de Dios. Si los hombres escuchan la voz de Dios, estas impresiones espirituales se hacen más y más frecuentes, y se extienden de uno a otro hasta que la levadura parece atravesar toda la iglesia. Una presencia divina se cierne sobre el pueblo, y el resultado es un avivamiento. Las almas se convierten. Las simpatías y energías del pueblo se alistan del lado de la verdad. Dios obra en ellos, para querer y hacer lo que le agrada, rompiendo el hechizo del mundo y absorbiendo los pensamientos con temas de interés eterno.

Los motivos y atractivos más poderosos que puedan imaginarse se ofrecen para reclamar al hombre, y ganarlo del camino de la transgresión al camino de la humilde obediencia. "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él gratuitamente todas las cosas?". No podría ofrecerse un incentivo más fuerte. Nada se retiene. En Cristo Dios se dio a sí mismo. Ha enriquecido al mundo con un don incomparable. Este don es la fuente de toda paciencia, tolerancia y misericordia. En él hay amor suficiente para llenar el mundo entero. Tiene un valor infinito, pues con él se dio todo lo que el cielo podía conceder.

Nuestro gran peligro consiste en considerar los planes del Señor con fría indiferencia. Todo el cielo está trabajando activamente en los planes de Dios para la salvación de un mundo incrédulo. ¿Cómo, pues, se atreven los hombres finitos a dejar de lado los planes de Dios por los suyos propios? Al hacerlo, ponen sus almas en grave peligro. ¿No hemos de responder al amor de Dios

entregándonos a Él sin reservas, andando en su camino, decididos a hacer su voluntad? Los ángeles están alistados en esta obra. Cumplen la voluntad de Dios cooperando con el esfuerzo humano. Están llenos de asombro, porque son incapaces de medir la grandeza del amor de Dios. Los instrumentos escogidos de la justicia se unen al testimonio, diciendo: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados." Cuando los seguidores de Cristo lo ven a Él, el Camino, la Verdad y la Vida, exclaman: "Dios me libre de gloriarme, salvo en la cruz de nuestro Señor Jesucristo". Encargados de un mensaje especial, proclaman a Cristo, y a éste crucificado.

Sra. E. G. White

27 de enero de 1898

Conocer a Cristo

EGW

Mientras Cristo dirigía sus últimas palabras de instrucción a sus discípulos, antes de su crucifixión, Felipe le dijo: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta." Asombrado por su torpeza de comprensión, Cristo preguntó con dolorosa sorpresa: "¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y aún no me has conocido, Felipe?". Los discípulos habían sido compañeros de Cristo durante casi tres años; habían escuchado sus palabras, presenciado sus poderosas obras, y le habían oído decir a los fariseos mientras les leía el pensamiento: "Yo y mi Padre somos uno", y se asombraba de que aún no le conocieran. Si no hubieran sido tan lentos de comprensión, si hubieran sido oyentes y hacedores más devotos de las palabras del Salvador, no habrían contristado así su corazón de amor con su incredulidad.

La duda de Felipe exigía la pronunciación de una verdad de oro, que era esencial que los discípulos oyeran. "¿No crees que Yo estoy en el Padre, y el Padre en Mí?". preguntó Cristo. "Las palabras que os hablo, no las hablo por Mí mismo, sino que el Padre que mora en Mí, Él hace las obras. Creedme que Yo estoy en el Padre, y el Padre en Mí; o bien creedme por las mismas obras." No mucho antes de esto, Cristo había declarado solemne y decididamente: "El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió. Y el que me ve a Mí, ve al que me envió. Luz he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas".

Cristo mostró que los tesoros de la eternidad estaban a sus órdenes. No tenía ningún control sobre su disposición. Él, que no consideró un robo ser igual a Dios, trajo al mundo los tesoros acumulados de la eternidad. Con autoridad y decisión dijo que los que sufrían aquí por causa de Su nombre debían recibir su recompensa en el cielo, mostrando así Su unidad con Dios.

Hablando por inspiración del Espíritu Santo, el apóstol Pablo dice de Cristo: "Dios, que en otro tiempo y de diversas maneras habló a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo purgado por sí mismo nuestros pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas."

En su enseñanza, Cristo se refirió a Jonás. El profeta fue a Nínive a entregar el mensaje de Dios, y la advertencia resonó por las calles de la ciudad impía. Su mensaje humilló a la nación que en aquel tiempo era la más poderosa de la tierra. La proclamación de su destrucción hizo que se arrepintieran con gran humillación, y su perdición fue evitada. La ley de Dios fue venerada y el Dios de Israel honrado y exaltado en todo el mundo pagano. Los judíos recordaron siempre esta experiencia. Pero dijo Cristo: "Uno mayor que Jonás está aquí".

Salomón fue uno de los reyes más grandes que jamás haya empuñado un cetro. Construyó el magnífico templo de Jerusalén, dando carácter y grandeza a la nación judía. Los judíos lo ensalzaron y honraron, pero, de pie ante ellos, Cristo declaró: "Aquí hay uno más grande que Salomón". Habló de patriarcas y profetas que anhelaban sentarse a sus pies y aprender de Él, que se habrían considerado altamente honrados si le hubieran servido. Volviéndose a sus discípulos, dijo: "Bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron".

Cristo se apropió el título de autoridad, y afirmó su derecho a todo nuestro servicio y lealtad. "Me llamáis Maestro y Señor", dijo, "y decís bien, porque lo soy". Si alguien que no fuera Dios manifestado en carne hubiera hecho tal afirmación, se habría declarado blasfemia en los tribunales celestiales. Pero Cristo no hizo ninguna afirmación falsa. Él era verdaderamente uno con Dios. Cuán lentos de comprensión debieron ser los discípulos para pedir: "Muéstranos al Padre, y nos basta."

"Esta es la vida eterna", declaró Cristo, "que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". Estas palabras significan mucho. Sólo conociendo a Cristo podemos conocer a Dios. El Enviado de Dios llama a todos a escuchar estas palabras. Son las palabras de Dios, y todos deben prestarles atención; porque por ellas serán juzgados. Conocer a Cristo salvadoramente es ser vitalizado por el conocimiento espiritual, practicar sus palabras. Sin esto, todo lo demás carece de valor.

Cristo vino a este mundo para revelar al Padre. ¡Qué paciencia, qué ternura compasiva, qué divina compasión, qué fuerza de propósito manifestó! No fracasó ni se desanimó. Era la encarnación de la pureza, y su amor no tenía parangón. A cada paso practicaba la abnegación y el sacrificio. En su muerte fue la revelación de la reconciliación entre Dios y el hombre. Al tomar nuestra naturaleza, se unió a nosotros por los siglos de los siglos. Es nuestro representante y cabeza. Representa a nuestra raza ante Dios, llevando siempre la humanidad de la raza. Defiende ante el Padre la justicia perfecta de todos los que le aceptan.

Cristo nos llama a oír sus palabras, para que le conozcamos. "El que tiene oídos para oír, que oiga". No hemos de oír como aquellos de quienes los apóstoles dijeron: "La Palabra predicada no les aprovechó, por no haber sido mezclada con fe en los que la oyeron." Los que oyen salvíficamente son los que oyen con fe, y prestan seria atención a las cosas que han oído, no sea que en algún momento las dejen escapar.

"No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos -dice Cristo-, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre hemos echado fuera demonios, y en tu nombre hemos hecho muchas maravillas? Y entonces les diré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de maldad".

"Por tanto, cualquiera que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre una roca; y descendió la lluvia, y vinieron los torrentes, y soplaron los vientos, y azotaron aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre una roca. Y todo el que oye estas palabras mías y no las hace, será semejante a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; y descendió la lluvia, y vinieron las inundaciones, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina."

Dios ha medido cuánto costó salvar al hombre. Esta salvación fue realizada sólo por el sacrificio de Él mismo en Su Hijo. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna". Los padres terrenales aman a sus hijos. ¿Cómo se sintió entonces Dios cuando el Hijo de su amor fue despreciado por aquellos a quienes vino a elevar, ennoblecer y salvar? Lo vio agonizando en la cruz, escarnecido y escarnecido por los transeúntes, y escondió como su rostro de Él. Cristo cargaba con el pecado de todo el mundo y moría en lugar del pecador. Exalten al Dios del cielo, ustedes que pueden darse cuenta de la profundidad de Su abnegación; porque Él sufrió con Su Hijo.

El pecador debe ver a Jesús tal como es, lleno de gracia y de verdad. La paz celestial será sentida por aquellos que conocen a Aquel que nos amó primero, que es el más grande entre diez mil, y todo él codiciable. Toda duda persistente será barrida. Sus corazones arderán con el fuego del amor divino, y sus caracteres serán transformados.

Sra. E. G. White

3 de febrero de 1898

Conocer a Cristo-Nº 2

EGW

Hoy oímos las palabras de duda de Felipe repetidas por aquellos que han tenido evidencia sobre evidencia, de peso y sumamente solemnes. Los creyentes profesos en Cristo son muchos, pero pocos tienen un conocimiento experimental de Él. Para todos los propósitos prácticos, son ignorantes de Cristo. Lo conocen de lejos, pero no tienen un verdadero concepto de Él. Muchos, de edad en edad, han estado, por así decirlo, en la presencia de Cristo, han presenciado la manifestación de la luz celestial, han visto el profundo mover del Espíritu y el poder de Dios, y sin embargo no han apreciado estas muestras de gracia de su bondad y amor. Muéstranos una señal, dicen. Si tienes la verdad, muéstranos una señal. Pero el carácter y la influencia de la verdad es una señal continua. Su influencia transformadora sobre la humanidad atestigua su poder divino, y sin embargo los sentidos espirituales de los incrédulos están tan embotados que no pueden comprenderlo. Se hacen eco de las palabras: "Muéstranos al Padre, y nos basta". Y el Salvador, siempre nuestro Sacerdote y Rey, se dirige al incrédulo: "¿Tanto tiempo he estado con vosotros [en vuestra compañía], y aún no me habéis conocido?".

Esta incapacidad de comprender la verdad divina, y de ver en Cristo el carácter de Dios, hiere hoy al Salvador tan verdaderamente como cuando dijo a Felipe: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?". "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, ... lleno de gracia y de verdad". El Hijo del Dios infinito probó la muerte por todo hombre. Abandonó la corte real y revistió su divinidad de humanidad. Por nosotros se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza. Aquí no se codeaba con los reyes y los nobles, con los ricos de la tierra, sino con los pobres, con los que se veían obligados a trabajar para vivir. Fue incomprendido, falsificado, odiado, calumniado, por su propia nación. Fue "despreciado y desechado por los hombres; varón de dolores, experimentado en quebranto.... herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados." "También Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; el cual, cuando fue injuriado, no volvió a injuriar; cuando padeció, no amenazó, sino que se encomendó al que juzga justamente; el cual llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados."

Los pecados de todo hombre fueron castigados en Cristo. Fueron colocados sobre el inocente Portador del Pecado como si fueran Suyos. Fueron cargados a Su cuenta. Cristo amó tanto al hombre, por caído que esté, que vinculó Su interés con cada pecador. En Él se unieron la divinidad y la humanidad, se vinculó con cada hijo e hija de Adán. Habiendo asumido la responsabilidad de morir en lugar del pecador, Sus intereses se identifican con los de cada miembro de la familia humana. Y toda mala acción, toda transgresión, toda rebelión, ya sea de pensamiento o de acción, traspasa el corazón de Cristo, porque Él se ha comprometido a representar a la humanidad.

En la cruz del Calvario se han encontrado la misericordia y la verdad; la justicia y la paz se han besado. Al tomar la naturaleza humana, Cristo sujetó a sí mismo a cada pecador con hilos de simpatía y amor que nunca podrán romperse hasta que Él diga con terrible majestad: "El que es injusto, que siga siendo injusto; y el que es inmundo, que siga siendo inmundo; y el que es justo, que siga siendo justo; y el que es santo, que siga siendo santo. Y he aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra". Individualmente debemos aceptar a Cristo como nuestra única esperanza. Debemos conocerle. Él es nuestro Hombre de los Días, y ante Él debemos confesar y renunciar a nuestros pecados. Él hizo una completa renuncia de Sí

mismo por el hombre, y el hombre, a través de Jesús, debe hacer una completa renuncia de sí mismo a Dios.

Estudiando las palabras de Cristo tenemos todas las oportunidades para conocerle. Esto debemos hacer si queremos ser salvos. "De cierto, de cierto os digo", dijo, "que si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo; no como vuestros padres que comieron el maná, y están muertos: el que come de este pan vivirá para siempre.... El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os hablo son espíritu y son vida."

¿Conocemos a Cristo, o nos llega su voz a través de los siglos, diciendo con doloroso patetismo: "Tanto tiempo he estado con vosotros, y sin embargo no me habéis conocido?". ¿Cuál es el carácter de nuestra fe? ¿Es la misma que la de las multitudes que se agolpaban y apretaban a Cristo, o es como la de la mujer que fue curada al tocarle? Ella se abrió paso entre la multitud, diciendo: "Si tan sólo tocare su manto, quedaré sana". Y ¿cuán rápidamente distinguió Cristo el toque de la fe del toque casual de la multitud! ¿Cuál es nuestra relación con Cristo? ¿Queda ilustrada por la de aquellos que se agolpaban y le apremiaban, y que, sin embargo, no recibieron ningún beneficio, porque no le tocaron por la fe?

Muchos ignoran lamentablemente a Cristo, porque se complacen en la injusticia. Como la multitud, tocan continuamente a Cristo, pero no reciben ninguna virtud; porque no es su determinación conocerlo. Desean seguir sus propias inclinaciones. Cuando ven que pueden profesar seguir a Cristo sin practicar la abnegación, están de su parte; pero cuando se les pide que se nieguen a sí mismos, ya no se sienten atraídos por Él. Con su proceder dicen: "No quiero tu camino, Señor, sino el mío".

¿Quiénes son hoy los que han tenido todas las oportunidades de conocer a su Señor y, sin embargo, dicen: "Muéstranos al Padre, y nos basta"? ¿Qué podemos decir a aquellos que, en lo que se refiere a la experiencia personal, son tan ignorantes de Cristo? Los oráculos vivientes de Dios están en tu posesión. Escudriñad las Escrituras, porque ellas dan testimonio de Cristo. Si realmente deseas tener un conocimiento de Él, puedes obtenerlo. Escudriñad las

Escrituras, para que conozcáis a Aquel a quien conocer correctamente es vida eterna. Contempladlo, para que al contemplarlo podáis obedecer Su Palabra. Continúa buscando como joyas escondidas, para que puedas enriquecerte espiritualmente. Medita sobre las palabras de Cristo, y aprende lo que Él es para ti. Al confesarle, alzarle y hablar de Él, ganaréis fe en Él; y seréis imbuidos de un celo para convertirnos en verdaderos administradores de Su gracia.

¿Tenemos de nuestro Salvador una opinión conforme a la luz que se nos ha dado? ¿Somos amigos o enemigos de Cristo? Esta pregunta afecta a nuestros intereses eternos. Debemos estar seguros de nuestro llamamiento y de nuestra elección. No podemos confiar en una fe fluctuante y fortuita. Debemos poder decir que no hemos seguido fábulas astutamente elaboradas. Cristo debe ser nuestro Salvador personal; y no puede serlo a menos que tengamos un conocimiento experimental de Él. Un conocimiento casual de Él no servirá de nada. Nuestro conocimiento debe ser práctico; debe hacernos semejantes a Él.

Cristo espera a la puerta del corazón, diciendo: Ábreme; pero no se impondrá a nadie. ¿Escuchamos su voz? ¿Está nuestro orgullo humillado y subyugado por su divina compasión y su amor compasivo? Abrid la puerta del corazón, porque Cristo espera entrar. "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo", dice; "si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, cenaré con él y él conmigo". Mira a Jesús, tú que eres tentado y probado; porque Él está cerca, esperando para ayudarte por Su piedad y gracia redentoras. Sigue mirándole, y aprenderás a conocerle. Su nombre es el precioso derecho de nacimiento de todo cristiano. Su ejemplo debe ser estudiado y practicado. Esto elevará, refinará y purificará la vida diaria. Con su poder divino iluminará incluso los humildes deberes cotidianos. Las dudas se desvanecerán ante los brillantes rayos del Sol de Justicia.

¿Está formado en ti Cristo, la esperanza de gloria? De nada te servirá que otra persona conozca a Cristo y lo confiese como su líder. Debes conocerlo por ti mismo. Debes obtener tal conocimiento de Él que puedas decir con los samaritanos: "Ahora creemos, no por tu dicho; porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que éste es verdaderamente el Cristo, el Salvador del mundo." Debes poder decir con Pablo: "Yo sé a quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar lo que le he confiado."

Sra. E. G. White

10 de febrero de 1898

Cristo y los fariseos

EGW

"Cuando entró en el templo, se le acercaron los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo mientras enseñaba, y le dijeron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? y ¿quién te dio esta autoridad? Esto ocurrió poco después de que Cristo hubiera expulsado del templo a los que lo profanaban con un tráfico profano. En aquel momento la divinidad había atravesado la humanidad. Cristo había dicho: "Llevaos esto de aquí". "Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones"; y los sacerdotes y gobernantes huyeron como perseguidos por una banda armada de soldados, o por la presencia de un Dios ofendido.

Después de huir así, no vieron sobre ellos ninguna señal del juicio divino, y se sintieron avergonzados de su precipitada retirada por orden de un humilde galileo. ¿Qué podían responder a quienes les preguntaran por qué habían huido? Volveremos, dijeron, y retomaremos nuestra posición en el templo. Desafiaremos a este Hombre en cuanto a su autoridad. Pero el mismo hecho de que hubieran huido de Él era prueba suficiente de su divinidad.

Ahora vinieron a Cristo con la pregunta: "¿Con qué autoridad haces estas cosas? y ¿quién Te dio esta autoridad?". Esperaban que Él dijera algo que ellos pudieran interpretar para el avance de su obra maligna. Pero Cristo condicionó su respuesta a que ellos contestaran una pregunta que les hizo. "¿De dónde vino el bautismo de Juan? preguntó, "¿del cielo, o de los hombres?"

Los sacerdotes vieron que estaban en un dilema del que ningún sofisma podría librarlos. Si decían que el bautismo de Juan venía del cielo, su incoherencia quedaría en evidencia. Cristo les diría: ¿Por qué, pues, no habéis creído en Juan? Después del bautismo de Cristo, Juan había visto la gloria de Dios, como una paloma de oro bruñido, posarse sobre Él, mientras la voz del Infinito proclamaba: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia." Y Juan había testificado de Cristo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". ¿Por qué, pues, si los fariseos creían en Juan, negaban el mesianismo de Cristo?

Si los fariseos declaraban su verdadera creencia y afirmaban que el bautismo de Juan había sido de hombres, la ira del pueblo se volvería contra ellos, en vez de contra Cristo; pues creían que Juan era un profeta.

Con intenso interés, la multitud esperaba oír la decisión de los fariseos. Profesando hipócritamente ignorancia, dijeron: "No podemos decirlo". "Ni yo os digo", dijo Cristo, "con qué autoridad hago estas cosas".

Los fariseos enmudecieron. Desconcertados y decepcionados, permanecieron de pie con el ceño fruncido, sin atreverse a hacer más preguntas a Cristo, mientras la gente se quedaba mirando, divertida de ver a estos hombres orgullosos y santurrones derrotados.

El propósito de Cristo no era humillar a sus oponentes. No quería dar la impresión de que se alegraba de verlos en una situación difícil. Tenía una lección importante que enseñar. Había mortificado a sus enemigos permitiéndoles enredarse en la red que le habían tendido. Su reconocida ignorancia respecto al carácter del bautismo de Juan le dio la oportunidad de hablar, y la mejoró presentándoles su verdadera posición, añadiendo otra advertencia a las muchas ya dadas. Tenía por costumbre dejar que las circunstancias le dieran la oportunidad de dar sus lecciones.

"¿Qué te parece?" Dijo. "Un hombre tenía dos hijos; y acercándose al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue. Y acercándose al segundo, le dijo lo mismo. Y respondiendo él, dijo: Voy, señor; y no fue. ¿Quién de los dos hizo la voluntad de su padre? Le dicen: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las rameran van al reino de Dios antes que vosotros."

Los sacerdotes y los gobernantes no podían sino dar una respuesta correcta a las preguntas de Cristo; y así obtuvo su opinión a favor del primer hijo. Este hijo representaba a los publicanos, aquellos que eran despreciados y odiados por los fariseos, que no mantenían relaciones con ellos. Los publicanos eran sumamente inmorales. Eran en verdad transgresores de la ley de Dios, mostrando en sus vidas una resistencia absoluta a Sus requerimientos. Eran ingratos e impíos, y cuando se les dijo que fueran a trabajar en la viña del Señor, se negaron despectivamente. Pero las apariencias engañan. Cristo no juzgaba por las apariencias, sino por el fruto producido. Cuando vino Juan predicando el arrepentimiento y el bautismo, los publicanos recibieron su mensaje y se bautizaron.

El segundo hijo representaba a los líderes de la nación judía. Algunos de los fariseos se habían arrepentido y recibido el bautismo de Juan, pero los líderes entre ellos no querían reconocer que Él venía de Dios. Su advertencia y denuncia no los llevó a enmendarse. Ellos "desecharon el consejo de Dios contra sí mismos, no siendo bautizados por Él". Trataron Su mensaje con desdén. Como el segundo hijo, que cuando lo llamaron dijo: "Voy, señor", pero no fue, los fariseos profesaron obediencia, pero actuaron desobediencia.

Los sacerdotes y los ancianos hicieron grandes profesiones de piedad. Afirmaban estar esperando ansiosamente al Mesías prometido, y aparentemente aguardaban con ansiosa expectación la llamada a la gran cena, cuando entrarían inmediatamente. Proclamaban por todas partes los grandes acontecimientos que iban a tener lugar cuando viniera el Rey de los judíos. Se jactaban constantemente de cómo iba a conquistar a sus enemigos y a establecer su propio reino. Pero aplicaron a su primer advenimiento las profecías relativas a su segunda venida, y cuando vino, no le conocieron.

Afirmaban estar obedeciendo la ley de Dios, pero eran tan exigentes en sus requisitos que hacían imposible que alguien la cumpliera. Ellos mismos la desobedecían constantemente. La ley es santa, justa y buena, pero los líderes judíos sólo le rendían una falsa obediencia.

Ante los fariseos, Cristo, que conocía sus corazones, expuso sus pretensiones religiosas tal como Dios las veía. Les despojó de su manto de aparente rectitud, dejando al descubierto su hipocresía. Las mismas personas a las que despreciaban e ignoraban creyeron en Juan. Su predicación los convenció y les mostró la maldad del pecado. Y, aunque al principio se negaron a obedecer la llamada: "Id, trabajad hoy en mi viña", cuando las palabras de Juan cayeron en sus oídos, llamándoles al arrepentimiento, recibieron su mensaje. Antes no habían hecho profesión alguna de obediencia, pero después de oír sus palabras, vieron su error, se arrepintieron de su negligencia y obedecieron. Fueron denunciados y maldecidos por los fariseos como infieles, pero demostraron con su fe y sus obras que iban a entrar en el reino de los cielos antes que los fariseos santurriones, a quienes se les había dado una gran luz, pero cuyas obras no correspondían a su profesión.

Sra. E. G. White

17 de febrero de 1898

Cristo y los fariseos-Nº 2

EGW

"Oíd otra parábola", dijo Cristo: "Había un padre de familia que plantó una viña, la cercó, cavó en ella un lagar, edificó una torre, la arrendó a labradores y se fue a un país lejano; y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores para que recibieran los frutos de ella. Y los labradores tomaron a sus siervos, y golpearon a uno, y mataron a otro, y apedrearon a otro. Volvió a enviar otros siervos más que los primeros, e hicieron con ellos lo mismo. Pero por último les envió a su hijo, diciendo: Reverenciarán a mi hijo. Pero cuando los labradores vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de la heredad. Y cogiéndole, le echaron fuera de la viña, y le mataron. Cuando, pues, venga el señor de la viña, ¿qué hará a esos labradores?".

Los fariseos habían estado escuchando la parábola, y sin darse cuenta de que se estaban condenando a sí mismos, respondieron: "Destruirá miserablemente a esos malvados, y entregará su viña a otros labradores, que le darán los frutos a su tiempo". Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, ésta ha venido a ser cabeza del ángulo; esto hace el Señor, y es cosa maravillosa a nuestros ojos? Por tanto, yo os digo: El reino de Dios os será quitado, y será dado a una nación que produzca sus frutos. Y cualquiera que cayere sobre esta piedra, será quebrantado; pero sobre quien ella cayere, le desmenuzará.

"Cuando los sumos sacerdotes y los fariseos oyeron sus parábolas, se dieron cuenta de que hablaba de ellos. Pero cuando procuraban echarle mano, temían a la multitud, porque le tenían por profeta." La aplicación de Cristo era tan clara que no podían malinterpretarla ni aplicarla erróneamente. A pesar de su propia ceguera, no podían dejar de ver que Cristo los había reprendido. Reconocieron sus propios métodos y prácticas. Pero el cuadro que se les presentaba para que vieran su conducta pecaminosa, ¿los indujo a arrepentirse? A pesar de la sentencia que habían pronunciado contra los mayordomos infieles, ellos mismos estaban dispuestos a llenar el cuadro diciendo: "Este es el heredero; venid, matémosle." "Pero cuando procuraban echarle mano, temían a la multitud". Dios puso su poder restrictivo sobre los sacerdotes, y no pudieron llevar a cabo sus designios asesinos. Cuando trataron de agitar al pueblo acusando y denunciando a Cristo, se encontraron con que el sentimiento público

estaba a su favor. Sus palabras habían impresionado a la multitud como palabras de verdad, y creyeron que era un profeta enviado por Dios.

Mediante esta parábola se ilustraba fielmente la historia pasada y futura de los judíos. Cristo presentó ante ellos su verdadero carácter religioso, y luego preguntó: "Por tanto, cuando venga el señor de la viña, ¿qué hará a esos labradores?". Los fariseos respondieron como Jesús quería que respondieran; porque siempre estaban dispuestos a condenar a los demás. El propósito de Cristo al hacer esta pregunta era que se condenaran a sí mismos y admitieran la justicia del castigo que pronto caería sobre ellos. Deseaba mostrarles la justicia de quitarles sus privilegios nacionales, obra que ya había comenzado, y que terminaría, no sólo con la destrucción de su templo y ciudad, sino con la dispersión de la nación.

La nación judía era en verdad una viña cercada. La ley de Dios era un seto moral alrededor de ellos. Esta ley era totalmente superior a la ley de cualquier otra nación. Se les prohibía casarse con otros pueblos y se les advertía que se mantuvieran alejados de la idolatría. Se les proporcionaron todas las facilidades que les permitirían llegar a ser el pueblo más grande y más justo sobre la faz de la tierra. Dios quiso que conservaran su carácter peculiar y santo, y que lo representaran en un mundo impío.

Una maravillosa manifestación del amor de Dios se había dado en la notable liberación de los hijos de Israel de Egipto. "Porque yo soy Jehová tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador; yo di a Egipto por tu rescate, a Etiopía y a Seba por ti". A causa de la obstinación del faraón, toda la tierra de Egipto estaba arruinada.

Dios sacó a su pueblo de la esclavitud y la idolatría para que pudieran guardar el sábado del cuarto mandamiento. Él mismo los gobernaba. Pero en su deseo de ser como las naciones que los rodeaban, rechazaron el gobierno del Señor. "Haznos un rey", dijeron a Samuel, "que nos juzgue como a todas las naciones.... Y el Señor dijo a Samuel: Escucha la voz del pueblo en todo lo que te diga; porque no te han rechazado a ti, sino que me han rechazado a mí, para que no reine sobre ellos."

Elías vino a mantener el honor de Dios, pero fue rechazado por el pueblo. A causa de los pecados de la nación, Dios envió una sequía sobre la tierra. El sufrimiento de hombres y animales fue terrible; pero esto no llevó a Acab, el gobernante del pueblo, al arrepentimiento. Por el contrario, le provocó un hosco desafío. Su ira y la de Jezabel se encendieron contra Elías y los profetas del

Señor, y mataron a todos los que encontraron. Jezabel sirvió a Satanás con toda la devoción idólatra de su naturaleza. Ella fue la agencia por medio de la cual él obró para eclipsar todo rayo de luz que Dios quiso que llegara a la nación. Estaba resuelta a desarraigar la religión que le era tan odiosa y que, según creía, era la causa de la sequía.

La ceguera espiritual se apoderó de Acab, y se enfrentó a Elías con la pregunta: "¿Eres tú el que perturba a Israel?". Esto lo preguntó como para inducir a Elías a dar alguna explicación de la sequía. Si hubiera estado espiritualmente iluminado, habría visto detrás de Elías la obra del Dios de Elías, el gran YO SOY. Pero Acab estaba deshonrando a Dios, y aquellos que deshonran a Dios no desean retener el pensamiento de Dios. No les gusta pensar en Él como alguien que conoce todos sus pensamientos, y que seguramente los castigará por sus malas acciones. Educan la mente para pensar en otras cosas, y pierden el hábito de ver a Dios en las providencias y transacciones de la vida diaria. Los que hacen de este mundo el supremo se conforman en carácter al mundo, y Acab sólo pudo rastrear la calamidad del mundo hasta Elías. "¿Eres tú el que perturba a Israel?", dijo. Con una aguda reprimenda, Elías rechazó la acusación. "Yo no he perturbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre, porque dejasteis los mandamientos del Señor y seguisteis a los baales".

Jeremías sufrió la persecución más severa por parte de sus propios compatriotas, porque llevaba un mensaje fiel de Dios. Isaías, a quien el Señor permitió ver cosas maravillosas, fue despedazado, porque reprendió fielmente los pecados de la nación judía. Los profetas que vinieron a cuidar la viña del Señor, fueron ciertamente golpeados y asesinados. "Fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a espada; anduvieron de acá para allá con pieles de oveja y de cabra, desamparados, afligidos, atormentados": hombres de quienes el mundo no era digno. Fueron cruelmente tratados y desterrados del mundo.

Satanás se esforzaba así por dominar la mente humana, a fin de descargar su odio y su venganza sobre el Hijo unigénito de Dios. Pero el último acto de la tragedia estaba aún por representarse. El Hijo de Dios iba a ser asesinado por los mayordomos infieles.

Dios envió un precursor antes de su Hijo. Gabriel se apareció a Zacarías, sacerdote del Señor, diciendo: "No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada; y tu mujer Isabel te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan.... E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver el corazón de los padres a los hijos, y de los desobedientes a la sabiduría de los

justos; para preparar un pueblo bien dispuesto para el Señor." Zacarías dudó y, a causa de su incredulidad, el Señor lo dejó mudo. Pero al nacer su hijo, se le soltó la lengua, "y habló, y alabó a Dios. Y sobrevino temor a todos los que moraban alrededor de ellos; y todas estas palabras fueron divulgadas por toda la región montañosa de Judea. Y todos los que las oyeron las guardaban en su corazón, diciendo: ¡Qué niño será éste! Y la mano del Señor estaba con él. Y su padre Zacarías fue lleno del Espíritu Santo, y profetizó, diciendo: Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo.... Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante de la faz del Señor para preparar sus caminos."

La misión de Juan era preparar el camino a Cristo. Pero el pueblo judío rechazó el mensaje de Juan. Se negaron a prepararse para recibir al Hijo de Dios. Trataron al mensajero de Dios con desdén, y sus solemnes palabras de advertencia como cuentos ociosos. Esto endureció sus corazones y los preparó para rechazar la luz aún más clara que les llegó. Y cuando el Hijo de Dios vino a presentar las reclamaciones de su Padre, dijeron: "Este es el Heredero; venid, matémosle". Él vino a salvarlos de sí mismos, pero ellos lo rechazaron, eligiendo en su lugar a un ladrón y a un asesino.

Ahora bien, todas estas cosas les sucedieron a ellos como ejemplos, y "están escritas para nuestra amonestación, sobre quienes ha llegado el fin del mundo. Por tanto, el que piensa estar firme, mire que no caiga". "Mirad, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazón malo de incredulidad, apartándose del Dios vivo".

Sra. E. G. White

24 de febrero de 1898

Cristo y los fariseos-Nº 3

EGW

Los líderes judíos se sentían completos en sí mismos. No sentían necesidad de un médico. No querían humillar sus corazones para aceptar a Cristo. Él presentó ante ellos su hipocresía, orgullo y formalismo. En sus manos, el oro puro se había vuelto opaco. La ley de Dios, pura, amplia y de gran alcance, estaba adulterada con leyes de invención humana. Y cuanto más se apartaban los sacerdotes de los principios rectos, tanto más pesada era para ellos la ley de Dios, cargada de exacciones.

Este es el peligro hoy. Cuando los hombres no practican la obediencia en su sencillez, se apartan de Dios. Los planes y métodos que llevan las marcas de los atributos naturales del hombre, son traídos para ser obedecidos, mientras que los principios de la verdad, el amor a Dios y al hombre, son dejados fuera de la vida. La bondad, el amor y la misericordia no se ven en el carácter.

Cristo dice: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Su yugo no es doloroso ni irritante. No exige que sus seguidores pasen por las ceremonias que a menudo imponen los hombres. Pero debido a su falta de semejanza con Cristo, y a sus falsas pretensiones de obediencia, los hombres traen un yugo que es hiriente para el cuello que lo lleva. Toman el poder en sus propias manos, mientras ellos mismos actúan como niños indisciplinados. Así, en la mente de los hombres, los caminos y las obras de Dios se mezclan con la perversidad y la desobediencia de los hombres.

Cuando Adán y Eva fueron colocados en el jardín del Edén, todo contribuyó a su disfrute. Simplemente se les ordenó que arreglaran el jardín y lo mantuvieran. No brotaron malas hierbas que exigieran un trabajo paciente. ¡Cuán diferente de esto fue la obra de Cristo! Las semillas del Evangelio debían sembrarse en un terreno en el que el enemigo ya había sembrado cizaña. La basura del error se había ido acumulando durante mucho tiempo. A medida que el pueblo se separaba de Dios, se aceptaban ideas falsas, y los dirigentes del pueblo enseñaban como doctrina los mandamientos de los hombres.

Cristo vino a este mundo para vivir la ley y representar el carácter de Dios, a fin de que se disiparan los engaños que Satanás había traído al mundo. En el sermón de la montaña, Aquel que dio la ley se convirtió en expositor de la ley. Ese sermón, tan lleno de lo que significa amar y obedecer a Dios, es el despliegue de su carácter. La ley se muestra como una representación del carácter de Dios, para que el hombre pueda ver que debe rendir obediencia a la ley si quiere llegar a ser un miembro de la familia real, un hijo del Rey celestial. Esta ley requiere nada menos que obediencia espiritual perfecta.

La religión bíblica no permite una vida de inactividad y ociosidad. Uno no puede creer por otro, o depender de la evidencia de otro. La individualidad de uno no puede sumergirse en otra. La obra de Dios es una obra personal. Nadie puede ser salvo sin fe sincera, trabajo sincero, y mejoramiento fiel de cada habilidad dada por Dios. La ociosidad es pecado. Mientras Cristo, nuestro Mediador, presenta en nuestro favor su sacrificio expiatorio, nosotros debemos

trabajar en su viña. El Antiguo y el Nuevo Testamento declaran sin reservas que los que quieren entrar en la vida deben guardar los mandamientos. El Señor Jesús no ofrece ninguna de sus preciosas promesas como premio por la desobediencia. La desobediencia es pecado, y en la Palabra de Dios se describen fielmente las terribles consecuencias del pecado.

Cierto letrado se presentó ante Cristo y le tentó, diciendo: Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Respondiendo él, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y El le dijo: Bien has respondido; haz esto y vivirás".

La pregunta del abogado es importante para todos los hijos e hijas de Adán. Conciérne a todos, padres y madres, hermanos y hermanas, parientes y amigos.

Aquellos que profesan amar a Dios con corazón, mente y fuerzas, se verán gravemente tentados a justificarse a sí mismos al descuidar amar a su prójimo como a sí mismos. En la parábola del buen samaritano, Cristo mostró al abogado quién era su prójimo. Los sacerdotes y levitas que escucharon Su ilustración sabían que el cuadro era fiel a la vida.

A nosotros, como al abogado, Cristo nos dice: "Ve, y haz tú lo mismo". Muchos dicen: "Yo voy", pero no van. En lo más íntimo de su alma no desean rendir obediencia a los requerimientos de Dios. Justifican la desobediencia. Hacen una reserva. Permiten que las reglas y mandamientos de su propia invención reemplacen los santos mandamientos de Dios.

El término "prójimo" incluye a todos los que tienen necesidad de la gracia y la paciencia que Cristo ha prometido suplir. Aquellos a quienes Dios quiere que ministros pueden ser inconversos, descorteses y groseros. Pueden tener cualidades desagradables. Es posible que sus obras bondadosas no sean apreciadas ni correspondidas. Pero por esto, no debes olvidar que siguen siendo tus prójimos, a quienes debes amar como a ti mismo. Todos deben orar mucho, y velar en la oración, para que su fe no desfallezca. Nadie puede guardar los mandamientos de Dios si no abraza amor en su corazón; porque sin amor no hay verdadera obediencia. Se requiere un amor supremo a Dios, y cuando éste es un principio permanente en el alma, nuestro amor a los que nos rodean se verá en nuestras obras y palabras.

Miles están inventando un evangelio para tomar el lugar del Evangelio de Dios. Están sustituyendo los mandamientos de Dios por los mandamientos de los

hombres. Pero en el Evangelio de Cristo se da honor y dignidad a la ley de Dios. He guardado los mandamientos de mi Padre, dijo Cristo, en toda su pureza y santidad. "He enseñado de casa en casa", dijo Pablo, "el arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo". El arrepentimiento hacia Dios es el primer requisito, porque Su ley ha sido quebrantada. El pecador debe convertirse y ser llevado a Cristo como el único remedio para el pecado. Debe tener fe en Cristo como su Salvador personal. Cristo no vino a disminuir la culpa del pecado, para que el hombre tenga libertad de ser desleal. Vino a vivir la ley de Dios, sin dejar al hombre ninguna excusa para violar un precepto. No vino a retractarse de la dignidad de la ley. Al cargar sobre su alma el pecado del mundo, exaltó la ley y la hizo honorable. Su muerte es un argumento irrefutable en favor de la inmutabilidad de la ley moral, y resuelve para siempre la cuestión de que su carácter es inmutable, y permanecerá para siempre, a través del tiempo y de la eternidad.

Cristo vino a exaltar la ley, que había sido pisoteada en el polvo, para que pudiéramos reconocer su belleza y hermosura, y ante los ángeles y los hombres abogar por su autoridad suprema. Al cumplir la ley en humanidad, hizo posible que el hombre la cumpliera. Nos imputó su justicia para que fuéramos partícipes de la naturaleza divina. Vino a esta tierra para que pudiéramos ser hijos e hijas leales del Rey celestial. Los hijos de Dios nunca pretenden ser perfectos, porque a menudo son debilitados por la tentación, pero honestamente luchan por la victoria. Satanás los tienta a desechar su esperanza, porque caen bajo la tentación; pero pueden tranquilizarse con las palabras de Cristo: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento". "Al que a mí viene, en ninguna manera lo echo fuera". No vino a salvar a los hombres en el pecado, sino del pecado. Y todos los que sienten su necesidad de un Salvador, y vienen a Él creyendo en Su poder, obtendrán la victoria sobre el pecado. "A cuantos le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios".

Sra. E. G. White

3 de marzo de 1898

La oración de Cristo por nosotros

EGW

La oración ofrecida por Cristo justo antes de Su crucifixión, por Sus discípulos y por nosotros, debería ser cuidadosamente estudiada por todos los que profesan

ser hijos de Dios. "Esta es la vida eterna", oró Cristo, "que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado".

Cristo declara que la ciencia por la cual un corazón contaminado por el pecado puede hacerse puro y santo, contiene la suma de toda sabiduría. El conocimiento de Dios y de Jesucristo es el fundamento de toda religión verdadera. Miles buscan un conocimiento que no vale nada; pero hay un conocimiento que es positivamente necesario que obtengamos. Debemos conocer a Dios, y a Jesucristo, a quien Él ha enviado. Este conocimiento es la ciencia de la salvación, y es de más valor que todos los tesoros de la tierra. A todos los que lo aprecian, este conocimiento da una herencia entre los santificados, coronas que no se marchitan, y una vida que se mide con la vida de Dios.

Antes de ser expulsado del cielo, Satanás conocía a Dios. Conocía su carácter; pero desde entonces, su esfuerzo ha sido tergiversar ese carácter. Por sugerencia suya, la religión se ha convertido en una serie de penitencias y mortificaciones, o de espléndidos espectáculos y pompas. Hay muchas formas de religión instituidas por el enemigo de Dios, que son tan sin Cristo como lo fue la ofrenda de Caín.

Dejado a su sabiduría finita, el hombre degrada todo lo que maneja. Deja de lado la espiritualidad y la verdad del Evangelio. Este es el peligro hoy. En el hogar y en la iglesia, estamos sufriendo por falta de la sencillez de Cristo. Gracias a Dios que no ha dejado que Su reino sea moldeado por manos y mentes humanas; porque entonces habría estado hecho de formas y ceremonias. Los asuntos más triviales habrían sido exaltados como supremos. Pero Cristo declaró que Su reino es verdad y justicia, paz y alegría.

"Te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Y ahora, oh Padre, glorifícame Tú mismo con la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese. He manifestado tu nombre a los hombres que me diste fuera del mundo: Tuyo eran y Tú me los diste; y ellos han guardado Tu Palabra.... No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; tu Palabra es verdad".

En la época en que Cristo pronunció estas palabras, el mundo estaba desprovisto del conocimiento de Dios. Cristo vino a revelar a Dios. El sabio Salomón tenía conocimiento de Dios. Cuando ofreció su oración en la dedicación del templo, sintió la necesidad del poder divino. Pero por asociarse con influencias corruptoras, se separó de Dios, y abandonó el culto del templo por las arboledas de los ídolos. Así se ha separado el mundo de Dios. Dios vino a levantar a los

hombres de su degradación. Sólo Él tenía la prerrogativa de dar a sus discípulos los preciosos tesoros que vino a traer del cielo.

"Les he dado tu Palabra; y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal". El pueblo de Dios debe brillar como luz en el mundo, en contraste con las tinieblas morales. Los que pertenecen al reino de Cristo no tienen nada en común con los que siguen las máximas, costumbres y prácticas del mundo. El Señor quiere que su pueblo sea un pueblo peculiar; porque la iglesia es su fortaleza en un mundo revuelto. Los que siguen a Cristo caminarán, como Él lo hizo, en la luz del cielo. No serán de la tierra, terrenales. Aunque estén en el mundo, no serán del mundo. Elevada al cielo, el alma respirará una atmósfera pura. Estos aprecian sus privilegios adquiridos en el Cielo. Pueden estar necesariamente asociados con el mundo, pero están unidos a Cristo. Dondequiera que vayan, lo llevan consigo, y Él está siempre a su diestra para ayudarlos.

Si los creyentes en la verdad vivieran la verdad, hoy todos serían misioneros. Algunos estarían trabajando en las islas del mar, mientras que otros estarían sirviendo a Cristo como misioneros domésticos. No todos están llamados a ir al extranjero; pueden tener éxito en los negocios, y así están preparados para ayudar con sus medios a los esfuerzos misioneros. Pueden mostrar al mundo que los negocios pueden ser conducidos sobre principios religiosos, que los hombres de negocios pueden vivir en estricta fidelidad a la verdad. Puede haber abogados cristianos, médicos cristianos, comerciantes cristianos. Cristo puede ser representado por todas las profesiones legítimas.

"Como tú me enviaste al mundo, así también yo los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados por la verdad. Y no ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Y la gloria que Tú me diste, yo les he dado, para que sean uno, como Nosotros somos uno: Yo en ellos y Tú en Mí, para que se perfeccionen en uno; y para que el mundo conozca que Tú me has enviado, y que los has amado a ellos como también a Mí me has amado."

El mundo está atento a los frutos que dan los que profesan ser cristianos. Tiene derecho a esperar abnegación y sacrificio de parte de quienes afirman creer en la verdad avanzada. Dios quiere que los que creen en su nombre muestren al

mundo una representación inconfundible de su propio carácter, manifestando bondad, misericordia y amor. Estos atributos deben poseer todos los que pertenecen al reino de Cristo. La verdad debe santificarlos, haciéndolos bondadosos, tiernos y fieles entre sí, uniéndolos con los lazos de la más estrecha unión y edificándolos en la santísima fe. La fe y el amor auténticos son los frutos que da el árbol cristiano.

Es posible que seamos uno con Cristo, como Él es uno con el Padre. Si estamos injertados en la vid viva, si nos nutrimos de Cristo, habrá unidad en la diversidad. Sólo los que se nutren del Verbo eterno, el Hijo de Dios, son sarmientos de la Vid verdadera. Si estamos verdaderamente unidos a Cristo, los frutos de Su Espíritu se verán en nuestras vidas; y aunque haya muchas ramas, cada rama dará el fruto de la Vid Verdadera.

Si los que nombran el nombre de Cristo conocieran el Libro que revela el carácter de Dios, no estarían en desacuerdo unos con otros. Los que son uno con Cristo son uno entre sí. Esta unión es un testimonio vivo del poder del Evangelio de Cristo. Los así unidos demuestran al mundo que Dios ha enviado a Su Hijo para redimirlos. Son una manifestación de lo que la verdad puede hacer por la humanidad. Son testigos vivos del poder de la redención. El amor de Dios habita en sus corazones, como habitó en el corazón de Cristo, llevándoles a obedecer la santa ley de Dios. El carácter de Cristo es Su gloria, y la gloria de los creyentes es la representación que dan del carácter de Cristo. Los incrédulos son convencidos y convertidos al ver el Espíritu de Cristo revelado por Sus hijos.

"Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y yo les he declarado Tu nombre, y lo declararé; para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos, y yo en ellos."

Satanás está lleno de planes y artimañas para conducir nuestros pies por caminos que no están trazados para los rescatados del Señor, pero Jesús levanta Su voz y dice: Sígueme. Mis ovejas oyen mi voz, y no seguirán a un extraño. Se nos ofrecen los privilegios más exaltados. Somos hechos colaboradores de Dios. Dondequiera que estés, cualquiera que sea el negocio en que estés ocupado, puedes tener a Cristo a tu lado. Él siempre está tratando de atraerte hacia sí. La oración y la alabanza brotarán del corazón de los que respondan a esta atracción; porque Cristo es para ellos una fuente de agua que salta para vida eterna, con corazones agradecidos los hijos de Dios hablarán las alabanzas de Aquel que los ha llamado de las tinieblas a su luz admirable.

"Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad hasta el fin la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado, como hijos obedientes, no conformándoos a los deseos que antes teníais en vuestra ignorancia, sino más bien, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; habiendo nacido de nuevo, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre."

Sra. E. G. White

10 de marzo de 1898

Verdadero servicio

EGW

Una vida de ociosidad y autocomplacencia no es la vida de un cristiano, ni nunca lo ha sido. Cristo fue un trabajador, y da a todos sus seguidores una ley de servicio, para que puedan promover los intereses temporales y espirituales de sus semejantes. Él presenta al mundo una concepción de la vida más elevada de la que jamás haya pensado. El verdadero reconocimiento de la obra de Dios es el servicio. Una vida de obediencia y servicio no sólo es la verdadera vida para el hombre, sino que es la más distinguida y la más noble. Por medio de ella, el hombre se relaciona con la luz y la vida del mundo, y con sus semejantes. Esto hace que la ley del servicio sea el vínculo que une a los hombres con Dios y con sus semejantes, y los constituye en trabajadores junto con Dios, que viven para ser buenos y para hacer el bien.

Cristo fue un trabajador exitoso con la gente común. Esta era la clase que siempre le escuchaba con agrado. Su corazón anhelaba hacer felices a las almas. "Venid a mí," dijo, "todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Tenemos constancia de que en cierta ocasión, después de un día de incesante trabajo, nuestro Redentor yacía profundamente dormido en la barca de un pescador. Su agotada naturaleza humana clamaba por descanso y sueño.

Qué lección es ésta para los seres humanos que no hacen nada por bendecir a los demás. ¡He aquí al Salvador! ¡Cuán apremiantes eran las necesidades que buscaban su alivio! Enseñando en el templo, curando a los enfermos, explicando las Escrituras en las calles, al borde del camino, en sus paseos retirados, los temas tan urgentes no le dejaban tiempo para el reposo; su simpatía se desvivía por los oprimidos; consolaba a los afligidos; traía esperanza a los desesperados; sanaba las cicatrices y contusiones que el pecado había hecho. Él "anduvo haciendo el bien".

Es prerrogativa de Dios mandar; es deber del hombre obedecer. Sin embargo, nada se impone a ninguna alma. El honor del deber le es conferido como hijo de Dios, heredero del cielo. Debe trabajar para Dios en un servicio desinteresado, sincero y honorable. Y en la obediencia a todos Sus mandamientos, se revela un espíritu de amor a Dios. Fue en esta atmósfera en la que Cristo vivió y trabajó.

Cuando los que profesan a Cristo aprendan que deben revestirse de Cristo en palabras, en espíritu y en acciones, no se dejarán llevar por la debilidad y la inactividad, por el amor propio y la complacencia en sí mismos. A nosotros, como cristianos, nos corresponde reconocer claramente nuestro deber para con Dios, asumiendo las responsabilidades que nos unen a nuestros semejantes por los fuertes lazos que la ley de Dios ha definido. Debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, fundiendo todo nuestro servicio en la vida de Jesucristo. La noble vida de obediencia y de servicio que Cristo nos ha permitido vivir nos hará partícipes de la naturaleza divina. Cuando poseamos la fuerza interior de la piedad, que animó a Jesucristo, la experiencia del gran apóstol será nuestra. Entonces podremos decir: "Vivo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí". Esa vida revelará que es una parte de la vida de Cristo. Su poseedor llevará el yugo de Cristo y levantará Sus cargas. La transformación del carácter humano hace fácil el yugo de Cristo y ligera su carga.

Cada uno puede encontrar algo que hacer para salvar almas y hacer avanzar la verdad de Dios. Es porque los hombres no están convertidos más que a medias que la iglesia está tan sin vida. Hay muchos que son, y han sido toda su vida, sólo cristianos a medias. Sus nombres están en el libro de la vida, y si se vuelven al Señor con pleno propósito de corazón, si respetan la voz que les dice: "Buscad mi rostro", y responden: "Tu rostro, Señor, buscaré", verán a Dios con un sentido claro, elevado y espiritual. El sentimiento religioso despertado en el corazón será reconocido como la voz de Dios, y será obedecido.

El hecho de que nuestros nombres estén inscritos en los libros de la Iglesia nunca nos hará cristianos; es en la práctica de la Palabra cuando nos convertimos en hijos e hijas de Dios. Judas fue elegido como uno de los discípulos de Cristo. Cristo no lo rechazó porque no fuera perfecto. Tenía poder para curar a los enfermos. Pero, a pesar de las lecciones de Cristo, dejó de convertirse diariamente y de ser un instrumento santificado y pulido para uso del Maestro. Estaba sujeto a la tentación. Satanás descubrió que las tendencias hereditarias y naturales de Judas podían utilizarse para deshonrar al Maestro y poner en peligro su propia alma.

Estas cosas no se entienden como es debido, y el resultado será como en el caso de Judas. Algunos se apartarán de la fe. Teniendo conocimiento de la verdad, aunque no santificados por ella, elaborarán constantemente caracteres equivocados. Y éstos realmente hacen más daño debido al conocimiento de la verdad que tienen. Se confederan con los apóstatas y traicionan las confianzas sagradas.

Dios exige el interés indiviso de los hombres que ha elegido. Sólo los puros de corazón verán a Dios. Este ver a Dios en una clara luz espiritual es la salvación para el alma del creyente. Tan pronto como un alma decide morir al yo, la nueva luz comienza, y crece más y más fuerte hasta que es capaz de soportar el ver a Aquel que es invisible. Y a medida que el hombre ve a Dios, su carácter se va moldeando según la semejanza divina. Sus palabras, su espíritu, su actitud, sus acciones en todo, dan testimonio de la claridad de su juicio. En proporción a su visión de Dios será su fuerza espiritual de carácter; y la consagración a Dios de su vida, su tiempo, sus poderes, es el resultado.

Todos nuestros poderes pertenecen a Dios. Son tuyas por creación y por redención. Dios ha dado a cada uno su medida de poder, y espera que cada uno la ponga del lado de la verdad. El cristiano debe permanecer con interés indiviso del lado del Señor. Cada una de nuestras palabras y acciones debe ser una obra para Dios. Entonces manifestaremos nuestra fe en Dios y nuestra confianza en el hombre.

Sra. E. G. White

17 de marzo de 1898

Suficiencia en Cristo

EGW

Cristo nunca habría dado su vida por la raza humana si no hubiera tenido confianza en las almas por las que murió. Sabía que un gran número de ellas respondería al amor que había expresado por la humanidad. No es todo corazón el que responde, pero todo corazón puede, y puede si quiere, responder a ese amor que no tiene parangón. "Mis ovejas oyen mi voz", dijo Cristo. Un corazón que anhela a Dios reconocerá Su voz. Dios no puede trabajar para un alma que no responda a Su gracia ofrecida, a Su amor otorgado. Pero Él está esperando una respuesta de las almas. Las invita al banquete de bodas; pone ante ellas el banquete que satisfará toda necesidad. Su palabra está llena de tuétano y grasa. "Me buscaréis y me hallaréis", dice, "cuando me busquéis de todo corazón".

Cristo lo es todo para quienes lo reciben. Él es su consuelo, su seguridad, su salud. Conoce todas sus debilidades peculiares, todas sus necesidades y penas. Aprecia a los seres humanos por los que ha hecho tanto. Cuando estaba a punto de sufrir, cargando con los pecados de todo el mundo, les dejó un rico legado: "El Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce. Pero vosotros le conocéis -dijo-, porque mora con vosotros y estará en vosotros. No os dejaré sin consuelo: Vendré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo ya no me ve; pero vosotros me veis; porque yo vivo, vosotros también viviréis."

"Yo he venido", dijo Cristo, "para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia". "En mí no hay tiniebla alguna". Con tristeza vio Cristo que había algunos que no amaban la luz, y no querían venir a la luz, porque sus obras eran malas. No querían venir a Jesús para ser liberados del poder del mal. Pero ¿por qué no pueden venir al Cargador todos los que necesitan ayuda y descanso, para que tengan luz y vida? El Señor quiere que le reciban, que aprendan a llevar su yugo y a levantar sus cargas, para que el cielo pueda contemplar que son obreros juntamente con Dios. No tiene que haber ninguna nube entre el alma y Jesús. Ninguno de nosotros debe actuar como si la palabra, la vida y la luz, nos fueran dadas a regañadientes. El gran corazón de amor de Cristo anhela inundar el alma con los brillantes rayos de su justicia. "Y el que tenga sed, que venga", dice Él. "Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente".

Cada uno será probado y puesto a prueba de la manera más difícil. Los hombres no pueden confiar en su propia sabiduría. La autosuficiencia, si se permite, resultará ser un obstáculo. El yo debe morir, no resucitar cada dos días. Las palabras deben ser pronunciadas desde el corazón: "Vivo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí". El "yo" es una personalidad muy difícil de matar. El "yo" se levanta a la vida en plenas proporciones si se le da el menor estímulo. Entonces, confiados en su propia supuesta sabiduría, los hombres abandonan el camino recto. Así muchos que han sido verdaderos cristianos, que han conocido el camino recto, pero lo han abandonado, caen bajo la jurisdicción de Satanás, para ser usados como sus instrumentos contra la verdad tal como es en Jesús.

El poder magistral de Satanás se ejercerá para impedir que hombres y mujeres obtengan la corona de la vida. Pero cuando el Señor vea que confiamos en él implícitamente, obrará en nuestro favor, y veremos la salvación de Dios. El Señor nos prueba, nos pone a prueba para ver si haremos del Señor nuestra única confianza. Necesitamos una fe mucho más aguda de la que ahora revelamos. Necesitamos cultivar constantemente una fe ferviente y viva, y mantener nuestras peticiones en constante ascenso, buscando al Señor para un claro discernimiento. A todo verdadero buscador se le dará una aguda visión espiritual. El Señor nos pide: "Buscad mi rostro". E individualmente debemos responder: "Tu rostro, Señor, buscaré". Este es el llamado de Dios, y esta la respuesta apropiada a ese llamado. El Señor desea que lo conozcamos como un Padre bondadoso y tierno, que tiene en mente nuestro interés y nuestra felicidad.

Estamos ahora en medio de los peligros de los últimos días, cuando muchos serán purificados, emblanquecidos y probados. Pero los impíos obrarán impíamente, y ninguno de los impíos entenderá; pero los sabios entenderán. Se da la advertencia: "No durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios". ¡Oh, que comience la obra de reforma tan esencial! ¡Oh, que todos los que están de servicio permanezcan en su puesto, diciendo: "Heme aquí, envíame a mí"! Aquel que es sabio en consejo está esperando que todos vean su necesidad de ayuda; y está abundantemente provista; te está esperando. Como una ayuda presente en cada momento de necesidad, la presencia de Dios se revela. Cuando invocas Su nombre en busca de ayuda, Él dice: "Aquí estoy", cerca de ti, listo para ayudarte si estás listo para ser ayudado.

La comunión con Dios, personal y directa, espera a cada uno. Entonces velad hasta la oración, y sabréis que vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Aquellos que viven en estos últimos días deben ser vencedores por la sangre del Cordero y por la palabra de su testimonio. No hay tiempo ahora para la

frivolidad, la indulgencia propia y la estupidez en la comprensión de la obra que tenemos que hacer. La actividad y la devoción deben estar unidas; el trabajo y la piedad deben mezclarse. Se dará fuerza suficiente para los deberes diarios. La lámpara debe arder; y esto es imposible a menos que sea alimentada con el óleo santo. Y el óleo, que es tan precioso, sólo es eficaz cuando su luz se derrama en el camino de los demás.

Sra. E. G. White

24 de marzo de 1898

Al servicio del Maestro

EGW

"Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas: a Jesús nazareno, hijo de José". Felipe era un verdadero misionero a domicilio. En una entrevista con Jesús había recibido luz y conocimiento. Al escuchar las palabras de gracia que salían de los labios del Salvador, creyó, y su primer pensamiento fue que debía comunicar a algún otro la luz que había recibido. Habló a Natanael del Salvador. Natanael caminaba en la luz en la medida en que la había recibido, y Dios no permitió que tropezara en la ignorancia y la ceguera. Mientras oraba bajo una higuera, Felipe, con alegres notas de gozo en la voz, le interrumpió diciendo: "Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas."

Las palabras que cayeron en los oídos de Natanael eran palabras de seguridad. Felipe no habló del Salvador de manera vacilante; su voz estaba llena de esperanza cuando dijo: "Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas". Pero Felipe, aunque sincero buscador de la verdad, no estaba aún plenamente convencido. Añadió dubitativo: "Jesús de Nazaret, el hijo de José".

Cuando Natanael oyó las palabras: "Jesús de Nazaret", los prejuicios que había recibido por herencia y educación, llenaron su mente, y respondió: "¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?". Pero Felipe no se detuvo a entrar en controversia, sino que respondió No tengo argumentos que aducir. Jesús está aquí. Ven a verlo por ti mismo.

En el rostro de Felipe, Natanael vio una expresión que nunca antes había visto allí, una expresión de paz celestial, e inmediatamente dejó su lugar de oración

y se apresuró con él hacia Jesús. Cuando Cristo lo vio llegar, dijo: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño". "¿De dónde me conoces?", preguntó Natanael. "Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi", respondió Cristo.

Ante esta evidencia, el prejuicio tradicional de Natanael fue barrido. Las palabras de Cristo cautivaron su alma; vio al Salvador por iluminación divina y, volviéndose hacia Él, con el rostro resplandeciente por la luz que había iluminado su mente, dijo: "Rabí, Tú eres el Hijo de Dios; Tú eres el Rey de Israel". Había avanzado hacia una luz más perfecta que la de Felipe; su percepción iba más lejos; su fe significaba más, pues veía en Jesús de Nazaret al Hijo de Dios.

Esta conversión de la ignorancia a la luz agradó al Salvador, y dijo: "Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, ¿crees? verás cosas mayores que éstas". Has abierto tu mente y tu corazón y me has confesado sin una sola palabra de incredulidad cuestionadora. "Después veréis el cielo abierto, y los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del hombre".

Hay en esta narración una lección que todos necesitan aprender y practicar. Cristo dio su vida para que los que han pecado se salven; y exhorta a sus hijos a que hagan esfuerzos personales para salvar a las almas que están a punto de perecer. Lo que Cristo ha enseñado y hecho, sus representantes han de enseñarlo y hacerlo; su influencia ha de difundirse a otros por medio de la vida bien ordenada y la conversación piadosa de sus seguidores. El pueblo de Dios ha de ser eslabón de la cadena de oro que une las almas entre sí y con Dios.

Los que han recibido la luz de Aquel que es la luz del mundo pueden, si se consagran a Él, ser instrumentos en Sus manos para iluminar a muchas almas. Al compartir su luz con los demás, ésta no disminuye, sino que aumenta y se hace más brillante. Al dar a otros las riquezas de la gracia de Cristo, nosotros también crecemos en gracia; porque al dar, recibimos de la Fuente de todo, luz y poder para dar.

Predicar la Palabra es una forma de difundir la verdad, pero no es la única ni la más eficaz. Es por medio de entrevistas personales que la verdad se comunica más eficazmente. Visitar a la gente en sus casas, hablarles personalmente, no de asuntos mundanos, sino del poder de Cristo para salvar hasta lo sumo a todos los que acuden a Él, esto causa la impresión más profunda. Unas pocas palabras sencillas, pronunciadas desde un corazón lleno del amor de Cristo, con frecuencia harán más bien que el sermón más poderoso. Habla con calma, con

ternura; deja caer las semillas de la verdad en las mentes de tus oyentes, orando para que Dios bendiga tu trabajo; y tus palabras brotarán y darán fruto para la gloria de Dios.

Este es el trabajo que Dios quiere que hagan sus hijos. Sean cuales sean nuestras circunstancias, podemos ser colaboradores de Dios. No todos estamos llamados a predicar, pero cada uno puede hablar a los que le rodean del maravilloso amor de Jesús. Aquellos que no han sido bendecidos con nuestros privilegios, aquellos que no han recibido la luz que ha brillado en nuestras mentes, deben ser buscados y trabajados. A esas almas debemos ir, diciendo como Felipe: "Hemos encontrado a Jesús". Y al ver nuestro fervor por el Maestro, ellos también serán guiados a mirar y vivir.

Todo el cielo coopera con Cristo en su obra de hacer claro el camino hacia el cielo, y coopera también con aquellos que se esfuerzan por seguir su ejemplo. Si pudiéramos darnos cuenta de lo mucho que se logra mediante el esfuerzo personal en favor de los que están en tinieblas, habría cien trabajando donde ahora sólo hay uno. Pero esta obra es solemne, y a menos que contemos con la cooperación del cielo, no podremos realizarla eficazmente. Podemos decir palabras de advertencia, pero carecerán de poder. Las palabras que van acompañadas del poder del Espíritu Santo encontrarán asentimiento en el juicio de las mentes francas y sin prejuicios. Las conciencias de los que escuchen estas palabras serán despertadas. El alma hambrienta y sedienta de justicia, admite la verdad de la evidencia presentada por aquellos que con poder sostienen las palabras de vida. La verdad es buscada como un tesoro escondido; el ojo de la fe, recibiendo la unción celestial, contempla la luz del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.

Como individuos y miembros de la iglesia de Dios, necesitamos recordar el trabajo que se nos ha encomendado. Estamos viviendo en un tiempo en que cada creyente debe mostrar crecimiento, o se empequeñecerá hasta la nada. Pablo escribe a Timoteo, "Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ellos; porque haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren". A medida que la Palabra de Dios es recibida en el corazón, transforma la vida y el carácter; y entonces la influencia que fluye de nosotros es un poder positivo, dador de vida. "A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos", vuelve a escribir Pablo, "me ha sido dada esta gracia de anunciar entre los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo, y de hacer ver a todos cuál sea la participación del misterio que desde el principio del mundo estuvo oculto en Dios, el cual creó todas las cosas por Jesucristo. A fin de que ahora se dé a conocer por medio

de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales la multiforme sabiduría de Dios, según el propósito eterno que hizo en Cristo Jesús, Señor nuestro."

Los que miran a las almas humanas a la luz de la cruz del Calvario no tienen por qué equivocarse en cuanto a la estimación que debe hacerse de ellas. Pero como testigos escogidos por Dios, ¿valoramos como deberíamos las posesiones compradas por Cristo? ¿Suplicamos a Dios que nos ayude a socorrer a las almas heridas y magulladas que luchan contra la tentación, y las conduzca a Él? ¿Estamos mejorando la luz que Dios nos ha dado, para que podamos impartirla a otros? ¿Estamos haciendo evidente que amamos a las almas por las que Cristo ha muerto, o las estamos pasando de largo? ¿Estamos dispuestos a hacer cualquier sacrificio a nuestro alcance para cooperar con Él, para ser colaboradores de Dios?

Nadie que sienta verdadero amor por Cristo permanecerá indiferente e indolente. Todos los que llevan la prueba de Dios, que obedecen sus mandamientos, aman al género humano que perece. Siguen el ejemplo de su Salvador, haciendo esfuerzos fervientes y abnegados por los que los rodean, buscando en los caminos y en los setos a los encumbrados y a los humildes, a los ricos y a los pobres, llevando a todos el mensaje de que son objeto del amor especial y del cuidado guardián de Cristo, e invitándolos a venir a Él.

El Señor Jesús espera de sus hijos más de lo que dan, sí, mucho más. Él los ha llamado y escogido; y a cada uno se le ha dado su obra según su capacidad. Todos han de ser "colaboradores de Dios" y, como agentes Suyos, han de esforzarse fervientemente por ganar almas para Él. ¿Por qué entonces hay tantos que no tienen ninguna carga por las almas por las que Cristo ha muerto? Los ángeles procuran constantemente poner a cada uno a trabajar en la viña del Señor. Se regocijaron cuando por el sacrificio de Cristo el mundo fue favorecido por Dios y nuevamente conectado con el cielo; y se entristecen cuando ven que aquellos por quienes tanto se ha hecho no tienen interés en ganar almas para Cristo.

Toda alma que pretenda conocer a Dios y a Jesucristo, a quien Él ha enviado, debe procurar hacer todo lo posible por el engrandecimiento de Su reino, orando: "Venga a nosotros Tu reino; hágase Tu voluntad en la tierra como en el cielo", y trabajando en armonía con la oración. En esta obra son necesarias la consagración y la unidad enteras. ¿Cómo puede alguien callar cuando sabe lo que Cristo espera de cada ser humano? Imploro a todos los que pronuncian el

nombre de Cristo que dejen de ser egoístamente indiferentes a su deber. Vivan para Cristo, que murió y resucitó. Dios bendecirá grandemente a los trabajadores abnegados y sacrificados. Cada ángel tiene su misión y está en su puesto de trabajo, dispuesto a cooperar con vosotros y, combinando el poder divino con el esfuerzo humano, a hacer inútil la oposición de los enemigos. Ellos harán un lugar para que usted pueda caminar, incluso entre los principados y potestades, derrotando la maldad espiritual en los lugares altos.

Sra. E. G. White

31 de marzo de 1898

El sábado del Señor

"Bienaventurado el hombre que no sigue el consejo de los impíos,
Ni se detiene en el camino de los pecadores
, Ni se sienta en la silla de los escarnecedores.
Sino que en la ley de Jehová está su delicia,
Y en su ley medita de día y de noche.
Y será como árbol plantado junto a corrientes de aguas,
Que da su fruto en su tiempo;
Y su hoja no se marchita,
Y todo lo que hace, prosperará. Los impíos
no son así,
sino que son como la paja que ahuyenta el viento.
Por tanto, no estarán los impíos en el juicio,
Ni los pecadores en la congregación de los justos.
Porque el Señor conoce el camino de los justos; Pero el
camino de los impíos perecerá."

EGW

Los hebreos estaban sometidos a la esclavitud de los egipcios, pero el Señor los liberó de ella con brazo fuerte. Envuelto en la columna de nube durante el día y en la columna de fuego por la noche, Cristo, su Líder invisible, los guió a través del desierto. A través de Moisés, su líder visible, los educó e instruyó para que amaran y sirvieran al único Dios vivo y verdadero. Como alimento, el Señor les dio maná del cielo. Día tras día se les daba este alimento, y el sexto día cayó suficiente para el sábado. Este milagro atestiguaba constantemente el mandamiento del sábado, que fue dado en el Edén.

El Señor llevó a los hijos de Israel al monte Sinaí, y allí pronunció los Diez Mandamientos, y ordenó a su pueblo la observancia del sábado. "Habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla tú también a los hijos de Israel, diciendo: De cierto mis sábados guardaréis; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico. Guardaréis, pues, el sábado, porque santo es para vosotros; cualquiera que lo profanare, morirá; porque cualquiera que hiciere obra alguna en él, esa persona será cortada de entre su pueblo. Seis días se puede trabajar; pero el séptimo es el día de reposo, santo para el Señor; cualquiera que haga algún trabajo en el día de reposo, morirá. Por tanto, los hijos de Israel guardarán el sábado, para observarlo por sus generaciones, en pacto perpetuo."

A Adán y Eva, en el Edén, el Señor les dio el uso de todos los árboles del jardín, excepto uno. Así, el Señor ha dado a los hombres seis días en los que deben dedicarse al trabajo común; pero ha puesto su santidad sobre el séptimo día, declarándolo santo. Ese día debe observarse sagradamente como un memorial de la creación. "Bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda su obra".

Dios ha declarado en Su Palabra que el séptimo día es una señal entre Él y Su pueblo escogido, una señal de su lealtad. "Yo soy Jehová vuestro Dios", dice; "andad en mis estatutos, y guardad mis decretos, y ponedlos por obra; y santificad mis días de reposo; y serán por señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios". El día que Dios apartó para que se mantuviera libre del trabajo secular, Él lo designó para que fuera respetado en conmemoración de Su sabiduría, poder y bondad al crear el mundo y al hombre. El sábado fue instituido antes de que los judíos se distinguieran como pueblo, y fue dado a toda la humanidad para que lo guardara como santo, "para que sepáis -declara Dios- que yo soy el Señor que os santifico." Si se acepta el sábado, se obedecerán el resto de los mandamientos del Decálogo; porque nadie puede guardar verdaderamente el sábado y hacer caso omiso de un solo precepto de la ley.

Desde la columna de nube Cristo expuso constantemente ante su iglesia en el desierto los requerimientos de Dios. "Moisés llamó a todo Israel, y les dijo: Oye, Israel, los estatutos y decretos que yo pronuncio hoy en vuestros oídos, para que los aprendáis, los guardéis y los pongáis por obra..... Guarda el día de reposo para santificarlo, como Jehová tu Dios te ha mandado. Seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey,

ni tu asno, ni ninguna de tus bestias, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; para que tu siervo y tu sierva descansen como tú. Y acuérdate que fuiste siervo en la tierra de Egipto, y que el Señor tu Dios te sacó de allí con mano fuerte y brazo extendido; por eso el Señor tu Dios te mandó guardar el día de reposo."

El séptimo día es el día elegido por Dios. Él no ha dejado este asunto para ser remodelado por sacerdote o gobernante. Es de demasiada importancia para dejarlo al juicio humano. Dios vio que los hombres estudiarían su propia conveniencia, y elegirían el día más adecuado a sus inclinaciones, un día que no tiene autoridad divina; y ha declarado claramente que el séptimo día es el sábado del Señor.

Todo hombre en el mundo de Dios está bajo las leyes de Su gobierno. Dios ha colocado el sábado en el seno del Decálogo, y ha hecho de él el criterio de obediencia. Por medio de él podemos conocer su poder, tal como se manifiesta en sus obras y en su Palabra. Pero hoy el mundo sigue el ejemplo de los que vivieron antes del diluvio. Ahora, como entonces, los hombres eligen seguir sus propias inclinaciones, en vez de obedecer los mandamientos de Dios. Los habitantes del mundo antediluviano se glorificaban a sí mismos en vez de conmemorar las gloriosas obras de la creación. No obedecieron la ley de Dios; no honraron el sábado. Si lo hubieran hecho, habrían reconocido su deber para con su Creador. Este era el objeto original y supremo del mandamiento: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo".

Los hombres no podrían colocarse más decididamente en oposición a la obra de Dios y a su ley que sosteniendo un día que carece de una sola evidencia de santidad, y profesando adorarlo en ese día. Aquellos que han corrompido la ley sustituyendo el santo sábado de Dios por un sábado falso, y que obligan a la observancia de este sábado falso, se exaltan a sí mismos por encima de Dios, y honran lo espurio por encima de lo genuino.

La santificación es reclamada por cristianos profesos que ignoran el santo día de descanso de Dios por un sábado espurio. Pero Dios declara que la santificación que viene de Él es otorgada sólo a aquellos que lo honran obedeciendo sus mandamientos. La santificación reclamada por aquellos que continúan en transgresión es una santificación espuria. Así el mundo religioso es engañado por el enemigo de Dios y del hombre.

En el servicio del templo, el Señor dio instrucciones especiales para que los sacerdotes usaran en sus incensarios sólo el fuego sagrado del propio fuego de

Dios, que se mantenía ardiendo día y noche. Pero Nadab y Abiú pervirtieron sus sentidos por el uso del vino, de modo que no pudieron distinguir entre lo sagrado y lo común. Ellos "tomaron cada uno su incensario, y pusieron en él fuego, y pusieron en él incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él no les había mandado".

Los que ignoran el sábado del Señor para santificar el primer día de la semana, ofrecen fuego extraño a Dios. Es un sábado extraño, que Él no les ha ordenado. ¿Lo aceptará Él de sus manos? Los hombres han buscado muchas invenciones. Han tomado un día común, al cual Dios no ha dado ninguna santidad, y lo han revestido de prerrogativas sagradas. Lo han declarado día santo, pero esto no le da ni un vestigio de santidad. Deshonran a Dios aceptando instituciones humanas y presentando al mundo como el sábado cristiano un día que no tiene como autoridad "Así dice el Señor". Al igual que Nadab y Abiú, ofrecen lo común en lugar de lo sagrado.

Sra. E. G. White

7 de abril de 1898

El Sabbat del Señor-Nº 2

EGW

"Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán en tu corazón; y las enseñarás diligentemente a tus hijos, y hablarás de ellas cuando estés sentado en tu casa, y cuando andes por el camino, y cuando te acuestes, y cuando te levantes. Y las atarás por señal a tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos. Y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas.... Guardarás con diligencia los mandamientos de Jehovah tu Dios, sus testimonios y sus estatutos, que él te ha mandado. Y harás lo recto y bueno ante los ojos del Señor, para que te vaya bien y entres y poseas la buena tierra que el Señor juró a tus padres. Para echar a tus enemigos de delante de ti, como Jehová ha dicho.

"Y cuando tu hijo te pregunte en el futuro, diciendo: ¿Qué significan los testimonios, los estatutos y los decretos que Jehová nuestro Dios os ha mandado? Entonces dirás a tu hijo: Nosotros éramos siervos de Faraón en Egipto, y Jehová nos sacó de Egipto con mano poderosa; y Jehová hizo señales y prodigios grandes y graves sobre Egipto, sobre Faraón y sobre toda su casa, delante de nuestros ojos; y nos sacó de allí para introducirnos en la tierra que juró a nuestros padres. Y nos mandó Jehová que pusiésemos por obra todos

estos estatutos, que temiésemos a Jehová nuestro Dios, para nuestro bien siempre, a fin de preservarnos la vida, como en este día. Y será nuestra justicia, si cuidamos de poner por obra todos estos mandamientos delante de Jehová nuestro Dios, como él nos ha mandado."

¡Qué positivas son estas palabras! ¡Cuán llenas de seguridad! Aquí se afirma claramente que la obediencia a los estatutos especificados del Señor traerá las más ricas bendiciones.

"Tú eres un pueblo santo para el Señor, tu Dios; el Señor, tu Dios, te ha elegido para que seas un pueblo especial para Él, por encima de todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra..... Guardarás, pues, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy, para ponerlos por obra." Guárdate de no olvidarte de Jehová tu Dios, no guardando sus mandamientos, sus decretos y sus estatutos que yo te prescribo hoy; no sea que cuando hayas comido y te sacies, y hayas edificado buenas casas y habitado en ellas, y se multipliquen tus vacas y tus ovejas, y se multiplique tu plata y tu oro, y se multiplique todo lo que tienes, se enaltezca tu corazón y te olvides de Jehová tu Dios..... Y si te olvidas de Jehová tu Dios, y andas en pos de dioses ajenos, y los sirves y los adoras, yo testifico hoy contra vosotros que de cierto pereceréis. Como las naciones que el Señor destruye delante de vuestra faz, así pereceréis vosotros; porque no quisisteis obedecer a la voz del Señor vuestro Dios."

El Señor probaba a menudo a su pueblo para ver si tenían fe en Él. Permitió que faltara el suministro de agua, para que recordaran su liberación pasada y se sintieran impulsados a poner su confianza en Dios. Pero sus continuas bendiciones, por las que siempre debieron estar agradecidos, los llevaron a olvidar su dependencia. Apenas les faltó el suministro de agua, perdieron de vista a Dios y culparon a Moisés como la causa de su calamidad. En lugar de confiar en Dios, que por tanto tiempo y tan generosamente había suplido sus necesidades, se unieron contra Moisés y Aarón, y los injuriaron amargamente por haberlos sacado de Egipto. ¡Oh, cuán fácilmente brota esta incredulidad en la vida! Este es el peligro hoy. El pueblo de Dios debe vigilar constantemente su corazón, no sea que permita que Satanás se interponga entre él y Dios.

Dios tiene una controversia con los habitantes de este mundo. Satanás ha venido a ellos disfrazado de ángel de luz, y bajo su dirección la mayoría de los cristianos se inclinan ante santuarios idólatras, y adoran a un dios desconocido. Si el hombre hubiera obedecido siempre el cuarto mandamiento, no habría ahora un infiel o un ateo en nuestro mundo. Todos reconocerían y honrarían el

poder del Creador. ¡Cuán vana será la resistencia de la humanidad contra Dios! Con su infinito poder llamó a la tierra a la existencia. Con una palabra podría despoblarla y devolverla a su estado original, y con una palabra suscitar una nueva raza de seres.

El hombre quebrantó la ley de Dios y desafió su voluntad. Esta ley revela al mundo los atributos del carácter de Dios, y ni una jota ni una tilde de ella podría cambiarse para satisfacer al hombre en su condición caída. Dios no podía abolir su ley para salvar a los hombres; porque esto habría inmortalizado la transgresión. Pero dio a los hombres pruebas inequívocas de que los amaba, y de que la justicia es el fundamento de su trono y la evidencia de su amor. Él llevó a cabo la pena de la transgresión, pero permitió que cayera sobre un sustituto, incluso Su Hijo unigénito. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". En este don maravilloso se muestra la profundidad de la bondad de Dios. Amó tanto a los hombres que, para salvarlos, dio a su Hijo al mundo, y en ese don dio todo el cielo. Se dio a sí mismo en su Hijo, para que los pecadores tuvieran otra prueba, otra oportunidad de mostrar su obediencia. Esta era la única provisión que Dios podía hacer. Así fue provisto un camino por el cual los pecadores pudieran volver a su lealtad.

Dios llama a todos a contemplar al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Cristo quita al pecador la culpa del pecado, quedando Él mismo bajo la condena del Legislador. Vino a este mundo para vivir la ley en la humanidad, para que la acusación de Satanás de que el hombre no puede cumplir la ley quedara demostrada como falsa. Guardó la ley en la humanidad, y cuando fue acusado falsamente por los fariseos, se dirigió a ellos, preguntando con voz de autoridad y poder: "¿Quién de vosotros me convence de pecado?". Él vino a revelar al universo celestial, a los mundos no caídos, y a los hombres pecadores, que toda provisión ha sido hecha por Dios en favor de la humanidad, y que a través de la justicia imputada de Cristo, todos los que lo reciben por fe pueden mostrar su lealtad guardando la ley. Cuando el pecador arrepentido toma a Cristo como su Salvador personal, es hecho partícipe de la naturaleza divina.

Todos podemos descansar en la seguridad de que todo lo que el amor de Dios ha ideado en favor del hombre será ejecutado. La justicia y el juicio son la morada de su trono; la misericordia y la verdad van delante de su rostro. En la cruz de Cristo se encontraron la misericordia y la verdad; la justicia y la paz se besaron mutuamente.

Pero no es aboliendo una jota o tilde de la ley de Dios como se trae la salvación a la raza caída. Si Dios fuera un ser cambiante, no podríamos confiar en Su gobierno. Si Él se retractara de lo que dijo, no podríamos entonces tomar Su Palabra como el fundamento de nuestra fe. Si hubiera cambiado su ley para satisfacer a los hombres caídos, la afirmación de Satanás de que el hombre no podía guardar la ley habría resultado cierta. Pero Dios no alteró Su ley. La muerte de Cristo testifica al universo celestial, a los mundos no caídos, y a todos los hijos e hijas de Adán, que la ley de Dios es inmutable, y que en el juicio condenará a todo aquel que haya persistido en la transgresión. El Dios que gobierna el mundo en amor y sabiduría da testimonio en la muerte de su Hijo de su carácter inmutable. No podía cambiar Su carácter expresado en Su ley, pero podía dar a Su Hijo, uno consigo mismo, poseyendo Sus atributos, a un mundo caído. Al hacerlo, engrandeció Su nombre y gloria como un Dios por encima de todos los dioses.

Cristo ha declarado: "Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido". Sólo la verdad de la Palabra de Dios es permanente y duradera. Los súbditos leales del reino de Dios no serán hallados pisoteando su ley, pronunciada por la Inspiración como "santa, y justa, y buena." Toda religión falsa es originaria de Satanás, y debe hacerse la advertencia al mundo. ¿Por qué continúan los hombres tan ciegamente en la incredulidad cuando la Palabra de Dios es tan clara e inequívoca? Cuando se celebre el juicio y se abran los libros, ¿qué excusa darán para tomar partido por el primer gran rebelde, haciendo así que la Palabra de Dios carezca de efecto en sus vidas? La sabiduría y la veracidad de Dios son inmutables, y en aquel gran día en que se ejecute la sentencia contra los despreciadores de Su ley, la cruz de Cristo mostrará que Él es un Dios de amor al ejecutar así el juicio. Los que se negasen a obedecer su ley durante el tiempo de prueba no podrían ser recibidos con seguridad en su reino, porque obrarían tan fervorosa y celosamente contra la ley de su gobierno como lo hizo el primer apóstata. Habría una segunda rebelión en el cielo.

Dios es verdadero. Él reina, y reinará, a pesar de que la iglesia y el mundo han entrado en una confederación para abolir Su ley. Edad tras edad Satanás ha estado cegando a los hombres con sus artimañas. Ha cooperado con los organismos humanos en un esfuerzo por hacer de la falsedad verdad. Ha trabajado con intensidad para desafiar al Dios del cielo haciendo que su ley no tenga efecto. Pero no lo ha logrado, porque en el arca de Dios en el cielo están las tablas de piedra sobre las cuales están escritos los preceptos que son el fundamento de su gobierno. Y el sábado, que Dios declara ser el signo de la

lealtad de Su pueblo, está colocado en el seno del Decálogo. Su santidad llega hasta la eternidad, pues Dios declara que de luna nueva en luna nueva, y de sábado en sábado, sus súbditos subirán a adorarle en la tierra renovada.

Sra. E. G. White

14 de abril de 1898

Cristo y la Ley

EGW

Con la crucifixión de Cristo quedó establecida para siempre la inmutabilidad de la ley de Dios. Si hubiera sido posible, Dios habría cambiado Su ley para satisfacer al hombre en su condición caída. Pero esta ley es inalterable, y la única manera en que el hombre podía salvarse era que se proveyera un sustituto que llevara la pena de la transgresión, y así diera al hombre la oportunidad de volver a su lealtad.

Cargado con un embajaje de misericordia, amor y perdón, Cristo vino a los suyos. Pero los suyos no lo recibieron. Fue azotado por la tentación y herido y lacerado por el látigo cruel. Fue coronado de espinas y crucificado. Sus manos y pies fueron atravesados por clavos.

Contemplad a los espectadores que injuriaban a Cristo mientras colgaba de la cruz. ¿Eran la clase abandonada, los paganos, que no conocían a Dios? "Los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: Tú que destruyes el templo y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo. Si eres Hijo de Dios, descende de la cruz. Asimismo también los príncipes de los sacerdotes, burlándose de Él, con los escribas y los ancianos, decían: A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse. Si es el Rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y le creeremos. Confiaba en Dios; que le libre ahora, si quiere; porque dijo: Yo soy el Hijo de Dios".

Los que Cristo había declarado que eran sepulcros blanqueados, que engañaban al pueblo con una apariencia externa de santidad, injuriaban ahora a Aquel que vino del cielo para salvar a un mundo que perecía, y en cuyo corazón el celo por el derecho y la justicia y por la gloria de Dios era el objeto más elevado. Los que eligieron a Barrabás, uniéndose así a Satanás, dieron pruebas de que una profesión de piedad y de amor a Dios, y la pretensión de conocer las Escrituras, no los convertían en hijos de Dios ni los llevaban a representar su

carácter. A los que tenían verdadera religión, y los había entre los espectadores, debió parecerles que Satanás estaba unido a los hombres que gritaban triunfalmente blasfemando contra el Comandante de todos los cielos.

Se requiere obediencia a toda palabra que sale de la boca de Dios. Si Cristo hubiera concedido una jota o una tilde de esto, la hostilidad de Satanás y su ejército no habría estallado sobre Él con furia incontenible. Era capaz de realizar obras maravillosas, y si tan sólo hubiera dado alguna licencia al pecado, si hubiera permitido que las malas pasiones no fueran reprimidas, los hombres le habrían rendido su homenaje. Pero Él reprendió todo pecado e hipocresía, y los hombres dijeron: Es un impostor. Los principados y las potestades de las tinieblas se reunieron en torno a su cruz. El archi apóstata, conservando aún su elevada estatura, encabezó la hueste apóstata, que se alió con los seres humanos en la lucha contra Dios. Cuando el Señor creó a estos seres para que estuvieran ante su trono, eran hermosos y gloriosos. Su hermosura y santidad estaban a la altura de su exaltada posición. Estaban enriquecidos con la sabiduría de Dios y ceñidos con la panoplia del cielo. Pero ¿quién podría reconocer en los ángeles caídos a los gloriosos serafines que una vez ministraron en los atrios celestiales?

Agencias satánicas se confabularon con hombres malvados para hacer creer al pueblo que Cristo era el primero de los pecadores, y para convertirlo en objeto de detestación. Pero los sacerdotes y los gobernantes no se dieron cuenta de que en Cristo la divinidad estaba entronizada en la humanidad. La humanidad de Cristo no podía separarse de su divinidad. Si se hubiera encontrado un solo pecado en Cristo, el mundo se habría sumido en la negrura y la ruina. Si Satanás hubiera podido herir de tal manera el calcañar de Cristo que Él hubiera cedido a la tortura física, su triunfo habría sido completo. Podría haber gritado victoria. El mundo habría sido su reino. Pero Satanás sólo podía causar dolor. No podía tocar la cabeza de Cristo a menos que Cristo demostrara su falsedad ante Dios. Satanás y sus ángeles se unieron a los sacerdotes y gobernantes para burlarse y escarnecer al Hijo de Dios. Los llenó de discursos viles y repugnantes. Inspiró sus burlas. Pero con todo esto no ganó nada. Se le permitió herir el calcañar de Cristo, pero Cristo le hería en la cabeza. Al obrar por medio de los sacerdotes contra Cristo, Satanás estaba efectuando su propia caída.

Colgado de la cruz, el Hijo de Dios soportó los insultos de sus enemigos. Los ángeles celestiales no estaban lejos. Oyeron las burlas y vieron las cabezas que se meneaban. De buena gana habrían roto sus filas y se habrían acercado al Hijo de Dios en su humillación y angustia corporal; pero no se les permitió hacerlo. Debe demostrarse ante el universo lo que hacen los hombres cuando están bajo

el dominio de Satanás. El insulto, el abuso y la burla que Cristo soportó formaban parte del gran plan de Dios. Debe mostrarse el resultado de la obra de Satanás por medio de los hombres profesamente piadosos.

Así como el príncipe de las tinieblas inspiró a los sacerdotes judíos a unirse a la rebelión contra Dios, así inspirará de nuevo a los hombres. Los persuadirá a apostatar del servicio de Dios y a usar su religión como un arma contra su Creador. Pueden profesar gran celo en el servicio de Dios, pero, pobres almas, están sirviendo al príncipe de las tinieblas, y como su general, Satanás los dirige.

"Hacia la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani?". La ira de Dios cayó sobre Cristo. Este fue el ocultamiento del rostro del Padre. Aunque inocente, Cristo fue tratado como pecador, para que por sus méritos los pecadores, aunque culpables, pudieran ser tratados como hijos leales y obedientes de Dios. Cristo murió con los pecados del mundo imputados a Él, para que Su justicia pudiera ser imputada al pecador. Cuando se retiró el sentido de la pérdida del favor de su Padre, Cristo había vaciado las últimas heces de la copa de amargura.

"Estaba allí un recipiente lleno de vinagre; llenaron de vinagre una esponja, la pusieron sobre un hisopo y se la acercaron a la boca. Entonces Jesús, habiendo recibido el vinagre, dijo: Consumado es". Se oyó un grito, agudo y agonizante, y el Hijo de Dios expiró. Murió con el corazón destrozado. Cuando le clavaron la lanza en el costado, brotó sangre y agua. Su corazón estaba roto por su agonía mental. Y los corazones de todos los que buscan al Señor y lo encuentran se quebrantarán al ver el resultado del pecado.

En su agonía en la cruz, Cristo fue despreciado por la gente que decía esperar al Mesías, pero que mostraba con sus actos el valor de su espiritualidad. Ciertamente Cristo llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores. Ciertamente fue herido por nuestras rebeliones y molido por nuestros pecados. Pero ¿no comprendió Satanás que mientras hería el calcañar del Hijo de Dios, el Hijo de Dios le hería la cabeza? ¡Qué grandes y maravillosos efectos han resultado de la crucifixión! ¡Qué visión del carácter de Dios ha abierto al universo el sacrificio de Cristo! Su amor por el hombre, superando con mucho todo amor humano, ha elevado la ley de Dios a su propia dignidad eterna. Los atributos de Dios han sido revelados, y los santos requisitos de su ley han sido vindicados. Los efectos del sacrificio en la cruz todavía se sienten; pero todos los que quieran salvarse deben tener un interés en el Crucificado.

En Su gran sufrimiento, Cristo no sintió ninguna punzada de amargura contra Su Padre. No sintió remordimiento por Sus propios pecados, sino por los pecados de la raza caída. Pero los que rechazan el don de Cristo sentirán un día el aguijón del remordimiento. La obediencia completa a la ley de Dios es la condición de la salvación. Los que rehúsan esto, los que rehúsan aceptar a Cristo, se amargarán contra Dios. Cuando sean castigados por la transgresión, sentirán desesperación y odio. Esta será la experiencia de todos los que no entran en el sufrimiento de Cristo; porque es la consecuencia segura del pecado.

Leemos de cadenas de oscuridad para el transgresor de la ley de Dios. Leemos del gusano que no muere, y del fuego que no se apaga. Así se representa la experiencia de todo aquel que se ha dejado injertar en el tronco de Satanás, que ha acariciado atributos pecaminosos. Cuando sea demasiado tarde, verá que el pecado es la transgresión de la ley de Dios. Se dará cuenta de que, a causa de la transgresión, su alma está separada de Dios, y que la ira de Dios permanece sobre él. Este es un fuego inextinguible, y por él será destruido todo pecador impenitente. Satanás se esfuerza constantemente por inducir a los hombres a pecar, y el que está dispuesto a dejarse inducir, el que se niega a abandonar sus pecados y desprecia el perdón y la gracia, sufrirá el resultado de su conducta.

Al morir en la cruz, Cristo dio su vida como ofrenda por el pecado, para que mediante su poder el hombre se convirtiera de sus pecados, se convirtiera y se convirtiera en un obrero junto con Dios. Jamás podrá demostrarse mayor amor que éste. No se puede hacer más de lo que se ha hecho para demostrar la inmutabilidad de la ley de Dios. Cristo no murió para abolir la ley ni para disminuir en lo más mínimo su influencia o poder. Murió para exaltar la ley y hacerla honorable. Lleno de bondad, compasión y amor, sólo odiaba una cosa: el pecado, "la transgresión de la ley". En el acto mismo de morir para salvar lo que estaba perdido, Cristo alcanzó la norma perfecta de obediencia como nuestro sustituto y fiador. "Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo". Ninguna punzada de angustia que Cristo soportó fue en vano. Así se pagó el rescate por todos los que aceptan a Cristo como su Salvador personal. De la Palabra de Dios reciben su título de libertad. "Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; ... porque de esta manera os será concedida abundante entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo."

Sra. E. G. White

21 de abril de 1898

Preparación para su venida

EGW

En los capítulos veinticuatro y veinticinco de Mateo se describe la segunda venida de Cristo a nuestro mundo: "Y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre viniendo en las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro." "Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni aun los ángeles del cielo, sino sólo mi Padre. Pero como fueron los días de Noé, así será también la venida del Hijo del hombre. Porque como en los días que precedieron al diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no lo supieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre."

Entonces se da la advertencia: "Velad, pues, porque no sabéis a qué hora vendrá vuestro Señor..."

[Por tanto, estad también vosotros preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis. ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor al frente de su casa para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que le hará señor de todos sus bienes. Mas si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir, y comenzare a herir a sus consiervos, y a comer y beber con los borrachos, el señor de aquel siervo vendrá en día que no lo espera, y a la hora que no sabe, y lo despedazará, y le pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes." ¡Qué ardiente celo deben despertar estas palabras en el corazón del verdadero creyente! Aquí se describe la condición de la iglesia en la segunda venida de Cristo.

También su condición espiritual se describe en la parábola de las diez vírgenes, cinco de las cuales eran prudentes y cinco insensatas: "Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Y cinco de ellas eran prudentes, y cinco insensatas. Las insensatas tomaron sus lámparas, y no tomaron aceite consigo; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas con sus lámparas. Mientras el esposo se demoraba, todas dormitaban y dormían. Y a medianoche se oyó un grito: He

aquí, el esposo viene; salid a recibirle. Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Pero las prudentes respondieron, diciendo: No, para que no nos falte a nosotras y a vosotras; id más bien a los que venden, y comprad para vosotras. Y mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta. Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Pero respondiendo él, dijo: De cierto os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora en que el Hijo del hombre ha de venir". Y todos podemos preguntarnos: ¿Será posible que yo esté entre las vírgenes prudentes?

Aquí también se da la parábola de los talentos. El hombre que escondió el dinero de su señor en la tierra, fue declarado administrador inútil de los bienes de su señor, y se dictó la sentencia: "Echad al siervo inútil a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes". Y esto es una ilustración del último juicio general, cuando cada uno será tratado según el uso que haya hecho de sus talentos. Sólo los justos brillarán en el reino de Dios en aquel gran día decisivo en que cada carácter aparecerá tal como es. Los que hayan hecho el bien tendrán parte en la resurrección de la vida; los que hayan hecho el mal serán premiados según sus obras. Los obedientes y los desobedientes decidirán todo el asunto.

La Palabra declara: "Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su gloria". Entonces habrá llegado el triunfo de Cristo. ¡Qué escena contemplará el universo entero! ¡Cómo se manifiesta aquí el amor de Dios por medio de su Hijo a todos los que han demostrado ser fieles y verdaderos! En aquel día Cristo no presenta ante los hombres la gran obra que ha hecho por ellos al dar su vida para su redención. Él presenta ante ellos la obra fiel que ellos han hecho por Él. ¡Qué sobrecogedor amor es éste! Incluso menciona la obra del mundo pagano, que no ha tenido un conocimiento inteligente de la ley del Señor, pero que ha hecho las mismas cosas que la ley exige, porque escuchó la voz que le hablaba en las cosas de la naturaleza que le rodeaban. La gracia de Dios, obrando en sus mentes oscurecidas, ablandó su naturaleza salvaje, no instruida por la sabiduría de los hombres.

Estando entre los hombres, Cristo pronunció sentencia contra rabinos, gobernantes, fariseos y saduceos, a causa de su hipocresía, de su rechazo de la luz. Mirándolos escrutadoramente, dijo: "El que esté libre de pecado entre vosotros, que tire primero la piedra". Pero se dirigió a la mujer culpable de

pecado con palabras de la más tierna compasión. Conocía perfectamente el carácter del pecado cometido; pero trazó sobre el terreno los pecados de sus acusadores, que habían tendido su red sobre la mujer para encontrar así ocasión de condenar a Cristo. Su curiosidad los llevó cerca de Cristo, para ver lo que había escrito en la arena; pero no se preocuparon de mirar más de una vez, y uno a uno se fueron apresuradamente de su presencia. Los que habían tomado parte en traer a esta pobre mujer ante Él eran mucho más culpables que ella, y Cristo lo sabía. Los culpables esperaban que antes de que pudieran retirarse, Cristo los señalaría y los expondría a ellos y a su complot profundamente urdido ante la multitud reunida. Estos profesantes estaban espiritualmente ciegos. Acariciaban máximas y tradiciones, y la obediencia a los requerimientos de Dios era considerada como cosa de nada. Cristo se entristeció con ellos. Los miraba con ira, entristecido por la dureza de su corazón. Podía detectar cada fase de su hipocresía, y su gran pecado provocó de sus labios divinos una mordaz reprimenda.

Los humildes, aunque ignorantes, son los discípulos más esperanzados de Cristo. Los paganos incultos, en toda su crueldad, son vistos bajo una luz más favorable que aquellos que han tenido gran luz, que han tenido evidencia sobre evidencia, pero que, cuando el Señor en Su misericordia los reprende por los pecados que están abrigando como virtudes, se ofenden, y (fíjense en las palabras), como los discípulos de los días de Cristo, retroceden, y no caminan más con Él. Cristo reconoce cada acto en el salvaje que refleja Su propia misericordia y compasión. Cuando el Espíritu Santo pone el Espíritu de Cristo en el salvaje, y éste se hace amigo de los siervos de Dios, el avivamiento de la simpatía del corazón es contrario a su naturaleza, contrario a su educación. Cristo implanta su gracia en el corazón del salvaje, y atiende a la necesidad del misionero aun antes de que haya oído o comprendido las palabras de verdad y de vida. Contemplad esa muchedumbre reunida alrededor de algunos siervos de Dios para asesinarlos; pero el Señor está obrando en el corazón y la mente de tal vez un solo hombre para abogar en favor de aquellos siervos que aman y temen a Dios. Cuando el consejo de guerra se ha llevado a cabo para determinar la destrucción de la vida de algún cristiano, en varias ocasiones la intercesión de un salvaje ha cambiado la decisión y su vida ha sido perdonada. ¡Oh, el amor que se dirige al salvaje por este único acto! En el juicio se representa a Cristo diciendo: "Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme". "Venid, benditos de Mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo".

Sra. E. G. White

28 de abril de 1898

La invitación de Cristo

EGW

"Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Esta invitación presentaba un contraste directo con la enseñanza de los sacerdotes y gobernantes. Ellos imponían pesadas cargas a los hombres, imponiendo ceremonias que llegaban a cada paso de la vida. El servicio de Dios se convertía en una carga ritual, y el pueblo estaba constantemente bajo un sentimiento de violación. Vivían en un malestar continuo, pues no podían cumplir las exigencias impuestas por los sacerdotes.

Las rigurosas exacciones impuestas a los judíos hicieron exactamente lo que Satanás había diseñado que hicieran. El pueblo vio la imposibilidad de cumplir los mandamientos hechos por el hombre, y esto lo hizo descuidado en cuanto a los mandamientos de Dios. Los mandamientos de los hombres se pusieron al mismo nivel que los mandamientos de Dios. Llevando un yugo tan penoso, el pueblo no podía de ninguna manera presentar al mundo una representación correcta de Dios.

El sábado fue tan cargado de restricciones inútiles por los sacerdotes que su verdadero significado se perdió. Fue convertido en una carga, y su significado fue ocultado por tradiciones y derechos creados por el hombre. Esto lo hicieron los sacerdotes porque sabían que su falta de verdadera piedad debía suplirse con una apariencia externa de piedad. Cristo declaró: "Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos mismos no las mueven ni con un dedo. Pero todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres; ensanchan sus filacterias, y agrandan los bordes de sus vestidos."

El gobierno de los sacerdotes judíos era frío y sin amor. Sus muchas exacciones sólo podían tener su origen en el instigador de todo pecado. Cristo dijo de estos líderes: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque pagáis el diezmo de la menta, del anís y del comino, y habéis omitido las cosas más importantes de la ley: el juicio, la misericordia y la fe."

"Entonces Jesús habló a la multitud y a sus discípulos, diciendo: Los escribas y los fariseos se sientan en la cátedra de Moisés; por tanto, todo lo que ellos os manden observar, eso observad y haced; pero no hagáis según sus obras, porque dicen y no hacen." El Señor había dispuesto que las Escrituras se leyeran públicamente cada séptimo mes. Durante su cautiverio los judíos no habían observado este mandamiento. Se arrepintieron de sus pecados, y cuando regresaron a Jerusalén, pidieron que se les leyeran las Escrituras. Se erigió una plataforma, y Esdras les leyó desde la mañana hasta el mediodía. Pero el pecado había aumentado, y en la época del advenimiento de Cristo los sacerdotes enseñaban como doctrina los mandamientos de los hombres; y el pueblo se había vuelto muy ignorante de la Palabra de Dios.

Cristo vino a revelar a Dios. No impuso a sus seguidores tantas exacciones como para que se desanimaran, y con sus acciones enseñó que la ley de Dios es un yugo de esclavitud. Invitó a los cansados y agobiados a venir a Él y encontrar descanso. Les pidió que trajeran sus preocupaciones y cargas a Aquel que sería para ellos un verdadero ayudador. "Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados", clamó. Dejad que el yugo que tanto os oprime la cerviz sea cambiado por Mi yugo. Habéis recibido ideas incorrectas de lo que constituye la piedad. Aprended de Mí, y hallaréis descanso para vuestras almas. "Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

Hoy en día algunos afirman que la ley de Dios es un yugo de esclavitud. Pero no es así. Los añadidos humanos a ella son lo que la hace penosa de llevar. La ley es santa, justa y buena. Pero nadie puede guardar esta ley sin aceptar la justicia de Cristo. En Su fuerza todos pueden ser totalmente obedientes. Por su gracia pueden mostrar al mundo un carácter como el suyo, sosteniendo por precepto y ejemplo la norma alta y santa de la ley divina. No entretejen sus propios requisitos con los de Dios, haciéndolos pasar por genuinos. Han aprendido en la escuela de Cristo, y siempre, como María, se sentarán a sus pies. Así pueden ser maestras de la verdad.

Jesús vino a nuestro mundo, con su divinidad revestida de humanidad, para vivir como hombre entre los hombres. Vino a vivir la ley de Dios. Cuando vino, se encontró con que la única nación que afirmaba tener un conocimiento de Dios, confundía la tradición con la verdad, y la pretensión con la piedad. El interés en las cosas internas estaba casi borrado. El engaño se enseñaba como verdad. Las realidades eternas estaban oscurecidas por fantasmas. Satanás había malinterpretado al Padre.

Cristo enseñó que los intereses temporales deben subordinarse a las cosas de la eternidad. Instó a los hombres a que, en vez de estar absortos en las cosas del tiempo, contemplaran la vida que se mide con la vida de Dios. Mostró a sus seguidores la confederación del mal organizada contra todos los que fijan sus ojos en el cielo. Les dijo claramente que estaban empeñados en una guerra contra instrumentos satánicos, y que los ángeles de Dios libraban sus batallas por ellos, pero que estos ángeles no podían hacer nada sin la cooperación de la humanidad. Les dijo que si querían servir a Dios, debían consagrarse a Él. Si luchaban varonilmente en la batalla del Señor, recibirían la inmortalidad y una corona que brillaría a través de las edades eternas.

En la guerra del bien contra el mal, agencias celestiales invisibles están en las filas de los siervos de Dios. "Tened buen ánimo", dijo Cristo, "yo he vencido al mundo". Con todo el cielo ocupado en la guerra contra el pecado, ¿cómo podemos estar desganados? ¿Por qué no aceptar la ayuda del Espíritu Santo, y luchar como en presencia del universo celestial, mirando impávidamente a la cara de cada enemigo, y diciendo con el corazón y la voz: "Tened buen ánimo. Cristo ha vencido al mundo. Porque Él vive, nosotros también viviremos". A cada paso debemos avanzar hacia el cielo, la mirada fija en la corona de la vida, las manos empleadas en salvar a los que están a punto de perecer.

"Vosotros sois la luz del mundo". Los rayos de luz, que brillan desde las piedras vivas del templo de Dios, perturban a los que descansan en una falsa seguridad. El mundo olvidaría de buena gana la eternidad, pero no puede lograrlo del todo mientras haya hombres y mujeres que lleven alegre y gustosamente el yugo de Cristo y soporten su carga, cantando mientras la llevan en su fuerza. Unidos a Cristo, son canales de luz. Llenos de seriedad, amor y verdadera simpatía cristiana, revelan a Cristo al mundo. Cristo los llena de Su Espíritu; y son en verdad piedras vivas, que emiten la luz del Sol de Justicia.

Dios tiene sus abanderados elegidos. Ellos son preciosos a Su vista, y mientras mantengan en alto el estandarte en el que están inscritos los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, la trompeta da un cierto sonido, y la atención de los mundanos es llamada a las realidades eternas.

Estos hombres y mujeres están en armonía con Cristo. Sus vidas están guiadas por Sus principios. Guardan Sus mandamientos, no como si fueran un yugo irritante, sino de buena gana, alegremente. A medida que avanzan en armonía con la gran norma de justicia, entonan melodías para Dios en sus corazones, cantando mientras caminan por la senda de la felicidad:

"Bienaventurados los inmaculados en el camino, los que andan en la ley del Señor.

"Bienaventurados los que guardan sus testimonios y le buscan de todo corazón.

"Ellos tampoco hacen iniquidad; andan en sus caminos....

"Dame entendimiento, y guardaré tu ley; sí, la observaré con todo mi corazón".

"Alzaré también mis manos a tus mandamientos, que he amado; y meditaré en tus estatutos....

"Maravillosos son tus testimonios; por eso los guarda mi alma.

"La entrada de tus palabras alumbra; da entendimiento a los sencillos.

"Abrí mi boca y jadeé, porque ansiaba Tus mandamientos".

"Hazme comprender el camino de tus preceptos; así hablaré de tus maravillas".

Esta es la luz bajo la cual podemos considerar la ley del Señor. En vez de dar la impresión de que el yugo de Cristo es penoso, podemos demostrar la veracidad de las palabras: "Mi yugo es fácil, y ligera mi carga."

Satanás ha arreglado las cosas a su conveniencia. Ha declarado que la vida religiosa es una vida de exacción, de cruel sacrificio. ¿No debemos esforzarnos por contrarrestar esto revelando a Cristo tal como es, un Redentor compasivo, que constantemente dice: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar"? Muestra al mundo que guardas los mandamientos de Dios porque es para tu felicidad hacerlo, incluso en esta vida. En efecto, la recompensa de la obediencia está prometida, en esta vida y en la otra. "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida y entren por las puertas en la ciudad".

Sra. E. G. White

5 de mayo de 1898

Una lección de Pedro

EGW

"Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al Pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas. Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo no me escandalizaré jamás. Jesús le dijo: De cierto te digo que esta noche, antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Pedro le dijo: Aunque muera contigo, no te negaré. Lo mismo dijeron todos los discípulos".

Jesús no entró en controversia con nadie. Tenía una obra que hacer en el mundo. Después de su bautismo, Juan lo señaló como "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Incluso cuando en el desierto de la tentación se encontró con Satanás, no sostuvo ninguna controversia con su enemigo. Se apoyó en la Palabra escrita. El arma con la que se enfrentó y rechazó al enemigo fue: "Escrito está". Y Cristo obtuvo la victoria en el punto del apetito a favor de todo el mundo, para que cada alma pudiera tener Su ejemplo delante de ellos.

Y ahora los pasos de Cristo se dirigen al último lugar de Su humillación y sufrimiento en la humanidad. Volviéndose a sus discípulos, dijo en tonos del más profundo patetismo: "Todos vosotros seréis ofendidos por mi causa esta noche"; porque está escrito: "Despierta, oh espada, contra mi Pastor, y contra el Hombre que es mi Compañero, dice el Señor de los ejércitos; hiere al Pastor, y las ovejas serán dispersadas". Estas palabras fueron pronunciadas como por un corazón quebrantado.

A lo largo de todo su discurso, Cristo no había hecho ninguna alusión luctuosa a sus propios sufrimientos y muerte. El Pastor sabe que será herido, que la vara levantada en la mano de su Padre caerá pesadamente sobre Él a causa de la ley transgredida. Pero Cristo sólo piensa en sus discípulos. Su corazón de tiernísimo amor busca siempre alegrarlos. Debe prepararlos para la ausencia de su presencia corporal. "No se turbe vuestro corazón", dijo: "Si creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y os recibiré a mí mismo, para que donde yo esté, estéis también vosotros." Alude a su dispersión y abandono en el preciso momento en que más necesita su simpatía y sus oraciones. Pero no permite que este pensamiento de

tristeza deje una melancolía deprimente sobre ellos. Añade: "Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea".

Había llegado el período que debía responder al pasado profético. Cristo conduce a sus discípulos por las terribles escenas que se van a representar, y los reanima con esperanza. Les asegura que romperá los grilletes de la tumba en la mañana de la resurrección, cuando se reúna con ellos en Galilea. Quería que sus corazones no conocieran el miedo, sino que confiaran en Él.

Pero ahora Pedro siente que debe hablar, y asegura a su Maestro que nunca será culpable de negar a su Señor. No se dio cuenta de que en esa misma afirmación estaba rechazando la advertencia y la repreensión de Cristo. Cuando los hombres se sienten tan fuertes, entonces es cuando necesitan que se les recuerden las palabras de la Inspiración: "El que piensa estar firme, mire que no caiga". Si Pedro hubiera hecho esto, no se habría deshonrado a sí mismo ni habría avergonzado a Cristo. Había llegado el momento en que el silencio era elocuencia, en que pensar en silencio era mucho mejor que cualquier discurso que hubiera podido pronunciar. Pero Pedro conocía tan poco su propio corazón que negó la veracidad de la declaración de Cristo.

Cristo le había dicho a Pedro que estaba equivocado en sus ideas de sí mismo, y que al no recibir y creer las palabras de Cristo estaba haciendo el mismo mal del que Cristo había declarado que sería culpable. Hoy vemos manifestarse este mismo espíritu. Necesitamos que permanezca siempre en el alma el tesoro de la Palabra de Dios, para que cuando las huestes del infierno traten de destruirnos con tentaciones, estemos preparados con aguda percepción para discernir sus asechanzas, y enfrentarnos a él como Cristo se enfrentó a él en el desierto, con: "Escrito está". Cuando sentimos nuestra debilidad personal, cuando dependemos de Cristo y no del yo, hemos hecho lo que podemos. Entonces las inteligencias celestiales están listas para levantar el estandarte por nosotros contra el enemigo, diciendo a las agencias satánicas: "Hasta aquí llegarás, y no más lejos." El tentado a menudo no se da cuenta de que tiene agencias celestiales invisibles trabajando en su favor, pero así es.

"Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalicen de Ti, yo no me escandalizaré jamás. Jesús le dijo: De cierto te digo que esta noche, antes que cante el gallo, me negarás tres veces". ¡Oh, cuán mal resistirán la prueba muchos que se sienten tan autosuficientes! Jesús podía ver el futuro. Podía leer hasta los pensamientos del corazón. Sabía que la primera negación de Pedro no se detendría allí. Habiendo negado a su Señor una vez, se le dio ocasión de negar

de nuevo, y la segunda negación trajo consigo circunstancias para negar por tercera vez, y eso con maldiciones y juramentos. Pedro debería haber dado por sentado que Jesús lo conocía mejor que él mismo. Debería haber humillado su corazón y pedido una gracia especial para que esto no sucediera. Pero perdió esta oportunidad al no prestar atención ni creer en la advertencia dada.

De la manera más decidida declaró: "Aunque muera contigo, no te negaré". Pedro era completamente honesto en su afirmación, pero no era ni la mitad de sabio de lo que creía ser. Era ignorante de sí mismo. No se daba cuenta de su propia debilidad. Es privilegio del creyente saber que Cristo conoce todas las cosas, y que nunca habría hecho esa declaración si Pedro hubiera conocido su propio corazón.

Jesús no trató de hacer creer a Pedro que Él sabía qué camino seguiría. Pero Él sabía que "engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso". En ese momento Pedro debería haber estado examinándose a sí mismo. ¡Cuán desconfiado de sí mismo debería haber estado! Pero se negó a admitir que el cuadro que se le presentaba era correcto, y en lugar de invitar a la investigación, aunque el Espíritu Santo de Dios le había revelado el carácter que manifestaría, bajo la prueba y el juicio, se negó a aceptarlo. Si hubiera humillado su alma ante Dios, en lugar de negarse a escudriñar y leer lo más íntimo de su alma, habría dicho con el profeta: "¡Ay de mí! porque estoy deshecho; porque soy hombre de labios impuros".

Pedro necesitaba un conocimiento más profundo y amplio de Jesucristo. Había escuchado sus palabras y disfrutado de sus lecciones. Había reconocido a Cristo como el Hijo de Dios, y creía que lo era; pero sólo había tocado el margen de la fe en Cristo. Había profundidades en el conocimiento de su carácter que exigían su homenaje, su fe, su tributo de perfecta confianza y seguridad inquebrantable. "Verás cosas mayores que éstas", es la promesa que invita a aumentar la fe y la expectación. Jesús estaba dispuesto a revelarse a Pedro. En su gran amor le habló de su negación. Trató de revelar los defectos de su carácter y su necesidad de la ayuda que sólo Cristo podía prestarle. Pedro necesitaba desconfiar de sí mismo y tener una visión más profunda de Dios.

Cuando Pedro hizo lo que Cristo le había dicho que haría, se llenó de vergüenza y dolor. Se arrepintió y se convirtió por completo. Entonces, ¡qué tierno y caritativo, qué manso y perdonador se mostró Pedro!

Sra. E. G. White

12 de mayo de 1898

Permanecer en Cristo

EGW

El objeto de la conversión es doble, personal y relativo. Es bendecirnos y hacernos una bendición. Esta es una obra individual; pero ¡cuán frecuentemente sucede que los que profesan creer en la Palabra de Dios acostumbran tanto sus mentes a contentarse con cosas pequeñas, que se descalifican a sí mismos para discernir y apreciar las grandes cosas preparadas para ellos! En lugar de recibir en corazones buenos y honestos la Palabra que el Señor envía en mensajes para ayudarles, elevarles, ennoblecerles y santificarles, cavilan y chismorrear sobre ella, porque corta directamente con su inclinación y apetito. En lugar de ver su necesidad de conversión, consideran los medios que el Señor ha provisto para cambiar sus caracteres, como cuentos ociosos. Sus hábitos son para ellos más fuertes que la verdad. A menos que presten atención a las advertencias, se envolverán en un engaño que, como en el caso de Judas, hará que se conviertan en traidores y ciegos. La conversión individual significa un cambio de carácter. El agente humano debe ponerse en relación personal con Cristo, para que en lugar de seguir sus propias tendencias hereditarias y cultivadas, pueda tener la mente de Cristo, colocándose bajo la influencia moldeadora del Espíritu Santo.

El alma de Pablo estaba constantemente sedienta de mayor conocimiento. Exclamó: "Sí, ciertamente, y estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor; por quien he sufrido la pérdida de todas las cosas, y las considero como estiércol, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, hecho semejante a su muerte." Y ¡cuán ferviente y ansiosa debería estar cada alma de tener una presentación fiel de sí misma, de sus peligros y de las pruebas que le esperan, para poder asirse de un poder fuera de sí misma!

La Palabra debe ser estudiada; debe gobernar en el corazón, para que estemos preparados para traer del tesoro cosas buenas. Deja que la Palabra de Cristo more ricamente en ti; entonces, cuando seas asaltado, tendrás la armadura de Dios para vestirte. Una vez hecho todo esto, podréis resistir. Necesitamos un Cristo que permanezca con nosotros, como Enoc lo tuvo cuando caminó con Dios trescientos años. Podemos tener lo que tuvo Enoc: podemos tener a Cristo como nuestro compañero constante. Enoc caminó con Dios, y cuando fue

asaltado por el tentador, pudo hablar con Dios al respecto. No tenía el "Escrito está" que tenemos nosotros, pero conocía a su compañero celestial. Hizo de Dios su Consejero, y estaba estrechamente ligado a Jesús. Y Enoc fue honrado en este curso. Fue trasladado al cielo sin ver la muerte. Y los que serán trasladados al final de los tiempos, serán los que tengan comunión con Dios en la tierra. Aquellos que manifiesten que su vida está escondida con Cristo en Dios, lo representarán siempre en todas sus prácticas de vida. El egoísmo será cortado de raíz.

Cuando muchos de los discípulos abandonaron a Cristo y no caminaron más con Él, porque había afirmado ser ese pan que bajó del cielo, Él había declarado: "De cierto, de cierto os digo, que si no coméis la carne del Hijo del hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, vivirá por mí." ¿Y qué dijeron Sus propios discípulos a Sus palabras?-"Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?". La percepción espiritual de Sus oyentes no podía captar las palabras de Cristo, y "desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y ya no andaban con él."

Volviéndose a los doce, Jesús les dijo: "¿Queréis iros también vosotros? Entonces Simón Pedro le respondió: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros creemos y estamos seguros de que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo". Pero mientras estaba bajo la prueba en el tribunal, Pedro no era más que un reflejo muy tenue del carácter de su Señor. ¡Cuánto de flaqueza, de pecado no mortificado, de descuido de espíritu, de temperamento no santificado, de negligencia al entrar en tentación, reveló en vez de renunciar a su propio camino y voluntad!

Pedro no permitió que su mente contemplara de cerca la cruz. El testimonio más elevado que podría haber dado en favor de Cristo bajo la prueba era revelar sus principios firmes, y al revelar la belleza pura y santa del carácter de Cristo, mostrar que Cristo moraba en él. El Señor quería que sus seguidores revelaran en su vida la práctica de su vida de abnegación, levantando la cruz a cada paso. Debemos mostrar nuestra consagración en cada acto. Y éste será el más alto testimonio que podamos dar de la gloria del Redentor.

¡Qué honor habría hecho Pedro a su Señor si hubiera recibido sus palabras! Pero demostró ser infiel, indigno de ser el depositario del rico tesoro de la gracia de Dios. Sus afirmaciones jactanciosas, mientras se negaba a verse a sí mismo como Cristo lo veía, estaban haciendo que la luz de Pedro se oscureciera. Sin embargo, en ese momento tenía el privilegio de solicitar la ayuda de Cristo con tanto fervor como cuando, a punto de hundirse bajo las tempestuosas olas, clamó: "Señor, salva, o pereceré". Entonces su grito de auxilio le trajo una mano que asió la suya; y si, cuando Cristo le dijo que negaría a su Señor, Pedro hubiera dicho: "Señor, recibo tu palabra; aunque no veo que sea posible. Te amo, pero no me conozco a mí mismo, y te pido que me salves de negarte a Ti, a quien tanto amo", Cristo le habría salvado de sí mismo. Le habría pedido ayuda a su Padre celestial. Habría orado para que Pedro se volviera vigilante sobre su temperamento, vigilante cuando más fuertemente lo asaltara el enemigo, bien despierto a los asaltos astutos de Satanás. Entonces, ¡cuán vigilante habría sido Pedro para mantener su lealtad a Cristo! Escucharía en silencio y aprendería de Jesús cómo comportarse bajo acusaciones y provocaciones, y en la hora más oscura. Entonces se esforzaría por honrar a Cristo y acercarse a su Salvador.

¡Oh, que Pedro hubiera aprendido más de la lección dada en el capítulo quince de Juan, de la necesidad de permanecer en Cristo! "Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo -dijo Cristo- si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí". Cristo anhelaba que sus discípulos comprendieran los privilegios y ventajas que les llegaban por medio de Él. Pedro escuchó estas lecciones cuando Cristo señaló la vid en la que había un sarmiento marchito, y dijo: "Todo pámpano que en mí no da fruto, lo quita; y todo el que da fruto, lo limpia [poda], para que dé más fruto.... Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en Mí.... Si alguno no permanece en Mí, como pámpano es echado fuera, y se seca; y los hombres los recogen, y los echan en el fuego, y arden".

Esta lección la aprenderemos todos si creemos en Jesucristo. ¡Oh, que la hubiera recibido Judas, que estaba tramando la muerte de su Maestro! Si todos hubieran podido oír esta última lección que Cristo dio a sus discípulos, ¡qué instrucción habrían recibido! Si hubieran sabido más de Jesús, más de los engaños del corazón humano; si hubieran podido conocer el dolor del corazón de Cristo porque el Pastor iba a ser herido y sus ovejas dispersadas; si hubieran sabido que iba a reunir las de nuevo, para hablarles con reconfortantes seguridades, habrían sabido más lo que significaba su gran sacrificio. Alguien que los amaba procuraba darles una instrucción especial. Pensaba en ellos, oraba por ellos. Su

ojo leía cada fase de su experiencia futura durante la terrible prueba por la que estaba a punto de pasar. Entonces, cuán ansiosos habrían estado si no hubieran podido hacer nada más que mirar con simpatía y amor a su Señor, y con fe intacta mostrar que se daban cuenta de que su ojo estaba sobre ellos, y que en este momento de prueba los estaba guiando, sosteniendo y cuidando. ¡Oh, si hubieran podido mirar dentro de ese corazón de Amor Infinito, si tan sólo hubieran podido ver cuánto lo sentía por ellos! Si hubiera podido decirles palabras, se las habría dicho con suavidad y compasión: "Permaneced en mi amor": "Permanece en Mi amor". "Ten ánimo, estás en el corazón de Cristo, no estás solo".

Sra. E. G. White

19 de mayo de 1898

Fe y buenas obras

EGW

"De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará [por la gracia y el poder de Cristo]; porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis en Mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís algo en Mi nombre, Yo lo haré. Si me amáis, guardad mis mandamientos". Esta promesa fue hablada por labios que nunca engañaron, y debemos tomar la Palabra empeñada de Dios y creerla, y actuar de acuerdo con ella. Debemos recibir Su Palabra tal como nos ha sido dicha; y si la consideramos así, nos acercaremos al trono de la gracia con plena seguridad de fe.

Muchos que profesan ser hijos de Dios han perdido su sencillez; no hay fe genuina en sus oraciones, ni confianza en la promesa de que si creemos recibiremos lo que le pidamos. Pero si tenemos esta fe, no seremos desilusionados; porque Dios honrará Su palabra. El Señor quiere que le contemos todas nuestras perplejidades, y que le pidamos aquellas cosas que necesitamos. Su promesa es: "Pedid y recibiréis". Dios nos dará las cosas que necesitamos. Es nuestro privilegio pedir, es prerrogativa de Dios saber lo que es para nuestro bien, para que recibéndolas podamos glorificar Su nombre dándolas a otros.

Necesitamos tener más de Jesús y mucho menos de nosotros mismos. Necesitamos una sencillez infantil que nos lleve a contarle al Señor todas

nuestras necesidades, y a creer que, de acuerdo con Sus riquezas, bondad y amor, Él las satisfará. "Si pedís algo en Mi nombre", dice Él, "Yo lo haré". Si Me amáis, mostraréis ese amor guardando Mis mandamientos. "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad".

El Consolador sólo se promete como Espíritu de verdad. No hay consuelo en la mentira. El trabajo del Consolador es definir y mantener la verdad; y no debe haber preocupación de que el consuelo no siga. El Espíritu Santo mora primero en el corazón *como* la verdad, y esto lo hace *por medio de* la verdad. El mundo, dijo Cristo, no puede recibir al Espíritu de verdad, "porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros."

"El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él". Esta es la única prueba verdadera del carácter. Al hacer la voluntad de Dios damos la mejor evidencia de que amamos a Dios y a Jesucristo a quien Él ha enviado. Las tan repetidas palabras de amor a Dios carecen de valor a menos que ese amor se manifieste en la vida practicada. El amor a Dios no es un mero sentimiento; es una fuerza viva y operante. El hombre que hace la voluntad de su Padre que está en los cielos demuestra al mundo que ama a Dios. El fruto de su amor se ve en las buenas obras.

"Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación". Esto significa más que un asentimiento a la verdad de que Cristo vino al mundo y murió para la salvación de la raza. El entendimiento puede estar convencido, pero el texto significa más que esto. Significa sinceridad total. Significa fe, fe inteligente, que se aferrará al Salvador como la única esperanza de un mundo caído. Significa una fe que comprenderá la maravillosa provisión hecha, y ocupará los afectos y controlará la vida, descansando en el mérito de un Salvador crucificado y resucitado. Significa una fe que obra por amor y purifica el alma.

El apóstol Santiago vio que surgirían peligros al presentar el tema de la justificación por la fe, y se esforzó por mostrar que la fe genuina no puede existir sin las obras correspondientes. Se presenta la experiencia de Abraham. "¿Ves", dice, "cómo la fe obró con sus obras, y por las obras fue perfeccionada la fe?".

Así, la fe genuina realiza una obra genuina en el creyente. La fe y la obediencia traen una experiencia sólida y valiosa.

Hay una creencia que no es una fe salvadora. La palabra declara que los demonios creen y tiemblan. La así llamada fe que no obra por amor y purifica el alma no justificará a ningún hombre. "Vosotros veis", dice el apóstol, "cómo por las obras el hombre es justificado, y no solamente por la fe". Abraham creyó a Dios. ¿Cómo sabemos que creyó? Sus obras dieron testimonio del carácter de su fe, y su fe le fue contada por justicia.

Necesitamos la fe de Abraham en nuestros días, para iluminar las tinieblas que se acumulan a nuestro alrededor, cerrando el paso a la dulce luz del sol del amor de Dios, y empequeñeciendo el crecimiento espiritual. Nuestra fe debe ser prolífica en buenas obras, porque la fe sin obras está muerta. Cada deber cumplido, cada sacrificio hecho en el nombre de Jesús, trae una recompensa muy grande. En el acto mismo del deber, Dios habla y da su bendición.

"Siendo justificados gratuitamente por su gracia", dice el apóstol Pablo, "mediante la redención que es en Cristo Jesús; a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, a fin de declarar su justicia para la remisión de los pecados pasados, mediante la paciencia de Dios; a fin de declarar, digo, en este tiempo su justicia; para que sea justo y justificador del que cree en Jesús."

Aquí la verdad se expone en líneas claras. Esta misericordia y bondad es totalmente inmerecida. La gracia de Cristo es gratuita para justificar al pecador sin mérito o reclamo de su parte. La justificación es un perdón pleno y completo del pecado. En el momento en que un pecador acepta a Cristo por fe, en ese momento es perdonado. La justicia de Cristo le es imputada, y no debe dudar más de la gracia perdonadora de Dios.

No hay nada en la fe que la convierta en nuestra salvadora. La fe no puede eliminar nuestra culpa. Cristo es poder de Dios para salvación a todos los que creen. La justificación viene por los méritos de Jesucristo. Él ha pagado el precio de la redención del pecador. Sin embargo, es sólo a través de la fe en Su sangre que Jesús puede justificar al creyente.

El pecador no puede depender de sus propias buenas obras como medio de justificación. Debe llegar al punto en que renuncie a todo su pecado, y abraza un grado de luz tras otro, a medida que brilla en su camino. Simplemente capta por fe la amplia y gratuita provisión hecha en la sangre de Cristo. Cree en las

promesas de Dios que por medio de Cristo se le hacen santificación, justicia y redención. Y si sigue a Jesús, caminará humildemente en la luz, regocijándose en la luz y difundiendo esa luz a los demás. Siendo justificado por la fe, lleva consigo la alegría en su obediencia en toda su vida. La paz con Dios es el resultado de lo que Cristo es para él. Las almas que están en subordinación a Dios, que le honran y son hacedoras de su Palabra, recibirán la iluminación divina. En la preciosa Palabra de Dios hay pureza y elevación, así como belleza que, a menos que sean asistidas por Dios, las más altas potencias del hombre no pueden alcanzar.

La fe no nos hace ganar nada; es el don de Dios, que podemos recibir y apreciar haciendo de Cristo nuestro Salvador personal. Podemos rechazar el don, y hablar dudas, y llegar a ser infelices por abrigar la incredulidad. Pero esto se convertirá en una barrera infranqueable que nos apartará del Espíritu de Dios y cerrará nuestros corazones a su luz y a su amor. Así deshonramos a Dios, y hacemos que el sacrificio inestimable no tenga ningún efecto para nosotros. Damos a Satanás la oportunidad de triunfar sobre nosotros, cuando nosotros podríamos triunfar sobre él.

Ninguno de nosotros es excusable, bajo ninguna forma de prueba, por dejar que nuestro asimiento a Dios se afloje. Aunque la compasión del hombre falle, Dios ama y se compadece, y extiende su mano de ayuda. Los brazos eternos de Dios rodean al alma que acude a Él en busca de ayuda. Él es nuestra fuente de fortaleza, o nuestro baluarte en cada prueba. Cuando clamamos a él por ayuda, su mano se extenderá poderosamente para salvarnos. Si nos decidimos seriamente y oramos a Dios por la ayuda que necesitamos, encontraremos fortaleza. Dios ama que sus hijos le pidan y confíen en que Él hará por ellos lo que no pueden hacer por sí mismos. Entonces prestemos atención a la voz de Aquel que habló como nunca habló hombre alguno: "Todo lo que pidieréis en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís algo en Mi nombre, Yo lo haré. Si me amáis, guardad mis mandamientos".

Sra. E. G. White

26 de mayo de 1898

El pueblo elegido de Dios

EGW

"Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos".

Estas palabras exigen una reflexión seria. Significan más de lo que muchos suponen. Si queremos ser luces en el mundo, debemos abrir la mente para recibir a Aquel que es la Luz del mundo. Debemos tener la mente de Cristo. Es un precioso privilegio conocer a Cristo por experiencia personal y caminar humildemente ante Dios.

Satanás reclama este mundo como su reino. Aquí ha establecido su sede. Pero incluso en medio de la oscuridad moral brilla algo de luz. Dios tiene un pequeño rebaño. Su pueblo no es popular; porque el mundo ha escogido las tinieblas en vez de la luz, porque sus obras son malas. Pero Cristo dice a Sus elegidos: "Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros."

Los hijos leales y fieles de Dios se encuentran en un mundo donde abundan los ateos y los religiosos mundanos, un mundo que desde el día en que Caín levantó su mano contra Abel, ha rechazado toda provisión que el Cielo ha hecho para restaurar la imagen moral de Dios en el hombre. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. El mismo estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas; y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.... Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad". Pero incluso este Don fue desechado como sin valor. "En el mundo estaba, y el mundo por Él fue hecho, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron".

Es asombroso para los ángeles que quienes viven en la casa de Dios, y reciben diariamente sus favores, rechacen a su Hijo unigénito. Y Dios pregunta: "Efraín, ¿qué haré contigo? Oh Judá, ¿qué haré contigo? porque tu bondad es como la nube de la mañana, y como el rocío de la madrugada se va. Por tanto, yo los

corté por medio de los profetas; los maté con las palabras de mi boca; y tus juicios son como la luz que sale. Porque misericordia quise, y no sacrificio; y conocimiento de Dios más que holocaustos. Pero ellos, como hombres, han quebrantado el pacto; allí me han traicionado."

Cristo, el gran Maestro, dijo a Sus oyentes: "Caminad mientras tenéis la luz, para que no os alcancen las tinieblas; porque el que camina en tinieblas no sabe a dónde va. Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz". "Porque en otro tiempo erais tinieblas", escribe Pablo, "pero ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz."

Estamos en el mundo en el que, a causa de su pecado, nuestros primeros padres perdieron el hermoso Edén que Dios les había dado. Adán y Eva fueron colocados en el jardín, y se les dio permiso para comer de todos los árboles del jardín excepto uno. Pero comieron del fruto prohibido, y su pecado abrió las compuertas del infortunio sobre nuestro mundo. Desde entonces el pecado se agravó, hasta que Dios destruyó el mundo con un diluvio, salvando sólo a Noé y a sus hijos. Desde entonces, el pecado no ha dejado de aumentar. Los hombres no han aprendido que Dios habla en serio. Sodoma fue destruida por rayos de fuego del cielo. Dios amenazó con destruir Nínive. Los habitantes se arrepintieron y se evitó su destrucción. Pero volvieron una vez más a su idolatría, sus pecados llegaron hasta el cielo, y sobrevino su destrucción.

El mundo se está convirtiendo rápidamente en lo que era antes del diluvio. Satanás ha establecido su trono en la tierra, y la ley de Dios es pisoteada. Dios hizo el mundo en seis días, y descansó en el séptimo, santificándolo como día de su reposo. Se lo dio al hombre como memorial de Su creación, diciendo: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo". Pero el pecado de Adán se repite. El sábado del Señor es descartado y despreciado, mientras que un sábado espurio, hijo del papado, es aceptado por el mundo protestante, y es apreciado y exaltado como supremo. Pero no tiene ni un vestigio de sacralidad, más de lo que tiene cualquier día de trabajo común.

"Pon la trompeta a tu boca. Vendrá como águila contra la casa de Jehová, porque han violado mi pacto, y se han rebelado contra mi ley. Israel clamará: Dios mío, te conocemos. Israel ha desechado lo que es bueno; el enemigo lo perseguirá. Han erigido reyes, pero no por mí; se han hecho príncipes, y yo no lo sabía; de su plata y de su oro se han hecho ídolos, para que sean cortados.... Le he escrito las grandezas de mi ley, pero fueron tenidas por cosa extraña".

¡Cuán cierto es esto hoy! Las leyes promulgadas por una autoridad finita se exaltan por encima de la ley de Jehová. Los hombres pisotean la santa ley de Dios, y dicen del pueblo de Dios, como los judíos dijeron de Cristo: "Nosotros tenemos una ley, y por nuestra ley debe morir". Una y otra vez se repetirá esto. Cristo nos ha dicho que en el mundo tendremos tribulación, pero que en Él tendremos paz. Aquellos que vivan durante los últimos días de la historia de esta tierra sabrán lo que significa ser perseguido por causa de la verdad. En los tribunales prevalecerá la injusticia. Los jueces se negarán a escuchar las razones de aquellos que son leales a los mandamientos de Dios, porque saben que los argumentos a favor del cuarto mandamiento son irrefutables. Dirán: "Tenemos una ley, y por nuestra ley debe morir". La ley de Dios no es nada para ellos. "Nuestra ley" para ellos es suprema. Aquellos que respeten esta ley humana serán favorecidos, pero aquellos que no se inclinen ante el ídolo sabbat no tendrán ningún favor.

Todo lo que se alega contra la validez del cuarto mandamiento es invención humana. No hay una sola palabra en la Biblia que sostenga el primer día de la semana. Es un sábado espurio, bautizado por promulgación humana, y dado al mundo para ser santificado. Pero, por falso que sea, el mundo lo mantiene, siguiendo así un curso blasfemo. Los pecados de los habitantes de las ciudades y pueblos han llegado hasta el cielo, y es hora de que los hombres oren con humildad ante Dios. "Por tanto, también ahora, dice el Señor, convertíos a Mí de todo corazón, con ayuno, llanto y lamento; rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios; porque Él es clemente y misericordioso, lento para la ira y de gran bondad, y se arrepiente del mal. ¿Quién sabe si volverá y se arrepentirá, y dejará tras de sí una bendición, una ofrenda y una libación para Jehová vuestro Dios? Tocad la trompeta en Sión, santificad un ayuno, convocad una asamblea solemne; reunid al pueblo, santificad la congregación, congregad a los ancianos, reunid a los niños y a los que maman; salga el novio de su cámara, y la novia de su alcoba. Lloren los sacerdotes, los ministros del Señor, entre el pórtico y el altar, y digan: Perdona, Señor, a tu pueblo, y no entregues tu heredad al oprobio, para que se enseñoreen de ella los paganos; ¿por qué han de decir entre el pueblo: Dónde está su Dios?".

Sra. E. G. White

2 de junio de 1898

El pueblo elegido de Dios-Nº 2

EGW

"Pueblo santo eres para el Señor tu Dios; el Señor tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, por encima de todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra. No puso Jehová su amor en vosotros, ni os escogió porque fueseis más numerosos que todos los pueblos; porque erais los menos numerosos de todos los pueblos; sino porque Jehová os amó, y porque quiso guardar el juramento que había hecho a vuestros padres, os sacó Jehová con mano poderosa, y os rescató de casa de siervos, de mano de Faraón rey de Egipto. Conoce, pues, que Jehová tu Dios, él es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos por mil generaciones; y a los que le aborrecen les paga en su cara para destruirlos; no será negligente con el que le aborrece, en su cara le pagará. Guardarás, pues, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy, para ponerlos por obra."

Estas palabras fueron pronunciadas por Cristo cuando estaba envuelto en la columna de nube, y fueron dadas a Moisés para el pueblo elegido de Dios. El Señor no ha dejado al mundo sin testigos. Tiene a su pueblo leal y elegido. Ellos no hacen de este mundo su hogar, pero están aquí para dar testimonio de Dios; y mientras dure el tiempo de prueba, un testimonio vivo será dado por estos fieles mensajeros. Satanás y sus ángeles se confabulan con los hombres malvados contra el pueblo de Dios, los campeones de la justicia. Se esfuerzan por contrarrestar su testimonio y destruirlos. Así fue tratado Cristo. El Príncipe de la Vida vino a los suyos, pero ellos se negaron a recibirle. Aunque la rebelión contra Su ley se había generalizado, Él vino en una embajada de misericordia, para salvar, no para condenar al mundo. Invitó a todos a verle a Él, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Pero fue despreciado como un impostor, y perseguido de lugar en lugar como un impostor.

Cristo ha ascendido a lo alto, pero antes de dejar esta tierra, dijo a su pueblo elegido: "Si el mundo os aborrece, sabed que a Mí me aborreció antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os odia. Acordaos de la palabra que os dije: El siervo no es mayor que su Señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Pero todo esto os harán por causa de mi nombre,

porque no conocen al que me envió". Muchos, a causa de su fe, serán cortados de casa y herencia aquí; pero si entregan sus corazones a Cristo, recibiendo el mensaje de su gracia, y descansando en su Sustituto y Fianza, aun el Hijo de Dios, todavía podrán llenarse de gozo.

Todos podemos saber, si queremos, de la provisión que se ha hecho para la salvación de cada uno de los que viven en la tierra. Pero hay una pregunta seria que cada uno debe responder: ¿Ha aceptado personalmente esa salvación? Un mero asentimiento a la teoría de la verdad no tiene ningún valor para usted. Su nombre puede estar inscrito en los libros de la iglesia, pero ¿ama usted la verdad de la Palabra de Dios? ¿Considera un privilegio poder obtener un conocimiento experimental de la verdad? ¿Te asocias con aquellos que son fieles y verdaderos, que creen y practican la verdad? En el capítulo sexto de Juan está registrada la lección de Cristo sobre el pan de vida, pronunciada para que sus hijos pudieran comprender los términos de la salvación. Lee y comprende la verdad tal como se presenta aquí. Aférrate a la verdad de la Palabra de Cristo, comiendo su carne y bebiendo su sangre.

Mediante la poderosa cuchilla de la verdad, Dios ha separado a un pueblo de la cantera del mundo y lo ha llevado a su taller. Aquí el Maestro Obrero puede tallarlos con éxito con hacha y cincel, y pulirlos para un lugar en Su reino. Ya no son como la masa de la que fueron sacados. Se yerguen como nobles pilares, para ser utilizados para la gloria de Dios.

La gloria futura de los hijos e hijas adoptivos de Dios no se discierne ahora. El mundo desprecia y desprecia al pueblo de Dios. Pero cuentan con las simpatías de un mundo mejor que éste, incluso celestial. "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro". Tiene esa fe que obra por amor y purifica el alma. El Espíritu de Dios pone cada facultad, cada órgano del cuerpo, en conformidad con lo recto. Incluso los pensamientos son llevados a la obediencia a Cristo. En cada hábito y práctica se abriga el deseo de ser como Jesús. Las aspiraciones son elevadas; el corazón se llena de gozo al anticipar el futuro, pues espera "una ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios".

A través de religiosos intolerantes, Satanás ha tratado de arrancar de raíz la vid plantada por el Señor. Pero las raíces son profundas y no pueden ser arrancadas. El labrador cuida de su propia viña, velando por las preciosas plantas. Si estas plantas reciben el alimento que Dios les ofrece, crecerán y darán mucho fruto para Su gloria.

La Palabra de Dios, tal como se lee, es el fundamento de nuestra fe. Esa Palabra es la palabra segura de la profecía, y exige la fe implícita de todos los que pretenden creerla. Es fidedigna y contiene en sí misma la prueba de su origen divino. "No hemos seguido fábulas artificiosas cuando os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino que fuimos testigos oculares de su majestad". "El que cree en el Hijo tiene vida eterna; y el que no cree en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él."

La única prueba que el mundo puede tener de que el pueblo de Dios cree en Su Palabra es verlo practicar esa Palabra y seguir el ejemplo de Cristo en todas las cosas. Aquellos que no practican la verdad en verdadera piedad y piedad, que rehúyen el reproche que siempre llega al verdadero creyente, nunca entrarán en el reino de los cielos. Por nosotros soportó el Redentor la contradicción de los pecadores contra Sí mismo. No hubo un ápice de sufrimiento que no soportara en nuestro favor, para que pudiéramos ser justificados ante Dios. Cada punzada de aflicción y angustia soportada por Él fue para asegurarnos la liberación. Si Satanás hubiera inducido a Cristo a cometer un solo pecado, la serpiente habría herido la cabeza de la Simiente de la mujer. Satanás habría triunfado por haber logrado vencer a nuestro Salvador. El mundo habría pasado a ser de su propiedad. Pero Cristo no cedió en un solo caso, y nos dice: "Tened buen ánimo; yo he vencido al mundo." "Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo." Con una mano Cristo se aferra a la humanidad, mientras que con la otra se agarra al trono del Infinito.

¿Qué somos nosotros que decimos ser uno con Cristo? Entre el verdadero creyente y el incrédulo siempre habrá el mismo conflicto que hubo entre Cristo y los que lo rechazaron. Los que participan con Cristo en sus sufrimientos, también participarán con Él en su gloria. Pero aquellos que evaden la cruz aquí, niegan a Aquel que los ha comprado a un precio infinito, y en el día del juicio serán negados. Muchos, muchos, están tergiversando y negando a Cristo por su bajo estándar de cristianismo. Aquellos que verdaderamente creen en Cristo mostrarán su fe por una vida bien ordenada y una conversación piadosa. Trabajando en las líneas de Cristo, mostrarán que han sido adoptados en la

familia del cielo. De todos los tales dice Dios: "Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para vivificar el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los contritos."

Sra. E. G. White

9 de junio de 1898

"Tentados en todo como somos"

[Reproducido íntegramente en Mensajes selectos 1:252-256].

Tras la caída del hombre, Satanás declaró que se había demostrado que los seres humanos eran incapaces de cumplir la ley de Dios, y trató de arrastrar al universo con él en esta creencia. Las palabras de Satanás parecían ser ciertas, y Cristo vino a desenmascarar al engañador. La Majestad del cielo asumió la causa del hombre, y con las mismas facilidades que el hombre puede obtener, resistió las tentaciones de Satanás como el hombre debe resistirlas. Esta era la única manera en que el hombre caído podía llegar a ser partícipe de la naturaleza divina. Al tomar la naturaleza humana, Cristo estaba capacitado para comprender las pruebas y penas del hombre y todas las tentaciones con que se ve acosado. Los ángeles que no conocían el pecado no podían compadecerse del hombre en sus pruebas peculiares. Cristo condescendió a tomar la naturaleza del hombre, y fue tentado en todo según nuestra semejanza, para saber cómo socorrer a todos los que fuesen tentados.

Al asumir la humanidad, Cristo tomó la parte de cada ser humano. Era la Cabeza de la humanidad. Un Ser divino y humano, que con su largo brazo humano podía rodear a la humanidad, mientras que con su brazo divino podía asir el trono del Infinito.

¡Qué espectáculo para el cielo! Cristo, que no conocía la menor mancha de pecado o contaminación, tomó nuestra naturaleza en su condición deteriorada. Fue una humillación más grande de lo que el hombre finito puede comprender. Dios se manifestó en la carne. Se humilló a sí mismo. ¡Qué tema para el pensamiento, para la contemplación profunda y sincera! Tan infinitamente grande que era la Majestad del cielo, y sin embargo se rebajó tanto, sin perder un átomo de su dignidad y gloria. Se rebajó a la pobreza y a la más profunda humillación entre los hombres. Por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, fuésemos enriquecidos. "Las zorras tienen guaridas -dijo- y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza".

Cristo se sometió al insulto y a la burla, al desprecio y al ridículo. Oyó que Su mensaje, que estaba cargado de amor, bondad y misericordia, era tergiversado y mal aplicado. Oyó que le llamaban príncipe de los demonios, porque daba testimonio de su filiación divina. Su nacimiento fue sobrenatural, pero por su propia nación, aquellos que habían cegado sus ojos a las cosas espirituales, fue considerado como un borrón y una mancha. No hubo una gota de nuestra amarga lodo que Él no probara, ni una parte de nuestra maldición que Él no soportara, para poder traer muchos hijos e hijas a Dios.

El hecho de que Jesús estuviera en esta tierra como varón de dolores y experimentado en la aflicción, que para salvar al hombre caído de la ruina eterna abandonara su hogar celestial, debería poner en el polvo todo nuestro orgullo, avergonzar toda nuestra vanidad y revelarnos el pecado de la autosuficiencia. Contempladle haciendo tuyas las necesidades, las pruebas, las penas y los sufrimientos de los hombres pecadores. ¿No podemos llevarnos a casa la lección de que Dios soportó estos sufrimientos y contusiones del alma como consecuencia del pecado?

Cristo vino a la tierra, asumiendo la humanidad y erigiéndose en representante del hombre, para demostrar en la controversia con Satanás que el hombre, tal como Dios lo creó, conectado con el Padre y el Hijo, podía obedecer toda exigencia divina. Hablando por medio de su siervo, declara: "Sus mandamientos no son gravosos". Fue el pecado el que separó al hombre de su Dios, y es el pecado el que mantiene esta separación.

La enemistad a que se refiere la profecía del Edén no debía limitarse meramente a Satanás y al Príncipe de la Vida. Debía ser universal. Satanás y sus ángeles habían de sentir la enemistad de toda la humanidad. "Pondré enemistad -dijo Dios- entre ti y la mujer, entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar".

La enemistad puesta entre la simiente de la serpiente y la simiente de la mujer era sobrenatural. Con Cristo la enemistad fue en un sentido natural; en otro sentido fue sobrenatural, al combinarse la humanidad y la divinidad. Y nunca se desarrolló la enemistad hasta un grado tan marcado como cuando Cristo se convirtió en habitante de esta tierra. Nunca antes había habido un ser sobre la tierra que odiara el pecado con un odio tan perfecto como Cristo. Había visto su poder engañoso e infatuante sobre los santos ángeles, y todos sus poderes se alistaron contra él.

La pureza y santidad de Cristo, la justicia sin mancha de Aquel que no cometió pecado, fue un reproche perpetuo sobre todo pecado en un mundo de sensualidad y pecado. En su vida brilló la luz de la verdad en medio de las tinieblas morales con que Satanás había envuelto al mundo. Cristo desenmascaró las falsedades y el carácter engañoso de Satanás, y destruyó en muchos corazones su influencia corruptora. Fue esto lo que despertó en Satanás un odio tan intenso. Con sus huestes de seres caídos, determinó librar la guerra con más vigor; porque había en el mundo Uno que era un representante perfecto del Padre, Uno cuyo carácter y prácticas refutaban la tergiversación que Satanás hacía de Dios. Satanás había cargado sobre Dios el atributo que él mismo poseía. Ahora, en Cristo, vio a Dios revelado en su verdadero carácter: un Padre compasivo y misericordioso, que no quiere que nadie perezca, sino que todos vengan a él arrepentidos y tengan vida eterna.

La mundanalidad intensa ha sido una de las tentaciones más exitosas de Satanás. Se propone mantener los corazones y las mentes de los hombres tan absortos en las atracciones mundanas que no haya lugar para las cosas celestiales. Controla sus mentes en su amor al mundo. Las cosas terrenales eclipsan las celestiales, y ponen al Señor fuera de su vista y entendimiento. Las falsas teorías y los falsos dioses son apreciados en lugar de los verdaderos. Los hombres están encantados con el brillo y el oropel del mundo. Están tan apegados a las cosas de la tierra que muchos cometen cualquier pecado con tal de obtener alguna ventaja mundana.

Fue sobre este punto que Satanás pensó derrocar a Cristo. Pensó que en su humanidad podría ser vencido fácilmente. "El diablo lo llevó a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré si postrado me adoras". Pero Cristo no se inmutó. Sintió la fuerza de esta tentación; pero la enfrentó en nuestro favor, y venció. Y sólo usó las armas justificables para los seres humanos: la palabra de Aquel que es poderoso en consejo: "Escrito está".

Con qué intenso interés observaban esta controversia los ángeles celestiales y los mundos no caídos, mientras se vindicaba el honor de la ley. La controversia iba a resolverse para siempre, no sólo para este mundo, sino para el universo celestial. La confederación de las tinieblas también estaba atenta a la apariencia de una oportunidad de triunfar sobre el Sustituto divino y humano de la raza humana, para que el apóstata pudiera gritar: "Victoria", y el mundo y sus habitantes se convirtieran para siempre en su reino.

Pero Satanás sólo alcanzó el talón; no pudo tocar la cabeza. Con la muerte de Cristo, Satanás vio que había sido derrotado. Vio que su verdadero carácter se revelaba claramente ante todo el cielo, y que los seres celestiales y los mundos que Dios había creado estarían totalmente de parte de Dios. Vio que sus perspectivas de influencia futura con ellos quedarían totalmente cortadas. La humanidad de Cristo demostraría por los siglos de los siglos la cuestión que zanjaba la controversia.

Al tomar sobre sí la naturaleza del hombre en su condición caída, Cristo no participó en lo más mínimo de su pecado. Estuvo sujeto a las debilidades y flaquezas que rodean al hombre, "para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Él tomó nuestras flaquezas, y llevó nuestras enfermedades". Él se compadeció de nuestras flaquezas, y fue tentado en todo según nuestra semejanza. Y, sin embargo, no conoció pecado. Era el Cordero "sin mancha y sin contaminación". Si Satanás hubiera tentado a Cristo a pecar en lo más mínimo, habría herido la cabeza del Salvador. Sin embargo, sólo pudo tocar su calcañar. Si hubiera tocado la cabeza de Cristo, la esperanza de la raza humana habría perecido. La ira divina habría caído sobre Cristo como cayó sobre Adán. Cristo y la Iglesia se habrían quedado sin esperanza.

No debemos dudar de la perfecta impecabilidad de la naturaleza humana de Cristo. Nuestra fe debe ser una fe inteligente, que mire a Jesús con perfecta confianza, con plena y entera fe en el sacrificio expiatorio. Esto es esencial para que el alma no quede envuelta en tinieblas. Este santo sustituto puede salvar hasta lo sumo, porque presentó al universo maravillado una humildad perfecta y completa en su carácter humano, y una obediencia perfecta a todos los requisitos de Dios. El poder divino es puesto sobre el hombre, para que llegue a ser partícipe de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. Por eso el hombre arrepentido y creyente puede ser hecho justicia de Dios en Cristo.

Sra. E. G. White

16 de junio de 1898

La verdad tal como es en Jesús

EGW

La verdad en Cristo y por Cristo no tiene medida. El estudiante de las Escrituras se asoma, por así decirlo, a una fuente que se ahonda y se ensancha a medida

que contempla sus profundidades. A medida que escudriña la Palabra de Dios, el gran tema de la redención se abre a su investigación. ¿Qué tema es tan vasto y misterioso como la manifestación de la compasión de Dios por el hombre? En esto consiste el amor, no en que hayamos amado a Dios, pues ¿por qué no habríamos de amarle? sino en que Dios nos amó a nosotros, seres humanos pecadores.

Antes del advenimiento de Cristo, las tinieblas cubrían la tierra, y las tinieblas las gentes. Aquel que es la Luz del mundo vio que Satanás proyectaba su sombra en el camino de los hombres, para impedirles el conocimiento de Dios y del mundo futuro. Los hombres estaban sentados a la sombra de la muerte. La única esperanza para el mundo era que se disipara esta oscuridad y Dios fuera revelado al mundo. Un maestro del cielo debe venir a esta tierra. El Sol de Justicia debía desterrar las tinieblas. Las necesidades del hombre no podían satisfacerse de otro modo.

El rollo profético da testimonio del Mensajero que había de visitar la tierra: "He aquí mi Siervo, a quien sostengo; mi Elegido, en quien se deleita mi alma; he puesto mi Espíritu sobre él; él traerá juicio a los gentiles. No clamará, ni se alzará, ni hará oír su voz en la calle. La caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará; Él traerá juicio a la verdad. No desfallecerá ni se desanimará, hasta que ponga juicio en la tierra; y las islas esperarán su ley." "No juzgará según la vista de sus ojos, ni reprenderá según el oído de sus oídos; sino que con justicia juzgará a los pobres, y reprenderá con equidad a los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el soplo de sus labios matará a los impíos. Y la justicia será el ceñidor de Sus lomos, y la fidelidad el ceñidor de Sus riendas."

"Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo". Dios no podía revelarse de otro modo. El Verbo Eterno se hizo carne y habitó entre nosotros. "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios".

Con una misericordia sin parangón, Dios se esforzó por derretir el corazón endurecido y atado al pecado del hombre. Su Hijo unigénito, la Majestad del cielo, vino a vivir entre los hombres. Su vida distaba mucho de ser fácil y placentera. El trabajo doloroso formaba parte de la experiencia de cada día. Cansado, hambriento, apesadumbrado, opuesto y mal representado por sus hermanos, con el alma llena de dolor, soportó el yugo en su juventud. Ningún otro ser humano estuvo jamás tan cargado de responsabilidad. Tenía una misión

que cumplir, y constantemente las palabras estaban en Sus labios: "No fracasaré ni me desanimaré".

"Venid a Mí", clamó Cristo, "todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Este es el reconocimiento del deber de Cristo. ¿Qué es un yugo? ¿Qué es una carga? Obediencia y servicio se combinan en las palabras de Cristo.

Muchos tienen una visión de la vida totalmente opuesta a las enseñanzas de Cristo. Consideran que una vida de libertad y ociosidad es la más feliz. Pero Cristo no reconoce tal principio. Puso su cuello bajo el yugo de la obediencia; y nos dice a nosotros: Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí a obedecer y a servir. En esto encontraréis descanso.

¿Qué es la ley de Dios? Es la expresión de su carácter. El trabajo que los seres humanos deben hacer para Cristo. Llevando el yugo de la obediencia, podemos ser obreros junto con Él. Mediante la obediencia perfecta, Enoc caminó con Dios. La vida en que la mente, el alma, el corazón y la fuerza se entregan a Dios forma parte del plan divino.

Fue el espíritu de sumisión inflexible con que nuestro Salvador cumplió con su deber lo que hizo fácil su yugo y ligera su carga. Se conformó a la ley de obediencia y servicio, y el mismo principio que lo hizo tan útil en todas partes, exige que Sus seguidores lo obedezcan. De esta manera debe ser educado todo hombre antes de que pueda amar a Dios supremamente y a su prójimo como a sí mismo.

Durante su vida en la tierra, Cristo se dedicó a hacer el bien. Su sensibilidad era muy aguda; porque en Él estaba todo lo que es elevado en mente, exaltado en sentimiento, y fino y delicado en sentimiento. En su naturaleza se veía la perfección de la humanidad. Su sensibilidad estaba en continua actividad. Dondequiera que miraba, veía trabajo por hacer. A veces sufría más allá de lo que cualquier lenguaje puede expresar al darse cuenta de que la humanidad sin ayuda se extinguiría. Sobrenaturalmente sostenido, soportó ver a los hombres por quienes dio Su vida, pereciendo al alcance de abundante ayuda. Con tierna añoranza los miró con compasión, y dijo con labios temblorosos: "No queréis venir a Mí para que tengáis vida."

La insensibilidad del hombre al mal fue suficiente para embotar los afectos de Cristo. Aquellos que eran objeto de su más tierna consideración correspondían a su compasión con hostilidad y desafío. Su paciencia era una exigencia constante, una exigencia suficiente para agotar cualquier corazón, excepto el que se reabastecía en la Fuente Principal de la compasión misma. Si no fuera por la Fuente oculta de donde Cristo extrajo su fuerza, no habría podido vivir. Pero así provisto, no fracasó ni se desanimó. Sus afectos no languidieron. A lo largo de su vida, constantemente atendió a los demás. Después de su resurrección, su primera obra fue convencer a sus discípulos de su amor inquebrantable y de su tierna consideración por ellos. Para darles pruebas de que era su Salvador vivo, de que había roto los grilletes de la tumba y ya no podía ser retenido por la muerte, de que tenía el mismo corazón de amor que cuando estaba con ellos como su maestro, se les apareció una y otra vez, estrechando aún más las cuerdas del amor en torno a ellos.

Todo lo que Cristo sufrió, lo sufrió por nosotros, para que Su gracia pudiera aligerar la carga que tenemos que llevar. Él buscó firmemente en Su Padre la fuerza para vivir una vida perfecta y desarrollar un carácter completo y simétrico, para poder decir a cada alma que lucha: No temáis, porque yo he vencido al mundo. Os daré la ayuda de Mi Espíritu.

No comprenderemos en esta vida las profundidades del amor de Dios al dar a Jesús como propiciación por nuestros pecados. La obra de nuestro Redentor en esta tierra es, y siempre será, un tema que pondrá a prueba nuestra imaginación más elevada. El hombre puede forzar cada músculo y tendón mental en el esfuerzo por resolver este misterio, pero su mente se cansará y desfallecerá. El buscador más diligente verá ante sí un mar sin límites ni orillas.

La verdad tal como es en Jesús puede ser experimentada, pero nunca explicada. Su altura, anchura y profundidad sobrepasan nuestro conocimiento. Debemos mirar a la fuente, en el gran corazón del Dios infinito, nuestro Creador. Podemos forzar al máximo nuestra imaginación, y entonces sólo veremos vagamente el contorno de un amor que es inexplicable, que es tan alto como el cielo, pero que se rebajó a la tierra para estampar la imagen de Dios en toda la humanidad.

Sin embargo, es posible que veamos todo lo que podemos soportar de la compasión divina. Esto se revela al alma humilde y contrita. Permitirse tener una visión de Dios es el privilegio más alto concedido al hombre. Este privilegio debe ser apreciado por encima de toda distinción u honor terrenal. Comprenderemos la compasión de Dios en la medida en que apreciemos su

sacrificio por nosotros. "Así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para vivificar el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los contritos." Sra. E. G. White.

23 de junio de 1898

Fiesta de Mateo

EGW

Cuando el Salvador invitó a Mateo a seguirle, el publicano no se detuvo a pensar en la pérdida terrenal. Nada consideraba tan provechoso para él como ser discípulo de Cristo; y sin inventar una sola excusa, sin esperar a preguntar qué debía hacer para obtener el sustento, se levantó y siguió a Cristo.

En su agradecida humildad, Mateo quiso mostrar su aprecio por el honor que se le había concedido y, reuniendo a los que habían sido sus socios en los negocios, en el placer y en el pecado, preparó un gran banquete para el Salvador. Si Jesús lo llamaba a él, que era tan pecador e indigno, seguramente aceptaría a sus antiguos compañeros, que eran, pensaba Mateo, mucho más merecedores que él. Mateo tenía un gran anhelo de que compartieran los beneficios de las misericordias y la gracia de Cristo. Deseaba que supieran que Cristo no despreciaba y odiaba a los publicanos y pecadores, como hacían los escribas y fariseos. Quería que conocieran a Cristo como el bendito Salvador.

En la fiesta, el Salvador ocupaba el lugar de mayor honor. Mateo era ahora el siervo de Cristo, y quería que sus amigos supieran cómo consideraba a su Líder y Maestro. Quería que supieran que se sentía muy honrado de recibir a un invitado tan real.

Jesús nunca rechazó una invitación a tal banquete. El objetivo que siempre tenía ante sí era sembrar en los corazones de sus oyentes las semillas de la verdad, y mediante su conversación ganadora atraer los corazones hacia sí. En cada uno de sus actos, Cristo tenía un propósito, y la lección que dio en esta ocasión fue oportuna y apropiada. Con este acto declaró que ni siquiera los publicanos y pecadores estaban excluidos de su presencia. Los publicanos y los pecadores podían ahora dar testimonio de que Cristo los honraba con su presencia y conversaba con ellos.

Los fariseos vieron a Cristo sentado y comiendo con publicanos y pecadores. Estaba tranquilo y dueño de sí mismo, amable, cortés y amistoso; y aunque no podían menos de admirar el cuadro que se les presentaba, era tan distinto de su propia conducta que no podían soportar la visión. Los altivos fariseos se exaltaban a sí mismos y depreciaban a los que no habían sido bendecidos con los privilegios y la luz que ellos habían tenido. Odiaban y despreciaban a los publicanos y pecadores. Sin embargo, a los ojos de Dios su culpa era mayor. La luz del cielo destellaba en su camino, diciendo: "Este es el camino, andad por él"; pero ellos desdeñaban el don. Dirigiéndose a los discípulos de Cristo, les dijeron: "¿Por qué come vuestro Maestro con publicanos y pecadores?". Con esta pregunta esperaban despertar el prejuicio que sabían había existido en la mente de los discípulos, y así sacudir su débil fe. Dirigieron sus flechas allí donde era más probable que hirieran.

Fariseos orgullosos y necios, que ayunan para pelear y discutir, y para golpear con el puño de la maldad. Cristo come con publicanos y pecadores para atraerlos a sí. El Redentor del mundo no puede honrar los ayunos observados por la nación judía. Ellos ayunan con orgullo y justicia propia, mientras que Cristo come con humildad, con publicanos y pecadores.

Desde la caída, la obra de Satanás ha sido acusar, y los que rechazan la luz que Dios envía, siguen el mismo curso hoy. Exponen a los demás lo que consideran una ofensa. Así sucedió con los fariseos. Cuando encontraban algo de lo que podían acusar a los discípulos, no hablaban con los que ellos consideraban que estaban en el error. Hablaban a Cristo de las cosas que les parecían tan graves en sus discípulos. Cuando pensaban que Cristo ofendía, lo acusaban ante los discípulos. Era obra de ellos enajenar los corazones.

El Redentor del mundo escuchó cada palabra pronunciada contra Él por los fariseos. "Oyendo esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio; porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento." Estos hombres santurriones, que no sentían necesidad de ayuda, no podían apreciar la obra de Cristo. Se colocaron donde no podían aceptar la salvación que Él vino a traer. No querían venir a Él para tener vida. Los pobres publicanos y pecadores sintieron su necesidad de ayuda, y aceptaron la instrucción y la ayuda que sabían que Cristo podía darles.

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". Cristo

vino a buscar y a salvar a los que estaban perdidos. Vino a llegar hasta lo más profundo de la aflicción y la miseria humanas. Se colocó donde podía alcanzar a los necesitados, a los que sufrían, a los oprimidos, justo donde estaban; y, aunque en apariencia eran los menos prometedores, ¡con qué intenso interés trabajó por ellos! Qué santa alegría surgió en Su corazón al verlos abrirle sus corazones, para poder llenarlos con Su gracia transformadora, e imbuirlos con Su espíritu de abnegación y sacrificio. Vino a honrar a los hombres con el privilegio de ser partícipes de las bendiciones de Su reino. Les pidió que se arrepintieran de sus pecados, recibieran Su amor perdonador y se unieran a Él en la siembra de las semillas de la verdad, trabajando por las almas que estaban a punto de perecer.

No es posible dar a Cristo más servicio del que le corresponde. Si tenéis, como tenían los fariseos, un espíritu autocomplaciente, si os envolvéis en las vestiduras de la justicia propia y dejáis a los pecadores en la oscuridad y la transgresión, dais pruebas de que no estáis convertidos; y aquellos a quienes consideráis publicanos y pecadores entrarán en el reino de los cielos antes que vosotros. Los que se oponen a comer con publicanos y pecadores deberían criticar de cerca su propia forma de actuar. Tienen importantes lecciones que aprender. ¿Qué dicen las Escrituras? "Hacer justicia y juicio es más agradable al Señor que los sacrificios". "Porque misericordia deseé, y no sacrificio; y conocimiento de Dios más que holocaustos".

El seguidor de Cristo no debe vivir para sí mismo. El que vive para sí mismo no es cristiano. No ha sido creado de nuevo en Cristo Jesús. Desde el momento en que el pecador ve a Cristo en la cruz, toda barrera es derribada. Ve el pecado en su carácter ofensivo y ejercita el arrepentimiento hacia Dios y la fe en el Señor Jesucristo. Se aferra a los méritos de un Salvador crucificado y resucitado. Entonces todos sus poderes transformados serán considerados sagrados para el servicio de Dios. Todo talento, toda cualificación, razón, conocimiento, afecto, habla, propiedad, serán apreciados como un precioso fideicomiso. Vivirá con la vista puesta únicamente en la gloria de Dios. Será un hombre de oración, para que pueda tener el espíritu y la sabiduría de Cristo para ganar almas del pecado a la santidad, del error a la verdad.

El discípulo que ama a Cristo amará a las almas por las que Cristo ha muerto, y se dedicará sin reservas a Cristo. Trabajarán como Cristo trabajó; hará como Cristo hizo. Irá donde está el pecador. Educará todas sus facultades, su tacto y su habilidad, para llegar a ser un obrero junto con Dios. Mantendrá el secreto de la cruz ante aquellos que no conocen a Dios. Toda alma que esté unida a

Cristo, trabajará con Dios para elevar y salvar a la humanidad. Ningún otro ser en el mundo tiene la sombra de un derecho a nuestro servicio. Cada parte de nuestra naturaleza, cada momento de nuestra existencia, ha sido comprado con la preciosa sangre del Hijo de Dios.

Sra. E. G. White

30 de junio de 1898

Peligros que amenazan

EGW

El romanismo es considerado ahora por los protestantes con mucho mayor favor que en años anteriores. Hay una creciente indiferencia respecto a las doctrinas que separan a las iglesias reformadas de la jerarquía papal; está ganando terreno la opinión de que, después de todo, no diferimos tanto en puntos vitales como se ha supuesto, y que una pequeña concesión por nuestra parte nos llevará a un mejor entendimiento con Roma. Hubo un tiempo en que los protestantes daban un gran valor a la libertad de conciencia, que ha sido tan cara. Enseñaban a sus hijos a aborrecer el papismo, y sostenían que permanecer en paz con Roma sería deslealtad a Dios. Pero, ¡cuán diferentes son los sentimientos que se expresan ahora!

Los defensores del papismo declaran que ha sido calumniada; y el mundo protestante se inclina a aceptar la afirmación. Muchos afirman que es injusto juzgar a la Iglesia Romana de hoy por las abominaciones y absurdos que marcaron su reinado durante los siglos de ignorancia y oscuridad. Excusan su horrible crueldad como resultado de la barbarie de los tiempos, y alegan que la civilización ha cambiado sus sentimientos.

¿Acaso han olvidado estas personas la pretensión de infalibilidad que durante ochocientos años ha esgrimido este altivo poder? Lejos de renunciar a esta pretensión, la Iglesia en el siglo XIX la ha afirmado con mayor rotundidad que nunca. Como Roma afirma que nunca se ha equivocado y que nunca puede equivocarse, ¿cómo puede renunciar a los principios que rigieron su conducta en épocas pasadas?

La Iglesia papal nunca renunciará a su pretensión de infalibilidad. Todo lo que ha hecho en su persecución de aquellos que rechazan sus dogmas, lo considera correcto; ¿y no repetiría los mismos actos, si se presentara la oportunidad? Si se

suprimieran las restricciones impuestas ahora por los gobiernos seculares y se restableciera a Roma en su antiguo poder, se produciría rápidamente un resurgimiento de su tiranía y persecución.

Es cierto que hay verdaderos cristianos en la comunión católica romana. Miles en esa iglesia están sirviendo a Dios de acuerdo a la mejor luz que tienen. No se les permite el acceso a Su Palabra, y por lo tanto no discernen la verdad. Nunca han visto el contraste entre un servicio de corazón vivo y una ronda de meras formas y ceremonias. Pero Dios mira con compasiva ternura a estas almas, educadas como están en una fe engañosa e insatisfactoria. Él hará que los rayos de luz penetren en la densa oscuridad que las rodea. Les revelará la verdad tal como es en Jesús, y tomarán aún su posición con Su pueblo.

Pero el romanismo como sistema no está más en armonía con el Evangelio de Cristo ahora que en cualquier período anterior de su historia. Las iglesias protestantes están en gran oscuridad, o discernirían los signos de los tiempos. La Iglesia Romana es de gran alcance en sus planes y modos de operación. Está empleando todos los medios para extender su influencia y aumentar su poder en preparación de un conflicto feroz y decidido para recuperar el control del mundo, restablecer la persecución y deshacer todo lo que ha hecho el protestantismo. El catolicismo está ganando terreno en nuestro país por todos lados. Miren el número de sus iglesias y capillas. Miren sus colegios y seminarios, tan ampliamente patrocinados por protestantes. Estas cosas deberían despertar la ansiedad de todos los que aprecian los principios puros del Evangelio.

Los protestantes han manipulado y condescendido con el papismo; han hecho compromisos y concesiones que los mismos papistas se sorprenden de ver y no comprenden. Los hombres están cerrando los ojos al verdadero carácter del romanismo y a los peligros que pueden derivarse de su supremacía. El pueblo de nuestra tierra necesita ser despertado para resistir los avances de este enemigo tan peligroso para la libertad civil y religiosa.

Muchos suponen que la religión católica es poco atractiva, y que su culto es una aburrida y estúpida ronda de ceremonias. En esto se equivocan. Aunque el romanismo se basa en el engaño, no es una impostura tosca y torpe. El servicio religioso de la Iglesia Romana es un ceremonial impresionante. Su magnífico despliegue y sus solemnes ritos fascinan los sentidos de la gente y silencian la voz de la razón y de la conciencia. El ojo está encantado. Iglesias magníficas, procesiones imponentes, altares dorados, santuarios enojados, pinturas

selectas y esculturas exquisitas atraen el amor por la belleza. El oído también queda cautivado. No hay nada que supere a la música. Las ricas notas del órgano, que se mezclan con la melodía de muchas voces a medida que se elevan por las altas cúpulas y los pasillos con columnas de sus grandes catedrales, no pueden dejar de impresionar la mente con asombro y reverencia.

Este esplendor exterior, pompa y ceremonia, que sólo burla los anhelos del alma enferma de pecado, es una evidencia de corrupción interior. La religión de Cristo no necesita tales atractivos para ser recomendada. A la luz que brilla desde la cruz, el verdadero cristianismo aparece tan puro y hermoso que las decoraciones externas sólo ocultan su verdadero valor. Es la belleza de la santidad, un espíritu manso y tranquilo, lo que tiene valor para Dios.

La brillantez del estilo no es un índice de pensamiento puro y elevado. Las más altas concepciones del arte, el más delicado refinamiento del gusto, brotan a menudo de mentes enteramente terrenas y sensuales. Satanás las emplea a menudo para inducir a los hombres a olvidar las necesidades del alma, a perder de vista la vida futura e inmortal, a apartarse de su infinito Auxiliador y a vivir sólo para este mundo.

Una religión de lo externo es atractiva para el corazón no renovado. La pompa y la ceremonia del culto católico tienen un poder seductor y embrujador por el cual muchos son engañados; y llegan a considerar a la Iglesia Romana como la misma puerta del cielo. Nadie está a prueba de su influencia sino aquellos que han plantado sus pies firmemente sobre el fundamento de la verdad, y cuyos corazones son renovados por el Espíritu de Dios. Miles de personas que no tienen un conocimiento experimental de Cristo serán arrastradas por este engaño. Una forma de piedad sin el poder es justo lo que desean. El romanista se siente en libertad de pecar, porque la iglesia reclama el derecho de perdonar. Para el que ama la autocomplacencia, es más agradable confesarse con un compañero mortal que abrir el alma a Dios. Es más agradable a la naturaleza humana hacer penitencia que renunciar al pecado. Es más fácil mortificar la carne con cilicio, ortigas y cadenas horripilantes que crucificar los deseos carnales. Pesado es el yugo que el corazón carnal está dispuesto a llevar antes que inclinarse ante el yugo de Cristo.

Existe una sorprendente similitud entre la Iglesia de Roma y la Iglesia judía en la época del primer advenimiento de Cristo. Mientras que los judíos pisoteaban secretamente cada principio de la ley de Dios, eran exteriormente rigurosos en la observancia de sus preceptos, cargándola de exacciones y tradiciones que

hacían la obediencia dolorosa y gravosa. Así como los judíos profesaban reverenciar la ley, los romanistas afirman reverenciar la cruz. Exaltan el símbolo de los sufrimientos de Cristo, mientras que en sus vidas niegan a Aquel a quien representa.

Los papistas colocan cruces en sus iglesias, en sus altares y en sus vestimentas. En todas partes se ve la insignia de la cruz. En todas partes se la honra y exalta exteriormente. Pero las enseñanzas de Cristo están enterradas bajo una masa de tradiciones sin sentido, falsas interpretaciones y rigurosas exacciones. Las palabras del Salvador acerca de los judíos intolerantes se aplican con mayor fuerza aún a los líderes romanos: "Atan cargas pesadas y penosas de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos mismos no las mueven ni con un dedo". Las almas conscientes son mantenidas en constante terror, temiendo la ira de un Dios ofendido, mientras los dignatarios de la iglesia viven en el lujo y el placer sensual.

Satanás instiga la adoración de imágenes, la invocación de santos y la exaltación del Papa, para atraer las mentes de la gente de Dios y de Su Hijo. Para lograr su ruina, se esfuerza por desviar su atención de Aquel por quien sólo pueden encontrar la salvación. Los dirigirá a cualquiera que pueda sustituir a Aquel que ha dicho: "Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar."

Sra. E. G. White

7 de julio de 1898

El verdadero ayuno

EGW

"Entonces se le acercaron los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo, y tus discípulos no ayunan?". Los discípulos de Juan estaban muy tristes. Su maestro estaba en la cárcel, y sus días transcurrían entre lamentos y frecuentes ayunos. No habían aceptado a Jesús como Redentor del mundo tan plenamente como Juan. Pensaban que Cristo necesitaba reformarse en su práctica, porque no hacía en todo como Juan. Veían que los discípulos de Cristo se formaban de manera diferente a ellos mismos y a los escribas y fariseos. Mientras lloraban y ayunaban por el encarcelamiento de Juan, vieron a Jesús sentado y comiendo con publicanos y pecadores. Malinterpretando su objeto, se unieron a los fariseos para condenar su práctica.

La respuesta de Cristo satisfizo a ambas clases de quejosos. "¿Pueden los hijos de la esposa llorar", dijo, "mientras el Esposo esté con ellos? pero vendrán días en que el Esposo les será quitado, y entonces ayunarán". Los discípulos de Cristo tenían al Esposo con ellos. Él lo era todo para ellos. No sería apropiado que pasaran sus días en duelo y ayuno. Ahora debían estar recibiendo los rayos de luz de Jesús, aprendiendo la naturaleza espiritual de su reino y la gracia de su carácter, para poder trabajar cuando él los dejara.

Cristo trabajaba constantemente para instruir a los que iban a ocupar el cargo de apóstoles. El trabajo para el cual el Señor los estaba preparando era enseñar los mandamientos de Dios. Hace casi dos mil años se oyó desde el trono de Dios en el cielo una voz de misteriosa importancia: "Sacrificio y ofrenda no quisiste; ... holocausto y expiación no quisiste.... He aquí que vengo; en el volumen del libro está escrito de mí: Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío; sí, tu ley está dentro de mi corazón".

Cristo no vino a abrogar la ley dada en el Sinaí, sino a hacerla cumplir. Él era el fundamento de toda la economía judía. Lo que había dicho desde el Sinaí era el fundamento del gobierno del cielo, y había de ser tan duradero como la eternidad. Conocía la fuerza de la ley de Jehová. Conocía su inmutabilidad. Fue porque la ley de Dios no podía cambiarse para satisfacer al hombre en su condición caída, que Cristo revistió su divinidad de humanidad y vino a nuestro mundo para tomar sobre sí los pecados de una raza caída. Se hizo pecado por nosotros, para que fuésemos hechos justicia de Dios en Él.

Cristo, en quien habitaba corporalmente toda la plenitud de la Divinidad, vino a nuestro mundo para revelar la verdad, para presentar a Dios al mundo en su verdadero carácter. ¿Quieres conocer a Dios? Mira a Su Hijo unigénito. "El que me ha visto a mí", dijo Cristo a Felipe, "ha visto al Padre". Cristo vio cómo los artificios y las ideas de los hombres se habían entretejido con la verdad, y vino a rescatar la verdad de la basura del error, y la restableció en el marco del Evangelio, presentando la ley de Dios en su dignidad y pureza originales. ¿Quién podía enfrentarse tan bien a la superstición y a la mala interpretación de la Palabra de Dios como Aquel que era el Autor de toda verdad? ¿Quién tan bien podía vencer el poder de las tinieblas como Aquel que conocía al enemigo como un ángel caído? ¿Quién podía rescatar tan bien las gemas de la verdad, que, por las artimañas de Satanás, se habían hecho servir en compañía del error, como Aquel que había dado estas verdades?

Cristo ocultó su divinidad bajo el manto de la humanidad. Esta era la única manera en que podía acercarse a los hombres. Si no hubiera hecho esto, no habría podido conversar con los hombres y reunirlos a su alrededor para oír las grandes y elevadoras verdades que iban a ser para ellos la vida eterna. Era parte del plan que ocultara el resplandor de su gloria y que, durante su vida terrenal, se humillara a la condición humana. El Redentor del mundo iba a hacer una solemne oblación de sí mismo. Su grandeza divina había sido objeto de profecía durante mucho tiempo. Su obra había sido largamente predicha. Él debía identificarse como el sujeto de la profecía. Él, la Luz del mundo, debe iluminar a todo hombre que viene al mundo. Si desplazó a los tipos y sombras, fue sólo porque el tipo se había encontrado con el antitipo en Él mismo. Él debía ocupar el lugar que los tipos habían prefigurado. Debía destacarse como el único que podía redimir al mundo.

¿Cómo podían los que tenían la presencia de Dios con ellos, creyendo en Él, confiando en Él, amándolo, siendo enseñados diariamente por Él, lamentarse y ayunar como los fariseos? Los hijos de la novia no podían ayunar mientras el Esposo estaba con ellos. Pero Cristo sabía que se acercaban los días en que el Esposo les sería quitado. Entonces, cuando llegaron los días de prueba y tentación, y no se discernía claramente la presencia del Consolador, los discípulos podían llorar y ayunar con más coherencia.

Cuando se acercara a la cruz y descendiera a las profundidades de la humillación; cuando sus discípulos vieran a Aquel en quien se centraban sus esperanzas de vida eterna, en manos de hombres malvados; cuando oyeran a su propia nación clamar por su sangre, y vieran a Herodes y a sus soldados trenzando la corona de espinas para su sagrada frente; cuando lo vieran vestido con el manto púrpura, y a sus perseguidores inclinándose ante Él, golpeándolo con la caña que habían puesto en su mano; cuando vieran a Aquel que pensaban que iba a ocupar Su lugar en el trono de David, azotado como el peor de los criminales, y al asesino Barrabás elegido en lugar de su amado Maestro; cuando lo vieran levantado en la cruz, y muriendo como un malhechor, entonces tendrían motivo para lamentarse y ayunar. Entonces su fe sería puesta a prueba, y su esperanza y su valor fallarían.

Pero el Dador de Vida sale del sepulcro. Desde lo alto del sepulcro desgarrado de José se oye un grito de triunfo del universo celestial. Jesús ha resucitado y está de nuevo con sus discípulos, hablando con ellos, abriéndoles las Escrituras y testificando que Cristo tenía que haber padecido, haber sido crucificado y al tercer día haber resucitado. Esto ya se lo había dicho Cristo a sus discípulos,

pero entonces no quisieron oírlo. No podían comprender plenamente la naturaleza y el carácter de su Reino. Pero después de su resurrección no quedaron a oscuras sobre estos puntos. Cristo mismo abrió sus mentes para que pudieran entender las Escrituras concernientes a Él mismo. Y así, cuando los condujo hasta Betania. "Alzando las manos, los bendijo. Y aconteció que mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo". "Y mientras ellos miraban fijamente hacia el cielo mientras Él subía, he aquí dos hombres que estaban junto a ellos vestidos de blanco, los cuales también dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo."

Estos ángeles mensajeros habían recibido el encargo de separarse de la compañía que escoltaba a Cristo al cielo, e ir a decir a los discípulos que el mismo Jesús a quien habían amado en la tierra vendría de nuevo. Entonces los discípulos recordaron las palabras de Cristo: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en Mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis."

"Y ellos... volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban continuamente en el templo, alabando y bendiciendo a Dios". ¡Qué período de triunfo fue éste para la iglesia! Jesús no estaba en la nueva tumba de José. Había resucitado y ascendido al cielo. Mensajeros celestiales habían dicho a los discípulos que vendría otra vez.

Sra. E. G. White

(Concluido la próxima semana).

14 de julio de 1898

El verdadero ayuno

(Concluido.)

EGW

Los discípulos no debían ayunar y lamentarse después de la ascensión de Cristo, porque eso era precisamente lo que quería el príncipe de las tinieblas. Deseaba que dieran al mundo la impresión de que habían sido engañados y defraudados,

de que sus expectativas no se habían realizado. Antes de su ascensión Cristo había declarado: "De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís algo en Mi nombre, Yo lo haré. Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre."

Si por la fe aceptaran y practicaran las enseñanzas de Cristo, tendrían, no una nube de tristeza y luto, sino la paz de Cristo. Dijo Cristo: "El Consolador, que es el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. Habéis oído cómo os he dicho: Me voy, y vuelvo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais, porque dije: Voy al Padre; porque mi Padre es mayor que yo."

Cristo había dicho a sus discípulos: "Mirad que os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Pero guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y os azotarán en sus sinagogas; y seréis llevados por causa mía ante gobernadores y reyes, para testimonio contra ellos y contra los gentiles. Pero cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué hablaréis; porque en esa misma hora se os dará lo que debéis hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros."

Después de enumerar las persecuciones que deberían sufrir por causa de Su nombre, Cristo dijo: "Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al dueño de la casa llamaron Belcebú, ¿cuánto más a los de su casa?".

Hay tiempos ante nosotros que probarán las almas de los hombres, y habrá necesidad de vigilancia, del tipo correcto de ayuno. No será como el ayuno de los fariseos. Sus épocas de ayuno eran ocasiones de ceremonias externas. No humillaban sus corazones ante Dios. Estaban llenos de amargura, envidia, malicia, contienda, egoísmo y justicia propia. Mientras sus cabezas estaban inclinadas en fingida humillación, eran codiciosos, llenos de autoestima y prepotencia. Eran opresivos, exigentes, orgullosos de espíritu.

Todo en el servicio judío había sido mal interpretado y mal aplicado. Se había pervertido el propósito de las ofrendas de sacrificio. Debían simbolizar a Cristo

y su misión, para que cuando viniera en carne, el mundo reconociera a Dios en él y lo aceptara como Redentor del mundo. Pero su falta de verdadero servicio de corazón a Dios había cegado a los judíos para el conocimiento de Dios. Exacciones, ceremonias y tradiciones eran la suma total de su religión.

Los fariseos aún no habían aprendido que la justicia enaltece a una nación, que la forma y la ceremonia no pueden ocupar el lugar de la justicia. Cristo enseñaba al pueblo con la misma verdad cuando estaba envuelto en la columna de nube que cuando estaba sentado en el monte. La misma consideración compasiva hacia los pobres fue ordenada como en las lecciones dadas a los discípulos. Pero la responsabilidad de cada individuo a los ojos de Dios, su misericordia, amor y compasión, no estaban incluidos en las lecciones dadas al pueblo por los gobernantes de Israel. Dijo Cristo: "Nadie pone un pedazo de tela nueva en un vestido viejo, porque lo que se pone para rellenarlo quita del vestido, y la rotura se hace peor". La verdad, la vida, la luz, que debían caracterizar la verdadera piedad, no podían unirse con la religión fabricada de los fariseos.

A los escribas y fariseos les molestó que Cristo no aprobara su pretensión. En cambio, Cristo los reprendió por depender de formas y ceremonias para la salvación, mientras sus corazones estaban llenos de maldad. "Vosotros pagáis el diezmo de la menta, del anís y del comino", les dijo, "y habéis omitido los asuntos más importantes de la ley, el juicio, la misericordia y la fe; éstos debierais haber hecho, y no dejar lo otro sin hacer". Enseñáis "por doctrinas los mandamientos de los hombres".

Así es en nuestros días. Las formas y las ceremonias externas pasan por verdadera religión. Pero a través de Su siervo Cristo presenta ante nosotros el verdadero cristianismo. "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, invocadle mientras está cerca; deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase a Jehová, y él tendrá de él misericordia; y a nuestro Dios, porque él será amplio en perdonar." "Así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para reanimar el espíritu de los humildes, y para reanimar el corazón de los contritos."

La lección dada a los fariseos y a los discípulos de Juan es para nosotros. Hay un trabajo que hacer para llevar a los pecadores al arrepentimiento. El tiempo gastado en luto innecesario y humillación corporal podría dedicarse mucho mejor a actos misericordiosos para la humanidad sufriente. Mientras las almas estén bajo el dominio de Satanás, no debe haber salvación del yo. Hay un trabajo

severo y práctico que hacer. Las obras de justicia reveladas al mostrar bondad al necesitado, vestir al desnudo, aliviar al oprimido, dan evidencia de que el Espíritu de Dios está operando en el corazón. En lugar de progresar y enriquecernos, oprimiendo a los demás y descuidando los sencillos deberes de la vida; en lugar de aparentar una gran devoción y afligir nuestros cuerpos, debemos humillar nuestros corazones ante Dios. "Id", dice Cristo, "y aprended lo que significa: Misericordia tendré, y no sacrificio; porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento."

"¿Es tal el ayuno que yo he escogido?" Dice Dios: "¿Es día para que el hombre aflija su alma? ¿Es para que incline su cabeza como la enea, y extienda debajo de sí cilicio y ceniza? ¿Llamarás a esto ayuno y día agradable al Señor? ¿No es éste el ayuno que yo he escogido, para desatar las ligaduras de impiedad, para deshacer las cargas pesadas, y para dejar libres a los oprimidos, y para que rompáis todo yugo? ¿No es repartir tu pan al hambriento, y traer a tu casa a los pobres desechados? Cuando veas al desnudo, cúbrelo, y no te escondas de tu propia carne. Entonces nacerá tu luz como la mañana, y tu salud brotará pronto; y tu justicia irá delante de ti; la gloria del Señor será su recompensa. Entonces llamarás, y el Señor responderá; clamarás, y dirá: Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo, el extender el dedo, y el hablar vanidad; y si sacares tu alma al hambriento, y saciases al alma afligida, entonces nacerá tu luz en la oscuridad, y tus tinieblas serán como el mediodía; y el Señor te guiará continuamente, y saciará tu alma en la sequía, y engordará tus huesos; y serás como huerto regado, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan."

Sra. E. G. White

21 de julio de 1898

Contar el coste

EGW

"Si alguno viene a Mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser Mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de Mí, no puede ser Mi discípulo".

Grandes multitudes seguían a Cristo, y Él acogía con alegría a todos los que acudían a Él en busca de instrucción; pero el Escudriñador de corazones sabía quiénes, entre las multitudes que diariamente se agolpaban a Su alrededor, estaban realmente dispuestos a reconocerle como el Mesías prometido. Muchos

de los que presenciaban sus milagros pensaban que el poder que podía curar a los enfermos, alimentar a cinco mil hombres con cinco panes de cebada y dos pececillos, y resucitar a los muertos, les sería de gran ayuda en sus necesidades temporales. Habían seguido a Cristo con la esperanza de que sería exaltado al trono de David. Querían el lugar más alto. Pero Cristo no quería que los hombres contaran con la facilidad y las ventajas terrenales para unirse a Él. En su lección les enseñó que la abnegación y el sacrificio más difícil debían esperarse de todos los que se convirtieran en sus discípulos. Los que se comprometen en su servicio deben estar dispuestos a renunciar a sus amigos y parientes más queridos, a ser despreciados como fanáticos y necios, y a sufrir daños corporales por amor de su nombre. Si se desanimaran por lo que el mundo pudiera decir o hacer; si no soportaran la prueba de su amor y lealtad; si se negaran a guardar los mandamientos de Dios porque sus vecinos se burlaran de ellos, no podrían perfeccionar esa fe que obra por el amor y purifica el alma.

Que Cristo se atreviera en sus fiestas a dirigirles palabras de reprensión, y que dedicara tanto tiempo a instruir a quienes ellos consideraban pecadores, ofendió mucho a los fariseos; pero Cristo vio necesario dar, en su propia vida, un ejemplo a sus seguidores. Representó sus propias enseñanzas. En la sinagoga de Nazaret había declarado: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para predicar el Evangelio a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a predicar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a predicar el año agradable del Señor."

Cristo tuvo el mayor éxito entre los necesitados y los desafortunados, y éstos recibieron las más ricas bendiciones de su gracia y ministerio. Su obra consistía en hacer el bien a aquellos a quienes los fariseos despreciaban. Los necesitados, los quebrantados de corazón, fueron objeto de su especial atención. Sus palabras para ellos eran palabras de verdad y luz. No les dijo que debían ser exaltados, honrados y ricos por creer en Él. Les mostró la inutilidad de toda grandeza humana. Y a través de Sus palabras, el Espíritu de Dios, rápido y poderoso, habló a aquellas pobres, cansadas y desanimadas almas en su infructuosa búsqueda de la felicidad. "El que no toma su cruz y me sigue", dijo, "no puede ser mi discípulo". "Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". "Así será Mi discípulo". La cruz que uno levanta y lleva en pos de Jesús, es prenda para él de una corona de gloria en el reino de Dios.

En su infinita misericordia, Dios tomó en sus manos la salvación de todos los que creyeran en Él. A causa de la rebelión en los atrios celestiales, el amor de

Dios debía ser reivindicado, no sólo ante todo el cielo, sino ante todos los mundos que Él había creado. Se haría todo lo posible para mantener leales a los primeros seres humanos, pero si fueran vencidos por la tentación, Cristo se comprometió a convertirse en el Sacrificio del hombre, su Sustituto y Fianza. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna".

A Tomás le dijo Jesús: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie viene al Padre, sino por Mí". Juan declara de Él: "Él es la propiciación por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo." Sin embargo, ¡cuán a menudo Cristo es insultado y avergonzado por aquellos que, mientras reclaman piedad, ponen fuera de la vista a Aquel en quien se centran sus esperanzas de vida eterna! ¡Cómo es oscurecida la atractiva belleza de Aquel que debería ser siempre elevado, por la engañosa fe de Su profeso pueblo! ¡Cómo se oculta Su belleza, se retiene Su honor! Dios es revelado en Cristo, y aquellos que quieren ser beneficiados por Su salvación deben centrar su fe en el Sustituto y Garantía, la Sustancia, la gloria y el poder de todos los que creen en Él.

Los que creen en Cristo deben estar dispuestos, si es necesario, a abandonar padre y madre, hermanas y hermanos, y, si es preciso, a sacrificar sus propias vidas, para ser hacedores de la Palabra, Los que se niegan a hacer esto, que se niegan a levantar la cruz, no pueden ser discípulos de Cristo.

"¿Quién de vosotros, dijo Cristo, que quiere edificar una torre, no se sienta primero y calcula si tiene lo suficiente para terminarla? No sea que después de haber puesto los cimientos, y no pudiendo acabarla, todos los que le vean comiencen a burlarse de él, diciendo: Este comenzó a edificar, y no pudo acabar."

Si hubieran querido, los escribas y fariseos habrían podido comprender la lección. En los sacrificios que prefiguraban a Cristo, la nación judía había estado poniendo los cimientos de su fe religiosa, y habían llegado al punto en que no podían avanzar más. Lo que había de completar el edificio era para ellos piedra de tropiezo y roca de escándalo. Todo el servicio irreligioso estaba representado por la torre inacabada, porque se negaban a recibir a Cristo. El tipo había alcanzado el antitipo en Cristo, pero el prefigurado en todos sus servicios sacrificiales, el único que podía hacer expiación por sus pecados, estaba entre ellos [no reconocido]. El único que podía dar eficacia a su fe fue rechazado. Y

su negativa a recibir al Redentor del mundo los dejó con su salvación incompleta; sin Cristo eran una ruina.

Cristo continuó: "¿O qué rey que va a hacer la guerra a otro rey, no se sienta primero y consulta si con diez mil puede hacer frente al que viene contra él con veinte mil? o bien, estando el otro todavía muy lejos, envía una embajada y pide condiciones de paz. Así también, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo".

La única esperanza para la nación judía era que aceptaran a Cristo, abandonaran sus pecados y se reconciliaran con Dios. Unidos a Cristo, se convertirían en una gran nación. Él obraría por ellos como lo había hecho en el pasado. Si eran obedientes, Él los llevaría a la Canaán celestial como los había plantado en la Canaán terrenal. Si hubieran aceptado a Cristo, su muerte habría sido provocada por otras personas. Pero a pesar de que tenían la Palabra de Dios para instruirlos respecto a estas cosas, los judíos siguieron adelante para hacerle a Cristo lo que las profecías habían predicho. Continuaron su curso de orgullo y fanatismo religioso, jactándose ostentadamente de su superioridad, sin pensar en el resultado. El mundo estaba contra ellos, pero ellos seguían su propio camino, haciendo ciegamente el juego al enemigo. ¡Cuánto mejor sería para ellos desear condiciones de paz del único que podía crear la paz!

"Así también, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo". Al joven gobernante que declaró que había guardado los mandamientos desde su juventud, y con seguridad en sí mismo preguntó: "¿Qué me falta todavía?". Cristo le dijo: "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven y sígueme." Pero el joven, al oír estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchas posesiones. Su carencia se reveló claramente. Sus posesiones terrenales eran su ídolo. Si el joven gobernante hubiera apreciado a Cristo, habría prestado atención a Su instrucción. Pero el amor del mundo no fue vencido, y el amor de Dios no pudo encontrar lugar en su corazón. No recibió a Cristo ni creyó en Él.

Todos los que siguen a Cristo escucharán sus palabras y las apreciarán. Distinguirán entre la verdad y el error. Y la verdad recibida en la mente cambiará el corazón y dará nuevo carácter a la vida.

Sra. E. G. White

28 de julio de 1898

Contar el coste: n° 2

EGW

La fe de nuestro Señor Jesucristo es una fe inteligente. El servicio de Dios es una obra de abnegación, de sobriedad, de reflexión, de propósito decidido de obedecer todos los requerimientos de Dios, aunque nos quiten lo que nos es tan querido como el ojo derecho o el brazo derecho. Cristo quiere que sus seguidores usen su intelecto en los asuntos espirituales como en las transacciones comerciales, sopesando concienzudamente las pruebas sin tener en cuenta los resultados. Él desea que piensen profundamente. No deben comenzar a construir la torre y dejarla sin terminar. No deben emprender la guerra cuando tienen ante sí la perspectiva de una derrota segura. La vida, la vida eterna, debe ganarse o perderse, y la convicción del Espíritu de Dios llega a todo hombre que tiene las Escrituras y las estudia por sí mismo.

Cristo es la verdad, y los que vacilan en obedecer la verdad, niegan a Cristo. Demuestran que se avergüenzan de estar bajo Su estandarte manchado de sangre, se avergüenzan de admitir que son hacedores de la Palabra, se avergüenzan de ponerse del lado de Cristo como guardadores de Su ley. Sienten que es deshonoroso para ellos amar Sus mandamientos, respetar el memorial de la obra creadora de Dios. Cristo declara: "Cualquiera que se avergonzare de mí y de mis palabras, el Hijo del hombre se avergonzará de él, cuando venga en su gloria, y en la de su Padre, y de los santos ángeles".

Este es el resultado seguro. ¿Te arriesgarás? ¿Te volverás desleal a Dios porque tus vecinos son desleales? ¿Te encontrarás entre los transgresores porque tus vecinos están allí? ¿Te conformas con estar fuera de la ciudad de Dios, con perecer con los compañeros que has elegido en el mundo?

Dios quiere que su pueblo valore adecuadamente la compasión, el amor y la energía que ha derramado sobre los hombres para recuperarlos. Él dio para ellos el mejor Regalo del cielo. Pero los hombres forjan su propio destino eterno. Si aman la alabanza de sus vecinos más que la aprobación de Dios, la verdad pronto se convertirá en letra muerta para ellos. Si rechazan la oferta de salvación, si se rebelan contra el gobierno de Dios, compartirán el destino de Satanás y sus ángeles.

La religión bíblica no es un impulso. No es un celo que se precipita, como Jehú, y no considera la situación. Todo el plan de salvación está ante nosotros. Hay una vida eterna que ganar, una muerte eterna que evitar. No hay que abrigar consideraciones egoístas. Debe haber un propósito fijo de servir a Dios, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

El misterio de la piedad se profundiza al considerarlo. Fue porque el Padre y el Hijo amaron al mundo con amor infinito, que Cristo se sometió a una humillación tan asombrosa. Todo lo que Dios podía hacer, lo hizo al darse a sí mismo en su Hijo, para que fuera propiciación por los pecados del mundo. Cristo entregó su vida al oprobio; sufrió, siendo tentado; fue falsamente acusado, y sus motivos fueron mal juzgados. Pero si los hombres no consideran el caro sacrificio hecho por ellos, si no están dispuestos a morir al yo y al mundo, se vuelven espiritualmente ciegos. No discernen el valor de las riquezas eternas. No aman ni honran la vida de Cristo. No saben en qué tropiezan. Están esclavizados por sus propias inclinaciones carnales, a las que no están dispuestos a renunciar. Y cuando surgen pruebas y dificultades, renuncian a construir un templo para Dios, un carácter puro y santo según la semejanza divina. En lugar de empujarlos a la roca sólida, el menor desaire los convierte en cobardes. El escarnio y el ridículo hacen que se avergüencen de Jesús, y se apartan de Él para asociarse con Sus perseguidores y honrarlos. Así, como Pedro en el tribunal, avergüenzan abiertamente a Cristo. Los tales no pueden soportarlo todo por causa de Cristo. No pueden soportar hasta el fin. No han contado el costo. No se han convertido a Cristo.

Ningún hombre que después de un tiempo resuelva volver a los míseros elementos del mundo, es digno de ser llamado discípulo de Cristo. Si no tiene la intención de estar siempre del lado de la verdad y la justicia; si no tiene la intención de ser un soldado valiente y de todo corazón, de soportar la oposición de un enemigo decidido, y de apretarse contra el costado sangrante de Jesús, sin vacilar ni retroceder, "no puede", dice Cristo, "ser mi discípulo."

"Buena es la sal; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué se sazonará? No sirve para la tierra, ni para el muladar; pero los hombres la echan fuera."

Cristo estaba llamando a los judíos al arrepentimiento, pero no quisieron escuchar su mensaje. Se acercaron al altar y presentaron sus bestias sacrificadas en expiación de su pecado, mientras que Aquel a quien sus ofrendas tipificaban estaba entre ellos sin ser reconocido y repudiado. Los judíos crucificaron a

Cristo, porque se negaron a conocerlo como Aquel en quien se centraban sus esperanzas de vida eterna. El corazón de Cristo estaba lleno de ternura, amor y dolor por ellos. Sabía que se estaban atribuyendo la culpa de crucificar a Aquel que era el fundamento de todo su servicio religioso. Cuando cabalgaba hacia Jerusalén, exclamó: "¡Si hubieras sabido, tú también, al menos en este tu día, las cosas que pertenecen a tu paz! pero ahora están ocultas a tus ojos". ¡Cuánto se resistía a pronunciar la sentencia irrevocable: "Pero ahora están ocultas a tus ojos"! La ceguera mental había llegado a Israel, al no querer venir a Cristo para tener vida.

El poder imperioso no podía ir más lejos. Las naciones judías habían sido educadas, enseñadas por Dios; se les habían confiado los oráculos vivientes de Dios; pero pervirtieron su sagrada confianza. Inventaron tantas restricciones religiosas, que se colocaron por encima de los verdaderos mandatos del Santo, que las mentes se confundieron. Se mezclaron el "Así dice el Señor" y el "Así dice" de los sacerdotes y gobernantes. Los mandamientos de Dios fueron puestos a un lado, y los dichos de los hombres fueron puestos en su lugar.

Su falta era la misma que la de Caín. En toda ofrenda que señalaba a Cristo, el derramamiento de sangre debía representar la muerte del Salvador. Pero para su ofrenda Caín trajo de las primicias de la tierra, con lo cual no se manifestó fe en Cristo. La ofrenda de Caín fue rechazada. Lo mismo sucedió con la religión de la nación judía. Su fe y sus doctrinas llegaron a ser como sal sin sabor. Tenían una forma de religión, como Caín; tenían un altar, como Caín; tenían un sacrificio, como Caín; y, como Caín, carecían de lo único por lo cual sus ofrendas podían expresar fe en la promesa de Dios: el Cordero inmolado.

Y el mal que existía en la nación judía es evidente hoy en día. La sal ha perdido su sabor. Los mismos que condenan y desprecian a la nación judía porque se negaron a ver en Cristo todas las especificaciones de la profecía, están en un engaño similar. Han clavado en la cruz la ley de Dios, que hizo una necesidad el regalo del Hijo de Dios al mundo. Han crucificado la ley de Dios, el fundamento de Su gobierno en el cielo y en la tierra. Pero todos los que así afirman aceptar a Cristo y, sin embargo, se niegan a obedecer la ley que Cristo vino a vindicar, se colocan en una posición similar a la del hombre que comenzó a construir y no pudo terminar.

Sra. E. G. White

4 de agosto de 1898

Recuento de gastos-Nº 3

EGW

La expiación de Cristo se ha hecho para salvar a todos los hijos e hijas de Adán de la pena de la ley violada, a condición de que se arrepientan de sus transgresiones y se conviertan mediante el ejercicio de la fe en Cristo. El Señor Dios del cielo ha de ser glorificado por la obediencia de sus súbditos. Este maravilloso plan de salvación ideado en el cielo no fue para reivindicar la transgresión. Al satisfacer las demandas de la justicia, Cristo no libera al pecador de su obligación de guardar esa ley. Por su muerte, Cristo hace posible que nosotros guardemos esa ley. El pecador está obligado a cumplir la ley. Aunque Cristo murió en lugar del pecador, el pecador está sujeto a todas las penas de la ley si no cumple con las condiciones del Evangelio; y éstas prescriben la obediencia, si quiere ser beneficiado por la obediencia ofrecida. La expiación se hizo para quitar el pecado del mundo. El sufrimiento de Cristo en la cruz es un testimonio vivo dado a todas las inteligencias humanas de que el pecado es la transgresión de la ley. Y al soportar el castigo de la transgresión, Cristo habla a cada alma, diciendo: "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros", para que por sus méritos se convirtiera en un sustituto aceptado por el pecador, "¿cómo escaparemos si descuidamos una salvación tan grande?".

Dios no salvará a ningún hombre mientras continúe en la transgresión después de que haya llegado la luz. El gran sacrificio del Hijo de Dios fue hecho para que fuera posible que el hombre llegara a ser obediente por medio de la fe. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". La expiación en la ofrenda de Cristo por el pecado del mundo es el gran argumento de que la ley de Dios es obligatoria para todo ser humano. "No penséis que he venido -dijo Cristo- a abrogar la ley o los profetas; no he venido a abrogar, sino a cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido."

La misma evidencia que fue dada por Dios para probar Su autoridad divina dio una representación de Su carácter cuando no había poder para salvar, cuando ningún brazo trajo la salvación. En las profundidades de la omnipotente sabiduría y misericordia el Padre tomó la obra de la salvación en Su propia mano. Envió a su Hijo unigénito al mundo para que viviera la ley de Jehová. La

ley, revelada en el carácter de Cristo, era una manifestación perfecta del Padre. Y mediante su perfecta obediencia y el sacrificio de sí mismo, que por medio del Espíritu eterno ofreció una vez a Dios, satisfizo plenamente la justicia del Padre, y adquirió no sólo la reconciliación, sino una herencia eterna en el reino de los cielos para todos aquellos que el Padre le ha dado.

La herencia eterna se adquiere sólo para los elegidos. Dice el apóstol Pedro: "Según su divino poder nos ha dado todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó a la gloria y a la virtud; por las cuales nos han sido dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia." "Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque si hacéis estas cosas, nunca faltaréis; pues así os será concedida abundante entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo."

Cristo lo es todo para nosotros. Ni siquiera podemos arrepentirnos a menos que se produzcan impresiones divinas en el corazón. Aunque Cristo no perdona a nadie sino a los penitentes, aquellos a quienes perdona se convierten primero en arrepentidos. Los que tienen esa fe que obra por amor y purifica el alma, tienen testimonio directo en la Palabra de la gracia otorgada por un Salvador siempre vivo. Sin la gracia salvadora de Dios, el hombre no puede soportar la prueba de la tentación. No es apto para ninguna obra buena. ¿Los maravillosos milagros realizados por Cristo llevaron a la nación judía al arrepentimiento? -No; los judíos que presenciaron estos milagros lo acusaron inicualemente de realizarlos por medio de Belcebú, el príncipe de los demonios. Betsaida y Corazín, aunque presenciaron milagros de poder suficiente para haber convencido a las ciudades de Sodoma y Gomorra, no se sometieron a la evidencia de la verdad.

Estas maravillosas manifestaciones del poder de Dios produjeron en los judíos el mismo efecto que el poder del Evangelio ejerce ahora sobre la multitud. Están convencidos, pero no convertidos. Están decididos a no ceder su voluntad a la voluntad de Dios. Se les presenta el peligro de resistir a la manifestación celestial, pero inventan excusas para no ceder. Muchos engañan a su propia alma. No aman a Jesús, ni aceptan los términos de la salvación. Actúan con el mismo espíritu que los discípulos que se apartaron de Cristo porque no comprendieron inmediatamente sus palabras. "Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros". El poder del Espíritu Santo está obrando sobre la mente y el corazón; el entendimiento está

convencido, la conciencia está excitada, y sin embargo Cristo dice de ellos: "No queréis venir a mí para que tengáis vida."

A cada alma le llegará una prueba. Las faltas naturales del carácter, si no se vencen resueltamente por amor de Cristo, dominarán por completo el alma humana. Cada día hay que librar una batalla que costará mortificación. Puede costar reputación; pero Jesús arriesgó todo esto y cien veces más para poner la salvación al alcance de todas las almas. Él soportó toda la humillación que el hombre podía imponerle, para que, mediante su asombrosa condescendencia, el hombre pudiera convertirse en el peldaño seguro para su prójimo, tan pecador y tan débil en poder moral. ¿Por qué, entonces, el hombre caído no estaría dispuesto, por amor a Cristo, a convertirse en partícipe de la vergüenza y el oprobio?

Cuando la gracia de Dios obra en el corazón, se observa en la vida un celo ferviente, un espíritu celestial, una simpatía derretida y desbordante por las almas impenitentes. El humilde seguidor de Cristo se deleita en contemplar su maravillosa y sobrecogedora belleza. Ha descubierto que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y le encanta pensar en sus encantos incomparables. Día tras día, un poder transformador actúa sobre su propia vida y carácter, y llena su alma de un amor inefable. Descubre que el Salvador está dispuesto a ser su guía en esta vida y su porción en la eternidad. Su corazón está ganado, su elección está hecha. Se une a Cristo y tiene un poder irresistible para ganar almas para el Salvador. No puede cambiar el corazón, pero puede convencer de la verdad que define su deber y convence de pecado.

Este tema no se comprende más que vagamente. Habrá que escudriñarlo, y el paciente, perseverante y diligente buscador de la verdad será recompensado. Todos los músculos espirituales deben esforzarse para comprender la Palabra. Y después de una imposición prolongada, de intelecto, de paciencia, de todo el hombre, encontrará un infinito más allá. La oración del gran apóstol, cuyo corazón ardía por conocer y comprender estas cosas, debería ser nuestra oración: "Que os conceda, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior; que habite Cristo por la fe en vuestros corazones; que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."

Sra. E. G. White

11 de agosto de 1898

Lecciones de la historia de Pedro

EGW

Pedro era un hombre de carácter apresurado, y todo lo que hacía solía hacerlo bajo fuertes impulsos. Era rápido para anticiparse y de viva imaginación, pero carecía de cautela y de serena previsión. Sus afectos eran fuertes, y estaba dispuesto a emprender cualquier cosa al servicio de su Maestro; pero era necesario refrenar su temperamento impulsivo, porque su naturaleza impetuosa lo conducía a menudo a posiciones desagradables y falsas; y aunque, mientras estuvo en relación con Cristo y bajo la influencia de su enseñanza divina, Pedro aprendió muchas lecciones, a menudo aparecían sus rasgos naturales de carácter.

Cuando en una ocasión Cristo preguntó a sus discípulos qué pensaba la gente de él, y quién decían que era, ellos respondieron: "Unos dicen que Tú eres Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o uno de los profetas." Entonces, dirigiéndose a Pedro, Jesús dijo: "¿Quién decís que soy yo?". Con prontitud y decisión Pedro respondió: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente".

El corazón de Pedro había sido tocado por el Espíritu Santo de Dios. Rayos de luz del cielo habían iluminado su alma y calentado su corazón con amor por Cristo. Jesús fue reconocido y conocido como el Mesías que la nación judía tanto esperaba. "Respondió Jesús y le dijo: Bienaventurado eres, Simón Bar-jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos."

En su respuesta, Cristo no exaltó a Pedro por encima de sus hermanos, ni le dio superioridad sobre sus compañeros apóstoles. No se dirigió sólo a Pedro, sino a la Iglesia cristiana establecida. A Pedro le dijo: "Tú eres Pedro" -por interpretación una piedra- y luego, volviéndose a sus discípulos, dijo: "Sobre esta roca", refiriéndose a sí mismo, "edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella."

El propósito de Cristo no era exaltar a unos por encima de otros. En todas Sus enseñanzas trató de conducir a Sus discípulos a la humildad de corazón. "Aprended de mí -dijo-, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas". Si Pedro hubiera sentido la necesidad de tomarse más a pecho las lecciones de Cristo; si hubiera aprendido la mansedumbre y

humildad de Cristo, se habría ahorrado una pena que dejó su impronta en su memoria mientras duró su vida.

Cuanto más del Espíritu de Cristo tengamos, más humildes seremos. Cuando obtengamos una visión clara de Cristo, no escapará de nuestros labios ninguna palabra de exaltación propia. Cuando el Señor le dio a Job una visión de su majestad, Job dejó de reivindicar su propia justicia. Sintió su pecaminosidad y se humilló ante la pureza y santidad de Dios. "Me aborrezco", dijo, "y me arrepiento en polvo y ceniza". Sin embargo, por la pluma de la inspiración, Dios presenta a Job como perfecto y recto, alguien que temía a Dios y evitaba el mal. "No hay otro como él en la tierra".

Después de que Jesús obrara el milagro de dar de comer a los cinco mil, los que creían que era el Mesías quisieron hacerlo rey, y determinaron que si Cristo no consentía, lo tomarían por la fuerza y lo proclamarían rey de Israel. En esto se habrían unido los discípulos y todos los presentes, excepto los fariseos. Pero Jesús leyó el propósito de sus corazones; sabía que este movimiento despertaría los celos de los sacerdotes y gobernantes, y así interrumpiría su obra y frustraría el propósito de su misión.

Jesús había tratado de revelar a sus discípulos la naturaleza del reino que había venido a establecer. A menudo les había dicho: "Mi reino no es de este mundo", pero ellos no habían comprendido sus lecciones. Ahora los despidió, diciéndoles que tomaran su barca y se fueran a la otra orilla del lago.

Los discípulos obedecieron, pero murmuraron en su interior. Estaban más impacientes e insatisfechos con Cristo de lo que nunca habían estado desde que lo reconocieron como su Señor. Aquel que podía alimentar a cinco mil personas de manera tan milagrosa, podía romper el yugo romano y hacer libre y exaltada a la nación judía. ¿Por qué, entonces, cuando el sentimiento popular se alistó a su favor, no pudieron aprovechar la ocasión y hacerlo rey de Israel?

Después de despedir a sus discípulos y a la multitud, Jesús se dirigió a la montaña solitaria para orar. En su humanidad sentía la necesidad de la fuerza de Dios. Pero la carga del divino Maestro era para sus discípulos. Oró para que estuvieran preparados para el deber y fortificados para la prueba.

Mientras tanto, los discípulos, en su barca sobre el mar, luchaban contra una temible tormenta. El furioso viento azotaba las aguas formando olas tan altas que los discípulos esperaban ser devorados en cualquier momento por las furiosas profundidades. Pero un solitario Vigilante en la orilla los vio afanarse

en sus remos. Contempló con profundo interés aquella barca con su preciosa carga, porque aquellos hombres iban a ser la luz del mundo; iban a emprender y llevar adelante en su nombre la obra que pronto iba a dejar. Oró por ellos.

Al fin los discípulos vieron que sus esfuerzos eran vanos, que no podían ayudarse a sí mismos. Con sentimientos de remordimiento recordaron su impaciencia con Jesús, y pidieron perdón a Dios. Había llegado el momento de que Jesús les ayudara. Poniendo los pies sobre las aguas, pasó de una ola blanca a otra, como si caminara sobre tierra firme. Pero poco antes, en su humanidad, Cristo había derramado sus súplicas a Dios entre las rocas de las montañas; ahora, en su divina majestad, caminaba sobre las olas encrespadas, para poder traer la liberación a los discípulos que amaba.

Los discípulos vieron al Salvador caminando sobre las aguas, y tuvieron miedo. No reconocieron a su Maestro, sino que vieron en esta aparición un presagio de su destrucción. Pero Jesús calmó sus temores. Por encima del rugido de la tempestad se oyó su voz: "Tened buen ánimo: soy yo; no temáis". Pedro, gozoso, gritó: "Señor, si eres tú, manda que vaya a ti sobre las aguas". Jesús le ordenó que viniera, y Pedro bajó confiadamente de la barca y, con los ojos fijos en Jesús, pasó de una ola blanca a otra.

Mientras Pedro mantuvo los ojos fijos en Cristo, no conoció el miedo. Pero las olas embravecidas despertaron sus temores. Miró las aguas hambrientas que parecían hablar con la muerte. Le falló la fe, y al sentir que se hundía bajo la ola, gritó: "Señor, sálvame".

Su oración fue escuchada. La mano de Jesús se extendió para asir a Pedro, que se hundía, y se oyó su voz diciendo: "Oh hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?". Cuando Jesús fue recibido con Pedro en la barca, "inmediatamente fueron a tierra", el lugar donde Cristo había señalado para reunirse con ellos.

Aquí se presenta un caso de mezcla de fe e incredulidad. Mientras Pedro miraba a Cristo con fe, caminaba seguro sobre las olas tempestuosas; pero cuando apartó la mirada de Jesús y la dirigió hacia las aguas enfurecidas, tuvo miedo y comenzó a hundirse. No se había producido ningún cambio en Jesús ni en las aguas. El cambio estaba en él mismo. Jesús no había ordenado a su discípulo que viniera a él para perecer; pero en vez de mirar a su Señor y pensar en su poder, Pedro empezó a pensar en su peligrosa posición. Vio las grandes olas que se agitaban y cabeceaban a su alrededor; su fe cedió y, de no ser por el poder de Cristo, habría sido engullido.

Cristo trató de preparar a Sus discípulos para la prueba que debía sobrevenir a su fe en Su traición, Su juicio en el tribunal, y en Su crucifixión. Cuando estaba a solas con sus discípulos en Cesarea de Filipo, dijo: "Es necesario que el Hijo del Hombre padezca mucho, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite después de tres días." Pero Pedro no estaba dispuesto a aceptar nada de esta naturaleza en la misión de Cristo.

Un acontecimiento como éste, pensó, llevaría a la iglesia cristiana a la ruina. El Señor podía impedirlo, y algo tan terrible no debía suceder. Con toda la fuerza de sus fuertes sentimientos exclamó: "Lejos de ti, Señor; esto no te sucederá".

Las palabras de Pedro desviaron la atención de los discípulos de la lección que Cristo deseaba impartir, y provocaron la más severa reprensión que Cristo hubiera pronunciado jamás. "Apártate de mí, Satanás," dijo; "tú eres una ofensa para mí; porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres." Fue Satanás quien instigó dudas en la mente de Pedro, y le indujo a reprender presuntuosamente a su Señor.

Y es Satanás quien hoy trabaja para engañar a la humanidad en las mismas líneas. Es él quien pone pensamientos de incredulidad en la mente. Es él quien sugiere que las verdades que implican una cruz queden fuera de la experiencia y la creencia de los que profesan ser hijos de Dios. Muchos querrían que los mandamientos de Dios, su gran norma moral de justicia, fueran borrados porque implican una cruz. "Háblenos de la voluntad de Cristo de salvar al más vil de los pecadores", dicen. "Háblennos de la fe en Cristo, de la misericordia de Jesús y de sus promesas, pero no hablen del arrepentimiento y de la expulsión del pecado". Verdades tan impopulares como la ley de Dios son totalmente inoportunas para el corazón carnal.

El Señor está tratando ahora con Su pueblo que cree en la verdad presente. Tiene el designio de producir resultados trascendentales, y mientras en su providencia obra hacia este fin, dice a su pueblo: "Avanzad." Hay momentos en que el camino cristiano parece asediado por peligros, y el deber parece difícil de cumplir. La imaginación imagina ruina inminente delante, y esclavitud o muerte detrás; sin embargo, la voz habla claramente por encima de todos los desalientos: "Avanzad." Debemos obedecer este mandato, sea cual fuere el resultado. Las nubes que se ciernen sobre nuestro camino nunca desaparecerán ante un espíritu vacilante y dubitativo. La voz del Señor que ordena a sus fieles seguir adelante, con frecuencia pone a prueba su fe hasta el extremo. Pero

aquellos que piensan que es imposible rendirse a la voluntad de Dios hasta que todo esté claro y claro ante ellos, nunca se rendirán en absoluto. La fe no es certeza de conocimiento; es "la sustancia de las cosas que se esperan, la evidencia de las cosas que no se ven".

Sra. E. G. White

18 de agosto de 1898

Nuestros talentos

EGW

"El reino de los cielos es semejante a un hombre que se fue lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. Y a uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno; a cada uno conforme a su capacidad; y luego se puso en camino.

"Entonces el que había recibido los cinco talentos fue y negoció con los mismos, y les hizo otros cinco talentos. Asimismo el que había recibido dos, ganó también otros dos. Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor.

"Pasado mucho tiempo, vino el señor de aquellos siervos y les hizo cuentas. Y el que había recibido cinco talentos vino y trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; he aquí que he ganado además de ellos otros cinco talentos. Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.

"Vino también el que había recibido dos talentos y dijo: Señor, dos talentos me entregaste; he aquí que he ganado otros dos talentos además de ellos. Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor."

El hombre a quien se le confió el único talento manifestó un espíritu avaro. Afirmaba tener un gran discernimiento -un discernimiento como el que muchos se enorgullecen de poseer hoy en día-, una desconfianza hacia los que prestan un servicio a Dios, unos celos de Dios. Pensaba que su señor poseía un espíritu como el suyo. Pero era él quien poseía los atributos injustos y poco generosos, no su señor, que por misericordia y amor le había confiado el talento. Sus palabras demostraban claramente que no conocía a su señor. El principio que le

llevó a robar a su señor la mejora de su talento, le hizo poco generoso, y le llevó a codiciar lo que no era suyo.

Este hombre arrojó su don confiado, diciendo: "Señor, yo te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; y tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; he aquí, allí tienes lo que es tuyo.

"Respondió su señor y le dijo: Siervo malo y perezoso, tú sabías que yo siego donde no sembré, y recojo donde no he empajado; debías, pues, haber puesto mi dinero a los cambistas, y entonces a mi venida yo habría recibido lo mío con usura. Quítale, pues, el talento, y dáselo al que tiene diez talentos. Porque a todo el que tiene, se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes."

La lección de esta parábola es aplicable en nuestros días. Desde los más bajos y oscuros hasta los que ocupan los puestos de mayor responsabilidad, somos propiedad de Dios. A todos se nos confían los bienes del cielo -talentos de intelecto, riqueza, razón- y no debemos considerar a la ligera ninguno de estos dones. Son capital del Señor, para ser usados, santificados y devueltos al Señor mejorados por el uso. A cada hombre ha dado Dios su obra, y todos tendrán que comparecer ante el tribunal de Cristo para dar cuenta de lo que han hecho por su Maestro.

Todo don de Dios ha de ser usado, y por el uso acumulado. Cada facultad de la mente, cada don de gracia que el Cielo ha provisto para el agente humano, ha de ser impartido libremente a otros en obras refinadoras, elevadoras y ennoblecedoras. Dios ha dado la facultad del pensamiento para que sea utilizada como un tesoro sagrado; el sabio perfeccionamiento de las facultades de la mente aumentará nuestra capacidad de representar el carácter de Cristo ante el mundo. Con toda la mente, el corazón, el alma, la fuerza, los dones confiados por Dios deben utilizarse para la bendición de los demás. Debemos crecer en la gracia y en el conocimiento de Jesucristo.

Esta obra de mejoramiento es una obra individual, y el uso apropiado de nuestras facultades nos constituirá en obreros junto con Dios. Debemos usar nuestras facultades fielmente, haciendo todo lo posible para beneficiar a los de nuestra propia casa. Y esta influencia se sentirá fuera del círculo del hogar. Los miembros de la familia la comunicarán a todos aquellos con quienes entren en contacto.

No debemos enterrar nuestros talentos en la tierra, para que se corroan por la inacción. Una indulgencia persistente del yo, una negativa a ejercitar nuestras habilidades dadas por Dios, asegurará nuestra separación eterna de Dios, la pérdida de una eternidad de dicha. Estos dones nos son concedidos de acuerdo con nuestra capacidad para utilizarlos, y el sabio perfeccionamiento de cada uno de ellos será una bendición para nosotros y dará gloria a Dios. Cada don recibido con gratitud es un eslabón de la cadena que nos une al cielo.

Los dones de aquel que honestamente comercia con los bienes de su Señor serán aumentados; pero a aquel que no lo hace, le será quitado hasta lo que tiene. Por no hacer el mejor uso de los dones confiados por el Cielo, pierde lo que podría haberse multiplicado en sus manos.

La ociosidad espiritual significa infidelidad espiritual. Si cada ocioso en el mercado entendiera el castigo de la pereza, se levantaría y se pondría a trabajar. La Palabra declara que el que es infiel en lo poco, también es infiel en lo mucho. Toda su obra lleva la impresión de la infidelidad. A nadie le agrada encontrarse con su infidelidad en el juicio; porque la "ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se puede conocer, en ellos es manifiesto; pues Dios se lo ha mostrado. Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, se ven claramente, siendo entendidas por las cosas hechas, aun su eterno poder y divinidad; de modo que no tienen excusa, porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido." Estas palabras representan el caso del siervo que escondió el tesoro de su Señor, en lugar de usarlo para la gloria de Dios.

Cuanto más tengamos de los bienes de este mundo, mayor será nuestra responsabilidad ante Dios. Que la pregunta se haga sinceramente, de corazón: ¿Qué hago con los talentos confiados por mi Señor? Hay quienes tienen gran luz, grandes oportunidades; se dan cuenta del afecto bondadoso del Maestro, y se sienten impulsados a hacer devoluciones. Pero intervienen otras influencias. Las exigencias de la familia son absorbentes. ¿Enseñarán éstos a sus hijos que no pueden ser fieles mayordomos, y aún así gratificar sus deseos destemplados de vestirse como el mundano? ¿Gastarán el tiempo y los medios en la autogratificación hasta tal punto que no quede nada para los pobres o la causa de Dios? ¿Permitirán que su mujer o sus hijos les lleven por caminos falsos o prohibidos? ¿Abrirán la puerta a la indulgencia egoísta y cerrarán el corazón a la petición de medios para el tesoro del Señor? ¿Inmovilizarán sus medios en

casas y tierras, o mantendrán sus medios enterrados en la tierra, de modo que nunca puedan subir al cielo en donativos y ofrendas para acumularse allí?

¡Cuántos quedarán decepcionados en el día del juicio final! "Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria, y con él todos los santos ángeles, se sentará en el trono de su gloria; y serán reunidas delante de él todas las naciones, y apartará a unos de otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos; y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda.

"Entonces el Rey les dirá a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te vestimos, o enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.

"Entonces dirá también a los de su izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles; porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a Mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna."

Sra. E. G. White

25 de agosto de 1898

Nuestro trabajo

EGW

El Señor ha dado a su iglesia una obra de servicio personal. Ha confiado el conocimiento de la verdad de la redención a cada alma convertida. Este conocimiento debemos darlo a otros. Sobre nosotros descansa la

responsabilidad de trabajar por todos, nuestros amigos, nuestros conocidos, aquellos que están ligados al mundo y alejados de Dios.

Con cuánta seriedad e incansablemente Cristo, nuestro gran Ejemplo, se esforzó por llegar a todos, tanto a los más humildes como a los que ocupaban posiciones más elevadas. Su corazón estaba siempre conmovido por el dolor humano. Constantemente caminaba y trabajaba en las ciudades, invitando a los cansados a venir a Él, clamando: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os aliviaré. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

Cristo es el poderoso Sanador de todas las enfermedades espirituales y físicas, y empleó todos los medios para llamar la atención de los impenitentes. Anhelaba romper el hechizo de la infatuación sobre aquellos que estaban engañados e ilusionados por el enemigo. Anhelaba dar al alma contaminada por el pecado el perdón y la paz.

¡Cuán tiernos y considerados fueron los tratos de Cristo con todos! Contempla al compasivo Redentor. Contempladle con el ojo de la fe reuniendo consigo a los débiles y cansados. Los seres humanos indefensos y pecadores se apiñaban a su alrededor. Contempla a las madres con sus pequeños enfermos y moribundos en brazos, abriéndose paso entre la multitud para llegar al alcance de la mirada del Salvador. Míralas avanzar hacia Él, pálidas, cansadas, casi desesperadas, pero decididas y perseverantes, llevando en sus brazos la carga de su sufrimiento.

A medida que estos ansiosos niños se apiñan hacia atrás, Cristo se abre camino hacia ellos, paso a paso, hasta estar cerca de ellos. Lágrimas de alegría y esperanza caen libremente, cuando llaman su atención, y miran a los ojos que expresan tan tierna piedad y amor por la madre cansada, así como por el niño que sufre. Él la invita a confiar en Él, diciéndole: ¿Qué haré por ti? Ella exclama entre sollozos su gran deseo: "Maestro, que cures a mi hijo". Ella ha mostrado su fe al dirigirse hacia Él, aunque no sabía que Él se dirigía hacia ella; y Cristo toma al niño de sus brazos. Habla, y ante su contacto y su palabra la enfermedad huye. La palidez de la muerte desaparece; la corriente vivificante fluye por las venas; los músculos reciben fuerza.

El Salvador dirige palabras de consuelo y paz a la madre; y entonces se presenta otro caso igual de urgente. Una madre pide ayuda para sí misma y para sus hijos,

pues todos sufren. Con buena voluntad y alegría Cristo ejerce su poder, y la madre y sus hijos alaban y glorifican a Aquel que todo lo hace bien.

Ningún ceño fruncido en el semblante de Cristo rechazó al humilde suplicante de Su presencia. Los sacerdotes y los gobernantes trataron de impedir que los que sufrían acudieran a Él, diciendo que sanaba a los enfermos por el poder del enemigo. Pero su camino no podía ser vallado. Estaba decidido a no fracasar ni desanimarse. Sufriendo Él mismo privaciones, recorrió el país, esparciendo bendiciones dondequiera que iba, y tratando de llegar a los corazones obstinados.

En cierta ocasión, Cristo se encontró en un lugar desierto, rodeado de una multitud que le había seguido para escuchar sus palabras. "Al ver a la multitud, sintió compasión de ella, porque estaba desamparada y dispersa como oveja que no tiene pastor". El alma del Redentor se compadeció de corazón de la gente cansada. Su debilidad física y su sufrimiento despertaron su profundo interés y simpatía. Anhelaba aliviar el hambre y la sed que hacían desfallecer y caer a algunos por el camino. En aquel corazón de amor infinito no había pensamiento alguno de pasar indiferente de largo, sin ayudar a los que lo necesitaban.

El Salvador compasivo, que atrajo hacia sí los corazones sintiéndose conmovido por sus dolencias, vio una necesidad aún mayor que el sufrimiento corporal. Vio síntomas de una enfermedad más profunda. La aflicción externa es el resultado de un corazón enfermo; y el sufrimiento físico de la gente sugirió al Salvador la causa que producía este efecto. Fue este problema del alma lo que llevó al gran Médico a venir a la tierra como restaurador. Los sufrimientos del cuerpo despertaron su compasión, pero las necesidades del alma le movieron a una compasión aún mayor.

La compasión de Cristo por las necesidades externas fue seguida por el ministerio del alma. Muchos en aquella multitud nunca olvidaron las experiencias de aquel día. Mientras descansaban, eran alimentados y sanados de sus enfermedades físicas, sus sentidos adormecidos fueron despertados. Sintieron su necesidad espiritual y comenzaron a vivir una vida nueva.

Así debe ser en el trabajo que nosotros, como hijos de Dios, debemos hacer por la humanidad que sufre. Al mismo tiempo que atendemos las necesidades físicas de los que necesitan nuestra ayuda, debemos mostrarles que sus corazones deben ser limpiados de la contaminación.

La compasión que Cristo manifestaba al mirar a la multitud no le era extraña; porque este amor y esta compasión habitan en el corazón del Padre. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna". Fue la compasión la que trajo a Cristo del cielo. Fue la compasión la que le llevó a revestir su divinidad de humanidad, para poder tocar a la humanidad. Esto le llevó a manifestar una ternura y simpatía sin igual por el hombre en su condición caída.

Hoy hay una multitud a la que llegar. El mundo está lleno de sufrimiento y angustia, de enfermedades de todo tipo. Hay una necesidad constante de simpatía profunda, semejante a la de Cristo. Esta compasión debe manifestarse en todo momento y en todo lugar.

Dios podría haber enviado ángeles para trabajar por la reforma del hombre, pero no lo hizo. La humanidad debe trabajar por la humanidad. Dios utiliza a los que están dispuestos a ser utilizados. La iglesia es su instrumento, y si la iglesia hubiera apreciado el sentido de su responsabilidad, mensajeros fervientes y sinceros habrían llevado la verdad a países lejanos y cercanos. La Palabra viva de Dios habría sido predicada en cada rincón de la tierra.

Hay paganos a nuestras puertas; pero hay infidelidad en nuestras iglesias, y esta infidelidad paraliza al elemento activo. La obra de salvar almas es tan limitada que el avance del reino de Dios es lento. Una iglesia abandonada es el resultado seguro de la negligencia de la iglesia en usar sus talentos en la obra de cooperar con Jesús para restaurar la imagen moral de Dios en el hombre.

Levantando las manos, los bendijo y dijo: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura". El que se ha convertido de verdad, el que ama a Dios por encima de todo y al prójimo como a sí mismo, no puede contentarse con no hacer nada. Tiene el anhelo de salvar a las almas que están fuera de Cristo, y sale proclamando: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." Al llegar a Cristo mismo, toda su alma respira por Cristo. El Espíritu Santo moldea su corazón, y la luz que brilla en su mente no puede ser encerrada. Él recibe el conocimiento que el Señor da a cada buscador verdadero para impartir a otros.

Es un error fatal suponer que la obra de salvar almas depende únicamente de los ministros ordenados. Es por el poder del Espíritu que las almas muertas en delitos y pecados son vivificadas para oír la Palabra de vida. Y el mandamiento de trabajar desinteresada y fervientemente, descansa sobre cada alma. Todos los que son ordenados a la vida de Cristo son ordenados a trabajar por la salvación

de sus semejantes. Cualquiera que sea su trabajo, cualquiera que sea su negocio, su primer interés debe ser buscar el reino de Dios y su justicia, y por precepto y ejemplo, en palabra, espíritu y acción, mostrar su celo sincero por Cristo. "El Espíritu y la esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tenga sed, que venga. Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente".

Sra. E. G. White

1 de septiembre de 1898

La religión en la vida familiar

EGW

Dios diseña la familia para que sea un símbolo de la gran familia del cielo. En el hogar se ponen los cimientos para la prosperidad de la iglesia. Las influencias que rigen en la vida del hogar se llevan a la vida de la iglesia; por lo tanto, los deberes de la iglesia deben comenzar primero en el hogar.

El hogar debe considerarse un lugar sagrado. Aquellos que están unidos por los lazos de la naturaleza tienen los más fuertes derechos los unos sobre los otros. En su trato mutuo deben manifestar bondad y el más tierno amor. Las palabras pronunciadas y los actos realizados deben estar de acuerdo con los principios cristianos. Cada palabra debe ser guardada, porque somos responsables ante Dios de representar en nuestras vidas el carácter de Cristo. La cruz debe cargarse diariamente. Cada día debemos entregarnos a Dios. Así obtendremos ayuda especial y victorias diarias. De esta manera el hogar puede convertirse en una escuela, donde los obreros de Cristo pueden ser entrenados.

Pero con demasiada frecuencia se malinterpretan los deberes de la vida hogareña, los deberes de marido y mujer, hermano y hermana, padre e hijo. Por nuestras palabras y conducta en el hogar podemos degradar nuestra religión. Manifestando un espíritu equivocado, podemos tergiversar los principios que deben regir la vida. Los miembros de una familia deben manifestar honestidad, franqueza, indulgencia y ternura los unos hacia los otros. Al hablar palabras alentadoras, cada uno debe tratar de ayudar al otro. Tales palabras ejercen a menudo una influencia que hace innecesaria la reprensión. Mirad los asuntos bajo una luz alegre, procurando disipar las sombras que, si se alimentan, envuelven el alma. Cultiva la simpatía por los demás. Que la alegría, la bondad y el amor impregnen el hogar. Esto aumentará el amor por los ejercicios religiosos, y los deberes grandes y pequeños se realizarán con un corazón ligero.

Todo el que pronuncia el nombre de Cristo se ha comprometido a representar a su Maestro en carácter. Se ha comprometido con Cristo a dar lo mejor de sí; pues se ha dispuesto que la gracia divina obre de tal manera que el carácter de los hombres y las mujeres sea moldeado según la semejanza del carácter de Cristo. A quienes lo reciben, Cristo les da poder para llegar a ser hijos de Dios. Jesús debe ser elevado, debe hablarse de él, debe pensarse en él. Cuando Él habite en el corazón, la adoración familiar no será una forma de frases secas y hechas. El corazón estará imbuido de amor por el Salvador, y este amor se expresará en alabanza y oración. No se oirán palabras oscuras de desesperanza y desaliento.

La religión debe ser apreciada en la vida del hogar. Los miembros de la familia deben demostrar que poseen un poder recibido de Cristo. Deben mejorar en cada hábito y práctica, mostrando así que se dan cuenta constantemente de que ser cristiano significa nada menos que la conformidad con el carácter de Cristo.

Deben mostrar con un buen ejemplo que tienen esa fe que obra por el amor y purifica el alma, haciendo que el carácter sea verdadero e inmaculado, hasta que por el crecimiento en la gracia la inclinación natural de los pensamientos y sentimientos sea hacia el cielo.

Los principios correctos seguidos diariamente, cada hora, en el hogar, traen a Jesús muy cerca, y donde él está, hay luz y paz y gozo. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor". "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él". "Estas cosas os he hablado, para que Mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea completo."

¡Precioso encargo, dado a todo creyente! Una influencia semejante a la de Cristo rodea a quien se ha entregado al Señor. Siente que tiene la obligación de servir a Dios, y manifiesta un amor que hace agradables todos los deberes. Pero si los cristianos se permiten ser egoístas, se vuelven impacientes, petulantes, ásperos. Satanás toma las riendas y los controla. Hablan y actúan sin tener en cuenta la influencia que ejercen sobre los demás. No se detienen a pensar que el enemigo los está usando para traer confusión, tristeza y desaliento al hogar. Sus pensamientos no son santificados ni santos, porque se olvidan de Dios. Sin embargo, algunos que actúan así profesan ser siervos de Cristo. Creen que tienen un gran deber que cumplir, pero está fuera del hogar. No tienen tiempo para hacer obra misionera en casa; pero están ansiosos de trabajar por los

pecadores que están lejos. Un deseo de efecto externo controla sus pensamientos y acciones.

La obra misionera debe realizarse en el hogar. Aquí los que han recibido a Cristo deben mostrar lo que la gracia ha hecho por ellos. Una influencia divina controla al verdadero creyente en Cristo, y esta influencia se hace sentir en todo el hogar, y es favorable para la perfección de los caracteres de todos en el hogar.

El fiel cumplimiento de los deberes del hogar influye en los que no están en él. Nuestro progreso espiritual en el hogar se traslada a nuestra obra misionera en el extranjero. En la casa paterna debe darse la evidencia de la aptitud para trabajar por la iglesia. Con corazones sinceros y humildes, los miembros de la familia deben procurar saber que Cristo mora en el corazón. Entonces podrán salir completamente armados y equipados para el servicio.

La razón por la que hay tantos fracasos decididos en las líneas misioneras es que el yo no está bajo la disciplina de Dios, sino que lucha por el reconocimiento. Cualquiera podría emprender la obra, como lo hacen algunos misioneros profesos, haciendo breves visitas a éste y a aquél, hablando de los errores que otros han cometido, y dando la impresión de que el que habla tiene la sabiduría que le permite rehuir tal debilidad. Pero este tipo de trabajo pone la habilidad humana bajo el control de un poder de abajo. Que las almas teman por sí mismas y por los demás. Que los misioneros tengan una experiencia viva del conflicto espiritual. La envidia, el amor a la supremacía, el hablar mal, la autogratificación, son demasiado comunes entre los que profesan ser cristianos. Nadie puede ser obrero juntamente con Dios, y sin embargo manifestar el deseo de ocupar el lugar más alto. "En otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad); probando lo que es agradable al Señor". Si se hubiera seguido esta instrucción, hoy habría más hombres con mentes bien equilibradas, hombres aptos para ser "colaboradores de Dios."

Practicando la abnegación en el hogar, nos preparamos para trabajar por los demás. El esfuerzo por hacer del hogar lo que debe ser -un símbolo del hogar en el cielo- nos prepara para trabajar en una esfera más amplia. La educación recibida al mostrar una tierna consideración por los demás, nos capacita para saber cómo llegar a los corazones que necesitan que se les enseñen los principios de la verdadera religión. La iglesia necesita toda la fuerza espiritual cultivada que pueda obtenerse, para que todos, y especialmente los miembros más jóvenes de la familia del Señor, sean cuidadosamente guardados. La verdad

vivida en el hogar se hace sentir en la labor desinteresada en el exterior. El que vive el cristianismo en el hogar será una luz brillante y resplandeciente en todas partes.

Los deberes del hogar deben realizarse con la conciencia de que si se hacen con el espíritu correcto, dan una experiencia que nos capacitará para trabajar por Cristo de la manera más permanente y completa. ¡Oh, qué no podría hacer un cristiano vivo en las líneas misioneras cumpliendo fielmente los deberes diarios, levantando alegremente la cruz, sin descuidar ningún trabajo, por desagradable que sea a los sentimientos naturales! En el hogar cristiano, donde Dios es temido, donde Dios es amado, donde Dios es adorado, donde la fidelidad se ha convertido en una segunda naturaleza, donde no se permite una desatención desordenada y descuidada de los deberes, donde la comunión tranquila con Dios se considera esencial para el fiel desempeño de estos deberes, los ministros están mejor preparados para trabajar en el extranjero.

Sra. E. G. White

8 de septiembre de 1898

La parábola del juez injusto

EGW

En sus parábolas, nuestro Señor ilustró la verdad divina con prácticas comunes. "Y les refirió una parábola para que los hombres orasen siempre, y no desmayasen, diciendo: Había en una ciudad un juez que no temía a Dios ni miraba a hombre alguno; y había en aquella ciudad una viuda, la cual se le acercó diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después dijo dentro de sí: Aunque no temo a Dios ni estimo a los hombres, ya que esta viuda me perturba, la vengaré, no sea que con sus continuas venidas me canse. Y el Señor dijo: Oye lo que dice el juez injusto. ¿No vengará Dios a sus escogidos, que claman a él día y noche, aunque los soporta mucho tiempo? Os digo que los vengaré pronto".

Aunque este juez profesaba ser un hombre sabio y exigente, su corazón estaba endurecido por el pecado. Su conducta reveló su verdadero carácter. El fruto que dio fue el fruto de un árbol malo. Actuó de acuerdo con sus sentimientos. Mediante la indiferencia egoísta y la injusticia positiva, exhibió una naturaleza humana perversa. Si se irritaba al verse frustrado en alguno de sus planes, los inocentes sufrían en consecuencia. Los débiles, que necesitaban simpatía y

ayuda, eran objeto de sus burlas. Sabía que se cometían acciones equivocadas, pero no hacía todo lo posible por corregirlas. No cumplió con los deberes que su posición como juez de las acciones del pueblo le exigía. Relevó a aquellos que decidió relevar, y descuidó a muchos que debería haber relevado.

Cierta viuda presentó su caso ante este juez, y fue rechazada. Pero no desistió ni se desanimó. A pesar de ser rechazada una y otra vez, continuó suplicando justicia. ¿De qué les servía a las ciudades un juez si no podía aliviar la causa de los oprimidos? El Señor puso en el corazón de la mujer una persistencia que la indiferencia del juez no pudo apagar. A menudo el juez escuchó su queja; a menudo sus sufrimientos fueron presentados ante él. Y finalmente el juez accedió a su petición. Pero no lo hizo de buena gana, en honor a la verdad, porque la piedad y la compasión se hubieran agitado en su pecho, sino porque la viuda le inquietaba.

Si este juez hubiera tenido la mente que hay en Cristo Jesús, se habría ahorrado todos los problemas. Podría haberle ahorrado a la mujer la persistencia sincera y desgarradora que finalmente lo conmovió. Comprendió la diferencia entre el bien y el mal. Si hubiera temido a Dios, la viuda no tendría que haber acudido a él una y otra vez, para ser tratada con desprecio por aquellos que no tenían compasión, y para ser arrancada del tribunal. Pero no poseía los atributos de Cristo. Sólo le importaba lo que pudiera favorecer su ambición. Podría haber aliviado a la mujer, pero no lo hizo. Podía haber refrenado el mal, y su posición ante Dios le exigía hacerlo; pero este proceder no estaba en armonía con su dura determinación de dejar que la viuda pidiera, buscara y llamara en vano. Quería mostrar su poder arbitrario. Se envolvió en sus vestiduras de egoísmo y dejó que ella suplicara en vano. Cuando vio que revelaba su verdadero carácter, cuando su posición fue incomodada por algunos que se compadecían de la viuda, la escuchó. "Aunque no temo a Dios, ni estimo a los hombres -dijo-, ya que esta viuda me molesta, me vengaré de ella, no sea que con sus continuas venidas me canse". El yo era su dios, y para salvar su reputación, para evitar dar más publicidad a su juicio parcial y unilateral, vengó a la perseverante mujer.

Cristo presentó esta parábola para revelar la injusticia que se estaba mostrando entonces, y que pronto se mostraría en su juicio. Él quería que su pueblo se diera cuenta en todo tiempo de la poca confianza que puede depositarse en los jueces terrenales en el día de la adversidad. El pueblo elegido de Dios será llamado a comparecer ante hombres que no hacen de la Biblia su guía y consejero, que siguen sus propios impulsos no consagrados e indisciplinados. Aquellos que han decidido ser leales a la verdad, obedecer los mandamientos de Dios,

comprenderán por experiencia que tienen adversarios que están controlados por un poder de abajo. Tales adversarios acosan a Cristo a cada paso -con cuánta constancia y determinación ningún ser terrenal puede saberlo jamás-, y los discípulos de Cristo, como su Maestro, serán perseguidos por continuas tentaciones. Pero Cristo es su refugio, como fue el refugio de la viuda importuna.

Con toda seguridad podemos pedirle a Cristo que se haga cargo de nuestro caso; porque cuando dio su vida como propiciación por los pecados del mundo, se hizo cargo del caso de cada alma. "Someteos, pues, a Dios. Resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios [no sólo en la oración, sino en todas vuestras acciones], y Él se acercará a vosotros".

"Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a su clamor. El rostro del Señor está contra los que hacen el mal, para cortar de la tierra el recuerdo de ellos. Claman los justos, y el Señor los oye y los libra de todas sus angustias. Cercano está el Señor a los quebrantados de corazón, y salva a los contritos de espíritu. Muchas son las aflicciones del justo, pero el Señor lo libra de todas ellas". "La salvación de los justos es del Señor; Él es su fortaleza en el tiempo de angustia. Y el Señor los ayudará y los librará; los librará de los impíos y los salvará, porque en Él confían."

Sra. E. G. White

15 de septiembre de 1898

Lecciones de la parábola del juez injusto

EGW

Dios quiere que aprendamos de esta parábola a respetar la causa de los pobres. "No haréis acepción de personas en el juicio", declara; "sino que oiréis lo mismo al pequeño que al grande; no temeréis el rostro del hombre, porque el juicio es de Dios". "El que oprime al pobre afrenta a su Hacedor; pero el que le honra tiene misericordia del pobre". Esta es una de las lecciones que debemos aprender de la parábola del juez injusto. Es una admonición para todos los que pretenden ser justos. "Por la opresión del pobre, por el suspiro del necesitado, ahora me levantaré", dice Dios. "Vuélvete, pues, a tu Dios; guarda misericordia y juicio, y espera en tu Dios continuamente". Aquellos que temen a Dios, que aceptan a Cristo como Salvador personal, revelarán un carácter semejante al de Cristo. El carácter de Dios hablará a través de ellos en vindicación de la verdad.

En el pueblo de Dios se engendra una tierna simpatía y compasión por la aflicción de la humanidad sufriente. Cristo despierta en ellos un profundo interés por los demás; y cuando se esfuerzan por suplir las necesidades de los que los rodean, el Señor obra en su favor. Se dan cuenta de la verdad de las palabras: "¿No es éste el ayuno que he escogido? desatar las ligaduras de la maldad, deshacer las cargas pesadas, dejar ir libres a los oprimidos, y que rompáis todo yugo? ¿No es repartir tu pan al hambriento, y que traigas a tu casa a los pobres desechados? Cuando veas al desnudo, que lo cubras, y que no te escondas de tu propia carne?".

A los que cooperan con Dios ayudando a los demás, se les da la promesa: "Entonces llamarás, y el Señor responderá; clamarás, y Él dirá: Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo, el extender el dedo, y el hablar vanidad; y si sacares tu alma al hambriento, y saciases al alma afligida, entonces nacerá tu luz en la oscuridad, y tus tinieblas serán como el mediodía; y Jehová te guiará continuamente, y saciará tu alma en la sequía, y engordará tus huesos; y serás como huerto regado, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan. Y los que serán de ti reedificarán los antiguos yermos; y tú levantarás los cimientos de muchas generaciones; y serás llamado: Reparador de brechas, Restaurador de sendas para habitar."

En esta parábola, Cristo traza un agudo contraste entre el juez injusto y Dios. El juez, aunque no temía ni a Dios ni a los hombres, escuchó a la viuda por sus constantes peticiones. A pesar de que su corazón permanecía helado, la importunidad de la viuda hizo que tuviera éxito. La vengó, aunque no sintió piedad ni compasión por ella, aunque su miseria no era nada para él. "Y el Señor dijo: Oíd lo que dice el juez injusto. ¿No vengará Dios a sus escogidos, que claman a él día y noche, aunque los soporta mucho tiempo? Os digo que los vengará pronto".

El juez cedió a la petición de la viuda sólo por egoísmo, para librarse de su importunidad. ¡Cuán diferente es la actitud de Dios con respecto a la oración! Puede parecer que nuestro Padre celestial no responde inmediatamente a las oraciones y súplicas de su pueblo; pero nunca se aparta de ellas con indiferencia. En esta parábola y en la del hombre que se levantó a medianoche para suplir la necesidad de su amigo, para que éste pudiera atender a un hombre necesitado y caminante, se nos enseña que Dios escucha nuestras oraciones. Con demasiada frecuencia pensamos que nuestras peticiones no son escuchadas, y abrigamos incredulidad, desconfiando de Dios cuando deberíamos reclamar la promesa: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá". Extraigamos

de estas parábolas la instrucción que debemos. El Señor es nuestro juez; Él es nuestro legislador. Damos pruebas del sólido fundamento de nuestra confianza en Dios mediante la oración importuna, combinada con buenas obras. Pero la fe sin obras está muerta, estando sola.

El juez injusto reveló sus propios rasgos naturales de carácter. ¿Hay alguien que pretenda ser hijo o hija de Dios y copie este modelo? Si el Señor respondiera a sus peticiones, pensarían que es por su bondad. No verían sus defectos de carácter. Pero aquellos que juzgan con justicia, que se niegan a sí mismos, pueden esperar la respuesta: "Aquí estoy. ¿Qué puedo hacer por ti?"

No; la presentación de nuestras perplejidades y necesidades, y de nuestra necesidad de la ayuda de Dios contra nuestro adversario el diablo. Como elegidos de Dios, debemos comprender la naturaleza de nuestras necesidades y los motivos que nos impulsan a orar. Debemos recordar que estamos necesitados, y que nuestras necesidades deben ser suplidas del almacén celestial. La oración debe ser ofrecida por la preservación de la vida, por la preservación de cada poder y facultad, para que podamos prestar el más alto servicio a nuestro Hacedor. Debe ofrecerse por las necesidades y bendiciones temporales. En la oración que Cristo dio a sus discípulos, se pide el pan de cada día. "Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas", dijo el Salvador. "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan?". La conciencia de nuestra necesidad nos impulsa a orar con fervor, y nuestro Padre se conmueve ante nuestras súplicas.

La obra especial de Dios es beneficiar a su pueblo en todos los sentidos, iluminar, purificar, transformar y fortalecer las facultades morales y espirituales del hombre. Necesitamos ser como Cristo ha dicho, constantes en la oración. En cuanto surjan dificultades, ofrezcamos nuestras oraciones sencillas y sinceras. Cristo las presentará al Padre, mezcladas con la fragancia de su Espíritu. Serán totalmente aceptadas, porque si hemos tomado a Cristo como nuestro Salvador personal, hemos nacido de nuevo. Somos hijos e hijas de Dios, miembros por adopción de la familia real.

Dios reveló Su carácter a Moisés. En respuesta a la oración de su siervo: "Te ruego que me muestres tu gloria", dijo: "Haré pasar delante de ti toda mi bondad, y proclamaré el nombre del Señor delante de ti...". Y Él dijo: No podrás ver Mi rostro, porque nadie podrá verme y vivir.... He aquí, hay un lugar junto a Mí, y

tú estarás sobre una roca; y sucederá, mientras pasa Mi gloria, que te pondré en un risco de la roca, y te cubriré con Mi mano mientras paso."

"Y el Señor pasó delante de él, y proclamó: El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, paciente y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad y la rebelión y el pecado, y que de ningún modo exculpará al culpable; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y hasta la cuarta generación."

Esta es la provisión hecha para el pueblo de Dios en todas las épocas. El que habita en el santuario celestial juzga con justicia. Aquellos que no luchan contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes, son su cuidado especial. "Por tanto, tomad toda la armadura de Dios", la armadura que Él ha provisto para cada creyente, "para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz; sobre todo, tomando el escudo de la fe, con el cual podréis apagar todos los dardos de fuego del impío. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos."

Sigue orando, iglesia de Dios, sigue orando; porque el General del ejército celestial, con ángeles que sobresalen en fuerza, está con Su pueblo en el campo de batalla. En la hora del peligro, estad firmes. El adversario de las almas está decidido a oponerse a todos los que plantan sus pies sobre la plataforma de la verdad eterna, a los que levantan el estandarte en el que está inscrito: Los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Ellos son los objetos del odio mortal de Satanás. Pero tengan la seguridad de que Cristo lucha con Su ejército. Él mismo dirige a Sus seguidores, y renovará las fuerzas de todo soldado fiel.

Nunca debemos desconfiar de Dios. El Juez justo no rechaza a nadie que acuda a Él arrepentido. Se complace más en su iglesia, que lucha contra la tentación aquí abajo, que en la imponente hueste de ángeles que rodea su trono. No se pierde ni una oración sincera. En medio de los himnos del coro celestial, Dios escucha los gritos del ser humano más débil. Tú que te sientes más indigno, encomiéndale tu caso; pues Sus oídos están abiertos a tu clamor "El que no

escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él gratuitamente todas las cosas?". ¿No cumplirá Él la palabra de gracia dada para nuestro aliento y fortaleza?

Sra. E. G. White

22 de septiembre de 1898

Bendición de la obediencia

EGW

"Y acercándose uno de los escribas, oyéndolos discutir, y viendo que les había respondido bien, le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos? Jesús le respondió: El primero de todos los mandamientos es: Oye, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas; éste es el primer mandamiento". La respuesta de Cristo fue directa y explícita. El amor supremo a Dios es una prueba de que la verdad es un principio permanente en la mente y en el corazón. El segundo es semejante al primero, dijo Cristo, porque fluye de él y se funda en él: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos.

"Y el escriba le dijo: Bien, Maestro, has dicho la verdad; porque hay un solo Dios, y no hay otro sino Él; y amarle con todo el corazón, y con todo el entendimiento, y con toda el alma, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios". Esta respuesta de uno de los escribas, la clara declaración de sus convicciones, era más de lo que los escribas y fariseos esperaban oír. La verdad, que condenaba sus propias tradiciones y su ejemplo, había sido expresada por Cristo y expresada por uno de los suyos.

Cuando Jesús vio que el escriba tenía valor moral para decir la verdad frente a los fariseos ceñudos, y que "respondía discretamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios. Y nadie se atrevió después a preguntarle nada".

La ley de Dios, claramente definida por Cristo, no son tantos preceptos separados, algunos de los cuales son de gran importancia, mientras que otros son de poca importancia, y pueden ser menospreciados e ignorados: Nuestro Señor presenta los cuatro primeros y los seis últimos mandamientos como un todo divino. Bajo los dos títulos, amor a Dios y amor al prójimo, una unidad

divina une todos los preceptos. Por estos dos principios se prueba el carácter del hombre, y se le muestra obediente o desobediente.

Estos dos principios son inmutables, tan eternos como el trono de Dios. Aquellos que obedecen al primero, amando a Dios supremamente, derramarán las riquezas de la bondad de Dios en amor y compasión hacia sus semejantes. Esta es una fe que obra por amor y purifica el alma. Esto significa mucho más que el mero reconocimiento de la verdad, más que la adoración ceremoniosa o el ofrecimiento de sacrificios. Aquellos que verdaderamente obedecen la ley ofrecen a Dios todo el servicio requerido por Él.

Cumplir los mandamientos de Dios tiene una gran recompensa, incluso en esta vida. Nuestra conciencia no nos condena. Nuestros corazones no están en enemistad con Dios, sino en paz con Él. Pero el amor propio, la exaltación propia, de ninguna manera pueden ser aceptables para Dios.

La gracia de Dios, que, si se recibe, conduce a la práctica de las cosas rectas, es la línea de demarcación entre los hijos de Dios y la multitud que no cree. Mientras unos son llevados cautivos a Cristo, otros son llevados cautivos y esclavizados al príncipe de las tinieblas. El que ha respondido a la atracción de Cristo resplandece con Su amor. Expresa las alabanzas de Aquel que lo ha llamado de las tinieblas a Su luz maravillosa. No puede evitar emplear su talento de palabra para mostrar la gracia que le ha sido concedida tan abundantemente. Se ha alistado en el ejército de los que se esfuerzan por promover la gloria de Dios, y se ha convertido así en un canal de luz. Dispuesto y obediente, forma parte del número de los llamados por inspiración "real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios".

Con la paz y el gozo de los que así sirven a Dios, siempre se ve un temor piadoso, "no sea que habiéndonos dejado la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado". Este temor santificado es enteramente apropiado. No es un temor servil y cobarde; es un temor a hacer algo que Cristo no apruebe. Este temor regula la experiencia cristiana. Los que lo sienten santifican al Señor en sus corazones. Consideran a Dios con una reverencia y un amor que conducen al anonadamiento. Pero su temor es muy distinto del terror de un esclavo, que vive a la espera del látigo. Este temor genuino conduce a una firme confianza en Dios.

Sra. E. G. White

29 de septiembre de 1898

"Dad al Señor la gloria debida a su nombre"

EGW

Muchas y abundantes son las promesas de Dios a todos los que sean obedientes a sus mandamientos. Todos los que tienen fe en Cristo obtienen una rica experiencia de su bondad y amor, una bondad que vale más que el oro. Es una bondad que ha sido reconocida en tiempos de gran necesidad. Entonces, que ninguno de los elegidos de Dios sufra el fracaso de su fe en el momento en que debe revelar el poder interior de la esperanza del cristiano. Cada alma será probada y probada, pero Dios ha hecho provisión para que en tales momentos Su gracia sea abundantemente suplida. Cuando su pueblo lo busque e invoque su nombre, él oirá su clamor y dirá: "Heme aquí". Él declara:

"No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios; yo te fortaleceré; sí, yo te ayudaré; sí, yo te sostendré con la diestra de mi justicia. He aquí que todos los que se encendieron contra ti serán avergonzados y confundidos; serán como nada; y los que contienden contigo perecerán. Los buscarás, y no los hallarás, a los que contendieron contigo; los que te combaten serán como nada y como cosa de nada. Porque yo, el Señor, tu Dios, sostendré tu mano derecha, diciéndote: No temas; yo te ayudaré.... Cuando el pobre y el menesteroso busquen agua, y no la haya, y su lengua desfallezca de sed, yo el Señor los oiré, yo el Dios de Israel no los abandonaré. Abriré ríos en las alturas, y fuentes en medio de los valles; haré del desierto estanque de aguas, y de la tierra seca manantiales de aguas. Plantaré en el desierto el cedro, el árbol de shittah, y el mirto, y el árbol de aceite; pondré en el desierto el abeto, y el pino, y el boj juntos; para que vean, y sepan, y consideren, y entiendan juntos, que la mano del Señor ha hecho esto, y el Santo de Israel lo ha creado."

No honramos a Dios si, cuando estamos oprimidos y afligidos, dudamos de Su bondad, si acariciamos la tristeza, y nos lamentamos y repugnamos. Deshonramos a Dios cuando permitimos que nuestras almas se abatan. Incluso cuando estamos en problemas, nuestra fe no debe fallar. Nadie debe sentir que Dios lo ha abandonado. No debe haber expresiones de incredulidad; porque la incredulidad, cuando se abriga, nos cierra el paso a las más ricas manifestaciones de la gracia de Dios. Nuestra falta de fe nos impide la acción del Espíritu Santo. Por parte de aquellos que son elegidos por Dios para ser su pueblo y sus representantes, es un grave error insistir en las experiencias difíciles, como si el Camino, la Verdad y la Vida fueran un compañero

desagradable. Esto complace y glorifica al enemigo, y revela al mundo que no reconocen en Jesús una ayuda muy presente en tiempo de necesidad.

Es nuestro deber ser celosos por la gloria de Dios, y no traer ningún mal informe ni siquiera por la tristeza del semblante, o por palabras mal aconsejadas, como si los requerimientos de Dios fueran una restricción a nuestra libertad. Toda la persona tiene el privilegio de dar un testimonio decidido en cada línea -en rasgos, en temperamento, en palabras, en carácter- de que el servicio del Señor es bueno. Así podemos proclamar: "La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma". Nuestras palabras deben ser positivas del lado del Señor. "Bienaventurados los inmaculados de camino, los que andan en la ley del Señor. Bienaventurados los que guardan sus testimonios, y le buscan de todo corazón. Ellos tampoco hacen iniquidad; andan en Sus caminos.... Te alabaré con rectitud de corazón, cuando haya aprendido tus justos juicios". "Correré por el camino de Tus mandamientos, cuando ensanches mi corazón". "¡Oh, cuánto amo tu ley! Es mi meditación todo el día. Con tus mandamientos me has hecho más sabio que mis enemigos, pues siempre están conmigo."

Cuando los agricultores quieren recomendar sus productos, no exhiben los ejemplares más pobres. Las mujeres traen sus mejores trozos de mantequilla dorada. Los hombres traen las mejores frutas y verduras de todo tipo, y su aspecto honra a los hábiles trabajadores. No se traen especímenes enanos, sino lo más selecto que la tierra puede producir. ¿Y por qué no habrían de revelar los cristianos el fruto más atractivo en acciones altruistas? ¿Por qué el fruto del pueblo de Dios que guarda los mandamientos no ha de manifestarse en las buenas obras? Sus palabras, su conducta, su vestimenta, deben ser como frutos de la mejor calidad. "Por sus frutos los conoceréis". Cristo dijo: "¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así todo buen árbol da buenos frutos; pero el árbol corrompido da malos frutos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol corrompido dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego. Así que por sus frutos los conoceréis".

Dios ama a su pueblo que guarda los mandamientos. A través de su obediencia dan honor a Su santo nombre, testificando de su amor por Él. Pero, ¿están haciendo esto? Los hombres del mundo que oyen las verdades sagradas de la Palabra de Dios, se sorprenden de que las personas que profesan creer estas verdades elevadas y santas no tengan un celo más intenso y sincero para trabajar por la salvación de sus semejantes. Nuestra fe y la intensidad de nuestro celo deben ser proporcionales a la gran luz que brilla en nuestro camino. La fe, la fe

humilde y confiada en Dios, se revelará en el hogar, en el vecindario, en la iglesia. La obra del Espíritu Santo no será, no puede ser obstaculizada. Dios se complace en manifestarse a su pueblo como un Padre, como un Dios en quien pueden confiar implícitamente. Que los miembros de la iglesia tengan los preciosos rasgos del carácter de Cristo, y se dirá mucho más en alabanza y acción de gracias a Dios por el tesoro de su gracia. Y cuanto más revelemos a otros el poder de un Salvador que mora en nosotros, tanto más de su poder nos será revelado a nosotros. Observen cuán plena y completa es la provisión hecha para todos los que la aceptan:

"Elegidos según la presciencia de Dios Padre, por la santificación del Espíritu, para obediencia y rociamiento de la sangre de Jesucristo: Gracia a vosotros y paz sean multiplicadas. Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su abundante misericordia nos ha vuelto a engendrar para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para la salvación que está por manifestarse en el último tiempo. Por lo cual os alegráis en gran manera, aunque ahora por algún tiempo, si es necesario, estéis afligidos por múltiples tentaciones; para que la prueba de vuestra fe, siendo mucho más preciosa que el oro que perece, aunque se pruebe con fuego, sea hallada para alabanza, honra y gloria en la manifestación de Jesucristo."

En fe y riqueza de experiencia estamos muy por debajo de nuestro privilegio como cristianos. Dios quiere que de nuestros labios no salgan palabras despreciables y baratas. Él requiere que el fruto de los labios sea santificado. "Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento", dice el apóstol, "sed sobrios, y esperad hasta el fin la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no conformándoos a los deseos que antes teníais en vuestra ignorancia, sino más bien, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo". "Y si invocáis al Padre, que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, pasad el tiempo de vuestra estancia aquí con temor, sabiendo que no fuisteis rescatados con cosas corruptibles, como oro y plata, de vuestra vana manera de vivir recibida por tradición de vuestros padres, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación."

El lado brillante y alegre de nuestra religión estará representado por todos los que se consagran diariamente a Dios. Expresarán su gratitud a Dios llevándole

sus ofrendas de agradecimiento. No queremos deshonrar a Dios con la triste relación de pruebas que parecen penosas. Las pruebas son obra de Cristo para perfeccionar en nosotros las gracias cristianas, y estas pruebas no han de hundir la fe del creyente, sino elevarla a la altura de la ocasión, para que a todos parezca más preciosa que el oro que perece, aunque se pruebe en el fuego. Toda prueba tiene por objeto exaltar la verdad a una mayor apreciación, para que sólo la alabanza a Dios esté en los labios del verdadero discípulo. Y el crecimiento en la gracia es para honra y gloria de Dios en la aparición de Jesucristo, "a quien amáis sin haberle visto; en quien creyendo, aunque ahora no le veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso, recibiendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas".

Todas las pruebas recibidas como educadoras producirán alegría. Toda la vida religiosa será edificante, elevadora, ennoblecedora, fragante de buenas palabras y obras. El enemigo se complace en que las almas se quejen y tropiecen. Se complace en verlas deprimidas, abatidas y lamentándose; pero Dios quiere que la mente no se rebaje. El salmista dice: "Dad a Jehová, oh poderosos, dad a Jehová gloria y fortaleza. Dad al Señor la gloria debida a su nombre; adorad al Señor en la hermosura de la santidad". "Te ensalzaré, Señor, porque me has levantado, y no has hecho que mis enemigos se alegren de mí. Oh Señor, Dios mío, a Ti clamé, y Tú me sanaste.... Cantad al Señor, santos suyos, y dad gracias al recuerdo de su santidad".

"Bendeciré al Señor en todo tiempo; Su alabanza estará continuamente en mi boca. Mi alma se gloriará en el Señor; lo oirán los humildes y se alegrarán. Engrandeced al Señor conmigo, y exaltemos juntos su nombre. Busqué al Señor, y El me oyó, y me libró de todos mis temores. Miraron a Él, y fueron alumbrados; y sus rostros no se avergonzaron. Este pobre hombre clamó, y el Señor le oyó, y le salvó de todas sus angustias. El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los libra. Gustad y ved que el Señor es bueno; dichoso el hombre que confía en Él".

Sra. E. G. White

6 de octubre de 1898

Una lección para nuestro tiempo

EGW

Cristo sabía que los discípulos no podían asimilar la representación que les había dado en respuesta a su pregunta: "¿Cuándo serán estas cosas? y ¿cuál será la señal de tu venida, y del fin del mundo?". Cristo conocía el terrible futuro del otrora pueblo elegido de Dios, pero sabía también que sus discípulos no podían comprender plenamente su descripción de las temibles escenas que se representarían en la destrucción de Jerusalén. En su respuesta, los dos acontecimientos -la destrucción de Jerusalén y el fin del mundo- se funden en uno solo. Fue por misericordia hacia sus discípulos que Cristo mezcló así estos dos acontecimientos, dejándoles que estudiaran el significado por sí mismos.

Cristo había hecho todo lo posible para mantener a sus discípulos informados con respecto a la verdad. Les había dado todas las oportunidades para conocer la verdad. Los había invitado a depositar su confianza en Él como su Mesías, y en Su misión y obra. Pero aún no tenían una comprensión adecuada de la naturaleza de Su Reino. Se estremecieron de angustia al escuchar sus lamentaciones sobre Jerusalén; pero no comprendieron el verdadero significado de sus palabras. Si Cristo les hubiera abierto los acontecimientos futuros tal como Él los veía, habrían sido incapaces de soportarlo. Hasta el fin esperaban un reino temporal, que había de establecerse en Jerusalén.

La declaración de Cristo sobre las escenas que se representarían en la destrucción de Jerusalén, la asociaron con Su venida personal, cuando Él mismo castigaría a los judíos, pero también los liberaría de la esclavitud romana. Él les había dicho definitivamente que vendría por segunda vez, y probablemente Sus juicios caerían entonces sobre aquellos que rechazaron Su amor. Pensaban que entonces derribaría todas las piedras del edificio, pues creían que ningún poder terrenal podría hacerlo.

Pero la retribución debía caer antes sobre la nación apóstata, que debía mostrar aún más su malignidad hacia Cristo por el trato que daba a sus seguidores.

De la destrucción de Jerusalén, Cristo pasó a un acontecimiento mucho mayor, el último eslabón de la cadena de la historia de su tierra: la venida del Hijo de Dios en majestad y gloria. "Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas

caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas; y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre viniendo en las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro."

Cristo dio instrucciones especiales con respecto a este acontecimiento. "Aprended ahora la parábola de la higuera", dijo: "Cuando su rama aún está tierna y echa hojas, sabéis que el verano está cerca; así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas. En verdad os digo que esta generación [la generación que ve las señales] no pasará hasta que se cumplan todas estas cosas. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre". Cristo declaró claramente a sus discípulos que él mismo no podía dar a conocer el día y la hora de su segunda aparición. Si hubiera tenido la libertad de dar a conocer ese momento, ¿qué necesidad habría tenido de exhortarlos a mantener una actitud de constante expectación, viviendo y trabajando y esperando como si cada día fuera, no el suyo, sino el del Señor, cultivando la fidelidad, la fe y el amor, y purificando el alma por medio de la verdad?

Cristo dice a Sus discípulos que el tiempo de Su aparición está envuelto en secreto. Habrá quienes afirmen conocer el momento de ese gran acontecimiento. Muy serios son en trazar el futuro, que el Señor ha puesto en una nube espesa, que el día, el mes, e incluso el año puede no ser conocido. A pesar de los continuos fracasos de estos fijadores de tiempo, todavía continúan su trabajo. Pero su razonamiento es falso, y el Señor les ha advertido del terreno que ocupan; porque la venida del Hijo del hombre es un misterio de Dios. "Las cosas secretas pertenecen al Señor nuestro Dios; pero las reveladas nos pertenecen a nosotros y a nuestros hijos para siempre".

"Pero como fueron los días de Noé, así será también la venida del Hijo del hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no lo supieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre." Dios no presenta aquí un milenio temporal, mil años en los que todos deban prepararse para la eternidad. Nos dice que así como fue en los días de Noé, así será cuando el Hijo del Hombre venga de nuevo.

Vio Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal". Si el hombre hubiera cooperado con Dios, no habría habido adoradores de Caín. Se habría seguido el ejemplo de obediencia de Abel. Los hombres podrían haber cumplido la voluntad expresa de Dios. Podrían haber obedecido su ley, y en la obediencia habrían encontrado su seguridad y salvación. Dios y el universo celestial les habrían ayudado a conservar la semejanza divina. Habrían conservado la longevidad; y Dios se habría deleitado en la obra de sus manos. Pero los habitantes del mundo antediluviano se apartaron de Jehová, negándose a cumplir su santa voluntad. Siguieron su imaginación impía y sus ideas pervertidas. "Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra. Y dijo Dios a Noé: La tierra es campo de violencia.... Hazte un arca de madera de topo; harás habitaciones en el arca, y la becharás por dentro y por fuera con brea.... Y he aquí que yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya aliento de vida, de debajo del cielo; y morirá todo lo que está en la tierra."

Recuerda la advertencia: "Como los días de Noé, así será también la venida del Hijo del hombre". Fue a causa de la maldad de los habitantes del viejo mundo que fueron destruidos; y hoy el mundo sigue el mismo camino. No presenta signos halagüeños de gloria milenaria. Los legisladores humanos abren sus libros de leyes, y pronuncian sentencia contra los que no guardan sus leyes. Pero los que elaboran y hacen cumplir estas leyes son ellos mismos transgresores de la ley de Dios, y su transgresión está llenando la tierra de maldad y contaminación moral. Sus apuestas, sus carreras de caballos, sus juegos de azar, su disipación, sus prácticas lujuriosas, sus pasiones indomables, están llenando rápidamente el mundo de violencia. Las quiebras bancarias arruinan a miles de familias. Las viudas y los huérfanos mueren de hambre. Y, sin embargo, las autoridades hacen y aplican leyes para mantener el primer día de la semana, que Dios nos ha dado como día de trabajo común.

Estos legisladores se dirigen a los que están bajo su supervisión, diciendo: En verdad, el primer día de la semana lo guardaréis, porque es el sábado del mundo. Las iglesias guardan este día como sagrado, y los que están bajo nuestra supervisión también deben guardarlo, porque así está establecido en nuestros estatutos. Hemos elegido el domingo como día de reposo y, por lo tanto, todos deben guardarlo.

¿Qué es este día tan universalmente exaltado? Es un sábado espurio, un día de trabajo común. Se acepta en lugar del séptimo día, que el Señor ha santificado y bendecido, y la consecuencia segura de este proceder puede verse en el castigo que cayó sobre Nadab y Abiú, los hijos de Aarón. Como sacerdotes de Dios, se les había ordenado ofrecer siempre el fuego del propio fuego de Dios, que se mantenía ardiendo delante de Dios día y noche. Esta ley debía observarse siempre. Pero Nadab y Abiú habían bebido vino con demasiada libertad. Sus mentes no eran agudas, sino confusas; y eran incapaces de distinguir entre lo sagrado y lo común. "Entonces Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron fuego en él, y pusieron incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él no les había mandado. Y salió fuego de Jehová, y los consumió, y murieron delante de Jehová."

El Señor ha dado instrucciones con respecto a Su Sábado: "El Señor habló a Moisés, diciendo: Habla tú también a los hijos de Israel, diciendo: De cierto guardaréis mis sábados, porque es señal entre Yo y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que Yo soy el Señor que os santifico. Guardaréis, pues, el sábado, porque santo es para vosotros. Todo el que lo profane morirá; porque cualquiera que haga algún trabajo en él, esa persona será cortada de entre su pueblo. Seis días se puede trabajar; pero el séptimo es el día de reposo, santo a Jehová; cualquiera que hiciere obra alguna en el día de reposo, morirá. Por tanto, los hijos de Israel guardarán el sábado, para observar el sábado por sus generaciones, en pacto perpetuo. Es una señal entre Yo y los hijos de Israel para siempre; porque en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, y en el séptimo descansó y se refrescó."

Los estatutos del Señor deben ser reverenciados y obedecidos. Pero a los que se esfuerzan por hacer de Su ley letra muerta, ciertamente los castigará. Dios es la autoridad suprema en todos Sus requerimientos, y cuando Su ley es dejada de lado como un asunto sin consecuencias, el transgresor ciertamente debe cargar con las consecuencias de su propio pecado, aunque Dios carga largamente con él.

"Por tanto, estad también vosotros preparados, porque a la hora que no pensáis vendrá el Hijo del hombre. ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor al frente de su casa para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que le hará señor de todos sus bienes. Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a herir a sus consiervos, y a comer y beber con los borrachos, el señor de aquel siervo vendrá

en día que no lo espera, y a la hora que no sabe, y lo despedazará, y le pondrá su parte con los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes."

Sra. E. G. White

13 de octubre de 1898

La verdad y su poder en el corazón

EGW

"El reino de los cielos es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudado". Con esta parábola, Cristo quiere ilustrar la obra del Espíritu Santo sobre el corazón humano. El proceso es invisible por el cual la levadura cambia la harina en la que ha sido introducida; pero continúa trabajando hasta que la harina se convierte en pan. Así la levadura de la verdad, obrando interiormente, produce un cambio completo en el corazón humano. Las inclinaciones naturales se suavizan y se someten. Se implantan nuevos pensamientos, nuevos sentimientos, nuevos motivos. Pero aunque cada facultad es regenerada, el hombre no pierde su identidad. No se suministran nuevas facultades, sino que se hace un cambio completo en el empleo de esas facultades. El corazón es limpiado de toda impureza, y el hombre es dotado de rasgos de carácter que lo capacitarán para servir a Dios.

La levadura de la verdad, oculta en el corazón, no producirá el espíritu de rivalidad, el amor a la ambición, el deseo de ser el primero. Miles y miles de aquellos a quienes Dios ha confiado talentos se convierten en esclavos de sus posesiones terrenales. Abusan de las capacidades que les han sido confiadas, y maquinan y planean obtener aquellas cosas que no tienen valor para Dios. Compran y venden, y obtienen ganancias, pero descuidan asegurar las cosas preciosas que se ponen a su alcance: el pan de vida, el ornamento de un espíritu manso y tranquilo, que a los ojos de Dios es de gran precio. El dinero sólo tiene valor en la medida en que se usa como medio confiado por el Señor, sólo en la medida en que lo tenemos en confianza como un precioso don del cielo con el que bendecir a la humanidad. Si se usa para complacerse y glorificarse a sí mismo, se convierte en una maldición, un estorbo y una tentación constante.

En su carta a Timoteo, Pablo habla de una clase de personas que deshonran a Dios. En lugar de buscar la pureza de corazón, el amor y la unidad, revelan que no saben lo que significa tener la levadura de la verdad en el corazón para

moldear los afectos y santificar el alma. Son orgullosos, "no sabiendo nada, sino ocupándose en cuestiones y disputas de palabras, de las cuales nacen envidias, contiendas, discusiones, malas conjeturas, perversas disputas de hombres de mente corrompida y destituidos de la verdad, que piensan que la ganancia es piedad. De los tales", advierte el apóstol a Timoteo, "apártate. Pero la piedad con contentamiento es gran ganancia. Porque nada hemos traído a este mundo, y es cierto que nada podremos sacar. Y teniendo alimento y vestido, estemos contentos con ello. Pero los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición. Porque raíz de todos los males es el amor al dinero; el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores."

Para el seguidor de Cristo, el amor al dinero no será absorbente. Por amor a Cristo trabajará por él, se negará a sí mismo, cortará todo gasto innecesario, para que los medios que lleguen a su posesión puedan ser utilizados en la gran obra de salvar a las almas que están sin Cristo y sin esperanza en el mundo. Así cooperará con el Redentor del mundo, que por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, nos enriqueciéramos. El Comandante de la hueste angélica se despojó de sus vestiduras reales y de su corona de honor. Abandonó las cortes reales del cielo, y revistió Su divinidad con humanidad, para que la humanidad pudiera tocar a la humanidad, y para que la divinidad pudiera echar mano del poder de Dios en favor de la raza caída. La vida de Cristo no se caracterizó por el amor a la comodidad, el placer y la exaltación propia. Fue varón de dolores y experimentado en quebranto. Fue herido por nuestras rebeliones y molido por nuestros pecados. El castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por sus llagas fuimos nosotros curados. Todos los que se entreguen sin reservas a Dios participarán de la abnegación de Cristo y tendrán comunión con Él en sus sufrimientos.

La harina en la que se esconde la levadura representa el corazón que recibe y cree en Jesús. Cristo obra los principios que sólo Él puede obrar. El mundo considera un misterio al hombre que está imbuido de estos principios. El hombre egoísta y amante del dinero vive sólo para comer y beber y disfrutar de sus bienes mundanos. Pierde de vista el mundo eterno. Pero el hombre que recibe y cree la verdad tendrá esa fe que obra por amor y purifica el alma. El mundo no puede conocerlo, porque está teniendo en cuenta las realidades eternas. Una fuerza motriz obra en su interior para transformar su carácter. El amor de Jesús con su poder redentor ha entrado en el corazón para conquistar todo el ser, cuerpo, alma y espíritu. Cuando las influencias contrarias trabajan

para oponerse a la gracia de Cristo que trae la salvación, este amor domina cualquier otro motivo, y eleva al ser humano por encima de las influencias corruptoras del mundo.

Porque se aferra a Jesús en fe y oración, porque mira a Aquel que murió para que el hombre pudiera tener todo el poder que Dios tiene para otorgar, el alma creyente entra en comunión con Cristo. Su vida está escondida con Cristo en Dios. Está ampliamente separado de los motivos que mueven y controlan el mundo, y por lo tanto el mundo no lo conoce.

El apóstol Pablo declara: "A vosotros os dio vida, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados; en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia; entre los cuales también todos nosotros anduvimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, satisfaciendo los deseos de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo... y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios."

Aquí se pone de manifiesto el cambio que debe producirse en el corazón. Y "la fe viene por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios". Las Escrituras han de ser la gran agencia en esta transformación. Cristo oró: "Santifícalos en tu verdad; tu Palabra es verdad". El verdadero cristiano se mostrará creyente en la santificación, y sus obras testificarán de él que es nacido de Dios.

El apóstol nos exhorta: "Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto y misericordia, cumplid mi gozo, que seáis semejantes, teniendo el mismo amor, unánimes, de un mismo sentir. Nada hagáis por contienda o vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los demás. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". "Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad de espíritu, de mansedumbre, de longanimidad; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si

alguno tuviere queja contra otro; como Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de caridad, que es el vínculo de la perfección. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la cual también sois llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. Que la Palabra de Cristo habite en vosotros abundantemente en toda sabiduría; enseñándoos y amonestándoos unos a otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor."

Sra. E. G. White

20 de octubre de 1898

Vida, amor y unión

EGW

La religión de Cristo sólo puede bendecir allí donde obra e influye, como la levadura en la harina. Cuando la levadura de la verdad se oculta en el corazón, se convierte en un poder vital que obra, para poner en conformidad consigo todas las capacidades del ser. La mente, los afectos, los motivos, todos los poderes se convierten por medio de la verdad. Todos son obrados por el mismo espíritu. Dios no es el autor de la confusión, sino de la paz.

El apóstol Pablo dice: "Digo, por la gracia que me ha sido dada, a todo hombre que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense sobriamente, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. Porque así como en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así también nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. Así que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, profeticemos conforme a la medida de la fe; o el de ministerio, esperemos en nuestro ministerio; o el que enseña, en la enseñanza; o el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, hágalo con sencillez; el que preside, con diligencia; el que hace misericordia, con alegría. Que el amor sea sin disimulo. Aborreced lo que es malo; aferraos a lo que es bueno. Sed afectuosos los unos con los otros con amor fraterno; en el honor prefiriéndoos los unos a los otros."

El pueblo de Dios debe esforzarse por ser uno, como Cristo es uno con el Padre. La figura de los miembros que componen el cuerpo representa a la Iglesia de Dios y la relación que sus miembros deben mantener entre sí. Por medio de su

siervo Pablo, el Señor ha puesto estas verdades ante nosotros para nuestra consideración, a fin de que los que tienen el privilegio de estar reunidos en calidad de iglesia puedan estar unidos comprensiva e inteligentemente.

De nuevo el apóstol dice: "Nosotros, pues, que somos fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos..... Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo, sino que, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí. Porque todas las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y el consuelo de las Escrituras, tengamos esperanza." "Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer." "El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Y los que son de Cristo han crucificado la carne con sus afectos y concupiscencias. Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Espíritu". "Por último, hermanos, adiós. Sed perfectos, tened buen ánimo, sed unánimes, vivid en paz; y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros."

El apóstol Santiago, al escribir sobre esto, dice: "¿Quién es entre vosotros sabio y dotado de ciencia? Que muestre de buena conducta sus obras con mansedumbre de sabiduría. Pero si tenéis amargas envidias y contiendas en vuestros corazones, no os gloriéis, ni mintáis contra la verdad. Esta sabiduría no descende de lo alto, sino que es terrenal, sensual, diabólica. Porque donde hay envidia y contienda, allí hay confusión y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad y sin hipocresía. Y el fruto de la justicia se siembra en la paz de los que hacen la paz."

Y Cristo declara: "Como el Padre me ha amado, así os he amado yo a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor.... Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois Mis amigos, si hacéis todo lo que Yo os mando". "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros".

¡Qué amplio, qué pleno es este amor! Los discípulos debían amarse unos a otros como Cristo los había amado. Este debía ser su testimonio al mundo de que

Cristo estaba formado en su interior, la esperanza de gloria. En aquel tiempo los discípulos no comprendieron la parte nueva de aquel mandamiento; pero después de los sufrimientos de Cristo, después de su crucifixión y resurrección y ascensión al cielo, empezaron a tener alguna idea de lo que comprendía el amor de Dios, y del amor que debían ejercitarse los unos hacia los otros. Después de que el Espíritu Santo reposara sobre ellos el día de Pentecostés, ese amor fue revelado. Juan pudo decir a sus condiscípulos: "En esto hemos conocido el amor de Dios, en que él dio su vida por nosotros; y nosotros debemos dar nuestras vidas por los hermanos. Mas el que tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano tener necesidad, y cierra a él sus entrañas de compasión, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad." "Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene. Dios es amor; y el que habita en amor, habita en Dios, y Dios en él." "Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios; y todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no conoce a Dios; porque Dios es amor". En esto se manifestó el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos los unos a los otros.... Si nos amamos unos a otros, Dios habita en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros".

Aquí el discípulo amado retrata fielmente nuestras obligaciones religiosas mutuas. La prueba de la genuina experiencia religiosa y de la santificación por medio de la verdad está claramente definida. La enseñanza de la Palabra es clara y explícita en cuanto al amor que debemos tenernos unos a otros. Nuestro proceder ha de ajustarse a la norma divina. Y el amor de Cristo en el corazón será como la levadura; su poder vivificador pondrá todo lo que hay de mente, alma y fuerza en completa armonía con la vida divina.

Sra. E. G. White

27 de octubre de 1898

El poder de la verdad en la vida cotidiana

EGW

Las verdades contenidas en la Palabra de Dios no deben ser recibidas meramente como una teoría. Mediante la recepción de Cristo como nuestro

Salvador personal, las preciosas verdades que contiene esa Palabra se convertirán en hilos de oro que nos unirán a Cristo y entre nosotros. Como el poder penetrante de la levadura produce un cambio total en la comida, así el poder de la Palabra de Dios, por medio de Su gracia, obrará una transformación en el alma.

Pero surge la pregunta: ¿Por qué hay tantos, que dicen creer en la Palabra de Dios, en quienes no vemos una reforma en las palabras, en el espíritu y en el carácter? ¿Por qué hay tantos que no pueden soportar la oposición a sus propósitos y planes, que manifiestan un temperamento impío, y cuyas palabras son ásperas, dominantes y apasionadas? La respuesta es: No están convertidos. Necesitan nacer de nuevo. La Palabra de Dios no ha tenido la oportunidad de hacer su obra en el corazón. No se ha permitido que el sol de la justicia de Cristo brille en el templo del alma. Sus tendencias naturales y cultivadas al mal no han sido trabajadas por el poder transformador de la verdad, y como resultado, se retienen las opiniones preconcebidas. Todo esto revela la ausencia de la gracia de Cristo, y una incredulidad en Su poder para transformar el carácter.

Las verdades de la Palabra de Dios se reúnen en una gran necesidad práctica: la conversión del alma mediante la fe. Cuando el creyente está unido a Cristo, esa fe se manifiesta en la santidad de carácter, en la obediencia consecuente a toda palabra que sale de la boca de Dios. Los grandes principios de la Palabra de Dios no deben considerarse demasiado puros y santos para ser llevados a la vida diaria. Las verdades de la Palabra de Dios son verdades que alcanzan el cielo y abarcan la eternidad; y, sin embargo, su influencia vital debe entretenerse en la vida humana. La influencia de la Palabra de Dios ha de tener un efecto santificador en nuestra manera de hablar, en nuestras acciones, en nuestras relaciones con todos los miembros de la familia humana. Debe poner bajo su control el temperamento y la voz. El apóstol nos exhorta: "Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo".

Es un error suponer que se pueden pasar por alto las cosas pequeñas con indiferencia. En el hogar y en la iglesia hay asuntos que se consideran "pequeñeces". Pero son estas "pequeñas cosas" las que tienen los grandes resultados. Son las "pequeñeces" las que disciplinan el alma y preparan a los hombres para actuar con humildad bajo grandes responsabilidades. La levadura de la verdad es un principio vivo. Este principio debe practicarse en las cosas pequeñas, y ejercer una influencia sobre la vida diaria. Lo grande y lo pequeño están siempre unidos. Es debido a que las "cosas pequeñas" no siempre se ven

y se vinculan con las de mayor interés que tantos cristianos profesos fracasan. Muchos cuyos caracteres están siendo pesados ahora en la balanza del santuario son declarados deficientes, porque no llevan la verdad a la vida práctica.

Como miembros de la familia real, tenemos un pacto solemne con Dios para promover la piedad en el hogar y en la iglesia. Pero muchos actúan como si las verdades de la Palabra de Dios no existieran. El mismo amor a sí mismos, la misma indulgencia egoísta, el mismo temperamento y el mismo hablar precipitado se ven en sus vidas como en la vida del mundano. El mismo orgullo sensible, el mismo ceder a la inclinación natural, las mismas perversidades del carácter, se ven como si la verdad les fuera totalmente desconocida. Cierran las ventanas del alma y excluyen la justicia de Cristo, y luego se quejan de que no tienen gozo, seguridad ni felicidad al creer la verdad. Pero el pecado está a su propia puerta, porque no han escondido la levadura de la verdad en el corazón. Cuando las aguas de la vida fluyen en corrientes puras y dulces a la tierra reseca del corazón, habrá un desarrollo de fruto para la gloria de Dios. Entonces la verdad no será desacreditada por la disposición perversa, las tendencias defectuosas hereditarias y cultivadas que ahora se revelan en palabra y acción.

La levadura de la verdad debe tener vida en sí misma, o no obrará fuera del corazón los errores mortales que hay en él. La Palabra de Dios ordena a los creyentes: "Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna y si algo digno de alabanza, en esto pensad. Lo que habéis aprendido, recibido y oído, ... hacedlo; y el Dios de la paz estará con vosotros".

¿No debería la consideración de estos asuntos despertar en cada cristiano la solemne resolución de ser más fiel? Las palabras de la inspiración deberían tener peso para nosotros: "Ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad hasta el fin la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado". Esta Escritura nos ha sido dada para que la prestemos atención y la pongamos en práctica. Como hombres y mujeres que profesan piedad, necesitamos preguntarnos, ¿Estamos obedeciendo la Palabra de Dios? ¿Está la levadura de la verdad escondida en el corazón, obrando en el carácter y conformando todo el ser a la voluntad y los caminos de Dios? Necesitamos el poder convertidor de Dios. La levadura del mal que obra en la desobediencia y la negación de la verdad debe ser erradicada, y la levadura de la Palabra de Dios implantada en el corazón, para obrar con sus propiedades vitales a fin de restaurar la imagen perdida de Dios en el hombre. Y, habiendo tenido lugar la transformación mediante la levadura de la verdad, se nos encomienda una obra.

Cristo nos encarga: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo."

Sra. E. G. White

3 de noviembre de 1898

"Los judíos exigen una señal"

EGW

"Los judíos piden señal, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos escándalo, y para los griegos locura; pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios."

Los judíos y los griegos representan las dos grandes clases que reciben o rechazan el Evangelio. Los que tratan con indiferencia la luz que el Señor les ha dado para la salvación de sus almas, los que se resisten a las convicciones de la verdad porque es impopular e implica abnegación, se justificarán a sí mismos, como lo hicieron los discípulos cuando Cristo declaró ser el Pan de vida. "Como me envió el Padre viviente", dijo, "y yo vivo por el Padre, así también el que me come, vivirá por mí". Este es el pan que bajó del cielo".

Cristo declaró claramente que no era porque estos discípulos estuvieran convencidos de Su divinidad, no porque vieran en Él al gran Maestro enviado de Dios, por lo que le buscaban. Sabía que no buscaban pruebas como medio de establecer su fe en Él como Enviado de Dios. Dijo: "De cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto los milagros, sino porque comisteis de los panes y os saciasteis". Si Cristo podía proporcionarles pan para satisfacer sus necesidades temporales, pensaron que les sería provechoso unirse a Él. Pero Cristo dijo: "No trabajéis por la comida que perece, sino por la comida que permanece para la vida eterna, la cual os dará el Hijo del hombre; porque a éste ha sellado Dios Padre. Entonces le dijeron: ¿Qué haremos para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios: que creáis en el que él ha enviado". Al aceptar a Cristo como su Salvador personal, lo tendrían todo. En este don de Dios, todo el cielo, con su tesoro inagotable, estaba a sus órdenes.

Pero surgió la pregunta incrédula: "¿Qué señal muestras, pues, para que veamos y te creamos? ¿No acababan de tener los judíos una nueva prueba en la alimentación de los cinco mil? ¿Qué obra, qué señal podía presentar Cristo ante ellos para aumentar su fe? Si se amontonaran pruebas sobre pruebas, no harían, no podrían hacer más por ellos que las pruebas que ya se habían dado. No era evidencia lo que querían; era una excusa para evitar la cruz que implicaba la aceptación del Evangelio.

La cruz se erige donde se bifurcan dos caminos. Uno de ellos es el camino de la obediencia, que conduce al cielo. El otro es el camino ancho, por donde el hombre puede ir fácilmente con su carga de pecado y corrupción; pero conduce a la perdición. En su Sermón de la Montaña, Cristo exhortó a sus oyentes: "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan." En otra ocasión vino uno a Cristo y le dijo: "Señor, ¿son pocos los que se salvan?". Y Él respondió: "Esforzaos a entrar por la puerta estrecha; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán."

"Si alguno quiere venir en pos de mí", dijo Cristo, "niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". ¿Tomará el hombre convicto el camino de la obediencia a los mandamientos de Dios? ¿Buscará, con todo el corazón, con propósito indiviso, esa vida que es eterna? Si es así, obtendrá las riquezas que son imperecederas, una vida que se mide con la vida de Dios. Todo el universo celestial está a la expectativa para ver qué camino tomará. ¿Es el camino estrecho? ¿Es la puerta angosta por la que quiere entrar? Entonces ha tomado el camino de la cruz, el camino que conduce al cielo. Esta decisión atravesará directamente su inclinación humana, sus consideraciones egoístas y mundanas, su inclinación natural de carácter; pero lo colocará entre la compañía que Daniel vio en visión, aquellos que son purificados, emblanquecidos y probados.

Esta es la experiencia que todos deberían adquirir. Nuestra obra es aceptar la verdad, "creer en el que Dios ha enviado". En esta época se predicán fábulas y errores como verdad, y las tendencias del corazón natural están mal dirigidas. Pero los que creen la verdad, la Palabra del Dios viviente, estarán decididos a asegurarse esas mansiones que Cristo ha ido a preparar, y esa vida que corre paralela con la vida de Jehová. Si el hombre que está convencido de la verdad se aparta de la cruz que señala el camino angosto, y elige en su lugar el camino ancho, porque allí puede satisfacer sus tendencias naturales y cultivadas al mal, nunca alcanzará el cielo. Nunca será contado entre los purificados,

emblanquecidos y probados. Los que rechazan la verdad porque temen que les exija demasiado, que corte sus propensiones egoístas y les cierre el camino al progreso mundano, se consideran indignos de la vida eterna.

A través de Su siervo Isaías, el Señor declara: "Deteneos y asombraos; gritad y clamad; están ebrios, pero no de vino; tambalean, pero no de sidra. Porque el Señor ha derramado sobre vosotros espíritu de sueño profundo, y ha cerrado vuestros ojos; a los profetas y a vuestros gobernantes, a los videntes ha cubierto. Y la visión de todos se os ha vuelto como las palabras de un libro sellado, que los hombres entregan al entendido, diciendo: Te ruego que leas esto; y él dice: No puedo, porque está sellado; y el libro es entregado al que no es entendido, diciendo: Te ruego que leas esto; y él dice: No soy entendido. Por tanto, el Señor dice: Por cuanto este pueblo se acerca a mí con su boca, y sus labios me honran, pero han alejado de mí su corazón, y su temor hacia mí es enseñado por el precepto de los hombres; por tanto, he aquí que yo procederé a hacer una obra maravillosa entre este pueblo, una obra maravillosa y un prodigio; porque la sabiduría de sus sabios perecerá, y el entendimiento de sus prudentes se ocultará."

¡Cuán ciertamente se han cumplido estas palabras por la nación judía, y por cada nación que ha seguido el mismo curso, apartándose de la verdad y convirtiéndose en fábulas! El Señor Jesús era el fundamento de toda la economía judía. Sus imponentes ritos eran de designación divina. Fueron diseñados para hacer impresionante la adoración a Dios, y para enseñar al pueblo que en el tiempo señalado vendría Uno a quien estas ceremonias apuntaban. Pero los judíos exaltaron las formas y las ceremonias, y perdieron de vista su objeto. Las tradiciones, máximas y promulgaciones de los hombres les ocultaron las lecciones espirituales que Dios se proponía transmitir. Estas máximas y tradiciones se convirtieron en un obstáculo para su comprensión y práctica de la verdadera religión. Y cuando llegó la realidad, en la persona de Cristo, no reconocieron en Él el cumplimiento de todos sus tipos, la sustancia de todas sus sombras. Rechazaron el Antitipo y se aferraron a sus tipos y ceremonias inútiles. La suma estaba probada, el Hijo de Dios había venido, pero ellos seguían pidiendo la prueba. Al mensaje que se les trajo del cielo: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado", respondieron exigiendo un milagro. Su exigencia de una señal por parte de Cristo y de los apóstoles no tenía el propósito de obtener una comprensión más clara de la verdad del Evangelio. Toda la evidencia que Cristo les diera no los satisfaría. Y hasta el día de hoy, la nación judía exige una señal y espera la venida del Mesías,

una señal que se adapte a todas sus imaginaciones inventivas, para volver a tomar posesión de Tierra Santa.

El Evangelio de Cristo era una piedra de tropiezo para los judíos, porque exigían señales en lugar de un Salvador; pero el Señor no quería que su pueblo descansara en señales y formas externas. No quiere que esperen hasta que se eliminen todas las objeciones aparentes antes de creer. Dios nunca quitará todas las dificultades aparentes de nuestro camino. Aquellos que desean dudar pueden encontrar la oportunidad; aquellos que desean creer encontrarán mucha evidencia en la cual basar su fe.

El plan de salvación es tal que aquellos que son sabios en su propia estimación, que están hinchados por las enseñanzas de la vana filosofía, no pueden ver la belleza y el poder y el misterio del Evangelio. Pero a los que tienen un corazón humilde, la Palabra se les revela como el poder de Dios para su salvación. La operación del Espíritu de Dios es necedad para el hombre no renovado. El apóstol Pablo dice: "Si nuestro Evangelio está oculto, también lo está para los que se pierden; en los cuales el dios de este siglo cegó los ojos de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del glorioso Evangelio de Cristo, el cual es la imagen de Dios".

Sra. E. G. White

10 de noviembre de 1898

La conversión de Pablo

EGW

En la conversión de Pablo se dan importantes principios que deberíamos tener siempre presentes. Muchos han recibido la idea de que son responsables únicamente ante Cristo de su luz y experiencia, independientemente de sus seguidores reconocidos en el mundo. Pero la manera en que Cristo trató a Saulo en su conversión demuestra que esto es un error.

Saulo había razonado que los creyentes en Cristo eran ignorantes y pobres; que poseían poca cultura intelectual y carecían de las altas dotes morales que les permitirían tener éxito en empresas difíciles. Afirmaba que no estaban sostenidos por ninguna autoridad especial. Pero Dios, que mira dentro de la pequeña semilla que Él mismo ha formado, y ve envuelta en ella la hermosa flor, el arbusto, o el elevado y extenso árbol, vio la ignorancia de Saulo con

respecto a la misión y obra de Cristo. Vio que era un intolerante concienzudo; que estaba cegado en su incompreensión de Cristo y de sus seguidores; que necesitaba otro tipo de educación.

Saulo tuvo abundancia de energía y celo para obrar una fe errónea al perseguir a los santos de Dios, confinándolos en prisiones y dándoles muerte. Su mano no hizo la obra del asesinato; pero tuvo voz en las decisiones, y las sostuvo celosamente. Preparó el camino, y entregó a los creyentes del Evangelio a las manos que les quitaron la vida.

Al hacer este trabajo Saulo pensó honestamente que estaba persiguiendo a una secta ignorante y fanática. No se daba cuenta de que él mismo era el engañado, y que ignorantemente seguía la bandera del príncipe de las tinieblas. "Exhalando amenazas y matanzas" contra los discípulos del Señor, Saulo apeló, no a la clase inferior e ignorante, sino a los más altos religiosos del mundo, los hombres que habían participado en la muerte de Cristo, que poseían el espíritu y el sentimiento de Caifás y su confederación. Si, pensó Saulo, estos grandes hombres tenían ayudantes religiosos y decididos, sin duda acabarían con este pequeño puñado de hombres fanáticos. Así que Saulo fue al sumo sacerdote, "y le pidió cartas para Damasco, para las sinagogas, a fin de que si hallaba algunos de este camino, fuesen hombres o mujeres, los trajese atados a Jerusalén." En referencia a este celo el mismo Pablo dice que estaba "sumamente enojado contra ellos." "Perseguía por este camino hasta la muerte, atando y entregando en las cárceles a hombres y mujeres".

Pero la milagrosa revelación de Cristo trajo luz a las oscuras cámaras de la mente de Saulo. Jesús de Nazaret, contra quien se había alzado, se le reveló como el Redentor del mundo. Entonces Pablo vio su celo equivocado y clamó: "Señor, ¿qué quieres que haga?". Jesús no le dijo allí y entonces, como podría haber hecho, la obra que le había asignado. Pablo debía recibir instrucción en la fe cristiana, y moverse con entendimiento; y Cristo lo envió a aprender de los discípulos a quienes había estado persiguiendo tan amargamente. Los mismos hombres que se había propuesto destruir iban a ser sus instructores en la religión que había despreciado y perseguido.

La luz de la iluminación celestial le había quitado la vista a Pablo, y Jesús, el gran Sanador de ciegos, no se la devolvió inmediatamente. A la pregunta de Pablo le dijo: "Levántate y vete a la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer". Jesús no sólo podía haber curado a Pablo de su ceguera, sino que podía haberle perdonado sus pecados y haberle dicho lo que debía hacer. De Cristo debían

manar todo poder y toda misericordia, pero no dio a Pablo, en su conversión a la verdad, una experiencia independiente de la iglesia recientemente organizada sobre la tierra.

Saulo, a quien se había ordenado ir a Damasco, fue conducido allí por los hombres que le habían acompañado para ayudar a llevar a los discípulos a Jerusalén. En Damasco se quedó con Judas, dedicando el tiempo al ayuno y la oración. Aquí se puso a prueba su fe. Durante tres días estuvo en la oscuridad de la mente con respecto a lo que se requería de él; y durante tres días estuvo sin vista. En su incertidumbre clamó fervientemente a Dios. Su orgullo había desaparecido. Poco antes había estado seguro de sí mismo, pensando que estaba haciendo una buena obra, por la cual recibiría una recompensa; pero ahora todo había cambiado. Se humilló hasta el polvo en penitencia y vergüenza. Sus súplicas de perdón eran fervientes.

Entonces un ángel fue enviado a Ananías, indicándole que fuera a la casa donde Pablo estaba orando. El ángel informó al siervo de Dios que Saulo había visto en una visión a un hombre llamado Ananías que entraba y le ponía la mano encima para que recibiera la vista. "Vete", dijo el ángel, hablando en nombre de Cristo; "porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, de los reyes y de los hijos de Israel."

Ananías obedeció las indicaciones del ángel. Puso las manos sobre aquel hombre tan recientemente lleno de odio hacia los discípulos, diciendo: "Hermano Saulo, el Señor, Jesús, que se te apareció en el camino cuando venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al instante le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista, y se levantó y fue bautizado."

Jesús podría haber hecho todo esto por Pablo directamente, pero éste no era Su plan. Pablo tenía algo que hacer en forma de confesión a los hombres cuya destrucción había premeditado. Pablo debía dar los pasos necesarios para su conversión. Debía unirse al pueblo al que había perseguido por su religión; y Dios tenía una obra responsable para que sus siervos la hicieran en su lugar.

Cristo da aquí a todo su pueblo un ejemplo de la manera de obrar para la salvación de los hombres. El Hijo de Dios se identifica con su iglesia organizada. Sus bendiciones han de venir por medio de los organismos que ha ordenado, y desea que los hombres se conecten con este canal de bendición.

La luz y el poder y la gloria que habían detenido a Pablo en su conversión no cesaron sus operaciones sobre él después de que se convirtió para creer en Cristo como el primero y el último, el Alfa y la Omega. Se convirtió en un obrero misionero eficaz. Proclamó la verdad tal como es en Jesús. Era un orador claro y elocuente, y podía enfrentarse a sus adversarios en casi cualquier terreno en el que decidieran acercarse a él. Se reunía con toda clase de personas, desde los hombres de renombre hasta los idólatras paganos, presentándoles las evidencias del cristianismo. Su religión venía de Dios, y ningún poder en la tierra podía extinguir la luz del Cielo.

Escucha el testimonio del perseguidor, después de su conversión. Dirigiéndose a la iglesia de Galacia dijo: "Me maravillo de que os apartéis tan pronto de Aquel que os llamó a la gracia de Cristo para seguir otro evangelio, que no es otro; pero hay algunos que os perturban y quieren pervertir el Evangelio de Cristo. Pero si nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema.... Porque ¿persuado yo ahora a los hombres, o a Dios? o ¿busco agradar a los hombres? porque si agradase a los hombres, no sería siervo de Cristo. Pero os aseguro, hermanos, que el Evangelio que se me ha predicado no es según hombre. Porque ni lo recibí de hombre, ni me fue enseñado, sino por revelación de Jesucristo."

Sra. E. G. White

17 de noviembre de 1898

El cuidado de Dios por su pueblo

EGW

El Señor de los cielos no se desentiende de nosotros y de nuestras preocupaciones, sino que está en comunicación con los habitantes caídos de este mundo. Cristo no se ha despojado de su naturaleza humana; está en la presencia de Dios como nuestro sustituto y fiador, nuestro intercesor viviente. A Él le ha sido dado todo poder en favor de la humanidad, y todas las cosas han sido encomendadas en Sus manos, para que pueda completar la obra de la redención, que fue comenzada con tanta humillación y con tan inmenso sacrificio.

El Señor está en comunicación activa con cada parte de sus vastos dominios. Se le representa inclinado hacia la tierra y sus habitantes. Está escuchando cada palabra que se pronuncia. Él oye cada gemido; Él escucha cada oración; Él observa los movimientos de cada uno; Él aprueba o condena cada acción. La

mano de Cristo aparta el velo que oculta a nuestros ojos la gloria del cielo, y le contemplamos en su alto y santo lugar, no en un estado de silencio e indiferencia hacia sus súbditos en un mundo caído, sino rodeado de toda la hueste celestial, diez mil veces diez mil, y miles de miles, todos esperando para ir a sus órdenes en mandados de misericordia y amor.

Cristo tuvo tal experiencia en su humanidad que desea estar cerca de todos los que pasan por el sufrimiento por causa de la verdad, los que son torturados, encarcelados en mazmorras y atados con cadenas. Él atiende a todos ellos. Es amigo de todos los que le aman y le temen, y castigará a los que se atreven a apartarlos de sendas seguras, o a ponerlos en situaciones de angustia mientras se esfuerzan concienzudamente por guardar el camino del Señor.

Dios siempre ha cuidado de su pueblo. Cuando Moisés se apartó al ver la zarza ardiente, el Señor le llamó: "Moisés, Moisés". Y él dijo: Heme aquí. Y dijo: No te acerques aquí; quita tus zapatos de tus pies, porque el lugar donde estás es tierra santa. Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Y Moisés escondió su rostro, porque tenía miedo de mirar a Dios. Y dijo Jehová: Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus capataces; porque conozco sus dolores. Y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y para hacerlos subir de aquella tierra a una tierra buena y espaciosa, a una tierra que fluye leche y miel; al lugar del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo. Ahora, pues, he aquí que el clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta Mí; y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen. Ven, pues, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel."

Cristo enseñó a sus discípulos que la atención divina prestada a cualquier objeto es proporcional al rango que se le asignó en la creación de Dios. Les llamó la atención sobre las aves del cielo. Ni un gorrión, dijo, cae al suelo sin que nuestro Padre celestial se fije en él. Y si el pequeño gorrión es considerado por Él, seguramente las almas de aquellos por quienes Cristo ha muerto son preciosas a Su vista. El valor del hombre, la estimación que Dios hace de él, se revela en la cruz del Calvario. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". ¿Y no juzgará Dios a los que causan dolor o decepción a aquellos por quienes Cristo ha dado Su vida? Entonces, que los hombres tengan cuidado de cómo, por palabra o acción, causan dolor o aflicción a uno de los hijos de Dios.

Para ampliar nuestra comprensión de la benevolencia y el amor de nuestro Padre celestial, Cristo nos recuerda que Dios envía su lluvia sobre justos e injustos, y "hace salir su sol sobre malos y buenos". Cristo nos conduce al campo abierto de la naturaleza, y trata de enseñarnos la lección de que la Mano que sostiene el mundo, y pinta el lirio del campo, y las flores de variada belleza, es la mano del gran Maestro-Artista. Es Él quien da a cada una su belleza distintiva. Nos dice que ni siquiera Salomón en toda su gloria estaba vestido como una de estas flores sencillas y naturales, que Él ha dado como expresión de Su amor por el hombre.

Cada gota de lluvia, cada rayo de luz derramado sobre nuestro mundo ingrato, es una prueba de la larga paciencia y del amor de Dios. Si la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa en el horno; si las hermosas flores, que deleitan nuestros sentidos, revelan tan exquisita habilidad y cuidado por parte del gran Maestro-Artista, no podemos tener ideas exageradas de la consideración y el valor que Dios ha puesto en los seres humanos hechos a su semejanza. Y Él no pasará por alto una acción egoísta, descortés o poco amable de un ser humano hacia otro. Que uno lleve a otro a deshonar Su nombre y a transgredir Su ley, es un asunto que no será ignorado en el día de la recompensa final.

¿Quién puede medir o prever el don de Dios? Durante siglos el pecado había interrumpido el flujo de la benevolencia divina hacia el hombre; pero la misericordia y el amor de Dios hacia la raza caída no han cesado de acumularse, ni han perdido su dirección hacia la tierra. Los habitantes del mundo, pervertida su razón, han convertido la tierra en un lazareto. Pero Dios aún vive y reina, y en Cristo ha derramado sobre el mundo un torrente sanador. En el don del amado Hijo de Dios, se ha dado a la raza una visión definida de Su carácter que nunca está ausente de Su mente. Su corazón mismo está expuesto en la ley real. Esa norma infinita se presenta a todos, para que no haya error en cuanto a la clase de personas que Dios quiere que compongan su reino. Sólo los obedientes a todos sus mandamientos llegarán a ser miembros de la familia real, hijos del Rey celestial. Estos serán honrados con una ciudadanía superior, una vida que se mide con la vida de Dios, una vida sin tristeza, dolor o muerte a través de las edades eternas.

Sra. E. G. White

24 de noviembre de 1898

La Gran Salvación

EGW

El valor de un don es proporcional a su adaptabilidad a las necesidades de las almas que perecen. Cuando Cristo se dio a sí mismo, abrió una fuente espiritual de influencia divina, para que por la fe en Él, el hombre pudiera participar de la naturaleza divina. En Cristo está reunida toda la gloria del Padre. En Él está toda la plenitud de la Divinidad. Él es el resplandor de la gloria del Padre y la imagen expresa de su persona. La gloria de los atributos de Dios se expresa en Su carácter. Cada página de las Escrituras del Nuevo Testamento brilla con Su luz. Cada texto es un diamante, tocado e irradiado por los rayos divinos. El Evangelio es Cristo desplegado, y Cristo es el Evangelio encarnado. No debemos adorar al Evangelio, sino a Cristo, el Señor del Evangelio. El Evangelio es glorioso porque está hecho de la justicia de Cristo. Nuestro Salvador es una representación perfecta de Dios, por un lado, y una representación perfecta de la humanidad, por el otro. Así Él ha combinado la divinidad y la humanidad.

Para que pudiéramos tener vida eterna, el Hijo unigénito de Dios sufrió la más profunda humillación y agonía, y murió una muerte vergonzosa en la cruz. Esta preciosa salvación se presenta a aquellos por quienes se hizo este sacrificio, pero muchos se niegan a aceptarla. "¿Puede una doncella olvidar sus ornamentos, o una novia su atavío?". pregunta Dios. "Sin embargo, Mi pueblo se ha olvidado de Mí días sin número". Sin embargo, en Mí se encuentra la salvación, la perla preciosa.

¿No es maravillosamente extraño que la perversidad del corazón humano haga que las pobres almas ignoren lo que vale la pena buscar? Se creen poseedores de una sabiduría superior. Dan más valor al oro y a la plata que a la corona de gloria que no se marchita. Muchas mujeres se adornan con anillos y brazaletes, y piensan que serán muy estimadas por estos ornamentos; pero no buscan la perla preciosa. No tiene tanto valor a sus ojos como las joyas con que adorna su pobre cuerpo mortal. La única joya de valor inestimable no tiene valor en su mente.

Nuestra estimación del valor de la salvación está siendo puesta a prueba. Las preciosas joyas de la verdad nos están siendo presentadas. Pero muchos escuchan con cansancio la presentación de las verdades más preciosas e

importantes. Sus semblantes no brillan con animación. Están apáticos y desinteresados. ¿Quién creería que los tales se dieran cuenta de que por la práctica de su vida están decidiendo su destino eterno? Deberían estar muy despiertos, buscando fervientemente el reino de Dios y su justicia. Pero, ¿parecen personas a las que se les presenta una joya de valor incalculable?

En este tiempo nos llega la advertencia: Cuidado, no sea que buscando la perla preciosa, seáis engañados aceptando lo espurio por lo genuino. Para todos los que creen verdaderamente en Cristo, Él es precioso, pero muchos se niegan a aceptarlo; y así hay dos clases en nuestro mundo, los obedientes y los desobedientes. Cristo lleva a cada uno al punto, diciendo: "Si me amáis, guardad mis mandamientos.... El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él.... Si alguno me ama, guardará mis palabras, y mi Padre le amaré, y vendremos a él y haremos morada en él".

La prueba está claramente definida: "El que no me ama, no guarda mis dichos; y la palabra que oís no es mía, sino del Padre que me envió". "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que Mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea completo."

En el Sermón de la Montaña, nuestro Señor comparó la verdad con las perlas, y advirtió a sus discípulos que tuvieran cuidado con tirar verdades del más alto valor a quienes no las apreciaran. "No deis lo santo a los perros", dijo, "ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen y se vuelvan y os despedacen".

El poder de Satanás es totalmente destructivo; el poder de Dios es constructivo. El reino de Dios es un reino de progreso continuo. Si seguimos adelante para conocer al Señor, sabremos que "Su salida está preparada como la mañana". Es como el sol, que por la mañana derrama sus rayos suaves en el oriente, y sigue aumentando en fuerza hasta llegar al día perfecto. ¡Cuánta necesidad hay, pues, de que velemos atentamente en la oración, y seamos sinceros y celosos en nuestros esfuerzos por conseguir la gran salvación! Cuando ésta se presenta ante nosotros, debemos estar intensamente ansiosos por conseguirla, no sea que perdamos la oportunidad que se nos ofrece.

El mundo estima a un hombre por la cantidad de dinero que tiene, por el valor de su residencia y sus muebles, o por el número de acres de su propiedad. Cristo

estima a su pueblo de manera diferente. Él llama Sus joyas a aquellos que obedecen Sus mandamientos. "Entonces los que temían a Jehová hablaron muchas veces unos con otros; y Jehová escuchó y oyó, y se escribió delante de él un libro de memoria para los que temían a Jehová y pensaban en su nombre. Y serán Míos, dice el Señor de los ejércitos, en aquel día en que yo componga Mis joyas; y los perdonaré, como un hombre perdona a su propio hijo que le sirve."

"Por amor de Sión no callaré, y por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que salga su justicia como resplandor, y su salvación como lámpara que arde. Y los gentiles verán tu justicia, y todos los reyes tu gloria; y serás llamada con un nombre nuevo, que la boca del Señor nombrará. Y serás corona de gloria en la mano del Señor, y diadema real en la mano de tu Dios." "Y el Señor su Dios los salvará en aquel día como rebaño de su pueblo; porque serán como piedras de corona, alzadas como enseña sobre su tierra".

Los aquí representados han encontrado a Cristo, el don de Dios, por quien debe rendirse el mundo. Los que buscan paz y descanso no tendrán éxito a menos que lo encuentren a Él, Aquel de quien Juan dijo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." Pero el alma que encuentra a Jesús siente que todas sus necesidades están satisfechas. En Él se cumplen las palabras: "Un corazón nuevo os daré, y un espíritu nuevo pondré dentro de vosotros." Esta es la recompensa de la obediencia.

Cristo no cambia. Es el mismo ayer, hoy y siempre. Él es nuestra salvación, el tesoro que todos pueden buscar, y tener éxito en su búsqueda. Aquellos que encuentran esta joya no necesitan que se les diga lo valiosa que es; porque la aprecian y venderán todo lo que tienen para poseerla, diciendo: Todo lo considero pérdida con tal de ganar a Cristo.

Sra. E. G. White

1 de diciembre de 1898

La efusión del Espíritu

EGW

Durante la economía judía, la influencia del Espíritu de Dios se había visto de una manera marcada, pero no completa. Durante siglos se había orado para que

se cumpliera la promesa de Dios de impartir su Espíritu, y ninguna de estas fervientes súplicas había sido olvidada.

Cristo determinó que cuando ascendiera de esta tierra otorgaría un don a los que habían creído en Él y a los que debían creer en Él. ¿Qué regalo podría otorgar lo suficientemente rico como para señalar y honrar su ascensión al trono mediador? Debía ser digno de su grandeza y realeza. Decidió dar a su representante, la tercera persona de la Divinidad. Este don no podía ser superado. Daría todos los dones en uno, y por lo tanto el Espíritu divino, que convierte, ilumina y santifica, sería su donación.

Estando cerca de Su juicio, condena y crucifixión, Cristo dijo: "Os aseguro que os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando él venga, redarguirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio." "No os dejaré sin consuelo: vendré a vosotros". "Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros."

Este es un anuncio maravilloso. Cristo anhelaba estar en una posición en la que pudiera realizar la obra más importante con pocos y sencillos medios. El plan de redención es amplio; pero sus partes son pocas, y cada parte depende de la otra, mientras que todas trabajan juntas con la mayor sencillez y en completa armonía. Cristo está representado por el Espíritu Santo; y cuando este Espíritu es apreciado, cuando aquellos controlados por el Espíritu comunican a otros la energía con la que están imbuidos, se toca un acorde invisible que electriza el todo. ¡Ojalá pudiéramos todos comprender cuán ilimitados son los recursos divinos!

Pero había llegado el momento. El Espíritu había estado esperando la crucifixión, resurrección y ascensión de Cristo. Durante diez días los discípulos ofrecieron sus peticiones para la efusión del Espíritu, y Cristo en el cielo añadió su intercesión. Esta fue la ocasión de Su ascensión e inauguración, un jubileo en el cielo. Había ascendido a lo alto, llevando cautiva la cautividad, y ahora reclamaba el don del Espíritu, para derramarlo sobre sus discípulos.

El Espíritu fue dado como Cristo había prometido, y como un viento impetuoso cayó sobre los reunidos, llenando toda la casa. Llegó con plenitud y poder, como si durante siglos hubiera estado contenido, pero ahora se derramaba sobre la Iglesia, para ser comunicado al mundo.

Miles de personas se convirtieron en un solo día. En los días de Cristo, muchos oyeron el Evangelio, pero no se interesaron lo suficiente como para buscar la perla preciosa. Pero el día de Pentecostés, tres mil personas se convirtieron por la predicación del Evangelio. Aquel día se estableció una comunicación maravillosa entre el cielo y la tierra. Los que presenciaron esta escena habían presenciado recientemente en la misma ciudad la crucifixión del Redentor del mundo. Pero ¡qué poco comprendían lo que significaba su muerte los que lo contemplaban colgado de la cruz! ¡Cuán pocos comprendieron que "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna"!

El día de Pentecostés, los testigos de Cristo proclamaron la verdad, comunicando a los hombres la maravillosa noticia de la salvación por Cristo. Y como una espada de dos filos, la verdad irradió convicción en los corazones humanos. Los hombres quedaron bajo el control de Cristo. Las buenas nuevas llegaron hasta los confines del mundo habitado. La Iglesia vio cómo acudían a ella conversos de todas partes. El altar de la cruz, que santifica el don, fue reconstruido. Los creyentes se reconvertían. Los pecadores se unieron a los cristianos en busca de la perla preciosa. Se cumplió la profecía: los débiles "serán como David", y David "como el ángel del Señor". Cada cristiano veía en su hermano la semejanza divina de la benevolencia y el amor. Un interés prevalecía. Un objeto se tragaba todos los demás. Cada pulso latía en saludable concierto. La única ambición de los creyentes era ver quién podía revelar más perfectamente la semejanza del carácter de Cristo, quién podía hacer más por el engrandecimiento de su reino. "La multitud de los que habían creído tenía un solo corazón y una sola alma". El Espíritu de Cristo animaba a toda la congregación; porque habían encontrado la perla preciosa.

Sra. E. G. White

8 de diciembre de 1898

Nuestro sacrificio

EGW

Aunque la muerte de Cristo pareció un triunfo infernal sobre su humanidad, fue una victoria tan plena, amplia y profunda que abarcó al mundo. Cristo fue cortado, pero no por sí mismo. Murió el justo por los injustos, para llevar a muchos hijos e hijas a Dios. Aunque inocente e indigno de castigo, nuestro Sustituto y Fianza fue sometido a la maldición y condenación que deberían

haber sido nuestras. Él, la perfección de la santidad, se vistió con nuestras vestiduras manchadas, para que nosotros pudiéramos revestirnos de su gloriosa justicia.

Durante tres horas, Cristo estuvo colgado de la cruz, contemplado por miles de personas. Miles oyeron las injurias de los sacerdotes y gobernantes; oyeron el desafío: "Que Cristo, el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que podamos ver y creer". Oyeron la burla: "A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse". Pero, aunque muriendo la muerte ignominiosa de la cruz, Cristo murió como uno que había soportado la prueba y la comprobación de Dios. No perdió nada de su poder divino como Salvador que perdona los pecados. Cuando el ladrón moribundo dijo: "Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino", Jesús manifestó sus atributos divinos. El pecador arrepentido no necesita esperar hasta que Cristo reciba su coronación. Ante los espectadores de la cruz, Jesús muestra que incluso en su humanidad sufriente tiene poder para perdonar el pecado. Aunque clavado en la cruz, Su mano no está debilitada para no salvar. Su oído no está tan pesado que no pueda oír. La divinidad resplandece a través de la humanidad. De esos labios pálidos y temblorosos, el penitente moribundo y todos los que rodean la cruz oyen claramente las palabras: "En verdad te digo hoy que estarás conmigo en el paraíso".

A través del velo de la humanidad sufriente irrumpen los rayos del Sol de Justicia para esa pobre alma arrepentida. La nube oscura que ha velado la humanidad de Cristo se desgarró, y se manifiestan la misericordia, el amor y el perdón, Su poder para salvar hasta lo sumo a todos los que acuden a Él.

Esto fue una reprimenda a Sus crucificadores y a la turba aparentemente desatenta, que hacían suyas las palabras de burla de los sacerdotes y gobernantes. Mientras estaba en poder de los engañados fanáticos religiosos, que se cerraban a sí mismos la puerta del paraíso, Él, el perdonador de pecados, abrió la puerta para la entrada del ladrón cuando resucitara de entre los muertos con los que creen en Cristo. En el mismo momento en que Satanás y toda su sinagoga se unieron con sacerdotes y gobernantes para humillar a Aquel que hizo la tierra y todo lo que hay en ella, Él reveló Su Divinidad, Su poder redentor, y otorgó el don más precioso que puede venir al hombre mortal. Habló las palabras del poder vivificador en el mismo momento en que los principados y potestades y los gobernantes de las tinieblas de este mundo pensaban que habían puesto en el polvo Su pretensión real. Su poder real no se ejerce al bajar de la cruz para dar pruebas de que es el Hijo de Dios, sino que muestra que su muerte es poder vivificante para todos los que crean en él. Afirma su

prerrogativa divina y asegura al pobre pecador: "De cierto te digo hoy que estarás conmigo en el paraíso".

Los obstinados sacerdotes y gobernantes pueden burlarse de Él y ridiculizar sus pretensiones de ser hijo de Dios. Podrán burlarse de Él en su agonía, y cerrarse para siempre la puerta del paraíso, a pesar de sus pretensiones de piedad y conocimiento; pero el ladrón que lo ha recibido, que ha creído en Él en su humillación, tendrá vida con Cristo en el paraíso de Dios.

"Cuando llegó la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena". No sólo las tinieblas envolvieron las inmediaciones de la cruz, sino que "hubo tinieblas sobre toda la tierra."

Dios mora en la densa oscuridad; oculta Su gloria a los ojos humanos. El Padre, con sus ángeles celestiales, estaba encerrado en esa densa oscuridad. Dios estaba cerca de Su Hijo, aunque no se manifestaba a Él ni a ningún ser humano. Si un solo rayo de su gloria y poder hubiera penetrado la densa oscuridad que lo envolvía, todo espectador humano habría sido destruido. Y en esa densa oscuridad Dios ocultó de miradas indiscretas la última agonía humana de Su Hijo. Vistió a la naturaleza con cilicio, para que no pudiera mirar a su Autor sufriente y moribundo en Su última humillación.

Todos los que habían visto a Cristo durante su juicio se habían convencido de su lealtad y carácter real. Aquel rostro, una vez contemplado por la humanidad, jamás fue olvidado. Así como en el rostro de Caín se expresaba su culpabilidad como asesino, en el rostro de Cristo se revelaban la inocencia, la serenidad, la benevolencia, la imagen de Dios. Pero sus acusadores no quisieron hacer caso del sello del cielo, y aquel semblante quedó oculto por el manto de Dios.

"Y a la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Y algunos de los que estaban allí, al oírlo, dijeron: He aquí que llama a Elías. Y corriendo uno, llenó una esponja de vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber, diciendo: Deja; veamos si viene Elías a descolgarle." "Y habiendo clamado Jesús a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu; y dicho esto, entregó el espíritu."

La convicción forzada sobre muchos en el momento del juicio de Cristo, en el momento en que las tres horas de oscuridad envolvieron la cruz, y cuando Sus últimas palabras fueron pronunciadas, fue como la semilla sembrada que maduró en la cosecha, cuando, después de Su ascensión, el Evangelio fue

proclamado por Sus discípulos. La tierra temblorosa, el grito desgarrador, la muerte repentina, forzaron a muchos a decir: "Ciertamente éste era un hombre justo". "Verdaderamente éste era el Hijo de Dios". Muchos de los que se habían burlado y mofado del Hijo de Dios estaban ahora terriblemente asustados. Se apresuraron a abandonar la escena, tropezando, cayendo, presas de un terror atroz, no fuera que la tierra temblorosa, las rocas desgarradas y temblorosas, pusieran fin a sus propias vidas.

Cuando Cristo gritó en la cruz: "Consumado es", el velo del templo se rasgó en dos. Este velo era significativo para la nación judía. Era de un material muy costoso, de púrpura y oro, y era de gran longitud y anchura. En el momento en que Cristo exhaló su último suspiro, hubo testigos en el templo que contemplaron el fuerte y pesado material rasgado de arriba abajo por manos invisibles. Este acto significó para el universo celestial, y para un mundo corrompido por el pecado, que se había abierto un camino nuevo y vivo para la raza caída, que todas las ofrendas de sacrificio terminaban en la gran ofrenda del Hijo de Dios. El que hasta entonces había habitado en el templo hecho por manos humanas, nunca más había salido para honrarlo con su presencia.

A la luz y con la seguridad de Su Palabra, y por medio de Su sacrificio expiatorio, podemos ver cómo Dios puede vindicar Su justicia. Él abre nuestros ojos para que contemplemos Su santidad en su verdadero brillo, y sin embargo justifica al pecador que viene a Él por Cristo. En el perdón otorgado al ladrón moribundo, se puso de manifiesto que Cristo llevó nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero. Llevó nuestras penas y aflicciones. Ese corazón de amor humano y divino fue ejercitado para el alivio de las aflicciones del mundo.

El Padre puso nuestros pecados donde nadie, excepto Sus propios ojos, podía discernirlos. Y así como escondió Su rostro de la inocencia de Cristo, así esconderá Sus ojos de la culpa del pecador creyente, a causa de la justicia que se le imputa. La justicia de Cristo puesta sobre nosotros atraerá sobre nosotros las bendiciones más preciosas en esta vida, y nos otorgará la vida eterna en el reino de Dios.

Sra. E. G. White

15 de diciembre de 1898

La Perla de Gran Precio

EGW

En la parábola de la perla preciosa, la perla no se representa como un regalo. El mercader la compró al precio de todo lo que tenía. Muchos se preguntan qué significa esto, cuando Cristo es presentado en las Escrituras como un don. Él es un don para todos los que se entregan a Él, alma, cuerpo y espíritu, sin reservas. Debemos entregarnos a Jesús, vivir una vida de plena obediencia a todas sus exigencias. Todo lo que somos, todos los talentos y capacidades que poseemos, son del Señor, para ser consagrados a Su servicio. Sólo así podremos obtener la inestimable joya de la salvación.

La salvación es un don gratuito y, sin embargo, se compra y se vende. En el mercado que dirige la Divina Misericordia, la perla preciosa se representa como comprada sin dinero y sin precio. En este mercado todos pueden obtener los bienes del cielo, que se prestan en depósito. El tesoro de las joyas de la verdad está abierto a todos. "He aquí que he puesto ante ti una puerta abierta", declara el Señor, "y nadie podrá cerrarla". Ninguna espada guarda el camino a través de esta puerta. Voces del interior y de la puerta dicen: Ven. La voz del Salvador nos invita seria y amorosamente: "Te aconsejo que me compres oro afinado en el fuego, para que seas rico; y vestiduras blancas, para que estés vestido, y no aparezca la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas."

El Evangelio de Cristo es una bendición que todos pueden poseer. Toma a los hombres tal como son, pobres, desdichados, miserables, ciegos y desnudos. La única condición que Cristo presenta a quienes acuden a Él para ser revestidos de Su justicia es la obediencia a Sus mandamientos. Y el alma obediente descubre que la ley es una ley de perfecta libertad, libertad para aferrarse por la fe a la esperanza que es segura y firme. Cuando devolvamos a Dios lo que es suyo, cuando lavemos nuestras vestiduras de carácter y las emblanquecemos en la sangre del Cordero, entonces tendremos derecho a una corona celestial.

Los más pobres son tan capaces como los más ricos de comprar la salvación; porque ninguna cantidad de riqueza mundana puede asegurar este tesoro. Se obtiene mediante la obediencia voluntaria, entregándonos a Cristo como posesión adquirida por Él. La educación, aunque sea de la clase más alta, no puede, por sí misma, acercar a un hombre a Dios. Los fariseos eran favorecidos

con toda ventaja temporal y espiritual, y decían con jactancioso orgullo: Somos ricos, y de ninguna cosa tenemos necesidad. Sin embargo, eran desdichados, miserables, pobres, ciegos y desnudos. Cristo les ofreció las verdaderas riquezas, pero ellos desdeñaron aceptarlas; y Él les dijo. "En verdad os digo que los publicanos y las ramera van al reino de Dios antes que vosotros".

No podemos comprar la salvación, pero hemos de buscarla con tanto interés y perseverancia como si abandonáramos todo lo que hay en el mundo por ella, vendiendo todo lo que tenemos para obtener este tesoro que está por encima del precio. Aceptando a Cristo, haciéndole todo y en todos, obtendremos una experiencia inestimable; porque las buenas obras seguirán seguramente a todos los que le reciban. La vida verdadera, fuerte y gozosa del alma comienza cuando se forma en ella Cristo, esperanza de gloria. "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios".

Hemos de buscar la perla preciosa, pero no en mercados mundanos ni por caminos mundanos. El precio que debemos pagar no es oro ni plata, pues esto pertenece a Dios. Abandona la idea de que las ventajas temporales o espirituales te ganarán la salvación. "A todos los que amo, reprendo y castigo", declara Dios; "sed, pues, celosos, y arrepentíos. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo." Dios pide tu obediencia voluntaria. Abre la puerta y deja entrar a Cristo. El te pide que renuncies a tus pecados. "Al que venciere", promete, "le concederé que se sienta conmigo en mi trono, como yo también vencí, y me he sentado con mi Padre en su trono."

Los cristianos deben tener cuidado de mantener buenas obras. Deben procurar salvar las almas que perecen fuera de Cristo. El Evangelio debe ser predicado como testimonio a todas las naciones. Cristo no dice que todos recibirán el Evangelio. Muchos no lo apreciarán, porque cosas de menor importancia reclaman su atención. Sin embargo, el Evangelio debe predicarse como testimonio a todos. La luz debe brillar en medio de las tinieblas morales. La verdad debe oponerse al error. Cristo dice a sus seguidores: "Vosotros sois la luz del mundo. La ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una lámpara para ponerla debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." La obra de la gracia es una obra progresiva. "Y además de esto -escribe Pedro-, poniendo toda diligencia, añadid a vuestra fe virtud; y a la virtud, ciencia; y a la ciencia, templanza; y a la templanza, paciencia; y a la

paciencia, piedad; y a la piedad, fraternidad; y a la fraternidad, caridad. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, hacen que no seáis estériles ni estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo."

Debemos guardarnos del engaño. "Os digo", declaró Cristo, "que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos". Todo el que profesa piedad es probado, como un comerciante prueba una pieza de plata para ver si es genuina. Dios ha dado a Su pueblo la lección esencial para que la practiquen. "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia", dice, "y todas estas cosas [las necesarias para esta vida] os serán añadidas". Ojalá que todos los que dicen ser cristianos fueran hacedores de estas palabras.

Cristo ha hecho la invitación: "Venid a Mí todos los que estáis fatigados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Grandes son en verdad las promesas dadas en la Palabra de Dios. Cristo dio su vida por nosotros, y nos ofrece la salvación gratuitamente y sin precio. Los que buscan descanso lo encontrarán viniendo a Cristo. Todos sus deseos serán entonces satisfechos; porque Cristo limpia el corazón y renueva la mente. Pero muchos se apartan con desdén de la salvación ofrecida, dando a las cosas de interés eterno sólo un pensamiento pasajero. Por eso no estiman correctamente el valor del tesoro celestial.

El servicio a Dios es integral. Significa la consagración de todo lo que somos, de todos los talentos que Él nos ha prestado. Significa que debemos dedicarlo todo a Su gloria. Pero hay un engaño maravilloso en el pecado. Satanás presenta una falsa justicia al corazón que no ha cambiado por la justicia. Los que confían en esta justicia edifican sobre arena movediza, y la tormenta de la prueba los vencerá. Muchos de los que piensan que van por el camino del cielo andan por sendas extrañas, porque no han renunciado a todo para obtener la vida eterna.

Sra. E. G. White

22 de diciembre de 1898

"Escudriñar las Escrituras"

EGW

El plan de Dios es que mayores y jóvenes estudien Su Palabra. Esto es necesario para el crecimiento intelectual y espiritual. Cristo nos ha dado las Escrituras como nuestra regla de vida. Este libro contiene Su enseñanza, y es digno del estudio más minucioso. "Las palabras que yo os hablo", declaró, "son espíritu y son vida". Estas palabras, caídas de los labios de Cristo con autoridad divina, fueron para los discípulos como una nueva revelación. No eran nuevas, pero se lo parecieron a los discípulos, porque sus ojos se abrieron para ver cosas maravillosas en la Palabra de Dios.

Si el ángel Gabriel o uno de los serafines fuese enviado a este mundo para tomar sobre sí la naturaleza humana y enseñar a los hombres los misterios de la ciencia y el conocimiento de Dios, ¡con cuánta avidez escucharían los hombres su instrucción! Suponiendo que fuera capaz de darnos un ejemplo perfecto de pureza y santidad, compadeciéndose de nosotros en todas nuestras penas, desamparos y aflicciones, y sufriendo el castigo de nuestros pecados, ¡con cuánta impaciencia le seguiríamos! ¡Qué exaltación recibiría! Los hombres desearían colocarlo en el trono de David y reunir a las naciones bajo su estandarte.

Si, cuando el ser celestial regresara a su hogar, dejara tras de sí un libro que contuviera la historia de su misión, con revelaciones relativas a la historia y al destino del mundo, ¡cuán ansiosamente se rompería su sello! ¡Cuán ansiosamente buscarían los hombres un ejemplar! Los hombres pensantes se apoderarían de la preciosa instrucción, en beneficio de las generaciones futuras. Miles de personas de todas partes del mundo copiarían las palabras de este libro. Con intenso interés leerían y releerían sus páginas. Durante un tiempo, todos los demás intereses quedarían subordinados a éste.

Pero Uno que sobrepasa todo lo que la suposición puede presentar, vino a este mundo. Hace casi dos mil años se oyó desde el trono de Dios una voz de extraño y misterioso significado: "Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero un cuerpo me has preparado.... He aquí que vengo (en el volumen del libro está escrito de Mí), para hacer tu voluntad, oh Dios".

El profeta Isaías da un testimonio impresionante de Cristo: "Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz".

De sí mismo Cristo declara: "Antes que Abraham existiera, YO SOY". "Yo y Mi Padre somos uno". "Porque así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quien quiere. Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha encomendado todo el juicio al Hijo."

Cristo reprochó a sus discípulos su lentitud de comprensión. Estaban influenciados por las máximas y la sabiduría tradicional, de modo que las verdades dichas por el Maestro más grande que el mundo haya conocido eran a menudo verdades perdidas para ellos. Cristo les hizo comprender que les había puesto en posesión de una verdad de cuyo valor poco sospechaban. Después de su resurrección, mientras caminaba hacia Emaús con dos de sus discípulos. Les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras, explicándoles de tal manera el Antiguo Testamento que vieron en su enseñanza un significado que los mismos escritores no habían visto.

Las palabras de Cristo se representan como pan del cielo. A medida que los discípulos comían las palabras de Cristo, su entendimiento se avivaba. Al buscar diligentemente la verdad como un tesoro escondido, comprendieron mejor el valor de la gracia y la justicia de Cristo. Al comprender sus enseñanzas, pasaron de la oscuridad del amanecer al resplandor del mediodía.

La obra de ningún autor humano es perfecta. La profundidad del intelecto humano puede medirse. Las minas más ricas de la producción humana no son inagotables. Pero el vuelo más alto, más profundo, más amplio de la imaginación no puede descubrir a Dios. Hay infinidad más allá de todo lo que nosotros, con nuestras propias fuerzas, podemos comprender; el Espíritu Santo debe revelárnoslo. Muchos están demasiado satisfechos con las verdades superficiales de la revelación. Se pasan por alto preciosas gemas de la verdad porque no se ve su valor. Que el estudiante de la Biblia ponga a prueba su mente mientras estudia la Palabra de Dios; porque el significado a menudo yace oculto bajo la superficie. El conocimiento así adquirido será como semilla celestial plantada por el Sembrador divino.

Sra. E. G. White

4 de enero de 1899

El valor de la redención

[Uno de los fundadores de Los Signos de los Tiempos.]

EGW

Nuestro Salvador comparó la bendición del amor redentor con una perla de gran precio. Ilustró esta verdad con la parábola de un mercader que buscaba buenas perlas, "el cual, hallando una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró."

Cristo es la Perla preciosa. Él es el Camino, la Verdad y la Vida. En el Edén, antes del universo celestial, antes de los mundos no caídos y antes de las agencias satánicas, Dios declaró que el Hijo eterno debía ser dado como rescate por un mundo caído. La Simiente de la mujer debía herir la cabeza de la serpiente, y ésta debía herir Su talón.

Y "cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo". La ira de Dios contra el pecado debe agotarse. El castigo por el pecado debe ser soportado. Habiendo examinado todo lo que se requeriría de Él, Cristo resumió la culpa que debía ser cancelada. Luego reunió toda la responsabilidad en su corazón, e inclinó todo su ser a la tarea. Revistió su divinidad de humanidad y, como nuestro Sustituto y Fianza, se preparó para la espada que había de herirle. "Por ellos", declaró, "yo me santifico", en cumplimiento del pacto hecho antes de que se establecieran los cimientos del mundo. "Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados". Cristo murió para sacar a la luz la vida y la inmortalidad. Tú, oh Cordero de Dios, viniste a ofrecerte como sacrificio vivo, retirándote del universo celestial, y apartándote para hacer una ofrenda completa. "Por eso me ama mi Padre", dijo Él, "porque doy mi vida para volverla a tomar".

La crucifixión de Cristo tuvo lugar durante la celebración de la Pascua. En ese momento se reunió en Jerusalén gente de todas partes del mundo. Representantes de cortes extranjeras, reyes, nobles, príncipes, hombres que ejercían una amplia influencia, presenciaron las escenas de la muerte de Cristo. "He aquí que los reyes estaban reunidos, pasaban juntos. Lo vieron, y se maravillaron; se turbaron, y se dieron prisa". Fue entonces cuando Jehová asestó

un golpe que se sintió hasta en las partes más remotas de la tierra. Las nuevas de la muerte de Cristo fueron llevadas por extraños a todas partes del mundo.

Esta es la verdad vital y absorbente en la que Dios quiere que los hombres de todas las épocas fijen su atención. Quiere que la muerte de su Hijo sea el gran centro de atracción. Cuando Cristo salió de la tumba, proclamó sobre el sepulcro rasgado de José: "Yo soy la resurrección y la vida". Esto Dios lo había dispuesto. En Su sabiduría estaba cumpliendo Su plan de infinita magnitud, cuyo desarrollo comenzó con la caída.

Después de Su resurrección Cristo ascendió a Su honor señalado. Al levantarse de la tierra, extendió las manos para bendecir a sus discípulos. Y mientras ellos miraban hacia arriba para vislumbrar por última vez a su Señor ascendente, Él fue recibido por la alegre multitud de querubines y serafines. Mientras estos seres celestiales escoltaban a su Señor a su hogar, cantaron triunfantes: "Cantad a Dios, reinos de la tierra; cantad alabanzas al Señor, ... al que cabalga sobre los cielos de los cielos".

Dios deseaba impresionar las mentes de los creyentes con la gloriosa recepción acordada a Su Hijo en el hogar que había dejado. Por amor a la humanidad pecadora, Cristo se había hecho pobre, para que a través de Su pobreza el hombre pudiera enriquecerse. Ahora había conquistado el mundo, y su ascensión al cielo se hizo con gran honor. Comandante de las huestes celestiales, regresó a su propio dominio, en medio de gozosas manifestaciones. "Los carros de Dios son veinte mil, y millares de ángeles". Estos escoltaban a Aquel que era la resurrección y la vida, junto con una multitud de cautivos, levantados de sus tumbas para unirse a los ejércitos del cielo. Y ante el universo celestial fue entronizado, Sumo Sacerdote lleno de gracia y poderoso Redentor para todos los que le invocan en verdad.

Justo antes de Su crucifixión Cristo dijo: "Os aseguro que os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando él venga, redargüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio." "Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros."

Este es un anuncio maravilloso. Cristo realizaría así la obra más importante con pocos y sencillos medios. El plan de la redención es completo, pero sus partes son pocas, cada una depende de la otra, y todas trabajan juntas en la mayor

simplicidad y completa armonía. El Espíritu Santo representa a Cristo. Cuando este Espíritu es apreciado, y aquellos controlados por el Espíritu comunican a otros la energía con la que están imbuidos, se toca un acorde invisible que electrifica el todo. "De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre". ¡Ojalá pudiéramos todos comprender cuán ilimitados son los recursos divinos!

11 de enero de 1899

La importancia de la palabra

EGW

El plan de Dios es que mayores y jóvenes estudien Su Palabra. Esto es necesario para el crecimiento intelectual y espiritual. Dios quiere que todos comprendan que la verdad es capaz de expandirse y aumentar en gracia y poder. El estudiante de la Palabra divina descubre que el esfuerzo por comprender la verdad despierta todas sus fuerzas. La verdad es profunda, amplia y elevada. Si no fuera así, no sería la verdad. Pero su claridad es igual a su profundidad. Sobre los que escudriñan las Escrituras, la verdad que en ellas se encuentra ejerce una influencia elevadora y ennoblecedora, que les permite alcanzar la norma de la perfección.

Pero prevalece mucha ignorancia de la Palabra de Dios, incluso entre los que predicán esta Palabra. Hay muchos que enseñan la Palabra de vida a otros cuando ellos mismos están embotados de comprensión. No llevan la verdad al santuario interior del alma. No es una realidad viva para ellos, porque no la practican. No ha sido digerida y convertida en músculo y nervio espiritual.

Muchos que dicen creer en la Biblia no comen el maná celestial. La luz brilla sobre ellos, pero no la aprecian. Muchos se niegan a aceptar la luz que Dios envía del cielo, porque no justifica la transgresión de la ley. Cierran los ojos, por temor a que vean y se conviertan.

Así ocurrió con los rabinos judíos. "Muéstranos una señal", gritaban incrédulos. Incluso después de que Cristo había alimentado a la multitud con cinco panes y dos peces, vinieron a Él con esta demanda. El milagro que acababa de realizarse era prueba suficiente, pero los sacerdotes habían cerrado los ojos a la luz.

El profeso mundo cristiano ha tenido oportunidad de obtener luz y conocimiento, pero muchos cierran los ojos para no ver. Hombres bien

educados e inteligentes predicán *en* la Palabra y *alrededor de* la Palabra, pero no tocan su significado interior. No presentan la verdad en su genuina sencillez. Estos hombres, considerándose a sí mismos como autoridad, dicen a sus oyentes que no es posible entender ni Daniel ni el Apocalipsis. Muchos ministros no hacen ningún esfuerzo por explicar el Apocalipsis. Lo llaman un libro inútil para estudiar. Lo consideran un libro sellado, porque contiene la verdad en figuras y símbolos. Pero el mismo nombre que se le ha dado - "Apocalipsis"- es una negación de sus suposiciones. El Apocalipsis es un libro sellado, pero también es un libro abierto, que registra acontecimientos maravillosos que tendrán lugar en los últimos días de la historia de esta tierra. Sus enseñanzas son definitivas, no místicas e ininteligibles, y Dios quiere que lo entendamos.

Muchos maestros de la Palabra de Dios necesitan convertirse en aprendices antes de que realmente puedan enseñar las Escrituras a otros. Si Cristo estuviera en la tierra, les diría: Enseñáis como doctrina mandamientos de hombres; ignoráis las Escrituras y el poder de Dios. Saben poco de la verdadera ciencia moral y religiosa, y menos de la Palabra de Dios. El conocimiento de las Escrituras los haría sabios para la salvación, pero sólo están en el umbral del conocimiento. Nunca han entrado para obtener la verdadera comprensión espiritual. A causa de la simplicidad de la verdad, creen necesario revestirla con sus explicaciones rebuscadas. Pero si no hicieran más que leer las Escrituras, la gente común entendería mucho mejor la Palabra de Dios. Las Escrituras se vuelven intrincadas por la forma en que se interpretan. Mejor sería que el estudiante comparara Escritura con Escritura, utilizando un pasaje para desentrañar otro. La Escritura sólo puede ser interpretada correctamente por la Escritura.

Juan da testimonio de Cristo, el Dador de la Palabra, diciendo: "Para esto se manifestó el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo". En el lenguaje más sencillo, Juan nos presenta la verdadera piedad práctica. Esta sencillez no muestra superficialidad, sino profundidad. Juan está hablando a hombres y mujeres reales, y el Espíritu Santo le ordenó que escribiera de tal manera que entraran en contacto con un Dios real y vivo. Nos muestra lo que Dios está haciendo, y lo que el hombre debe hacer para cumplir los requisitos de Dios.

Juan no presenta la verdad vacilando, sino de manera decidida. Habla positivamente. "Lo que era desde el principio", dice, "lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos, de la Palabra de vida (porque la vida se manifestó, y nosotros la hemos visto, y damos testimonio, y os mostramos esa vida eterna, que estaba con el

Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y verdaderamente nuestra comunión es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Y estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido. Este, pues, es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: que Dios es luz, y que en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no hacemos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado."

"Porque la vida se manifestó, y nosotros la hemos visto". Sí, la vida eterna que estaba con el Padre se nos manifestó. Cristo revistió su divinidad de humanidad y se hizo hombre de carne y hueso. Juan habló con Él, aprendió de Él y le amó con una fidelidad pura, sincera, sin desviaciones.

Al contemplar a Cristo en su poder, Pablo prorrumpió en exclamaciones de admiración: "Sin controversia grande es el misterio de la piedad; Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria." "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús; el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó forma de siervo y se hizo semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre." "Porque en Él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por Él y para Él. Y El es antes de todas las cosas, y por El todas las cosas consisten.... Porque agradó al Padre que en Él habitase toda plenitud".

Sra. E. G. White

18 de enero de 1899

Tesoro oculto

EGW

"Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo; el cual, cuando un hombre lo encuentra, lo esconde, y de gozo va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo."

En la antigüedad, los hombres solían esconder sus tesoros en la tierra. El país estaba siempre en peligro de ser invadido por ejércitos merodeadores, y la tierra se consideraba un escondite seguro. A menudo, el propio propietario era incapaz de encontrar el tesoro que había enterrado en secreto. No era raro encontrar en tierras descuidadas monedas antiguas y adornos de oro y plata.

Un hombre contrata tierras para cultivar y, mientras los bueyes aran la tierra, desentierra un tesoro enterrado. Al descubrirlo, el hombre ve que tiene ante sí una fortuna. Devuelve el oro a su escondite, asegurándose de que nadie sepa de su descubrimiento. Regresa a su casa y vende todo lo que tiene para comprar el campo que contiene el tesoro. Su familia y sus vecinos piensan que actúa como un loco. Al mirar el campo, no ven ningún valor en la tierra descuidada. Pero el hombre sabe lo que hace, y cuando tiene el título de propiedad del campo, registra cada parte del mismo para encontrar el tesoro que ha conseguido.

Esta parábola ilustra la verdad de que hay que esforzarse mucho para conseguir el tesoro celestial. Los tesoros del Evangelio están escondidos, porque muchos tienen ojos, pero no ven; tienen oídos, pero no oyen; tienen entendimiento, pero no discernen el tesoro escondido. Un hombre podría pasar por el lugar donde se ha escondido el tesoro. En una necesidad extrema, puede sentarse a descansar al pie de un árbol, sin saber de las riquezas escondidas en sus raíces. Así sucedía con los judíos. Tenían ojos, pero no veían a Cristo. Se les abrió el tesoro de todo conocimiento, pero no lo conocieron.

Cristo lloró sobre Jerusalén, diciendo: "¡Si conocieses tú, al menos en este tu día, las cosas que pertenecen a tu paz! pero ahora están ocultas a tus ojos". "Por eso", dijo, "les hablo por parábolas; porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. Y en ellos se cumple la profecía de Esaías, que dice: Oyendo oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no entenderéis; porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y sus oídos se han embotado, y sus ojos se han

cerrado; no sea que alguna vez vean con sus ojos, y oigan con sus oídos, y entiendan con su corazón, y se conviertan, y yo los sane."

Cristo dio al pueblo judío abundantes pruebas de que Él era el Mesías, pero Su enseñanza exigía un cambio decidido en sus vidas. Vieron que si recibían a Cristo, debían renunciar a sus preciadas máximas y tradiciones, a sus prácticas egoístas e impías. Recibir la verdad inmutable y eterna implicaba una cruz. Por lo tanto, no admitieron la evidencia más concluyente que Dios podía dar para establecer la fe en Cristo. Profesaban creer en las Escrituras del Antiguo Testamento, pero se negaban a aceptar el testimonio contenido en ellas acerca de la vida y el carácter de Cristo. Temían ser convencidos, no fuera que se convirtieran y se vieran obligados a renunciar a sus opiniones preconcebidas. El Tesoro del Evangelio, el Camino, la Verdad y la Vida, estaba entre ellos, pero rechazaron el mayor Regalo que el cielo podía conceder.

"Entre los principales gobernantes también muchos creyeron en Él", leemos, "pero a causa de los fariseos no lo confesaron, para no ser expulsados de la sinagoga". Estaban convencidos; creían que Cristo era el Hijo de Dios; pero no estaba en armonía con sus deseos ambiciosos confesarle. No tenían la fe que obra por el amor y purifica el alma, la fe que los habría hecho hacedores de la Palabra, y les habría asegurado el tesoro celestial. Buscaban el tesoro mundano.

Y hoy el mundo busca afanosamente tesoros terrenales. Los hombres piensan que si pudieran obtener sus deseos, tendrían paz. Pero si obtuvieran todo lo que buscan, no encontrarían descanso. Estas almas anhelantes olvidan que llevan consigo al perturbador de su paz. Por precepto y ejemplo exaltan las riquezas terrenales por encima de las riquezas eternas. Mentes que deberían haber sido educadas para alcanzar los más altos logros, permiten que los negocios mundanos excluyan a Dios de sus pensamientos. Están inquietos e infelices, y se preguntan por qué es así. Pero si buscaran la paz que Cristo vino a dar, encontrarían descanso. Él declaró: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo".

El Salvador vio que los hombres estaban absortos en obtener ganancias, y se comprometió a corregir este mal. Trató de romper el hechizo infatuante que paralizaba todos los tendones y músculos espirituales. Alzando Su voz como la trompeta de Dios, clamó: "¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? o ¿qué dará el hombre a cambio de su alma?". Él presenta ante la humanidad caída el mundo más noble que ha perdido de vista, para que contemple las realidades eternas. Los lleva al umbral de lo infinito, ruborizado

por la gloria indescriptible de Dios, y les muestra los tesoros que allí se encuentran.

Muchas pobres almas se torturan, muchas van en largas peregrinaciones, pensando encontrar a Cristo. Pero si éste fuera el camino para conseguir el tesoro, muchos se encontrarían en una situación desesperada. Los afligidos, los cojos y los ciegos no encontrarían a Cristo. Pero la salvación se da sin dinero y sin precio. No es necesario peregrinar para obtenerla. Todo lo que se nos pide es creer en Cristo como nuestro Salvador personal, y ser hacedores de Su Palabra. "Eh, todo aquel que tiene sed, venid a las aguas, y el que no tiene dinero; venid, comprad y comed; sí, venid, comprad vino y leche sin dinero y sin precio."

"La justicia que es de la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (es decir, hacer descender a Cristo de lo alto) o: ¿Quién descenderá al abismo? (es decir, resucitar a Cristo de entre los muertos.) ¿Qué dice? La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón; esto es, la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación...

Los tesoros de la Palabra de Dios deben buscarse, y los encuentran todos los que los buscan con sinceridad. Pero están ocultos para aquellos cuyas mentes están llenas de pensamientos mundanos y ambiciosos. Pablo habla de una clase que ha perdido la vista espiritual. "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente."

Pablo habla de una clase que ha perdido la vista espiritual. "Si nuestro Evangelio está oculto", declara, "está oculto a los que se pierden; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del glorioso Evangelio de Cristo, que es la imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, el Señor; y a nosotros, vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros."

La fe en Cristo como Redentor del mundo exige el reconocimiento del intelecto iluminado, controlado por un corazón capaz de discernir y apreciar el tesoro

celestial. Las Escrituras no deben adaptarse para satisfacer los prejuicios y celos de los hombres. Sólo pueden comprenderlas quienes buscan humildemente el tesoro escondido. Estos reciben la verdad de la profecía y se someten a su autoridad. Son santificados, alma, cuerpo y espíritu. Esta fe es inseparable del arrepentimiento y de la transformación del carácter. Tener fe significa encontrar y aceptar el tesoro del Evangelio, con todas las obligaciones que impone. Tales creyentes están representados por el hombre que encontró un tesoro escondido en un campo.

Felipe encontró al Señor y creyó plenamente en Él. Estaba tan lleno de alegría porque había encontrado este tesoro, que fue a buscar a Natanael. Lo encontró bajo una higuera, y le dijo: "Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas: Jesús de Nazaret, hijo de José." El tesoro que Felipe había encontrado era el conocimiento de que Cristo, el Hijo de Dios, estaba entre ellos.

Si el tesoro celestial pudiera hacerse evidente a los ojos de los hombres, como el oro se reveló a los ojos maravillados y encantados del hombre, los así bendecidos se regocijarían tanto que no podrían ocultar el tesoro. Irían por todas partes diciendo: Oíd lo que el Señor ha hecho por mí. Sus corazones se llenarían de regocijo, porque el valor de este tesoro está por encima del oro o la plata. El contenido de la más rica de las minas de la tierra no puede compararse con él. "No se puede conseguir por oro, ni se pesará la plata por su precio.... El oro y el cristal no pueden igualarlo; y no se cambiará por joyas de oro fino. No se hará mención del coral, ni de las perlas; porque el precio de la sabiduría está por encima de los rubíes."

"El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios". Puede conjeturar e imaginar, pero no puede ver el tesoro con el ojo de la fe. Cristo dio su vida para asegurarnos este tesoro inestimable. Pero sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados, ni tesoro para ninguna alma que perece. Recibido por la fe en el corazón, el Evangelio cambia al hombre entero. Llevado a la vida, transforma el carácter, haciendo refinado al tosco, amable al rudo, generoso al egoísta. Por él los impuros son limpiados, lavados en la sangre del Cordero. Sra. E. G. White.

25 de enero de 1899

La bendición de la obediencia

EGW

"Se acercó uno de los escribas, y habiéndolos oído discutir, y viendo que les había respondido bien, le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos?". La respuesta de Cristo fue directa y explícita. "El primero de todos los mandamientos -dijo- es: Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas; éste es el primer mandamiento." "El segundo es semejante, a saber, éste -continuó Cristo-, pues brota de él y se funda en él: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay otro mandamiento mayor que éstos".

"Y el escriba le dijo: Bien, Maestro, has dicho la verdad; porque hay un solo Dios, y no hay otro sino Él; y amarle con todo el corazón, y con todo el entendimiento, y con toda el alma, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios."

Esta respuesta de uno de los escribas, la clara declaración de sus convicciones, era más de lo que los escribas y fariseos pensaban oír. La verdad que condenaba sus propias tradiciones y su ejemplo había sido expresada por Cristo, y expresada por uno de los suyos.

Cuando Jesús vio que el escriba tenía el valor moral de decir la verdad ante los fariseos ceñudos, y que "respondía con discreción, le dijo: No estás lejos del reino de Dios. Y después de esto nadie se atrevió a preguntarle nada".

La ley de Dios no se compone de tantos preceptos separados, algunos de los cuales son de gran importancia, mientras que otros son de menor importancia, y pueden ser ignorados. Cristo presenta los mandamientos como un todo divino. Bajo dos títulos, el amor a Dios y el amor al prójimo, todos los preceptos están unidos en una unidad sagrada. Estos dos principios son inmutables, tan eternos como el trono de Dios. Por ellos se prueba el carácter del hombre, y se demuestra que es obediente o desobediente. Los que obedecen al primero, amando a Dios supremamente, derramarán las riquezas de la bondad de Dios en amor y compasión hacia sus semejantes. Harán mucho más que meramente reconocer la verdad; ofrecerán mucho más que una adoración ceremonial; darán

a Dios todo el servicio requerido por Él; porque el amor supremo a Dios es una evidencia de que la verdad es un principio permanente en el corazón.

Pero cuando el hombre cayó, se instauró la ley del yo. Esta ley armoniza con la voluntad de la humanidad pecadora. No hay lucha entre ellas. Pero cuando la Palabra de Dios habla a la conciencia, hablando de una voluntad superior a la humana, incluso la voluntad de Dios, la voluntad del hombre desea seguir su propio camino, sin tener en cuenta las consecuencias. El encanto de la obediencia se rompió con la desobediencia de Adán. El sentido de la importancia de la obediencia como una necesidad absoluta, dejó de existir en la mente. Y ahora el hombre piensa: Si quiero, puedo obedecer a Dios; y si quiero, puedo desobedecerle.

Cristo vino a esta tierra para mostrar a la raza humana cómo obedecer a Dios. Podría haber permanecido en el cielo, y desde allí dar reglas exactas para la guía del hombre. Pero no lo hizo. Para que no nos equivocáramos, tomó nuestra naturaleza, y en ella vivió una vida de perfecta obediencia. Obedeció en humanidad, ennobleciendo y elevando a la humanidad por la obediencia. Vivió en obediencia a Dios, para honrar la ley no sólo de palabra, sino con cada uno de sus actos. Al hacerlo, no sólo declaró que debíamos obedecer, sino que nos mostró cómo hacerlo.

Nuestra única seguridad consiste en morir a nosotros mismos y depender totalmente de Cristo. Debemos tener siempre presente la realidad de la humanidad de Cristo. Cuando se convirtió en nuestro Sustituto y Fianza, lo hizo como ser humano. Vino como hombre, para rendir obediencia al único Dios verdadero. No vino a revelar a Dios como falta de poder, sino a Dios en toda su plenitud. Vino a mostrar lo que Dios está dispuesto a hacer y lo que ha hecho para que participemos de la naturaleza divina. Mientras soportaba la contradicción de los pecadores contra Él mismo, nuestro Salvador vivió una vida humana perfecta. Lo hizo para que nosotros también fuésemos perfectos. Él lo es todo para nosotros, y nos pide que lo miremos, porque "sin Mí", dice, "nada podéis hacer".

La obediencia que Cristo rindió es exactamente la obediencia que Dios exige hoy a los seres humanos. Fue la obediencia de un hijo. Sirvió a su Padre con buena voluntad y libertad, y con amor, porque era lo que debía hacer. "Me deleito en hacer tu voluntad, oh Dios mío", declaró; "sí, tu ley está en mi corazón". Así debemos servir a Dios. Nuestra obediencia debe ser un servicio al corazón. Siempre fue así con Cristo. Si le amamos, no nos será difícil

obedecer. Obedeceremos como miembros de la familia real. Puede que no seamos capaces de ver el camino ante nosotros, pero seguiremos adelante en obediencia, sabiendo que todos los asuntos y resultados deben dejarse en manos de Dios.

Cumplir los mandamientos de Dios tiene una gran recompensa, incluso en esta vida. Si somos obedientes, nuestra conciencia no nos condena. Nuestros corazones no están en enemistad con Dios, sino en paz con Él. "La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma; el testimonio del Señor es seguro, que hace sabio al sencillo. Los estatutos del Señor son rectos, alegran el corazón; el mandamiento del Señor es puro, ilumina los ojos. Limpio es el temor del Señor, que permanece para siempre; verdaderos y justos son todos los juicios del Señor. Son más deseables que el oro y que mucho oro fino; más dulces que la miel y que el panal. Además, por ellos es amonestado tu siervo, y en guardarlos hay gran recompensa". "La misericordia de Jehová es desde la eternidad y hasta la eternidad para los que le temen, y su justicia para los hijos de los hijos; para los que guardan su pacto, y para los que se acuerdan de sus mandamientos para ponerlos por obra."

La gracia de Dios es la línea de demarcación entre los hijos de Dios y la multitud que no cree. Mientras unos son llevados cautivos a Cristo, otros son llevados cautivos al príncipe de las tinieblas. El corazón del que responde a la atracción de Cristo resplandece con el amor del Salvador. Expresa las alabanzas de Aquel que lo ha llamado de las tinieblas a la luz admirable. No puede evitar usar su talento para hablar de la gracia que le ha sido concedida tan abundantemente; porque se ha alistado con aquellos que se esfuerzan por promover la gloria de Dios, y se ha convertido así en un canal de luz. Dispuesto y obediente, forma parte del número llamado por la Inspiración "real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios".

Sra. E. G. White

1 de febrero de 1899

Servicio incondicional

EGW

"Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios.... Y todo hombre que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro. Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley;

porque el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que Él fue manifestado para quitar nuestros pecados; y en Él no hay pecado".

Cristo hizo un sacrificio completo en nuestro favor, cuando se entregó como ofrenda por el pecado; y nos pide que nos entreguemos enteramente a Él. Pide el corazón entero; no aceptará nada menos que el afecto indiviso. "Dios es Espíritu, y los que le adoran deben adorarle en espíritu y en verdad".

¿Qué es servir a Dios? Es parecerse a Él en carácter, imitarle. Servir a Dios es obedecerle, guardar sus mandamientos, confesar abiertamente que se está, no bajo el estandarte negro del gran apóstata, sino bajo el estandarte manchado de sangre del Príncipe Emanuel. Los que sirven a Dios se esfuerzan fervientemente por obedecer Su voluntad. Así demuestran a qué ejército pertenecen.

Pero desde que el pecado entró en el mundo, los hombres se han estado sirviendo a sí mismos. El mundo de hoy se complace en hablar del progreso de la época. Pero Dios no se deleita en esto. En el mundo antediluviano había muchas obras maravillosas de arte y ciencia. Recién salidos de la mano del Creador, estos descendientes de Adán poseían capacidades que ahora no vemos. Pero se olvidaron de Dios; y lo mismo ocurre hoy. Los hombres han buscado muchos inventos; pero ¿cuál es la influencia ejercida por las mejoras y las abundantes facilidades para las relaciones que se ven por doquier? Los hombres no han guardado los mandamientos de Dios, y por lo tanto los ferrocarriles, los hilos telegráficos, los cables que conectan las naciones y los reinos de la tierra, no han acercado al mundo caído al mundo superior.

La obediencia a la ley de Dios pone a los hombres en armonía con las inteligencias celestiales. Es deber de cada ser humano ofrecer a Dios un servicio de todo corazón, esforzarse por encontrar el camino recto, la senda estrecha, que conduce a través de la puerta de la abnegación a la ciudad de Dios. El camino que conduce a la muerte es ancho y lleno de indulgencia, pero al final no hay ninguna ciudad cuyo constructor y artífice sea Dios. El camino que conduce al cielo es angosto, y pocos son los que lo encuentran; porque no hay artificio que pueda allanar o facilitar esta senda. "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida", declaró Cristo. "Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame".

Cristo vino del cielo para pasar por la puerta estrecha y transitar por el camino angosto, y nos llama a seguirlo. Al hacerlo, debemos recordar a cada paso que somos honrados. Los que caminan por el camino estrecho deben recibir diariamente la gracia restauradora de Dios. Ésta se da a los viajeros que van

hacia el cielo cuando se desgastan por los continuos conflictos, y se ven tentados a dejar de hacer movimientos progresivos. Los que no reciben esta gracia desfallecen por el camino, pero los que la reciben son fortalecidos y alentados.

Jesús es la escalera al cielo. Los ángeles ascienden y descienden por esta escalera de resplandeciente fulgor; y Dios nos llama a subir por ella. Pero no podemos hacerlo mientras nos carguemos de tesoros terrenales. Nos equivocamos cuando anteponeamos nuestras conveniencias y ventajas personales a las cosas de Dios. No hay salvación en las posesiones terrenales o en el entorno. Un hombre no es exaltado a los ojos de Dios, o acreditado por Él como poseedor de bondad, porque tenga riquezas terrenales. Si adquirimos una experiencia genuina en la escalada, aprenderemos que al ascender debemos dejar atrás todo obstáculo. Los que suben deben colocar sus pies *firmemente* en cada vuelta de la escalera.

La Iglesia es el instrumento de Cristo en este mundo. Por medio de ella Él procura representar el carácter divino. Es privilegio de cada uno mostrar que Cristo no lo ha defraudado, sino que le ha dado refrigerio en el camino. Puede que no todos seamos capaces de predicar la Palabra, pero todos podemos ministrar. Pero esto no podemos hacerlo a menos que recibamos la gracia de Cristo, pues no podemos dar lo que no poseemos. La fe que obra por el amor y purifica el alma es la única fe verdadera. La fe que no produce fruto, que no revela la semejanza de Cristo, es una fe falsa.

Dios es amor, y todos los que verdaderamente le sirven revelarán la pureza de su carácter. Serán transformados a Su imagen. Su forma de hablar cambiará. Las palabras apresuradas de censura, un espíritu apasionado, son inspiradas por el enemigo de todo bien. Los hijos de Dios son pacientes. Son misericordiosos, como Cristo es misericordioso. Son bondadosos, compasivos, tiernos de corazón y firmes como una roca a los principios.

Pero hasta que los hombres no vean sus defectos en el espejo de la ley de Dios, hasta que no se den cuenta de que deben cumplir esa ley en carácter, no podrán servir verdaderamente a Dios. Manifestarán un espíritu opuesto al camino del Señor. No sentirán que es esencial estar libres del pecado. No podrán ofrecer a Dios un servicio aceptable. El Hijo de Dios vino a nuestro mundo en forma humana para mostrar al hombre que la divinidad y la humanidad combinadas pueden obtener la victoria sobre el pecado. Por medio de Él podemos ser partícipes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay

en el mundo por la concupiscencia. "El que permanece en Él, no peca; el que peca, no le ha visto".

"Sin embargo, dice la casa de Israel: El camino del Señor no es igual. Oh casa de Israel, ¿no son iguales mis caminos? ¿no son desiguales vuestros caminos? Por eso os juzgaré, casa de Israel, a cada uno según sus caminos, dice el Señor Dios. Arrepentíos, y convertíos de todas vuestras rebeliones, ... por las cuales habéis prevaricado; y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo; porque ¿por qué moriréis, oh casa de Israel? Porque no quiero la muerte del que muere, dice el Señor Dios; convertíos, pues, y vivid."

"Entonces rociaré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpios; de toda vuestra inmundicia y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Y os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré Mi Espíritu dentro de vosotros, y haré que andéis en Mis estatutos, y guardéis Mis decretos, y los pongáis por obra."

Dios exige una consagración completa, y no aceptará nada que no sea esto. El amor por las cosas espirituales debe fomentarse, sí, *debe* fomentarse, si queremos crecer en la gracia. Los deseos de bondad y verdadera santidad son correctos hasta donde llegan, pero si nos detenemos aquí, no servirán de nada. Los buenos propósitos son correctos, pero resultarán inútiles a menos que se lleven a cabo resueltamente. Muchos que profesan ser cristianos no tienen idea de la fuerza espiritual que podrían obtener si fueran tan ambiciosos, celosos y perseverantes para obtener el conocimiento de las cosas divinas como lo son para obtener las cosas percederas de esta vida. Muchos se contentan con ser enanos espirituales. No están dispuestos a buscar primero el reino de Dios y su justicia; por lo tanto, la piedad es un misterio oculto para ellos; no pueden comprenderla. No conocen a Cristo por conocimiento experimental.

Muchos se perderán mientras esperan y desean ser cristianos. No hicieron ningún esfuerzo sincero, y por lo tanto serán pesados en la balanza y hallados faltos. La voluntad debe ser ejercitada en la dirección correcta. Debemos decir: Seré cristiano. Conoceré la longitud y la anchura, la altura y la profundidad del amor perfecto. Escuchad las palabras de Jesús: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados". Amplia provisión ha sido hecha por Cristo para satisfacer el alma que tiene hambre y sed de justicia.

Sra. E. G. White

8 de febrero de 1899

Silenciar a los fariseos

EGW

"Entonces comenzó a decir al pueblo esta parábola: Un hombre plantó una viña, la arrendó a labradores y se fue a un país lejano por largo tiempo. A su tiempo envió un siervo a los labradores para que le dieran del fruto de su viña; pero los labradores le golpearon y le despidieron con las manos vacías. Volvió a enviar a otro siervo, y también le golpearon, le maltrataron y le despidieron con las manos vacías. Volvió a enviar a un tercero, pero también lo hirieron y lo echaron. Entonces dijo el señor de la viña: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; tal vez lo veneren cuando lo vean. Pero los labradores, al verle, pensaron entre sí, diciendo: Este es el heredero; venid, matémosle, para que la heredad sea nuestra. Así que lo echaron de la viña y lo mataron.

"¿Qué les hará, pues, el señor de la viña?". preguntó Cristo a sus oyentes; y los escribas y los fariseos respondieron: "Vendrá y destruirá a estos labradores, y dará la viña a otros." Al decir esto, vieron que se habían condenado a sí mismos, y exclamaron: "Dios no lo quiera." Él, mirándolos, dijo: "¿Qué es, pues, esto que está escrito: La piedra que desecharon los constructores, ésa ha venido a ser cabeza del ángulo? Cualquiera que cayere sobre esa piedra, será quebrantado; pero sobre quien ella cayere, lo desmenuzará."

En esta parábola, Cristo expuso los engaños de los sacerdotes y gobernantes, y declaró que el Señor castigaría a la nación judía con temible severidad. Había tratado a sus siervos con desprecio, injusticia y crueldad; el reino les sería arrebatado y entregado a los que obedecieran a su Gobernante.

Los fariseos observaron atentamente a Cristo mientras les relataba esta parábola. Las palabras del Salvador les cortaron el corazón; porque no podían dejar de ver que Él leía todos los propósitos de sus corazones. Para ellos estas palabras eran una prueba de su carácter divino; pero temían oírlas, porque se sentían condenados por ellas. Temían que Cristo expusiera ante el pueblo las malas acciones que habían cometido aquellos a quienes se les había enseñado a reverenciar, y que con ello perdieran su popularidad. Decidieron que Cristo sabía demasiado de sus vidas como para permitirle vivir. Se llenaron de rabia y, si se hubieran atrevido, le habrían puesto las manos encima y le habrían hecho callar para que dejara de molestarles. Pero temían al pueblo.

Habían planeado a menudo atraparle en sus palabras, pero hasta entonces sus intentos habían sido frustrados. Ahora se pusieron de acuerdo con los herodianos y, habiendo trazado sus planes, enviaron espías, "que se fingiesen justos, para apoderarse de sus palabras, a fin de entregarle al poder y a la autoridad del gobernador". No enviaron a los viejos fariseos, con quienes Jesús se había encontrado a menudo, sino a hombres jóvenes, ardientes y celosos, y a quienes, pensaban, Cristo no conocía.

Fingiendo interesarse por cierta cuestión, los espías se acercaron a Cristo. Con aparente sinceridad, como si desearan conocer su deber, dijeron: "Maestro, sabemos que Tú dices y enseñas rectamente, ni aceptas la persona de nadie, sino que enseñas verdaderamente el camino de Dios." Si los que hablaban hubieran sido sinceros, estas palabras habrían sido una admisión maravillosa, pero fueron dichas para engañar. Su testimonio, sin embargo, era verdadero. Los fariseos sabían que Cristo enseñaba verdaderamente, y por su propio testimonio serán juzgados.

"¿Nos es lícito dar tributo al César, o no?", continuaron. Esta era una cuestión sobre la que había mucha controversia. Muchos negaban el derecho de los romanos a exigir tributo, y los fariseos pagaban sus impuestos de mala gana. Los espías decidieron hacerle esta pregunta a Cristo, pensando que Él respondería con un simple sí o no. Si les decía que era lícito dar tributo al César, estaría yendo en contra de las opiniones de las naciones judías, y quedaría fuera del favor popular; y si decía que era ilícito, podrían acusarle ante los romanos. De este modo esperaban atraparle en sus palabras, fuera cual fuese su respuesta.

Los espías pensaban que con su aparente honradez habían disimulado suficientemente su propósito. Pero Jesús leyó sus corazones como un libro abierto, y reveló su hipocresía. "¿Por qué me tentáis? les preguntó, dándoles pruebas de su divinidad al mostrar que discernía su propósito oculto. "Mostradme un céntimo", les dijo. Lo trajeron, y Él les preguntó: "¿De quién es la imagen y la inscripción?". Respondieron: "Del César". Señalando la inscripción, Jesús dijo: "Dad, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios".

Así reprendió Cristo la hipocresía y presunción de los fariseos, y su respuesta pareció tan sabia a los circunstantes que admiraron su tacto y sabiduría. Su respuesta no fue una evasiva, sino una respuesta franca, y no sólo los fariseos fueron reprendidos por sus palabras, sino que en muchas mentes se resolvió una cuestión controvertida.

Muchos de los que escucharon estas palabras defendieron el principio correcto. No podían dejar de ver que el principio subyacente a la cuestión se había establecido en líneas rectas.

Cuando los fariseos oyeron la respuesta de Cristo, se maravillaron, lo dejaron y siguieron su camino. Estaban convencidos; pero, aunque se maravillaban de la sabiduría de Cristo, no cedían. Se les había dado otra prueba de la divinidad del Salvador, pero endurecieron su corazón contra ella. Y desde entonces las pruebas no tuvieron efecto alguno sobre sus prejuicios profundamente arraigados.

Los fariseos no podían en aquel momento satisfacer su ira, pero no por ello estaban menos decididos a llevar a cabo sus propósitos. En cada oportunidad manifestaban su amarga oposición contra Cristo. Ya no había paz para Él, pues las cavilaciones de sus enemigos eran continuas y abundaban sus planes para tenderle una trampa. Pusieron espías sobre su pista, para que informaran de sus movimientos. Creyeron que Cristo no lo sabía, pero él estaba mucho más al tanto de sus movimientos que ellos de los suyos. Sabía cada paso que darían y cada acontecimiento que tendría lugar.

Pero a pesar de la oposición de los sacerdotes, Cristo mantuvo su misión siempre ante Él. Con un corazón siempre conmovido por el dolor humano, servía a los que le rodeaban. Sus palabras fueron pronunciadas con claridad, sencillez y autoridad. Sus discursos eran como nunca antes se habían oído. Sus principios eran tan clara y sabiamente inculcados que nadie necesitaba dar un paso en falso si le seguía.

Sra. E. G. White

15 de febrero de 1899

La higuera estéril

EGW

"Al día siguiente, cuando volvieron de Betania, tuvo hambre; y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, se acercó por si acaso encontraba algo en ella; y cuando llegó a ella, no encontró más que hojas, porque aún no era tiempo de higos."

No era común en Oriente que una higuera presentara todo su follaje tan temprano en la estación. La naturaleza de la higuera es que el fruto aparezca antes que las hojas. Por eso, en un árbol cubierto de hojas cabía esperar encontrar higos bien desarrollados. Cristo se acercó al árbol, esperando encontrar frutos en él; pero después de buscar desde la rama más baja hasta la más alta, no encontró nada más que hojas. Y Cristo pronunció contra él una maldición fulminante.

A la mañana siguiente, cuando el Salvador y sus discípulos se dirigían de nuevo a la ciudad, las ramas marchitas y las hojas caídas llamaron su atención. "Maestro", dijo Pedro, "he aquí que la higuera que maldijiste se ha secado".

Este caso en el ministerio de Cristo fue singular. Fue diferente de sus caminos y obras. Si seguimos el rastro de su vida, veremos que sus actos fueron siempre para restaurar, no para destruir. Esparcía misericordia dondequiera que iba, con palabras de consejo y obras de bondad. No vino para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por Él. Los discípulos no podían comprender este acto de castigar a un árbol por su esterilidad, y dijeron: "Explícanos la parábola de la higuera."

El propósito de Cristo era que esta higuera enseñara una lección a sus discípulos. Deseaba inculcarles el verdadero estado de Jerusalén y su perdición final, y para ello invistió al árbol de cualidades morales y lo convirtió en el expositor de la verdad divina. Justo antes de esto, Cristo había hecho su entrada triunfal en Jerusalén. Por segunda vez había limpiado el templo, expulsando de sus atrios a los traficantes, diciendo: "Llevaos esto de aquí": "Llevaos esto de aquí". "Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones". Los hombres que traían ganado para venderlo en los atrios del templo practicaban el comercio deshonesto; pero se dio la palabra de mando; la divinidad destelló a través de la humanidad, y ningún traficante ni sacerdote con su magnífico vestido mirando aquel semblante se atrevió a permanecer. Apresuradamente todos huyeron de los atrios del templo. Ahora, bajo el símbolo del árbol marchito, Cristo presenta ante sus discípulos la justa ira de Dios en la destrucción de Jerusalén. Aquel árbol que ostentaba su pretencioso follaje en el mismo rostro de Cristo era un símbolo de la nación judía, que se había ido separando de Dios hasta que, en su orgullo y apostasía, había perdido su poder de discernimiento y no conocía a su Redentor.

La nación judía había sido ciertamente el pueblo favorecido de Dios. La Majestad del cielo había sido su líder en el desierto. Les había sacado agua de

la roca de pedernal; les había dado pan del cielo para saciar su hambre. Había apartado de ellos la ira de Dios cuando sus iniquidades habían provocado Su cólera. Y después de más de mil años de bendiciones concedidas y bendiciones retiradas, cumplió su propósito de venir al mundo en persona. Cubrió Su divinidad con humanidad. Si Cristo hubiera venido en su forma divina, la humanidad no habría podido soportar la visión. El contraste habría sido demasiado doloroso, la gloria demasiado abrumadora. La humanidad no habría podido soportar la presencia de uno de los ángeles puros y brillantes de la gloria; por eso Cristo no tomó sobre Sí la naturaleza de los ángeles; vino en semejanza de los hombres.

Pero treinta años fue todo lo que el mundo pudo soportar de su Redentor. Durante treinta años moró en un mundo abrasado y manchado por el pecado, haciendo la obra que ningún otro había hecho ni podría hacer jamás. Y durante tres años esperó, y oró, y trabajó, y lloró, clamando: "Volveos, hijos rebeldes, y sanaré vuestra rebeldía". "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, invocadle en tanto que está cercano; deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase a Jehová, y él tendrá de él misericordia; y a nuestro Dios, porque él será amplio en perdonar". Pero la nación judía no quiso recibir a su Mesías. A lo largo de los años de su ministerio público trataron de darle muerte; y este acto iba a ser su ruina.

El mundo gentil estaba representado por las higueras sin hojas y sin frutos. Los gentiles estaban desprovistos, al igual que los judíos, de piedad, pero no habían pretendido tener el favor de Dios. No se jactaban de una espiritualidad exaltada. Eran ciegos en todos los sentidos a los caminos y las obras de Dios. Seguían esperando un día que les traería luz y esperanza.

Los judíos, como nación, habían reclamado la justicia por encima de cualquier otro pueblo, mientras se destacaban en un orgulloso desafío a Dios. Como pueblo eran seguros de sí mismos, exaltados, egoístas y jactanciosos. El árbol estéril era una representación adecuada de ellos. La ambición y las opiniones erróneas acerca del advenimiento de Cristo habían engañado a la nación judía, y cuando Cristo vino como el manso y humilde, no quisieron recibirlo. Israel había pervertido las Escrituras, y había enseñado como doctrina los mandamientos de los hombres. Anularon la ley de Dios con sus tradiciones. Aquella ley que decían observar tan estrictamente, la convirtieron en yugo de esclavitud. Satanás había puesto su levadura en la verdad más preciosa y eterna, para dejar sin efecto la sagrada institución de Dios.

La ley de Dios, si se hubiera observado con obediencia de corazón, habría producido una influencia totalmente diferente; pero la vanagloria, el egoísmo y la opresión marcaron el carácter de los judíos. Exhibían orgullosamente sus ceremonias ante el rostro mismo de Cristo, que era el fundamento y el centro de toda la economía judía, mientras rechazaban al Antitipo de todos sus tipos, a la Sustancia de todas sus sombras. Estaban tan cegados por Satanás que no conocían el tiempo de su visitación. Y Dios declaró: "Oh Israel, te has destruido a ti mismo".

Cristo había buscado a menudo al Padre con angustia de espíritu, al contemplar la situación de los habitantes de Jerusalén. A menudo, en las montañas solitarias, había orado con fuerte llanto y lágrimas, porque de todos los pueblos sobre la faz de la tierra, ninguno estaba tan lleno de amargura y odio contra Él como aquellos que habían sido favorecidos con toda ventaja temporal y espiritual. Este era el pueblo por el cual el Hijo de Dios había hecho tanto, a fin de que se convirtiera en un tesoro de rica verdad, para impartir la misma al mundo. Los que decían conocer a Dios estaban abriendo sus corazones a los atributos de Satanás. En la higuera marchita, Cristo ve la ruina de la nación, y la visión le hace derramar lágrimas.

El brillante futuro de prosperidad y gloria que Jerusalén podría haber disfrutado se levanta ante Él. Si Jerusalén hubiera conocido el tiempo de su visitación, si hubiera aceptado al Redentor del mundo, habría sido curada de su grave enfermedad; habría sido exaltada como la metrópoli del mundo. Ningún ejército romano se habría interpuesto a sus puertas. Ningún yugo romano habría descansado sobre sus hombros. Como ciudadela favorecida de la verdad, la paloma de la paz habría salido de ella a todas las naciones de la tierra. Habría sido como una diadema de gloria para su Dios.

Pero en lugar de esto, Cristo ve a Jerusalén rodeada por el ejército sitiador. Ve a los habitantes sufriendo de inanición, a madres delicadas matando y comiéndose a sus propios hijos, a padres, madres e hijos disputándose un bocado de comida y arrancando a la fuerza los fragmentos de la boca de sus parientes hambrientos. Ve las puertas abiertas a los invasores, y a los que los han desafiado y se han negado a rendirse, ve el sufrimiento bajo el azote, el potro y la cruz. Ve Jerusalén en ruinas, el hermoso y costoso templo, orgullo de la nación, derribado hasta que no queda piedra sobre piedra. Su emplazamiento es arado como un campo. Una imagen terrible. La visión provoca una profunda emoción en el Hijo de Dios.

La explicación de este extraño acto de Cristo en la maldición de la higuera debía permanecer como un llamamiento de advertencia vivo para todas las iglesias cristianas. El árbol malogrado debía repetir su lección en todas las épocas hasta el fin de la historia de la tierra. Dios busca piedad, abnegación, sacrificio, compasión por el hombre y celo por Dios. Anhela ver en el hombre un profundo anhelo del alma por salvar a sus semejantes de la incredulidad y la ruina. Pero la condición actual de las iglesias cristianas es similar a la condición de los judíos en los días de Cristo. El Señor y todo el cielo contemplan la higuera infructuosa. Ven a los hombres pisoteando la ley de Jehová, convirtiendo en nada el pacto entre Él y su pueblo guardador de los mandamientos. Pero al pueblo que pisotea esa ley que Dios ha ordenado, Cristo le dice, como le dijo a la nación judía: "Te has destruido a ti mismo."

Sra. E. G. White

22 de febrero de 1899

La medida del amor de Dios

EGW

"Habéis oído cómo os dije: Me voy, y vuelvo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais, porque dije: Voy al Padre; porque mi Padre es mayor que yo". "Si me amáis, guardad mis mandamientos.... El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él.... Si alguno me ama, guardará mis palabras; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él".

Esta es una expresión del amor de Dios por el hombre caído. Con estas palabras nuestro Salvador pone en nuestras manos una línea que nos permite sondear algo de las profundidades de Su infinito amor, y probar la sinceridad de nuestro amor por Él. La mente finita no puede comprender este amor en toda su profundidad y magnitud. Al estudiar los sufrimientos de Cristo, los resultados del pecado nos angustian tanto que clamamos al Señor para que quite nuestros pecados. A medida que continuamos mirando, nos volvemos más capaces de soportar la visión de lo que Cristo sufrió, y nos damos cuenta cada vez más claramente de Su amor por nosotros. La cruz de Cristo está revestida de una atracción maravillosa y de un poder ilimitado; porque en el sufrimiento relacionado con la escena de la crucifixión, el amor de Dios se nos hace cada vez más impresionante.

Por desobediencia al mandato de Dios, Adán faltó a su lealtad. Así abrió las compuertas del infortunio sobre nuestro mundo. Su posteridad perpetuó el pecado de Adán, mientras que ellos culpaban a sus primeros padres. La profundidad a la que cayeron los hombres justificó el empleo de grandes medios para procurar un rescate. Dios vio que el hombre nunca podría rescatarse y restaurarse a sí mismo. Por lo tanto, ejerció su benevolencia divina al máximo para redimir a aquellos que habían perdido su conexión con Él. Él "amó tanto al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". El amor de Dios excede el amor de un padre terrenal. Sólo puede medirse por el poder y la fuerza de Su carácter. Proporcional a Su poder fue Su infinita compasión por los hombres caídos, y Su deseo de restaurar en ellos Su imagen. El Alto y Santo, que habita la eternidad, se afanó en la grandeza de Su poder y en Su amor inconmensurable para rescatar al hombre caído.

Sólo mediante el don del Hijo de Dios pudo obtenerse el rescate del género humano. Sin este sacrificio, lo único que le quedaba al hombre era la muerte en sus pecados. Pero al dar su vida por la vida del mundo, Cristo salvó el abismo que había abierto el pecado, uniendo esta tierra maldita por el pecado al universo del cielo como una provincia. Dios eligió este mundo para que fuera el teatro de su poderosa obra de gracia. Mientras la sentencia de condenación estaba suspendida sobre él a causa de la rebelión de sus habitantes, mientras las nubes de la ira se acumulaban a causa de la transgresión de la ley de Dios, una voz extraña y misteriosa se oyó en el cielo: "He aquí que vengo... para hacer tu voluntad, oh Dios". "Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero un cuerpo me has preparado".

"El Señor me poseyó en el principio de Su camino, antes de Sus obras de antaño", dice Cristo. "Cuando dio al mar su decreto, para que las aguas no pasaran de Su mandamiento; cuando estableció los fundamentos de la tierra; entonces yo estaba junto a Él, como criado con Él; y cada día era Su delicia, regocijándome siempre delante de Él." Pero el unigénito Hijo de Dios se humilló para venir a esta tierra. Tomó el lugar del pecador; el inocente sufrió por el culpable. Este fue el ocultamiento de Su gloria. "Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte."

Dios aceptó la muerte de su Hijo para salvar a una raza rebelde. Pero, ¿no hubo en esto sacrificio por parte del Padre? El Creador mismo, el Dios Omnipotente, sufrió con Su Hijo. A Abraham se le permitió conocer algo del significado de

este gran sacrificio. Se le llama el padre de los fieles, porque llevó a cabo de corazón la temible prueba, tan plenamente como si hubiera tomado por su propia mano la vida de su hijo.

Nuestro Sustituto y Fianza vino del cielo, declarando que había traído consigo la vasta e inestimable donación de la vida eterna. El perdón se ofrece a todos los que vuelvan a su lealtad a la ley de Dios. Pero Satanás ha llamado a este mundo su territorio. Aquí está su asiento, y tiene en lealtad a sí mismo a todos los que se niegan a guardar los mandamientos de Dios, que rechazan una llanura. "Así dice el Señor". No hay más que dos partidos en este mundo. Todos están bajo el estandarte de los obedientes o bajo el estandarte de los desobedientes. Los que han dado su lealtad a Satanás hacen rigurosas promulgaciones humanas, en oposición a los mandamientos de Dios, y por precepto y ejemplo se esfuerzan por conducir a sus semejantes al pecado. Exaltan las leyes de los hombres por encima de la ley divina. Sobre ellos se suspende la condenación de Dios. Las nubes de su justicia se acumulan. El material de destrucción se ha ido amontonando durante siglos; y la apostasía, la rebelión y la deslealtad aumentan continuamente. El pueblo remanente de Dios comprenderá la palabra pronunciada por Daniel: "Muchos serán purificados, emblanquecidos y probados; pero los impíos obrarán impiamente; y ninguno de los impíos entenderá, sino que los sabios comprenderán".

El Señor hizo el regalo más rico que podía hacer al dar a su Hijo unigénito al mundo. ¿Por qué entonces no se da más gracia y poder a la iglesia? El hombre, por su propia elección, se ha separado de Dios. Su mente y su alma están tan ligadas a los planes de Satanás que está paralizado. Es incapaz de apreciar, apropiarse o impartir los elementos de la vida divina. Una conexión con el engañador, que estuvo tanto tiempo en los atrios celestiales, lo hace ingenioso para pervertir las bendiciones que se le dan, y emplearlas como armas contra Dios. Por lo tanto, el Señor no puede aventurarse a conceder al hombre las bendiciones que de otro modo le concedería.

Jesús envía ahora su mensaje a un mundo caído. Se deleita en tomar material aparentemente sin esperanza, aquellos a través de los cuales Satanás ha obrado, y hacerlos sujetos de su gracia. Se regocija en librarlos de la ira que ha de caer sobre los desobedientes. Se ha comprometido en la obra de nuestra redención. Decidió que no escatimaría nada, por costoso que fuera, ni retendría nada, por caro que fuera, que pudiera restaurar la imagen moral de Dios en el hombre. Y Él guarda un regalo tras otro, esperando los canales apropiados a través de los cuales pueda comunicar los tesoros de la vida eterna.

Sra. E. G. White

1 de marzo de 1899

La parábola del amo de casa-Nº 1

EGW

Después que Jesús hubo dicho las parábolas registradas en el capítulo trece de Mateo, terminó preguntando: "¿Habéis entendido todas estas cosas?" Ellos le respondieron: "Sí, Señor". Entonces les dijo: Por tanto, todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas."

"Cosas nuevas y viejas". El Evangelio no es sólo el Nuevo Testamento. Es tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo. Uno no está completo sin el otro. Jesús declaró que las verdades del Antiguo Testamento son tan valiosas como las del Nuevo. Cristo era tan Redentor del hombre en el principio del mundo como lo es hoy. Nadie se ha salvado jamás si no es por la fe en Él. En la dispensación del Antiguo Testamento, así como en la del Nuevo, Él era el único que podía hablar de perdón a los hijos e hijas de Adán.

Cristo era el fundamento de toda la economía judía. Pero la nación judía exaltó indebidamente las formas y máximas que habían sido transmitidas de rabino a rabino. Enseñaban el error en lugar de la verdad. Muchas de las doctrinas que abrigaban no estaban en la Biblia, sino que eran opiniones de hombres. Los dirigentes judíos se creían el pueblo más religioso del mundo; pero Cristo les dijo: "Erráis, no conociendo las Escrituras ni el poder de Dios", "enseñando como doctrinas mandamientos de hombres". Anuláis la ley de Dios por vuestras tradiciones.

Esto es lo que muchos de los maestros en las iglesias están haciendo hoy. Propagan el error enseñando como doctrina los mandamientos de los hombres. De ninguna manera sus vidas honran a Dios o a las Escrituras. Falsedades que han sido transmitidas de siglo en siglo son enseñadas como la Palabra de Dios. Si éstas son cuestionadas, los que las defienden no dicen: "Escudriñemos la Palabra de Dios, que es la prueba de toda doctrina; comparemos Escritura con Escritura, porque la Palabra de Dios es el tesoro de todo conocimiento". Por el contrario, se niegan totalmente a hacer una investigación sin prejuicios.

Muchos de aquellos a quienes el pueblo acude en busca de instrucción no conducen a sus rebaños al agua pura de la vida. Si al leer la Palabra uno es despertado a buscar la verdad, si al procurar saber lo que las Escrituras enseñan, demuestra que se convertiría en un sabio padre de familia, se le acusa de hacer un gran mal. Él ve la verdad, no como los ministros la han declarado, sino como Cristo la ha presentado en el Antiguo y Nuevo Testamento, y como fiel mayordomo se lo dice a los que le rodean; porque quiere que compartan con él el mensaje de la gracia. Pero ¿cómo le tratan los maestros religiosos? -Igual que trataron a Cristo los dirigentes judíos. Lo ponen en ridículo. Los ministros lo denuncian desde el púlpito, declarando que está causando división en las iglesias. Los intereses eternos están en juego, pero los que deberían recibir la luz con regocijo, luchan contra la Palabra de Dios como peligrosa. No dicen a los que creen engañados: "Venid, examinemos juntos este tema. Si has recibido luz, dánosla; porque necesitamos todo rayo de luz que brille de la Palabra de Dios. Nuestras almas estarán en peligro si entretenemos y enseñamos el error".

Si los que ahora defienden el error escucharan a Dios hablar en Su Palabra, verían que están enseñando como doctrina los mandamientos de los hombres. Se negarían a seguir el ejemplo de los judíos reiterando afirmaciones que no tienen un "Así dice el Señor" como fundamento. Este es el único camino verdadero que deben seguir los que quieren enseñar la Palabra de Dios. Todo buscador humilde encontrará el verdadero conocimiento. Hombres de todo rango, eruditos y no eruditos, pueden entender las Escrituras por sí mismos. La Mente Eterna ha declarado la verdad, y esta verdad es del más alto valor para aquellos que la reciben y la practican.

Por la muerte de Cristo en la cruz, los seres humanos han sido elevados en la escala de valor moral. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna". Cristo miró en la mente del hombre, y vio que estaba degradada y corrompida por el pecado. Decidió presentar bajo la luz más atractiva los principios del Evangelio, para que el hombre pudiera recibirlos y obedecerlos. Quiso refinar, purificar y ennoblecer las facultades que había dado al hombre, para que pudieran desempeñar el papel para el que fueron creadas. Si se permite, las bajas pasiones obtendrán el dominio sobre todo el ser. Cristo quiso que estas pasiones se sometieran a los poderes superiores de la mente.

Cristo presentó la cruz a sus discípulos. "Si alguno quiere venir en pos de mí", dijo, "niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". La cruz debe ser levantada por todos los que reciben a Cristo como su Salvador. Dios no perdona el pecado

para animarnos a continuar en el pecado. Es para poner fin al pecado, para que la naturaleza divina tome posesión del ser, y las riquezas del cielo sean derramadas en la mente y el corazón. Dios ha hecho todo lo posible para que los recursos divinos fluyan libremente, y no debemos considerar ningún sacrificio demasiado costoso para que los tesoros de la verdad puedan ser entregados al mundo. No hacerlo es traicionar la sagrada confianza.

Los que pretenden predicar a Cristo mientras declaran que la ley de Dios ha sido abrogada, no predicán la verdad. Si la ley de Dios no hubiera sido inmutable, Cristo no habría tenido necesidad de sufrir en el Calvario. Murió para que el transgresor de la ley pudiera ser perdonado y volver a su lealtad. Tomó sobre sí la naturaleza humana y sufrió por nosotros, para que pudiéramos tener otra prueba, para que se nos diera la oportunidad de abandonar el estandarte de la rebelión y permanecer bajo el estandarte del Príncipe de la Luz. Y Él declaró: "Yo he guardado los mandamientos de mi Padre". En Él no hay pecado. "Cualquiera que comete pecado transgrede también la ley; porque el pecado es transgresión de la ley. Y sabéis que Él fue manifestado para quitar nuestros pecados; y en Él no hay pecado". El sacrificio de Cristo habría convertido al mundo a la verdad si los falsos maestros no hubieran sostenido doctrinas falsas, haciendo parecer una virtud pisotear la ley de Jehová.

Dios quería que su pueblo proclamara al mundo las grandes verdades de la redención. Quiere que hablen del gran sacrificio hecho para restaurar la imagen moral de Dios, casi borrada. Cuando los hombres participan de la naturaleza divina, sacarán del tesoro del corazón cosas nuevas y antiguas. Abrirán a los que les rodean las grandes verdades de la Palabra de Dios en nuestro mundo.

Para poseer los tesoros celestiales, el hombre debe tener una fe en la verdad que obra por amor y purifica el alma. Debe buscar con diligencia y seriedad, y debe impartir a otros lo que ha recibido. No puede seguir recibiendo tesoros celestiales sin comunicarlos a los que le rodean. No debe consultar su propio placer o facilidad. Le incumbe la gran responsabilidad de dar la verdad a otros, para que ellos también reciban sus principios salvíficos, y con celo celestial desarrollen una mayor comprensión y aprecio por el tesoro celestial. Como fiel cabeza de familia, debe extraer del Antiguo y del Nuevo Testamento la verdad eterna e inmutable. A medida que lo haga, aumentará el tesoro que posee.

Cuando la verdad es recibida en el corazón, los hábitos y costumbres se conforman a Cristo. El aprendiz se siente obligado a elevar al Salvador. La verdad obra por amor y purifica su alma, y considera los mandamientos de Dios,

no como abrogados, sino como verdad inmutable, dada al mundo desde el principio. Presenta los tesoros de la Palabra de Dios de una manera fresca y agradable, porque la verdad ha tomado posesión de su mente, de su corazón, de todo su ser.

Sra. E. G. White

8 de marzo de 1899

La parábola del cabeza de familia-Nº 2

EGW

La verdad enriquece constantemente a quien la recibe. Cada verdad recibida es un poder refinador. Las mentes de aquellos que reciben la verdad aumentan su actividad. Por el Dios del cielo son imbuidos de un poder correspondiente al origen e importancia de la verdad. A medida que los hombres ejercitan sus talentos, tratando de mejorar cada capacidad, sus poderes mentales y espirituales se fortalecen; porque donde hay vida espiritual, hay desarrollo y crecimiento. No hay posibilidad de que los tesoros del padre de familia disminuyan, si se utilizan correctamente. Verdades poderosas han sido enterradas bajo el sofisma del error, pero serán encontradas por el buscador diligente. Cuando él abre el tesoro de las joyas de la verdad, no es un robo; porque todos los que aprecian estas joyas pueden poseerlas, y entonces ellos también tienen un tesoro que abrir a otros. El que imparte no se priva a sí mismo del tesoro; pues a medida que lo examina, para poder presentarlo de tal manera que atraiga a otros, encuentra nuevos tesoros.

Los talentos que se nos prestan en confianza deben utilizarse para beneficiar y bendecir a los demás. Se prestan para ser mejorados. Su valor está en sí mismos. Tanto si la persona a la que se le confían se da cuenta de su valor como si no, siguen siendo los mismos. Pero si no los aprecia, no tienen ningún valor para él. El dinero puede encerrarse de varias maneras. Sigue siendo dinero, pero no tiene ningún beneficio especial para nadie. Pero el dinero sabiamente invertido da dinero a cambio, que puede ser utilizado para ganar más dinero. Así sucede con los tesoros del padre de familia, la Palabra del Dios vivo. El uso que se hace de las gemas de la verdad determina su valor para el poseedor. Deben usarse para ayudar, bendecir y salvar a aquellos por quienes el Señor dio a su Hijo unigénito. Entonces son del más alto valor para nosotros. De esta manera podemos aumentar nuestros talentos, añadiendo joya a joya.

El apóstol Pablo encargó a Timoteo: "Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús. Y lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros." "Retén la forma de las sanas palabras que has oído de mí, en la fe y el amor que es en Cristo Jesús. Lo bueno que te fue encomendado guárdalo por el Espíritu Santo que mora en nosotros." "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad". ¡Cuánta altura, profundidad y amplitud hay en estas palabras! Pablo comprendió que aquellos que han sido iluminados por el Espíritu Santo tienen un talento importantísimo en su poder. Sus palabras enseñan la misma lección enseñada por las palabras de Cristo: "Todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas."

"No me avergüenzo del Evangelio de Cristo", vuelve a escribir Pablo, "porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en él se revela la justicia de Dios de fe en fe, como está escrito: El justo por la fe vivirá. Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad."

La fe profesada debe ser la fe actuada. Los que han recibido la luz de la verdad están en posesión de un conocimiento que deben impartir a los demás. Los que quieren enseñar la Palabra de Dios deben recibir ellos mismos los tesoros divinos. No deben contentarse con repetir discursos fijos, dependiendo de notas. Deben aumentar su tesoro, mejorando constantemente su manera de presentar la verdad. No han de ser enanos en conocimiento religioso, sino que han de abrir sus corazones al primer llamado de Cristo. "Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo".

A quienes acojan a Cristo como huésped de honor, Él les comunicará cosas preciosas. A su vez, ellos abrirán sus tesoros de luz y bendición a otras almas. Así se obtendrá una variedad interminable de buenos resultados.

Pero toda la alabanza y la gloria deben darse a Dios. Ningún ser humano debe sentarse en la silla más alta, aceptando la alabanza de otros, y olvidando que sus tesoros pertenecen a Dios. La bendición de Dios está prometida a los que tienen hambre y sed de justicia, pero nada es tan ofensivo a sus ojos como tener hambre y sed de la alabanza de los hombres. Cuando el Señor pese en la balanza del santuario las acciones de los que se han esforzado por ser los primeros, cuando

vean cómo considera Él tales contiendas, se postrarán ante su estrado, avergonzados de su proceder.

No todos pueden ser primeros; no todos pueden ser maestros. Es una gran desgracia ser incapaz de ver en los demás excelencias superiores y poderes de mayor utilidad que en uno mismo. Caminemos humildemente ante Dios, reconociéndole como el gran Maestro. Si participamos de la naturaleza divina, Dios nos capacitará para encontrar la felicidad en la actividad, y el descanso en llevar el yugo de Cristo. Si usamos correctamente los poderes que Dios nos ha dado, orando, esperando, velando y trabajando, llevando el yugo de Cristo y aprendiendo diariamente de Él a ser mansos y humildes de corazón, una gran alegría llegará a nuestras vidas.

Si no fuera por los dones de gracia y las bendiciones de Dios, estaríamos en bancarrota por toda la eternidad. Entonces, que nadie haga sonar sus propias alabanzas, alimentándose de su propia supuesta sabiduría. Si sus talentos fueran de su propia manufactura, habría alguna consistencia en la auto alabanza. Pero el hombre no tiene nada propio. No revelemos nuestra falta de verdadera sabiduría exaltándonos a nosotros mismos. Inclinémonos humildemente a los pies de Aquel que nos ha confiado nuestros talentos. Usemos y mejoremos estos talentos, devolviendo el capital y los intereses al Dador.

Jesucristo es la gran verdad de este tiempo. En Él están ligadas todas las verdades que conciernen a nuestra salvación. "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Cristo murió por todo el mundo; sin embargo, ¡cuán pocos llenan el lugar que Dios les ha asignado como amos de casa! El Señor espera que Sus amos de casa preparen el camino para Su segundo advenimiento ayudando de todas las maneras posibles a aquellos por quienes Él dio Su vida. Las señales de Su segunda venida están claramente señaladas en la profecía. Cuando vino al mundo la primera vez, la divinidad y la humanidad estaban mezcladas. Esta es nuestra única esperanza. El Hijo del hombre está plenamente cualificado para ser el iniciador de una humanidad que se fundirá con la divinidad al participar de la naturaleza divina. Él nos ofrece hacer de nosotros hilos de oro en la red de la humanidad. Quiere que cumplamos nuestra parte cooperando con Él en la curación de los manantiales de vida que han sido pervertidos, y haciéndolos fluir por canales santificados.

Como una confianza sagrada, cada talento debe ser empleado correctamente. Aquellos a quienes Dios ha hecho sus mayordomos deben escudriñar las Escrituras con fervor, para que puedan comunicar la verdad a otros,

conduciéndolos al camino que ha sido trazado para los rescatados del Señor. Por precepto y ejemplo debemos enseñar a otros que por la gracia de Cristo pueden ser obedientes a todos los mandamientos de Dios, y ser revestidos de la justicia de Cristo. Esta es la obra que Dios requiere de sus siervos. No debemos seguir nuestra propia naturaleza perversa, sino ser como niños pequeños. Hemos de dejar a un lado nuestra propia voluntad, siguiendo implícitamente los dictados de la voluntad de Dios. "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad".

Los tesoros de la verdad que poseemos deben ser entregados al mundo, para que otros tengan la oportunidad de aprender el valor de la verdad. Las necesidades de aquellos que sufren de pobreza espiritual deben ser aliviadas. Cuando se haga esto, no sólo se impresionará la mente de los que reciben la ayuda, sino que la mente del que hace la obra será vivificada por el poder del Espíritu Santo. Por el poder que sólo proviene de Dios, estará capacitado para explicar la verdad a los demás. La verdad es poder de Dios para salvación a todos los que la reciben, y derrama un torrente de luz en el corazón, y ejerce una influencia convincente sobre la mente, estimulando y fortaleciendo a quien comunica los tesoros de la Palabra de Dios.

Sra. E. G. White

15 de marzo de 1899

"Pedid y recibiréis"

EGW

"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá."

Dios cumple todas las promesas que ha hecho. Nos ha dado el privilegio de acudir a Él, y no debemos temer cansarle. Para inspirarnos seguridad y confianza, Cristo dice: "¿Qué hombre hay de vosotros, a quien si su hijo le pide pan, le dará una piedra? o si le pide un pez, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan?"

Dios desea que creamos en estas promesas; desea que nos presentemos ante Él con seriedad y seguridad, que le contemos todas nuestras necesidades. Cristo ha

dado su vida para hacer posible que la familia humana tenga otra prueba, para formar caracteres tales que el Señor pueda hacerlos sus hijos e hijas, miembros de la familia real, hijos del Rey celestial. No debemos dudar de la Palabra de la promesa. Tenemos la Palabra de Dios y, como la viuda importuna, hemos de implorar su bendición, su poder para vivir como hijos de Dios.

Como obreros juntamente con Dios, los discípulos de Cristo deben representar el carácter de su Redentor. Cristo dice: "De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidiereis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré.... Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré sin consuelo; vendré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo ya no me ve; pero vosotros me veis; porque yo vivo, vosotros también viviréis."

Pero hay condiciones para el cumplimiento de estas promesas. "Si me amáis", dice Él, "guardad mis mandamientos". El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él". Aquellos que traen sus peticiones a Dios, reclamando que Su promesa ha sido hecha para ellos, mientras ellos no cumplen con las condiciones, insultan a Jehová. Traen el nombre de Cristo como su autoridad para el cumplimiento de la promesa, pero no hacen aquellas cosas por las cuales muestran su amor y fe en Jesucristo.

Muchos han perdido, y están perdiendo, sus condiciones de aceptación con el Padre. Necesitamos examinar de cerca la escritura de confianza con la que nos acercamos a Dios. Si somos desobedientes, traemos al Señor un pagaré para que lo cobre, cuando no hemos cumplido nuestra parte del contrato. Nos quejamos de que nuestro cheque no es honrado, cuando es un cheque falso. Nos acercamos a Dios con Sus promesas, y le pedimos que las cumpla, cuando al hacerlo deshonraría Su nombre.

La promesa es: "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho". Y Juan declara: "En esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Mas el que guarda su palabra, en éste verdaderamente se ha perfeccionado el amor de

Dios; en esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo".

Las condiciones están claramente establecidas, y aquellos que leen la Palabra no necesitan equivocarse. Si probamos que somos fieles y verdaderos, el Señor cumplirá con las condiciones que ha puesto. Aquellos que son hacedores de la Palabra dan evidencia de que son creyentes de la Palabra. Tendrán un fuerte consuelo por las promesas hechas, y en confianza se aferrarán a la vida eterna.

Hay una fase de este tema que con demasiada frecuencia se pierde de vista, pero que es de importancia para toda alma que busque al Señor en oración. ¿Has sido sincero con tu Dios? Escudriña cuidadosamente; porque el Señor dice a Su iglesia y a cada individuo: "Yo conozco tus obras". Todo es conocido por Dios. Todo está abierto a los ojos de Aquel con quien tenemos que ver, y Él dice: "Aun desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis ordenanzas, y no las habéis guardado. Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros, dice el Señor de los ejércitos. Pero vosotros dijisteis: ¿Adónde volveremos?".

La ceguera espiritual sobreviene a los hombres cuando escogen su propio camino y se aventuran a transgredir los mandamientos de Dios. Dios ha dado a los hombres sus ordenanzas para mantenerlos en armonía con sus caminos y voluntad, para que Dios pueda cooperar con el hombre, y el hombre con Dios, en el avance de su reino en el mundo. El Señor ha dado en fideicomiso al hombre todo lo que éste llama suyo, y reclama para sí una cierta porción de ello. Este es el retorno que el hombre debe hacer a su Dios, para sostener a los ministros que el Señor ha designado para dar el mensaje de misericordia a un mundo caído. Los centinelas de los muros de Sión no deben ser provistos de manera fortuita. El Señor ha confiado el avance y la edificación de su reino a sus centinelas, y ellos deben hacer la obra que se les ha asignado. Deben ser fieles en su ministerio, hablando las palabras que Dios les ha dado. El mensaje debe ser llevado a la gente: "Volved a mí, y yo volveré a vosotros, dice el Señor de los ejércitos.... ¿Robará un hombre a Dios? Sin embargo, vosotros me habéis robado a Mí. Pero vosotros decís: ¿En qué te hemos robado? En diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición; porque me habéis robado, toda esta nación. Traed todos los diezmos al alfolí, para que haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde."

A través de Su siervo Dios declara: "He aquí que yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a

quien vosotros buscáis, el mensajero de la alianza, a quien deseáis vosotros; he aquí que vendrá, dice el Señor de los ejércitos. ¿Y quién resistirá el día de su venida? ¿Y quién estará en pie cuando él aparezca? Porque él es como fuego de refinador, y como jabón de lavaderos; y se sentará como refinador y purificador de plata; y purificará a los hijos de Leví, y los limpiará como a oro y plata, para que ofrezcan al Señor una ofrenda en justicia. Entonces la ofrenda de Judá y de Jerusalén será agradable al Señor, como en los días de antaño y como en los años pasados."

Estos preparativos deben hacerlos todos los que esperan recibir algo del Señor. Incluso los que adoran a los ídolos hacen preparativos especiales, y llevan sus ofrendas al altar, antes de pedir a sus dioses que hagan por ellos las cosas que desean. Y los que creen en Dios, el Dios vivo, ¿se acercarán a Él con poca reverencia y en superioridad humana? ¿Serán como el fariseo, que se alababa y adoraba a sí mismo, y en su orgullo y autosuficiencia depreciaba a los que consideraba pecadores? El Señor no escuchará las oraciones de los tales.

Si el Señor fuera tan caprichoso, tan impulsivo, tan cambiante, como lo son los seres humanos, aquellos que muestran tales frutos de injusticia se consumirían en sus pecados; pero el Señor soporta largamente la perversidad de los hombres. Él está constantemente reprendiéndolos por medio de Su Palabra, constantemente atrayéndolos, para que se arrepientan y se conviertan, para que Él los sane. Pocos consideran que orar es algo solemne. ¡Cuán pocos velan en oración, y procuran hablar y actuar en armonía con sus oraciones! El apóstol Pablo dice: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor. Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, según su beneplácito".

Cristo trata de mantener ante nuestras mentes el curso que nuestro Padre celestial sigue hacia sus hijos obedientes, al demorar la respuesta a sus oraciones. Dios no quiere que su pueblo se desanime si sus oraciones no son contestadas de inmediato. Quiere que escudriñen sus propios corazones cuidadosamente y con humildad de mente. ¿Han usado el talento de la palabra, que se les ha dado para ofrecer alabanza y acción de gracias a Dios, para herir o desanimar a alguno de los hijos de Dios? ¿Han usado el precioso don de Dios, la voz, para herir el alma de un santo o de un pecador? Si lo han hecho, que corrijan las cosas, que quiten el aguijón venenoso. Estos esfuerzos por preservar el amor cristiano y la unidad son esenciales para estar preparados para presentarse ante Dios con fe y confianza, para buscarle de todo corazón.

La Palabra nos exhorta: "Que no se ponga el sol sobre tu ira". Haz confesión a los que has herido. Si otros manifiestan sentimientos contrarios hacia ti, o te han herido, llévalos alguna muestra de consideración. Diles que no quieres que exista entre vosotros contienda o división alguna, pues esto deshonra a Dios. Entonces, aunque no puedas ablandar el corazón de quien te ha ofendido, aunque tu bondad sea rechazada, habrás cumplido con tu deber, y Dios te bendecirá. Él te dará Su paz mental y Su gracia. Aumentará tu confianza en Él. Entonces podrás llevar tu ofrenda a Dios. Trae alma y voz y ser a Su altar, para ser usado para glorificarlo, y Él aceptará la ofrenda.

Sra. E. G. White

5 de abril de 1899

"Que el que tenga corazón diga: Ven"

EGW

Hay gran necesidad de prestar atención a las palabras de Cristo: "Yo Jesús he enviado a mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, y la estrella resplandeciente de la mañana. Y el Espíritu y la esposa digan: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tenga sed, que venga. Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente". Aquí se presentan el libre recibir y el libre dar. Hemos de comunicar la luz que Dios nos ha concedido ricamente. La bendición del Señor, recibida, debe ser transmitida a los demás. Algunos dirán: "No soy apto para servir a Dios. ¿Cómo puedo hacer este trabajo de comunicar la verdad? La oposición a los mandamientos de Dios es tan fuerte, ¿qué puedo hacer yo, una pobre y débil criatura?". Está bien que te des cuenta de tu debilidad, pero debes apoyarte totalmente en Dios para que te dé fuerzas. ¿Hay algo demasiado difícil de hacer para el Señor?

No se ha acortado el brazo del Señor para salvar. No se ha agravado su oído para no oír. Dios puede obrar y obrará a través de agentes humanos. Él puede santificar el corazón, y hacer del agente humano un vaso para honra. Tomad la Palabra; leedla, consideradla, orad sobre ella; dejad que entre en vuestro entendimiento; dejad que la luz inunde el templo del alma, para que podáis testificar de estas cosas en las iglesias. La Palabra de Dios es infalible; acéptala tal como se lee; mira con confianza a Dios; confía en Él para que te capacite para Su servicio. No estamos autorizados a confiar en nosotros mismos; Cristo es nuestro ayudador, nuestra suficiencia. A Él le corresponde *darnos* la victoria. Cristo ha sacado a la luz la vida y la inmortalidad, y debemos mirar hacia Él, y

tomar esta gran salvación que Él ha ganado para nosotros por medio de Su propia muerte. Sólo cree; camina por fe, no por vista.

Hay muchas almas que anhelan indeciblemente la luz, la seguridad y la fuerza más allá de lo que han sido capaces de captar. Hay que buscarlas y trabajar por ellas con paciencia y perseverancia. Presenta a Jesús porque lo conoces como tu Salvador personal. Deja que Su amor que derrite, Su rica gracia, fluya de labios humanos. No necesita presentar puntos doctrinales a menos que se lo cuestionen, sino tomar la Palabra, y con tierno y anhelante amor por las almas, mostrarles la preciosa justicia de Cristo, a quien usted y ellos deben acudir para ser salvos.

Satanás está trabajando con su poder magistral para retenerte, para mantenerte en su ejército. Ten siempre presente que los poderes del bien y del mal se esfuerzan por dominar a cada alma que busca a Jesús. Satanás trabaja para arrastrar a las almas inquisitivas lejos de la cruz; pero Cristo las está atrayendo, y todos los que están cooperando con Cristo ejercerán una influencia convincente para llevar a otros a él.

Como obreros de la salvación de las almas, pedid sabiduría a Dios, creyendo que os concederá el don que pedís. Recibid la preciosa dádiva por fe, sin dudar. Al buscar a Dios con sinceridad, creyendo en Su Palabra, reconociendo Su bondad, Su misericordia y Su amor hacia nosotros, brota de nosotros el agua viva para refrescar y reavivar el espíritu de los humildes y contritos. Las almas que buscan la verdad necesitan que se les hablen palabras a tiempo, porque Satanás les está hablando por medio de sus tentaciones. Si encontráis repulsa al tratar de ayudar a las almas, no le hagáis caso. Hablad a los que quieran escuchar. Imparte el conocimiento de la verdad que has obtenido; pero que sea la verdad tal como es en Jesús. Trabaja mientras es de día, porque "viene la noche, cuando nadie puede trabajar". Siembra la semilla con fe, y con mano diligente. Trabaja como si pudieras contemplar el universo del cielo mirándote. Un alma salvada vale más que el mundo entero. Todos los que estén dispuestos a examinar y comprender la verdad, encontrarán el precioso, inestimable y escondido tesoro.

No olvidemos nunca que no podemos asimilarnos al mundo y ser el pueblo de Dios. Hay divinidad en la Palabra. Al presentar la Palabra a los demás, nunca la conviertas en un "supongamos", una "suposición" o un "tal vez". Habla como alguien que tiene autoridad de Dios a través de Su Palabra. Declare con Pedro: "Cuando os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo,

no nos guiamos por fábulas ingeniosas, sino que fuimos testigos oculares de su majestad..... Tenemos también una palabra profética más segura; a la cual hacéis bien en estar atentos, como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que amanezca y el lucero del alba se levante en vuestros corazones."

Sra. E. G. White

3 de mayo de 1899

La Palabra hecha carne

EGW

"Y a vosotros, que en otro tiempo erais extraños y enemigos en vuestra mente por obras inicuas, ahora os ha reconciliado en el cuerpo de su carne por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él, si permanecéis en la fe asentada y firme, y no os movéis de la esperanza del Evangelio que habéis oído y que ha sido predicado a toda criatura que está debajo del cielo; ... del cual yo soy hecho ministro, según la dispensación de Dios que me ha sido dada para con vosotros, para que se cumpla la Palabra de Dios; el misterio oculto desde los siglos y edades, pero manifestado ahora a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria."

Cristo vino a esta tierra obrando las obras de Dios, curando a los enfermos y resucitando a los muertos. "En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres". Pero los sacerdotes y gobernantes de la nación judía se negaron a reconocerle como el Mesías. "En el mundo estaba, y el mundo por Él fue hecho, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron".

Los escribas y fariseos acusaron a Cristo de blasfemia por haberse hecho igual a Dios. Pero Él les salió al paso y negó sus acusaciones. "¿Eres Tú mayor que nuestro padre Abrahán, que ha muerto?", le preguntaron; "¿quién te haces a Ti mismo?". Respondió Jesús: "Si me honro a mí mismo, mi honra no es nada; es mi Padre quien me honra; de quien decís que es vuestro Dios; sin embargo, vosotros no le habéis conocido, pero yo le conozco; y si dijera que no le conozco, sería un mentiroso como vosotros; pero yo le conozco y guardo su palabra. Vuestro padre Abraham se regocijó al ver mi día, y lo vio, y se alegró. Entonces los judíos le dijeron: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, Yo soy."

Aquí Cristo les muestra que, aunque ellos pudieran calcular su vida en menos de cincuenta años, su vida divina no podía ser calculada por el cálculo humano. La existencia de Cristo antes de su encarnación no se mide con cifras.

"Antes que Abraham fuese, Yo soy". Abraham deseaba grandemente ver al Mesías en sus días. Ofreció la oración más ferviente para poder verlo antes de morir. "Buscó una ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.... Por tanto, de uno solo, y como muerto, brotaron tantos como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena que está a la orilla del mar, innumerables. Todos éstos murieron en la fe, no habiendo recibido las promesas, sino habiéndolas visto de lejos, y persuadidos de ellas, las abrazaron y confesaron que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra."

Pero Abraham vio a Cristo. Una luz sobrenatural le fue dada, y reconoció el carácter divino de Cristo. Tuvo una visión clara de Cristo, el Mesías. Vio su día y se alegró. Se le dio una visión del Sacrificio divino por el pecado. Fue Jesucristo quien le había prometido: "Mira ahora al cielo, y cuenta las estrellas, si las puedes contar; y le dijo: Así será tu descendencia".

Pero Abraham fue puesto a prueba. Le llegó la orden de tomar a su hijo, su único hijo, Isaac, y ofrecerlo en sacrificio sobre un monte que Dios le mostraría. ¡Oh, en qué agonía de emociones contradictorias Abraham se inclinó al pie del altar que había erigido para Jehová, orando por luz! Pero cuanto más oraba, más se oscurecía su mente. Oyó la orden: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a la tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto". Pensó en la promesa: "Como las estrellas, así será tu descendencia", pero se dirigía a sacrificar al hijo en quien se centraba esta esperanza. Con su propia mano, por mandato divino, debía cortar la única esperanza de hacer realidad esta promesa.

Pero cuando Abraham estaba con el cuchillo levantado para obedecer a Dios, su mano fue detenida, y oyó una voz que decía: "No pongas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ahora sé que temes a Dios, pues no me has ocultado a tu hijo, tu único hijo."

Esta terrible prueba le fue impuesta a Abraham para que pudiera ver el día de Cristo, y darse cuenta del gran amor de Dios por el mundo, tan grande que, para sacarlo de su degradación, entregó a su Hijo unigénito a una muerte sumamente vergonzosa.

Abraham aprendió de Dios la lección más grande jamás dada a un mortal. Su oración para ver a Cristo antes de morir fue contestada. Vio a Cristo; vio todo

lo que los mortales pueden ver y vivir. Al hacer una entrega total, pudo comprender la visión de Cristo que le había sido dada. Se le mostró que, al dar a su Hijo unigénito para salvar a los pecadores de la ruina eterna, Dios estaba haciendo un sacrificio mayor y más maravilloso que el que jamás pudiera hacer el hombre.

"Y Abraham llamó el nombre de aquel lugar Jehová-jireh; como se dice hasta hoy: En el monte de Jehová se verá". Esto lo tenían presente los judíos. Cuando eran llevados a los lugares más difíciles, donde parecía no haber forma de liberación, decían: "En el monte del Señor se verá."

Esta lección fue de gran valor para todo Israel. Con ella se demostraba a Abrahán que Dios no exige a los padres que ofrezcan a sus hijos e hijas por los pecados del mundo. Esto lo hacían las naciones paganas, y a veces lo había practicado el pueblo que se llamaba a sí mismo el Israel de Dios. Pero debían tener siempre presente que ningún ser humano puede ser aceptado como ofrenda por el pecado. Sólo el Hijo de Dios puede cargar con la culpa del mundo.

"Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy. Entonces tomaron piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo, pasando por en medio de ellos, y así pasó de largo." ¡Qué historia es ésta! Los judíos estaban tan cegados por el engaño del enemigo que, sin ninguna forma de juicio, habrían apedreado a Cristo hasta la muerte. Vieron que se hacía igual a Dios, y como no tenían conocimiento de Dios ni de Jesucristo, pensaron que esto era una blasfemia. Si hubieran tenido conocimiento de Dios, no habrían rechazado a Su Hijo, y le habrían acusado de blasfemia.

¡Cuántos hoy están pasando por el mismo terreno! En su ignorancia de Dios, en su mala interpretación de Su Palabra, los hombres tergiversan las Escrituras para su propia destrucción. Acarician el error como verdad, y tienen un celo no conforme al conocimiento.

El YO SOY encarnado es nuestro Sacrificio permanente. El YO SOY es nuestro Redentor, nuestro Sustituto, nuestra Garantía. Él es el hombre del día entre Dios y el alma humana, nuestro Abogado en las cortes del cielo, nuestro Intercesor incansable, suplicando en nuestro favor Sus méritos y Su sacrificio expiatorio. El YO SOY es nuestro Salvador. En Él se centran nuestras esperanzas de vida eterna. Él es una ayuda siempre presente en tiempo de angustia. En Él está la seguridad de toda promesa. Debemos reconocer y recibir a este Salvador todopoderoso; debemos contemplarlo, para que seamos semejantes a él en

carácter. "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios".

Juan el Bautista envió mensajeros a Cristo, diciendo: "¿Eres Tú el que ha de venir, o esperamos a otro?". Jesús dijo a los mensajeros: "Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se predica el Evangelio."

La divinidad de la religión de Cristo se muestra en su adaptabilidad para encontrarse con la humanidad sufriente, su condescendencia con un estado bajo. Su gloria se refleja en quienes la reciben. Pero los fariseos no podían creerlo, pues esperaban un Salvador que nunca se les había prometido. El Evangelio ha de predicarse a los pobres; no a los espiritualmente orgullosos, a los que pretenden ser ricos y no tienen necesidad de nada, sino a los humildes y contritos. Sólo se ha abierto una fuente para el pecado, una fuente para los pobres de espíritu. Es gratuita para todos los que tienen sed del agua de la vida. "Eh, todo el que tiene sed, venid a las aguas, y el que no tiene dinero; venid, comprad y comed; sí, venid, comprad vino y leche sin dinero y sin precio."

Jehová es el nombre dado a Cristo. "He aquí, Dios es mi salvación", escribe el profeta Isaías; "confiaré y no temeré, porque el Señor Jehová es mi fortaleza y mi cántico; él también se ha convertido en mi salvación. Por tanto, con alegría sacaréis agua de las fuentes de la salvación. Y en aquel día diréis: Alabad al Señor, invocad su nombre, anunciad sus obras entre los pueblos, haced mención de que su nombre es exaltado." "En aquel día se cantará este cántico en la tierra de Judá: Tenemos una ciudad fuerte; salvación pondrá Dios por muros y baluartes. Abrid las puertas, para que entre la nación justa que guarda la verdad. Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en Ti persevera, porque en Ti confía. Confiad en el Señor para siempre, porque en el Señor Jehová está la fuerza eterna."

"Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo", declaró Cristo; "si alguno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, que yo daré por la vida del mundo... En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida".

Sra. E. G. White

10 de mayo de 1899

Cristo glorificado

EGW

"Estas palabras habló Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique. Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a cuantos le has dado. Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú has enviado. Te he glorificado en la tierra; he terminado la obra que me diste que hiciese. Y ahora, Padre, glorifícame Tú al lado tuyo, con la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese."

Esta es una declaración clara de la preexistencia de Cristo. Si no hubiera tenido una existencia antes de asumir la naturaleza humana, ¿cómo podría poseer la gloria con el Padre antes de que el mundo fuera? Este es un gran tema que deben contemplar todos los que buscan la verdad. El Espíritu Santo estará junto a todos ellos para presentarles la gloria de esta maravillosa verdad. ¡Oh, que la mente humana sea fortalecida para que pueda comprender la gloria del Redentor!

Cristo no está orando por la manifestación de la gloria de la naturaleza humana; porque esa naturaleza humana nunca tuvo existencia en Su preexistencia. Él está orando a Su Padre en relación con una gloria poseída en Su unidad con Dios. Su oración es la de un mediador; el favor que pide es la manifestación de esa gloria divina que poseía cuando era uno con Dios. Quítese el velo, dice, y resplandezca mi gloria, la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.

Cristo define la manera en que Él ha glorificado al Padre: "He manifestado Tu nombre a los hombres que me diste del mundo; tuyos eran, y Tú me los diste; y ellos han guardado Tu Palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que Me has dado son de Ti".

¿Cómo respondió el Padre a la oración de Cristo?

Durante un tiempo, Cristo estuvo a prueba. Asumió la humanidad para soportar la prueba que el primer Adán no pudo soportar. Si hubiera fracasado en su prueba, habría sido desobediente a la voz de Dios, y el mundo se habría perdido.

Satanás ha afirmado que los hombres no podían guardar los mandamientos de Dios. Para probar que sí podían, Cristo se hizo hombre y vivió una vida de

perfecta obediencia, una evidencia para los seres humanos pecadores, para los mundos no caídos y para los ángeles celestiales, de que el hombre podía guardar la ley de Dios mediante el poder divino que se provee abundantemente para todos los que creen. Para revelar a Dios al mundo, para demostrar como verdadero lo que Satanás ha negado, Cristo se ofreció voluntariamente a tomar la humanidad, y en Su poder, la humanidad puede obedecer a Dios. "A cuantos le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". Todo el cielo es de Cristo para darlo al mundo.

Cristo se despojó de su posición de honor en los atrios celestiales. Se hizo varón de dolores y experimentado en quebranto. Estuvo, como nosotros, sujeto a las tentaciones del enemigo. Satanás se regocijó cuando Cristo se convirtió en un ser humano, y rodeó su camino con todas las tentaciones imaginables. La debilidad humana y las lágrimas fueron su porción; pero Él buscó a Dios, orando con toda su alma, con fuerte clamor y lágrimas; y fue escuchado en lo que temía. La sutileza del enemigo no pudo atraparlo mientras confió en Dios y fue obediente a sus palabras. "El príncipe de este mundo viene", dijo Él, "y nada tiene en Mí". No puede encontrar nada en Mí que responda a sus sofismas.

En medio de la impureza, Cristo mantuvo su pureza. Satanás no pudo mancharlo ni corromperlo. Su carácter revelaba un odio perfecto hacia el pecado. Fue su santidad lo que despertó contra él toda la pasión de un mundo derrochador; porque con su vida perfecta arrojó sobre el mundo un perpetuo reproche, y puso de manifiesto el contraste entre la transgresión y la justicia pura y sin mancha de Aquel que no conoció pecado. Esta pureza celestial molestó al enemigo apóstata como ninguna otra cosa podría hacerlo, y siguió a Cristo día tras día, utilizando en su obra a la gente que afirmaba tener una pureza y un conocimiento de Dios superiores, poniendo en sus corazones un espíritu de odio contra Cristo, y tentando a sus discípulos a traicionarle y abandonarle.

Cristo fue azotado por las tentaciones y convulsionado por la agonía. Fue lacerado con azotes, coronado de espinas y crucificado. El enemigo caído, una vez exaltado al cielo, magulló el calcañar de Cristo, pero esto fue todo lo que pudo hacer. Mientras se dedicaba a hacer desprecio a Cristo, su cabeza era magullada. Mientras soportaba la contradicción de los pecadores contra sí mismo, Cristo se llenaba de dolor y angustia. Esto fue representado como la magulladura de Su calcañar. Un dolor, más pesado que nunca oprimió a otro, pesaba sobre Su humanidad.

Pero aunque la gloria divina de Cristo quedó velada y eclipsada durante un tiempo al asumir la humanidad, no por ello dejó de ser Dios al hacerse hombre. Lo humano no sustituyó a lo divino, ni lo divino a lo humano. Este es el misterio de la piedad. Las dos expresiones, humana y divina, eran en Cristo estrecha e inseparablemente una, y sin embargo tenían una individualidad distinta. Aunque Cristo se humilló para hacerse hombre, la Deidad seguía siendo suya. Su Deidad no podía perderse mientras permaneciera fiel y leal a Su lealtad. Rodeado de dolor, sufrimiento y contaminación moral, despreciado y rechazado por el pueblo al que se le habían confiado los oráculos del cielo, Jesús podía hablar de sí mismo como el Hijo del hombre en el cielo. Estaba dispuesto a tomar de nuevo su gloria divina cuando terminara su obra en la tierra.

Hubo ocasiones en que Jesús se presentó en carne humana como el Hijo de Dios. La divinidad destelló a través de la humanidad, y fue vista por los sacerdotes y gobernantes burlones. ¿Fue reconocida? Algunos reconocieron que era el Cristo, pero la mayor parte de los que en esas ocasiones especiales se vieron obligados a ver que era el Hijo de Dios, se negaron a recibirlo. Su ceguera correspondía a su decidida resistencia a la convicción.

Cuando la gloria moradora de Cristo resplandeció, fue demasiado intensa para que Su humanidad pura y perfecta pudiera ocultarla por completo. Los escribas y fariseos no hablaron en reconocimiento de Él, sino que su enemistad y odio fueron desconcertados cuando resplandeció su majestad. La verdad, oscurecida como estaba por un velo de humillación, habló a todos los corazones con una evidencia inconfundible. Esto condujo a las palabras de Cristo: "Vosotros sabéis quién soy yo". Hombres y demonios se vieron obligados, por el resplandor de su gloria, a confesar: "Verdaderamente, éste es el Hijo de Dios". Así fue revelado Dios: así fue glorificado Cristo.

Al resucitar a Cristo de entre los muertos, el Padre glorificó a su Hijo ante la guardia romana, ante las huestes satánicas y ante el universo celestial. Un ángel poderoso, vestido con la panoplia del cielo, descendió, dispersando las tinieblas de su rastro, y, rompiendo el sello romano, hizo rodar la piedra del sepulcro como si hubiera sido un guijarro, deshaciendo en un momento la obra que había hecho el enemigo. Se oyó la voz de Dios, que llamaba a Cristo desde su prisión. La guardia romana vio ángeles celestiales que caían en reverencia ante Aquel a quien habían crucificado, y Él proclamó sobre el sepulcro rasgado de José: "Yo soy la resurrección y la vida." ¿Podemos sorprendernos de que los soldados cayeran como muertos a tierra?

La ascensión de Cristo al cielo, en medio de una nube de ángeles celestiales, lo glorificó. Su gloria oculta resplandeció con todo el brillo que el hombre mortal podía soportar y vivir. Vino a nuestro mundo como hombre; ascendió a su morada celestial como Dios. Su vida humana estuvo llena de dolor y aflicción, a causa de su cruel rechazo por aquellos a quienes vino a salvar; pero se permitió a los hombres verle fortalecido, contemplarle ascender en gloria y triunfo, rodeado de un convoy de ángeles. A los mismos seres santos que anunciaron Su advenimiento al mundo se les permitió asistirle en Su ascensión, y exigir una entrada triunfal para el Ser real y glorificado. "Levantad la cabeza, oh puertas", claman al acercarse a los portales celestiales; "y levantaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria". Los ángeles de las puertas responden en alta tensión: "¿Quién es este Rey de gloria?". Y de miles y decenas de miles de voces surge la respuesta: "El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla. Levantad la cabeza, puertas; levantadla, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria". De nuevo los ángeles de las puertas claman: "¿Quién es este Rey de gloria?" y de nuevo la respuesta se eleva triunfante: "El Señor de los ejércitos, Él es el Rey de gloria."

Así fue atendida la oración de Cristo. Fue glorificado con la gloria que tenía con su Padre antes de que el mundo fuera. Pero en medio de esta gloria, Cristo no pierde de vista a los que se esfuerzan y luchan en la tierra. Tiene una petición que hacer a su Padre. Hace retroceder a la hueste celestial hasta que se encuentra en presencia directa de Jehová, y entonces presenta su petición en favor de sus elegidos.

Padre", dice, "quiero que también ellos, los que me has dado, estén conmigo donde yo estoy". Y entonces el Padre declara: "Que todos los ángeles de Dios le adoren". Las huestes celestiales se postran ante Él, y elevan su cántico de triunfo y alegría. La gloria rodea al Rey del cielo, y fue contemplada por todas las inteligencias celestiales. No hay palabras para describir la escena que tuvo lugar cuando el Hijo de Dios fue reinstalado públicamente en el lugar de honor y gloria que dejó voluntariamente al hacerse hombre.

Y hoy Cristo, glorificado, y sin embargo nuestro Hermano, es nuestro Abogado en los atrios del cielo. "En todo le convenía ser semejante a sus hermanos, para ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo". "No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado." "Porque en cuanto El mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados."

"Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro."

Sra. E. G. White

17 de mayo de 1899

La promesa del Espíritu

EGW

Sin embargo, os aseguro -dijo Cristo a sus discípulos- que os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador; pero si me voy, os lo enviaré..... Cuando venga el Espíritu de verdad, os guiará en toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque recibirá de lo mío, y os lo hará saber". "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo". "Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y vosotros también daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio."

La ascensión triunfal de Cristo al cielo fue la señal de que sus seguidores iban a recibir la bendición prometida. Para esto debían esperar antes de comenzar su trabajo sin la presencia visible de su amado Maestro. Mientras aún estaba con ellos, les ordenó que no se alejaran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, "la cual, dice, oísteis de mí. Porque Juan a la verdad bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días."

Cuando Cristo entró por las puertas celestiales, fue entronizado, en medio de los cantos de millones de ángeles. Tan pronto como se completó esta ceremonia, el Espíritu Santo descendió sobre Sus seguidores en ricas corrientes, de acuerdo con la promesa de Cristo, y dejaron de ser huérfanos. ¡Cuán rápidamente cumplió Cristo su promesa, y envió desde las cortes celestiales la garantía de su amor! Después de Su inauguración, vino el Espíritu y Cristo fue verdaderamente glorificado, incluso con la gloria que tenía desde toda la eternidad con el Padre. Durante Su humillación en esta tierra, el Espíritu no había descendido con toda su eficacia; y Cristo declaró que si Él no se iba, no vendría, pero que si se iba, lo enviaría. Era una representación de Sí mismo, y después de ser glorificado se manifestó.

Entonces el pueblo contempló al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. ¡Cuán glorioso apareció el Salvador, a los ojos de la multitud sobrecogida, revestido con las vestiduras de la divinidad! Oh, si volviera a visitarlos en forma humana, ¡con cuánta alegría lo recibirían! ¿Cómo consideró Pedro su negación de Cristo en la hora de la tentación, cuando, con sus hermanos, soportó ver a Aquel que es invisible? Anhelaba dar testimonio de la divinidad y gloria de Cristo. Y se le dio la oportunidad.

"Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, que se asentó sobre cada uno de ellos. Y fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen." "Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les dijo: Varones Judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, sabed esto, y escuchad mis palabras.... Jesús de Nazaret, varón aprobado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales, que Dios hizo por medio de él en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis, y por manos inicuas crucificasteis y matasteis.... A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Y exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís ahora.... Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que Dios ha constituido Señor y Cristo al mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis."

Este capítulo está lleno de interés para todos los que aman al Señor. El poder divino se puso del lado de la redención. Vean a la gente que llega de todas partes para oír al apóstol dar testimonio de la verdad tal como es en Jesús. Se agolpan en el templo. Sacerdotes y gobernantes están presentes, con el ceño oscuro de la malignidad todavía en sus rostros; sus corazones todavía llenos del espíritu de odio permanente hacia Cristo; sus manos no limpias de la sangre que habían derramado cuando crucificaron al Redentor del mundo. Creyeron encontrar a los apóstoles acobardados de miedo, porque la mano fuerte de la opresión y el asesinato había dado testimonio de su propósito. Pero fíjate con qué atención miran, con qué seriedad escuchan, como hechizados. Encuentran a los apóstoles, en vez de tristes, descorazonados y desalentados, dispuestos a rendir su fe en Cristo, llenos de valor, proclamando, por el poder del Espíritu Santo, la divinidad de Cristo. Los oyen declarar con audacia que el Hombre recientemente humillado, escupido, escarnecido, herido por manos crueles,

coronado de espinas y crucificado, es el Príncipe de la Vida, y que ahora está sentado a la diestra de Dios.

Los que escuchaban a los discípulos habían tomado parte activa en la muerte de Cristo. Sus voces se habían mezclado con las de la multitud que lo rechazaba. Cuando Jesús y Barrabás estuvieron ante ellos en la sala del juicio, y Pilato preguntó: "¿A quién queréis que os suelte?", gritaron: "Soltadnos a Barrabás". "¿Qué haré, pues, con Jesús?". "Crucifícalo, crucifícalo". Escogieron a un ladrón, a un asesino, antes que al Hijo de Dios. Pilato les entregó a Cristo, diciendo: No encuentro falta en este hombre. Tomadle y crucificadle. Yo me lavo las manos, como inocente de su sangre. Entonces se levantó como el bramido de las fieras: "Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos". El hecho estaba consumado; Cristo fue crucificado.

Ahora esta gente oye a los discípulos declarar que era al Hijo de Dios a quien habían crucificado. Sacerdotes y gobernantes temblaron. La convicción y la angustia se apoderaron del corazón del pueblo. "Aguijoneados en el corazón, dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos el Señor nuestro Dios llamare..... Y los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas".

Ahora bien, los discípulos comprendieron las palabras pronunciadas por Cristo cuando aún estaba con ellos: "En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros".

"Recibiréis poder", había dicho Cristo, "cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra". Por el descenso del Espíritu Santo, los apóstoles fueron capacitados para la obra que Cristo les había encomendado: la obra de recoger la cosecha. El gran Maestro vino a sembrar el mundo con la verdad; y después de su ascensión, la cosecha reveló el poder de su enseñanza.

Hoy, como en los días de los apóstoles, estas ricas promesas, los inagotables suministros del cielo, están a la orden de cada alma que está unida a Cristo. En efecto, Cristo se hizo pobre por los pecadores, hasta el punto de abandonar los atrios celestiales y despojarse de sus vestiduras reales, humillándose hasta la humanidad, para conocer las necesidades de los hombres y ayudarles a superar la degradación de la caída. Se unió estrechamente al Padre, para que su fuerza

unida pudiera influir en las almas de los hombres y salvarlos de la ruina eterna. De la misma manera deben sus siervos cultivar la espiritualidad, si esperan tener éxito en su trabajo.

El Espíritu Santo, enviado del cielo por la benevolencia del amor infinito, toma las cosas de Dios y las revela a toda alma que tiene una fe implícita en Cristo. Por su poder, las verdades vitales, de las que depende la salvación del alma, se imprimen en las mentes de los hombres, y el camino de la vida se hace tan claro y evidente que los ignorantes, que no han tenido la ventaja de una gran erudición, no necesitan errar en él. La fe es sencilla; no significa ni más ni menos que creer en la Palabra del Dios infinito. Creyendo, todos pueden tener vida por medio de Su nombre. Cuando los judíos preguntaron: "¿Qué haremos, para que hagamos las obras de Dios?", la respuesta salió de los labios de Uno que nunca miente: "Esta es la obra de Dios: que creáis en el que Él ha enviado". "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios".

Los principios de la verdad divina, recibidos y acariciados en el corazón, nos llevarán a una altura de excelencia moral que no habíamos considerado posible alcanzar. Creer en Cristo hace posible que cada uno sea un vencedor. "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en sí mismo, se purifica a sí mismo, así como Él es puro."

Sra. E. G. White

24 de mayo de 1899

"Este hombre recibe a los pecadores"

EGW

"Entonces se le acercaron todos los publicanos y pecadores para oírle. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este recibe a los pecadores, y come con ellos. Y les refirió esta parábola, diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, se la echa sobre los hombros, regocijándose. Y cuando vuelve a casa,

reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento."

Los escribas y fariseos se enorgullecían de la idea de que eran el pueblo elegido de Dios, y estaban llenos de justicia propia. "Cristo vino a los suyos, y los suyos no le recibieron". No halagó a los fariseos ni los exaltó de ninguna manera. Recibió a los publicanos y pecadores que los judíos despreciaban de todo corazón, y debido a que sus lecciones de humildad, compasión y amor reprendían su egoísmo y orgullo, no quisieron saber nada de Él, sino que se apartaron de Él con desprecio. Hacían grandes ostentaciones, vestían largas túnicas y se ponían a orar en las esquinas de las calles, pero ninguna de estas pretensiones de piedad asustaba al gran Maestro ni le arrancaba una sola palabra de aprobación. Ellos se halagaban a sí mismos, pero Él no los halagaba. La enseñanza de Cristo iba en contra de toda vanidad y orgullo, pues eran aborrecibles para el Altísimo. Son los humildes y los contritos cuyas oraciones son escuchadas en el cielo. El Señor declara que conoce de lejos a los soberbios. Dice: "A éste miraré, al pobre y contrito de espíritu, que tiembla a mi palabra".

Cuando los escribas y los fariseos vieron que los publicanos y los pecadores seguían a Cristo y escuchaban con vivo interés su enseñanza, no pudieron tolerar ni al Maestro ni a los oyentes. Odiaban a Cristo y decían: "Éste recibe a los pecadores y come con ellos". Con esta acusación pensaban dar la falsa impresión de que Jesús amaba la asociación con los pecadores y contaminados, y era insensible a su maldad. A este reproche respondió Jesús con la parábola de la oveja perdida. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna".

La parábola de la oveja perdida coloca al hombre en la posición de alguien indefenso y deshecho. Todos están perdidos a menos que sean transformados en su carácter.

La condición perdida de las ovejas hace necesaria la venida del Pastor Verdadero, para que, a cualquier costo para Él mismo, busque y salve a los que están pereciendo. Los que son sabios en su propia opinión no se dan cuenta de la posición en que los coloca esta parábola. El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. ¿No deja el pastor a los noventa y nueve en el desierto y va tras lo que se ha perdido hasta que lo encuentra?

Al dar a su Hijo unigénito para salvarnos, el Señor Dios muestra cuál es la estimación que pone en el hombre. A la pregunta: ¿Cuál es el precio del alma del hombre? la respuesta es: La vida del unigénito Hijo de Dios. Y como Cristo vino a salvar al hombre, alto o bajo, rico o pobre, blanco o negro, ¿hay alguno que deba ser tratado con desprecio? Satanás ha estudiado para poner en ruinas la imagen de Dios, y a través de la intemperancia y el pecado borrar todo rastro de Su carácter en el hombre. Cristo vino, vistiendo Su Divinidad con humanidad, para encontrarse con la humanidad y no extinguir la humanidad por la Divinidad. Vino a salvar a la oveja perdida, y se hizo siervo en un ministerio humilde para elevar a los humildes.

La ciencia de la salvación es un tema grandioso, y toda la gloria de la restauración de la imagen de Dios en el hombre debe ser puesta a los pies del Eterno. Los santos ángeles han abandonado las cortes reales, y han descendido a la tierra para acampar en los valles en carros de fuego, un vasto ejército, no para despreciarlos, no para gobernarlos, ni para exigir que el hombre los adore, sino para ministrar a los que serán herederos de la salvación. Si se abrieran los ojos humanos, verían en tiempos de peligro, cuando Satanás sale como león rugiente en busca de quien devorar, que los seres celestiales acampan alrededor del pequeño rebaño que ama y teme a Dios.

El Pastor celestial dejó a las noventa y nueve para buscar a la perdida. Por oscura que sea la noche, por severa que sea la tempestad, el Pastor sigue adelante, llamando a cada paso por su nombre a su oveja perdida, hasta que oye su grito aterrorizado, débil y moribundo. Entonces busca en los lugares peligrosos, atraviesa los zarzales enmarañados y encuentra a su oveja. La rescata del peligro, se la echa al hombro y con regocijo vuelve al redil. A cada paso clama: "Alegraos conmigo, porque he hallado mi oveja que se había perdido". "Y cuando vuelve a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: "Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido."

Si pudiéramos ver a los ángeles celestiales observando con intenso interés los pasos del Pastor cuando va al desierto a buscar y salvar a los perdidos, ¡qué maravilla llenaría nuestros corazones! "Os digo que de la misma manera habrá gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, más que por noventa y nueve justos [en su propia estimación], que no necesitan arrepentimiento". Es el enfermo el que siente la necesidad de un médico, y la misión de Cristo en el mundo era buscar y salvar a los que perecían. "Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna".

Sra. E. G. White

21 de junio de 1899

"Por nosotros se hizo pobre"

EGW

Cristo es el gran Misionero de los pobres, los enfermos y los que sufren. "A los pobres se les anuncia el Evangelio", declaró. El Rey del cielo, podría haber vivido entre los más ricos, pero eligió la pobreza, honrándola al hacerla Su suerte, redimiéndola de su humillación al consagrarse a una vida de pobreza, despojándola para siempre del reproche del desprecio al bendecir a los pobres, los herederos del reino de Dios. La pobreza con Cristo es riqueza del más alto valor. Tal pobreza es santificada y bendecida.

La pobreza abunda en este mundo; ¿y por qué? Muchos se empobrecen por la administración deshonesto de los que comercian con los bienes de su Señor. Hoy en día se practican delitos de todo tipo para obtener dinero. El egoísmo, el engaño, el robo y el derramamiento de sangre están haciendo de este mundo una verdadera Sodoma, y de sus habitantes como los habitantes del mundo antediluviano. En el afán de posesión, se transgrede la ley de Dios. Pero el castigo alcanzará a los malhechores. Las riquezas no pueden salvar un alma de la muerte. El que se entrega a la obra de Satanás crea una fuerza del mal que no puede reprimir.

Hay una religión falsa, que pone en peligro las almas de todos los que la promueven, que enseña que el placer y el disfrute egoístas son la suma de la felicidad. La parábola del hombre rico y Lázaro nos muestra que esto es falso. Era deber del hombre rico ayudar a Lázaro dando de su abundancia. Pero se negó a hacerlo y se entregó a una vida destemplada y lujosa. Llegó un momento en que el hombre rico habría dado todo lo que poseía para intercambiar su lugar con Lázaro, una vez pobre y cubierto de llagas. Cayó enfermo, y durante su enfermedad aprendió lo que significaba el sufrimiento. Se le representa llamando constantemente a Lázaro para que le aliviara en su ardiente fiebre. Pero no tenía conocimiento de Dios, y se representa a Abraham como respondiendo: "Entre nosotros y vosotros hay un gran abismo establecido, de modo que los que quisieran pasar de aquí a vosotros no pueden; ni tampoco pueden pasar a nosotros los que quisieran venir de allí."

Cristo tomó su posición con los pobres, para poder levantar de la pobreza el estigma que el mundo ha unido a ella. Él conoce el peligro del amor a las riquezas. Sabe que este amor es la ruina de muchas almas. Coloca a los ricos en el lugar donde pueden satisfacer todos sus deseos de grandeza. Desarrolla la debilidad de la humanidad y muestra que, a pesar de su abundancia, muchos de los ricos no son ricos para con Dios. El hombre que posee casas y tierras, enaltecido y engañado por el respeto que se le tributa, desprecia al pobre, que, sin embargo, puede poseer virtudes que el rico no tiene. Cuando sea pesado en la balanza del santuario, el rico egoísta y codicioso será hallado falto, mientras que el pobre, que sólo ha dependido de Dios para su bondad, será declarado heredero de las riquezas eternas.

Dios ha hecho del rico su mayordomo, y si camina tras los pasos de Cristo, manteniendo una vida humilde y piadosa, llegará a ser manso y humilde de corazón. Se dará cuenta de que sus posesiones son sólo tesoros prestados, y sentirá que se le ha confiado una sagrada confianza para ayudar a los necesitados y a los que sufren. Esta obra tendrá su recompensa en ricos tesoros depositados junto al trono de Dios. Así el hombre rico puede tener éxito en la vida, como fiel administrador de los bienes de su Señor.

Todo sufrimiento no es el resultado de una vida pervertida. Job se nos presenta como un hombre a quien el Señor permitió que Satanás afligiera. El enemigo lo despojó de todo lo que poseía; sus lazos familiares se rompieron; sus hijos le fueron arrebatados. Durante un tiempo su cuerpo se cubrió de llagas repugnantes y sufrió mucho. Sus amigos trataron de hacerle ver que era responsable, por su conducta pecaminosa, de todas sus aflicciones. Pero él negó la acusación, declarando: "Miserables consoladores sois todos vosotros". Al tratar de probar que Job era culpable ante Dios y merecedor de castigo, sus amigos le sometieron a una dura prueba y colocaron a Dios bajo una falsa luz; pero Job no se apartó de su lealtad y Dios recompensó a su fiel servidor.

Existe una conexión entre la religión de Cristo y la pobreza. El cristianismo es el consuelo de los pobres. Cristo ha sido siempre el Amigo del pobre. En Su humanidad hay hilos de oro que unen al pobre creyente y confiado a Su propia alma de amor infinito. Él es el Gran Médico, el poderoso Sanador de todas las enfermedades. Mientras estuvo en nuestro mundo, llevó nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores. Era pobre, pero era la fuente de toda bondad, de todas las bendiciones. Él es una reserva de poder para todos los que se consagran a la obra que Él vino a hacer.

Jesús, el Redentor del mundo, poseía la actividad del cielo, la ambición del cielo. Anhelaba extender Su reino a todas las partes del mundo. Soportó la agonía de la cruz para llevar a cabo esta obra, animado por la perspectiva de un triunfo universal. Al morir por la raza pecadora, destruyó al que tenía el poder de la muerte. La sangre de la cruz selló el pacto irrevocable que asegura a nuestro Redentor la herencia de los paganos y la posesión de los confines de la tierra.

Los cristianos tienen el sagrado deber de llevar adelante la obra que Cristo vino a realizar. Él declaró: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el Evangelio a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a predicar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos". Él anhela que los hombres y las mujeres cooperen con Él. Pueden ser ignorantes, pero si son mansos y humildes, Él los hará vasos aptos para el uso del Maestro. Serán discípulos sinceros y de todo corazón, capaces de comprender el gran designio de Dios en favor de una raza que perece.

El Señor pide voluntarios que sean abnegados, que soporten la dureza como buenos soldados de la cruz de Cristo. Pide obreros que estén dispuestos a trabajar con Él. Podemos hacer mucho para ayudar a los pobres y alegrarles la vida, si nos damos cuenta de ello. Aquellos que trabajan con corazones desinteresados, que comparten las simpatías de Cristo, que se esfuerzan fervientemente por cumplir Su propósito para la humanidad, ayudarán a engrosar la marea de Su alegría, y darán honor, majestad y alabanza a Su nombre.

La última gran batalla en favor de la verdad y la justicia está por librarse, y Dios quiere que Sus soldados salgan con fe. Cristianos, ¿discernís los signos de los tiempos? ¿Podéis, con humilde pisada, poner vuestros pies en las huellas de vuestro Redentor? ¿Podéis entregaros de corazón a una obra buena, a una empresa peligrosa? En verdad, el Señor tiene necesidad de ejércitos de obreros, y algunas de las almas más preciosas se encontrarán en el pozo de la degradación. Dios nos llama a trabajar por esta clase. No perdáis vuestra pureza por estar entre los impuros, sino que "edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. Y de unos tened compasión, haciendo diferencia; y a otros salvad con temor, sacándolos del fuego; aborreciendo aun el vestido manchado por la carne. Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída y presentaros sin mancha delante de su gloria

con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos."

Sra. E. G. White

28 de junio de 1899

El único mediador verdadero

EGW

"Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo". "Porque hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre". "Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra que rocían a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? Y por esto Él es el Mediador del nuevo testamento, para que por medio de la muerte... los llamados reciban la promesa de la herencia eterna".

Jesús es nuestro Abogado, nuestro Sumo Sacerdote, nuestro Intercesor. Nuestra posición es como la de los israelitas en el día de la Expiación. Cuando el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo, que representa el lugar donde nuestro Sumo Sacerdote está ahora suplicando, y rociaba la sangre expiatoria sobre el propiciatorio, no se ofrecían sacrificios propiciatorios fuera. Mientras el sacerdote intercedía ante Dios, todo corazón debía inclinarse en contrición, suplicando el perdón de la transgresión.

El tipo se encontró con el antitipo en la muerte de Cristo, el Cordero inmolado por los pecados del mundo. Nuestro gran Sumo Sacerdote ha hecho el único sacrificio que tiene algún valor para nuestra salvación. Cuando se ofreció a sí mismo en la cruz, se hizo una expiación perfecta por los pecados del pueblo. Ahora estamos en el atrio exterior, aguardando y esperando esa bendita esperanza, la gloriosa aparición de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. No deben ofrecerse sacrificios fuera, pues el gran Sumo Sacerdote está realizando Su obra en el lugar santísimo. En Su intercesión como nuestro abogado, Cristo no necesita la virtud de ningún hombre, ni la intercesión de ningún hombre. Él es el único portador del pecado, la única ofrenda por el pecado. La oración y la confesión sólo deben ofrecerse a Aquel que ha entrado una vez para siempre en

el lugar santísimo. Él salvará hasta el extremo a todos los que acudan a Él con fe. Él vive siempre para interceder por nosotros.

Esto hace inútil el ofrecimiento de la misa, una de las falsedades del romanismo. El incienso que ahora ofrecen los hombres, las misas que se dicen para la liberación de las almas del purgatorio, no tienen el menor valor a los ojos de Dios. Todos los altares, sacrificios, tradiciones e invenciones, con que los hombres esperan ganar la salvación, son falaces.

Los sacerdotes y los gobernantes no tienen derecho a interponerse entre Cristo y las almas por las que ha muerto, como si estuvieran investidos de los atributos del Salvador y pudieran perdonar el pecado. Ellos mismos son pecadores, y sólo son humanos. Un día verán que sus doctrinas engañosas han conducido a crímenes de todo tipo. Son responsables de muchos males terribles que los hombres han perpetrado contra sus semejantes. Los mártires han sido torturados y ejecutados por hombres instigados por Satanás para realizar actos perversos. Estas cosas se han hecho bajo el dominio del hombre de pecado, que se ha colocado a sí mismo como Dios, sentándose en el templo de Dios, y tomando sobre sí las prerrogativas de Dios, para poder llevar a cabo sus propios planes. El Juez de toda la tierra pedirá cuentas a los que han hecho esas obras. El caso de cada alma que ha sido encarcelada, cada ser humano que ha sido torturado, ha sido anotado por el ángel registrador.

"Escrito está en los profetas: Y todos serán enseñados por Dios. Todo hombre, pues, que ha oído y ha aprendido del Padre, viene a Mí. No que alguno haya visto al Padre, sino el que es de Dios, éste ha visto al Padre. De cierto, de cierto os digo: El que cree en Mí, tiene vida eterna".

El ser humano más poderoso, sea cual sea su pretensión, no es infinito. No puede comprender el infinito. Cristo declaró claramente: "Nadie conoce al Padre sino el Hijo". Un maestro se esforzaba una vez por presentar la exaltación de Dios, cuando se oyó una voz que decía: "Todavía no podemos comprender quién es Él". El maestro respondió noblemente: "Si fuera capaz de exponer completamente a Dios, yo mismo sería un dios, o Dios mismo dejaría de ser Dios." El más poderoso intelecto creado no puede comprender a Dios; las palabras de la lengua más elocuente no logran describirlo; en Su presencia el silencio es elocuencia.

Cristo representó al Padre ante el mundo, y representa ante Dios a los elegidos en quienes ha restaurado la imagen moral de Dios. Ellos son Su herencia. A ellos les dice: "El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre". Nadie "conoce al

Hijo, sino el Padre; ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar". Ningún sacerdote, ningún religioso, puede revelar el Padre a ningún hijo o hija de Adán. Los hombres sólo tienen un Abogado, un Intercesor, que puede perdonar la transgresión. ¿No deberían nuestros corazones hincharse de gratitud hacia Aquel que dio a Jesús para ser la propiciación por nuestros pecados? Piensa profundamente en el amor que el Padre ha manifestado en nuestro favor, el amor que ha expresado por nosotros. No podemos medir este amor; no hay medida. ¿Podemos medir el infinito? Sólo podemos señalar al Calvario, al Cordero inmolado desde la fundación del mundo.

"Porque si, siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, sino que también nos alegramos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora hemos recibido la expiación. Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron, ... Por tanto, así como por el delito de uno vino el juicio a todos los hombres para condenación, así también por la justicia de uno vino a todos los hombres el don gratuito para justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de Uno muchos serán constituidos justos."

"Por ellos, oró Cristo, me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados por la verdad. No ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, ... para que el mundo conozca que tú me has enviado.... Padre, quiero que también ellos, los que me has dado, estén conmigo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria que me has dado, porque me has amado desde antes de la fundación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y yo les he anunciado Tu nombre, y lo anunciaré; para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos, y Yo en ellos."

Así el gran Intercesor presenta Su petición al Padre. Ningún intermediario se interpone entre el pecador y Cristo. Ningún profeta muerto, ningún santo enterrado es visto. Cristo mismo es nuestro Abogado. Todo lo que el Padre es para Su Hijo, Él lo es para aquellos a quienes Su Hijo representó en la humanidad. En cada línea de su obra, Cristo actuó como representante del Padre. Vivió como nuestro sustituto y fiador. Trabajó como quería que lo

hicieran sus seguidores, desinteresadamente, apreciando el valor de cada ser humano por el que sufrió y murió.

La promesa del Padre era que si Cristo vestía su divinidad con humanidad, si soportaba la prueba que Adán no pudo soportar, su obediencia sería contada como justicia para su pueblo. Así vencería en favor de ellos y los colocaría en terreno ventajoso. Así se les daría un período de prueba en el que podrían volver a su lealtad guardando la ley de Dios. Y en esto Cristo vería la aflicción de su alma y quedaría satisfecho.

Sra. E. G. White

4 de julio de 1899

Nuestro país: sus peligros

EGW

La nación más grande y más favorecida de la tierra es Estados Unidos. Una Providencia bondadosa ha protegido a este país y ha derramado sobre él las más selectas bendiciones del Cielo. Aquí han encontrado refugio los perseguidos y oprimidos. Aquí se ha enseñado la fe cristiana en su pureza. Este pueblo ha recibido grandes luces y misericordias sin igual. Pero estos dones han sido devueltos por la ingratitud y el olvido de Dios. El Infinito hace cuentas con las naciones, y su culpa es proporcional a la luz rechazada. En el registro del cielo se levanta ahora una terrible acta contra nuestra tierra; pero el crimen que llenará la medida de su iniquidad es el de anular la ley de Dios.

Entre las leyes de los hombres y los preceptos de Jehová vendrá el último gran conflicto de la controversia entre la verdad y el error. En esta batalla estamos entrando ahora, una batalla no entre iglesias rivales que se disputan la supremacía, sino entre la religión de la Biblia y la religión de la fábula y la tradición. Los organismos que se unirán contra la verdad y la justicia en esta contienda están ahora trabajando activamente.

La Santa Palabra de Dios, que nos ha sido transmitida a tal precio de sufrimiento y sangre, es muy poco valorada. La Biblia está al alcance de todos, pero son pocos los que realmente la aceptan como guía de vida. La infidelidad prevalece en grado alarmante, no sólo en el mundo, sino también en la Iglesia. Muchos han llegado a negar doctrinas que son los pilares mismos de la fe cristiana. Los grandes hechos de la creación, tal como los presentan los escritores inspirados,

la caída del hombre, la expiación y la perpetuidad de la ley de Dios, son prácticamente rechazados por una gran parte del mundo que profesa ser cristiano. Miles de personas que se enorgullecen de su sabiduría e independencia consideran una prueba de debilidad el depositar una confianza implícita en la Biblia, y una prueba de talento y erudición superiores el poner reparos a las Escrituras y espiritualizar y explicar sus verdades más importantes. Muchos ministros están enseñando a su pueblo, y muchos profesores y maestros están instruyendo a sus estudiantes, que la ley de Dios ha sido cambiada o abrogada; y ridiculizan a aquellos que son tan simples de mente como para reconocer todas sus afirmaciones.

Al rechazar la verdad, los hombres rechazan a su Autor. Al pisotear la ley de Dios, niegan la autoridad del Legislador. Es tan fácil hacer un ídolo de doctrinas y teorías falsas como formar un ídolo de madera o de piedra. Satanás induce a los hombres a concebir a Dios con un carácter falso, como si tuviera atributos que no posee. Un ídolo filosófico es entronizado en el lugar de Jehová; mientras que el verdadero Dios, tal como se revela en su Palabra, en Cristo y en las obras de la creación, es adorado por muy pocos. Miles divinizan la naturaleza, mientras niegan al Dios de la naturaleza. Aunque en una forma diferente, la idolatría existe hoy en el mundo cristiano tan verdaderamente como existió entre el antiguo Israel en los días de Elías. El dios de muchos hombres supuestamente sabios, de filósofos, poetas, políticos, periodistas, el dios de los refinados círculos de moda, de muchos colegios y universidades, incluso de algunas instituciones teológicas, es poco mejor que Baal, el dios-sol de Fenicia.

Ningún error aceptado por el mundo cristiano golpea más audazmente contra la autoridad del Cielo, ninguno se opone más directamente a los dictados de la razón, ninguno es más pernicioso en sus resultados, que la doctrina moderna, que tan rápidamente gana terreno, de que la ley de Dios ya no es obligatoria para los hombres. Cada nación tiene sus leyes, que imponen respeto y obediencia; ¿y no tiene el Creador de los cielos y de la tierra ninguna ley que gobierne a los seres que ha hecho? Supongamos que ministros prominentes enseñaran públicamente que las leyes que gobiernan nuestra nación y protegen los derechos de sus ciudadanos no son obligatorias, que restringen las libertades del pueblo y que, por lo tanto, no deben ser obedecidas. Pero, ¿es una ofensa más grave hacer caso omiso de las leyes de los Estados y las naciones que pisotear los preceptos divinos que son el fundamento de todo gobierno? Cuando se deja de lado la norma de justicia, se abre el camino para que el príncipe del mal establezca su dominio en la tierra.

Sería mucho más coherente que las naciones abolieran sus estatutos y permitieran a la gente hacer lo que les plazca, que el Gobernante del universo anulara su ley y dejara al mundo sin una norma para condenar al culpable o justificar al obediente. ¿Sabríamos cuál sería el resultado de anular la ley de Dios? El experimento ha sido probado. Terribles fueron las escenas representadas en Francia cuando el ateísmo se convirtió en el poder dominante. Entonces se demostró al mundo que deshacerse de las restricciones que Dios ha impuesto es aceptar el gobierno del más cruel de los tiranos.

Dondequiera que se dejan de lado los preceptos divinos, el pecado deja de parecer pecaminoso, o la justicia deseable. Los que se niegan a someterse al gobierno de Dios están totalmente incapacitados para gobernarse a sí mismos. A través de sus perniciosas enseñanzas, el espíritu de insubordinación se implanta en los corazones de los niños y jóvenes, que son naturalmente impacientes de control; y el resultado es un estado de sociedad sin ley y licenciosa. Mientras se burlan de la credulidad de los que obedecen los requerimientos de Dios, las multitudes aceptan ansiosamente los engaños de Satanás. Dan rienda suelta a la lujuria y practican los pecados que hicieron caer los juicios sobre los paganos.

Si se suprimiera por completo la restricción impuesta por la ley divina, las leyes humanas no tardarían en ser desatendidas. Debido a que Dios prohíbe las prácticas deshonestas -la evasión, la mentira y la estafa-, los hombres están dispuestos a pisotear sus estatutos como un obstáculo para su prosperidad mundana; pero los resultados de desterrar estos preceptos serían tales que no prevén. Si la ley no fuera obligatoria, ¿por qué habría de temer alguien transgredirla? La propiedad ya no estaría a salvo. Los hombres obtendrían las posesiones de sus vecinos mediante la violencia, y el más fuerte se haría más rico. La vida misma no sería respetada. Los que desprecian los mandamientos de Dios siembran desobediencia para cosechar desobediencia. El voto matrimonial dejaría de ser un baluarte sagrado para proteger a la familia. Quien tuviera el poder, podría, si lo deseaba, tomar a la mujer de su prójimo mediante la violencia. El quinto mandamiento se dejaría de lado con el cuarto. Los hijos no vacilarían en quitar la vida a sus padres, si con ello pudieran obtener el deseo de sus corazones corruptos. El mundo civilizado se convertiría en una horda de ladrones y asesinos; y la paz, el descanso y la felicidad serían desterrados de la tierra.

Ya la doctrina de que los hombres están liberados de la obediencia a los requerimientos de Dios ha debilitado la fuerza de la obligación moral, y ha

abierto las compuertas de la iniquidad sobre el mundo. La anarquía, la disipación y la corrupción se abaten sobre nosotros como una marea abrumadora. Satanás actúa en la familia. Su estandarte ondea, aun en los hogares profesamente cristianos. Hay envidia, conjeturas malignas, hipocresía; distanciamiento, emulación, contienda, traición de las sagradas confianzas, complacencia de la lujuria. Todo el sistema de principios y doctrinas religiosas, que debería formar la base y el marco de la vida social, parece ser una masa tambaleante, lista para caer en la ruina. Los criminales más viles, cuando son encarcelados por sus delitos, suelen ser objeto de regalos y atenciones, como si hubieran alcanzado una distinción envidiable. Se da la mayor publicidad a su carácter y a sus crímenes. Los periódicos publican los detalles repugnantes del vicio, iniciando así a otros en la práctica del fraude, el robo y el asesinato; y Satanás se regocija en el éxito de sus planes infernales. La infatuación del vicio, el arrebató gratuito de la vida, el terrible aumento de la intemperancia y la iniquidad de todo orden y grado, deben despertar a todos los que temen a Dios a preguntar qué se puede hacer para detener la marea del mal.

Los tribunales de justicia son corruptos. Los gobernantes están movidos por el deseo de lucro y el amor al placer sensual. La intemperancia ha enturbiado las facultades de muchos, de modo que Satanás las domina casi por completo. Los juristas están pervertidos, sobornados, engañados. La embriaguez y el jolgorio, la envidia pasional, la deshonestidad de todo tipo, están representados entre los que administran las leyes. "La justicia está lejos; porque la verdad está caída en la calle, y la equidad no puede entrar".

Nuestra tierra está en peligro. Se acerca el momento en que sus legisladores abjurarán de tal modo de los principios del protestantismo que darán su apoyo a la apostasía romana. El pueblo por el cual Dios ha obrado tan maravillosamente, fortaleciéndolo para que se deshaga del yugo del papismo, dará vigor, mediante un acto nacional, a la fe corrupta de Roma, despertando así la tiranía que sólo espera un toque para volver a la crueldad y al despotismo. Con pasos rápidos nos acercamos ya a este período. Cuando las iglesias protestantes busquen el apoyo del poder secular, siguiendo así el ejemplo de esa iglesia apóstata, por oponerse a la cual sus antepasados soportaron la más feroz persecución, entonces habrá una apostasía nacional que sólo terminará en la ruina nacional.

12 de julio de 1899

Un Salvador crucificado y resucitado

EGW

"Y sin controversia grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria". Cuanto más estudiamos el tema de la redención de la raza humana, mayores profundidades encontramos, y allí, al pensar en la gloria del Redentor, hay profundidades que no podemos alcanzar. Es la gloria del Príncipe de la Vida, y los poderes más poderosos del hombre no pueden comprenderla plenamente. Los mismos ángeles desean examinar este tema misterioso y maravilloso. Escribiendo por inspiración del Espíritu de Dios, el apóstol Pedro dice: "A quien amáis sin haberle visto; en quien creyendo, aunque ahora no le veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso, recibiendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas. De la cual salvación han inquirido y escudriñado diligentemente los profetas, que profetizaron acerca de la gracia que había de venir a vosotros; escudriñando qué o qué tiempo significaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, cuando testificaba de antemano los padecimientos de Cristo y la gloria que vendría después. A quienes les fue revelado que no a sí mismos, sino a nosotros, nos ministraron las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el Evangelio con el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas que los ángeles desean ver."

Fue para que el universo celestial pudiera ver las condiciones del pacto de redención que Cristo soportó la pena en nombre de la raza humana. El trono de la Justicia debía quedar asegurado eternamente y para siempre, aunque la raza fuera aniquilada y otra creación poblara la tierra. Mediante el sacrificio que Cristo estaba a punto de hacer, todas las dudas quedarían resueltas para siempre, y la raza humana se salvaría si volvía a su lealtad. Sólo Cristo podía devolver el honor al gobierno de Dios. La cruz del Calvario sería contemplada por los mundos no caídos, por el universo celestial, por las agencias satánicas, por la raza caída, y se tataría toda boca. Al hacer su sacrificio infinito, Cristo exaltaría y honraría la ley. Daría a conocer el carácter exaltado del gobierno de Dios, que no podía cambiarse en modo alguno para satisfacer al hombre en su condición pecaminosa.

¿Quién es capaz de describir las últimas escenas de la vida de Cristo en la tierra, su juicio en el tribunal, su crucifixión? ¿Quién fue testigo de estas escenas? -El universo celestial, Dios Padre, Satanás y sus ángeles. En la traición de Cristo

tuvieron lugar acontecimientos maravillosos. En el simulacro de juicio, sus acusadores no encontraron nada que pudiera probar su culpabilidad. Tres veces declaró Pilato: "No hallo en él falta alguna". Sin embargo, ordenó que lo azotaran y luego lo entregó para que sufriera la muerte más cruel que se pudiera concebir.

"Plugo a Jehová herirle; le hizo padecer aflicción; cuando pusieres su alma en ofrenda por el pecado, verá su simiente, prolongará sus días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada". Plugo a Dios herir a su Hijo unigénito, sufrir que la tentación viniera a él, permitir que Satanás desarrollara sus atributos y los principios de su gobierno. Debe verse la enemistad del apóstata contra el Comandante de todo el cielo. Debe mostrarse que la misericordia de Satanás es crueldad. ¡Qué batalla fue ésta entre Cristo y Satanás! Se libró hasta el momento mismo de la resurrección, sí, hasta el momento de la ascensión. Luego se transfirió a los seguidores de Cristo, y hoy Satanás lucha contra ellos.

Durante su vida, el espíritu de Cristo se entristeció porque su propia nación lo consideraba como una raíz de tierra seca, sin forma ni atractivo para que lo desearan. Anhelaba que los seres humanos agobiados, oprimidos y cansados vinieran a Él, para que pudiera darles la luz, la vida y la alegría que sólo se encuentran en Él. Los peores pecadores eran objeto de su profundo y ferviente interés, piedad y amor. Pero cuando más necesitaba de la simpatía humana, en la hora de su prueba y tentación, hasta el más prometedor de sus discípulos lo abandonó. De hecho, se vio obligado a pisar el lagar solo, y no había nadie del pueblo con Él. Le rodeaba una atmósfera de apostasía. Por todas partes se oían burlas, mofas y blasfemias. Agencias satánicas llenas de animosidad se esforzaban por inspirar a la familia humana una animosidad mortal contra la ley de Jehová; y en su enemistad se unían al apóstata los profesos adoradores de Dios, por quienes Cristo había hecho tanto.

El Señor de los ejércitos sufrió con Su Hijo, pero no redujo ni un ápice la pena. El Redentor del mundo oyó al pueblo jurar lealtad a un soberano rival. Los oyó divorciarse de Dios, negarse a obedecer Su gobierno, diciendo: "No tenemos más rey que César". Mientras colgaba de la cruz, les oyó decir burlonamente: "Confió en Dios; que le entregue ahora, si le quiere; porque dijo: Yo soy el Hijo de Dios."

El Señor permite que los hombres lleguen hasta cierto punto en el pecado, y entonces, como en la destrucción del viejo mundo, se levantará y castigará a los

habitantes de la tierra por su iniquidad. La tierra revelará su sangre y no cubrirá más a sus muertos.

"He aquí que Mi Siervo actuará con prudencia, será exaltado y ensalzado, y estará muy en alto. Así como muchos se asombraron de Ti; su semblante se desfiguró más que el de cualquier hombre, y su forma más que la de los hijos de los hombres; así asolará a muchas naciones; los reyes cerrarán la boca ante Él; porque verán lo que no se les había dicho, y considerarán lo que no habían oído."

Así fue. Las terribles escenas de la crucifixión revelaron lo que hará la humanidad cuando esté bajo el control de Satanás. Revelaron cuál sería el resultado si Satanás controlara el mundo. Los que presenciaron estas escenas nunca perdieron las impresiones hechas en sus mentes. Muchos se convirtieron y contaron a otros la terrible escena que contemplaron. Muchos de los que oyeron la noticia de la muerte de Cristo se convirtieron y comenzaron a escudriñar las Escrituras. Así se cumplieron las palabras: "Así rociará a muchas naciones".

"Así ha dicho Jehová el Señor: Tomaré también de la rama más alta del cedro alto, y la pondré; de la punta de sus ramitas tiernas cortaré una tierna, y la plantaré en un monte alto y eminente; en el monte de la altura de Israel la plantaré; y dará ramas, y dará fruto, y será un buen cedro; y debajo de él habitarán todas las aves de todas las alas; a la sombra de sus ramas habitarán."

Cristo era esta Rama, la rama más alta del cedro más alto. Él era la planta del marco del Señor. "Como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi Amado entre los hijos. Me senté bajo su sombra con gran deleite, y su fruto fue dulce a mi paladar". Cada acto de Cristo fue aceptable al Padre. Dios amó a Su Hijo en Su humillación. Lo amó más cuando la pena por la transgresión de Su ley cayó sobre Él.

Cristo era la Majestad del cielo, el Comandante de las huestes celestiales. Pero se despojó de su corona y se despojó de su manto real para asumir la naturaleza humana, a fin de que la humanidad pudiera tocar a la humanidad. Como Redentor del mundo, pasó por todas las experiencias por las que nosotros debemos pasar. Se hizo hombre. Se humilló para realizar la obra más grande que se podía hacer por la raza humana. Un rayo de justicia del cielo brilló en medio de las tinieblas morales de esta tierra, para iluminar a todo hombre que viene al mundo.

Cristo sufrió en lugar del hombre, dando su vida por la vida del mundo. Todos los que se arrepienten y se vuelven a Él son Su herencia. Su muerte demostró que la administración y el gobierno de Dios no tenían defecto alguno. La acusación de Satanás con respecto a los atributos contradictorios de la justicia y la misericordia quedó resuelta para siempre sin lugar a dudas. Toda voz en el cielo y fuera del cielo testificará un día de la justicia, la misericordia y el amor de Dios.

Sra. E. G. White

19 de julio de 1899

Israel descreído

EGW

Hay muchos que han recibido la idea de que la era judía era de oscuridad, superstición e ignorancia, que el arrepentimiento y la fe y la iluminación divina estaban reservados para la dispensación del Evangelio, que éstos no tenían parte en la religión hebrea, la cual, según ellos, consistía sólo en formas y ceremonias. No podría existir un engaño mayor que éste. La nación hebrea fue puesta en estrecha relación con Dios, como un pueblo peculiar, una nación santa. El Señor dio a Israel evidencias de su presencia, para que temieran su nombre y obedecieran su voz, y para que supieran que los conducía a la tierra prometida. El poder de Dios, que se reveló de una manera tan notable en su liberación de Egipto, se vio de vez en cuando a través de todos sus viajes.

Y en estas manifestaciones y revelaciones Dios estaba levantando a Israel de una condición desmoralizada. Grandes cambios habían de operarse en este pueblo desorganizado; porque la opresión, la servidumbre y la asociación idólatra habían moldeado sus hábitos, sus apetitos y su carácter.

El Señor había prometido a Israel que si obedecían sus mandamientos, supliría sus necesidades con su poder milagroso. Pero los hebreos no estaban dispuestos a someterse a las instrucciones y restricciones del Señor. Ellos querían su propio camino. Deseaban seguir la dirección de sus propias mentes y ser controlados por su propio juicio.

El Señor oyó sus murmuraciones, y la presencia divina se reveló de un modo tan notable que tuvieron miedo. Se oyó una voz procedente de la gloria, que ordenaba a Moisés y a Aarón acercarse a la columna nubosa donde Cristo estaba

envuelto. Y el Señor habló con Moisés y Aarón, y los israelitas oyeron su voz diciéndoles que había oído sus murmuraciones. Le oyeron prometer que tendrían lo que sus apetitos ansiaban: pan por la mañana y carne por la tarde. En todos sus tratos con ellos, Dios procuraba enseñar a su pueblo que no era a Moisés a quien culpaban, sino que sus murmuraciones se dirigían contra su Líder divino.

El mundo cristiano, que hoy considera a la nación judía bajo la maldición de Dios, debería preguntarse: ¿Por qué permitió el Señor que sus juicios cayeran sobre Israel de una manera tan señalada? Fue porque Dios les reveló su voluntad por medio de profetas y hombres santos, y ellos anduvieron en sus propios caminos.

Sus calamidades no vinieron porque guardaron la ley de Dios, sino porque desatendieron esa ley. Dios les había dicho que si no obedecían Sus mandamientos, no podría cumplir Su pacto con ellos. La historia de los israelitas es retratada para nuestra advertencia. Tenían gran luz y privilegios exaltados; sin embargo, no vivieron a la altura de esa luz ni apreciaron sus ventajas, y su luz se convirtió en tinieblas. Caminaron a la luz de sus propios ojos, en vez de seguir la dirección de Dios. Su historia se da para beneficio de los que viven en estos últimos días, para que evitemos seguir el mismo ejemplo de incredulidad. El apóstol Pablo dice: "Debemos prestar más atención a las cosas que hemos oído, no sea que en algún momento las dejemos escapar. Porque si la palabra dicha por los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa recompensa, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos tan grande salvación; la cual al principio comenzó a ser dicha por el Señor, y nos fue confirmada por los que le oyeron?".

En estos últimos días Dios ha traído a Su pueblo un conocimiento de Su ley. Un torrente de luz se ha derramado sobre el Nuevo Testamento, revelando las verdades del Antiguo. Dios ha sacado del mundo y de la iglesia un pueblo al que ha hecho depositario de su ley. Ellos deben enseñar que esa ley debe ser obedecida si los hombres quieren entrar en la vida. Para los que guardan sus mandamientos, él será una columna de nube durante el día y una columna de fuego por la noche, para iluminar y guiar el camino trazado para los rescatados del Señor.

Al guardar los mandamientos, tenemos la seguridad de que hay una gran recompensa, y ninguna consideración terrenal debe inducir a los cristianos a negarse a levantar la cruz al guardar todos los mandamientos de Dios. Las

riquezas, la comodidad, el placer, la ambición y los honores mundanos son como escoria que perecerá en el fuego de los últimos días. "El temor del Señor es el principio de la sabiduría". Mejor lejos obtener un conocimiento de la voluntad de Dios a través de una comprensión de Su palabra que tener la alabanza de los hombres y el honor del mundo.

Existe una gran similitud entre nuestra historia y la de los hijos de Israel. Dios condujo a su pueblo desde Egipto al desierto, donde podían guardar su ley y obedecer su voz. Los egipcios, que no tenían en cuenta al Señor, acampaban cerca de ellos; sin embargo, lo que para los israelitas era un gran torrente de luz que iluminaba todo el campamento y hacía resplandecer el camino ante ellos, para las huestes del faraón era un muro de nubes que hacía más negra la oscuridad de la noche. A nosotros, como pueblo, se nos ha confiado la ley de Dios. Para quienes los obedecen, los mandamientos de Dios son como una columna de fuego, que ilumina y guía el camino hacia la salvación eterna. Pero para quienes los ignoran son como las nubes de la noche.

"Avanzad", dijo Dios a Israel, cuando las aguas corrientes del Mar Rojo les bloquearon el paso al avanzar por el camino que les había indicado la Providencia. Cuando pusieron sus pies en las aguas del mar, hicieron lo que el Señor les pedía. No vieron lo que Dios haría a continuación. No vieron el amplio camino abierto para ellos por el poder de Dios hasta que manifestaron su fe avanzando. Y entonces se reveló el poder de Dios. Las aguas a ambos lados se amontonaron como un muro, dejando un camino abierto ante ellos.

La voz de Dios que ordena a sus fieles seguir adelante, con frecuencia pone a prueba su fe hasta el extremo; pero no debemos buscar algún objeto sobre el cual colgar nuestras dudas e incredulidad. Si esperamos a que desaparezca toda sombra de incertidumbre, nunca plantaremos nuestros pies sobre la plataforma de la verdad eterna. Aquellos que no siguen la luz porque algunas cosas no están completamente claras para su entendimiento, nunca creerán la verdad. La fe no es certeza; es "la sustancia de las cosas que se esperan; la evidencia de las cosas que no se ven".

Dios hará cosas maravillosas por aquellos que confían en Él. Es porque su profeso pueblo confía tanto en su propia sabiduría, y no le da al Señor la oportunidad de revelar su poder en su favor, que no tienen más fuerza. Él ayudará a sus hijos creyentes en toda emergencia, si ponen toda su confianza en Él. El obrará poderosamente por un pueblo fiel que obedece Su palabra sin cuestionar ni dudar.

Sra. E. G. White

26 de julio de 1899

"Sed, pues, perfectos"

EGW

Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". El hombre ha de ser perfecto en su esfera, así como Dios es perfecto en la Suya. ¿Cómo puede alcanzarse una norma tan elevada? La perfección requerida se basa en la perfección de Cristo, "el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención". El mandamiento que exige la perfección lo dio Él, que fue por nacimiento un ser humano, aunque aliado de la divinidad. Él ha pasado por el camino que hemos de hollar, y dice: "Sin mí nada podéis hacer". Pero con Él podemos hacerlo todo. Así se puede obtener un carácter perfecto. Dios nunca da un mandato sin proporcionar la gracia suficiente para cumplirlo. Se ha hecho una amplia provisión para que el hombre sea partícipe de la naturaleza divina.

"Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". Esta es la norma que Dios tiene ante Sus hijos. Es una norma de semejanza a Cristo. El cristianismo significa entrega total a la voluntad de Dios. Entonces se puede decir de nosotros: "Estáis completos en Él".

Cuando se nos presentan tales posibilidades; cuando vemos que es nuestro privilegio alcanzar la perfección cristiana, ¿no deberíamos esforzarnos por alcanzar la norma? ¿No debería ser nuestro único propósito apreciar y comprender el alto honor que se nos ha conferido? Cristo nos ha mostrado cómo valora el universo celestial a los seres por quienes Él hizo tan gran sacrificio. Los hombres y las mujeres son de Dios por creación y por redención, y a los que reciben a Cristo Él los inviste con Su fuerza. Están ligados a Él, y son plenamente capaces de alcanzar la más alta elevación de carácter.

Es voluntad del Señor que abriguemos un solemne sentido de nuestra responsabilidad ante Él, como dueños de los talentos que nos ha prestado. Él desea que apreciemos los dones que nos ha confiado, haciendo todo lo que esté en nuestras manos para alcanzar el nivel que nos ha fijado.

En las diversas líneas de la obra de Cristo, cada parte depende de las demás, y la perfección de la obra depende de la cooperación de cada parte. Dios ha

dispuesto la acción recíproca y la relación mutua de todos los seres animados. Ha dispuesto que todos estén conectados entre sí, y el todo a Dios. Nadie puede quedar fuera del plan del Señor sin afectar al todo. Nada es independiente del resto.

Al crear al hombre, Dios diseñó que cada ser humano formara parte de la red de la humanidad. Se comprometió a hacer todo lo posible para la felicidad de hombres y mujeres, haciendo posible que sean como Él. Su propósito es que nada falte a su felicidad si permanecen fieles a Sus mandamientos. Son objeto de su amor y cuidado especiales, y quiere hacer de ellos canales consagrados a través de los cuales fluyan al mundo las bendiciones de sus abundantes recursos. Cuán importante es entonces que cada uno actúe su parte con fidelidad, esforzándose con todo su poder por cumplir el propósito de Dios para él.

Hablando de Cristo, Juan dice: "Aquél era la Luz verdadera, que alumbraba a todo hombre que viene al mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, y el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad... Y de su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia".

Aquí se nos muestra lo que podemos llegar a ser mirando a Jesús, el Autor y Consumador de nuestra fe. Si la humanidad coopera con la divinidad, Aquel que hizo un sacrificio tan grande en favor de la raza humana completará lo que ha comenzado. El hombre no puede obtener la plenitud por sí mismo, pero todos los dones del cielo se conceden a quienes cooperan con Cristo, esforzándose día a día por dominar las engañosas tentaciones del enemigo. Buscando, no podemos descubrir a Dios, pero Cristo lo ha declarado. "Muéstranos al Padre", dijo Felipe, y Jesús respondió: "¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y aún no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre".

Cristo vino a revestir a su pueblo con su justicia. Pero ellos no quisieron recibirle, y con labios pálidos y temblorosos y palabras quebradas exclamó: "¡Si hubieras sabido, tú al menos en este tu día, las cosas que pertenecen a tu paz!". Luego vino una pausa, pues el Salvador se resistía a pronunciar la sentencia irrevocable: "pero ahora están ocultas a tus ojos". Cristo pronunció estas palabras en un arrebato de agonía. Llevaba una gran carga por el pueblo a su cuidado, pero ellos no sabían el momento de su visitación. La agonía

sobrehumana del Hijo de Dios se sintió vivamente en los atrios celestiales, pero aquellos por quienes derramó amargas lágrimas no conocían el día de su gracia.

Este es el gran pecado del que son culpables los hombres y mujeres de hoy. No aprecian las bendiciones y privilegios a su alcance. "En este tu día". El día se acerca a su fin. Vivimos en medio de las últimas escenas de la historia de esta tierra. ¿Puede ser que nos encontremos entre el número que Cristo mencionó con tanto dolor cuando se detuvo en la cresta del Olivete? Oh, que todos conocieran en este su día las cosas que pertenecen a su paz. ¿Dirá Cristo a alguno de nosotros: "Pero ahora están ocultas a tus ojos"? Se verá obligado a hacerlo si no mostramos nuestro aprecio por Su misericordia haciendo todo lo que esté a nuestro alcance para cooperar con Él.

Cuando Cristo dijo: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto", tenía en vista la pureza de propósito y de acción. Es esencial que toda alma que desee aumentar su conocimiento posea esta pureza. Hay gran necesidad de pureza así como de conocimiento.

La perfección sólo puede alcanzarse por la gracia dada por Dios. Él será la eficacia de toda alma que se esfuerce por tener facultades morales claras y previsoras. Pero Él requiere la cooperación del agente humano. La templanza debe practicarse en todas las cosas, en el comer, en el beber, en todos los hábitos de la vida. Cristo dijo a sus discípulos: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". Él quería que lo siguiéramos como si fuera en serio. Quiere que cultivemos una seriedad de todo corazón. Algunos pueden llamar a esto entusiasmo; pero si hay algún tema en el mundo digno de entusiasmo, es el tema de la redención. Debemos entusiasmarnos de todo corazón por la maravillosa obra de nuestra salvación. Cada uno puede sentirse tan inspirado por la obra de la vida de Cristo que se llene de un ferviente deseo de ser un verdadero cristiano de corazón. Pero aquellos que piensan que será mejor ser mitad para Cristo y mitad para el mundo están bajo un gran engaño. No son ni fríos ni calientes. No son ni mundanos exitosos ni cristianos exitosos, y Cristo dice de ellos: "Porque dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que eres desventurado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo; yo te aconsejo que de mí compres oro afinado en fuego, para que seas rico; y vestiduras blancas, para que estés vestido, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepíentete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, cenaré con él y él conmigo."

El Señor exige un trabajo sincero y serio. La tibieza nos echa a perder en ambos mundos. Cuando sean pesados en la balanza del santuario, aquellos que han hecho un trabajo superficial serán hallados faltos. Sin vida en Cristo no puede haber crecimiento espiritual, ni desarrollo real. Cada uno de nosotros necesita crecer en la gracia y en el conocimiento de la verdad. Convertimos nuestras bendiciones en una maldición tanto para nuestras propias almas como para las almas de los demás cuando no hacemos esto.

Sra. E. G. White

2 de agosto de 1899

Los dos grandes principios del Derecho

EGW

"Y he aquí, un abogado se levantó y le tentó, diciendo: Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna?". Cristo conocía los motivos de su interrogador, y echó sobre él la carga de la respuesta. "¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?" preguntó. El abogado contestó: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo." "Has respondido bien". Cristo dijo: "haz esto y vivirás". El amor supremo a Dios y el amor al prójimo son los grandes principios de la ley. De estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas. Los que guarden el primero no transgredirán el segundo; porque el amor supremo a Dios incluye todos los demás requisitos.

Es esencial para nuestro bienestar eterno saber más de Dios; porque el amor a Dios depende de una concepción de Su bondad, Su excelencia y un conocimiento de Su voluntad. Requiere una apreciación de Su carácter. Su ley es la transcripción de Su carácter, y Él nos llama a obedecer esta ley. Dios exige una entrega total de todo el ser. "No tendrás dioses ajenos delante de mí" es el primer gran mandamiento, y de él depende todo lo demás. Esta es la sustancia de toda obediencia. Que los que profesan ser cristianos recuerden que la profesión no los salvará. La vida que sólo Cristo puede dar se da a condición de obediencia, una obediencia que abarca al hombre entero: mente, corazón, alma y fuerza. Esta es la verdadera santificación. "Haz esto y vivirás" es la única definición genuina de la santificación.

"Oye, pues, Israel, y cuida de ponerlo por obra, para que te vaya bien y te multipliques, como el Señor, el Dios de tus padres, te ha prometido, en la tierra

que mana leche y miel. Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es un solo Señor; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán en tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás por señal a tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos. Y las escribirás en los postes de tu casa y en tus puertas".

Cristo presentó los requisitos de la ley de Dios con gran fuerza y claridad, pero muchos de sus oyentes se apartaron, descuidados e indiferentes. Y hoy los ministros de Dios predicán la Palabra con el poder enviado desde el cielo, pero en la mente de muchos no se produce una impresión permanente. Los mensajes dados por Dios no son recibidos ni practicados. No se considera necesario llevar el poder controlador de Dios a las transacciones diarias y cotidianas de la vida. Dios no es conocido por un conocimiento experimental, y por lo tanto no puede rodearlos con las realidades del mundo invisible. La recompensa eterna de los justos no impresiona sus mentes. El gran día del Señor, que está a punto de llegar, no despierta ni alarma ni regocijo en sus corazones. Tienen una forma de piedad, pero no el poder de la verdad. Envueltos en sí mismos, nada puede ayudarlos hasta que se den cuenta de su verdadera condición.

Aquellos que dicen ser hijos de Dios, y sin embargo no obedecen Sus mandamientos, que son oidores pero no hacedores de la Palabra, son considerados por el Señor como los banqueros consideran los billetes fraudulentos. No son genuinos. Reclaman el nombre de cristianos, pero en realidad son paganos. Para los que no la practican, la Palabra de Dios es letra muerta. Cristo dice de los tales: "Ojalá fueras frío o caliente. Así que, porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca". Si se dieran cuenta de que son pecadores, Él podría suplicar en su favor, y el Señor los despertaría por Su Espíritu Santo. Pero Él no puede presentarlos al Padre; pues están peor que muertos en delitos y pecados. Oyen la Palabra, pero no la aplican a sí mismos. En cambio, aplican la Palabra a sus vecinos. Dios no puede ser poder para los Laodicenses tibios.

Sin una fe operante es imposible agradar a Dios. La verdad puede hacerse tan clara, puede insistirse tanto en ella; pero si no se recibe por la fe, no puede obrar en el corazón. Los temas presentados pueden ser muy gloriosos, pero si no se mezclan con la fe de los que escuchan, el trabajo de presentar estos temas será en vano. El mensaje puede ser de esperanza, que si se recibe sería un sabor de vida para vida, pero si no se recibe y no se actúa en consecuencia, es un sabor

de muerte para muerte. Hasta que la fe que obra por amor y purifica el alma abre la puerta para la bendición enviada del cielo, la bendición permanece afuera. La fe debe ejercitarse si queremos guardar los grandes principios de la ley de Dios.

Es nuestro deber utilizar todas nuestras facultades en un esfuerzo por conocer la Palabra de Dios. Todas nuestras capacidades deben emplearse en la tarea de llegar a conocerle. Amamos a Dios con una intensidad proporcional al conocimiento que tenemos de Sus atributos y al valor que atribuimos al objeto que perseguimos. Amar a Dios con todo el corazón es obedecer Su ley con placer, meditar en la excelencia eterna de Su carácter. Tal amor nunca puede ocultarse. Estudiemos Su carácter a la luz de Su Palabra, obrando como quienes se dan cuenta de que están sujetos a juicio, de que serán llamados a dar cuenta de las palabras que pronuncian y de los atributos de carácter que poseen.

Nuestro bienestar eterno depende de nuestra obediencia a Dios, y por lo tanto debemos hacer que nuestro único objetivo sea buscarlo más fervientemente, para que podamos obtener un conocimiento de Él. Esta debe ser nuestra primera consideración. Todo lo demás debe ser secundario a este objeto. La Palabra que es nuestra guía declara: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas". Viendo, pues, que todas las facultades de la mente, del alma y de la fuerza han de ser entregadas a Dios, a fin de que utilicemos nuestras capacidades para Su gloria, y de este modo las aumentemos, escudriñemos Su Palabra con seriedad y diligencia para aprender nuestro deber para con nuestro Creador. Así podremos comprender que Dios no exige nada sin hacer una amplia provisión para el cumplimiento de esa exigencia. Mediante la gracia redentora de Cristo, el hombre puede cumplir todo lo que Dios requiere de él.

Sra. E. G. White

9 de agosto de 1899

"Los últimos serán los primeros y los primeros los últimos"

EGW

El reino de los cielos es semejante a un hombre, padre de familia, que salió por la mañana temprano a contratar obreros para su viña. Y habiéndose puesto de acuerdo con los obreros por un denario al día, los envió a su viña. Y saliendo hacia la hora tercera, vio a otros que estaban ociosos en la plaza, y les dijo: Id

también vosotros a la viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos se fueron. Otra vez salió cerca de la hora sexta y novena, e hizo lo mismo. Y como a la hora undécima salió, y halló a otros que estaban ociosos, y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos? Ellos le respondieron: Porque nadie nos ha contratado. Él les dijo: Id también vosotros a la viña, y lo que fuere justo, eso recibiréis. Y cuando llegó la tarde, dijo el señor de la viña a su mayordomo: Llama a los obreros, y dales su jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Y cuando llegaron los jornaleros hacia la hora undécima, recibieron cada uno un denario. Pero cuando llegaron los primeros, pensaron que debían recibir más; y también ellos recibieron cada uno un denario. Y cuando lo hubieron recibido, murmuraron contra el buen hombre de la casa, diciendo: Estos postreros no han trabajado sino una hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado la carga y el calor del día. Pero él, respondiendo a uno de ellos, dijo: Amigo, no te hago agravio; ¿no te pusiste de acuerdo conmigo por un penique? Toma lo que es tuyo, y vete; yo daré a este último lo mismo que a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿Es malo tu ojo, porque yo soy bueno? Así los últimos serán primeros, y los primeros últimos; porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos."

En esta parábola Cristo empleó una ilustración con la que todos estaban familiarizados. En Europa todavía se conserva esta costumbre. Los que desean encontrar trabajo se dirigen a la plaza del mercado, y allí permanecen de pie, con la esperanza de ser empleados. Y los que necesitan obreros van también al mercado.

Esta lección fue suscitada por la disputa de los discípulos sobre quién debía ser el mayor. Es una continuación de la lección del capítulo anterior. Aquí leemos que Pedro dijo a Cristo: "He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?". Y Jesús respondió: "De cierto os digo que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Y todo el que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierra, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna. Pero muchos primeros serán últimos; y los últimos, primeros".

Cristo dio esta lección para que llegara a través de los siglos hasta nuestros días. Vio que entraría en la Iglesia un espíritu de justicia propia, que llevaría a los hombres a pensar que con sus obras podrían ganarse el cielo. En la parábola, aquellos que fueron contratados primero, representan a aquellos que traen a su

servicio un espíritu envidioso y farisaico. Por haber sido los primeros en el campo, reclamaban la preferencia. "Amigo -respondió el amo-, no te hago ningún agravio. Al darte un penique, he cumplido mi parte del acuerdo".

Hay quienes, siempre que hacen algún progreso, se atribuyen el mérito a sí mismos. Si el Señor les ayuda, se enaltecen de orgullo, como si por su propia bondad hubieran avanzado. Son ávidos de halagos, y celosos si no se les coloca en primer lugar. Se sienten superiores a todos los demás. No tratan a los pobres y necesitados como deberían. Actúan injusta e injustamente. Cristo no desea tenerlos a su servicio, porque están ansiosos de recompensa, y piensan que deben recibir una compensación por todo lo que hacen.

Dios no ve como ve el hombre. El hombre juzga por las apariencias; el Señor juzga los motivos. Él sabe si en la obra hay sinceridad y fidelidad. Nuestro Salvador declaró repetidas veces que los primeros deben ser los últimos, y los últimos los primeros. Inconscientemente los hombres actúan según su verdadero carácter. Algunos trabajan de una manera humilde y baja, pero están imbuidos del Espíritu de Dios, y constantemente hacen pequeñas cosas para ayudar a los demás. Aportan a su servicio un espíritu de abnegación y humillación. Anhelan hacer más por su Redentor. Éstos son los que permanecerán en primer lugar. Piensan poco en lo que hacen, y se asombran al ver que el Señor ha notado la palabra amable dicha al descorazonado, el don otorgado para aliviar al afligido. Pero el Señor mide el espíritu humilde e infantil de amor y ternura, con que se realizaron estos actos, y hace que la recompensa sea proporcionada.

Todos debemos tener respeto a la recompensa de la recompensa. Pero, mientras deseamos fervientemente recibir bendiciones, debemos tener la perfecta confianza de que Cristo recompensará a todos según sus obras. Pablo tuvo siempre presente la corona de vida que le sería dada, y no sólo a él, sino también a todos los que aman la venida de Cristo. Pero fue la victoria por medio de Jesucristo lo que hizo que la corona de la vida fuera tan deseable para él. Jesús no quiere que seamos ambiciosos para obtener recompensa, sino ambiciosos para hacer la voluntad de Dios porque es Su voluntad, independientemente de la recompensa que vayamos a recibir.

El don de Dios es la vida eterna. El Señor desea que todos los que reciben su gracia confíen enteramente en Él. Nos llama a ejercer una fe pura y sencilla, confiando en Él, sin preguntarnos qué recompensa recibiremos. Debemos

trabajar de corazón a Su servicio, mostrando que tenemos perfecta confianza en que Él juzgará con justicia.

En el relato de la escena del juicio, cuando se da la recompensa a los justos y se sentencia a los impíos, se representa a los justos preguntándose qué han hecho para recibir tal recompensa. Pero ellos abrigaban una fe permanente en Cristo. Estaban imbuidos de su Espíritu y, sin esfuerzo consciente, realizaban para Cristo, en la persona de sus santos, aquellos servicios que traen una recompensa segura. Pero su motivo para trabajar no era recibir compensación. Consideraban el más alto honor que se les permitiera trabajar como Cristo trabajaba. Lo que hacían lo hacían por amor a Cristo y a sus semejantes, y Aquel que se ha identificado con la humanidad sufriente acreditó estos actos de compasión y amor como hechos a sí mismo.

Inconscientemente, los de la izquierda también manifiestan su espíritu orgulloso y egoísta. Durante su vida no abrigaron los atributos de la simpatía y el amor. Se exaltaban a sí mismos, y el huérfano y la viuda, en su dolor y pobreza, sólo recibían de sus manos desatención y negligencia. Sin embargo, en la parábola, se les representa pidiendo: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo o en la cárcel, y no te servimos? La respuesta viene: "De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a Mí lo hicisteis".

Toda nuestra dotación, todo nuestro talento, se lo debemos al Señor. Cada victoria obtenida es ganada a través de Su gracia. Por lo tanto, está totalmente fuera de lugar que nos jactemos. "No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el poderoso se gloríe en su fuerza, ni el rico se gloríe en sus riquezas; sino gloríese en esto el que se gloria: en que me entiende y me conoce, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque en estas cosas me complazco, dice Jehová."

"¿Quién hay entre vosotros que tema al Señor, que obedezca la voz de su siervo, que camine en tinieblas y no tenga luz? Que confíe en el nombre del Señor y se apoye en su Dios. Mirad, todos los que encendéis fuego, los que os rodeáis de chispas; caminad a la luz de vuestro fuego y de las chispas que habéis encendido. Esto tendréis de mi mano; en tristeza os acostaréis". El más mínimo grado de autosuficiencia impide apreciar plenamente la bondad y la misericordia de Dios. Cuando Efraín habló temblorosamente, se exaltó en Israel, pero cuando ofreció a Baal, murió. Dios declara: "A éste miraré, al pobre

y contrito de espíritu". El ornamento de un espíritu manso y apacible es a los ojos de Dios de gran precio.

"Muchos son los llamados", dijo Cristo, "pero pocos los escogidos". Si recordáramos que estamos en prueba y juicio ante el universo celestial, que Dios nos está probando, para ver de qué espíritu somos, habría más contemplación seria, más oración sincera. Los que trabajan con sencillez se dan cuenta de que el hombre no puede hacer nada bueno por sí mismo. Están llenos de gratitud y acción de gracias por el privilegio de estar en comunión con Dios. Entretejido con su servicio hay un principio que hace que sus dones y ofrendas sean totalmente fragantes. Tienen la misma confianza en Dios que un niño tiene en su padre terrenal.

No es tanto por nuestra actividad y celo por lo que somos recompensados, sino por la ternura, la gentileza, el amor que hemos mezclado con nuestro trabajo por los enfermos, los oprimidos, los afligidos. Aquellos que ven las necesidades de los demás y, sin embargo, pasan de largo, demasiado ocupados para atender a la compra de la sangre de Cristo, que están tan ansiosos por hacer grandes cosas que se olvidan de las pequeñas, se encontrarán los últimos y los últimos cuando, en el juicio, se haga la liquidación. La salvación es totalmente por gracia. El amor y la humildad son los rasgos de carácter que dan a quien los posee el primer lugar en el reino de Dios. Las acciones que expresan este amor y humildad suscitan de Cristo las palabras: "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis".

Sra. E. G. White

16 de agosto de 1899

Un Salvador crucificado y resucitado

EGW

En Su oración a Su Padre Cristo dijo: "Te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Y ahora, Padre, glorifícame tú al lado tuyo con la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese". Cuando Cristo expiró en la cruz, clamando a gran voz: "Consumado es", Su obra estaba terminada. El camino quedó abierto, el velo se rasgó en dos. El hombre podía acercarse a Dios sin ofrendas sacrificiales, sin el servicio de sacerdotes terrenales. Cristo mismo era sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. El cielo era su hogar. Vino a este mundo para revelar al Padre. Su obra en el campo de su humillación

y conflicto había terminado. Ascendió a los cielos y se sentó para siempre a la diestra de Dios.

La vida de Cristo en esta tierra había sido una vida de trabajo, una vida ocupada y seria. Resucitó de entre los muertos, y durante cuarenta días permaneció con sus discípulos, instruyéndolos como preparación de su partida. Estaba preparado para la partida. Había demostrado que era un Salvador vivo; sus discípulos ya no necesitaban asociarlo con la tumba de José. Podían pensar en Él glorificado entre las huestes celestiales. "No se turbe vuestro corazón -dijo-; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y os recibiré a mí mismo, para que donde yo esté, estéis también vosotros." "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." "He aquí, yo envío la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto."

Todo el cielo esperaba con ansia el fin de la demora del Hijo de Dios en un mundo abrasado y manchado por la maldición. La humillación y el sufrimiento de Cristo debían ser proporcionales a su exaltación. Se convirtió en el Salvador, el Redentor, sólo al convertirse primero en el Sacrificio. Y después de haber magnificado la ley y haberla hecho honorable, aceptando su condición, se apresuró al cielo para perfeccionar Su obra y cumplir Su misión enviando el Espíritu Santo a Sus discípulos. Así aseguraría a Sus creyentes que no los había olvidado, tho en la presencia de Dios, donde hay plenitud de gozo para siempre.

Cristo vino a la tierra como Dios disfrazado de humanidad. Ascendió al cielo como Rey de los santos. Su ascensión fue digna de su carácter exaltado. Ascendió del Monte de los Olivos en una nube de ángeles, que le escoltaron triunfalmente hasta la ciudad de Dios. No fue en su propio interés, sino como Redentor que hace el pacto con sus hijos e hijas creyentes, que son hechos así por la fe en su nombre. Iba como un poderoso en la batalla, un conquistador, llevando cautiva la cautividad, en medio de aclamaciones de alabanza y cánticos celestiales.

Cuando ascendió, los ángeles que lo escoltaban le lanzaron el desafío: "Levantad la cabeza, puertas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria". Alegremente los centinelas que esperan dan la respuesta: "¿Quién es

este Rey de gloria?". Esto lo dicen, no porque no sepan quién es, sino porque desean oír sus alabanzas. La respuesta llega: "El Señor fuerte y poderoso; el Señor poderoso en la batalla. Levantad la cabeza, puertas; levantadla, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria".

De nuevo se oye la respuesta: "¿Quién es este Rey de gloria?", pues los ángeles nunca se cansan de oír exaltar su nombre. Los ángeles que lo acompañan responden con música celestial: "El Señor de los ejércitos, Él es el Rey de la gloria". Emmanuel, Dios con nosotros, "ha subido con un grito; el Señor con el sonido de una trompeta".

¡Qué contraste entre la recepción de Cristo a su regreso al cielo y su recepción en esta tierra! En el cielo todo era lealtad. No había dolor, ni sufrimiento, que se encontraran con Él a cada paso. No había sacerdotes con el ceño fruncido que ejercieran su ingenio para encontrar alguna palabra suya que pudieran malinterpretar, y así tener la oportunidad de acosarlo, maltratarlo, insultarlo y burlarse de Él. Su entrada a los atrios de arriba no fue mendigada, pues todo el cielo se sentía honrado con su presencia.

Al entrar en el cielo, los ángeles se apresuran a rendirle homenaje, pero Él les hace señas para que se retiren, y dirigiéndose a su Padre hace la súplica: "Padre, quiero que donde yo estoy, estén también conmigo aquellos que me has dado, para que contemplen mi gloria que me has dado, porque me has amado desde antes de la fundación del mundo". ¿Cuál es la respuesta del Padre? - "Y que todos los ángeles de Dios le adoren". Se renueva la promesa hecha antes de la fundación del mundo. La relación de Cristo con su Padre abarca a todos los que lo reciben por fe como su Salvador personal.

Había llegado el momento de que el universo celestial aceptara a su Rey. Ángeles, querubines y serafines, se pondrían ahora a la vista de la cruz. El Padre inclina la cabeza en reconocimiento de Aquel de quien los sacerdotes y gobernantes habían dicho: "Confío en Dios; que lo entregue ahora, si lo quiere." El Padre acepta a su Hijo. Ningún lenguaje podría expresar el regocijo del cielo o la expresión de satisfacción y deleite de Dios en Su Hijo unigénito, al ver la consumación de la expiación.

Cristo dijo a sus discípulos: "Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador; pero si me voy, os lo enviaré". Este fue el don de los dones. El Espíritu Santo fue enviado como el tesoro más inestimable que el hombre podía recibir.

El Espíritu Santo debía descender sobre los que aman a Cristo. De este modo estarían capacitados, en y por la glorificación de su Cabeza, para recibir todas las dotes necesarias para el cumplimiento de su misión. El Dador de Vida tenía en Su mano no sólo las llaves de la muerte, sino todo un cielo de ricas bendiciones.

Todo poder en el cielo y en la tierra le fue dado, y habiendo tomado Su lugar en los atrios celestiales, pudo dispensar estas bendiciones a todos los que lo recibieron. La Iglesia fue bautizada con el poder del Espíritu. Los discípulos fueron preparados para salir y proclamar a Cristo, primero en Jerusalén, donde se había realizado la vergonzosa obra de deshonorar al Rey legítimo, y luego hasta los confines de la tierra. Se dio la evidencia de la entronización de Cristo en su reino mediador. Dios testificó de la gran obra de expiación en la reconciliación del mundo consigo mismo, dando a los seguidores de Cristo una verdadera comprensión del reino que estaba estableciendo sobre la tierra, cuyos cimientos había puesto su propia mano.

El Padre dio todo honor a Su Hijo, sentándolo a Su diestra, muy por encima de todos los principados y potestades. Expresó Su gran alegría y deleite al recibir al Crucificado, y coronarlo de gloria y honor. Y todos los favores que Él ha mostrado a Su Hijo en Su aceptación de la gran expiación son mostrados a Su pueblo. Aquellos que han unido sus intereses en amor con Cristo son aceptados en el Amado. Sufren con Cristo, y Su glorificación es de gran interés para ellos, porque son aceptados en Él. Dios los ama como ama a Su Hijo. Cristo, Emanuel, está entre Dios y el creyente, revelando la gloria de Dios a Sus elegidos, y cubriendo sus defectos y transgresiones con las vestiduras de Su propia justicia sin mancha. El sello del cielo ha sido puesto en la expiación de Cristo. Su sacrificio es satisfactorio en todo sentido. En Él se han reunido la misericordia y la verdad; la justicia y la paz se han besado. El Padre abrazó a su Hijo, y en esto incluyó a todos los que lo reciben. "A ellos les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios". Ellos son Sus elegidos, coherederos con Cristo en la gran firma del cielo. Vencen como Él venció.

Sra. E. G. White

23 de agosto de 1899

Padres e hijos

EGW

El futuro de la sociedad está indexado por la juventud de hoy. ¿Es halagador el panorama? Los padres están trayendo al escenario de la acción a niños que mostrarán en la vida y en el carácter la formación que han recibido. Algunos se arruinarán de una manera y otros de otra. La mala administración de los padres está engrosando las filas de Satanás, y se están perdiendo niños para Cristo.

La religión doméstica se descuida terriblemente. Hombres y mujeres muestran mucho interés por las misiones extranjeras. Dan generosamente para ellas, y así tratan de satisfacer su conciencia, pensando que dar a la causa de Dios compensará su negligencia en dar un buen ejemplo en el hogar. Pero el hogar es su campo especial, y Dios no acepta excusa alguna por descuidar este campo. Nada puede contrarrestar el mal ejemplo que dan las palabras duras dirigidas a la esposa o a los hijos. Es la negligencia de cuidar la rectitud en el hogar lo que envía al mundo niños y jóvenes impíos, con caracteres torcidos, que se unen con ángeles malignos para corromper a otros.

No penséis que instruyendo a los pobres, o gastando vuestros medios en colocar a los jóvenes en escuelas donde obtengan conocimientos verdaderos, podréis compensar la falta de piedad cristiana en el hogar. Los padres son responsables de la formación del carácter de sus hijos; y si permiten que sus hijos sean desobedientes, revoltosos e impíos, manchando y corrompiendo a otros con malas costumbres, tendrán que responder por el resultado de su negligencia.

Nada de lo que los padres y las madres puedan hacer por los que están lejos expiará un mal proceder en el hogar. Dios requiere que los padres, mediante el autocontrol, mediante un ejemplo de sólida formación del carácter, difundan la luz dentro del círculo inmediato de su propio pequeño rebaño. No deben permitirse conversaciones triviales y comunes. Dios mira cada cosa secreta de la vida. Algunos mantienen una lucha constante por el dominio de sí mismos. Diariamente luchan en silencio y en oración contra la dureza de palabra y de temperamento. Puede que estos esfuerzos nunca sean apreciados por los seres humanos. Puede que no reciban elogios de los labios humanos por contener las palabras apresuradas que buscan ser pronunciadas. El mundo nunca verá estas conquistas, y si pudiera, sólo despreciaría a los conquistadores. Pero en el registro del cielo están registrados como vencedores. Hay Uno que es testigo de

cada combate secreto y de cada victoria silenciosa, y Él dice: "El que tarda en airarse es mejor que el poderoso, y el que domina su espíritu que el que toma una ciudad."

Es un trabajo serio y solemne cuidar de aquellos por quienes Cristo ha muerto, enseñar a los hijos a no prodigar sus afectos en las cosas de este mundo, a no malgastar tiempo y trabajo en lo que vale menos que nada. Para educar correctamente a sus hijos, las madres deben ser estudiantes en la escuela de Cristo. La madre cristiana pasará mucho tiempo en oración, pues comprenderá que sus hijos deben ser enseñados a ser fieles al gobierno de Dios. Deben ser educados con paciencia y paciencia; los regaños y la reprensión apasionada nunca obrarán reformas. Los padres y las madres cometen un grave pecado cuando educan a sus hijos a ceder al temperamento cediendo ellos mismos y educándolos según métodos equivocados. Los hijos deben ser disciplinados de manera que puedan ocupar su lugar en la familia del cielo.

Madres, tratad con delicadeza a vuestros pequeños. Cristo fue una vez un niño pequeño. Por Él honrad a los niños. Consideradlos como una carga sagrada, no para ser mimados, acariciados e idolatrados, sino para enseñarles a vivir vidas puras y nobles. Son propiedad de Dios; Él los ama, y os llama a cooperar con Él para ayudarles a formar caracteres perfectos. El Señor exige perfección de su familia redimida. Exige perfección en la formación del carácter. Los padres y las madres necesitan especialmente comprender los mejores métodos de formación de los hijos, para que puedan cooperar con Dios.

El Señor ha confiado a los padres una tarea solemne y sagrada. Deben cultivar cuidadosamente la tierra del corazón. Así pueden ser obreros junto con Dios. Él espera que guarden y cuiden cuidadosamente el jardín del corazón de sus hijos. Deben sembrar la buena semilla, arrancando toda planta fea. Todo defecto en el carácter, toda falta en la disposición, debe ser eliminado; porque si se permite que permanezca, estropeará la belleza del carácter.

Padres, recae sobre vosotros una gran responsabilidad. Los pequeños que tenéis en vuestros brazos pronto dejarán de ser bebés para convertirse en niños. Vuestros niños y niñas necesitan ser alimentados con esmero. El mejor regalo que podéis hacerles es darles amor en su infancia. Dedícales tiempo. Dales un lugar en casa. No los mandes fuera para que entretengan a tus visitas, pero enséñales a estar tranquilos y a ser respetuosos en presencia de las visitas. No los destierres de tu presencia con palabras duras.

Hay que calmar con cuidado a los más pequeños cuando tienen problemas. Los niños entre la infancia y la madurez no suelen recibir la atención que deberían. Se necesitan madres que guíen a sus hijos de tal manera que se consideren a sí mismos como parte de la familia. Que la madre hable con sus hijos sobre sus esperanzas y sus perplejidades. Que los padres recuerden que sus hijos deben ser cuidados con preferencia a los extraños. Hay que mantenerlos en un ambiente soleado, bajo la dirección de la madre. Tengan cuidado de no ser groseros con sus hijos, ni en el habla ni en el temperamento. Exige obediencia, y no te permitas hablar a tus hijos sin cuidado, porque tus modales y tus palabras son su libro de lecciones. Ayúdalos con suavidad, con ternura, en este período de su vida. Deja que el sol de tu presencia haga sol en sus corazones. Estos muchachos y muchachas en crecimiento son muy sensibles, y la rudeza puede estropear toda su vida. Tened cuidado, madres. Nunca regañéis, porque eso nunca ayuda.

La firmeza debe ir siempre unida al amor en la vida del hogar. De lo contrario, el amor carece de valor. Es un hecho triste que cualquier debilidad o indecisión por parte de la madre es rápidamente vista por los hijos. Entonces el tentador trabaja en sus mentes, llevándolos a persistir en seguir sus inclinaciones. Si los padres cultivaran las cualidades necesarias para educar debidamente a sus hijos, si les expusieran claramente las reglas que deben seguir y no permitieran que las quebrantaran, el Señor cooperaría con ellos y bendeciría tanto a los padres como a los hijos. Pero si los padres dejan que sus hijos hagan lo que les plazca, Satanás los conducirá adonde le plazca, y serán presa indefensa de los poderes de las tinieblas.

Los padres nunca se despertarán a su responsabilidad de educar a sus hijos con hábitos correctos, hasta que se conviertan totalmente al camino y voluntad de Dios, como lo fue Abraham. De él dijo Dios: "Yo le conozco, que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, y guardarán el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha dicho de él". Las ricas promesas de Dios a Abrahán con respecto a su posteridad se hicieron a condición de que Abrahán cooperara con Él en la educación y formación de su casa y de sus hijos. Si Abrahán escogía su propio camino, siguiendo sus propios impulsos, complaciendo afectos ciegos, el hijo de la promesa desarrollaría un carácter que no traería honor al nombre de Dios, y Dios no podría utilizarlo para llevar a cabo su voluntad y su camino.

Dios escogió a Abrahán porque sabía que cultivaría la religión del hogar, y haría que el nombre del Señor fuese revelado, temido y amado; "Yo lo conozco", dijo,

"que mandará a sus hijos y a su casa después de sí". No traicionará la sagrada confianza cediendo al afecto ciego, que se opone a la disciplina del Señor.

Pero hoy en día las líneas se ponen con demasiada frecuencia en manos de los niños, y los padres se guían por ellas. Mediante la indulgencia ciega se abre una puerta al tentador.

Dios es nuestro Legislador y Rey, y los padres han de ponerse bajo Su gobierno. Esta regla prohíbe toda opresión por parte de los padres y toda desobediencia por parte de los hijos. El Señor está lleno de bondad amorosa, misericordia y verdad. Su ley es santa, justa y buena, y debe ser obedecida por padres e hijos. Las reglas que deben regular la vida de padres e hijos brotan de un corazón de amor infinito, y las ricas bendiciones de Dios descansarán sobre aquellos padres que administren su ley en sus hogares, y sobre los hijos que obedezcan esta ley. La influencia combinada de la misericordia y la justicia se hará sentir. "La misericordia y la verdad se han encontrado; la justicia y la paz se han besado". Los hogares bajo esta disciplina andarán en el camino del Señor, para hacer justicia y juicio.

Dios ha dado las mejores y más sabias leyes para la guía de los padres. La santa norma de su ley debe exaltarse siempre en el hogar; entonces se preparará el camino para la santidad y la verdadera religión. La gracia de Cristo tendrá un poder controlador para el bien de padres e hijos.

Pacientemente, amorosamente, como fieles administradores de la multiforme gracia de Cristo, los padres deben hacer el trabajo que se les ha asignado. Se espera de ellos que sean fieles. Todo debe hacerse con fe. Deben orar constantemente para que Dios imparta Su gracia a sus hijos. Nunca deben cansarse, impacientarse o inquietarse en su trabajo. Deben aferrarse estrechamente a sus hijos y a Dios. Si trabajan con paciencia y amor, esforzándose sinceramente por ayudar a sus hijos a alcanzar el más alto nivel de pureza y modestia, el éxito coronará sus esfuerzos.

Sra. E. G. White

30 de agosto de 1899

Las bodas de Caná de Galilea

EGW

"Al tercer día hubo unas bodas en Caná de Galilea; y la madre de Jesús estaba allí; y tanto Jesús como sus discípulos fueron llamados a las bodas". Cristo estuvo presente en la creación del mundo, como Comandante en los atrios celestiales. "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. El mismo estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas; y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En Él estaba la vida; y la vida era la luz de los hombres".

Adán fue designado por Dios para ser monarca del mundo, bajo la supervisión del Creador. "Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó". "Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un alma viviente..... Y dijo el Señor Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré una compañera.... Y Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y éste durmió; y tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar; y la costilla que Jehová Dios había tomado del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Y dijo Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; se llamará Mujer, porque del Hombre fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne."

Aquel que dio a Eva a Adán como ayuda, realizó su primer milagro en una fiesta de bodas. En la sala de fiestas, donde amigos y parientes se regocijaban juntos, Cristo comenzó su ministerio público.

Con su presencia en esta reunión, nuestro Salvador sancionó el matrimonio, reconociéndolo como una institución que Él mismo había establecido. En el principio, cuando fue dada la ley del sábado, también fue dada la ley del matrimonio. Fue entonces cuando Dios concedió al hombre sus dos grandes dones: el sábado como día de descanso y la mujer como ayuda.

El matrimonio ha recibido la bendición de Cristo y debe considerarse una institución sagrada. La verdadera religión no debe contravenir los planes del Señor. Dios ordenó que el hombre y la mujer se unieran en santo matrimonio,

para formar familias que, coronadas de honor, fueran símbolos de la familia en el cielo. Y al comienzo de Su ministerio público, Cristo dio Su decidida sanción a la institución que había sido sancionada en el Edén. Así declaró a todos que no rehusará su presencia en ocasiones de matrimonio, y que el matrimonio, cuando se une con pureza y santidad, verdad y rectitud, es una de las mayores bendiciones jamás dadas a la familia humana. Los sacerdotes y los papas han promulgado leyes que prohíben a la gente casarse y la recluyen en monasterios. Estas leyes y restricciones fueron ideadas por Satanás para colocar al hombre y a la mujer en posiciones antinaturales. Así, Satanás ha tentado a los seres humanos a ignorar la ley del matrimonio como algo impío, pero al mismo tiempo ha abierto la puerta a la indulgencia de la pasión humana. Así han surgido algunos de los mayores males que maldicen nuestro mundo: el adulterio, la fornicación, el asesinato de niños inocentes nacidos fuera del matrimonio.

Jesús vino a nuestro mundo para corregir errores, para restaurar la imagen moral de Dios en el hombre. Sentimientos erróneos respecto al matrimonio habían encontrado cabida en las mentes de los maestros en Israel. Estaban dejando sin efecto esta institución. El hombre se estaba volviendo tan duro de corazón que por la excusa más trivial se separaba de su esposa o, si quería, la separaba de sus hijos. Esto se consideraba una gran desgracia, y a menudo iba acompañado del sufrimiento más agudo por parte de la desechada. Cristo vino a corregir estos males, y Su primer milagro se realizó con ocasión de un matrimonio.

Las Escrituras afirman que tanto Jesús como sus discípulos fueron llamados al banquete de bodas. Cristo no ha dado a los cristianos ninguna sanción para decir, cuando se les invita a una boda, No debemos estar presentes en una ocasión tan alegre. Al asistir a esta fiesta, Cristo nos enseñó que Él quiere que nos regocijemos con aquellos que se regocijan, en la observancia de Sus estatutos. Nunca desalentó las festividades de la humanidad cuando se llevaban a cabo de acuerdo con las leyes del cielo. A una reunión que Cristo honró con Su presencia es justo que asistan Sus seguidores. Después de asistir a esta fiesta, Cristo asistió a muchas otras, santificándolas con Su presencia e instrucción.

Se estaba celebrando el banquete, y se había llegado a un punto importante de la ceremonia, cuando se descubrió que se había agotado la provisión de vino. María fue inmediatamente a Jesús, diciendo: "No tienen vino". Ella tenía interés en esta reunión, y Cristo había sido siempre para ella un sabio consejero. La respuesta fue: "Mujer, ¿qué tengo yo contigo?". Esto debería haberse traducido: "¿Qué tienes tú que ver conmigo?". Esta respuesta no fue en ningún sentido

irrespetuosa. Cristo fue siempre respetuoso, amable y cortés con todos, y lo fue especialmente con Su madre. Pero estaba ocupado en la obra de su Padre, y no debía seguir el dictado de nadie más que de Dios.

María entendió sus palabras como un estímulo, no como una reprimenda, y dijo a los criados: "Todo lo que os diga, hacedlo". "Y estaban puestas allí seis pilas de piedra, a la manera de la purificación de los judíos, que contenían dos o tres firkins cada una". En aquellos días la religión judía se componía de formas y ceremonias. La ley exigía cierta cantidad de lavamientos, pero el pueblo llevaba este asunto al extremo, prescribiendo ciertas formas nunca exigidas por Dios, y convirtiendo en un proceso tedioso lo que tenía por objeto limpiar y refrescar. Al ver que las tinajas de piedra estaban allí, Cristo ordenó a los sirvientes que las llenaran hasta el borde. Así se hizo, y luego dijo "Sacad ahora, y llevad al gobernador de la fiesta. Y lo llevaron. Cuando el jefe del banquete hubo probado el agua que se había hecho vino, y no sabía de dónde era (pero los criados que sacaban el agua sí lo sabían), el jefe del banquete llamó al esposo y le dijo: Todo hombre al principio echa el buen vino; y cuando los hombres han bebido bien, entonces el que es peor; pero tú has guardado el buen vino hasta ahora."

Sra. E. G. White

6 de septiembre de 1899

Las bodas de Caná de Galilea

EGW

El vino creado por Cristo en ese momento era el mejor vino que los presentes habían probado jamás. Pero estaba totalmente libre de toda fermentación. Cristo mismo había prohibido el uso de bebidas fermentadas, diciendo: "No bebas vino ni sidra, tú, ni tus hijos contigo, cuando entréis en el tabernáculo de reunión, para que no muráis; será estatuto perpetuo por vuestras generaciones; y para que hagáis diferencia entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio; y para que enseñéis a los hijos de Israel todos los estatutos que el Señor les ha dicho por medio de Moisés."

El licor fermentado confunde los sentidos y pervierte las facultades del ser. Se deshonra a Dios cuando los hombres no se respetan a sí mismos lo suficiente como para practicar una estricta templanza. El vino fermentado no es una producción natural. El Señor nunca lo hizo, y no tiene nada que ver con su producción. Pablo aconsejó a Timoteo que tomara un poco de vino por el bien

de su estómago y de sus enfermedades, pero se refería al jugo no fermentado de la uva. No aconsejó a Timoteo que tomara lo que el Señor había prohibido.

El uso de vino fermentado hizo que Nadab y Abiú confundieran lo sagrado y lo común, y la muerte fue su castigo. Después de esto, se impusieron severas restricciones a los que estaban relacionados con el servicio sagrado. Se les prohibió, cuando se presentaban ante el Señor, tocar vino o usar uvas de cualquier manera, para que pudieran evitar el resultado de familiarizarse con el licor fermentado. Cuando se pone en la boca comida o bebida que aturde el cerebro, el destructor ve su oportunidad de entrar y destronar la razón.

Algunos que dicen ser cristianos se sienten en libertad de consumir bebidas embriagantes, y en este particular afirman estar en armonía con Cristo. Pero Cristo no dio el ejemplo que pretenden imitar. Tengan la seguridad de que Él no hizo vino embriagante en ocasión de Su primer milagro. Él dio a los presentes una bebida que es seguro dar a toda la humanidad, el jugo puro de la uva. Cristo nunca acercó un vaso de licor fermentado a sus labios ni a los de sus discípulos. La embriaguez era rara en Palestina, pero Cristo miró a través de los tiempos, y vio en cada generación lo que el uso del vino haría por los usuarios, por lo tanto en esta fiesta dio un ejemplo correcto.

Cristo no dio publicidad a su acción, y al principio sólo unos pocos supieron del desconcierto del gobernador. Pero después de que se trajo el vino nuevo, los invitados expresaron gran asombro por su superioridad sobre el vino que se les había presentado primero. El milagro se hizo conocido y se cumplió la obra que Cristo deseaba ver realizada. La fe de los discípulos quedó confirmada. Este milagro fue para ellos un testimonio convincente de que su Maestro era el Redentor del mundo.

La obra futura de Cristo muestra la influencia de este milagro. "Cuando llegó a Galilea", leemos, "los galileos le recibieron, habiendo visto todas las cosas que hacía en Jerusalén en la fiesta; porque también ellos iban a la fiesta. Vino, pues, Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde hizo del agua vino. Y había allí un hombre noble, cuyo hijo estaba enfermo en Capernaum. Cuando oyó que Jesús había venido de Judea a Galilea, fue a Él y le rogó que descendiese y sanase a su hijo, porque estaba a punto de morir. Jesús le dijo: Si no viereis señales y prodigios, no creeréis. El noble le dijo: Señor, desciende antes que muera mi hijo. Jesús le dijo: Vete; tu hijo vive. Y el hombre creyó la palabra que Jesús le había dicho, y se fue. Cuando descendía, le salieron al encuentro sus siervos, y le dieron las nuevas, diciendo: Tu hijo vive. Entonces les preguntó a qué hora

había comenzado a enmendarse. Y ellos le dijeron: Ayer a la hora séptima le dejó la fiebre. Y supo el padre que fue a la misma hora en que Jesús le dijo: Tu hijo vive; y creyó él y toda su casa. Este es también el segundo milagro que hizo Jesús, cuando salió de Judea a Galilea."

Jesús no tocó el agua de las tinajas. Se limitó a mirarla, y al instante se convirtió en vino recién sacado del racimo. Pocos días antes, Cristo se había negado a obrar un milagro para saciar su hambre. Estaba débil y demacrado, pues había pasado cuarenta días y cuarenta noches sin comer; pero no quiso ordenar que las piedras se convirtieran en pan para saciar su apetito. A la sugerencia del enemigo respondió: "Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios". Tampoco quiso aceptar el desafío de poner en peligro su vida arrojándose desde el pináculo del templo para demostrar que era el Hijo de Dios. En respuesta al desafío, dijo: "Está dicho: No tentarás al Señor tu Dios". Pero con ocasión de las bodas hizo un milagro, para demostrar que el matrimonio no está prohibido por Dios.

El amor divino que emana de Cristo nunca destruye el amor humano, sino que lo incluye. Por él, el amor humano es refinado y purificado, elevado y ennoblecido. El amor humano nunca puede dar su precioso fruto hasta que se une a la naturaleza divina, y se entrena para ir hacia el cielo. Jesús quiere ver matrimonios felices, hogares felices. El calor de la verdadera amistad y el amor puro que unen los corazones de marido y mujer son un anticipo del cielo.

Dios ha ordenado que haya amor y armonía perfectos entre los que contraen matrimonio. Que la novia y el novio, en presencia del universo celestial, se comprometan a amarse como Dios ha ordenado que se amen. Que ninguna corriente de descortesía enfríe la atmósfera de amor que debe rodearlos. La esposa debe respetar y reverenciar a su marido, y el marido debe amar y apreciar a su esposa. Como sacerdote del hogar, el esposo y padre debe atar a su esposa e hijos a su corazón. La esposa debe sentir que el gran afecto de su marido la sostiene antes de que nazcan sus hijos, y después de su nacimiento él debe cooperar con ella en la dirección de los pequeños, que deben ser educados con sabiduría, firmeza, ternura y amor.

La relación familiar debe ser santificadora en su influencia. Los hogares cristianos, establecidos y conducidos de acuerdo con el plan de Dios, son una ayuda maravillosa en la formación del carácter cristiano. Las familias de aquí deben ser un símbolo de la gran familia de arriba. Padres e hijos deben unirse

para ofrecer amoroso servicio a Aquel que es el único que puede mantener puro y noble el amor humano.

"Esposas, someteos a vuestros maridos, como al Señor. Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, y Él es el Salvador del cuerpo. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla y purificarla en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así deben amar los hombres a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como el Señor a la iglesia; pues somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne". Si los que entran en la relación matrimonial prestaran atención a esta instrucción, la vida del hogar sería pura y elevada, guarnecida por el amor santo.

Dios hizo del hombre una mujer, para que fuera su compañera y su ayuda, para que fuera una con él, para que lo animara, alentara y bendijera. Y él, a su vez, ha de ser su firme ayudante. Todos los que entran en la vida matrimonial con un propósito santo, el marido para obtener el afecto puro del corazón de una mujer, la esposa para suavizar y mejorar el carácter de su marido, y darle plenitud, cumplen el propósito de Dios para ellos. Cristo no vino a destruir la ley, sino a cumplir cada una de sus especificaciones. Vino a derribar y destruir las obras de opresión que el enemigo había levantado por todas partes. Estaba en perfecta armonía con su carácter y obra dar a conocer el hecho de que el matrimonio es una institución sagrada. No vino a destruir esta institución, sino a devolverle su santidad original. Vino a restaurar la imagen moral de Dios en el hombre, y comenzó su obra sancionando la relación matrimonial. Así, Aquel que hizo la primera pareja santa, y que creó para ellos un paraíso, puso su sello en la institución celebrada por primera vez en el Edén, cuando las estrellas de la mañana cantaban juntas, y todos los hijos de Dios gritaban de alegría.

Sra. E. G. White

13 de septiembre de 1899

Prestad atención a lo que oís

EGW

Dios desea que prestemos atención a las palabras de la verdad. Debemos oírlas y ponerlas en práctica; porque la verdad es un mensaje del cielo para aquellos que prestan atención. El mandato repetido del Señor es: "El que tenga oídos para oír, que oiga". De los israelitas dice el apóstol: "La Palabra predicada no les aprovechó, por no haber sido mezclada con fe en los que la oyeron". Esto abre ante nosotros la razón de por qué se logra tan poco con los muchos discursos que se dan. Las palabras pueden ser inducidas por el Espíritu Santo, pero si los que oyen no oyen con el deseo de ser beneficiados, las palabras dichas no les aprovechan.

Es muy diferente que la Palabra pronunciada sea recibida en corazones buenos y honestos. Cristo habló a los israelitas la Palabra desde la columna de nube, pero, como muchos que hoy oyen las buenas nuevas de la verdad y la justicia, no escucharon con oídos consagrados. Se culparon a sí mismos al no oír por fe y poner en práctica la Palabra pronunciada. El egoísmo y el orgullo, la murmuración y la incredulidad, los rodearon como con un manto.

Fue la fe lo que les faltó a los hombres en los días de Noé, y fue esta falta lo que trajo la destrucción sobre ellos. ¡Cuán diferente habría sido el resultado si hubieran escuchado las súplicas de Noé como la voz de Dios que hablaba a través de él! Pero no quisieron oír ni recibir la Palabra que los habría salvado.

El maestro de la verdad debe tener cuidado en cómo presenta la verdad. Debe decir cada palabra clara y distintamente, con esa convicción sincera que lleva la convicción a los corazones. Si las palabras pronunciadas se amontonan unas sobre otras, se pierde la impresión que debería producirse. Es necesario cultivar el talento de hablar, para que la verdad no se diga en un estilo excitado y espasmódico, sino lenta y claramente, para que no se pierda ni una sílaba.

La rapidez de palabra puede y debe corregirse. El maestro debe aprender diariamente en la escuela de Cristo, para poder hablar de tal manera que cause la mejor y más duradera impresión en sus oyentes. El guardián designado de la verdad, debe guardar concienzudamente los tesoros sagrados. No debe recoger sólo un número limitado de verdades superficiales, sino que debe comprar el campo para poseer el tesoro que contiene. Debe tratar de mejorar los métodos

de trabajo y hacer el mejor uso de los órganos de la palabra. Si las palabras de la verdad son de suficiente importancia para ser pronunciadas ante un auditorio, son de suficiente importancia para ser pronunciadas con claridad. La guía del Espíritu nunca conduce a la indistinción del habla. El Espíritu toma las cosas de Dios y las presenta al pueblo por medio del instrumento humano. Entonces, que salgan de nuestros labios de la manera más perfecta posible.

Cuando el Evangelio puro de Cristo sea apreciado y valorado, las joyas de la verdad se presentarán como perlas preciosas. Cada maestro en nuestras escuelas, cada ministro en nuestras conferencias, debe hacer un esfuerzo sincero para obtener conocimiento de la Fuente de todo conocimiento. Todos deben apreciar cada día más la sabiduría que es vida eterna para el que la recibe. El maestro de la verdad necesita aprender diariamente de Cristo. No debe contentarse con los conocimientos humanos, porque son estrechos e insuficientes. Debe tener hambre de un conocimiento más profundo de Cristo. "Esta es la vida eterna", dijo el Salvador, "que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado".

Dios quiere que nos demos cuenta de que, como sus mensajeros delegados, hemos de crecer en la gracia y en el conocimiento de Cristo, hasta que perfeccionemos un carácter que esté en total conformidad con su voluntad. Sus atributos nos han sido presentados para que podamos apreciarlos, y así aprender a usar los tesoros de la verdad de tal manera que atraigan a las almas hacia Él.

Cristo nos dice: "También os daré un corazón nuevo". Actuaréis según principios nuevos y firmes. Al creer y obedecer, somos llevados a la comunión con Cristo, y participamos de la gloria revelada por Él. El alma dispuesta y obediente continuará avanzando, siguiendo al Señor Jesús paso a paso, hasta que esté completa en Él. Dios ama a los que son uno en Cristo, así como ama a su Hijo unigénito.

Serio y sincero es el Autor de nuestra redención. Se humilló a sí mismo para poder elevar a los que perecen y darles a conocer al Dios verdadero. Desea que sus seguidores lo representen mostrando una fe que obra por amor y purifica el alma, hablando a otros del amor que tanto ha hecho por ellos. Él ha hecho el plan de redención tan definido y completo que atraerá la atención de todos los que son llevados a mirar hacia Él.

Las palabras del verdadero cristiano son un poder para el bien; porque son el eco vivo de las Escrituras. Cuando los maestros de la verdad aprenden de Cristo como es debido, los que escuchan sus palabras no dirán con indiferencia: He

oído ese discurso varias veces; no es más que una repetición. Si el embajador del Señor es lo que debe ser -un ferviente buscador del tesoro escondido- tendrá un tesoro lleno diariamente, del cual podrá sacar cosas nuevas y viejas; y si sus oyentes prestan atención a cómo oyen, saldrán del servicio plenamente preparados para testificar: ¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras él hablaba con nosotros, y nos abría las Escrituras?

Muchos maestros religiosos se han opuesto a la preciosa luz enviada del cielo. Se han negado a obedecer las palabras: "Mirad cómo oís". Piensan que completan su obra y aseguran sus conquistas con una continua repetición de fábulas y tradiciones, y gritando: "Victoria". Pero sus esfuerzos son la esencia de la debilidad, aunque presentados con una autoridad que engaña a los que no escudriñan las Escrituras por sí mismos.

A través de Su Espíritu Santo, el Señor trata de enseñar humildad a los hombres. Aquellos que tienen el privilegio de oír la verdad necesitan escuchar con mentes receptivas, apreciando las preciosas palabras pronunciadas. Aquellos a quienes se confía la presentación de los oráculos sagrados necesitan sentir la necesidad de ser enseñados por el gran Maestro. Deben recordar que la instrucción a menudo es enviada a través de sus compañeros de trabajo y a través de laicos a quienes el Señor ha apartado para enseñar la verdad.

Que cada maestro sea un trabajador constante. Entonces el Señor educará y adiestrará el alma, moldeándola y formándola según la semejanza divina. Los maestros pueden aprender de muchas maneras. Deben recoger cada rayo de luz de aquellos que, según tienen razones para saber, tienen una experiencia viva en las cosas de Dios. Deben aceptar abundantemente del gran Maestro, para poder dar abundantemente. No deben depender de viejos discursos, que han tenido durante años, sino que deben seguir progresando, excavando en busca de las preciosas joyas de la verdad, para poder presentarlas a sus oyentes.

El maestro debe estar dispuesto a rendir su voluntad a la voluntad de Dios. La preparación para el ministerio evangélico sólo puede obtenerse escudriñando las Escrituras y buscando al Señor con pleno propósito de corazón. En el altar de Dios, mediante la renuncia a sí misma, el alma se educa para creer, recibir e impartir. Los que reciben esta educación se dan cuenta de su propia insuficiencia y del maravilloso poder de Dios.

Sra. E. G. White

20 de septiembre de 1899

La efusión del Espíritu

En dos números-No. 1

EGW

"Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra". "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." Justo antes de dejarlos, Cristo dio a sus discípulos esta promesa del Espíritu Santo, y mientras las palabras estaban en sus labios, ascendió. Una nube de ángeles lo recibió y lo escoltó hasta la ciudad de Dios. Los discípulos regresaron a Jerusalén, sabiendo ahora que Jesús era realmente el Hijo de Dios. Su fe estaba tranquila y esperaron el cumplimiento de la promesa, preparándose con la oración para el bautismo del Espíritu Santo.

"Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados." "Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen". En aquella asamblea había burladores, que no reconocían la voz del Espíritu Santo, y decían: "Estos hombres están llenos de vino nuevo". Pero Pedro, poniéndose en pie con los once, alzó la voz y les dijo: Varones judíos y todos los que habitáis en Jerusalén, sabed esto y escuchad mis palabras; porque éstos no están borrachos, como vosotros suponéis, pues no es sino la tercera hora del día. Sino que esto es lo que fue dicho por el profeta Joel: Y acontecerá en los postreros días, dice Dios, que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños."

Después de la crucifixión de Cristo, los discípulos eran una compañía desamparada y desalentada, como ovejas sin pastor. Su Maestro había sido rechazado, condenado y clavado en la ignominiosa cruz. Desdeñosamente, los sacerdotes y gobernantes judíos habían declarado: "Salvó a otros; a sí mismo no puede salvarse. Si es el Rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y le creeremos".

Pero la cruz, ese instrumento de vergüenza y tortura, trajo esperanza y salvación al mundo. Los discípulos se recuperaron; su desesperanza e impotencia los abandonaron. Su carácter se transformó y se unieron en lazos de amor cristiano. No eran más que hombres humildes, sin riquezas y sin más armas que la Palabra y el Espíritu de Dios, considerados por los judíos como simples pescadores. Sin embargo, con la fuerza de Cristo salieron a dar testimonio de la verdad y a triunfar sobre toda oposición. Revestidos de la panoplia divina, salieron a contar la maravillosa historia del pesebre y de la cruz. Sin honores ni reconocimiento terrenales, fueron héroes de la fe. De sus labios salieron palabras de elocuencia divina que estremecieron al mundo.

Los que habían rechazado y crucificado al Salvador esperaban encontrar a los discípulos desanimados y cabizbajos, dispuestos a renegar de su Señor. Oyeron con asombro el testimonio claro y audaz de los apóstoles, dado bajo el poder del Espíritu Santo. Los discípulos obraron y hablaron como su Maestro había obrado y hablado, y todos los que los oyeron dijeron: "Han estado con Jesús, y han aprendido de Él."

Mientras los apóstoles iban predicando a Jesús por todas partes, hacían muchas cosas que los gobernantes judíos no aprobaban. La gente sacaba a la calle a sus enfermos y a los atormentados por espíritus inmundos; las multitudes se reunían a su alrededor, y los que habían sido curados gritaban alabanzas a Dios y glorificaban el nombre de Aquel a quien los judíos habían condenado, coronado de espinas y hecho azotar y crucificar. Jesús era ahora ensalzado por encima de sacerdote y gobernante, y existía el peligro de que las doctrinas de los rabinos fueran desacreditadas, pues los apóstoles estaban incluso declarando que Cristo había resucitado de entre los muertos.

Los dirigentes judíos se creían competentes para decidir lo que los apóstoles debían hacer y enseñar, y determinaron que su labor debía y debía detenerse, pues les estaba demostrando (a los gobernantes) que eran culpables de la muerte de Jesús. Vieron también que los conversos a la fe se multiplicaban. "Entonces se levantó el sumo sacerdote, y todos los que estaban con él (que es la secta de los saduceos", que sostienen que no habrá resurrección de los muertos). La afirmación hecha por los apóstoles de que habían visto a Jesús después de su resurrección, y que había ascendido al cielo, echaba por tierra los principios fundamentales de la doctrina saducea. Esto no debía permitirse. Llenos de indignación, los sacerdotes pusieron violentas manos sobre los apóstoles y los metieron en la cárcel común.

Los discípulos no se sintieron intimidados ni abatidos por este trato. Las palabras de Cristo, en Su última lección a ellos, fueron traídas a sus mentes por el Espíritu Santo: "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él". "Cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y vosotros también daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio." "Os expulsarán de la sinagoga; sí, llega el tiempo en que cualquiera que os mate pensará que hace un servicio a Dios." "Estas cosas os he dicho, para que cuando llegue el tiempo, recordéis que os las he dicho."

En la nación judía, aquellos a quienes el Señor había hecho depositarios de la verdad, habían demostrado ser infieles a su confianza, y el Señor eligió a otros para hacer Su obra. En su ceguera, estos líderes dieron rienda suelta a lo que llamaban justa indignación contra los que estaban dejando de lado fábulaspreciadas. No admitían que existiera la posibilidad de que ellos mismos no entendieran correctamente la Palabra, o que hubieran malinterpretado o aplicado erróneamente las Escrituras. Actuaban como hombres que habían perdido la razón. ¿Qué derecho tienen estos hombres, razonaban, algunos de ellos simples pescadores, a presentar ideas contrarias a las doctrinas que enseñamos al pueblo?

El Dios del cielo a veces comisiona a los hombres a predicar lo que es contrario a las doctrinas establecidas. No siempre se debe obedecer a los hombres de autoridad, aunque profesen ser maestros de la verdad bíblica. De noche, el ángel del Señor abrió las puertas de la cárcel, y dijo a los discípulos: "Id, poneos en pie y decid al pueblo en el templo todas las palabras de esta vida." Este mandato fue obedecido por los apóstoles; "entraron de mañana en el templo, y enseñaban."

Mientras tanto, "vino el sumo sacerdote, y los que estaban con él, y convocaron al consejo, y a todo el senado de los hijos de Israel, y enviaron a la cárcel para que los trajesen. Pero cuando llegaron los oficiales, y no los hallaron en la cárcel, volvieron y dieron aviso, diciendo: En verdad hallamos la cárcel cerrada con toda seguridad, y los guardas estaban fuera delante de las puertas; pero cuando abrimos, no hallamos a nadie dentro. Oyendo esto el sumo sacerdote, y el capitán del templo, y los príncipes de los sacerdotes, dudaban de ellos en qué había de parar esto. Entonces vino uno y les dio aviso, diciendo: He aquí, los hombres que pusisteis en la cárcel están en el templo enseñando al pueblo."

Entonces fue el capitán con los oficiales, y los trajeron sin violencia; porque temían al pueblo, que no los apedreasen."

"Y cuando los hubieron traído, ... el sumo sacerdote les preguntó, diciendo: ¿No os habíamos mandado estrictamente que no enseñaseis en este nombre? y he aquí, habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y pretendéis traer la sangre de este Hombre sobre nosotros. Respondiendo Pedro y los otros apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres." El Espíritu del Señor se movió sobre Gamaliel, fariseo y doctor de la ley, cuyo consejo fue: "Apartaos de estos hombres, y dejadlos en paz; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, en nada se consumará; pero si es de Dios, no podréis derribarlo, no sea que seáis hallados luchando contra Dios. Y a él asintieron".

Sin embargo, los atributos de Satanás controlaban de tal manera a los sacerdotes y gobernantes que, a pesar de los maravillosos milagros obrados por los apóstoles, estaban tan llenos de prejuicios y odio que apenas podían contenerse. "Cuando hubieron llamado a los apóstoles, y los hubieron azotado, mandaron que no hablasen en el nombre de Jesús, y los soltaron. Y salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por su nombre. Y cada día, en el templo y en todas las casas, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo." "Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos."

Sra. E. G. White

27 de septiembre de 1899

La efusión del Espíritu

En dos números-No. 2

EGW

La promesa del Espíritu Santo era la esperanza más brillante y el consuelo más fuerte que Cristo podía dejar a sus discípulos cuando ascendió al cielo. Las verdades de la Palabra de Dios habían quedado sepultadas bajo la basura de las malas interpretaciones; las máximas de los hombres, los dichos de seres finitos, habían sido exaltados por encima de la Palabra del Dios vivo. Bajo el poder iluminador del Espíritu Santo, los apóstoles separaron la verdad de las falsas teorías y dieron al pueblo la Palabra de vida.

A menudo se rechaza al Espíritu Santo porque llega de forma inesperada. A los sacerdotes y gobernantes judíos se les había dado evidencia tras evidencia de que los apóstoles hablaban y actuaban bajo inspiración divina, pero aun así se resistieron firmemente al mensaje de la verdad. Cristo no había venido de la manera que esperaban, y aunque a veces estaban convencidos de que era el Hijo de Dios, sofocaban la convicción, y así se volvieron más ciegos y endurecidos que antes. Crucificaron a Cristo, pero Cristo, en su misericordia, les dio pruebas adicionales en las obras realizadas por los discípulos. Envío a sus siervos a decirles lo que habían hecho, e incluso en la terrible acusación de que habían matado al Príncipe de la Vida, les hizo otro llamamiento al arrepentimiento. Pero, sintiéndose seguros de su propia justicia, los maestros judíos no estaban dispuestos a admitir que los hombres que los habían reprendido por crucificar a Cristo hablaban bajo la dirección del Espíritu Santo.

Cada acto de resistencia hace más difícil ceder. Siendo los líderes del pueblo, los sacerdotes y gobernantes sintieron que les correspondía defender su curso de resistencia. Habiéndose comprometido a un curso de oposición a Cristo, cada acto de resistencia se convirtió en un incentivo adicional para seguir el mismo curso. Consideraban los acontecimientos de su carrera pasada como tesoros que debían guardarse celosamente, y el odio y la malignidad que inspiraban aquellos actos los concentraban contra los discípulos.

El Espíritu de Dios inspiró a sus siervos, quienes, independientemente del temor o el favor de los hombres, declararon las verdades que les habían sido encomendadas. Y bajo la demostración del poder del Espíritu, los judíos no pudieron menos de ver su culpa al rechazar las evidencias que Dios había enviado. Pero no cedieron en su perversa resistencia. Su obstinación se hizo más y más decidida, y resultó en la ruina de sus almas. No fue sólo porque eran culpables y merecedores de la ira, no sólo porque habían dado muerte al Hijo de Dios, por lo que fueron excluidos de la salvación; fue porque se armaron con los atributos de Satanás y determinaron oponerse continuamente a Dios, rechazaron persistentemente la luz y sofocaron las convicciones del Espíritu Santo. El espíritu que obra en los hijos de desobediencia obró en ellos, llevándolos a maltratar a los hombres por medio de los cuales Dios hablaba. La malignidad de su rebelión se intensificaba con cada acto sucesivo de resistencia contra Dios y el mensaje que Él había dado a sus siervos para declarar. Cada día, en su negativa a arrepentirse, los gobernantes judíos retomaban su rebelión, preparándose para cosechar lo que habían sembrado.

La ira de Dios no se declara contra los hombres sólo por el pecado que han cometido, sino porque deciden continuar en estado de resistencia, porque repiten los pecados del pasado a pesar de la luz y las pruebas que se les han dado. Si los jefes judíos se hubieran sometido, habrían sido perdonados; pero estaban decididos a no ceder. De la misma manera, el pecador, por su continua resistencia, se coloca donde no conoce otra cosa que la resistencia.

Después de rechazar el mensaje que les trajo Noé, se abandonaron al pecado como nunca antes, duplicando la enormidad de sus prácticas corruptoras. Los juicios que Dios trajo sobre el mundo antediluviano lo declararon incurable. La destrucción de Sodoma demostró que los habitantes de la ciudad más hermosa del mundo eran incorregibles en el pecado. Los que se niegan a reformarse aceptando a Cristo, no encuentran nada reformador en el pecado. Sus mentes están dispuestas a llevar a cabo su propósito de rebelión, y no son, y nunca serán, forzados a la sumisión. Hoy existe el peligro de que, como antaño, el Espíritu Santo sea rechazado porque viene de una manera que no está de acuerdo con las mentes de los hombres. Debido a que viene, no para alabar a los hombres, o para construir sus teorías erróneas, sino para reprender al mundo del pecado, de la justicia y del juicio venidero, muchos se apartan de él. No están dispuestos a cambiar su propia justicia (que es injusticia) por la justicia de Cristo, que es verdad pura y no adulterada. El Espíritu Santo no adula a nadie, ni obra según el designio humano; y si viene como reprensor, corresponde al hombre oír y obedecer su voz.

Necesitamos orar por la impartición del Espíritu divino como remedio para las almas enfermas de pecado. Las verdades superficiales de la revelación, hechas claras y fáciles de entender, son aceptadas por muchos como si suplieran todo lo que es esencial; pero el Espíritu Santo, obrando sobre la mente, despierta un ferviente deseo por la verdad no corrompida por el error. El que realmente desea conocer la verdad no puede permanecer en la ignorancia, porque la preciosa verdad recompensa al buscador diligente. Necesitamos sentir el poder convertidor de la gracia de Dios, y exhorto a todos los que han cerrado su corazón contra el Espíritu de Dios a que abran la puerta y supliquen fervientemente: Quédate conmigo. ¿Por qué no postrarnos ante el trono de la gracia divina, rogando que el Espíritu de Dios sea derramado sobre nosotros como lo fue sobre los discípulos? Su presencia ablandará nuestros duros corazones y nos llenará de alegría y regocijo, transformándonos en canales de bendición.

El Señor quiere que cada uno de sus hijos sea rico en fe, y esta fe es el fruto de la obra del Espíritu Santo en la mente. Habita en cada alma que la recibe, hablando a los impenitentes con palabras de advertencia, y señalándoles a Jesús, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Hace que la luz brille en las mentes de aquellos que buscan cooperar con Dios, dándoles eficiencia y sabiduría para hacer Su obra.

El Espíritu Santo nunca deja sin ayuda a un alma que busca a Jesús. Toma las cosas de Cristo y se las muestra al buscador. Y si la mirada se mantiene fija en Jesús, la obra del Espíritu no cesa hasta que el alma es conformada a su imagen. Por la bondadosa influencia del Espíritu, el pecador es cambiado de espíritu y propósito, hasta que llega a ser uno con Cristo. Su afecto por Dios aumenta; tiene hambre y sed de justicia, y al contemplar a Cristo es cambiado de gloria en gloria, de carácter en carácter, y se asemeja cada vez más a su Maestro. Cristo se forma en su interior, y por su Espíritu cumple la promesa: "No te desampararé ni te dejaré". "El Consolador, que es el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho".

Sra. E. G. White

4 de octubre de 1899

Nuestros privilegios en Cristo Jesús

EGW

Plena y gratuita nos llega la invitación: "Venid a Mí todos los que estáis fatigados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". ¡Qué invitación! Fue esta invitación que Cristo dio a Enoc antes de que el mundo fuera destruido por un diluvio. Aquella época no era más favorable para el desarrollo del carácter cristiano que la actual; sin embargo, leemos que Enoc anduvo con Dios. Cristo fue tan verdaderamente el Salvador de Enoc como lo es nuestro Salvador, y en su poder, a pesar de la corrupción de aquella época degenerada, Enoc perfeccionó un carácter cristiano. La voz que nos dice: "El que me sigue no andará en tinieblas," dijo las mismas palabras a Enoc, asegurándole que si seguía al Salvador, no andaría en las tinieblas de la ignorancia. El Señor instruyó a Enoc, y lo hizo su centinela. Fue un testigo fiel de Dios, advirtiéndolo a los habitantes del viejo mundo que no siguieran el ejemplo de los adoradores de

Caín, sino que sirvieran al Dios viviente. "También Enoc, el séptimo desde Adán, profetizó de éstos, diciendo: He aquí, el Señor viene con diez mil de sus santos, para hacer juicio contra todos, y para convencer a todos los impíos de entre ellos de todas sus obras impías que impíamente han cometido, y de todas las duras palabras que los pecadores impíos han hablado contra él."

Es nuestro privilegio caminar como lo hizo Enoc. Cristo nos ha asegurado que aquellos que caminan en Sus pasos son Sus discípulos, Sus verdaderos representantes. Dice: "Yo soy la Luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la vida". ¿No es esto suficiente seguridad? ¿No deberían estas palabras llenarnos de santa paz y alegría?

"En esto es glorificado mi Padre", dijo Cristo, "en que deis mucho fruto; así seréis mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así os he amado yo a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que Mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido." El pecado más grande que podemos abrigar es el pecado de la incredulidad. Muchos dicen, yo no se como ser un cristiano de la Biblia. Es porque no recibes a Cristo como Salvador que perdona los pecados. Por lo tanto su experiencia está llena de inconsistencia e incredulidad. Nadie puede tener gozo y paz si no recibe y obedece las palabras de Cristo.

Necesitamos las riquezas de la fe y del amor. Pero sólo podemos obtenerlas rindiendo la voluntad a Cristo. Cuando le tomemos la palabra al Salvador y hagamos las cosas que son agradables a sus ojos, prevalecerá la unidad completa. Nos pareceremos cada vez más a nuestro Líder. Su carácter ha sido claramente revelado, y se nos ha dicho claramente que debemos ser como Él. Nuestra consigna es: "Adelante". Avanzar hacia la Luz de la vida significa victoria. Vemos en nuestros corazones mucho que es oscuro y prohibitivo, y hay mucho que no vemos en absoluto, pero Dios es más grande que nuestros corazones, y Él conoce todas las cosas. No deploras lo torcido de tu vida pasada; porque esto no trae fortaleza, sino debilidad. Toda incredulidad es deformidad moral. Al lamentar nuestro pasado, no hay bálsamo curativo, sino sólo dolor y pecado, que enferma y debilita el corazón. Así nos desanimamos más y más. ¿No sería mejor mirar al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo?

La incredulidad deshonra grandemente a Dios. Nuestra falta de fe nos está reteniendo bendiciones preciosas que penden sobre nosotros, y que Dios

quisiera que recibiéramos y apreciáramos. Si practicamos la Palabra, seremos perfectos en Aquel que es nuestra justicia. Si la Palabra es creída por nosotros, sobriamente, mansamente, si es recibida y apropiada, nos dará una experiencia preciosa, que nos hará sabios para salvación. Pero, como los hijos de Israel, corremos el peligro de entregarnos a un espíritu de incredulidad y murmuración.

El fruto de la justicia es tranquilidad y seguridad para siempre. Si hubiéramos ejercido más fe, si hubiéramos confiado menos en nuestra propia sabiduría, Dios habría manifestado su poder sobre los corazones humanos. "Estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas. Tomarán en las manos serpientes; y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán." Es la fe, una fe activa, lo que hace que la promesa de gracia sirva de algo. Hemos ido perdiendo la fe, en lugar de aumentarla. Nuestra falta de fe es la razón por la que no hemos visto más del poder de Dios. Ejercemos más fe en nuestra propia obra que en la obra de Dios por nosotros.

Un gran Maestro del cielo visitó nuestro mundo. Su nombre es Jesucristo. Él es el Señor nuestra Justicia. Fue visitado por el príncipe de las tinieblas, y fue tentado en todo según nuestra semejanza. Llegó hasta lo más profundo de la aflicción humana, y todos los que lleven sus penas a Él, como a Alguien que puede conmoverse con los sentimientos de sus dolencias, recibirán el aceite y el vino de la consolación. Sabrán por experiencia que Cristo es su Salvador personal, el que consuela a los abatidos, el que vinda a los quebrantados de corazón. Esta experiencia crece a medida que ellos, a su vez, transmiten lo que han recibido. Cristo es formado en su interior, la esperanza de gloria. Él es hecho para ellos sabiduría, justicia, santificación y redención. Pueden decir: "Sé en quién he creído".

"¿Qué pensáis de Cristo?" ¿Qué es Él para ti personalmente? ¿Está tu fe centrada en Él como tu Redentor? ¿Crees que te salva del pecado, que te imputa Su justicia?

"La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve". La fe resulta en conocimiento espiritual. Por la fe somos animados a asir aún más; porque contemplamos a Dios en la promesa, y somos armados con estabilidad. El verdadero cristiano sabe en quién cree. Tiene la evidencia de cosas invisibles; y un conocimiento que es regenerador, abrumador, sigue a esto. Esto puede no ser creído por los escépticos, pero para el receptor no es una especulación, ni una mera teoría. El Evangelio le ofrece un remedio para los desórdenes morales

que el pecado ha causado. No se limita a leer la Biblia, sino que la experimenta. No se ha limitado a oír hablar de la justicia de Cristo; por la fe ha abierto las ventanas de su alma al Sol de Justicia. Los escépticos pueden retroceder y argumentar la imposibilidad del remedio que ha tomado, pero sus palabras no son nada para él contra la experiencia. Para él es una cuestión de conocimiento. El hombre creyente, aunque sea ignorante, tiene un conocimiento que no puede serle arrebatado. El que confía implícitamente en su Salvador encuentra la puerta del cielo entreabierta e inundada de gloria desde el trono de Dios.

Sra. E. G. White

11 de octubre de 1899

"Incluso tu santificación"

EGW

"Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación". El Señor exige todas las facultades del ser. Su designio es que nos conformemos a Él en voluntad, en temperamento, en espíritu, para que el alma pueda tener comunión con Aquel que está lleno de amor, y paz, y poder. Dios quiere que nos mantengamos cerca del corazón de la Infinita Sabiduría y Amor. Él nos ha elegido desde la eternidad, para que seamos santos, nuestras conciencias purificadas de obras muertas para servir al Dios vivo. El Señor se entregó a sí mismo para morir por nosotros, a fin de purificarnos de toda iniquidad. Él continuará Su obra de perfección por nosotros si nos dejamos controlar por Él.

Esta obra de justicia no puede llevarse adelante a menos que ejerzamos una fe implícita. Debemos movernos cada día bajo la guía del poderoso poder de Dios. Cada día debemos sentir la profunda acción del Espíritu de Dios. Debemos tener una fe que emane de Dios. No debe haber ni un hilo de egoísmo en el tejido de nuestras vidas. Cuando nuestra fe obra por amor, el amor que Cristo reveló en su vida, será de una textura firme. Pero no será hasta que muera el yo cuando Cristo pueda vivir en nosotros; no será hasta que muera el yo cuando podamos poseer la fe que obra por amor y purifica el alma. Nuestra fe debe aumentar. Debemos conocer la santificación del Espíritu. En ferviente oración debemos buscar a Dios, para que su divino Espíritu nos controle. Entonces Dios será glorificado por el ejemplo que demos. Seremos obreros juntamente con Él. La santificación del alma, del cuerpo y del espíritu, nos rodeará con la atmósfera del cielo.

Cristo vino a este mundo para iluminar a los hombres con su sabiduría, con el resplandor de su justicia. Vino a revelar el propósito de Dios para nosotros. Fue un maestro maravilloso. Sus lecciones fueron pronunciadas en el lenguaje de la bondad independiente, y es nuestro privilegio, al estudiar estas lecciones y contemplarlo, ser cambiados a su semejanza. Es Su deseo encomendar la instrucción divina a mayordomos fieles, que enseñen y practiquen la verdad, que vivan de toda palabra que sale de la boca de Dios. Los que dicen conocer y enseñar la verdad, pero no viven de acuerdo con la Palabra, no pueden ser colaboradores de Dios. Los que no andan en la luz, traen las opiniones y prácticas del yo. La verdadera conversión, la verdadera santificación, serán la causa de un cambio en nuestras opiniones y sentimientos hacia los demás y hacia Dios.

Cristo declara: "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros". Otra vez dice Cristo: "Como el Padre me amó, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que Mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea completo. Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois Mis amigos, si hacéis todo lo que Yo os mando. Desde ahora no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer. No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he ordenado que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, él os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros".

Este amor va más allá de la expresión del mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Aquí se exige a los hombres que se amen unos a otros como Cristo les ha amado. Los discípulos no comprendieron entonces el significado de estas palabras. No conocían el carácter elevado y desinteresado del amor celestial. Pero después que Cristo demostró su amor por ellos con su muerte en la cruz, comprendieron sus palabras.

Este amor nacido del cielo no es egoísta ni cambiante. No es un amor dependiente de la alabanza humana. El corazón de quien bebe la sangre del Hijo de Dios rebosa de un amor santo por Dios y por aquellos por quienes Cristo

murió. No ama a sus semejantes porque le amen y le agraden, porque aprecien sus méritos y estimen correctamente su valor, sino porque son la posesión adquirida de Cristo.

Dios quiere que se haga todo lo posible para que podamos estar corazón con corazón, mente con mente, hombro con hombro. No hemos avanzado hacia la meta del premio de nuestro alto llamamiento. El ego ha encontrado demasiado espacio. La falta de fe y amor genuinos es la carencia de la iglesia de hoy. Nuestra experiencia cristiana es imperfecta porque no amamos como Cristo nos ha amado. Mientras estamos llenos de admiración por nosotros mismos, mientras medimos a los demás por nosotros mismos, ¿cómo podemos entender las Escrituras? ¿Qué comprensión podemos tener de la verdadera fe? La falta de amor y de confianza en los demás debilita nuestra confianza en Dios.

Qué plenitud se expresa en las palabras: "Yo soy la Luz del mundo". "Yo soy el Pan de vida". "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida". "Yo soy el buen Pastor". "He venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia". Esta vida es lo que debemos tener, y debemos tenerla en *abundancia*. Dios insuflará esta vida en cada alma que muera al yo y viva para Cristo. Pero se requiere una renuncia total a sí mismo. A menos que esto tenga lugar, llevamos con nosotros el mal que destruye nuestra felicidad.

Ojalá pudiéramos ser lo que Dios quiere que seamos, toda luz en el Señor. Necesitamos alcanzar un estándar más alto. Pero nunca podremos hacerlo hasta que el yo sea puesto sobre el altar, hasta que dejemos que el Espíritu Santo nos controle, moldeándonos y formándonos de acuerdo con la semejanza divina. La verdad debe ser recibida en la vida. Entonces nuestras palabras testificarán que el Espíritu de Cristo está obrando a través de nosotros. Dios vive y reina en nosotros, y nosotros damos testimonio de la verdad. Acércate a Dios. Aprende del gran Maestro. Entrégalo todo a Dios.

No debemos sostenernos en nuestras propias manos. Debemos dejarnos caer en las manos de Dios. Debemos consagrarnos diariamente al servicio de Dios. Debemos acudir a Dios con fe. Si hemos acumulado suposiciones y dificultades imaginarias, que nos impiden una perfecta unión con nuestros hermanos, comencemos de inmediato a eliminar los obstáculos. Debemos humillarnos ante Dios. Es con el yo con lo primero que tenemos que tratar. Criticad de cerca el corazón. Escudriñadlo para ver qué impide el libre acceso del Espíritu de Dios. Debemos recibir el Espíritu Santo. Entonces tendremos poder para prevalecer ante Dios.

Todos deben comprender la necesidad de la obra del Espíritu Santo en el corazón. A menos que este Espíritu sea aceptado y apreciado como el representante de Cristo, cuya obra es renovar y santificar todo el ser, las verdades trascendentales que nos han sido confiadas perderán su poder sobre la mente y el carácter. Muchos hoy se encuentran en esta posición. Se niegan a entrar en una relación correcta con Dios, como hacedores de su Palabra. No ven la necesidad de esto.

Necesitamos orar como nunca antes hemos orado por el bautismo del Espíritu Santo; porque si alguna vez hubo un momento en que necesitamos este bautismo, es ahora. No hay nada que el Señor nos haya dicho con más frecuencia que nos otorgaría, y nada en lo que Él sería más glorificado al otorgarlo, que el Espíritu Santo. Cuando participemos de este Espíritu, naceremos de nuevo. Se manifestará una fe firme e inquebrantable en Dios. El Sol de Justicia estará en medio de nosotros, con sanidad en Sus alas. Las almas una vez perdidas serán encontradas, traídas de vuelta, y guardadas por el poder de Dios a través de la fe para salvación.

"Hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene. Dios es amor; y el que habita en amor, habita en Dios, y Dios en él". Debemos tomarle la palabra a Dios, y creer que Él hará exactamente lo que ha dicho. Si nos castiga, es para que participemos de la naturaleza divina. Su propósito es llevar a cabo una santificación diaria en nosotros. ¿No veremos nuestra obra? ¿No presentaremos a otros el privilegio que tienen de crecer en la gracia y en el conocimiento de Jesucristo?

No basta con asentir a la verdad. Hay que vivirla cada día. Debemos encerrarnos con Dios, entregándole todo. Escuchar las grandes verdades de la Palabra no es suficiente. Debemos hacernos la pregunta: ¿Mora Cristo en mi corazón por la fe? Sólo Él puede mostrarnos nuestra necesidad y revelarnos la dignidad y la gloria de la verdad. En el altar del sacrificio de sí mismo, el lugar designado para el encuentro entre Dios y el alma, recibimos de la mano de Dios la antorcha celestial, que escudriña el corazón, revelando nuestra gran necesidad de un Cristo permanente.

Cuando sentimos la necesidad de nuestro corazón, cuando anhelamos la influencia vivificante del Espíritu Santo, Cristo se acerca a nosotros. El yo es crucificado. Cristo vive en nosotros, y el poder del Espíritu acompaña nuestros esfuerzos; entonces el alma se refina y se eleva. La luz del santuario celestial brilla sobre nosotros, y estamos capacitados para ejercer una influencia que es

un sabor de vida para la vida. Por la unión con Cristo, por la fe viva, tenemos el privilegio de gozar de la eficacia de su mediación. Somos crucificados con Cristo, sepultados con Cristo, resucitados con Cristo, para andar en novedad de vida.

Sra. E. G. White

18 de octubre de 1899

"Hacerlo todo para la gloria de Dios"

EGW

Todo pertenece a Dios-Ningún cristiano ocioso-Ejemplo correcto en la familia

Los que entran al servicio de Dios deben ser fieles a su Líder. Si durante su vida anterior no han entregado los poderes de la mente, el alma y la fuerza al Señor, cuando se conviertan se darán cuenta de que toda capacidad pertenece a Dios. El hombre verdaderamente convertido pondrá hasta sus pensamientos en obediencia a la voluntad de Dios. Sus poderes mentales y físicos serán puestos en el altar del sacrificio. Su tiempo es del Señor; no debe desperdiciarlo. Todos están obligados por las obligaciones más solemnes a redimir el tiempo. No lo desperdicies; aprovéchalo al máximo; haz todo lo posible, mientras vivas en el mundo, para ser una bendición. Cristo consideraba precioso cada momento. Así deben considerar su tiempo sus seguidores. Los que no están directamente ocupados en la obra de procurar salvar lo que se perdió, deben tener algún trabajo. Deben usar las facultades de la mente y del cuerpo para un fin, a fin de poder depositar sus dones y ofrendas en el tesoro del Señor, y llevarle un diezmo fiel. Es deber de todos los que disfrutan de las bondades de Dios dedicarse a un empleo útil. A cada hombre le es dado su trabajo, y del fiel desempeño de este trabajo depende la bendición que recibe.

El que malgasta su precioso tiempo roba a Dios el servicio que le debe. Es culpable de una negligencia que Dios no excusará. ¿Cómo puede Dios recibir a alguien así en los atrios de arriba con las palabras: "Bien, buen siervo y fiel; ... entra en el gozo de tu Señor"?

La fuerza pertenece a Dios. "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo". Esta afirmación abarca el uso de las facultades físicas. No hay razón para que un hombre que tiene fuerza corporal no utilice esa fuerza al

servicio de Cristo. Cada parte del ser debe ser empleada para la gloria de Dios. El Señor no nos habría dado una especificación tan definida si no hubiera querido que estudiáramos cuidadosamente cuánto abarca. Si tienes fuerza física, esa fuerza es propiedad de Cristo. El que en el pasado se ha considerado por encima del trabajo, cuando se convierta cambiará sus hábitos y usará sus poderes físicos para algún propósito. Un hombre indolente no puede servir a Dios, porque da a los demás un ejemplo enteramente contrario a los principios de Cristo. Ningún ocioso puede ser un cristiano práctico. Cristo es nuestro ejemplo, y trabajó en el oficio de carpintero con su padre José. No hay caballeros ociosos en la viña de Dios, porque hay un trabajo serio y práctico que hacer.

Después de escuchar y recibir el precioso mensaje de la verdad, el corazón es tocado y convencido; y cuando se vuelve a Jesús, la voluntad se somete a Cristo. El templo del alma se limpia de la contaminación moral y se prepara para la morada de Cristo. La profunda moción del Espíritu llena el alma de ferviente amor por Cristo. El receptor de la verdad podría deleitarse eternamente con la verdad que oye; pero debe ir más allá de la mera recepción; debe impartir el precioso conocimiento del amor del Redentor; debe esforzarse por elevar al Salvador crucificado. El corazón y el alma deben consagrarse al servicio de Dios.

El que tiene una familia tiene la obligación, como administrador de Dios, de dar un buen ejemplo a sus hijos. Debe educarlos para que sean inteligentes y útiles, para que empleen la fuerza que Dios les ha dado en hacer progresar Su obra en el mundo. Por medio del precepto y el ejemplo, debe entrenarlos para que sean fieles administradores. Debe educarlos para que se den cuenta de que poseen en fideicomiso tesoros prestados, que deben ser utilizados de la mejor manera posible al servicio de Dios.

Enseña a tus hijos que nada debe ser retenido de Dios, que todos sus dones deben ser usados para promover Su gloria. Enséñeles a abrigar el sentido de su responsabilidad de usar sabiamente las capacidades que se les han confiado, mejorándolas y perfeccionándolas con el uso. Son responsables del ejercicio juicioso de cada facultad.

Dios no puede excusar a aquellos que han sido comprados por la sangre de Su Hijo, de trabajar fielmente en Su servicio. Todo verdadero cristiano es un colaborador de Cristo. Nada puede ser más ofensivo para Dios que mutilar o abusar de los dones que se nos han prestado para que los dediquemos a Su

servicio. El valor de un alma se estima por el precio que se paga por ella. Está escrito: "Así que, ya comáis, ya bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios", "quien pagará a cada uno según sus obras; a los que perseverando en el bien obrar buscan gloria, honra e inmortalidad, la vida eterna; pero a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino a la injusticia, indignación e ira, tribulación y angustia, sobre toda alma de hombre que hace lo malo, del judío primeramente, y también del gentil; pero gloria, honra y paz a todo hombre que hace lo bueno, al judío primeramente, y también al gentil."

Sra. E. G. White

25 de octubre de 1899

El toque de fe

EGW

La narración-Una lección importante-La verdad frente al toque casual-Un amigo en la corte-Espiritualidad empuñada

En respuesta a una ferviente invitación, Cristo se puso en camino para ejercer su habilidad como Médico divino y compasivo. A medida que avanzaba, la multitud se acercaba lo más posible a Él, ansiosa por acercarse al centro de atracción. Entre la multitud había una mujer que llevaba mucho tiempo aquejada de una dolorosa enfermedad. Durante doce años había padecido esta enfermedad. Había gastado todo lo que tenía en médicos, y no mejoró en nada, sino que empeoró. Se le había hablado del poder de Cristo, pero ella no se consideraba digna de su atención. "Si tan sólo pudiera tocar su manto", pensó, "quedaría sana". Ella vio su oportunidad, y Cristo en su infinito amor, conociendo el deseo de su corazón, se movió en su dirección. Por fe, extendió la mano y, tocando el borde de su manto, quedó inmediatamente sana. Su fe no estaba en el vestido, sino en la virtud que el vestido cubría.

La felicidad llenaba ahora el alma de la mujer, que trataba de escapar de la multitud y seguir tranquilamente su camino, cuando se oyó la voz de Cristo, que decía clara y distintamente: "¿Quién me ha tocado?". Era una pregunta extraña, y mientras miraba a su alrededor para ver quién le había tocado, Pedro y los demás discípulos dijeron: "Maestro, la multitud te agolpa y te aprieta, y tú dices: ¿Quién me ha tocado?". Pero Cristo deseaba enseñar una lección que resonara a través de los siglos hasta nuestros días, y dijo: "Alguien me ha tocado, porque

veo que la virtud ha salido de Mí." "Y viendo la mujer que no se ocultaba, vino temblando, y postrándose delante de Él, le declaró delante de todo el pueblo por qué causa le había tocado, y cómo al instante fue curada." "Hija", le dijo Cristo, "ten ánimo; tu fe te ha salvado; vete en paz."

Debemos comprender esta lección, pues tiene un significado más profundo de lo que muchos creen. Es posible estar en la presencia de Cristo, e incluso apretujarse cerca de Él, y sin embargo no recibir ninguna bendición, porque lo tocamos sólo con el toque casual de la multitud. Hay cientos y miles que piensan que tienen fe en Cristo; pero no lo tocan con la fe manifestada por la mujer que sufría.

¿Por qué no mostramos más fe? No sabemos qué bendiciones estamos perdiendo por nuestra incredulidad. Para ejercer la fe no es necesario llegar a un éxtasis de sentimientos. Esto no es esencial. Ejercer la fe significa tomar a Dios por su palabra, creer en su poder para salvar hasta lo sumo a todos los que acuden a Él, confiar en su palabra porque Él está detrás de la promesa y puede hacer todas las cosas. Si acudimos a Él con fe viva, recibiremos de Su plenitud. "Si pedís algo en Mi nombre", dice Él, "Yo lo haré". Luego viene la condición: "Si me amáis, guardad mis mandamientos. "La obediencia nos hace testigos de Dios.

Tenemos que asimilar el verdadero significado de las palabras de Cristo. Podemos leerlas una y otra vez y, sin embargo, pasar por alto su verdadero significado. De esta manera perdemos la bendición de las promesas aquí dadas. No te conformes con seguir a Cristo a gran distancia. Muchos hoy están haciendo esto. Piensan que están confiando en el Salvador, pero su fe se parece a la de la multitud, que lo tocó sólo con un roce casual.

¡Qué amigo tenemos en la corte! Después de su resurrección, Cristo habló a sus discípulos, diciendo: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." Esta promesa es tan cierta para el pueblo de Dios en 1899 como lo fue para aquellos a quienes Cristo habló. Pero, ¿no olvidamos a menudo esta promesa, y limitamos al Santo de Israel? Dios no puede honrar la indiferencia, ni puede honrar la incredulidad. ¿Por qué hay que desconcertar a nadie? ¿Por qué los seres humanos se dirigen tan a menudo a los seres humanos con preguntas sobre sus tentaciones y su deseo de agradar a Dios? ¿Dónde está

su fe? Está centrada en instrumentos humanos, no en Aquel que "tanto amó al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".

"Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios." Muchos llevan continuamente el yugo de la condenación porque no toman la Palabra de Dios como sí y amén en Cristo Jesús. Pueden tener una fe casual en Cristo como el Hijo de Dios, pero esto no sirve de nada.

"Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz". No quieren venir a la luz, por temor a que sus obras sean reprobadas. Esta es la posición adoptada por muchos. Sus nombres están en los libros de la iglesia; observan una ronda de ceremonias; pero no aman la verdad. Se han conformado con quedarse a la puerta. No se abren camino hacia la presencia de Cristo, para compartir con él la gloria de su vida real. Sus caracteres no están en armonía con la verdad. No tienen la fe que obra por el amor y purifica el alma. Las malas palabras, las malas conjeturas, las acciones deshonestas, proyectan una sombra oscura sobre su camino. Su fe se hunde en esta sombra de vergüenza, y sienten que están separados de Cristo. Hay un aguijón en la conciencia, una condenación en la vida. Sienten el deseo de esconderse de Dios. La luz ha venido al mundo, pero ellos aman más las tinieblas que la luz, porque sus obras son malas.

¿No es ésta la razón de nuestra enana espiritualidad? ¿No es ésta la razón de que tengamos tan poca fe? Vivimos bajo un sentimiento de condenación. Ha llegado el momento en que es por nuestro interés eterno creer en Cristo. "Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad". Él es "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Él dice: "Escribiré Mi ley en sus corazones". En aquellos que vienen a Él con fe, Él creará un principio divino de santidad que gobernará en el alma, iluminando el entendimiento y cautivando los afectos.

¿Por qué permitió Dios que los hijos de Israel fueran mordidos por serpientes en el desierto? -Fue a causa de su malvada incredulidad y continua rebelión, su perversidad y murmuración. No se detuvieron a pensar de cuánto los estaba salvando Dios, de cuántos males los estaba conteniendo. Había prohibido que las serpientes venenosas los tocaran. Había refrenado a las bestias salvajes del bosque. Había salvado a su pueblo de mil peligros. Les envió una prueba para

ver si habían aprendido la lección de la sumisión y estaban preparados para recibir las ricas bendiciones que les tenía reservadas. Así trató de corregir su egoísmo, para que ocuparan su lugar en su divina teocracia como pueblo representativo. Su propósito era que revelaran Su carácter y dieran un testimonio vivo al mundo de que Dios honra a los que le honran. Deseaba que fueran un pueblo puro, santo e inteligente, que pudiera ser utilizado como portador de luz para el mundo. Pero en lugar de recordar que el Ángel del Señor los guiaba y protegía constantemente, los hijos de Israel perdieron de vista el trato misericordioso y maravilloso de Dios, y magnificaron las pruebas enviadas para probarlos. Dios no podía trabajar con un pueblo que continuamente perdía de vista sus ventajas y lo deshonraba por su incredulidad.

Sra. E. G. White

1 de noviembre de 1899

El Sello de Dios-Nº 1

EGW

Los conflictos de la Iglesia verdadera-Potencias perseguidoras-La última gran potencia-Un mensaje de advertencia-El sello de Dios, la marca de la bestia

Al apóstol Juan, en la isla de Patmos, se le abrieron escenas de profundo y emocionante interés en la experiencia de la iglesia. Temas de intenso interés y vasta importancia le fueron presentados en figuras y símbolos, para que el pueblo de Dios pudiera llegar a ser inteligente en cuanto a los peligros y conflictos que tenía ante sí. La historia del mundo cristiano hasta el fin de los tiempos le fue revelada a Juan. Con gran claridad vio la posición, los peligros, los conflictos y la liberación final del pueblo de Dios. Él registra el mensaje final que ha de madurar la cosecha de la tierra, ya sea como gavillas para el granero celestial, o como escorias para los fuegos del último día.

En visión, Juan contempló las pruebas que el pueblo de Dios soportaría por causa de la verdad. Vio su firmeza inquebrantable en la obediencia a los mandamientos de Dios, frente a los poderes opresores que trataban de forzarlos a la desobediencia, y vio su triunfo final sobre la bestia y su imagen.

Bajo los símbolos de un gran dragón rojo, una bestia semejante a un leopardo y una bestia con cuernos semejantes a los de un cordero, se presentaron a Juan los gobiernos terrenales que se dedicarían especialmente a pisotear la ley de Dios y

a perseguir a su pueblo. La guerra continúa hasta el fin de los tiempos. El pueblo de Dios, simbolizado por una mujer santa y sus hijos, fue representado como muy minoritario. En los últimos días sólo quedaba un remanente. De ellos habla Juan como "los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo".

A través del paganismo, y luego a través del papado, Satanás ejerció su poder durante muchos siglos en un esfuerzo por borrar de la tierra a los fieles testigos de Dios. Paganos y papistas fueron actuados por el mismo espíritu del dragón. Sólo se diferenciaban en que el papado, fingiendo servir a Dios, era el enemigo más peligroso y cruel. Por medio del romanismo, Satanás tomó cautivo al mundo. La profesada iglesia de Dios fue arrastrada a las filas de este engaño, y durante más de mil años el pueblo de Dios sufrió bajo la ira del dragón. Y cuando el papado, despojado de su fuerza, se vio obligado a desistir de la persecución, Juan vio surgir un nuevo poder que se hizo eco de la voz del dragón y prosiguió la misma obra cruel y blasfema. Este poder, el último que hará la guerra contra la Iglesia y la ley de Dios, estaba simbolizado por una bestia con cuernos semejantes a los de un cordero. Las bestias que la precedieron habían surgido del mar, pero ésta surgió de la tierra, representando el surgimiento pacífico de la nación simbolizada. Los "dos cuernos como de cordero" representan bien el carácter del Gobierno de los Estados Unidos, expresado en sus dos principios fundamentales, el republicanism y el protestantismo. Estos principios son el secreto de nuestro poder y prosperidad como nación. Los primeros que encontraron asilo en las costas de América se alegraron de haber llegado a un país libre de las arrogantes pretensiones del papismo y de la tiranía del dominio real. Decidieron establecer un gobierno sobre la amplia base de la libertad civil y religiosa.

Pero el trazo severo del lápiz profético revela un cambio en esta apacible escena. La bestia con cuernos semejantes a los de un cordero habla con voz de dragón, y "ejerce todo el poder de la primera bestia delante de él." La profecía declara que dirá a los que moran en la tierra que hagan una imagen de la bestia, y que "hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, reciban una marca en la mano derecha o en la frente, y que nadie pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca, o el nombre de la bestia, o el número de su nombre." Así el Protestantismo sigue los pasos del Papado.

Es en este momento que el tercer ángel es visto volando en medio del cielo, proclamando: "Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe su marca en la frente o en la mano, beberá del vino de la ira de Dios, que se derrama sin

mezcla en el cáliz de su indignación." "Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús". En marcado contraste con el mundo está la pequeña compañía que no se apartará de su lealtad a Dios. Estos son aquellos de quienes Isaías habla como reparadores de la brecha que se había abierto en la ley de Dios, los que están edificando los antiguos baldíos, levantando los cimientos de muchas generaciones.

La advertencia más solemne y la amenaza más terrible jamás dirigida a los mortales es la contenida en el mensaje del tercer ángel. El pecado que atrae la ira de Dios sin mezcla de misericordia debe ser del carácter más atroz. ¿Se ha de dejar al mundo en la oscuridad en cuanto a la naturaleza de este pecado? Dios no trata así a sus criaturas. Su ira nunca es visitada por pecados de ignorancia. Antes de que sus juicios caigan sobre la tierra, la luz respecto a este pecado debe ser presentada al mundo, para que el hombre pueda saber por qué estos juicios han de ser infligidos, y pueda tener la oportunidad de escapar de ellos.

El Sello-la Marca

El mensaje que contiene esta advertencia es el último que se proclamará antes de la revelación del Hijo del hombre. Las señales que Él mismo ha dado anuncian la proximidad de su venida. Durante casi cuarenta años ha estado sonando el mensaje del tercer ángel. En la cuestión de la gran contienda se desarrollan dos partidos, los que "adoran a la bestia y a su imagen", y reciben su marca, y los que reciben "el sello del Dios vivo", que tienen el nombre del Padre escrito en la frente. No se trata de una marca visible. Ha llegado el momento en que todos los que tienen interés en la salvación de su alma deben preguntar seria y solemnemente: ¿Qué es el sello de Dios? y ¿qué es la marca de la bestia? ¿Cómo podemos evitar recibirla?

El sello de Dios, la señal o signo de Su autoridad, se encuentra en el cuarto mandamiento. Este es el único precepto del Decálogo que señala a Dios como el Creador de los cielos y la tierra, y distingue claramente al Dios verdadero de todos los dioses falsos. A lo largo de las Escrituras se cita el hecho del poder creador de Dios como prueba de que Él está por encima de todas las deidades paganas.

El sábado ordenado por el cuarto mandamiento fue instituido para conmemorar la obra de la creación, y así mantener la mente de los hombres siempre dirigida al Dios vivo y verdadero. Si se hubiera guardado siempre el sábado, nunca habría existido un idólatra, un ateo o un infiel. La sagrada observancia del día

santo de Dios habría dirigido las mentes de los hombres hacia su Creador. Las cosas de la naturaleza lo habrían traído a su memoria, y habrían dado testimonio de Su poder y Su amor. El sábado del cuarto mandamiento es el sello del Dios viviente. Señala a Dios como el Creador, y es el signo de Su legítima autoridad sobre los seres que ha creado.

¿Qué es, entonces, la marca de la bestia, si no es el sábado espurio que el mundo ha aceptado en lugar del verdadero?

La declaración profética de que el papado se exaltaría a sí mismo por encima de todo lo que se llama Dios, o que es adorado, se ha cumplido sorprendentemente en el cambio del sábado del séptimo al primer día de la semana. Dondequiera que se honre el sábado papal con preferencia al sábado de Dios, allí se exalta al hombre de pecado por encima del Creador del cielo y de la tierra.

Los que afirman que Cristo cambió el sábado están contradiciendo directamente Sus propias palabras. En Su Sermón de la Montaña declaró: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Cualquiera, pues, que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos."

Los católicos romanos reconocen que el cambio del sábado fue hecho por su iglesia, y citan este mismo cambio como prueba de la autoridad suprema de esta iglesia. Declaran que al observar el primer día de la semana como sábado, los protestantes están reconociendo su poder para legislar en las cosas divinas. La Iglesia Romana no ha renunciado a su pretensión de infalibilidad, y cuando el mundo y las iglesias protestantes aceptan el sábado espurio de su creación, virtualmente reconocen su pretensión. Pueden citar la autoridad de los apóstoles y los padres en defensa de este cambio, pero la falacia de su razonamiento es fácilmente discernible. El papista es lo suficientemente agudo como para ver que los protestantes se engañan a sí mismos, cerrando voluntariamente los ojos a los hechos del caso. A medida que la institución dominical gana favor, se regocija, sintiéndose seguro de que finalmente traerá a todo el mundo protestante bajo la bandera de Roma.

Sra. E. G. White

(Concluido la próxima semana).

8 de noviembre de 1899

El Sello de Dios-Nº 2

EGW

Un Signo de Autoridad-Cómo Recibir la Marca-Apostasía Nacional-Roma Igual-Una Imagen del Papado-Las Pruebas de la Iglesia Remanente

El cambio del sábado es un signo o marca de la autoridad de la Iglesia Romana. Los que, comprendiendo las exigencias del cuarto mandamiento, eligen observar el falso sábado en lugar del verdadero, rinden así homenaje a ese poder que es el único que lo ordena. La marca de la bestia es el sábado papal, que ha sido aceptado por el mundo en lugar del día señalado por Dios.

Hay verdaderos cristianos en todas las iglesias, sin exceptuar la comunión católica romana. Ninguno es condenado hasta que haya tenido la luz y haya visto la obligación del cuarto mandamiento. Pero cuando se promulgue el decreto que imponga el falso sábado, y el fuerte grito del "tercer ángel" advierta a los hombres contra la adoración de la bestia y de su imagen, se trazará claramente la línea divisoria entre los falsos y los verdaderos. Entonces los que aún continúen en la transgresión recibirán la marca de la bestia.

Nos acercamos rápidamente a este período. Cuando las iglesias protestantes se unan con el poder secular para sostener una religión falsa, por oponerse a la cual sus antepasados soportaron la más feroz persecución, entonces el sábado papal será impuesto por la autoridad combinada de la iglesia y el Estado. Habrá una apostasía nacional, que sólo terminará en la ruina nacional.

Maravillosa en su astucia y picardía es la Iglesia Católica Romana. Ella presenta un frente justo al mundo, cubriendo con disculpas su historial de horribles crueldades, y declarando que su espíritu de persecución ya no existe. Pero ella es la misma que en los días de la Reforma, cuando los hombres de Dios se levantaron a riesgo de sus vidas para exponer su iniquidad; la misma que cuando asumió el poder de controlar a reyes y príncipes, y reclamó las prerrogativas de Dios. Puede revestirse de ropajes semejantes a los de Cristo, para llevar mejor adelante sus propósitos; pero aún conserva el veneno de la serpiente, y sus principios ejercen su influencia en los recintos legislativos, en las iglesias y en

los corazones de los hombres. Su espíritu no es menos cruel y despótico ahora que cuando aplastó la libertad humana y mató a los santos del Altísimo.

Mediante compromisos y concesiones, los protestantes han manipulado y condescendido con el papismo, dándole ventajas que los mismos papistas se sorprenden de ver y no comprenden. Es necesario despertar al mundo protestante para resistir los avances de este peligroso enemigo de la libertad civil y religiosa.

Cuando el Estado haga cumplir los decretos y sostenga las instituciones de la iglesia, entonces la América protestante habrá formado una imagen del papado. Entonces la verdadera iglesia será asaltada por la persecución como lo fue el pueblo de Dios en la antigüedad. Casi todos los siglos ofrecen ejemplos de lo que pueden hacer los corazones humanos, dominados por la ira y la malicia, bajo el pretexto de servir a Dios protegiendo los derechos de la Iglesia y del Estado. Las iglesias protestantes que han seguido los pasos de Roma formando alianzas con poderes mundanos han manifestado un deseo similar de restringir la libertad de conciencia. ¡Cuántos ministros no conformistas han sufrido bajo el poder de la Iglesia de Inglaterra! La persecución siempre sigue a una restricción de la libertad religiosa por parte de los gobiernos seculares.

Rechazo de la Gran Luz

Muchos sostienen que la oscuridad intelectual y moral que prevaleció durante la Edad Media favoreció la difusión del dogma, la superstición y la opresión del papismo, y que la difusión general del conocimiento y la aceptación casi universal de los principios de la libertad religiosa prohíben el resurgimiento de la superstición y la tiranía. Es cierto que una gran luz, intelectual, moral y religiosa, brilla sobre esta generación. Desde 1844, la luz del cielo de los cielos ha brillado desde la puerta abierta del templo de Dios. Pero debe recordarse que cuanto mayor es la luz derramada, mayor es el engaño y la oscuridad de los que rechazan la Palabra de Dios y aceptan fábulas, enseñando como doctrina los mandamientos de los hombres.

Satanás excitará la indignación de la cristiandad apóstata contra el humilde remanente que se niega concienzudamente a aceptar costumbres y tradiciones falsas. Cegados por el príncipe de las tinieblas, los religiosos populares sólo verán como él ve, y sentirán como él siente. Determinarán como él determina, y oprimirán como él ha oprimido. La libertad de conciencia, que ha costado tan grandes sacrificios, ya no será respetada. La iglesia y el mundo se unirán, y el

mundo prestará a la iglesia poder para aplastar el derecho del pueblo a adorar a Dios según Su Palabra.

El decreto que va a salir contra el pueblo de Dios en un futuro próximo es en algunos aspectos similar al emitido por Asuero contra los judíos en tiempos de Ester. El edicto persa surgió de la malicia de Amán contra Mardoqueo. No es que Mardoqueo hubiera hecho daño a Amán, sino que se había negado a halagar su vanidad mostrándole la reverencia que sólo se debe a Dios. La decisión del rey contra los judíos fue obtenida bajo falsos pretextos. Satanás instigó este plan para librar a la tierra de aquellos que conservaban el conocimiento del Dios verdadero. Pero sus complots fueron derrotados por un contrapoder que reina entre los hijos de los hombres. Los ángeles que sobresalen en fuerza fueron comisionados para proteger al pueblo de Dios, y los complots de sus adversarios volvieron sobre sus propias cabezas.

La historia se repite. La misma mente maestra que conspiró contra los fieles en épocas pasadas, está trabajando ahora para obtener el control de las iglesias protestantes, para que a través de ellas pueda condenar y dar muerte a todos los que no adoren al ídolo sábado. No tenemos que luchar contra el hombre, como puede parecer. No luchamos contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Pero si el pueblo de Dios pone su confianza en él, y por fe confía en su poder, las artimañas de Satanás serán derrotadas en nuestro tiempo tan señaladamente como en los días de Mardoqueo.

Se va a decretar que todos los que no reciban la marca de la bestia no compren ni vendan y, finalmente, que sean condenados a muerte. Pero los santos de Dios no reciben esta marca. El profeta de Patmos contempló a los que habían obtenido la victoria sobre la bestia y sobre su imagen y sobre su marca y sobre el número de su nombre, de pie sobre el mar de cristal, teniendo las arpas de Dios y cantando el cántico de Moisés y del Cordero.

A cada alma le llegará la prueba inquisitiva: ¿Obedeceré a Dios antes que a los hombres? La hora decisiva está ya cerca. Satanás está desplegando sus mayores esfuerzos en el furor de una última lucha desesperada contra Cristo y sus seguidores. Los falsos maestros están empleando todo artificio posible para estimular al pecador endurecido en su atrevimiento rebelde, para confirmar a los que cuestionan, a los que dudan, a los incrédulos, y, mediante la tergiversación y la falsedad, para engañar, si fuera posible, a los mismos

elegidos. ¿Quiénes están dispuestos a permanecer firmes bajo el estandarte en el que está inscrito: "Los mandamientos de Dios y la fe de Jesús"?

Cristo nunca compró la paz y la amistad transigiendo con el mal. Aunque Su corazón rebosaba de amor hacia la raza humana, no podía ser indulgente con sus pecados. Porque amaba a los hombres y mujeres, era un severo reprobador de sus vicios. Su vida de sufrimiento, la humillación a la que fue sometido por una nación perversa, muestran a Sus seguidores que no debe haber sacrificio de principios. El pueblo probado de Dios debe mantenerse vigilante, con ferviente oración, no sea que, en su afán por evitar la discordia, entregue la verdad y deshonre así al Dios de la verdad. La paz se obtiene demasiado cara si se compra con la menor concesión a las agencias de Satanás. La menor cesión de principios nos enreda en la trampa del enemigo.

Pablo escribe a los romanos: "Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, vivid en paz con todos los hombres". Pero hay un punto más allá del cual es imposible mantener la unión y la armonía sin el sacrificio de los principios. La separación se convierte entonces en un deber absoluto. Las leyes de las naciones deben ser respetadas cuando no entran en conflicto con las leyes de Dios. Pero cuando hay colisión entre ellas, todo verdadero discípulo de Cristo dirá, como lo hizo el apóstol Pedro cuando se le ordenó no hablar más en nombre de Jesús: "Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres."

Sra. E. G. White

15 de noviembre de 1899

La Ley revelada en Cristo

EGW

Dios Manifestado en Cristo-Cristo el Único Camino de Salvación-Una Verdad Grande y Bendita-Amor y Justicia-Una Ley Inmutable

Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna".

Como la palabra es al pensamiento, así es Cristo al Dios invisible. Él es la manifestación del Padre, y es llamado el Verbo de Dios. Dios envió a Su Hijo al mundo, Su divinidad revestida de humanidad, para dar a conocer en Su vida y carácter los atributos del Padre, para que los hombres pudieran llevar la

imagen del Dios invisible. Él fue la encarnación de la ley de Dios, que es la transcripción de Su carácter.

El mundo vio a Dios representado en la pureza y benevolencia de Cristo; pero a causa de su depravación y tinieblas, no lo reconoció como Hijo de Dios. "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad". Él era "la Luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene al mundo". Él estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no le conoció". A pesar de la abrumadora evidencia, los hombres manifestaron la incredulidad que sólo Satanás podía inspirar.

Cristo aseguró la libertad condicional para el hombre a un costo infinito. Debía sufrir por los pecados del mundo, para que los propósitos de Dios no fueran derrotados. Debía destruir al apóstata, porque la muerte de Satanás significaba la vida para todos los creyentes y la muerte para todos los desobedientes. Nada menos que la vida de Cristo expiaría la transgresión del hombre. Él debía restaurar al hombre colocando en terreno ventajoso a todo aquel que creyera en Él como Salvador personal. Cuando no había corazón para compadecerse, Su brazo trajo la salvación. Dios puso la ayuda en Uno que era poderoso, diciendo: "Salva al hombre de la destrucción". El Hijo de Dios aceptó gozoso la obra, convirtiéndose en sustituto y fiador del hombre, para salvarlo de su pecado y llamarlo de la transgresión a la obediencia. Se comprometió a tomar la naturaleza del hombre, y ponerse a la cabeza de la raza humana, para satisfacer toda reclamación hecha contra ellos como pueblo atado a la esclavitud del pecado. Por medio de este don de Dios al mundo, el hombre ha tenido todas las oportunidades de conocer a Dios y las leyes de su gobierno.

La verdad sólo podía llegar al hombre a través de Cristo, porque Él era la imagen del Dios invisible. Representaba el poder y la gloria del Padre, y la firma divina estaba en todas sus palabras y obras. "No puedo hacer nada por mí mismo", declaró; "no hablo por mí mismo, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras". Es una **grande y bendita verdad** que Dios es amor. Los esfuerzos sobrehumanos que el Padre ha hecho por el bien de la humanidad, revelan que su amor no tiene paralelo. Por medio de Cristo este amor se gasta constantemente por los hombres. El universo celestial está en constante actividad en favor de los hijos de los hombres. Trabajan para que los pecadores sean convictos de pecado. Pero el hombre no debe engañarse a sí mismo con la idea de que porque Dios es un Dios de amor, no tiene una norma perfecta de justicia. La revelación de Su amor, al dar a Su Hijo para morir la muerte

vergonzosa de la cruz, muestra que Dios tiene una norma de carácter. Sólo mediante una vida de ignominia y sufrimiento y humillación y la muerte de cruz pudo Cristo pagar la pena de la ley quebrantada. "Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados".

En la tumba Cristo fue cautivo de la justicia divina. Ante el Juez del universo se había hecho responsable de la transgresión de la ley. Era necesario que se diera al mundo una severa manifestación de la ira de Dios contra todos los que rechazan la luz y la evidencia y permanecen obstinadamente en la incredulidad. En la crucifixión de Su Hijo se revela **el odio de Dios por el pecado**. Este castigo Cristo lo llevó por los pecados del transgresor. Él ha llevado el castigo por cada hombre, y por esta razón Él puede rescatar a cada alma, por muy caída que sea su condición, si acepta la ley de Dios como su norma de justicia. El grito de desesperación del alma suscita el amor más tierno de Dios, y esto es salvación para todo el que cree. El que ve la culpa de su transgresión y comprende el sacrificio infinito hecho en su favor, no continuará en el pecado. Pero si los hombres continúan resistiendo la luz y la evidencia, se apartarán de la misericordia de Dios, y entonces vendrá el ministerio de la ira. Dios no puede salvar al pecador en su pecado. El amor de Dios es inconmensurable para los que se arrepienten, pero su justicia es firme e inflexible con los que abusan de su amor longánime.

Dios destruyó a los habitantes del viejo mundo mediante un diluvio, porque se negaron a obedecer Sus mandamientos. El registro declara: "Vio Dios que la maldad del hombre era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de él era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo el Señor: Destruiré al hombre que he creado de sobre la faz de la tierra; tanto al hombre como a la bestia, al reptil y a las aves del cielo, porque me arrepiento de haberlos hecho." Si el hombre no hubiera comido del árbol del conocimiento y de toda clase de maldad, Dios no lo habría destruido. Y Dios "miró la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra. Y dijo Dios a Noé: El fin de toda carne ha llegado delante de mí; porque la tierra está llena de violencia por causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra."

A algunos les parece extraño que nuestra salvación exija nuestra entera sumisión a la ley de Dios. Pero **el Señor no podría hacer una cosa más cruel** que salvar al hombre en su rebelión. Ningún hombre puede ser salvado a menos

que se someta al gobierno de Cristo. La salvación significa para nosotros la entrega completa de alma, cuerpo y espíritu. Debido a los elementos rebeldes de nuestra naturaleza, nuestras pasiones a menudo obtienen el dominio. La única esperanza del pecador es dejar de pecar. Entonces su voluntad estará en armonía con la voluntad de Cristo. Su alma entra en comunión con Dios. Los que se alistan en el ejército de Cristo deben someterse en todo a su autoridad y consultar su voluntad. La obediencia implícita es la condición de la salvación. La ley de Dios debe ser obedecida en todo particular. Es nuestra salvación hacer de Su ley nuestra regla, de Su vida nuestro modelo, de Su gloria nuestro principal objetivo. Mantenernos en el amor de Dios, estar atados a la obediencia por sus requisitos, esto es ser libres en Cristo.

Apurándolos de una tentación a otra, **Satanás no da tiempo a los hombres para considerar estas cosas.** El hombre puede rechazar al enemigo en un punto, y creerse seguro, pero el astuto enemigo tiene siempre otro plan preparado. Nos sigue a cada paso, valiéndose de todas las circunstancias de la vida para que lo veamos con buenos ojos; porque está jugando el juego de la vida por el alma. Instituye todas las diversiones que puede idear para absorber el tiempo y mantener a Dios fuera de los pensamientos. Ha tratado de engañar a los hombres haciéndoles creer que Cristo murió para abrogar la ley de Dios. Pero Cristo no murió para inmortalizar la transgresión.

Todo hombre puede guardar la ley de Dios, porque Cristo en su naturaleza humana guardó la ley; y dice a toda alma: "Si me amáis, guardad mis mandamientos". Cristo es "imagen del Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas, las que están en los cielos y las que están en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por él y para él; y él es antes de todas las cosas, y en él todas las cosas subsisten." El primer capítulo de Colosenses iluminará maravillosamente la mente en cuanto a la verdad tal como es en Jesús. Si lo estudiamos, comprenderemos cómo Cristo ha hecho posible que el hombre, caído por desobediencia y transgresión, guarde todos los mandamientos de Dios.

Todas las bendiciones que el Cielo puede otorgar fueron dadas al hombre en Cristo. El Hijo de Dios revistió su divinidad de humanidad, para que la humanidad pudiera tocar a la humanidad, y la divinidad se aferrara al trono del Infinito. Quiso demostrar al hombre que la humanidad unida a la divinidad, por la fe en Cristo, podía participar de la naturaleza divina. La muerte de Cristo

revela que ni una jota ni una tilde de la ley de Dios puede ser alterada para satisfacer al hombre en su condición caída.

El Salvador nos asegura que mientras permanezcan los cielos y la tierra, no faltará ni un tilde de la ley. La muerte de Cristo en la cruz no destruyó los cielos ni la tierra; ambos permanecen; por lo tanto, la ley de Dios permanece inalterada. Lejos de disminuir sus exigencias, la muerte de Cristo da testimonio a través de todas las generaciones de la inmutabilidad de la ley de Jehová. Sus exigencias sobre el hombre son eternas.

Sra. E. G. White

22 de noviembre de 1899

El signo del pueblo de Dios

EGW

El enemigo ha trabajado en el mundo religioso para engañar a los hombres en la creencia de que la ley de Dios puede ser dejada de lado. Ha tenido largos años de experiencia en esta obra, pues comenzó con nuestros primeros padres, usando sus poderes para hacerles desconfiar de Dios. Si podía interponerse entre sus almas y Dios, sabía que tendría éxito. La perspectiva de convertirse en dioses, concedores del bien y del mal, fue agradable para Adán y Eva, y cedieron a la tentación. Al recibir el conocimiento del bien y del mal, los hombres sienten que están ganando mucho; pero no comprenden los propósitos de Satanás. No comprenden que caen en su trampa cuando alteran la ley de Dios. El enemigo sabe que si la iglesia puede ser controlada por promulgaciones políticas, si puede ser llevada a unirse con el mundo, virtualmente lo reconoce como su cabeza. Entonces la autoridad de los mandamientos hechos por el hombre trabajará para oponerse a la regla del gobierno del cielo. Bajo el liderazgo de Satanás, los hombres prescindirán de los justos y santos decretos de Dios concernientes al sábado, cuya observancia ha de ser una señal entre Dios y su pueblo para siempre.

El plan de Satanás se ha apoderado del mundo religioso. Ha creado un orden de cosas enteramente suyo, anulando la ley de Dios. Mediante su obra engañosa ha obtenido en el mundo supuestamente cristiano lo que pensaba obtener en el cielo: la abrogación de las leyes de Jehová. A través del poder romano ha trabajado para eliminar el monumento de Dios, y ha erigido un monumento propio para separar a Dios de su pueblo. Hoy el mundo protestante está alejado

de Dios por su aceptación de un sábado espurio. No pueden encontrar ni una pizca de autoridad sagrada para hacer esto; sin embargo, llenos de celo, afirman que el memorial del Señor dado en la creación debe ser ignorado, despreciado, pisoteado, y que el primer día de la semana debe tomar su lugar.

Ninguna herida más profunda podría infligirse a Dios que ignorar su día santo, y colocar en su lugar un sábado espurio que no lleva ninguna marca de santidad. Dios dio el sábado al mundo para ser apartado para la gloria de su nombre. Dice: "Señal es entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico..... Israel guardará el sábado, para observar el sábado por sus generaciones, por pacto perpetuo".

¿Y quién es Israel? El Espíritu Santo, por medio del apóstol Pablo, declara: "Si sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois". A todos los que por medio de Cristo llegan a ser parte del verdadero Israel, se les ordena la observancia del sábado.

Los que hacen caso omiso de un simple "Así dice el Señor", están abandonando su lealtad a Dios y exaltando el poder humano en su lugar. Colocándose así en oposición al Dios del cielo, los hombres no reciben la marca o señal por la cual la gente del mundo ha de conocer a los verdaderos seguidores de Dios. No hay justificación para quienes, teniendo la luz, cierran los ojos y los oídos a un claro "Así dice el Señor". Han tomado las armas de su guerra contra Dios, y su culpa se hace manifiesta.

Una reforma específica

Dios llama a Su pueblo a una obra especial para estos últimos días. "Los que serán de ti reedificarán los antiguos yermos", dice; "tú levantarás los cimientos de muchas generaciones; y serás llamado reparador de brechas, restaurador de sendas para habitar". ¿Cuál es esta brecha? Es el sábado quebrantado del Señor. "Si apartares tu pie del día de reposo", continúa diciendo, "de hacer tu voluntad en mi día santo; y llames al día de reposo delicia, el santo de Jehová, honorable; y le honreres, no haciendo tus caminos, ni hallando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y te haré cabalgar sobre las alturas de la tierra, y te apacentaré de la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de Jehová lo ha dicho." Pero no debe haber asunción de poder por parte del pueblo elegido de Dios. Los que reciben órdenes de Cristo no deben tratar de obligar a otros a obedecer la ley de Jehová. "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús; el cual, siendo en forma

de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó forma de siervo y se hizo semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz."

Ni siquiera Cristo, como Príncipe de la Vida, tomó el cetro del poder e impuso Sus leyes de justicia. Pacientemente ha esperado en las cortes celestiales a favor de Su pueblo que ha sufrido por su lealtad a Él. Pacientemente ha esperado que el Evangelio del reino sea predicado en todas partes del mundo, hasta que toda nación, tribu, lengua y pueblo haya recibido la luz de la Palabra de Dios. Y el hombre, también, debe esperar pacientemente hasta el momento en que la obra se haya cumplido, y cada ser humano haya tenido la oportunidad de decidir por sí mismo. Se tomarán decisiones a favor y en contra de Dios; y cada hombre decidirá su propio caso por su decisión con respecto a la ley de Jehová. Entonces se desarrollarán ambas clases; se revelará el sentimiento de cada corazón. Cada partido se reunirá bajo su líder escogido, como leal a Dios y a sus mandamientos, o como transgresor de la ley, con el primer gran rebelde a la cabeza.

Dios declara: "Israel guardará el Sabbath, para observar el Sabbath a través de sus generaciones, por un pacto perpetuo". "Es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico". No hemos de observar el sábado meramente como un asunto legal; hemos de ser inteligentes en cuanto a su relación espiritual con todas las transacciones de la vida.

La oración de Cristo a su Padre por sus discípulos fue: "Santifícalos en tu verdad; tu Palabra es verdad". La señal de Dios es la santificación mediante la obediencia a la verdad. Esta santificación hace al súbdito leal semejante a su gran Cabeza, Jesucristo. Entra en relaciones peculiares y eternas con el Salvador a condición de que mantenga su lealtad hasta el fin. Cuando seamos así santificados, no tendremos una fe espuria, una doctrina espuria, una experiencia espuria. Al salir del mundo y aceptar el sábado de la creación, que Dios ha bendecido y santificado, damos pruebas de verdadera conversión. Se nos estampa la marca del gobierno de Dios. Al aceptar el sábado para santificarlo al Señor, somos santificados en alma, cuerpo y espíritu.

Todos los que desean sinceramente saber si tienen la marca del Rey examinarán su Palabra críticamente. Un sábado espurio es ahora exaltado ante el pueblo. Esta es la marca, la señal, de un gobernante que se opone al Rey de reyes, el

Señor de los ejércitos. Este gobernante ha tratado de mostrar su poder y autoridad tomando un día de trabajo común, hijo del papado, y dándolo al mundo como el sábado del Señor. Ha tratado de destruir la señal que Dios ha dicho que debe ser preservada por mil generaciones.

La observancia del sábado, el séptimo día por el pueblo de Dios, es la señal para el mundo de que están vinculados al Dios del cielo como Sus súbditos leales, que confían en Su veracidad eterna y en Su poder como Creador de los cielos y de la tierra; y es la señal de que Dios los reconoce como Su pueblo elegido. Los que comprenden que el sábado es una señal entre ellos y Dios, representarán los principios de su gobierno llevando a su práctica diaria las leyes de su reino. Vivirán en constante sumisión a su voluntad, teniendo las palabras de su ley escritas en sus corazones. Sus mandatos serán considerados como la fuente de su existencia. Fieles y verdaderos, prestarán atención a cada mandamiento dado y revelarán en su vida diaria la religión que emana de Dios.

Sra. E. G. White

29 de noviembre de 1899

Salvar a los perdidos

EGW

Hace más de mil ochocientos años Cristo caminó sobre esta tierra, un Hombre entre los hombres, y sin embargo un Dios. Oíd lo que dijo: "El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido". Todo aquel que cree en Cristo tiene el solemne deber de salir de la iglesia y buscar por todos los medios la salvación de las almas. Ser cristiano significa ser semejante a Cristo, y sobre todos los cristianos descansa la carga de trabajar como Cristo trabajó.

Cristo vino a este mundo para representar el carácter de Dios expresado en Su ley, y en su naturaleza humana vivió esa ley. Así pues, nuestras vidas han de emplearse en hacer la voluntad de Dios. Hemos sido hechos depositarios de la verdad sagrada; pero esta verdad no tiene valor para nosotros a menos que se practique en la vida diaria. Los cristianos deben hacer un trabajo minucioso. En vez de gastar su tiempo y sus medios en trabajar para los que ya han sido bendecidos con tantas oportunidades y privilegios que no saben apreciarlos, vayan los obreros de Dios a los lugares donde no se ha oído la verdad. Que el celo sincero y la piedad ferviente se manifiesten en favor de los que están en las tinieblas del error. De los que así trabajan dice Cristo: "Sois colaboradores de

Dios". "Vosotros sois la luz del mundo". "Vosotros sois la sal de la tierra". "Vosotros sois mis testigos". "Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos".

Hemos de ejercer una influencia salvadora sobre los que están sin Dios y sin esperanza en el mundo. El camino a la ciudad de refugio debe mantenerse libre de la basura del egoísmo del pecado. Los que profesan seguir al Cordero de Dios deben quitar del camino toda piedra de tropiezo. Pero con demasiada frecuencia los que dicen creer en la verdad ponen piedras de tropiezo en el camino de los demás. Dicen que conocen a Cristo, pero en las obras lo niegan. Con su conducta insignificante hieren a los que podrían haber ayudado. Pecan contra Dios y mienten contra la verdad, poniendo en peligro sus propias almas y extraviando a otros.

"Andad con sabiduría para con los de afuera, redimiendo el tiempo", "porque los días son malos". Este principio fue establecido por el apóstol Pablo, a quien el Señor dio luz especial. El pueblo de Dios ha de ser una luz que brille en medio de las tinieblas morales del mundo. Mediante una vida piadosa han de mostrar que la verdad ejerce sobre ellos una influencia ennoblecedora.

Muchos hacen grandes esfuerzos para presentar un exterior atractivo. Mucho más esencial es tener la verdad implantada en el corazón; porque la gracia en el corazón obrará hacia afuera. El reino de Dios no es comida ni bebida, es decir, no consiste en ceremonias. Existe el peligro de que las ceremonias se vuelvan demasiado numerosas, de que la sencillez del Evangelio se pierda en una multiplicidad de maquinarias. Cuando los cristianos profesantes obran sin que la verdad esté entronizada en el corazón, su religión es sólo un tropiezo para los pecadores. "Nubes son sin agua, llevadas de los vientos; árboles cuyo fruto se seca, sin fruto, dos veces muertos, arrancados de raíz". La iglesia será perfecta sólo cuando sus miembros vivan la verdad, vindicando el honor de Dios al ganar almas para Cristo.

Como cristianos, el mundo nos observa atentamente. Se fijan en nuestras palabras y en nuestros actos. El cristiano es un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Cuando nos demos cuenta de que como seguidores de Cristo somos epístolas vivientes, leídas y conocidas por todos los hombres, seremos más cuidadosos de cómo seguimos a Cristo. Aquellos que no escudriñan las Escrituras por sí mismos reciben sus impresiones de nuestra fe y doctrinas por la forma en que practicamos las enseñanzas de la Palabra de Dios.

Puede que no tengan inclinación a estudiar sus Biblias, pero sí estudian las vidas de los que dicen ser cristianos. Un verdadero cristiano es un comentario vivo, que explica día a día la verdad tal como es en Jesús.

Si la verdad está entronizada en nuestros corazones, viviremos sus principios. Nuestras vidas revelarán su eficacia purificadora. Mostraremos que no se ha unido tela nueva a un vestido raído. Estamos vestidos con la vestidura de la justicia de Cristo, tejida en el telar del cielo. El Espíritu Santo toma las cosas de Dios y nos las muestra. La verdad se aplica al entendimiento y al corazón. Vemos el sacrificio y la intercesión de Cristo bajo una nueva luz. La obra del Redentor en nuestro favor nos llena de santa alegría y paz, y nos sentimos obligados a salir y trabajar por los que necesitan ayuda.

Cristo dio su vida para que no pereiéramos. Él tiene en vista nuestra felicidad eterna, y dice: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." El que presta atención a estas palabras se convertirá en un hijo de Dios, una epístola viviente, conocida y leída por todos los hombres. No se descuidará en palabras o acciones, sino que se pondrá como meta buscar y salvar a los que están perdidos. Trabajará con seriedad y amor por los que vagan en el desierto del pecado.

13 de diciembre de 1899

Nuestros pecados

EGW

El secreto del poder de Satanás sobre el pueblo profeso de Dios radica en el engaño del corazón humano. Sus constantes tropiezos y caídas revelan que no han mantenido un severo conflicto con sus pecados acosadores. No han dependido totalmente de Cristo, porque no se han dado cuenta de que están en peligro de ser vencidos por estos pecados. Es el pecado que parece pequeño e indigno de nuestra atención contra el que debemos estar en guardia. Si pudiéramos comprender cuán profundamente dañamos nuestras propias almas y causamos infelicidad a los que nos rodean al dar rienda suelta a pensamientos no santificados y acciones impías, nos esforzaríamos por apartarlos. Cooperaríamos con Dios en la realización de nuestra propia salvación.

Es la inclinación a excusar nuestros defectos morales lo que lleva a cultivar el pecado. Nunca debemos olvidar que Dios atribuye el pecado al que transgrede; no se registra contra Satanás, sino contra el pecador. Dios nunca acepta la

agencia de Satanás como excusa para la comisión de un pecado. Cuando hay alguna excusa para un acto aparentemente incorrecto, no es pecado. Satanás triunfa cuando oye al profeso seguidor de Cristo ofrecer excusas por sus defectos de carácter. El pecado no arrepentido, no confesado, nunca puede ser borrado de los libros del registro de Dios. Mediante la confesión fiel y completa del pecado, el corazón se limpia de su impureza moral. Debe haber un abandono de los pecados que el Señor ha reprobado, antes de que el alma pueda presentarse absuelta ante Dios, humillada y arrepentida, dándose cuenta de que ha servido a Satanás, lo ha complacido, lo ha glorificado y ha deshonrado a su Señor.

El amor al dinero es el pecado acosador de muchos. Hombres y mujeres que profesan adorar al Dios verdadero se engañan tanto en su búsqueda de riquezas que suponen que la ganancia es piedad. El apóstol Pablo declara: "La piedad con contentamiento es gran ganancia. Porque nada hemos traído a este mundo, y es seguro que nada podremos sacar. Y teniendo sustento y vestido, estemos contentos con ello. Pero los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición. Porque raíz de todos los males es el amor al dinero; el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores. Pero tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas; y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual también has sido llamado."

La duración y la felicidad de nuestras vidas no consisten en la cantidad de nuestras posesiones terrenales. El rico insensato, en su supremo egoísmo, acumuló para sí tesoros que no podía utilizar. Malversó los bienes de su señor para aumentar sus posesiones terrenales. Si hubiera utilizado sus medios como Dios le pedía, no habría tenido necesidad de derribar sus graneros para construir otros mayores. No habría necesitado más espacio para sus bienes. Si hubiera usado su riqueza como una recompensa de Dios, habría acumulado tesoros en el cielo, y habría sido rico para con Dios. Así que aquellos que usan su riqueza en hacer el bien no verán la necesidad de grandes acumulaciones en este mundo. Su tesoro será utilizado para promover la causa de Dios.

La iglesia de Cristo ha sido bendecida con grandes ventajas y preciosos privilegios. Dios ha dado a su pueblo profetas, apóstoles, pastores y maestros, "a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo." Pero hay algunos que nunca son capaces de llegar al conocimiento de la verdad. Llenos de autosuficiencia, no se colocan en la

posición de aprendices. Desean ser maestros y líderes. A estos auto-exaltados Dios les dice: "Así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para vivificar el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los contritos." La verdadera grandeza no depende de la posición, sino de la pureza y la fidelidad. Nuestro valor no se encuentra en nosotros mismos, sino en Cristo. Somos estimados por nuestra fe en el Salvador, por la verdad y rectitud de nuestras vidas. Evitad los peligros de la exaltación propia y revestíos de humildad; porque Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. Los siervos de Cristo deben consagrar sus vidas a Su servicio, revelando Su carácter en la belleza de la santidad.

Cuando se cede a las tentaciones de Satanás, la mente y el corazón quedan cautivos de un poder sobrenatural. En lugar de someterse a Cristo, los hombres se entregan a Satanás, y luego juzgan al Altísimo porque no son felices bajo la jurisdicción del gobernante que han elegido. "La rebelión", declara Dios, "es como el pecado de brujería". Lleva a las almas al terreno de Satanás. "Vuestras palabras han sido duras contra mí, dice el Señor. Pero vosotros decís: ¿Por qué hemos hablado tanto contra Ti? Habéis dicho: Vano es servir a Dios; ¿y de qué aprovecha que hayamos guardado su ordenanza, y que hayamos andado tristes delante de Jehová de los ejércitos? Y ahora llamamos dichosos a los soberbios; sí, los que obran maldad son levantados; sí, los que tientan a Dios son librados". Este es el lenguaje que procede del corazón rebelde. Una vez que pongas tus pies en los pasos de Satanás, y este poder de argumento vendrá a ti, y serás impotente para resistirlo.

Es obra de Satanás tentar; es obra del hombre resistir, y, en el nombre y la fuerza de Jesús, decir: "Escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás". La naturaleza humana de por sí es completamente impotente ante las artimañas de Satanás; pero es nuestro privilegio suplicar a Dios que nos dé fuerza, y recibirla. Jesús nos ha dado un ejemplo para mostrar cómo podemos enfrentar y vencer a Satanás. A un costo infinito, el Hijo de Dios vino al mundo para contrarrestar la obra del enemigo. Vino para destruir el pecado y traer la justicia, capacitando al agente humano para cooperar con el divino. Se apoyó en la Palabra de Dios. "Escrito está" fue el arma con la que se enfrentó y rechazó al enemigo. Cristo obtuvo la victoria en favor del mundo, y así hizo posible que el hombre llegara a ser completo en Él, no teniendo su propia justicia, sino la justicia de Cristo.

Una vida santa es accesible a todo hijo de Dios arrepentido y creyente. Debemos obrar lo que Cristo obra en nosotros. Entonces, hermanos y hermanas cristianos, "ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, según su beneplácito". Se han hecho todas las provisiones para que salgáis más que vencedores. Satanás está tratando de vencerlos, pero es su privilegio volverse al Sol de Justicia. El está esperando, anhelando llenar tu corazón con Su amor, para que tu gozo sea completo. Sostén la fe con mano firme, pero asegúrate de sostenerla con rectitud. Vive por la fe, como viendo a Aquel que es invisible. Todas tus palabras, todos tus actos, están abiertos ante los ojos de Aquel con quien tienes que tratar. Nada está oculto al ojo que todo lo ve del Eterno. Entonces actúa como si te dieras cuenta de que estás en presencia de los ángeles celestiales, y en presencia de Dios.

"El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Y los que son de Cristo han crucificado la carne con sus afectos y concupiscencias. Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Espíritu". Cuando seamos iluminados por el Espíritu de Dios, sólo contemplaremos la gloria de Jesús. Al no ver nada más que deformidad en nosotros mismos, fijaremos nuestros ojos en Jesús con fe. Y al contemplar la belleza del carácter de Cristo, nos transformaremos a la semejanza divina. "Todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor."

Sra. E. G. White

20 de diciembre de 1899

Trabajar en las Líneas de Cristo

EGW

Cristo se apartó para lograr la redención del hombre, para que éste comprendiera el servicio que debe a Dios y aprendiera a cumplir con sus deberes. Su vida en la tierra fue una vida perfecta. Cada circunstancia la convirtió en una ocasión para impartir la verdad. Previendo su obra por medio del profeta Isaías, dice: "El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque me ha ungido el Señor para anunciar buenas nuevas a los mansos; me ha enviado a vendar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a pregonar el año agradable del Señor; para consolar a

todos los enlutados; para señalar a los enlutados de Sión, para darles belleza en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alabanza en lugar del espíritu afligido; para que sean llamados árboles de justicia, plantío del Señor, para que Él sea glorificado."

Hay un poder sustentador en el hecho realizado para beneficiar y bendecir a la humanidad. Este fue el poder que fortaleció al Redentor del mundo. Él declaró: "No he bajado del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió". Su voluntad fue puesta en ejercicio activo para salvar las almas de los hombres, pero Él esperó y vivió y trabajó en dependencia de Dios. En todo se movía en perfecta armonía con el Padre. Comandante de todos los cielos, se humilló para ponerse a la cabeza de la humanidad caída, para revelar a los seres humanos la perfecta obediencia a todos los mandamientos de Dios. Sus siervos de hoy harían bien en preguntarse: ¿Qué tipo de voluntad estoy cultivando? ¿He estado satisfaciendo mis propios deseos, confirmándome en el egoísmo y la obstinación? Si lo hacemos, estamos en peligro, porque Satanás siempre dominará la voluntad que no esté bajo el control del Espíritu de Dios. Cuando ponemos nuestra voluntad al unísono con la voluntad de Dios, la obediencia que fue ejemplificada en la vida de Cristo se verá en nuestras vidas. Dios exige que guardemos Sus mandamientos, para que cultivemos los atributos que hicieron que la vida del Salvador fuera pura, santa e inmaculada.

Muchas bendiciones se pierden para los profesos seguidores de Cristo porque tienen una experiencia tan limitada en ser crucificados al mundo. No hay nada tan difícil como la crucifixión de la voluntad. Cristo fue tentado en todo según nuestra semejanza; pero su voluntad se mantuvo siempre del lado de la voluntad de Dios. En su humanidad tuvo el mismo libre albedrío que Adán en el Edén. Pudo haber cedido a la tentación como Adán cedió; y Adán, creyendo y obedeciendo a Dios, pudo haber resistido la tentación como Cristo la resistió. Si Cristo lo hubiera querido, cuando fue tentado en el desierto podría haber ordenado que las piedras se convirtieran en pan. Podría haberse arrojado del pináculo del templo; podría haber cedido a la petición de Satanás de postrarse y adorarle a él, el usurpador del mundo. Pero en todo momento respondió al tentador: "Está escrito". Su voluntad obedecía a la voluntad de Dios. La voluntad del Padre se reveló a lo largo de toda su vida. Formaba parte de su ser.

La obediencia de Cristo a los mandamientos de Su Padre debe ser la medida de nuestra obediencia. Los que siguen a Cristo, si quieren estar completos en Él, deben mantener su voluntad rendida a la voluntad de Dios. El hombre Cristo Jesús fue el más grande Maestro que el mundo haya conocido. Durante sus tres

años de disciplina bajo Su instrucción, los discípulos recibieron muchas lecciones preciosas. También fueron reprendidos por su torpeza de comprensión. No podían asimilar las grandes escenas que se les presentaban. Pero cuando su Maestro estaba a punto de dejarlos, les ordenó que se quedaran en Jerusalén hasta que fueran imbuidos del poder de lo alto, antes de salir a predicar la verdad del reino de Dios. El Salvador sabía muy bien que sus argumentos, por lógicos que fueran, no derretirían el duro corazón ni atravesarían la costra del egoísmo y la mundanalidad. La verdad sólo podía ser eficaz cuando salía de corazones caldeados y labios elocuentes por el conocimiento vivo del Camino, la Verdad y la Vida.

El evangelista Juan retira la cortina, por así decirlo, y como un sumo sacerdote consagrado entra en el lugar santísimo, abriéndonos el carácter sagrado de Cristo. Nos relata los últimos momentos de Cristo con sus discípulos. Cuando el Salvador dio sus últimos mensajes a sus amados seguidores, de sus labios brotaron palabras llenas de gran importancia. Estas palabras de inspiración habían de ser su ancla durante la prueba y el juicio que tenían ante sí. "No se turbe vuestro corazón", dijo; "creéis en Dios", que tan claramente se revela en las Escrituras del Antiguo Testamento. Creed en Mí como el resplandor de Su gloria, la manifestación de Su carácter. "En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo habría dicho. Voy a prepararos un lugar", a aseguraros el derecho a un hogar en el reino de Mi Padre. "Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis". Dejé los atrios del cielo para venir a vosotros y mostraros el camino, y estaré con vosotros en las mansiones que he preparado. Que la tristeza no llene vuestros corazones; porque os amo, "y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino."

Para siempre

La instrucción que Cristo dio a sus discípulos cuando estuvo entre ellos, la dio para aliento de sus seguidores hasta el fin de los tiempos. En Su humanidad oró por ellos. Todavía ora por ellos, como Sumo Sacerdote oficiante dentro del velo. Se ha hecho abundante provisión para que aquellos que busquen a Dios con todo el corazón puedan encontrar en Él una ayuda presente en todo tiempo de necesidad; porque la ayuda ha sido depositada en Uno que es poderoso. Hoy comisiona a sus obreros: "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". Dios pide hombres vivos,

que actúen, que trabajen, hombres que desde los primeros momentos de su vida religiosa dependan de Dios y confíen en Aquel que es la Cabeza de la iglesia. "Vosotros sois linaje escogido", dice, "real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable". El Señor tiene una gran obra para que Sus discípulos hagan, no en su propia sabiduría, sino en la sabiduría que Él les dará. En cada iglesia necesitamos obreros semejantes a Cristo, aquellos que en vida y carácter están creciendo a la semejanza divina trabajando para llamar a los pecadores al arrepentimiento. La vida espiritual de la iglesia puede mantenerse viva sólo cuando los miembros hacen esfuerzos personales para ganar almas para Cristo. Ninguna cantidad de cultura mental o entrenamiento teológico hará este trabajo. Pero puede hacerla el alma humilde y contrita, imbuida del Espíritu de Dios. Los brillantes rayos del Sol de Justicia deben brillar sobre el corazón del obrero y purificar su vida antes de que la luz del trono de Dios pueda llegar a los que están sentados en tinieblas.

Hay una obligación solemne que recae sobre todos. La amonestación de Dios alcanza a cada alma: "Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Nuestra fe ha de ser una fe que obra por amor y purifica el alma. Hemos de estar imbuidos del Espíritu de Cristo, para obrar en las líneas de Cristo. "Trabajad en vuestra salvación con temor y temblor", dice el apóstol. "Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad". Debe instituirse una guerra encarnizada contra el egoísmo y la corrupción que hay en el mundo por medio de la concupiscencia. El acto erróneo repetido se convierte en hábito, para actuar y reaccionar sobre la mente y el corazón; y a menos que el poder divino se interponga, y el ser humano se haga partícipe de la naturaleza divina, el resultado seguro seguirá. No fortalezcas la mala voluntad dirigiéndola en la dirección equivocada. Tu vida escondida con Cristo en Dios se despojará de todo egoísmo. Las causas y los efectos están ligados entre sí. No siempre podremos ver el camino que tenemos ante nosotros. Las circunstancias se desarrollarán de una manera que no esperamos. Pero Dios no ve como el hombre. Sus pensamientos no son nuestros pensamientos, ni sus caminos nuestros caminos. Su mano está por encima de todo, y hará que todas las cosas ayuden a bien a los que le aman.

Sra. E. G. White

(Concluido la próxima semana).

27 de diciembre de 1899

Trabajar en las Líneas de Cristo

(Concluido.)

EGW

Educar a otros para el trabajo

Nuestro trabajo está incompleto si no educamos a otros para que sean obreros junto con Dios, visitando y orando con las familias, mostrando al mundo lo que Jesús ha hecho por nosotros. La Palabra de Dios declara: "La religión pura y sin mácula delante de Dios y del Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo." Estas palabras se dirigen a todo seguidor de Cristo. No sólo el ministro, sino cada alma relacionada con Él, ha de ser un obrero en Su viña. "En esto es glorificado mi Padre", dijo Cristo, "en que llevéis mucho fruto". Cristo ha pagado con su propia vida por vuestra cooperación sincera y de corazón. Si no trabajáis como fieles misioneros, faltáis a vuestra confianza y defraudáis a vuestro Salvador.

Corremos el peligro de cometer errores garrafales en nuestro esfuerzo misionero, de no darnos cuenta de lo esencial que es la obra del Espíritu Santo en el corazón. Un nuevo orden de cosas ha llegado al ministerio. Hay un deseo de seguir el modelo de otras iglesias, y la sencillez y la humildad son casi desconocidas. Los ministros jóvenes que desean ser originales introducen nuevas ideas y nuevos planes de trabajo. Abren reuniones de avivamiento y llaman a grandes números a la iglesia. Pero cuando se acaba el entusiasmo, ¿dónde están los convertidos? No se siente arrepentimiento por el pecado. Se ruega al pecador que crea en Cristo y lo acepte, sin tener en cuenta su vida pasada de pecado y rebelión, y el corazón no se quebranta. No hay contrición del alma. Los que profesan estar convertidos no han caído sobre la roca de Cristo Jesús.

Debe haber arrepentimiento

En Su Palabra, Dios nos ha mostrado la única manera en que debe hacerse esta obra. Hemos de hacer una obra ferviente y fiel, trabajando por las almas como quienes han de dar cuenta de ellas. "Arrepentíos, arrepentíos", fue el mensaje de Juan en el desierto. A los fariseos les dijo: "Oh generación de víboras, ¿quién os ha amonestado para que huyáis de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos

de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras. Y ahora también el hacha está puesta a la raíz del árbol; todo árbol, pues, que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego."

El mensaje de Cristo al pueblo fue: "Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente". Y a los apóstoles se les ordenó predicar por todas partes que los hombres debían arrepentirse. El Señor quiere que sus siervos prediquen hoy la vieja doctrina del Evangelio, el dolor por el pecado, el arrepentimiento y la confesión. Queremos sermones anticuados, costumbres anticuadas, padres y madres anticuados en Israel, que tengan la ternura de Cristo. Se debe trabajar por el pecador con perseverancia, seriedad y sabiduría, hasta que vea que es un transgresor de la ley de Dios, y ejerza el arrepentimiento hacia Dios y la fe en el Señor Jesucristo. Cuando el pecador es consciente de su condición impotente, y siente su necesidad de un Salvador, puede venir con fe y esperanza al "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Cristo aceptará al alma que venga a Él con verdadero arrepentimiento. No despreciará a un corazón contrito y quebrantado.

El grito de guerra está sonando a lo largo de la línea. Que cada soldado de la cruz empuje al frente, no con autosuficiencia, sino con mansedumbre y humildad de corazón. Vuestro trabajo, mi trabajo, no cesará en esta vida. Por un poco de tiempo podemos descansar en la tumba; pero cuando llegue la llamada, retomaremos nuestro trabajo en el reino de Dios para hacer avanzar la gloria de Cristo. Esta santa obra debe comenzar en la tierra. No debemos estudiar nuestro propio placer o conveniencia. Nuestra pregunta debe ser: ¿Qué puedo hacer para llevar a otros a Cristo? ¿Cómo puedo dar a conocer a los hombres el amor de Dios que sobrepasa todo conocimiento?

Sra. E. G. White

3 de enero de 1900

"Enseñáis como doctrina los mandamientos de los hombres"

EGW

Tradiciones insignificantes-La posición de Cristo y por qué-Adoración vana-Enraizada-Cómo se ayuda

Entonces se acercaron a Jesús escribas y fariseos, que eran de Jerusalén, diciendo: ¿Por qué tus discípulos transgreden la tradición de los ancianos? porque no se lavan las manos cuando comen pan." "Los fariseos y todos los judíos, si no se lavan a menudo las manos, no comen".

Muchas de las tradiciones judías eran de un carácter tan insignificante y sin valor como para rebajar toda su religión, y estas tradiciones fueron transmitidas de generación en generación, y fueron consideradas por muchos como la palabra de Dios. Las invenciones humanas, cada vez más insensatas e incoherentes, fueron equiparadas a la ley moral, hasta que en el momento del primer advenimiento de Cristo, la doctrina pura había dado lugar a ideas falsas. El egoísmo, la avaricia y la exaltación de sí mismo habían introducido toda práctica falsa, hasta que la nación judía había perdido su integridad de alma elevada, y sus prácticas cotidianas eran actos de robo hacia Dios y hacia sus semejantes. Robaron a Dios el servicio puro que les exigía, y robaron a sus semejantes la guía religiosa y el ejemplo santo. La Palabra de Dios fue excluida de sus consejos, y depositaron sus almas como víctimas maniatadas en el altar de las riquezas.

Cristo no prestó atención a estas invenciones humanas, pues con su ejemplo quiso trazar una línea divisoria entre las teorías humanas y las sagradas exigencias de Dios. A la acusación de los fariseos dijo: "¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? Porque Dios mandó diciendo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, que muera de muerte. Pero vosotros decís: Cualquiera que dijere a su padre o a su madre: Es un don, en lo que te aproveche, y no honrará a su padre o a su madre, será libre. Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestras tradiciones.

La ley de Dios exige que un hijo honre a sus padres, provea a sus necesidades y cuide tiernamente de ellos cuando sean ancianos. Pero estos falsos maestros enseñaban que era de mucha mayor importancia que los hijos consagraran sus

bienes mediante un voto al servicio del templo. Entonces, cuando los padres pedían ayuda a sus hijos, podían decir: "Es corbán, consagrado a Dios". Enseñaban que era un sacrilegio retirar la propiedad una vez entregada al templo y apropiársela para las necesidades de los padres. Cuando se hacía tal voto, se consideraba sagrado; debía cumplirse; pues, decían, ¿no ha declarado Dios: "Cuando hagas un voto al Señor tu Dios, no cejarás en pagarlo; porque el Señor tu Dios te lo exigirá con toda seguridad; y sería pecado en ti"? Así, bajo una apariencia de piedad, estos maestros excusaban a los jóvenes de las obligaciones del quinto mandamiento, mientras se apropiaban para sus propios fines egoístas de los bienes que deberían haber servido para hacer felices a sus padres en su vejez, y aquellos a quienes legítimamente pertenecían quedaban a menudo en la miseria y la necesidad. El ojo de Dios, que todo lo ve, miró por debajo de la acción al motivo que la impulsó, y declaró: "En vano me adoran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque desechando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres, como lavar las ollas y las tazas.... Bien desecháis el mandamiento de Dios, para guardar vuestra propia tradición".

A través de Isaías Dios había declarado de esta nación: "Ah nación pecadora, pueblo cargado de iniquidad, simiente de malhechores, hijos corruptores; han abandonado al Señor; han provocado a ira al Santo de Israel, se han alejado hacia atrás". "Por cuanto este pueblo se acerca a Mí con su boca, y con sus labios me honra, pero ha alejado de Mí su corazón, y su temor hacia Mí es enseñado por el precepto de los hombres; por tanto, he aquí que yo procederé a hacer una obra maravillosa entre este pueblo, una obra maravillosa y un prodigio; porque la sabiduría de sus sabios perecerá, y el entendimiento de sus prudentes se ocultará. Ay de los que buscan en lo profundo ocultar su consejo al Señor, y sus obras están en la oscuridad, y dicen: ¿Quién nos ve? y ¿quién nos conoce?"

El objeto de Cristo

Aquel que había hablado a través de Isaías hablaba ahora a su pueblo cara a cara. Trataba de eliminar las tradiciones y las falsas doctrinas que se habían mezclado con los principios puros de la Palabra de Dios. Los escribas y fariseos lo habían acusado a Él y a sus discípulos de transgresión porque no observaban las tradiciones de los ancianos. Cristo les mostró ahora que no es lo que entra en la boca lo que contamina el alma, sino lo que sale del corazón, y que al exaltar las tradiciones de los hombres por encima de la ley, estaban contaminando sus propias almas y las almas de los demás. Llamando a la multitud, dijo: "Oíd y

entended: no lo que entra en la boca contamina al hombre, sino lo que sale de la boca, esto contamina al hombre."

Estas palabras despertaron la indignación de los fariseos. Que sus antiguas tradiciones fueran dejadas de lado y tratadas como falaces, los enfurecía terriblemente. También les enfurecía que sus corazones engañosos quedaran así al descubierto a la vista del pueblo.

"Entonces se acercaron sus discípulos y le dijeron: ¿Sabes que los fariseos se escandalizaron al oír esta palabra? Respondiendo Él, dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada. Déjalos en paz. Son ciegos líderes de ciegos. Y si el ciego guía al ciego, ambos caerán en la zanja.

Con las palabras: "Déjenlos en paz", Cristo no quiso decir que sus seguidores no debían hacer ningún esfuerzo para corregir sus doctrinas falsas. Estaba ordenando a Sus discípulos que no entraran en controversia con ellos. "Déjenlos en paz", dijo. No os indignéis porque dejen de lado mis palabras. Son ciegos, y los ciegos no ven. Son líderes de los ciegos. Tienen influencia y muchos creen en sus afirmaciones. Pero como no abren su entendimiento a la Palabra de Dios, caminan en tinieblas. Si les digo que no tienen fundamento para su tradición, y les muestro la verdad en contraste con el error, no me creerán. No es evidencia de la verdad lo que quieren; quieren una excusa para aferrarse a sus tradiciones.

A Pedro, que se había empapado de las enseñanzas de los fariseos, las palabras de Cristo le parecieron nuevas y extrañas. Dijo a Cristo: "Explícanos esta parábola. Y Jesús dijo: ¿También vosotros estáis aún sin entendimiento? ¿Aún no entendéis que todo lo que entra por la boca va al vientre y se echa en la letrina? Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias; éstas son las cosas que contaminan al hombre; pero comer con las manos sin lavar no contamina al hombre."

Las enseñanzas de Cristo eran justo lo que la nación necesitaba para salvarse de la ruina eterna. Les enseñó requisitos puros. Demostró que ningún hombre que no se haya ofrecido primero a sí mismo a Dios como sacrificio vivo, que no sea un templo apto para que habite en él el Espíritu Santo, es apto para el servicio de Dios. Enseñó que la purificación de la vida y del carácter sólo podía obtenerse por medio de Cristo. Sólo podían discernir las cosas celestiales haciéndose partícipes de la naturaleza divina, asiéndose de la luz, el poder y el conocimiento que Él ponía a su alcance.

Si Jesús estuviera enseñando personalmente en nuestro mundo de hoy, deberíamos oír de sus labios las mismas verdades. Si nos sometemos a la obra del Espíritu Santo, Dios nos hará partícipes de la naturaleza divina. Sólo caminando según los mandamientos de Dios podemos ser limpios.

Sra. E. G. White

10 de enero de 1900

Luz Rechazada

EGW

Un pueblo engañado-La obra de Cristo-Error peligroso ahora-Causa del engaño

Cristo vino a un pueblo engañado e ilusionado por el demonio de la ambición. En aquel tiempo estaban bajo el yugo romano, pero esperaban que viniera Uno que establecería un reino del que quedaría excluido todo otro pueblo de la tierra. Había de romper el yugo pagano, levantar a su pueblo y ponerlo con príncipes. Todas las naciones iban a ser convocadas a comparecer ante el Enviado de Dios, y allí serían llamadas a entregarse o ser consumidas.

Continuamente surgían profetas que decían tener mensajes especiales en este sentido. Judá debía ser honrada como el lugar del poder y la gloria. Los reinos del mundo y las riquezas de los gentiles debían ser puestos a sus pies, y ellos debían ser exaltados como sacerdotes y reyes para Dios. Aquellos que no creían en estas grandes cosas para la nación judía eran declarados infieles. Si sus oraciones no abundaban en estas brillantes expectativas, eran tratadas como algo peor que inútiles.

Esta era la obra maestra de Satanás. Controlaba sus mentes y los mantenía en un estado de constante excitación en cuanto a quién sería el más grande en este reino imaginario que estaba a punto de establecerse en la tierra. ¡Pobres ilusos! Satanás los engañaba y ellos recibían sus falsas representaciones. Trataba activamente de contrarrestar la obra de Cristo, tal como había sido predicha por la infalible Palabra de la profecía. La sencillez de su misión y el carácter de su obra eran totalmente diferentes de lo que los judíos habían previsto. Estaba en perfecta armonía con las profecías, pero no en armonía con las profecías tal como ellos las habían leído a la luz de falsas y engañosas esperanzas. El pueblo estaba tan infatuado por las falsedades de Satanás que sus mentes no estaban preparadas en absoluto para el verdadero Cristo.

La obra de Cristo era presentar a los hombres el carácter de su reino, mostrando que los nombres, cargos y títulos no son nada, sino que la virtud pura y el carácter santo lo son todo a los ojos del cielo. En Su sermón de la montaña, las primeras frases que salieron de Sus labios estaban calculadas para derribar esas ambiciones. "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos."

Todo este sermón fue una exposición de la ley. Cristo presentó las exigencias de largo alcance de la ley de Dios. Trató de corregir sus elevadas imaginaciones exaltando los sentimientos verdaderos, y proclamando una bendición sobre aquellos rasgos de carácter que eran enteramente opuestos a los atributos que ellos abrigaban. Les presentó un reino donde las ambiciones humanas y las pasiones terrenales no pueden encontrar entrada.

Cristo vio que Israel, que había sido tan altamente favorecido, al habersele confiado los oráculos de Dios, estaba malinterpretando las Escrituras para satisfacer su propia condición reincidente. Su enseñanza ya no era la Palabra de Dios, sino palabras de hombres. Por su tradición, hacían inútiles los mandamientos de Dios. Se apartaban de la norma elevada y santa que les había sido dada en la Palabra de Dios, y se atenían a una norma humana. La obra de Cristo consistió en despojarlos de estas falsas teorías y revelar con su propia vida el carácter de Dios, para elevar a una atmósfera pura y santa a las almas que perecían en la ignorancia de la verdadera piedad.

Error peligroso ahora

Los que están anulando la ley de Dios en esta época están bajo un engaño tan peligroso como lo estaban los judíos. Ellos deprecian las Escrituras del Antiguo Testamento y exaltan el Nuevo. El Nuevo Testamento presenta la misma norma de justicia que el Antiguo. Es la clave del Antiguo. Abel era cristiano; murió por Cristo porque lo reconoció en la sangre del cordero degollado. Noé era cristiano. Soportó sin vacilar la prueba de su fe. Fue justo en su tiempo, y se le llama "predicador de la justicia". Cristo era el Camino para la Iglesia

antediluviana; era el Camino para los patriarcas, para los profetas, y es el Camino para la Iglesia cristiana de hoy. Cristo aparece en las Escrituras del Antiguo Testamento como un Salvador personal. Y el mismo Cristo que era el Camino en las Escrituras del Antiguo Testamento declara en el Nuevo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida".

Juan el Bautista había preparado el camino a Cristo, exhortando a todos al arrepentimiento y a la confesión de los pecados. En Galilea, Cristo siguió la predicación de Juan con el mensaje: "Convertíos, porque el reino de los cielos está cerca". En la sinagoga de Nazaret anunció su misión, diciendo: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el Evangelio a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a predicar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a predicar el año agradable del Señor."

Mientras hablaba, el Espíritu de Dios impresionaba las mentes y los corazones de sus oyentes. Un emocionante poder de Dios acompañaba su Palabra, y ellos eran testigos de las gloriosas palabras que salían de sus labios. Pero Satanás comenzó a insinuar sus dudas inquisitivas: "¿Quién es éste? ¿No es éste el hijo de José?" Jesús había expuesto ante este pueblo su verdadera posición, y esto había enfurecido los corazones ya llenos de incredulidad y prejuicios. No querían oír de sus labios la verdad respecto a su condición, y lo echaron de la sinagoga. Y lo habrían arrojado de cabeza por un precipicio, si los ángeles no hubieran acudido en su ayuda y lo hubieran llevado a un lugar seguro. Cuán rápidamente, cuando la incredulidad entra en el alma, Jesús es expulsado, y Satanás toma las riendas del control. El Espíritu Santo es rechazado, y entran los atributos de Satanás.

Todos los milagros de Cristo fueron realizados para bendecir a aquellos a quienes estos judíos dirigentes descuidaban, despreciaban y se negaban a ayudar. En toda buena obra procuraba inducirlos a aceptarle como su Salvador personal. Su vida era fragante, sabor de vida para vida. Se ofreció a ellos para que le dieran un hogar en sus corazones. Y, sin embargo, no quisieron recibirle. Se había declarado a sí mismo el Camino, la Verdad y la Vida. Diariamente había llevado la verdad ante los fariseos, los sacerdotes y los gobernantes. Pero aquellos que deberían haber conocido el carácter del árbol por su fruto, no conocieron a Cristo. No veían la verdad como verdad. Aunque decían guardar la ley de Dios, la negaban por sus obras. Teniendo ojos no vieron, a causa de la ignorancia que había en ellos por la dureza de sus corazones. La impureza de sus corazones, las prácticas contaminantes de sus vidas, su egoísmo, su envidia,

sus celos, su maledicencia, su transgresión de la ley de Dios mientras decían guardarla, daban testimonio continuo contra ellos.

Por qué engañar

Los judíos se engañaron a sí mismos. Rechazaron las enseñanzas de Cristo porque Él expuso las enseñanzas de sus corazones, y reprendió sus pecados. No quisieron venir a la Luz, temiendo que sus obras fuesen reprobadas. Prefirieron las tinieblas a la luz. "Esta es la condenación", dijo Cristo, "que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas." Los judíos siguieron su camino de rechazar a Cristo, hasta que, en su estado de autoengaño e ilusión, pensaron que al crucificarlo estaban haciendo el servicio de Dios. Este fue el resultado de su rechazo de la luz. Dios no obliga a nadie a creer. Él pone la luz delante de los hombres, y Satanás presenta sus tinieblas. Mientras el engañador grita constantemente: "La luz está aquí; la verdad está aquí", Jesús dice: "Yo soy la Verdad, Yo soy el Camino; Yo tengo palabras de vida eterna. Si alguno me sigue, no andará en tinieblas". Dios nos da todas las pruebas suficientes para equilibrar nuestra fe del lado de la verdad. Si nos rendimos a Dios, elegiremos la luz y rechazaremos las tinieblas. Si deseamos mantener la independencia del corazón natural y rechazamos la corrección de Dios, como hicieron los judíos, nos obstinaremos en llevar a cabo nuestros propósitos y nuestras ideas ante la evidencia más clara, y correremos el peligro de un engaño tan grande como el que ellos sufrieron. Y en nuestro ciego encaprichamiento podemos llegar tan lejos como ellos, y sin embargo lisonjearnos de que estamos trabajando para Dios.

Sra. E. G. White

17 de enero de 1900

Ante Anás y Caifás

EGW

Entonces la banda y el capitán y los oficiales de los judíos tomaron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás". Por deferencia a su edad, Anás, cabeza de la familia sacerdotal reinante, era reconocido por el pueblo como sumo sacerdote. Su consejo era buscado y llevado a cabo como la voz de Dios. Primero debe ver a Jesús cautivo del poder sacerdotal. Debía estar presente en el interrogatorio del prisionero, por temor a que Caifás, menos experimentado, no consiguiera el objetivo que perseguían. Su artificio, astucia y sutileza debían

emplearse en esta ocasión; pues en todo caso debía asegurarse la condenación de Cristo.

Cristo iba a ser juzgado formalmente ante el Sanedrín, pero fue sometido a un juicio preliminar ante Anás, para que el sacerdote pudiera gratificar su espíritu magistral y mostrar su superioridad. Fue necesario algún retraso para reunir al Sanedrín, y, ardiendo en deseos de apresurar los asuntos, Anás esperó con mal disimulada impaciencia. Mientras se reunían los miembros del consejo, preguntó a Jesús por sus discípulos y su doctrina, esperando que el prisionero dijera algo que le diera material sobre el que trabajar. Pensó que podría enredar fácilmente a Cristo y conseguir su condena, basándose en que sus propias palabras demostraban que era un perturbador de la paz y un creador de insurrecciones.

Cristo leyó el propósito del sacerdote como un libro abierto. Como si leyera lo más íntimo del alma de su interlocutor, negó que existiera entre Él y sus seguidores vínculo o unión secreta alguna, o que los reuniera en secreto y en la oscuridad, para ocultar sus designios. "Hablé abiertamente al mundo", declaró; "siempre enseñé en la sinagoga y en el templo, adonde siempre acuden los judíos; y en secreto no he dicho nada. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me oyeron lo que les dije; he aquí, ellos saben lo que dije."

Anás enmudeció ante la decisión de la respuesta. Temiendo que Cristo dijera algo respecto a su propio proceder que él preferiría mantener encubierto, no le dijo nada más en ese momento. Uno de sus oficiales, lleno de ira al ver callado a Anás, golpeó a Cristo en la cara, diciendo: "¿Respondes así al sumo sacerdote?". Esta acción era ilegal; era contrario a la ley ofrecer a cualquiera el menor insulto hasta que hubiera sido juzgado. Pero las nubes de la ira se acumulaban a punto de estallar. Desde entonces hasta que Cristo exclamó: "**Consumado es**", se le profirieron insultos. Las acciones de sus perseguidores eran las de los bárbaros, más que las de seres humanos civilizados que profesaban la piedad.

A la pregunta del oficial, Cristo respondió con calma: "Si he hablado mal, da testimonio del mal; pero si bien, ¿por qué me golpeas?". No pronunció palabras ardientes de represalia. Su respuesta provenía de un corazón sin pecado, paciente y apacible, que no se dejaba provocar. En su serenidad y dignidad celestial, era en aquella muchedumbre endurecida y apasionada como una estrella en la oscuridad de medianoche.

Toda la historia de la vida de Cristo en la tierra es una narración de sacrificio y sufrimiento. A través de la transgresión, el hombre cortó su conexión con Dios y, como resultado, perdió la imagen de Dios. Adoptó los sentimientos y atributos del apóstata. Cristo debía tomar la naturaleza humana, y vivir la ley de Dios, para que fuera desenmascarado aquel que es el originador de la transgresión. Vino a esta tierra, y aquí sufrió, siendo tentado.

Su sufrimiento fue proporcional a la perfección

de su santidad y de su odio al pecado. A manos de los seres que había creado y por los que hacía un sacrificio infinito, recibió todas las indignidades. Su juicio por hombres que actuaban como demonios, era para Él un sacrificio perpetuo. Estar rodeado de seres bajo el dominio de Satanás le repugnaba.

Cristo podría haberse levantado con dignidad divina, y haber preguntado a sus perseguidores, como preguntó a Job: "El que contiene con el Todopoderoso, ¿le instruirá? el que reprende a Dios, que le responda". "Cíñete ahora los lomos como un hombre; te demandaré, y declárame. ¿Desanularás tú también mi juicio? ¿Me condenarás para que seas justo?". Pero Él, que podía haber condenado a muerte a Sus enemigos, soportó su crueldad. Su amor por Su Padre, y Su promesa, hecha desde la fundación del mundo, de convertirse en el portador del pecado para poder salvar a todos los que vinieran a Él con fe, le indujeron a soportar pacientemente y sin quejarse el trato grosero de aquellos en cuyo favor había revestido Su divinidad con humanidad.

Los ángeles fueron testigos de cada movimiento contra su amado Comandante. No mucho antes Cristo había dicho a Pedro: "Vuelve a poner tu espada en su lugar; porque todos los que tomen la espada, a espada perecerán. ¿Piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y Él me dará en seguida más de doce legiones de ángeles?". ¿Por qué, entonces, pensaron los discípulos, no se salva Él y nos salva a nosotros? Y en respuesta a su tácito pensamiento, dijo: "Pero ¿cómo, pues, se cumplirán las Escrituras, que así ha de ser?".

Bajo Dios los ángeles son todopoderosos

Son poderosos y sobresalen por su fuerza. En una ocasión, en obediencia al mandato de Cristo, mataron en una noche a ciento ochenta y cinco mil hombres del ejército asirio. Pueden visitar, y pronto lo harán, la tierra con juicios. En rápida sucesión, un ángel tras otro derramará copas de ira sobre los habitantes de la tierra. ¡Cuán fácilmente podrían los ángeles, contemplando la vergonzosa

escena del juicio de Cristo, haber dado testimonio de su indignación consumiéndolo a los adversarios de Dios! Pero no se les ordenó hacerlo.

De Anás, el Salvador fue conducido a toda prisa al palacio del sumo sacerdote oficiante, Caifás. Allí fue falsamente acusado por sus perseguidores e interrogado con desprecio por los sacerdotes. Pero mientras soportaba esta burla de interrogatorio, fue traspasado por una punzada más aguda que la que sus enemigos podían infligirle. ¿De quién es esa voz que oye negando al Salvador? ¿Es Judas? -No; es Pedro, aparentemente su discípulo más firme, que pocas horas antes había declarado que nunca negaría a su Señor, sino que, de ser necesario, iría con Él a la cárcel y a la muerte. Pero ahora, con amargos juramentos, dice: "No conozco al Hombre". El abuso de los judíos no puede causar a Cristo tanto dolor como esta negación. El gallo cantó al decir estas palabras y, volviéndose, Cristo miró a su discípulo a la cara. Su mirada expresaba dolor, pero estaba llena de compasión y perdón. Incapaz de soportar la visión, Pedro salió corriendo de la habitación, pero a cada paso que daba, el rostro de su Maestro, aquel rostro precioso, sufriente y sin embargo compasivo, se reflejaba ante él.

"Cuando se hizo de día, se reunieron los ancianos del pueblo, los sumos sacerdotes y los escribas, y le llevaron a su consejo, diciendo: ¿Eres tú el Cristo? dínoslo. El les dijo: Si os lo dijere, no creeréis; y si también os preguntare, no me responderéis, ni me soltaréis. De aquí en adelante el Hijo del hombre se sentará a la diestra del poder de Dios. Entonces todos dijeron: ¿Eres Tú el Hijo de Dios? Él les respondió: Vosotros decís que lo soy. Y ellos dijeron: ¿Qué necesidad tenemos de más testimonio? porque nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca".

Las palabras de Cristo se cumplirán

Al usar las facultades que Dios les había dado para causar sufrimiento y angustia al Hijo de Dios, los sacerdotes y gobernantes decidieron su destino eterno. Demostraron que habían elegido ponerse del lado del gran apóstata. Cuando Cristo venga por segunda vez, no lo verán como un prisionero rodeado de una chusma. Lo verán como Rey del cielo, rodeado de una escolta adecuada. Cristo vendrá en su propia gloria, en la gloria de su Padre y en la gloria de los santos ángeles. Diez mil veces diez mil, y miles de miles de ángeles, los hermosos y triunfantes hijos de Dios, poseedores de una belleza y gloria sobrecogedoras, le escoltarán en su camino. Entonces los sacerdotes y los gobernantes recordarán claramente la escena del tribunal. Cada circunstancia aparecerá ante ellos como

escrita con letras de fuego. Entonces todo el mundo sabrá y comprenderá. Se darán cuenta de contra quién y contra qué han estado luchando ellos, pobres, débiles y finitos seres humanos.

"Y los hombres que sujetaban a Jesús se burlaban de Él, y le golpeaban. Y vendándole los ojos, le golpeaban en la cara, y le preguntaban diciendo: Profetiza, ¿quién es el que te golpea? Y muchas otras cosas blasfemaban contra Él".

Esta es una representación de lo que los sacerdotes y gobernantes harán cuando Satanás los controle. A todas las almas de su ejército las dirige contra el bien. Era necesario que Cristo sufriera este trato, para que el que una vez fue un ángel en las cortes celestiales, pero que apostató, y que ahora se esforzaba por revestir su deformidad con las vestiduras de un ángel de luz, pudiera ser desenmascarado, y su verdadero carácter fuera revelado por medio de los hombres que había inspirado.

Después de leer esta historia, ¿se confederará alguno del pueblo de Dios con los poderes de las tinieblas, prostituyendo sus facultades dadas por Dios a la obra de Satanás? De esta lección todos pueden aprender

La poca confianza que la humanidad puede depositar en ella

incluso en aquellos que ocupan los más altos puestos de confianza. Estas cosas se registran para el beneficio de todos los que serán llamados a sufrir escarnio y burla similares por causa de Cristo. El pueblo de Dios sufrirá a causa del engaño que se apoderará de las mentes de los hombres. Porque algunos difieren concienzudamente con ellos en temas de verdad bíblica, los hombres repetirán las acciones que se hicieron a Cristo. Pero nadie ha de vengarse, ni sentir que Dios los ha dejado sufrir cuando podría librarlos. "Si fuerais del mundo", declaró Cristo, "el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que os dije: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Pero todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió."

Todos los que en nuestros días convierten la verdad de Dios en mentira por sus tradiciones humanas, seguramente establecerán sus leyes humanas para contrarrestar las leyes de Dios. Estas leyes serán tan vigorosas como las tradiciones de los fariseos santurriones. Los hombres se esforzarán por disfrazar

sus obras impías y su falta de piedad creando leyes que obliguen a la conciencia de los demás, y en su falso celo religioso por hacer cumplir estas leyes oprimirán a sus semejantes.

La historia se repetirá, y ya se está repitiendo. El mismo poder de abajo que obró en los días de Cristo se está dando a conocer. Se están promulgando leyes opresivas, que no tienen en ellas ni una partícula del Espíritu de Dios. Y cuanto menos se sometan los hombres a la ley de Dios, tanto más celosamente tratarán de imponer las leyes humanas. Enseñarán como doctrina los mandamientos de los hombres.

Nuestro principal interés debe ser buscar la verdad como un tesoro escondido, para vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios. Debemos considerar cuidadosamente cómo construir, porque la naturaleza humana es un tirano cruel cuando no está bajo el control del Espíritu de Dios.

Nuestra parte es seguir a nuestro Salvador en obediencia

a todos Sus mandamientos. Necesitamos comprender diariamente cada lección de la vida de Cristo, teniendo cuidado de no permitir que el mundo, con sus formas y prácticas, sus leyes y normas, sea nuestro criterio, y nos aleje de nuestro Salvador. Que los que aman a Dios tengan siempre presente el ejemplo de Cristo. Que recuerden las muchas lecciones que dio a aquellos que había elegido como sus representantes. Les enseñó a no tomar represalias ni resistirse a la opresión. En Su nombre debían acercarse a Su Padre y al Padre de ellos, y derramar ante Él sus penas y aflicciones. Él les respondería, pues se compadecería de sus enfermedades.

"También Enoc, el séptimo desde Adán, profetizó acerca de éstos, diciendo: He aquí, el Señor viene con diez mil de sus santos, para hacer juicio contra todos, y para convencer a todos los impíos de entre ellos de todas sus obras impías que impíamente han cometido, y de todas sus duras palabras que los pecadores impíos han hablado contra él. Estos son murmuradores, quejumbrosos, que andan según sus propias concupiscencias; y su boca habla grandes palabras hinchadas, teniendo en admiración la persona de los hombres por causa de ventaja. Pero, amados, acordaos de las palabras que antes fueron dichas de los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; cómo os dijeron que en el postrer tiempo habría burladores, que andarían según sus propias impías concupiscencias. Estos son los que se apartan, sensuales, no teniendo el Espíritu. Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo,

conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna."

Sra. E. G. White

24 de enero de 1900

Ante Pilatos

EGW

"Entonces llevaron a Jesús de Caifás al tribunal; y era temprano; y ellos mismos no entraron en el tribunal, para no contaminarse, sino para comer la Pascua." Los sacerdotes judíos eran estrictos en la observancia de sus propias tradiciones. No querían entrar en el tribunal romano por miedo a contaminarse. Pero sus corazones ya estaban contaminados por el pecado. Buscaban la muerte de Aquel que estaba representado por la Pascua, y que pasó sobre las casas de los israelitas y mató a los egipcios. Por su propia obra malvada, los sacerdotes y los gobernantes ya se habían separado de Dios, y se estaban confederando con la sinagoga de Satanás. Al abrigar envidia y celos, transgredían todos los preceptos de la ley de Dios. Representaban los atributos del enemigo de Dios.

"Entonces Pilato salió a ellos y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Respondieron y le dijeron: Si no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado. Entonces Pilato les dijo: Tomadle vosotros, y juzgadle conforme a vuestra ley. Entonces los judíos le dijeron: No nos es lícito dar muerte a nadie." "Entonces Pilato entró otra vez en el tribunal, llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Jesús le respondió: ¿Dices esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? Respondió Pilato: ¿Soy yo judío? Tu nación y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, entonces mis siervos pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero ahora mi reino no es de aquí. Pilato, pues, le dijo: ¿Luego tú eres rey? Respondió Jesús: Tú dices que soy rey. Para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad oye mi voz". Cristo afirmó que Su palabra era en sí misma una llave que abriría el misterio a aquellos que estuvieran preparados para recibirla. Tenía un poder autocomplaciente, y éste era el secreto de la propagación de Su reino de verdad. Deseaba que Pilato comprendiera que sólo recibiendo y apropiándose de la verdad podría reconstruirse la naturaleza arruinada.

Pilato estaba convencido. "¿Qué es la verdad?", preguntó. Pero no esperó respuesta. El tumulto de fuera le recordó los intereses del momento, pues los sacerdotes clamaban por una acción inmediata. Saliendo hacia los judíos, que estaban de pie más allá de la puerta de la sala, declaró enfáticamente: "No encuentro falta alguna en él". ¡Oh, si Pilato se hubiera mantenido firme, negándose a condenar a un hombre a quien encontraba sin culpa, habría roto la cadena fatal que lo ataría al remordimiento y a la culpa mientras viviera! Muchos de los que oyeron sus palabras las recordaron para siempre. Al pensar en el hombre declarado inocente por el juez y, sin embargo, entregado a la ley de la turba, se preguntaron bajo qué poder estaban.

Cuando los sacerdotes oyeron las palabras de Pilato, prorrumpieron en un torrente de acusaciones. De pie detrás de Pilato, a la vista de todos en el tribunal, Cristo oyó los insultos, pero a todas las falsas acusaciones contra Él no respondió ni una palabra. Todo su porte evidenciaba su inocencia consciente. Permaneció impassible ante la furia de las olas que le golpeaban. Era como si las pesadas olas de la ira, subiendo más y más, como las olas del bullicioso océano, rompieran a su alrededor, pero no le tocaran. Permaneció en silencio, pero Su silencio era elocuencia. Era como una luz que brilla desde el interior hacia el exterior del hombre. Así dio pruebas de su sabiduría superior.

Pilato se asombró de su actitud. ¿Acaso este Hombre hace caso omiso de los procedimientos porque no le importa salvar su vida? se preguntó. Cristo había hablado a Pilato de su reino de verdad, y la convicción se había apoderado de la mente del gobernador. Estaba plenamente convencido de que el Prisionero le había sido entregado por motivos de envidia. Al contemplar a Jesús, que soportaba el insulto y la burla sin vengarse, sintió que no podía ser tan inicuo e injusto como lo eran los clamorosos sacerdotes. Se sintió obligado a declarar la inocencia del Prisionero.

"No encuentro falta alguna en este Hombre", declaró. Al oír esto los sacerdotes, "se encendieron en cólera, diciendo: Él agita al pueblo, enseñando por toda la judería, comenzando desde Galilea hasta este lugar." Cuando Pilato oyó hablar de Galilea, preguntó si el Hombre era galileo. Y tan pronto como supo que pertenecía a la jurisdicción de Herodes, lo envió a Herodes, quien también se encontraba en Jerusalén en ese momento. Además de eludir la responsabilidad respecto al juicio de Cristo, Pilato pensó que ésta sería una buena oportunidad para sanar una vieja disputa entre él y Herodes. En esto no se equivocó, pues los dos magistrados se hicieron amigos durante el juicio del Salvador.

"Cuando Herodes vio a Jesús, se alegró mucho; porque hacía mucho tiempo que deseaba verle, pues había oído muchas cosas acerca de él, y esperaba haber visto algún milagro hecho por él. Entonces le interrogó con muchas palabras". Pero a todas las preguntas hechas por Herodes, Cristo no respondió nada. Conocía la maldad de los hombres que tenía delante. Sabía que si dijera algo, por muy verdadero y elevado que fuera, sería como echar perlas a los cerdos. Ellos las pisotearían y volverían a desgarrarlo.

"Y puestos en pie los principales sacerdotes y los escribas, le acusaban con vehemencia". Actuaban bajo la inspiración del primer apóstata, el enemigo de Dios. Cuando los gobernantes del pueblo son perversos y maquinadores, Satanás tiene toda oportunidad de representar su carácter tal como es.

"Y Herodes con sus hombres de guerra le despreciaba, y se burlaba de Él, y le vestía con un manto magnífico". Los sacerdotes judíos alentaron los insultos y la crueldad de la turba. Algún día los sacerdotes y los gobernantes verán como en un espejo las palabras pronunciadas y las acciones realizadas con el fin de despertar las pasiones más salvajes de los soldados endurecidos para burlarse y ridiculizar a Cristo. Pero será demasiado tarde, demasiado tarde para retractarse del trabajo de aquella noche.

Sra. E. G. White

31 de enero de 1900

Ante Pilatos

EGW

La declaración de Pilato-La causa del compromiso-Sin piedad-Jesús o Barrabás-Su sangre sea con nosotros-Todos nosotros-Carácter de la opinión popular-Lo que cabe esperar

Herodes, endurecido como estaba, no se atrevía a ratificar la condena de los judíos, por lo que envió a Jesús de vuelta a Pilato. El Salvador, tambaleante de cansancio, pálido y herido, fue llevado sin piedad al tribunal del gobernador romano. Pilato estaba muy irritado, pues se había congratulado de librarse de una temible responsabilidad cuando remitió los acusadores de Jesús a Herodes. Ahora preguntó impacientemente a los judíos qué querían que hiciera. Les recordó que ya había examinado al Prisionero y no había encontrado en él culpa alguna; que sus acusadores no habían podido sostener una sola acusación contra

él; que había enviado a Jesús a Herodes, el tetrarca de Galilea, y uno de su propia nación, que tampoco encontró nada digno de muerte contra el Prisionero. "Le castigaré, pues", dijo Pilato, "y le soltaré".

Aquí Pilato mostró su debilidad. Había llamado la atención sobre el hecho de que no se había encontrado ninguna falta en Jesús. Había apelado a la humanidad del pueblo, declarando claramente su convicción de la inocencia del Prisionero. ¿Qué justicia había, entonces, en aplicar el azote a Uno que no era culpable? ¿Por qué infligirle un castigo que no había hecho nada para merecer? Esta propuesta se hizo para satisfacer el odio vengativo de una nación que afirmaba tener a su cargo la única piedad del mundo, para complacer a un grupo de hombres que profesaban ser piadosos, que habían sido advertidos y llorados por el Redentor del mundo.

Cuando Pilato tomó asiento en el tribunal, un mensajero se abrió paso entre la multitud y le entregó una carta. Era de su mujer, y decía: "No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he sufrido muchas cosas en sueños por su causa." El rostro de Pilato palideció. Estaba confundido por sus propias emociones conflictivas. Pero mientras vacilaba sobre lo que debía hacer, los sacerdotes y los gobernantes encendían aún más los ánimos del pueblo. Algunos de los suyos fueron enviados entre la multitud, con instrucciones de ganarse a los líderes mediante promesas de recompensa. Así lo hicieron, pensando que los demás seguirían el ejemplo dado.

Pilato se vio obligado a actuar. "En aquella fiesta acostumbraba el gobernador soltar al pueblo el preso que quisiese. Y tenían entonces un preso notable, llamado Barrabás". Volviéndose a la multitud, Pilato preguntó: "¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo? Porque sabía que por envidia le habían entregado". Como el bramido de fieras salvajes llegó la respuesta de la turba: "Soltadnos a Barrabás". Más y más fuerte se hinchó el grito: "Barrabás, Barrabás". Pensando que el pueblo no había entendido su pregunta, Pilato preguntó: "¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos?". Pero volvieron a gritar: "Fuera ese Hombre, y suéltanos a Barrabás". "¿Qué haré, pues, con Jesús?" preguntó Pilato. De nuevo la multitud enardecida rugió como demonios. Demonios en forma humana había en la multitud, y ¿qué podía esperarse sino la respuesta: "Que sea crucificado"?

Pilato estaba turbado. Rehuía entregar a un hombre inocente a la muerte más ignominiosa y cruel que pudiera infligírsele. Cuando cesó el estruendo de las voces, se volvió al pueblo, diciendo: "¿Por qué, qué mal ha hecho?". Pero el

caso había ido demasiado lejos para la discusión. No era la prueba de la inocencia de Cristo lo que querían, sino su condena.

Aun así Pilato se esforzó por salvarle. "Les dijo por tercera vez

¿Por qué, qué mal ha hecho?

No he encontrado en él ninguna causa de muerte; lo castigaré, pues, y lo soltaré". Pero la sola mención de Su liberación agitó al pueblo a un frenesí diez veces peor. "Instaron a grandes voces, exigiendo que fuera crucificado. Y prevalecieron las voces de ellos y de los principales sacerdotes". "Crucifícale, crucifícale", gritaban. Más y más fuerte crecía la tormenta que la indecisión de Pilato había provocado.

Con la vana esperanza de excitar la piedad del pueblo, para que decidiera que éste era un castigo suficiente, Pilato hizo ahora que Jesús fuera azotado en presencia de la multitud. "Y los soldados lo condujeron a la sala, llamada Pretorio; y convocaron a toda la banda. Y le vistieron de púrpura, y le pusieron una corona de espinas en la cabeza, y comenzaron a saludarle: ¡Salve, Rey de los judíos! Y ellos... le escupían, y doblando las rodillas le adoraban". De vez en cuando, alguna mano malvada arrebatava la caña que le habían puesto en la mano y le golpeaba la corona en la frente, clavándole las espinas en las sienes y haciendo correr la sangre por la cara y la barba.

Así Pilato dio el paso que Satanás quería que diera. Se entregó como instrumento en manos de los judíos, para llevar a cabo una acción injusta e ilícita, a fin de cumplir su propósito contra un hombre inocente. Pilato pensó que las marcas de los azotes en la espalda del Sufriente tocarían las simpatías del pueblo. Pero los gobernantes estaban inspirados por un poder de abajo en su odio hacia Cristo. Él los había reprendido por su injusticia, y ellos estaban decididos a vengarse. Este odio lo comunicaron a la gente común.

Con aguda percepción vieron los judíos la debilidad de castigar a un hombre que había sido declarado inocente. Sabían que Pilato trataba en lo posible de salvar la vida del Prisionero, pero ellos estaban bajo el control de Satanás, y estaban decididos a que Jesús no fuera puesto en libertad. Para complacer y satisfacer a los judíos, Pilato lo había azotado, y pensaron que si llevaban el asunto a un punto decisivo, seguramente lograrían su fin. Confiaban en que, ahora que Pilato había accedido tanto, cedería a sus deseos.

Pilato mandó traer a Barrabás al tribunal y presentó a los dos prisioneros uno junto al otro. Señalando al Salvador, dijo con voz de solemne súplica: "He aquí al Hombre". "Os lo traigo para que sepáis que no encuentro en él ningún defecto". Pero qué les importaba a los sacerdotes la compasión o la justicia. Habían enloquecido al pueblo y, en vez de compadecerse de Jesús en su sufrimiento, gritaban: "Crucifícale, crucifícale". Perdiendo toda paciencia con su irrazonable crueldad, Pilato gritó desesperado: "Tomadle y crucificadle, porque yo no hallo en él ningún delito". Entregando así a un hombre inocente a las pasiones y prejuicios de la turba, Pilato se colocó donde el pueblo podía obligarle a hacer su voluntad.

"Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y por nuestra ley debía morir, porque se hizo Hijo de Dios".

Esto se repetirá en el mundo cristiano

"Los hombres volverán a decir: "Nosotros tenemos una ley, y por nuestra ley Él debe morir". "Oyendo, pues, Pilato estas palabras, tuvo gran temor; y entrando otra vez en el tribunal, dijo a Jesús: ¿Dónde estás? Pero Jesús no le respondió. Entonces Pilato le dijo: ¿No me hablas a mí? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y tengo poder para soltarte?". Al decir esto, Pilato aceptó la responsabilidad del asunto. "Respondió Jesús: Ninguna potestad tendrías contra mí, si no te fuera dada de arriba; por tanto, el que me ha entregado a ti, mayor pecado tiene".

Pilato estaba ahora más convencido que nunca de la superioridad del Hombre que tenía delante. ¿Por qué sentía esto tan profundamente con respecto a Jesús? Estaba convencido, y lo había estado durante todo el juicio, de que el Prisionero era más que un hombre común. El temor se apoderó de él cuando pensó: "¿Y si es realmente un Rey? Podría haberse negado a obedecer los deseos de la multitud. Pero Pilato era un cobarde. Cuando trató una vez más de soltar a Jesús, los judíos gritaron, diciendo: "Si sueltas a este Hombre, no eres amigo del César". Pilato temía que si soltaba a Jesús, las representaciones llevadas a Roma traerían censura sobre sí mismo. Mejor, pensó, que éste sea crucificado y yo quede libre. Pero su alma temblaba ante la idea de firmar la sentencia de muerte de un hombre a quien había declarado intachable.

Pilato pensó ahora que había hecho todo lo que podía. No pensó en sus palabras: "¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y tengo poder para soltarte?". Cuando "vio que nada podía prevalecer, sino que más bien se armaba alboroto,

tomó agua y se lavó las manos delante de la multitud, diciendo: Yo soy inocente de la sangre de este justo; vedlo. Entonces respondió todo el pueblo, y dijo: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos." Oh Pilato, si pudieras lavar tan fácilmente las manchas de tu alma como lavaste tus manos, tu culpa no permanecería.

"Entonces les soltó a Barrabás; y después de azotar a Jesús, lo entregó para que lo crucificaran".

Qué registro se hizo en los libros del cielo del trabajo de esta noche. Cristo fue acusado dos veces ante los sumos sacerdotes, una vez ante el Sanedrín, una vez ante Herodes y dos veces ante Pilato. Insultos, abusos, violencia personal, todo esto recibió de Herodes y sus soldados. Fue azotado por Pilato, y luego burlado y escarnecido por la muchedumbre.

¿Quién fue el que sufrió así?

La Majestad del cielo, el Rey de la gloria. Despreciado y desechado entre los hombres, Varón de dolores, experimentado en quebranto.... herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados."

Cristo fue acusado con vehemencia por hombres que ocupaban los más altos cargos de la iglesia, hombres a cuyos padres había liberado de la esclavitud egipcia. El pueblo escogido por Dios para ser la luz del mundo se puso bajo el negro estandarte de Satanás, y vilipendió y oprimió a su tan esperado Mesías. De este modo, ellos mismos provocaron su ruina. Sus discursos despreciativos reaccionaron sobre ellos. ¡Qué tinieblas trajo la obra de esta noche sobre los principales actores de la escena! Nunca más se borró de sus mentes su recuerdo. Nunca más llegó el sueño tranquilo a sus almohadas. Sus malvadas acciones testificaron más fuerte contra ellos que la marca de Caín contra él.

Transacciones como ésta han tenido lugar, y volverán a tener lugar. La marea del sentimiento popular es siempre voluble. A los hosannas de hoy puede seguir el "Crucifícalo" de mañana. En nuestros días

Los prejuicios se profundizan y amplían

En su fanatismo religioso, los hombres resistirán toda evidencia y rechazarán toda luz. Aquellos que anulan la ley de Dios, como lo están haciendo los maestros de hoy, no tienen ninguna norma por la cual medir su propio carácter

o el carácter de los demás. "Porque la sentencia contra una obra mala no se ejecuta con prontitud, por eso el corazón de los hijos de los hombres está completamente dispuesto en ellos para hacer el mal". En lugar de ser ablandados por la compasión de Dios, presumen de Su misericordia. En vez de manifestar compasión divina hacia otros, cultivan los atributos del enemigo de Dios y traen opresión sobre el pueblo de Dios haciendo cumplir leyes hechas por el hombre.

"Así dice el Señor"

es de más valor y debe considerarse más sagradamente que cualquier ley humana que pueda elaborarse. Pero los hombres negarán a otros la libertad de guardar los mandamientos de Dios según Su voluntad revelada. Como han pensado los católicos romanos, seguirán pensando que deben prevalecer las leyes humanas.

Del registro de la prueba de Cristo podemos ver a qué punto llegan aquellos que tienen ideas pervertidas de lo que constituye la piedad, y que permiten que sus pasiones y prejuicios gobiernen. Cuando los hombres son inspirados por Satanás con falso celo religioso, no tienen sentido de lo que significa la verdadera piedad.

Los tiempos están marcados por una depravación extraordinaria. La religión de las iglesias de hoy es de un tipo que debería hacer que todo verdadero seguidor de Dios le tuviera miedo. El carácter religioso de los que profesan ser cristianos los hace actuar como demonios. "Tenemos una ley", dicen, "y por nuestra ley Él debe morir". Se mostrará más que un desprecio común a aquellos que hacen de la Palabra de Dios su criterio.

Las escenas de la condenación de Cristo serán representadas en los tribunales por la gente de esta época que pretende servir a Dios. Serán movidos con furia contra el pueblo de Dios. Aquellos que siguen al Cordero dondequiera que vaya sabrán lo que significa sentir la ira del dragón. Un poder de abajo cooperará con las iglesias apóstatas contra aquellos que obedecen la verdad. Los hombres harán las obras de sus padres, repitiendo en lo posible el curso de acción seguido contra Cristo.

Sra. E. G. White

7 de febrero de 1900

"Que todos sean uno"

EGW

La fuerza de la unidad cristiana-Cada uno es una parte del todo-Vida y amor el lazo que une-La guía segura-La necesidad del Espíritu

La unidad cristiana es una agencia poderosa. Indica de manera poderosa que quienes la poseen son hijos de Dios. Tiene una influencia irresistible sobre el mundo, mostrando que el hombre en su humanidad puede ser partícipe de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. Hemos de ser uno con nuestros semejantes y con Cristo, y en Cristo uno con Dios. Entonces se podrá decir de nosotros: "Estáis completos en Él".

En el plan de la redención se asigna un lugar a cada alma. A cada uno le corresponde su obra. Nadie puede ser miembro del cuerpo de Cristo y, sin embargo, estar inactivo. Diferentes líneas de trabajo son encomendadas a diferentes hombres, de acuerdo con sus diversas capacidades. La obra del pueblo de Dios puede ser y será variada, pero un Espíritu es el motor de todo. Todo el trabajo hecho para el Maestro debe estar conectado con el gran todo. Los obreros deben trabajar juntos en concierto, cada uno controlado por el poder divino, haciendo un esfuerzo indiviso para atraer a Cristo a los que los rodean. Todos deben moverse como partes de una maquinaria bien ajustada, cada parte dependiente de la otra, y sin embargo distintas en la acción. Y cada uno debe ocupar el lugar que se le asigne y hacer la obra que se le encomiende. Dios llama a los miembros de su Iglesia a recibir el Espíritu Santo, a reunirse en unidad y simpatía fraternal, a unir sus intereses en el amor.

Una falsa unión frente a la verdadera

Una historia extraña y llena de acontecimientos está siendo registrada en los libros del cielo. Todo en nuestro mundo está en agitación. Los acontecimientos están cambiando para traer el día de Dios, que se apresura grandemente. El mundo está lleno de tempestades, guerras y discordias. Bajo una cabeza, el poder papal, se ha unido para oponerse a Dios en la persona de sus fieles testigos. Esta unión está cimentada por el gran apóstata. Todos los celos, las malas conjeturas y las malas palabras provienen de él y tienden a producir discordia y desunión. Entonces, ¿estará el pueblo de Dios en desacuerdo entre

sí? ¿No estarán unidos por el Espíritu Santo, cada obrero lleno de amor y simpatía por su compañero de trabajo, cada uno cumpliendo su tarea con fiel esfuerzo, procurando seriamente preparar el camino del Señor? En la discordia general debe haber un lugar donde debe existir armonía y unidad porque la Biblia es la guía. Cuando se siguen los principios de la Palabra de Dios, ésta se convierte en una luz resplandeciente que brilla en un lugar oscuro. Todos los que edifican sobre esta Roca pueden estar seguros de que su casa permanecerá en pie en medio de la tempestad.

La espada del Espíritu, que corta en ambos sentidos, debe estar en manos de los siervos de Dios. Su inspiración ha de estar sobre ellos, conduciéndolos **a Todos a Hablar como la Voz de Uno.**

El Espíritu Santo trabajará con el instrumento humano consagrado; porque éste es el propósito de Dios. Dios ha abierto una puerta entre el cielo y la tierra, que ningún poder puede cerrar. Él llama a cada ser humano a ser puro, santo, santificado, a fin de que la obra para este tiempo pueda cumplirse. Cuando el pueblo de Dios se coloque en la debida relación con Él y entre sí, habrá una impartición plena del Espíritu Santo para la combinación armoniosa de todo el cuerpo.

Debilidad de la desunión

Nada debilita tan manifiestamente a una iglesia como la desunión y la contienda. Nada guerrea tanto contra Cristo y la verdad como este espíritu. "Por sus frutos los conoceréis". "¿Echa una fuente en el mismo lugar agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede la higuera dar aceitunas, o la vid higos? Así no puede ninguna fuente dar agua salada y dulce a la vez. ¿Quién es entre vosotros sabio y dotado de ciencia? Que muestre sus obras con mansedumbre de sabiduría." "Por tanto, levantad las manos que cuelgan y las rodillas débiles; y haced sendas derechas para vuestros pies, para que no se desvíe del camino lo que está cojo, sino que más bien se cure. Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor; procurando con diligencia que nadie falte a la gracia de Dios; no sea que brotando alguna raíz de amargura os estorbe, y por ella muchos sean contaminados."

Mientras estemos en este mundo debemos estar vinculados unos con otros. La humanidad está entrelazada y entretejida con la humanidad. Como cristianos somos miembros los unos de los otros. El Señor nos ha hecho así, y cuando vengan las decepciones, no debemos pensar lo peor los unos de los otros. Somos

miembros individuales del cuerpo general. En la impotencia y la desilusión estamos luchando las batallas de la vida, y el Señor nos diseña, como Sus hijos e hijas, a quienes llama Sus amigos, para ayudarnos unos a otros. Esto debe formar parte de nuestro trabajo cristiano práctico. ¿Quién es mi prójimo? Lee y comprende. El prójimo es

El que más ayuda necesita

Tu hermano, enfermo de espíritu, te necesita como tú lo necesitaste una vez. Necesita la experiencia de quien ha sido tan débil como él, de quien pueda compadecerse de él y ayudarlo. El mismo conocimiento de nuestra propia debilidad nos ayuda a ayudar a otro en su debilidad. No sea que las cuerdas simpáticas, que deberían vibrar rápidamente al menor contacto, sean frías como el acero, congeladas por así decirlo, e incapaces de ayudar donde se necesita ayuda. Hay un trabajo que hacer en los corazones humanos para hacerlos agudos, verdaderos y sensibles a las necesidades de los demás.

Podemos estar unidos unos con otros sólo en la medida en que estemos unidos con Cristo. Él declaró: "Yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" Cristo debe ser levantado. Su nombre es todopoderoso. Muchos que se han detenido mucho en temas doctrinales, pero que no han aprendido de Cristo, se han encontrado incapaces de controlarse a sí mismos. Necesitan el poder del Espíritu Santo. Debemos tratar de comprender lo que significa estar en completa unión con Cristo, que es la propiciación por nuestros pecados y por los de todo el mundo. Nuestra vida debe estar unida a la suya. Deberíamos beber constantemente de Él, participando del pan vivo que descendió del cielo, bebiendo de una fuente siempre fresca, siempre dando su abundante tesoro. Cuando ésta es en verdad la experiencia del cristiano, se ve en su vida una frescura, una sencillez, una humildad, una mansedumbre y humildad de corazón, que muestran a todos con quienes se relaciona que ha estado con Jesús y ha aprendido de Él.

Cristo es el único centro verdadero

Cuando Él nos atrae hacia Sí, nos escondemos con Él en Dios, y mostramos al mundo que Dios nos ama como ama a Su Hijo. Dios nos imparte su Espíritu. La verdad, con su poder e influencia divinos, toma posesión de nosotros, haciendo de los creyentes un todo armonioso, del cual se ve que Cristo es el alma. Cada elemento está trabajando en líneas correctas. Cada obrero que ocupa el lugar que le ha sido asignado contribuye a elevar la cruz del Calvario.

Esta es la unidad que Dios requiere en Su servicio. Cuando el pueblo escogido de Dios sea de una sola mente, las barreras del egoísmo desaparecerán como por arte de magia, y muchas, muchas más almas se convertirán debido a la unidad que existe entre los creyentes. Hay un solo cuerpo y un solo espíritu. Aquellos que han estado construyendo líneas territoriales de distinción, barreras de color y casta, más vale que las derriben mucho más rápido de lo que las levantaron.

Aquel en cuyo corazón habita Cristo reconoce a Cristo habitando en el corazón de su hermano. Cristo nunca guerra contra Cristo. Cristo nunca ejerce una influencia contra Cristo. Los cristianos deben hacer su trabajo, cualquiera que sea, en la unidad del Espíritu, para el perfeccionamiento de todo el cuerpo. La Iglesia debe ser purificada, refinada, ennoblecida. Los miembros deben desechar de sus corazones los ídolos que han impedido su progreso espiritual. Por la influencia del Espíritu, los más discordantes pueden entrar en armonía. El desinterés debe unir al pueblo de Dios con lazos firmes y tiernos. Hay un vasto poder en la iglesia cuando las energías de los miembros están bajo el control del Espíritu, recogiendo el bien de toda fuente, educando, capacitando y disciplinando al yo. Así se presenta a Dios una poderosa organización, por medio de la cual puede obrar por la conversión de los pecadores. Así el cielo y la tierra están conectados, y todas las agencias divinas cooperan con los instrumentos humanos.

Sra. E. G. White

14 de febrero de 1900

El cuidado de Dios por su Iglesia

EGW

El tabernáculo judío era un tipo de la iglesia cristiana. Era una estructura maravillosa, hecha en dos partes, la exterior y la interior, una abierta al ministerio de todos los sacerdotes, la otra sólo para el sumo sacerdote, que representaba a Cristo.

La iglesia en la tierra, compuesta de aquellos que son fieles y leales a Dios, es el "verdadero tabernáculo", del cual el Redentor es el ministro. Dios, y no el hombre, levantó este tabernáculo sobre una plataforma alta y elevada. Este tabernáculo es el cuerpo de Cristo, y desde el norte, el sur, el este y el oeste, Él reúne a aquellos que ayudarán a componerlo.

Por medio de Cristo, los verdaderos creyentes son representados como edificados juntos para morada de Dios por el Espíritu. Pablo escribe: "Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo... y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.... Ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu".

Habilidad y sabiduría divinas necesarias

Dios empleó hombres para levantar el tabernáculo judío, dándoles habilidad y eficiencia para su trabajo. Leemos: "Habló Jehová a Moisés, diciendo: Mira, he llamado por nombre a Bezaleel hijo de Uri, ... y le he llenado del Espíritu de Dios, en sabiduría, en inteligencia, en ciencia y en todo artificio, para que idee obras de ingenio, para trabajar en oro, en plata y en bronce, para tallar piedras y engastarlas, para tallar madera y para trabajar en todo artificio.... Y en el corazón de todos los sabios de corazón he puesto sabiduría, para que hagan todo lo que te he mandado." "Entonces trabajaron Bezaleel y Aholiab, y todo hombre de corazón sabio, en quien el Señor puso sabiduría e inteligencia". Así las inteligencias celestiales cooperaron con los obreros que Dios mismo seleccionó. Y así la iglesia en la tierra debe unirse con las inteligencias celestiales en la realización de la obra de Dios para este tiempo.

"Así ha dicho el Señor Dios: He aquí, pongo en Sión por fundamento una piedra, una piedra probada, una piedra angular preciosa, un fundamento seguro". Sobre esta piedra, puesta por el Señor, no se habría levantado ningún edificio si la obra de la redención no se hubiera llevado a cabo según el plan prescrito por el Señor. Y, aunque el plan de salvación se llevó a cabo de acuerdo con el plan ordenado desde la fundación de la tierra, sin embargo, los hombres y las mujeres no se salvarán a menos que ellos mismos ejerzan la fe, y construyan sobre el verdadero fundamento, a menos que permitan que Dios los recree por medio de

su Espíritu Santo. Dios obra en y a través del agente humano que coopera con Él eligiendo ayudar a componer el edificio del Señor. Un sagrado tabernáculo se construye de aquellos que reciben a Cristo como su Salvador personal. De ellos escribe Juan: "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios". Al recibir a Cristo y conformarse a Su voluntad, el hombre avanza hacia la perfección. Esta edificación de caracteres individuales, que son renovados, constituye una estructura más noble que cualquier obra mortal. Así la gran obra de Dios avanza de punto en punto. Los que desean un lugar en su iglesia lo demuestran por su disposición a conformarse de tal manera a su voluntad que se les puede confiar la gracia para impartirla a otros.

La ministración divina es necesaria para dar poder y eficacia a la iglesia en este mundo. La familia de Dios en la tierra, sujeta a tentaciones y pruebas, está muy cerca de Su corazón de amor. Ha ordenado que se mantenga la comunicación entre las inteligencias celestiales y sus hijos en esta tierra. Los ángeles de las cortes de lo alto son enviados para ministrar a aquellos que serán herederos de la salvación, aquellos que como guerreros fieles participan de los sufrimientos de Cristo. Se representa a Cristo como morando en su pueblo. Ellos deben ser alimentados con carne a su debido tiempo. Por lo tanto, se ha establecido una conexión entre ellos y la iglesia de arriba. Dios cuida de su creación humana como un labrador cuida de una viña. Cristo declara: "Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador". ¡Qué maravillosa representación! Dios no es sólo el cuidador, sino el dueño de la viña.

La labor de la Iglesia

A la Iglesia se le ha encomendado la tarea de dar a conocer al mundo la comunión del misterio "que desde los siglos ha estado oculto en Dios, creador de todas las cosas, a fin de que ahora sea dada a conocer por medio de la Iglesia la multiforme sabiduría de Dios a los principados y potestades en los lugares celestiales".

"Por esta causa", dice Pablo, "doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda la familia del cielo y de la tierra, para que os conceda, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad

y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a Él sea gloria en la iglesia por Cristo Jesús, por todas las edades, por los siglos de los siglos."

Cristo es el Ministro del verdadero tabernáculo, el Sumo Sacerdote de todos los que creen en Él como Salvador personal: y Su oficio ningún otro puede tomarlo. Él es el Sumo Sacerdote de la iglesia, y tiene una obra que hacer que ningún otro puede realizar. Por Su gracia

Él es capaz de guardar a todo hombre de la transgresión

Sus embajadores, aquellos que lo reciben, nacen de nuevo, y son así aptos para representarlo. "Tal Sumo Sacerdote nos vino a ser, el cual es santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; el cual no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer sacrificio, primero por sus pecados, y después por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez, ofreciéndose a sí mismo. Porque la ley hace sumos sacerdotes a los hombres enfermos; pero la palabra del juramento, que era posterior a la ley, hace al Hijo, que está consagrado para siempre.

Cristo ofreció su cuerpo quebrantado para comprar de nuevo la herencia de Dios, para dar al hombre otra prueba. "Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos". Por Su vida sin mancha, Su obediencia, Su muerte en la cruz del Calvario, Cristo intercedió por la raza perdida. Y ahora, el Capitán de nuestra salvación no intercede por nosotros como un mero suplicante, sino como un vencedor que reclama su victoria. Su ofrenda es completa, y como nuestro intercesor ejecuta su obra autoproclamada, sosteniendo ante Dios el incensario que contiene sus propios méritos inmaculados y las oraciones, confesiones y acciones de gracias de su pueblo. Perfumados con la fragancia de su justicia, ascienden a Dios como un dulce aroma. La ofrenda es totalmente aceptable, y el perdón cubre toda transgresión. Para el verdadero creyente, Cristo es en verdad el ministro del santuario, oficiando por él en el santuario y hablando a través de los organismos designados por Dios.

Cristo puede salvar perpetuamente a todos los que acuden a Él con fe. Él los limpiará de toda contaminación si se lo permiten. Pero si se aferran a sus

pecados, es imposible que se salven; porque la **justicia de Cristo no cubre ningún pecado sin arrepentimiento.**

Dios ha declarado que aquellos que reciben a Cristo como su Redentor, aceptándolo como Aquel que quita todo pecado, recibirán el perdón por su transgresión. Estos son los términos de nuestra elección. La salvación del hombre depende de que reciba a Cristo por fe. Aquellos que no lo reciben pierden la vida eterna porque se niegan a aprovechar el único medio provisto por el Padre y el Hijo para la salvación de un mundo que perece.

Toda la familia humana es propiedad del Señor por creación, y doblemente por el precio pagado para redimirla. Después de que hombres y mujeres se alistaron en el ejército del gran apóstata, Dios los recompró mediante el don de su Hijo unigénito. Pero son muy pobres a cambio de lo que Dios ha hecho por ellos. Cuando sus almas sean vivificadas por la Palabra viva, se darán cuenta más claramente de lo que deben a su Redentor.

"Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo; y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. Y en esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él. Pero el que guarda Su Palabra, en él verdaderamente se perfecciona el amor de Dios".

Misterios por desvelar

Para la iglesia en la tierra, los que son obedientes a la Palabra de Dios, Cristo está llevando a cabo su trabajo de oficina. A través de sus instrumentos designados. Él lleva adelante Su obra. Si camináramos de acuerdo con la luz de la Palabra de Dios, entenderíamos mejor los misterios de la redención. Misterios en los que los ángeles desean mirar, que los profetas y reyes y hombres justos deseaban entender, la iglesia llevará en mensajes de Dios al mundo. Los profetas profetizaron estas cosas, y anhelaban comprender lo que predijeron, pero no se les concedió este privilegio. Anhelaban ver lo que nosotros vemos y oír lo que nosotros oímos, pero no pudieron. Lo sabrán todo cuando Cristo venga por segunda vez, cuando, rodeado de una multitud que nadie puede contar, explique la liberación que obtuvo mediante el gran sacrificio que hizo.

Intentemos comprender algo de la poderosa obra que Cristo realizó mediante Su encarnación, Su vida de humillación, Sus lecciones, Sus obras de

misericordia. "Por vosotros se hizo pobre, para que vosotros con su pobreza fueseis ricos". En la fuerza de ese maravilloso amor que es inexplicable para la humanidad, se levantó y, apoderándose del mundo, lo sostuvo en su poder. Satanás, reclamando el mundo como su legítimo territorio, trató por todos los medios de arrancarlo de las garras del Redentor; pero con su vida y muerte de humillación Cristo lo sujetó firmemente. Y cuando en su agonía el Salvador exclamó: "Consumado es", volvió a poner al mundo en gracia de Dios. Satanás sabía que su triunfo era corto. Al morir, Cristo proclamó la sentencia de muerte de Satanás. Esta victoria fue anunciada por toda la hueste celestial. Toda la familia angélica, querubines y serafines, cantaron la alabanza de la maravillosa obra que unió la tierra al cielo, y al hombre finito con el Dios infinito. Y cuando el conflicto termine para siempre, ¡qué cantos de alabanza brotarán de la hueste redimida! Eso sí que será música. Sin una nota discordante, surgirá de voces inmortales el himno rico y pleno: "Digno, digno es el Cordero".

Sra. E. G. White

21 de febrero de 1900

"Mis caminos no son tus caminos"

EGW

El obrero para Dios a menudo considera las actividades de la vida como esenciales para el avance de la obra. Se ve a sí mismo como una necesidad, y el yo se mezcla con todo lo que se dice y se hace. Entonces Dios interviene. Aparta a Su hijo de lo terrenal, que retiene su atención, para que pueda contemplar Su gloria. Dice: "Esta pobre alma me ha perdido de vista a Mí y a Mi suficiencia. Su ojo no está fijo en su Señor. Debo arrojar Mi luz y Mi poder vitalizador en su corazón, y así prepararlo para trabajar en las líneas correctas. Ungiendo sus ojos con el colirio celestial le prepararé para recibir la verdad.

El Señor se ve obligado a fortificar el alma contra la autosuficiencia y la autodependencia, para que el obrero no considere sus defectos como virtudes, y se arruine así por la exaltación de sí mismo. A veces el Señor hace Su camino hacia el alma por un proceso que es doloroso para la humanidad; la obra de purificar es una gran obra, y siempre le costará al hombre sufrimiento y prueba. Pero debe pasar por el horno hasta que los fuegos hayan consumido la escoria, y pueda reflejar la imagen divina.

Los que siguen sus propias inclinaciones no son buenos jueces de lo que hace el Señor, y se llenan de descontento. Ven fracaso donde hay triunfo, pérdida donde hay ganancia. Como Jacob, están dispuestos a exclamar: "Todo esto es contra mí", cuando las mismas cosas de las que se quejan están obrando juntas para su bien. "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice el Señor. Porque como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos. Porque como descende la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelve allá, sino que riega la tierra y la hace germinar y brotar, para que dé semilla al que siembra y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y prosperará en aquello para lo que la envié. Porque saldréis con alegría, y seréis conducidos con paz; los montes y las colinas prorrumpirán delante de vosotros en cánticos, y todos los árboles del campo aplaudirán. En lugar del espino subirá el abeto, y en lugar de la zarza subirá el mirto; y será al Señor por nombre, por señal eterna que no será cortada."

Consideremos un poco la experiencia de Pablo. En el mismo momento en que parecía que las labores del apóstol eran más necesarias para fortalecer a la iglesia probada y perseguida, se le quitó la libertad y fue encadenado. Pero era el momento de obrar del Señor, y preciosas fueron las victorias obtenidas. Cuando, según todas las apariencias, Pablo fue capaz de hacer lo mínimo, entonces fue cuando la verdad encontró una entrada en el palacio real. No fueron los sermones magistrales de Pablo ante estos grandes hombres, sino sus ataduras las que atrajeron su atención. A través de su cautiverio fue un conquistador para Cristo. La paciencia y mansedumbre con que se sometió a su largo e injusto confinamiento, hizo que estos hombres sopesaran su carácter. Enviando su último mensaje a sus amados en la fe, Pablo recoge con sus palabras los saludos de estos santos de la casa del César a los santos de otras ciudades.

Aunque prisionero y mantenido en estrecho confinamiento, Pablo gozaba de algunos privilegios que muchos de sus compañeros de prisión no tenían. Uno de los que más apreciaba era el de poder recibir a sus hermanos, a través de los cuales enviaba mensajes de instrucción y aliento a las iglesias. Escribiendo en este tiempo a los Filipenses, dice: "Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Doy gracias a mi Dios en cada memoria que tengo de vosotros, siempre en cada oración que hago por todos vosotros, pidiendo con gozo vuestra comunión en el Evangelio desde el primer día hasta ahora, convencido de que el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo, como me es propio pensar esto de todos vosotros,

porque os tengo en mi corazón, pues tanto en mis prisiones como en la defensa y confirmación del Evangelio, todos vosotros sois participantes de mi gracia. Porque Dios me conste, cuánto os anhele a todos en las entrañas de Jesucristo. Y esto ruego, que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento y en todo juicio; que aprobéis las cosas que son excelentes; que seáis sinceros y sin ofensa hasta el día de Cristo; estando llenos de los frutos de justicia, que son por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios."

La gracia sustentadora de Dios ministró a Pablo en su encarcelamiento, haciéndole alegre, e incluso pudo regocijarse en la tribulación. Con fe y seguridad escribe a sus hermanos filipenses, mostrándoles que su encarcelamiento ha servido para promover el Evangelio. "Quisiera, hermanos, que comprendieseis que las cosas que me han sucedido han redundado más bien en provecho del Evangelio; de modo que mis prisiones en Cristo son manifiestas en todo el palacio y en todos los demás lugares; y muchos de los hermanos en el Señor, creciendo en confianza por mis prisiones, son mucho más valientes para hablar la Palabra sin temor."

Tenemos una lección que aprender de esta historia, que revela el modo de obrar de Dios. El Señor puede sacar la victoria de lo que a nosotros nos parece desconcierto y derrota. Su plan es siempre decepcionar al enemigo. Somos propensos a olvidarnos de Dios, y mirar las cosas que se ven, que son temporales, cuando deberíamos mirar las cosas que no se ven, que son eternas. Cuando sobreviene una desgracia o una calamidad repentina, estamos dispuestos a acusar a Dios de crueldad. Si Él considera oportuno cortar nuestra utilidad en alguna línea, nos lamentamos y nos lamentamos. No nos detenemos a considerar que ésta puede ser la manera de obrar de Dios. Todavía tenemos que aprender que el castigo es parte del gran plan de Dios; que bajo la vara de la aflicción podemos hacer mucho más por el Maestro que cuando estamos comprometidos en el servicio activo.

Porque un hombre esté enfermo, Dios no lo deja de lado; Él hace uso de la enfermedad. El hombre que ejerce una fe inquebrantable bajo el sufrimiento, ejerce una influencia más reveladora que la que podría ejercer en la salud. A menudo el afligido puede predicar un sermón más eficaz desde su lecho de enfermo que el que jamás haya predicado desde el púlpito. Y es en la cama del enfermo donde se magnifica el poder sustentador de Dios. Cuando estamos presionados por el sufrimiento o la aflicción, Dios envía la ayuda necesaria. Sus promesas son firmes e infalibles.

Sra. E. G. White

28 de febrero de 1900

¿Quién es mi vecino?

EGW

Fariseos, herodianos y saduceos, todos a su vez, y de la manera más astuta, trataron de enredar a Cristo en las diferentes preguntas que se le hicieron, esperando encontrar algo en sus respuestas que respondiera a sus propósitos contra Él. Pero cada pregunta fue respondida de una manera tan clara e inteligente que la luz, la luz más preciosa, brilló en las mentes de ese gran grupo de personas. Se sembraron semillas de verdad que darían su cosecha.

Mientras Jesús miraba a sus ceñudos enemigos, que estaban tan llenos de ira que, si se hubieran atrevido, lo habrían matado allí mismo, se volvió hacia sus discípulos y les dijo en privado: "Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis, porque os digo que muchos profetas y reyes han deseado ver lo que vosotros veis, y no lo han visto; y oír lo que vosotros oís, y no lo han oído."

Fariseos, herodianos y saduceos, con sus expectativas defraudadas, permanecían con el ceño fruncido. Estaban llenos del odio más amargo por haber sido silenciados. No se atrevieron a aventurar otra pregunta, sino que sugirieron a un abogado que estaba allí que interrogara a Cristo acerca de la ley.

"Y he aquí que se levantó un letrado y le tentó, diciendo: Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna? El le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Respondiendo él, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y El le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás.

"Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Respondiendo Jesús, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron de sus vestidos, le hirieron y se fueron, dejándole medio muerto. Por casualidad bajó por allí un sacerdote, y viéndole, pasó de largo. Y asimismo un levita, que estaba en aquel lugar, vino y le miró, y se pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino, llegó adonde él estaba; y cuando lo vio, tuvo compasión de él, y fue a él, y vendó sus heridas, echándoles aceite y vino, y lo puso sobre su cabalgadura, y lo llevó a una posada, y cuidó de él. Y al día siguiente, cuando partió, tomó nuestros dos

peniques y se los dio al huésped, diciéndole: Cuida de él; y todo lo que gastes de más, cuando yo vuelva, te lo pagaré. ¿Cuál de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó entre los ladrones? Y él respondió: El que tuvo misericordia de él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo".

Pero Cristo vio que las afirmaciones convincentes de las Escrituras no eran lo que querían sus adversarios. Los misterios del reino de los cielos nunca serían vistos por estos caviladores. La gloriosa verdad del Evangelio seguiría siendo un misterio para aquellos que se habían exaltado a sí mismos a altas posiciones de influencia debido a su supuesto conocimiento de las Escrituras. Los que desean ver son los que están dispuestos a hacer la voluntad de Dios. Verán Sus doctrinas bajo una luz nueva y atractiva. Y no sólo verán, sino que recibirán, y comerán y digerirán la verdad como el pan que descendió del cielo.

Aquellos que están en altos puestos, pero que se han apartado de la luz que ha estado brillando en sus corazones, porque son demasiado orgullosos para ser educados por el más grande Maestro que el mundo haya conocido, se volverán más y más ciegos y endurecidos a la verdad espiritual. De nuevo, aquellos que tienen luz y evidencia, y que aprecian esa luz como algo de valor, a éstos se les dará mayor luz, y tendrán abundancia. Serán recompensados con más gracia, un aumento de lo que aprecian. Pero aquellos que no tienen lugar en la mente y el corazón para los principios de la verdad, que no se rinden a la evidencia, perderán su poder de discernir lo que es verdad. Estiman como sin valor lo que han recibido, y muere por falta de cariño. Algunos principios erróneos ocupan el lugar de los preciosos tesoros de luz y comprensión de la verdad espiritual.

Muchos que oyen y reconocen la voz de Dios, se niegan a apreciar su instrucción, porque entra en conflicto con sus ambiciosos designios. Sus falsas teorías y razonamientos les resultan más agradables y satisfactorios, y los acarician hasta que la verdad les resulta desagradable. La verdad se cubre con falsedad. No se someterán al control de sus principios.

Pero nadie tiene por qué perderse. "Pero si nuestro Evangelio está oculto, también lo está para los que se pierden; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del glorioso Evangelio de Cristo, que es la imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, el Señor; y a nosotros, vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo."

Sra. E. G. White

14 de marzo de 1900

Posición y responsabilidad de un verdadero educador

EGW

El objeto de la educación

En ningún caso aconsejaría restringir la educación a la que Dios no ha puesto límites. Nuestra educación no termina con las ventajas que este mundo puede dar. Por toda la eternidad los elegidos de Dios serán estudiantes. Pero yo aconsejaría restricción en seguir aquellos métodos de educación que ponen en peligro el alma y frustran el propósito para el cual se gastan el tiempo y el dinero. La educación es una gran obra de la vida; pero para obtener la verdadera educación es necesario poseer esa sabiduría que sólo proviene de Dios. El Señor Dios debe estar representado en cada fase de la educación.

Que se aconseje a los estudiantes que pongan en práctica las teorías que han adquirido. Daniel siguió este curso en Babilonia. Puso en práctica lo que había aprendido con sus tutores. Que los estudiantes busquen la dirección celestial, y que no sigan ningún curso, aunque sea aconsejado por sus maestros, a menos que hayan buscado humildemente la sabiduría de Dios, y hayan recibido su guía y consejo.

¿Es necesario que para resolver el problema de la educación haya que cometer un robo hacia Dios, y negarse a darle a Dios el servicio voluntario de los poderes del espíritu, del alma y del cuerpo? Dios os llama a ser hacedores de su Palabra, a fin de que os eduquéis a fondo en los principios que os darán aptitud para el cielo. Que la Palabra de Dios sea el hombre de vuestro consejo. El propósito de la educación debe ser recibir luz para que podáis impartirla dejando que brille para otros en buenas obras. La más elevada de todas las educaciones es el conocimiento de Dios.

La clase más elevada de educación es la que proporciona el conocimiento y la disciplina que conducen al mejor desarrollo del carácter y preparan el alma para la vida que se mide con la vida de Dios. La eternidad no debe quedar fuera de nuestro cálculo. La educación más elevada será la que enseñe a nuestros niños y jóvenes, a nuestros maestros y educadores, la ciencia del cristianismo, la que

les dé un conocimiento experimental de los caminos de Dios, y les imparta las lecciones que Cristo dio a sus discípulos sobre el carácter paternal de Dios.

La verdadera educación significa algo más que seguir un determinado curso de estudios. Incluye el desarrollo armonioso de todas las facultades físicas y mentales. Alcanza el amor y el temor de Dios, y es una preparación para el fiel cumplimiento de los deberes de la vida.

Hay una educación que es esencialmente mundana. Su objetivo es el éxito en el mundo, la satisfacción de la ambición egoísta. Para asegurar esta educación, muchos estudiantes gastan tiempo y dinero en llenar sus mentes con conocimientos innecesarios. El mundo los considera eruditos, pero Dios no está en sus pensamientos. Comen del árbol del conocimiento mundano, que alimenta y fortalece el orgullo. En sus corazones se vuelven desobedientes y se alejan de Dios; y sus dones confiados se colocan del lado del enemigo. Gran parte de la educación actual es de este carácter. El mundo puede considerarla muy deseable; pero aumenta el peligro del estudiante.

Hay otro tipo de educación que es muy diferente. Su principio fundamental, tal como lo declaró el más grande Maestro que el mundo haya conocido, es: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia". Su objetivo no es egoísta; es honrar a Dios y servirle en el mundo. Los estudios que se cursan y la formación industrial que se sigue deben tener este objeto en vista. Se estudia la Palabra de Dios; se mantiene una conexión vital con Dios, y se ejercitan los mejores sentimientos y rasgos del carácter. Porque "el temor del Señor es el principio de la sabiduría", y mejor que todo otro conocimiento es la comprensión de Su Palabra.

Carácter del profesor

Los maestros deben hacer por los alumnos algo más que impartirles el conocimiento de los libros. Su posición como guía e instructor de la juventud es de la mayor responsabilidad, pues a ellos se les ha encomendado el trabajo de moldear la mente y el carácter. Los que emprenden este trabajo deben poseer caracteres bien equilibrados y simétricos. Deben ser refinados en sus modales, pulcros en el vestir, cuidadosos en todos sus hábitos; y deben tener esa verdadera cortesía cristiana que gana confianza y respeto. El maestro debe ser él mismo lo que desea que sean sus alumnos.

Los maestros deben velar por sus alumnos como el pastor vela por el rebaño confiado a su cargo. Deben cuidar de las almas como quienes han de dar cuenta de ellas.

El maestro puede entender muchas cosas con respecto al universo físico; puede saber todo acerca de la estructura de la vida animal, los descubrimientos de la ciencia natural, las invenciones del arte mecánico, pero no puede ser llamado educado, no es apto para su trabajo como instructor de la juventud, a menos que tenga en su propia alma un conocimiento de Dios y de Cristo. No puede ser un verdadero educador hasta que él mismo sea un aprendiz en la escuela de Cristo, recibiendo una educación del Instructor divino.

Todo maestro necesita que Cristo more en su corazón por la fe, y poseer un espíritu verdadero, abnegado y sacrificado por amor de Cristo. Uno puede tener suficiente educación y conocimientos científicos para instruir; pero ¿se ha comprobado que tiene tacto y sabiduría para tratar con las mentes humanas? Si los instructores no tienen el amor de Cristo morando en el corazón, no son aptos para relacionarse con los niños, y para llevar las graves responsabilidades que se les imponen, de educar a los niños y a los jóvenes. Carecen de educación superior y de formación en sí mismos, y no saben cómo tratar con las mentes humanas. Está el espíritu de sus propios corazones insubordinados y naturales que lucha por el control, y someter las mentes plásticas y los caracteres de los niños a tal disciplina, es dejar cicatrices y moretones en la mente que nunca se borrarán.

Si los niños yerran y se portan mal, tanto más necesario es que los que están a su cargo como maestros sepan enseñarles con el precepto y el ejemplo. En ningún caso deben perder el dominio de sí mismos, manifestar impaciencia y dureza y falta de simpatía y amor; porque estos niños son propiedad de Jesucristo, y los maestros deben ser muy cuidadosos y temerosos de Dios en cuanto al espíritu que abrigan y las palabras que pronuncian; porque los niños captarán el espíritu manifestado, sea bueno o malo. Es una responsabilidad sagrada.

El maestro necesita ser susceptible a las influencias del Espíritu de Dios. No debe ser educador alguien que se impacienta y se irrita. Los maestros de niños deben considerar que están tratando con niños, no con hombres y mujeres. Para algunos niños es mucho más difícil aprender que para otros. El alumno torpe necesita mucho más estímulo del que recibe. Si sobre estas mentes variadas se colocan maestros que naturalmente aman ordenar y dictar y engrandecerse en

su autoridad, que tratarán con parcialidad, teniendo favoritos a quienes muestran preferencia, mientras que otros son tratados con exactitud y severidad, se creará un estado de confusión e insubordinación.

Los maestros que no han sido bendecidos con una experiencia agradable y bien equilibrada pueden ser puestos a cargo de niños y jóvenes, pero se hace un gran mal a aquellos a quienes instruyen. Los padres deben sentir que es su deber cooperar con el maestro, fomentar una sabia disciplina y orar mucho por el que está enseñando a sus hijos. El maestro no ayudará a los niños inquietándolos, censurándolos o desalentándolos; tampoco hará un buen papel enseñándoles la rebelión, la desobediencia, la falta de bondad y de amor, a causa del espíritu que manifiesta. Si los maestros son verdaderamente cristianos, tendrán un Cristo permanente, y el Espíritu de Aquel que dio su vida por los pecadores; y la sabiduría de Dios les enseñará en cada emergencia el curso a seguir. Los niños tienen necesidad de que se ejerza sobre ellos y se practique ante ellos un principio de justicia constante, firme y vivo.

Estudios esenciales

No hay nada tan ennoblecedor y vigorizante como el estudio de los grandes temas que conciernen a nuestra vida eterna. Que los estudiantes traten de comprender estas verdades dadas por Dios; que traten de medir estas cosas preciosas, y sus mentes se expandirán y se fortalecerán en el esfuerzo. Pero una mente atestada con una masa de materia que nunca podrá utilizar, es una mente empequeñecida y debilitada, porque sólo se la ha puesto a la tarea de tratar con material común. No ha sido puesta a la tarea de considerar las altas y elevadas revelaciones que vienen de Dios.

La Biblia debe ser el fundamento de todo estudio. Individualmente debemos aprender de este Libro de Lecciones que Dios nos ha dado, la condición de la salvación de nuestras almas; porque es el único libro que nos dice lo que debemos hacer para ser salvos. No sólo esto, sino que de él se puede recibir fuerza para el intelecto. Los muchos libros que se cree que abarca la educación, son engañosos, una decepción y un engaño. "¿Qué es la paja para el trigo?". Satanás excita ahora las mentes de los hombres para proporcionar al mundo una literatura barata y superficial, pero que fascina la mente y la sujeta en una red de su invención. Después de leer estos libros, la mente vive en un mundo irreal, y la vida, en lo que a utilidad se refiere, es tan estéril como un árbol infructuoso. El cerebro está intoxicado, lo que hace imposible que las realidades eternas, que son esenciales para el presente y el futuro, sean presionadas a casa. Una mente

educada para alimentarse de basura es incapaz de ver en la Palabra de Dios la belleza que hay en ella.

Todo niño puede adquirir conocimiento como lo hizo Jesús, de las obras de la naturaleza y de las páginas de la santa Palabra de Dios. A medida que tratemos de conocer a nuestro Padre celestial por medio de su Palabra, los santos ángeles se acercarán, nuestra mente se fortalecerá, nuestro carácter se elevará y refinará, y nos pareceremos más a nuestro Salvador. Y al contemplar lo bello y grandioso de la naturaleza, nuestros afectos irán en pos de Dios, mientras el espíritu se sobrecoge, el alma se vigoriza, al entrar en contacto con el Infinito a través de Sus obras.

Así como la verdad divina se revela en la Sagrada Escritura, también se refleja, como en un espejo, en la faz de la naturaleza; y a través de Su creación llegamos a conocer al Creador. Y así el libro de la naturaleza se convierte en un gran libro de lecciones, que los instructores que son sabios pueden usar, en conexión con las Escrituras, para guiar a las ovejas perdidas de vuelta al redil de Dios. A medida que se estudian las obras de Dios, el Espíritu Santo irradia convicción en la mente. No es la convicción que produce el razonamiento lógico; pero a menos que la mente se haya vuelto demasiado oscura para conocer a Dios, el ojo demasiado oscuro para verlo, el oído demasiado embotado para oír su voz, se capta un significado más profundo, y las verdades sublimes y espirituales de la Palabra escrita se imprimen en el corazón.

Es un error poner en manos de los jóvenes libros que los desconciertan y confunden, cuyo estudio no puede dejar de confundirlos. La razón que se da para este estudio es que el maestro ha pasado por el mismo terreno, y el estudiante debe seguirlo. Pero si los maestros estuvieran recibiendo luz y sabiduría del Maestro divino, mirarían estas cosas de una manera muy diferente. Medirían la importancia relativa de las cosas que deben aprenderse en la escuela; las ramas comunes y esenciales de la educación se enseñarían más a fondo, y la Palabra de Dios sería honrada y estimada como el pan enviado del cielo, que sostiene toda vida espiritual, uniendo al agente humano con Cristo en Dios.

Las frías especulaciones filosóficas y las investigaciones científicas en las que no se reconoce a Dios, son un perjuicio positivo. Y el mal se agrava cuando, como sucede a menudo, los libros que se ponen en manos de los jóvenes, aceptados como autoridad y de los que dependen para su educación, son de autores declaradamente infieles. A través de los pensamientos presentados por

estos hombres, se entretejen sus sentimientos venenosos. El estudio de tales libros es como manipular carbones negros; un estudiante que piensa en la línea del escepticismo no puede tener la mente inmaculada.

Sin embargo, no se debe descuidar el estudio de las ciencias. Deben usarse libros para este propósito; pero deben estar en armonía con la Biblia, pues ésta es la norma. Los libros de este carácter deben ocupar el lugar de muchos de los que ahora están en manos de los estudiantes. Dios es el autor de la ciencia. La investigación científica abre a la mente vastos campos de pensamiento e información, permitiéndonos ver a Dios en Sus obras creadas. La ignorancia puede tratar de apoyar el escepticismo apelando a la ciencia; pero en lugar de hacer esto, la ciencia aporta nuevas evidencias de la sabiduría y el poder de Dios. Bien entendida, la ciencia y la Palabra escrita concuerdan, y cada una arroja luz sobre la otra. Juntas nos conducen a Dios, enseñándonos algo de las leyes sabias y benéficas a través de las cuales Él actúa.

La filosofía moral, el estudio de las Escrituras y el entrenamiento físico deben combinarse con los estudios que habitualmente se cursan en las escuelas.

La música forma parte del culto de Dios en los atrios de lo alto, y debemos esforzarnos, en nuestros cantos de alabanza, por acercarnos lo más posible a la armonía de los coros celestiales. El entrenamiento apropiado de la voz es una característica importante en la educación, y no debe ser descuidado.

Hay que enseñar a los alumnos a respirar, a leer y a hablar para que la tensión no recaiga en la garganta y los pulmones, sino en los músculos abdominales.

La cultura física es una parte esencial de todos los métodos correctos de educación. Hay que enseñar a los jóvenes cómo desarrollar sus facultades físicas, cómo conservarlas en las mejores condiciones y cómo hacerlas útiles en los deberes prácticos de la vida. Muchos piensan que estas cosas no forman parte del trabajo escolar, pero esto es un error. Las lecciones necesarias para prepararse para la utilidad práctica deben enseñarse a todos los niños en el hogar y a todos los estudiantes en las escuelas.

Es bueno que la fisiología se introduzca en las escuelas comunes como una rama de la educación; todos los niños deberían estudiarla. Y luego los padres deben procurar que se añada la higiene práctica. Esto hará que su conocimiento de la fisiología sea decididamente beneficioso.

El trabajo de entrenamiento físico, iniciado en el hogar, debe continuarse en la escuela. Es designio del Creador que el hombre se conozca a sí mismo; pero con demasiada frecuencia, en la búsqueda del conocimiento, se pierde de vista este designio. Los estudiantes dedican años a diferentes líneas educativas; se enfrascan en el estudio de las ciencias y de las cosas del mundo natural; son inteligentes en la mayoría de los temas, pero no llegan a conocerse a sí mismos. Consideran el delicado organismo humano como algo que se cuidará de sí mismo, y descuidan lo que es esencial en grado sumo: el conocimiento de su propio cuerpo.

Todo estudiante debe saber cómo cuidar de sí mismo a fin de preservar el mejor estado de salud posible, resistiendo la debilidad y la enfermedad; si por cualquier causa sobreviene la enfermedad, o se producen accidentes, debe saber cómo hacer frente a las emergencias ordinarias sin llamar a un médico y tomar sus drogas venenosas.

Hay ocasiones en las que se necesitan estudiosos del griego y del latín. Algunos deben estudiar estas lenguas. Pero el estudio del griego y del latín es mucho menos importante para nosotros mismos, para el mundo y para Dios, que el estudio y el uso minuciosos de toda la maquinaria humana.

Hay ciencia en el trabajo más humilde, y si todos lo consideraran así, verían nobleza en el trabajo. Hay que poner el corazón y el alma en el trabajo de cualquier clase; entonces hay alegría y eficiencia. En la agricultura o en las ocupaciones mecánicas los hombres pueden dar pruebas a Dios de que aprecian Su don en las facultades físicas, y también en las mentales. Que la capacidad educada se emplee en idear mejores métodos de trabajo. Esto es justamente lo que quiere el Señor. Hay honor en cualquier clase de trabajo que deba realizarse. Que la ley de Dios sea la norma de acción, y ennoblece y santifica todo trabajo. La fidelidad en el cumplimiento de cada deber hace que el trabajo sea noble, y revela un carácter que Dios puede aprobar.

Métodos

Debería haber más profesores fieles, que se esforzaran por hacer que los alumnos entendieran sus lecciones, no explicándolo todo ellos mismos, sino dejando que los alumnos expliquen minuciosamente cada pasaje que leen. Que se respeten las mentes inquisitivas de los alumnos. Trata sus preguntas con respeto. Rozar la superficie servirá de poco. Para comprenderla se requiere una investigación reflexiva y un estudio serio y agotador.

Cuando los alumnos ingresan en la escuela para obtener una educación, los instructores deben esforzarse por rodearlos de objetos del carácter más agradable e interesante, para que la mente no se vea confinada al estudio muerto de los libros. Todas las escuelas deberían estar situadas, en la medida de lo posible, en lugares donde la vista se posara en las cosas de la naturaleza en lugar de en masas de edificios. El paisaje siempre cambiante gratificará el gusto y controlará la imaginación. Aquí hay un maestro vivo, instruyendo constantemente.

Debe evitarse toda estrechez. Que los maestros se despojen de su dignidad hasta el punto de ser uno con los niños en sus ejercicios y diversiones, sin dar la impresión de que los estáis vigilando, y sin dar vueltas y vueltas con majestuosa dignidad, como si fuerais como un soldado uniformado de guardia sobre ellos. Su sola presencia da un molde a su curso de acción.

Cada facultad, cada atributo con que el Creador nos ha dotado, ha de ser empleado para Su gloria y para la elevación de nuestros semejantes. Y en este empleo se encuentra su ejercicio más puro, noble y feliz.

Si a este principio se le prestara la atención que su importancia exige, se produciría un cambio radical en algunos de los métodos actuales de educación. En lugar de apelar al orgullo y a la ambición egoísta, encendiendo un espíritu de emulación, los maestros se esforzarían por despertar el amor por la bondad, la verdad y la belleza, por despertar el deseo de excelencia. El estudiante buscaría el desarrollo de los dones de Dios en sí mismo, no para sobresalir sobre los demás, sino para cumplir el propósito del Creador y recibir Su semejanza.

Resultados

Aunque una buena educación es un gran beneficio si se combina con la consagración de su poseedor, aquellos que no tienen el privilegio de obtener altos logros literarios no necesitan pensar que no pueden avanzar en la vida intelectual y espiritual. Si aprovechan al máximo los conocimientos que poseen, si procuran acumular algo cada día, y si vencen toda perversidad de temperamento mediante el cultivo estudioso de rasgos de carácter semejantes a los de Cristo, Dios les abrirá canales de sabiduría, y podrá decirse de ellos, como se dijo antiguamente de los niños hebreos: Dios les dio sabiduría e inteligencia. No hay límite a la utilidad de los que dejan a un lado el yo, dejan lugar a la obra del Espíritu Santo en sus corazones, y viven vidas enteramente santificadas al

servicio de Dios, soportando la necesaria disciplina impuesta por el Señor sin quejarse ni desmayar por el camino.

21 de marzo de 1900

Lo verdadero y lo falso

EGW

La educación significa mucho más de lo que muchos maestros, con todos sus supuestos conocimientos, comprenden. Si la familia humana hubiera apreciado la instrucción dada por el gran Maestro a los hombres en todas las épocas y en todos los tiempos, ¡cuán diferente sería la raza! Si tuviéramos el privilegio de ver lo que habría sido si los hombres y las mujeres hubieran sido obedientes a la enseñanza de Dios, veríamos un mundo nuevo, un mundo que llevaría la impronta del cielo.

Nuestro Padre celestial ha hecho todo lo posible para que así sea. Lee los capítulos catorce, quince, dieciséis y diecisiete de Juan. Allí se nos muestra lo que Dios desea hacer por la raza humana. Si el Espíritu Santo viniera sobre nosotros como vino sobre los discípulos el día de Pentecostés, los ojos ahora cegados se abrirían; las escamas caerían de ellos.

Desde la caída, los hombres han desobedecido a Dios. El Señor dio a Caín y Abel instrucciones sobre el sacrificio que debían traerle. Abel, pastor de ovejas, obedeció la orden del Señor y trajo un cordero como ofrenda. Este cordero, al ser degollado, representaba al Cordero de Dios, que había de ser inmolado por los pecados del mundo. Caín trajo como ofrenda el fruto de la tierra, sus propios productos. No estaba dispuesto a depender de Abel para una ofrenda. No quiso acudir a él en busca de un cordero. Pensó que sus propias obras eran perfectas, y las presentó a Dios.

"Y el Señor tuvo respeto a Abel y a su ofrenda". Abel ofreció de las primicias de su rebaño, tal como Dios había ordenado. "Pero a Caín y a su ofrenda no tuvo respeto. Y Caín se sintió muy digno, y decayó su semblante. Y dijo Jehová a Caín: ¿Por qué te has enojado, y por qué ha decaído tu rostro? Si haces bien"-de acuerdo con Mis instrucciones-"¿no serás aceptado? y si no haces bien"-desoyendo Mi palabra-"el pecado está a la puerta".

Caín habló con Abel sobre sus sacrificios y acusó a Dios de parcialidad. Abel razonó con su hermano, repitiéndole las mismas palabras del mandato de Dios

a ambos sobre las ofrendas que Él exigía. Pero Caín se sintió provocado porque su hermano menor se atreviera a enseñarle. Permitted que la envidia y los celos llenaran su corazón. Odiaba a Abel porque era preferido antes que él. Mientras reflexionaba sobre el asunto, se enfureció aún más. Se dio cuenta de su error al ofrecer sólo su propia sustancia ante el Señor, sin el sacrificio apropiado de un cordero; pero decidió reivindicarse y condenar a Abel. Satanás obró a través de él, inspirándole el deseo de matar a su hermano.

"Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató". Hubo un testigo de esta escena, un Vigilante celestial. El que estableció el sistema de sacrificios y ofrendas, vio toda la transacción.

"Y el Señor dijo a Caín: ¿Dónde está Abel tu hermano? Y él respondió: No lo sé: ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano? Y él dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Y ahora eres maldito de la tierra, que ha abierto su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano". A causa del pecado de Caín, la tierra fue maldecida por segunda vez.

Mediante esta historia, el Señor quiso enseñar a todos los hombres que Su Palabra debe ser implícitamente obedecida. Caín y Abel representan dos clases: los impíos y los justos, los que siguen su propio camino y los que guardan a conciencia el camino del Señor para hacer justicia y juicio. El enemigo de Dios y del hombre tentó tanto a Caín como a Abel; pero mientras Caín aceptó la tentación, Abel la rechazó.

Abel no trató de obligar a Caín a obedecer el mandato de Dios. Fue Caín, inspirado por Satanás y lleno de ira, quien utilizó la fuerza. Furioso porque no podía obligar a Abel a desobedecer a Dios, y porque Dios había aceptado la ofrenda de Abel y rechazado la suya, que no reconocía al Salvador, Caín mató a su hermano.

Las dos partes representadas por Caín y Abel existirán hasta el fin de la historia de esta tierra. El bienhechor, el hombre obediente, no guerrea contra el transgresor de la santa ley de Dios. Pero los que no respetan la ley de Dios oprimen y persiguen a sus semejantes. Siguen a su jefe, que es un acusador de Dios y de los que se perfeccionan mediante la obediencia.

"Este es el mensaje que habéis oído desde el principio: que os améis unos a otros. No como Caín, que era de aquel inicuo, y mató a su hermano. ¿Y por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas". El espíritu de Caín, que lleva a los hombres a acusar, condenar, encarcelar y dar muerte a

sus semejantes, se ha fortalecido en nuestro mundo. Los transgresores de los claros mandamientos de Dios son inspirados por el espíritu de Satanás para dañar a sus semejantes, porque difieren de ellos en creencias religiosas. Hacen caso omiso de la ley de Dios, promulgando leyes hechas por el hombre, y tratando, con sus crueles invenciones, de obligar a los hombres a blasfemar contra Dios, como ellos mismos lo están haciendo. Pero no se les ha dado ningún derecho para hacer esto. Aquellos que sentencian al dolor y a la muerte a sus semejantes por una diferencia de religión, recibirán la misma sentencia si continúan transgrediendo. Con sus obras dan testimonio de que si Cristo viniera por segunda vez como vino la primera, lo rechazarían y lo matarían.

Como Caín, los hombres violan hoy un claro "Así dice el Señor". Dios ha santificado y bendecido el séptimo día, requiriendo que todos los hombres lo guarden sagrado como Su memorial de la creación. Pero, inspirado por el archiengañador, el hombre ha establecido un día de descanso rival, que Dios considera como lo hizo con la ofrenda de Caín. Como Caín, los que adoran a este ídolo se ofenden porque el pueblo elegido de Dios no rechaza el día especificado en Su ley como santo, para guardar un día de descanso de la creación del hombre. Tratan de obligar a sus semejantes a adorar este ídolo. Así hizo Nabucodonosor, cuando erigió una imagen de oro en las llanuras de Dura, y en su orgullo y exaltación propia trató de obligar a todos a inclinarse ante ella. Así como Caín hizo a un lado el santo mandamiento de Dios, y ofreció un sacrificio de su propia elección, así los hombres han hecho a un lado el santo sábado de Dios, y han exaltado a uno de su propia creación. Y así como Caín se llenó de amargura contra Abel, así ellos se llenan de amargura contra los que, al guardar el sábado de Dios, reflexionan sobre el culto de un día que no tiene sanción ni designación divinas.

Así ha sido y así será hasta el fin de los tiempos. El pecado es atributo de Satanás, y siempre está aliado contra el bien. El espíritu de Caín se manifiesta en todas las falsas religiones. La obra de Satanás es condenar y destruir, quitar al hombre su libertad y destruir su vida. La transgresión siempre lleva a los hombres a actuar como agentes de Satanás, a llevar a cabo sus propósitos contra Dios y la justicia.

En Nazaret, Cristo anunció que su obra era restaurar y elevar, traer paz y felicidad. Vino a este mundo para representar al Padre, y reveló su poder divino dando vida a los muertos, devolviendo la salud a los enfermos y a los que sufrían. Estuvo en este mundo como el árbol de la vida.

Satanás está en guerra contra Cristo, el divino Restaurador. Sus agentes están aliados contra la obra del Salvador de elevar y ennoblecer al hombre. La primera muerte en nuestro mundo fue causada por la puesta en práctica de los principios de Satanás; y desde entonces Cristo y sus seguidores han sido objeto de su odio maligno.

Sra. E. G. White

28 de marzo de 1900

La enemistad de Satanás

EGW

En Nazaret, Cristo anunció que su obra era restaurar y elevar, traer paz y felicidad. Vino a este mundo para representar al Padre, y reveló su poder divino dando vida a los muertos, devolviendo la salud a los enfermos y a los que sufrían. Estuvo en este mundo como el árbol de la vida.

Satanás está en guerra contra Cristo, el divino Restaurador. Sus agentes están aliados contra la obra del Salvador de elevar y ennoblecer al hombre. La primera muerte en nuestro mundo fue causada por la puesta en práctica de los principios de Satanás; y desde entonces, Cristo y sus seguidores y Satanás y sus seguidores han sido dos partidos distintos. Satanás trata siempre de imbuir a los hombres con su propio espíritu y atributos, y aquellos cuyos corazones no están subyugados por la gracia de Cristo serán guiados por el mismo espíritu que engañó a los ángeles de los atrios celestiales. Los que quebrantan la ley de Jehová y tratan de obligar a sus semejantes a obedecer leyes hechas por el hombre están al servicio de Satanás.

En las palabras de Cristo a los fariseos y letrados, y en la conducta de éstos hacia Él, se presentan los rasgos distintivos de la religión falsa. "Dijo: ¡Ay de vosotros también, doctores de la ley! porque cargáis a los hombres con cargas pesadas, y vosotros mismos no tocáis las cargas con uno de vuestros dedos. Ay de vosotros! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y vuestros padres los mataron. En verdad dais testimonio de que permitís las obras de vuestros padres; pues ellos en verdad los mataron, y vosotros construís sus sepulcros. Por eso también dijo la sabiduría de Dios: Les enviaré profetas y apóstoles, y a algunos de ellos matarán y perseguirán, para que la sangre de todos los profetas, que fue derramada desde la fundación del mundo, sea requerida de esta generación; desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que pereció entre el altar y

el templo; de cierto os digo que será requerida de esta generación..... Y mientras les decía estas cosas, los escribas y los fariseos comenzaron a apremiarle con vehemencia, y a provocarle para que hablase de muchas cosas; acechándole, procuraban sacar algo de su boca para acusarle".

En otra ocasión Jesús dijo a los judíos "Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Ellos le respondieron: Nosotros somos descendencia de Abraham, y nunca estuvimos sujetos a servidumbre alguna; ¿cómo dices tú: Seréis hechos libres? Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo: El que comete pecado, siervo es del pecado. Y el siervo no permanece en la casa para siempre, sino que el Hijo permanece para siempre. Por tanto, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres. Yo sé que sois simiente de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no tiene cabida en vosotros."

¡Cuán severa verdad se dice aquí! ¡Cuántos hay que se jactan de no estar sujetos a nadie, cuando están sujetos al más cruel de todos los tiranos! Se han puesto bajo el entrenamiento de Satanás, y tratan al pueblo de Dios como él les ordena. ¡Cuántos hay que oyen la palabra de verdad, pero odian el mensaje y al mensajero, porque la verdad los perturba en sus prácticas engañosas!

"Yo hablo lo que he visto con mi Padre", continuó Cristo; "y vosotros hacéis lo que habéis visto con vuestro Padre". Estas palabras ponen claramente de manifiesto dos clases: los hijos de la luz, que obedecen a la verdad, y los hijos de las tinieblas, que rechazan la verdad.

En su fanatismo y santurronería, los maestros judíos respondieron a Jesús: "Abraham es nuestro Padre". "Si fuerais hijos de Abraham", dijo Cristo, "haríais las obras de Abraham. Pero ahora tratáis de matarme a Mí, un hombre que os ha dicho la verdad, la cual he oído de Dios; esto no lo hizo Abraham. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre".

Urgidos por el espíritu acusador de aquel de quien eran abogados, los judíos respondieron: "No somos nacidos de fornicación; un solo Padre tenemos, Dios". ¡Cuántos hay que, como los judíos, llaman a Dios su Padre, y sin embargo odian con intenso odio la palabra de verdad!

"Si Dios fuera vuestro Padre -dijo Jesús-, me amaríais; porque de Dios salí y vine, y no vine de mí mismo, sino que Él me envió. ¿Por qué no entendéis lo que digo? porque no podéis oír mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El fue homicida desde el

principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira." "Entonces tomaron piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo, pasando por en medio de ellos, y así pasó."

La gracia convertidora y transformadora de Dios cambia el espíritu y los atributos de quien acepta la verdad. Está imbuido del Espíritu de Cristo. Satanás ve esto, y se llena de odio contra Cristo y su siervo. Pero no hay enemistad entre Satanás y el agente humano que se ha engañado tanto que guerrea contra Dios y su santa ley; porque ésta es la obra misma en que Satanás se ha ocupado desde su caída.

El pueblo de Dios no puede esperar nada menos que persecución; porque su Maestro fue perseguido, y Él les dice: "El siervo no es mayor que su Señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra". "Estas cosas os he hablado para que no os escandalicéis. Os expulsarán de las sinagogas; sí, llega el tiempo en que cualquiera que os mate pensará que hace un servicio a Dios. Y estas cosas os harán, porque no han conocido al Padre ni a Mí."

Mientras juzgaban a Cristo, Pilato lo colocó junto a Barrabás, diciendo al pueblo: "¿A quién queréis que os suelte?". Allí estaban: Cristo, el Hijo de Dios, y Barrabás, el ladrón y asesino, que llevaba en su semblante las marcas de los atributos de Satanás.

Los sacerdotes y los gobernantes persuadieron al pueblo para que eligiera a Barrabás, y en respuesta a la pregunta de Pilato se elevó el grito ronco: "Soltadnos a Barrabás." "¿Qué haré, pues, con Jesús, llamado Cristo?". preguntó Pilato, y de nuevo, como el bramido de las fieras, se elevó el grito: "Crucifícalo, crucifícalo." Y todo el cielo oyó el grito.

Un mensajero había sido enviado a Pilato por su esposa, con la advertencia: "No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he sufrido muchas cosas en sueños por su causa." Pero Pilato no hizo caso del mensaje enviado por el cielo. En lugar de ello, utilizó el juicio de Cristo como ocasión para hacerse amigo de Herodes. Se formó una confederación corrupta entre los dos gobernantes.

Y viendo Pilato que nada podía contra la multitud, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado.

Asómbrense, cielos, y avergüéncense eternamente, habitantes de la tierra. Con dolor e indignación oyeron los ángeles la elección hecha por el pueblo y la sentencia pronunciada contra Cristo. Pero no podían intervenir; porque en la gran controversia entre el bien y el mal, debía darse a Satanás toda oportunidad de desarrollar su verdadero carácter, para que el universo celestial, y la raza por la cual Cristo estaba dando su vida, pudieran ver la justicia de los propósitos de Dios. Debe permitirse que aquellos que están bajo el control del enemigo revelen los principios de su gobierno.

Los que ven y obedecen la luz de la verdad serán acosados y oprimidos; porque siempre existirá enemistad entre Cristo y Satanás. Si Dios no hubiera interferido en la obra maligna de Satanás, los hombres se habrían aliado contra el bien para destronar a Dios. Satanás causó la caída de parte de los ángeles celestiales al rebelarse contra la ley de Dios, y es el instigador de toda injusticia cometida contra los hijos de Dios. Inspira a sus agentes para que hagan todo lo posible por herir a Cristo magullando los cuerpos de sus hijos. Pero Dios está presente en cada tribunal ante el cual Sus hijos son llamados a comparecer. Él marca cómo los hombres condenan a Sus siervos y silencian sus voces. Él registra cada acto de injusticia, cada acto de opresión. Así como la sangre de Abel clamó a Él desde la tierra, así las oraciones de Sus siervos que están encarcelados en mazmorras o unidos a los viles en cadenas, se elevan a Él. La crueldad hecha a los siervos de Dios se registra como hecha a Cristo en la persona de Sus santos, y se acerca el tiempo en que Dios mismo vengará sus agravios.

Juan escribe: "Oí otra voz del cielo que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados ni recibáis parte de sus plagas. Porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus iniquidades. Recompensadla como ella os ha recompensado, y dadle el doble según sus obras; en la copa que ella ha colmado, llenadla hasta el doble." "Y miré, y he aquí un Cordero que estaba en pie sobre el monte de Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían el nombre de su Padre escrito en la frente. Y oí una voz del cielo, como la voz de muchas aguas, y como la voz de un gran trueno; y oí la voz de arpistas que tañían con sus arpas; y cantaban como un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro animales, y de los ancianos; y nadie podía aprender ese cántico sino los ciento cuarenta y cuatro mil.... Estos fueron redimidos de entre los hombres, siendo las primicias para Dios y para el Cordero. Y en la boca de ellos no se halló engaño; porque son sin mancha delante del trono de Dios."

Sra. E. G. White

4 de abril de 1900

Victoria sobre la tentación

EGW

"Bueno y recto es el Señor", dice el salmista; "por eso enseñará el camino a los pecadores. A los mansos guiará en el juicio, y a los humildes enseñará su camino. Todas las sendas del Señor son misericordia y verdad para los que guardan su pacto y sus testimonios. Por amor de tu nombre, Señor, perdona mi iniquidad, porque es grande. ¿Qué hombre es el que teme al Señor? Él le enseñará el camino que elija. Su alma morará tranquila, y su descendencia heredará la tierra. El secreto del Señor está con los que le temen; y les mostrará su pacto".

La tentación del desierto que Cristo soportó fue un conflicto personal con el malvado que había demostrado ser el autor del pecado. Satanás fue una vez un querubín protector en los atrios celestiales, el ángel siguiente en poder al propio Cristo. Pero se levantó contra Dios e indujo a algunos de los ángeles a unirse a él en la rebelión. Hubo guerra en el cielo, y Satanás y sus seguidores fueron expulsados.

Expulsado del cielo, Satanás determinó establecer un reino en esta tierra, y ganar al hombre a su lado. Pero Cristo empeñó su palabra de que si el hombre era vencido por la tentación, Él, el Hijo de Dios, sería su fiador, para que tuvieran una segunda prueba.

Cristo vino a nuestro mundo para estar donde estuvo Adán, para soportar las tentaciones que Adán no pudo soportar. En nombre de los seres que había creado, que por el pecado se habían convertido en una raza caída, se bajó del trono que ocupaba como Príncipe del cielo, y se vistió con las vestiduras de la humanidad. Iba a ser tentado en todos los puntos en que el hombre sería probado. Después de su bautismo, salió al desierto. Durante cuarenta días y cuarenta noches ayunó; luego, cuando tuvo hambre, Satanás vino a Él como si fuera un mensajero de los atrios celestiales, y lo tentó. En esta contienda Cristo estaba en desventaja, pues sus fuerzas habían disminuido por el largo ayuno. El plan de salvación fue dispuesto de tal manera que cuando Adán fue probado, la tentación fue alejada de él en la medida de lo posible. Cuando Adán fue tentado, no tenía hambre. Tuvo la oportunidad de satisfacer todas sus necesidades. Pero cuando Cristo fue tentado, desfallecía por falta de alimento. Debía capacitarse para el oficio de Redentor resistiendo con éxito todo asalto del enemigo. Su

poder de resistencia había de ser un ejemplo para todos los que en adelante se encontraran en situaciones difíciles.

Satanás vino al Salvador con las palabras: "Si eres Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan". Así como tentó a Adán en el punto del apetito, así tentó a Cristo. Sabía que si vencía aquí, podría obtener la victoria en cualquier tentación que le presentase. Señalando las piedras que había a su alrededor, que parecían panes, dijo: "Si eres Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan". Cristo respondió: "Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios."

El enemigo conocía bien el poder de la palabra de Dios. Sabía que esta palabra había provisto de pan a los israelitas en su travesía por el desierto, y que la misma palabra podía suplir las necesidades de Cristo. Pero éste no era el plan de Dios. Él quería que Cristo fuera tratado como se trata al hombre. No debía ejercer un poder milagroso en su propio favor; porque si lo hacía, Satanás diría que su prueba no había sido justa, porque había hecho uso de un poder sobrenatural; y que Dios no debía exigir al hombre que obedeciera todos sus requerimientos si el esfuerzo por obedecerlos destruía la vida.

Satanás había declarado a sus ángeles asociados que vencería a Cristo en el punto del apetito. Esperaba obtener una victoria sobre Él en su debilidad. Pero Cristo obtuvo una victoria completa sobre esta tentación, colocando así a los hombres y a las mujeres en un terreno ventajoso, donde pueden vencer como él venció. Que aquellos cuyo poder mental y moral se ha debilitado por las malas acciones, busquen fervientemente al Señor, y obtendrán la victoria, incluso sobre el apetito establecido desde hace mucho tiempo. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".

Por el poder de Dios, el hombre debe resistir firmemente toda tentación. Las tentaciones que Cristo venció abarcan todas las tentaciones que se presentan al hombre. Cada una de estas tentaciones marca una crisis especial en la vida. Si el hombre es vencido, Satanás ha obtenido la victoria, y el hombre ha debilitado su propio poder de resistencia. Pero si el tentado se aferra a la fuerza del Vencedor, también él vencerá. Cristo dijo a sus discípulos: "En el mundo tendréis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo."

Todos los que ponen su confianza en Dios saldrán más que vencedores. "Encomienda a Jehová tu camino; confía también en él, y él lo hará. Y Él hará salir tu justicia como la luz, y tu juicio como el mediodía.... Los pasos del

hombre de bien son ordenados por el Señor; y él se deleita en Su camino. Aunque caiga, no será abatido del todo, porque el Señor lo sostiene con su mano.... La salvación de los justos es del Señor; Él es su fortaleza en el tiempo de angustia. Y el Señor los ayudará y los libraré; los libraré de los impíos y los salvaré, porque en Él confían".

Después de que Cristo hubo resistido con éxito la primera tentación, "el diablo lo llevó a la ciudad santa, y lo puso sobre un pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te llevarán, para que no tropieces con tu pie en piedra".

Satanás quiso que Cristo se hiciera culpable de presunción al exponer innecesariamente su vida. No repitió toda la escritura que pretendía citar; omitió las palabras "para guardarte en todos tus caminos"; es decir, para guardarte en todos tus caminos mientras estuvieras en la senda del deber. Si Cristo hubiera presumido de la misericordia de Dios arriesgando su vida para dar a Satanás pruebas de su condición de Mesías, no habría estado en el camino del deber.

Satanás sabe que si puede persuadir a los seres humanos para que se aventuren fuera del camino de la obediencia, puede llevarlos y seguir en su camino. Sabe que entonces puede inducirlos a seguir sus planes presentándoles algo que ganar con la desobediencia.

A la segunda tentación también Jesús se resistió firmemente. "Está escrito otra vez", dijo, "No tentarás al Señor tu Dios".

Todos deben familiarizarse con la Palabra de Dios; porque Satanás pervierte y cita erróneamente las Escrituras, y los hombres siguen su ejemplo presentando parte de la Palabra de Dios a aquellos a quienes desean conducir por caminos falsos, reteniendo la parte que echaría a perder sus planes. Todos tienen el privilegio de conocer un claro "Así dice el Señor". Todos los mandamientos y exigencias de Dios están calculados para promover la industria, la economía, la templanza y la sabiduría. Cuando los hombres ceden a la tentación de hacer caso omiso de la Palabra de Dios, se ponen bajo la bandera de Satanás. Hay falsos pastores que dicen y hacen cosas perversas. Los niños deben ser instruidos de tal manera que se familiaricen con la Palabra de Dios, que sean capaces de saber cuándo se lee parte de una escritura y se deja parte sin leer, para causar una falsa impresión.

Somos culpables del pecado de presunción cuando profanamos nuestros cuerpos. Pablo declara: "Si alguno profana el templo de Dios, Dios lo destruirá; porque el templo de Dios es santo, el cual sois vosotros". Nuestros cuerpos son una maravillosa exhibición de la incomprensible habilidad e incesante bondad de Dios. No se debe jugar con ellos. Con todo el poder de una mente santificada y un alma purificada, deben ser consagrados a Dios.

Padres, prevenid a vuestros hijos contra el pecado de la presunción. Enseñenles que es presunción educar el apetito por el tabaco, el licor o cualquier cosa dañina. Enseñenles que sus cuerpos son propiedad de Dios. Son suyos por creación y por redención. No son suyos, porque han sido comprados por precio. Enseñenles que el cuerpo es el templo de Dios, y que no debe quedar sin fuerza y enfermo por la indulgencia del apetito.

El Señor no creó la enfermedad y la imbecilidad que ahora se ven en los cuerpos y las mentes de la raza humana. El enemigo lo ha hecho. Desea debilitar el cuerpo, sabiendo que es el único medio a través del cual la mente y el alma pueden desarrollarse para la edificación de un carácter simétrico. Los hábitos que son contrarios a las leyes de la naturaleza, guerrean constantemente contra el alma.

Dios te llama a hacer una obra que por Su gracia puedes hacer. ¿Cuántos cuerpos sanos hay que puedan ser presentados a Dios como un sacrificio que Él aceptará en Su servicio? ¿Cuántos se destacan en la virilidad y la femineidad que Dios les ha dado? ¿Cuántos pueden mostrar una pureza de gustos, apetitos y hábitos que pueda compararse con la de Daniel? ¿Cuántos tienen los nervios tranquilos, el cerebro despejado, el juicio intacto? En cambio, miles son hoy destructores de la salud, inválidos hechos a sí mismos, debido a su desprecio de las leyes de la salud.

En los Diez Mandamientos Dios ha establecido las leyes de Su reino. Cualquier violación de las leyes de la naturaleza es una violación de la ley de Dios. El Señor ha dado Sus mandamientos para que sean un muro de protección alrededor de Sus seres creados, y aquellos que se guarden de la contaminación del apetito y la pasión pueden llegar a ser partícipes de la naturaleza divina. Sus percepciones serán claras. Sabrán cómo preservar la salud de cada facultad, para que pueda ser presentada a Dios en servicio. El Señor puede servirse de ellos, pues comprenden las palabras del gran apóstol: "Os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. Y no os conforméis a este

siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta."

Sra. E. G. White

(Concluido la próxima semana).

11 de abril de 1900

Victoria sobre la tentación

EGW

[En dos artículos: éste es el segundo]

Además, el diablo lo llevó a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos; y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares". La expulsión de Satanás del cielo no lo había reformado. En esta última tentación tocó el tema de su caída del cielo. Entonces había quedado descontento porque Cristo era preferido antes que él, y ahora declaró que si Cristo lo reconocía como supremo, él renunciaría a su pretensión sobre el mundo.

Cristo había oído las burlonas palabras de desprecio de Satanás sobre su afirmación de ser el Hijo de Dios: "¡Tú, el Hijo de Dios, nacido en un establo, precipitado a Egipto por miedo a ser destruido por Herodes, trabajando como carpintero en un oscuro pueblo de Galilea! Si en tu bautismo una voz del cielo dijo: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia", ¿por qué estás ahora desamparado y hambriento en este desierto? ¿Por qué el ilustre Hijo de Dios vaga, sin honor y sin vigilancia, entre las fieras? ¿Dónde está tu séquito de ángeles? ¿Dónde están Tu gloria y honor?"

Satanás presentó ahora a Cristo los reinos del mundo en toda su gloria. La vista era la más amplia sobre la cual podía posarse el ojo, y mientras la contemplaban, Satanás dijo: "Todo este poder... me ha sido entregado; y a quien yo quiero se lo doy. Si, pues, me adoras, todo será tuyo".

En la primera tentación Satanás había dicho: "Si eres Hijo de Dios". Ahora se le dio la prueba de que Jesús era realmente todo lo que decía ser. La divinidad resplandeció a través de la humanidad cuando el Salvador dijo: "Apártate de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás".

Con tal poder fueron dichas estas palabras que Satanás abandonó el campo de batalla como enemigo vencido.

Cristo había obtenido la victoria. Pasando sobre el terreno donde Adán tropezó y cayó, no había cedido en un solo punto. El conflicto había terminado, y Él era un vencedor. Pero el esfuerzo había sido grande, y yacía como moribundo. "Y he aquí vinieron ángeles y le servían". No sólo se le suministró alimento, sino que vino una restauración sobrenatural. Dios envió su aprobación y encomio para revivir a su Hijo. ¡Cuánto disfrutó el Salvador del consuelo que le trajeron! Su tiempo de victoria había llegado. Podía aceptar la compañía y el servicio de los ángeles, puesto que venían sin que él se lo pidiera, enviados directamente por el Padre, a quien había honrado soportando la prueba en circunstancias tales que ningún ser humano pasará jamás. Se le había dado la oportunidad de tomar partido por el enemigo apóstata de Dios, pero rechazó toda tentación con las palabras: "Escrito está". Bien pudo una voz del cielo declarar: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia".

La lección que nos enseñan estas tentaciones es para todos nosotros. El Capitán de nuestra salvación se perfeccionó mediante el sufrimiento. Hoy el Señor prueba a los hombres para ver qué caracteres desarrollarán. Probó a los israelitas para ver lo que había en sus corazones. El carácter de Pablo fue perfeccionado por la prueba. Dios está probando hoy la fe de cada alma que afirma estar a su servicio. Al pasar por las pruebas, podemos saber que así Dios se esfuerza por llevarnos a conocerle y a poner nuestra confianza en Él.

Cuando elegimos nuestro propio camino, nuestra propia voluntad, nuestro propio placer, cuando seguimos nuestros propios impulsos, no vivimos como hijos e hijas de Dios. No amamos a Dios supremamente ni a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Estamos robando a Dios. Nuestro tiempo, nuestro servicio, nuestro afecto, nuestra propiedad, todo le pertenece a Él. Cuando el pueblo de Dios le trae la ofrenda voluntaria de un diezmo fiel, su fidelidad será recompensada. Pero muchos que profesan dar a Dios todo, hacen una reserva de sí mismos o de su propiedad. Dios no aceptará nada menos que un sacerdocio espiritual que pueda traerle una ofrenda en justicia. Ningún egoísmo es de Cristo. El egoísmo está en la base de todo pecado. Ha llegado el momento en que es para nuestro bien presente y eterno conocer la voluntad de Dios por nosotros mismos. El camino recorrido por Cristo es el único camino seguro que podemos seguir. El Salvador dice: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame".

La oración que Cristo ofreció a su Padre, justo antes de dejar a sus discípulos, para ser traicionado, rechazado y condenado, es para sus discípulos de todos los tiempos. En esta oración dijo: "Padre, ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a Ti; pues le has dado poder sobre toda carne, para que dé vida eterna a cuantos le has dado. Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. Te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Y ahora, Padre, glorifícame Tú al lado tuyo, con la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese."

No basta con tener una teoría de la verdad. La mente debe recibir iluminación del Espíritu Santo sobre la voluntad de Dios. Luego, mediante su servicio, el hombre debe dar testimonio de la luz, según su conocimiento de Dios y de Cristo. El Señor debe ser honrado. Sus seguidores deben confiar en Él, creyendo que obra en su favor para llevarlos a través de lugares difíciles. En esto Dios consulta Su propia gloria y el mayor bien de ellos. Él busca darles una experiencia que sea del mayor valor para ellos.

Nuestro conocimiento de Dios y de Cristo es demasiado escaso. El verdadero conocimiento de Dios es genuino y práctico. Los que tienen este conocimiento no se callan. Comunicarán a los demás lo que han recibido. Harán una entrega total de la voluntad a Dios, dándose cuenta de que deben llegar más alto y aún más alto, para que puedan dar a otros el beneficio de su experiencia como aquellos que han sido probados y comprobados a través de la oración y la paciencia. Hemos sido entregados a Cristo por el Padre, y nadie puede arrancarnos de su mano. Por Cristo hemos de ser purificados, emblanquecidos y probados. Nuestro conocimiento de Dios debe aumentar constantemente. Cristo dice: "Vosotros sois la sal de la tierra". La levadura de la justicia en la vida de los creyentes se revela por las palabras, el espíritu y la conducta. La verdadera virtud se manifiesta en la vida diaria.

Sra. E. G. White

18 de abril de 1900

Cristo y Nicodemo

EGW

Las lecciones de instrucción de Cristo a los judíos les parecieron totalmente nuevas, pero en realidad eran las antiguas verdades que Cristo mismo había

dado al pueblo de Dios. El precioso tesoro confiado a Israel se perdió de vista cuando los hombres se apartaron de Dios, y Cristo, como el gran centro de luz y vida, vino a la tierra para rescatarlo de la basura del error bajo la cual había sido enterrado.

Cuando Nicodemo escuchó a Cristo, su corazón se conmovió en su interior. Las palabras de este humilde Maestro le incitaron a preguntar si estas cosas eran así. Pero Nicodemo estaba orgulloso de su fe judía y trató de ocultar su curiosidad al Salvador. No deseaba ser conocido como un curioso, y aparentó dignidad, como si fuera un acto de condescendencia por su parte el solicitar una entrevista con Jesús. No dio a conocer de inmediato su encargo, sino que abrió la conversación hablando en alabanza de la penetración de Cristo y de sus raras dotes de orador. Pero Cristo, después de recibir cortésmente a su huésped, fue directamente al grano y expuso a Nicodemo el objeto de su visita.

Nicodemo se sorprendió de que Cristo comprendiera la carga de su corazón. Con solemne poder el Salvador dijo: "En verdad te digo que el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios.... El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va; así es todo aquel que ha nacido del Espíritu."

Al pensar en un reino tan puro que él no podía tener parte en él a menos que naciera de nuevo, Nicodemo se llenó de asombro. "¿Cómo pueden ser estas cosas?", preguntó. Y Jesús le dijo "¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes estas cosas? De cierto, de cierto te digo: Nosotros hablamos que sabemos, y testificamos que hemos visto; y vosotros no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenas, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? Y nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo, como el Hijo del Hombre que está en el cielo. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

Cuando los israelitas estaban muriendo por la picadura de las serpientes ardientes, una serpiente de bronce fue levantada en medio de su campamento, para que todos pudieran mirar y vivir. Pero hubo algunos que no aceptaron la ayuda proporcionada. Se detuvieron a razonar sobre la insensatez de buscar alivio en semejante fuente. Que se salvaran mirando a un trozo de bronce les

parecía absurdo, y dijeron: "No miraremos". Su decisión fue fatal, y muchos de los hijos de Israel perecieron.

La serpiente de bronce fue levantada en el desierto para que los que miraban con fe pudieran ser sanados. Del mismo modo, Dios envía un mensaje restaurador y sanador a los hombres, pidiéndoles que aparten la mirada del hombre y de las cosas terrenales, y pongan su confianza en Dios. La serpiente de bronce levantada en el desierto era un símbolo de Cristo. La fe que los israelitas creyentes ejercieron al mirarla, nosotros debemos ejercitarla al mirar a Cristo. Con la misma sencillez los pecadores deben recibir al Salvador; porque sólo Él puede salvar del pecado. Él es nuestro rescate. Quien rechaza la salvación que Él ofrece está perdido para Dios y para el cielo.

¿Qué habría sido de los israelitas heridos si todos hubieran rechazado el único remedio que se les había proporcionado, si hubieran dicho: "Probaremos otros medios; probaremos la habilidad de nuestros médicos; hay suficiente sabiduría entre nosotros para curar la enfermedad"? Así, los que hoy desprecian el remedio que Dios ha puesto para el pecado, los que se niegan a aceptar a Cristo como Salvador personal, perecerán en sus pecados.

Hoy Dios ha dado a los hombres la verdad con poder. Ha abierto Su Palabra a los que buscan y oran en busca de luz. Pero cuando estos mensajeros dieron la verdad que habían recibido al pueblo, muchos fueron tan incrédulos como lo fueron algunos de los israelitas. Hoy en día muchos se quejan de la verdad que les traen los humildes mensajeros. ¿Cómo puede ser verdad este mensaje? se preguntan. ¿Cómo es posible que mirando a Jesús, y creyendo en Su justicia imputada, yo pueda ganar la vida eterna? Los que así se han negado a ver la verdad no se dan cuenta de que es con Dios con quien están en controversia, que al rechazar el mensaje que se les envía, están rechazando a Cristo.

Dios quiere que el mensaje de redención llegue a su pueblo como la lluvia tardía, porque están perdiendo rápidamente su conexión con Dios. Están confiando en los hombres, y glorificando a los hombres, y su fuerza es proporcional a la fuerza de su dependencia. Hemos de saber más de lo que sabemos actualmente. Hemos de comprender las cosas profundas de Dios. Hay temas en los que debemos detenernos que merecen algo más que una atención pasajera. Los ángeles han deseado examinar las verdades que se revelan a los que escudriñan la Palabra de Dios con corazón contrito. Quienes dediquen sus fuerzas al estudio de la Palabra de Dios, y especialmente a las profecías referentes a estos últimos días, serán recompensados con el descubrimiento de

importantes verdades. El último libro de las Escrituras del Nuevo Testamento está lleno de verdades que es necesario comprender. Satanás ha cegado los ojos de los hombres, y éstos se han alegrado de cualquier excusa para no estudiar este libro. Pero aquí Cristo ha declarado por medio de su siervo Juan lo que sucederá en los últimos días.

Al escudriñar las Escrituras, el carácter de Cristo aparecerá en su infinita perfección. Él es Aquel en quien se centran nuestras esperanzas de vida eterna. Él es la vida eterna para todos los que comen su carne y beben su sangre. Aquellos que le miran pueden ser curados del aguijón de la serpiente. Al contemplarlo, podemos llegar a ser transformados en la misma imagen. La fe, el amor y la santidad crecerán en el alma. "Esta es la vida eterna", dijo Cristo, "que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado". Cuando nos demos cuenta del valor de este conocimiento, estas gloriosas verdades brillarán en nuestros corazones, temblarán en nuestros labios e impregnarán todo nuestro ser.

Al darnos su Palabra, Dios nos ha puesto en posesión de toda verdad esencial para nuestra salvación. El depósito de las inescrutables riquezas de Cristo está abierto al corazón y a la mano. Miles de hombres y mujeres han sacado agua de los pozos de la salvación, y sin embargo el suministro no ha disminuido. Estos hombres no han agotado los grandes y santos temas de la Palabra de Dios. Miles más pueden dedicarse a escudriñar los misterios de la salvación. Cuando se estudie la vida de Cristo y el carácter de su misión, brillarán rayos de luz, y a cada nuevo intento de descubrir la verdad, se revelará algo que nunca ha sido revelado. El estudio de la encarnación de Cristo, de su sacrificio expiatorio y de su obra mediadora, ocupará la mente del estudiante diligente mientras dure el tiempo; y, mirando al cielo, con sus años sin número, exclamará: "Grande es el misterio de la piedad."

Sra. E. G. White

25 de abril de 1900

"Transformado en la misma imagen"

EGW

El Señor quiere que sus obreros escogidos sean como su Patrón, que vino a revelar a Dios viviendo su ley. Los que llevan los vasos del Señor han de ser limpios, sus caracteres sin mancha, su influencia incorrupta, sus nombres

registrados en el libro de la vida del Cordero, hombres y mujeres que son reconocidos en los atrios celestiales como obreros juntamente con Dios. El apóstol Pablo nos exhorta: "Hacedlo todo sin murmuraciones ni contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha, en medio de una nación torcida y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo, llevando en alto la Palabra de vida; para que me goce en el día de Cristo, de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado." A menos que los que creen la verdad se den cuenta de sus obligaciones como seguidores de Cristo, a menos que comprendan los altos principios que deben llevar en su trabajo, su luz no brillará en medio de las tinieblas morales del mundo. El verdadero cristiano hará todo lo que esté a su alcance para elevarse a los más altos logros. Vivirá en unidad con sus semejantes y será para el mundo un argumento convincente en favor de la gracia de Cristo.

El Salvador dice: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame". El que comience en el peldaño más bajo de la escalera y ascienda, teniendo siempre presente el cielo, se hará rico en tesoros celestiales, la Palabra de Dios es para él una mina de riqueza. Al poner empeño y abnegación en su ministerio, está haciendo provisión para una recompensa eterna. Los que siguen a Cristo con abnegación darán el fruto que dio el Salvador, y aun cuando su vida termine, la semilla esparcida por los árboles de la plantación del Señor se multiplicará para alabanza y gloria de su nombre. Los hombres y mujeres que vivan la fe en su pureza, y consagren sus fuerzas al desarrollo del carácter cristiano, serán una fuerza para el bien, porque la verdadera bondad de las obras desinteresadas brillará en sus vidas.

"Todo lo que hagáis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios y al Padre por medio de Él". Dios llama a los que tienen talentos a actuar su parte en la preparación de un pueblo que esté de pie en el gran día del Señor. Sus obreros deben estar revestidos de toda la armadura de Dios. Convertirse un día bajo la acción del Espíritu Santo no es suficiente. Deja que el Espíritu de Dios limpie el templo del alma día tras día. Deja entrar a Jesús. Él te invita a recibirle. La codicia y los demás males que dominan vuestras vidas no son rasgos tan preciosos como para que no queráis desprenderos de ellos. Sé que no hemos llegado a la cumbre de nuestras posibilidades; porque el yo se aprecia como si fuera oro puro y sin mancha. Hay alturas que no hemos alcanzado, alturas que, si no alcanzamos, "nos faltarán".

Oremos más y comamos las palabras de la vida. A menos que haya una obra de gracia más profunda en la mente y el corazón, a menos que revelemos verdadera

caridad cristiana, nunca podremos ver el rostro de Dios. Niégate a ti mismo, y toma sobre ti el yugo de Cristo. Entonces el Señor te bendecirá grandemente. Los juicios de Dios están en la tierra. Los está enviando sobre los hombres por tierra y por mar. Mientras dure el tiempo, deja de abrigar orgullo y autoindulgencia. Buscad al Señor mientras se le puede encontrar; invocadle mientras está cerca. Humilla tu corazón ante Dios y ruega para que se manifieste.

Por medio de Su apóstol inspirado, Cristo nos ha mostrado cuál será el carácter cuando esté imbuido del amor de Cristo. "La caridad es sufrida y benigna; la caridad no tiene envidia; la caridad no se jacta de sí misma, no se envanece, no se porta indecorosamente, no busca lo suyo, no se irrita fácilmente, no piensa el mal; no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad; todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta." Este ejemplo se nos da para que conozcamos las alturas que podemos alcanzar en y por Cristo. La norma que Él presenta es la perfección, y por Sus méritos podemos alcanzarla. Nos quedamos cortos porque nos contentamos con mirar las cosas terrenales en lugar de las celestiales.

Lo que otros puedan hacer, lo que otros puedan decir, lo que otros puedan pensar de ti, no cambiará los pensamientos de Dios hacia ti. El que hace justicia es justo, y la opinión de los hombres no cambiará Su carácter. Usted tiene un cielo que ganar. Cristo dio Su propia vida para que tú pudieras obtener la paz, el descanso y el amor de Dios. Sigue mirando a Jesús, que te ama, y a quien tú debes amar. Invita al Huésped celestial a morar contigo.

No tenemos excusa para permanecer en la debilidad y pobreza espiritual. La Palabra de Dios declara: "Gracia y paz os sean multiplicadas por el conocimiento de Dios y de Jesús nuestro Señor, según su divino poder nos ha dado todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, por el conocimiento de aquel que nos llamó a gloria y virtud; por las cuales nos han sido dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas fueseis hechos participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia." Se ha hecho toda provisión, y depende enteramente de nosotros si creemos las palabras de Dios.

Debemos tener un conocimiento de Dios por experiencia viva. Si seguimos adelante para conocer al Señor, sabremos que sus salidas están preparadas como la mañana. Cristo nos llama a ser llenos de toda la plenitud de Dios. Entonces podremos representar verdaderamente la perfección de la religión cristiana. "El

que beba del agua que yo le daré", declara el Salvador, "no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna." Cristo quiere que seamos colaboradores suyos. Cuando nos vaciemos de nosotros mismos, Él nos dará su gracia para que la impartamos a los demás. Las dos ramas de olivo, que a través de los dos tubos de oro vacían el aceite de oro fuera de sí mismas, seguramente suministrarán a los vasos purificados luz y consuelo y esperanza y amor para los necesitados. Debemos prestar a Dios algo más que un servicio esporádico. Pero sólo podemos hacerlo aprendiendo de Jesús, apreciando su mansedumbre y humildad de corazón. Escondámonos en Dios. Tengamos confianza en Él. Permanezcamos en Cristo. Entonces todos "mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen", de carácter en carácter. Dios no espera imposibilidades de ti o de mí. Contemplándolo, podemos ser transformados a Su imagen.

Que el espíritu se limpie de toda terrenalidad, de todo pensamiento impío y caritativo. Que las palabras sean limpias, santificadas, vivificantes y refrescantes para todos. No os irritéis fácilmente. Que la alabanza de Dios esté en vuestros corazones y en vuestros labios, para que no se diga nada malo de vosotros. Dios dice que puedes gobernarte a ti mismo. Él ha provisto la ayuda del Espíritu Santo, para que te vistas de Cristo, y construyas una estructura pura y hermosa, en la que Dios pueda deleitarse. Siéntate y juzga seriamente tus defectos. Mira a Jesús. Él dio Su vida en sacrificio por tus pecados, para presentarte puro y sin mancha ante el universo celestial. "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, ... lleno de gracia y de verdad.... Y de su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia".

Sra. E. G. White

2 de mayo de 1900

El poder de la Palabra en la vida

EGW

La Biblia debe ser nuestro gran libro de lecciones. Desde el Génesis hasta el Apocalipsis está llena de instrucciones sobre la bondad práctica. Necesitamos

escudriñarla diligentemente, para que podamos entender cada palabra de Dios. Así comemos la carne y bebemos la sangre de Cristo.

En la Palabra de Dios se nos dan instrucciones explícitas respecto a la unidad que debe existir entre los seguidores de Cristo. Desde la columna de nube, Cristo dio a Moisés instrucciones sobre cómo el hombre debía considerar a Dios y a sus semejantes. A los hijos de Israel se les ordenó tratar con amor y compasión a sus hermanos y al extranjero que vivía con ellos. Es esencial que comprendamos y practiquemos los principios establecidos por el gran Maestro en relación con la unidad.

La oración de Cristo a su Padre, contenida en el capítulo diecisiete de Juan, debe ser nuestro credo eclesiástico. Nos muestra claramente que la desunión y la discordia deshonran a Dios. "Esta es la vida eterna", oró Cristo, "que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. Te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Y ahora, oh Padre, glorifícame Tú mismo con la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese. He manifestado tu nombre a los hombres que me diste fuera del mundo; tuyos eran, y tú me los diste; y ellos han guardado tu Palabra.... Yo les he dado las palabras que Tú me diste; y ellos las han recibido, y han conocido ciertamente que Yo salí de Ti, y han creído que Tú me enviaste.... Yo les he dado tu Palabra; y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.... Tampoco ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me has enviado."

Cuando Cristo habite en los corazones de los creyentes, se verá la unidad. El amor fluirá de ellos hacia los demás en una fuerte corriente. Los privilegios y oportunidades que se les dan serán apreciados. Su unidad testificará de la manera más poderosa que son hijos de Dios. Tendrá una influencia irresistible sobre el mundo, mostrando que el hombre en su humanidad puede ser partícipe de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia.

Procuremos obedecer seriamente las condiciones que Dios ha establecido, esforzándonos por lograr la unidad que debe existir entre los creyentes. Los verdaderos seguidores de Cristo actuarán de acuerdo con los principios que Él ha establecido. "No son del mundo", dijo, "como tampoco yo soy del mundo.

Santifícalos en tu verdad; tu Palabra es verdad.... La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfeccionados en uno; y para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado". Esta es la declaración más maravillosa que jamás haya salido de los labios de Cristo. ¿Por qué no mostramos que entendemos y apreciamos estas palabras?

Se nos dice claramente que cuando recibimos a Cristo, se produce en nosotros un cambio que muestra al mundo que Dios envió realmente a Su Hijo a esta tierra. Pero, ¿cuántos de los que dicen ser cristianos lo son de palabra, obra y pensamiento? ¿Cuántos revelan al mundo la gloria que Cristo declara haber dado a su pueblo? ¿Quiénes de los que han recibido tan gran luz revelan esta luz en rayos claros y distintos por su amor y unidad?

"En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.... En Él estaba la vida; y la vida era la luz de los hombres.... Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad". Cristo vino a nuestro mundo para mostrarnos cómo vivir vidas verdaderas y rectas; y todos los que son cristianos llevarán a cabo sus principios. Lo representarán por su ternura compasiva hacia los demás. "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". "Y de Su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia". Al recibir el precioso don de la gracia, debemos impartirlo a otros. Así mostramos que estamos en sociedad con Cristo. Dios y el hombre trabajan en armonía. El hombre recibe la gracia de Cristo, y de él fluye en palabras y hechos amables hacia sus semejantes.

Cuando somos uno con Cristo, tenemos poder para mostrar al mundo que Dios ama a los seres humanos como ama a su Hijo unigénito. ¿Por qué no comemos el pan y bebemos el agua de la vida, para que la vida de Cristo se revele en nuestras vidas, y para que el mundo vea qué maravillosos privilegios son los nuestros? ¿Estará siempre Cristo decepcionado de su pueblo? ¿Se negarán siempre a cumplir las condiciones que Él ha establecido? ¿No cambiaremos esta característica de nuestra experiencia? ¿No creemos que Dios obrará con poder si no se lo impedimos haciendo caso omiso de sus requerimientos? ¿Qué no podría hacer Dios por nosotros si nos pusiéramos en relación correcta con Él y entre nosotros?

"El que ha nacido de Dios no peca", declara Juan, "porque su semilla permanece en él, y no puede pecar, porque ha nacido de Dios..... Este es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros. No como Caín,

que era de aquel inicuo, y mató a su hermano. ¿Y por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas.... Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en la muerte".

¿No seremos hacedores de la Palabra de Dios? ¿No trabajaremos en asociación con Cristo? "Con una sola ofrenda perfeccionó para siempre a los santificados.... Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice Jehová: Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré; y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades." Dios desea que tengamos todo lo que Él ha provisto para nosotros a un costo tan inmenso. La razón por la cual las grandes y grandiosas verdades que nos han sido presentadas no logran más es que no vivimos estas verdades; por lo tanto son impotentes para influenciarnos. Necesitamos una apreciación más profunda de la verdad.

Sra. E. G. White

9 de mayo de 1900

En casa de Simon

EGW

Y uno de los fariseos le rogó que comiese con él. Y entrando en casa del fariseo, se sentó a la mesa". Cristo no tenía casa propia. Los que lo invitaban a sus casas lo consideraban demasiado pobre para poseer un hogar. Pero cada casa era de Su propiedad.

Simón pensó que al hacer este banquete estaba honrando a Cristo. Pero, aunque lo que había provisto era suyo, al participar de su hospitalidad Cristo habría dado más de lo que se le había concedido. Al sentarse a la mesa del fariseo, comió la provisión que le había proporcionado su Padre. Los escribas y fariseos eran inquilinos de su casa. Su benevolencia les proporcionaba comida y ropa. Si Él no se hubiera hecho fiador del hombre, no habrían disfrutado de bendiciones. Y no sólo las bendiciones temporales provienen de Él, sino que a todos los que quieran recibirlas, les da el pan de vida.

Cristo comió con publicanos y pecadores, así como con fariseos. Cuando fue invitado a sus casas, aceptó la invitación. En esto ofendió a los escribas y fariseos, que pensaban que un judío no debía olvidar así el muro de separación que la tradición había levantado. Pero con Dios no hay sectas ni nacionalidades.

Cuando así se le acusó, Cristo respondió: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento". Se colocó en la misma avenida donde podía acceder a las almas que perecían, y plantar en los corazones humanos las semillas de la verdad, semillas que brotarían y darían fruto para gloria de Dios.

Cristo nunca se proporcionó un lujo, pero permitió que fluyeran hacia Él expresiones de respeto y amor. Era lo que le correspondía. No tenía nada en el mundo que reclamara como suyo, y sin embargo hizo el mundo y todo lo que hay en él. Por nosotros se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza. Soportó la debilidad de la humanidad. Si los ojos humanos hubieran estado abiertos, habrían visto que Él era más fuerte que el hombre fuerte armado; pero Él nunca olvidó que en la estimación del mundo Él era un hombre pobre. No había humildad fingida en Él. Él era la humildad misma. "Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo". Cuando alguien le hacía un favor, con toda cortesía y educación celestial bendecía al que se lo daba. Nunca rechazó la flor más sencilla arrancada por la mano de un niño y ofrecida a Él con amor. Aceptaba las ofrendas de los niños y bendecía a los que las daban, inscribiendo sus nombres en el libro de la vida.

"Y he aquí, una mujer pecadora en la ciudad, cuando supo que Jesús estaba sentado a la mesa en casa de un fariseo, trajo un vaso de alabastro con unguento, y se puso a sus pies, detrás de Él, llorando, y comenzó a lavarle los pies con lágrimas, y se los enjugaba con los cabellos de la cabeza, y le besaba los pies, y se los unguía con el unguento. Y viéndolo el fariseo que le había convidado, habló dentro de sí, diciendo: Este, si fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le toca; porque es pecadora."

Al curar a Simón de la lepra, Cristo le había salvado de una muerte en vida. Pero ahora Simón se preguntaba si Cristo era profeta. Porque Cristo permitió que esta mujer se le acercara, porque no la desdeñó indignado como a alguien cuyos pecados eran demasiado grandes para ser perdonados, porque no mostró que se daba cuenta de que ella había caído, Simón estuvo tentado de pensar que no era profeta. Su corazón se llenó de desconfianza e incredulidad. Jesús no sabe nada de esta mujer, tan libre en sus manifestaciones, pensó, o no le permitiría tocarle.

Pero Simón no podía leer el corazón de su Huésped. Era su ignorancia del único Dios verdadero, y de Jesucristo, a quien Él había enviado, lo que le llevaba a pensar como pensaba. Todavía no se había convertido completamente de su fariseísmo. No se daba cuenta de que en tales ocasiones el Hijo de Dios debía

actuar a la manera de Dios, con compasión, ternura y misericordia. El modo de actuar de Simón fue no hacer caso del servicio penitente de María, de su acción humilde. Su acto de besar los pies de Cristo y ungirlos con unguento fue exasperante para Simón. Pensaba que si Cristo fuera profeta, reconocería a los pecadores y los reprendería.

Leyendo los pensamientos de Simón, Cristo les contestó antes de que hubiera hablado, mostrando así que era profeta de profetas. "Simón -dijo-, tengo algo que decirte: Había cierto acreedor que tenía dos deudores; uno debía quinientos peniques, y el otro cincuenta. Y como no tenían con qué pagar, les perdonó francamente a los dos. Dime, pues, ¿cuál de ellos le amará más? Respondiendo Simón, dijo: Supongo que aquel a quien perdonó más. Y Él le dijo: Con razón has juzgado".

Como hizo Natán con David, Cristo escondió Su empuje hogareño bajo el velo de una parábola. Echó sobre su anfitrión la carga de pronunciar sentencia sobre sí mismo. Esta manera de presentar el asunto hizo que Simón se sintiera muy incómodo. Él mismo había llevado al pecado a la mujer que ahora despreciaba. Él la había agraviado profundamente. Los dos deudores de la parábola son Simón y la mujer. El pecado de Simón se muestra como diez veces mayor que el de la mujer, tanto mayor como una deuda de quinientos peniques es mayor que una deuda de cincuenta peniques.

Simón comenzó a verse a sí mismo bajo una nueva luz. Vio cómo consideraba a María un profeta en todo el sentido de la palabra. Vio que Cristo leía con aguda mirada profética su corazón de amor y devoción. Simón se avergonzó. Sintió que estaba en presencia de un ser superior a él.

Simón había dudado de que Cristo fuera profeta, pero en su mismo conocimiento de esta mujer, Cristo dio pruebas de su carácter profético. Sus poderosas obras daban testimonio de Él. Sus milagros, su maravillosa instrucción, su larga paciencia, su humildad, todo era evidencia de su divinidad. Simón no tenía por qué dudar.

"Entré en tu casa", continuó Cristo, "no me diste agua para los pies"; pero con lágrimas de arrepentimiento, impulsada por el amor, me ha lavado los pies y los ha enjugado con los cabellos de su cabeza. "No me diste beso"; pero esta mujer, a la que despreciáis, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. El lavatorio de los pies y el beso de bienvenida eran atenciones que no se mostraban invariablemente a los huéspedes. Era costumbre concederlos a

aquellos a quienes se deseaba mostrar una consideración especial. Cristo debería haber recibido estas atenciones de su anfitrión, pero no lo hizo.

Cristo relató las oportunidades que Simón había tenido de mostrar su amor por su Señor, y su aprecio por lo que se había hecho por él. Sin rodeos, pero con delicada cortesía, Cristo aseguró a sus discípulos que su corazón se entristece cuando sus hijos no le expresan su gratitud con palabras y obras de amor. Algunos pueden pensar que esta escritura ya no tiene vigencia, pero sí la tiene. Escribiendo acerca de aquellas mujeres que debían ser honradas, Pablo dijo: "Si ha hospedado a forasteros, si ha lavado los pies de los santos, si ha aliviado a los afligidos, si ha seguido con diligencia toda buena obra." Muchos necesitan simpatía y aprecio. Pero los que quieran lavar los pies de los santos deben tener un discernimiento santificado, para poder reconocer a un santo. La vestidura del mensajero de Dios puede estar manchada por el viaje y desgastada, pero puede ser un ángel disfrazado. Sin ser reconocidos, los ángeles hablan con los hombres, dirigiéndoles palabras que son para sus almas como el agua de la vida. María era considerada una gran pecadora, pero Cristo conocía las circunstancias que la habían hecho así. Vio que tenía grandes capacidades para el bien. Vio la mejor fase de su carácter y supo que, por su gracia, llegaría a ser partícipe de la naturaleza divina y purificaría su alma obedeciendo a la verdad.

Cristo podría haber apagado toda chispa de esperanza en el alma de María, pero no lo hizo. El Escudriñador del Corazón leyó los motivos que la llevaron a actuar, y también vio el espíritu que impulsó las palabras de Simón. "¿Ves a esta mujer? Él le dijo; es pecadora; "Yo te digo que sus pecados, que son muchos, le son perdonados; porque amó mucho; pero a quien poco se le perdona, poco ama. Y le dijo: Tus pecados te son perdonados".

Los presentes, pensando en Lázaro, que había sido resucitado de entre los muertos por Cristo, y que en aquel momento era huésped en casa de su tío, empezaron a preguntar, diciendo: "¿Quién es éste que perdona también los pecados?". Pero Cristo continuó: "Tu fe te ha salvado; vete en paz".

Jesús conoce las circunstancias de cada alma. Puedes decir, soy pecador, muy pecador. Puede ser; pero cuanto peor eres, más necesitas a Jesús. Él no rechaza a ningún alma contrita y llorosa. No le dice a nadie todo lo que podría revelar, pero le pide a toda alma temblorosa que tenga valor. No rechazará a nadie que venga a Él penitente y creyente. Él perdonará libremente a todos los que vengan en busca de perdón y restauración.

Pero conocer a Jesús requiere un cambio de corazón. Ningún inconverso, en su estado natural de depravación, ama a Cristo. El amor a Jesús es el primer resultado de la conversión. Se da la prueba de este amor: "Si me amáis, guardad mis mandamientos". "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor".

Cristo podría encargarse a los ángeles del cielo que derramaran las ampollas de la ira sobre nuestro mundo, lleno de hipocresía y pecado, destruyendo a los que están llenos de odio a Dios. Podría borrar esta mancha oscura de su universo. Pero no lo hace. Él está hoy ante el altar del incienso, presentando ante Dios las oraciones de los que desean Su ayuda. "¿Quién es el que condena? Cristo es el que murió, más aún, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros".

Jesús debe ser amado y se debe confiar en él. A todos los que quieren ser obedientes, Él los conduce paso a paso hacia arriba, tan rápido como pueden avanzar, para que, mientras están al lado del Portador del Pecado, en la luz que procede del trono de Dios, puedan respirar el aire de los atrios celestiales. Junto a su gran Intercesor, el pecador arrepentido está por encima de la contienda y de la acusación de las lenguas. "¿Quién es el que os dañará, si sois seguidores de lo que es bueno? Y si padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois; y no temáis el terror de ellos, ni os turbéis."

Ningún ser humano, aunque esté unido a ángeles malignos, puede impugnar a las almas que han huido a Cristo en busca de refugio. Él ha unido el alma creyente a su propia naturaleza divino-humana. En Su oficio mediador, Su divinidad y humanidad están combinadas, y de esta unión pende la esperanza del mundo.

Sra. E. G. White

16 de mayo de 1900

Ministerio

EGW

En su vida y en sus lecciones, Cristo dio un ejemplo perfecto del ministerio desinteresado que tiene su origen en Dios. Dios no vive para sí mismo. Al crear el mundo y sostener todas las cosas, está constantemente ministrando a los

demás. Satanás representó mal a Dios ante el mundo, como lo hizo con Adán y Eva. El egoísmo tiene su origen en Satanás, y en la medida en que se le consiente, en esa misma medida se aprecian los atributos de Satanás; pero Satanás acusó a Dios de estos atributos, y la creencia en sus principios se fue difundiendo cada vez más. El Hijo de Dios debe demostrar que estos principios son falsos y que el carácter de Dios es de amor. El Padre debía ser representado correctamente por Él. Dios confió su ideal a Cristo y lo envió al mundo, investido de divinidad, pero portador de humanidad.

Cristo se rebajó a tomar la naturaleza del hombre, para poder revelar los sentimientos de Dios hacia la raza caída. El poder divino se puso al alcance de todos, para que los seres humanos pecadores pudieran revelar la imagen de Dios. Cristo asumió nuestra naturaleza para contrarrestar los falsos principios de Satanás. Vino a dar por su ministerio una expresión de la mente de Dios.

Y con claridad y poder Cristo expuso los atributos de Dios. Él es "el resplandor de su gloria y la imagen misma de su persona", incluso "la imagen del Dios invisible"; sin embargo, se humilló a sí mismo tomando la forma de siervo. Nuestro Redentor es una revelación perfecta de la Divinidad; y es importante que, como discípulos suyos, comprendamos a través de Él la relación de Dios con nosotros, y nuestra relación con Dios. Él es el gran Maestro del mundo; y lo que sabemos de Dios a través de Él es la medida de nuestro conocimiento práctico de la verdad tal como es en Jesucristo.

Para que Su pueblo no se dejara engañar por el egoísmo que habita en el corazón natural, y que se fortalece sirviéndose a sí mismo, Cristo mismo nos dio un ejemplo de verdadero servicio. No quiso dejar este gran tema a cargo del hombre. Lo consideró de tanta importancia que Él mismo, igual a Dios, lavó los pies de sus discípulos. "Vosotros me llamáis Maestro y Señor -dijo-, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque os he dado ejemplo, para que hagáis como yo he hecho con vosotros. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, felices seréis si las ponéis por obra."

La ordenanza de la humildad ilustra con mayor fuerza la necesidad del verdadero ministerio. Los discípulos debían observar esta ordenanza para tener siempre presentes las lecciones de humildad y ministerio que Cristo les había dado. No mucho antes, Juan y Santiago habían acudido a su Maestro con la petición: "Quisiéramos que hicieras por nosotros todo lo que deseamos. Él les

dijo: ¿Qué queréis que haga por vosotros? Ellos le dijeron: Concédenos sentarnos, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, en tu gloria". A los otros discípulos les disgustó mucho esta petición. Jesús los llamó a todos y habló con ellos: "Vosotros sabéis que los que son tenidos por señores de los gentiles ejercen sobre ellos señorío, y sus grandes ejercen sobre ellos autoridad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera ser grande entre vosotros, será vuestro servidor; y el que de vosotros quiera ser el más importante, será siervo de todos. Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos."

Mientras los discípulos se disputaban el puesto más alto en el reino prometido, Cristo se ciñó y desempeñó el oficio de siervo lavando los pies de los que le habían llamado Señor. Él, el puro y sin mancha, estaba a punto de ofrecerse como expiación por el mundo; y mientras comía la Pascua con sus discípulos, puso fin al sacrificio que durante cuatro mil años se había ofrecido. En lugar de la fiesta nacional que el pueblo judío había observado, instituyó un servicio conmemorativo, la ordenanza del lavatorio de los pies y la cena sacramental, para ser observada a través de todos los tiempos por sus seguidores en todos los países. Estos deben repetir siempre el acto de Cristo, para que todos puedan ver que el verdadero servicio exige un ministerio desinteresado.

Las palabras de Cristo en esta ocasión deben ser estudiadas, apreciadas y obedecidas. El espíritu de egoísmo que llevó a Santiago y a Juan a pedir el primer lugar en el reino, si lo hubieran acariciado, habría resultado en un servirse a sí mismos, y se habrían perdido eternamente. Los sentimientos de muchos que pretenden ser hijos e hijas de Dios necesitan un gran cambio. El Hijo de Dios era rico, pero por nosotros se hizo pobre, para que nosotros nos enriqueciéramos con su pobreza. Su ejemplo debe ser seguido por todos los que llevan Su nombre. "Somos colaboradores de Dios; vosotros sois la labranza de Dios, vosotros sois el edificio de Dios". Sra. E. G. White.

(Concluido la próxima semana).

23 de mayo de 1900

Ministerio-Nº 2

EGW

La ordenanza del lavamiento de los pies es una ordenanza de servicio. Esta es la lección que el Señor desea que todos aprendamos de ella. Desea que

pensemos en todo su significado, no meramente en el acto de la limpieza externa. Esta lección fue dada para revelar la gran verdad de que Cristo es un ejemplo de lo que nosotros, por su gracia, debemos ser en nuestro trato mutuo. Muestra que toda la vida debe ser un ministerio humilde y fiel. Esta ordenanza significa mucho para nosotros; y cuando se practica correctamente, los hijos de Dios son llevados por ella a una relación santa unos con otros, para bendecirse y ayudarse mutuamente.

Hay un objetivo ante todos los cristianos. Deben hacer la obra que Cristo hizo mientras estuvo aquí en la tierra. "¿No sabéis, dijo, que es necesario que yo me ocupe de los negocios de mi Padre? Vine a mostrar lo que el Señor requiere de todos los que quieren ganar la vida eterna. La obra de Cristo fue realizada según la ley del servicio, y Él nos dice: "Sin Mí nada podéis hacer". Después de su ascensión se apareció a sus discípulos, que habían vuelto a la pesca. Tan cansados y desanimados estaban que al principio no reconocieron Su voz. Les preguntó si habían pescado algo, y le respondieron con tristeza. "Hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada". En tonos claros y tranquilos, las palabras de Cristo resonaron sobre el agua: "Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis". Se apresuraron a cumplir su orden, pero diciendo al mismo tiempo: "Hemos trabajado toda la noche sin éxito; no es probable que ahora tengamos éxito." Pero el éxito que siempre sigue a la obediencia coronó sus esfuerzos. No pudieron recoger la red, tan llena estaba de peces. Inmediatamente olvidaron la infructuosa labor de la noche. Vieron a Jesús como Salvador resucitado y creyeron en Él. De este milagro aprendieron la lección que todos necesitan aprender: que sin la cooperación de Cristo, todo trabajo será duro e inútil.

Si queremos trabajar como Cristo trabajó, debemos tener la mente de Cristo. Él no puede cooperar con aquellos cuyas vidas revelan discordia, contienda y amargura. Los que abrigan estos atributos no son susceptibles a la influencia del Espíritu Santo. El divino Consolador lucha con ellos, pero ellos cierran la puerta del corazón a sus bondadosas súplicas, deseando que se les deje en paz en su insensata y egoísta perversidad. Encuentran una satisfacción, una especie de descanso, sin perdón, sin llevar el yugo de Cristo y aprender su mansedumbre y humildad. Pero que venga la adversidad, y descubrirán que se han apoyado en una caña quebrada. No hay paz para los impíos. Se verán diferencias y disensiones entre los que no son escogidos por el Señor; pero que no broten ni den fruto entre los que dicen representar a Cristo. No hay obra más sagrada para los cristianos que mantener la paz entre ellos. Entonces presentan al mundo la

unidad que Cristo rogó que existiera, y dan testimonio de que Dios envió a Cristo al mundo para redimir al género humano.

Dondequiera que vayamos, hagamos lo que hagamos, debemos tener la sensación permanente de que estamos al servicio del Señor. El mundo está lleno de personas que necesitan ser atendidas: los débiles, los indefensos, los ignorantes. Los seguidores de Cristo no deben abrigar ningún motivo egoísta, ningún sentimiento de autoexaltación. Quien demuestre que desea el lugar más alto, sin tener en cuenta a los que le rodean, quien piense que debe ser especialmente favorecido, está lejos de comprender el significado de las palabras de Cristo: "El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir."

Los principios de la ley de Dios deben grabarse en nuestros corazones y llevarse a cada fase de la vida. A nuestros hijos se les debe enseñar la obediencia a los mandamientos de Dios. Cuando esta ley esté grabada en nuestros corazones, ciertamente ministraremos a otros por amor a Cristo. Pero hay muchos que no viven la vida misericordiosa y desinteresada de Cristo. Algunos que se consideran excelentes cristianos no entienden lo que constituye el servicio a Dios. Planean y estudian para complacerse a sí mismos. Actúan sólo en referencia a sí mismos. El tiempo sólo tiene valor para ellos en la medida en que lo pueden ganar para sí mismos. Este es su objetivo en todas las transacciones comerciales. No ministran para otros, sino para sí mismos. Dios los creó para vivir en un mundo en el que deben prestar un servicio desinteresado. Los diseñó para ayudar a sus semejantes de todas las maneras posibles. Pero en lugar de hacer esto, se aferran a todo para sí mismos. El "yo" es tan grande que no pueden ver nada más. No están en contacto con la humanidad que sufre.

Los que así viven para sí mismos son como la higuera, que pretendía todo, pero era infructuosa. Cuando Cristo se acercó a ella, buscando fruto porque tenía hambre, ningún fruto recompensó su búsqueda. Pronunció una maldición fulminante sobre este árbol. "No dejes que nazca de ti fruto para siempre", dijo, y al instante la higuera se marchitó. Este árbol sin fruto simbolizaba la condición de la nación judía en aquel tiempo. Se les concedían todas las oportunidades y privilegios. Cristo vino a mostrarles el camino de la vida, pero ellos estaban decididos a seguir su propio camino egoísta, y el Señor los entregó como unidos a sus ídolos. Los dejó perecer en la destrucción de Jerusalén. Si hubieran guardado la ley de Dios, habrían hecho la misma obra desinteresada que hizo Cristo, y así habrían cumplido el propósito de Dios para ellos.

La nación judía se llevó la ruina a sí misma al negarse a servir a los demás. El amor a Dios y a sus semejantes fue eclipsado por el orgullo y la autosuficiencia. Cristo vino a contrarrestar esta influencia. Vivió la ley de Dios ministrando a los que le rodeaban. Con la ilustración de la higuera seca quiso enseñar a los discípulos una lección que nunca olvidarían, y esta lección es una advertencia para cada nación, para cada individuo. Nadie puede guardar la ley de Dios sin servir a los demás. El hombre no debe actuar como si hubiera una regla para el amo y otra para el siervo. Cristo fue un siervo; no vivió para complacerse a sí mismo; y con su vida de servicio ha ennoblecido todo servicio. Los que por amor de Cristo atienden a los hambrientos y sedientos, a los enfermos y encarcelados, porque ven en cada ser un alma por la que Cristo murió; los que no se exaltan por encima de sus semejantes, sino que atienden a sus necesidades, están haciendo la obra que Cristo vino a hacer. Para ellos el Padre ha preparado una recompensa.

Sra. E. G. White

30 de mayo de 1900

"Ve, trabaja hoy en mi viña"

EGW

El Señor de la vida y de la gloria se humilló hasta asumir la naturaleza humana, para que en Él y por medio de Él los hijos e hijas caídos de Adán pudieran unirse a Dios. Nunca pudo un padre terrenal sentir tan grande y profunda piedad y simpatía por sus hijos e hijas como nuestro Padre celestial siente por los suyos. Nunca los mortales podrán mostrar un amor como el que Dios ha mostrado por la familia humana. Dios se revela en Cristo lleno de misericordia, amor, bondad y verdad. Su compasión no se puede medir. Mirad la cruz del Calvario. Contempla allí el precioso don de Dios. Él "amó tanto al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".

Esta es la verdad que hay que proclamar en todas partes. En esta época prevalecen la incertidumbre y la irreligión. Hay hambre en el mundo de la Palabra verdadera. Pero ¡qué pocos son los que predicán el Evangelio sin mezclarlo con la tradición humana! Dice el apóstol Pablo. "Mi discurso y mi predicación no fueron con palabras seductoras de sabiduría humana, sino con demostración del Espíritu y de poder". Hoy en día las verdades sencillas de la Palabra de Dios son predicadas por muy pocos. Escudriñemos y probemos

nuestros corazones para ver si tenemos una carga de alma por los que no conocen la verdad, una carga que nos lleve a trabajar fielmente por ellos. Ha llegado el tiempo, y esto se verá cada vez más claramente, en que un abanderado de Dios, que ministra en palabra y doctrina, está mucho más seguro que los que poseen oro y plata.

Debemos poner una alta estima en el Evangelio, construyendo nuestras esperanzas en la Roca segura, Cristo Jesús. La levadura de la verdad en el alma nos llevará a hacer la misma obra que Cristo hizo cuando estuvo en esta tierra, a mostrar el mismo amor por los demás que Él mostró por nosotros. Todos los que conocen este amor son privilegiados por encima de cualquier cosa que el lenguaje pueda expresar. Comprenderlo significa entender lo que Pablo quiso decir cuando dijo: "Para que os conceda, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior [mediante la levadura de la verdad]; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones; a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."

Si somos obreros junto con Dios, el profundo interés que tenemos en aquellos por quienes Cristo murió nos llevará a utilizar sus preciosos dones de la mejor manera para rescatar a las almas que están muriendo en sus pecados. Al usar el poder que tenemos en las líneas de Dios, seremos alentados a ejercitar la fe. Se nos mostrará lo que podemos hacer en conexión con Cristo.

Hay muchas almas que salvar. A menudo tendrás que comenzar tu trabajo alimentando a los hambrientos, atendiendo sus necesidades corporales. Esto te dará la oportunidad de atender las necesidades del alma. Así se prepara el camino para la elevación de Cristo. Con aquellos que hacen este trabajo porque el Señor se lo ha dado para que lo hagan, cazando la oveja perdida, hablando palabras amorosas a tiempo y fuera de tiempo, ayudando a los necesitados, hablándoles del maravilloso amor que Jesús les tiene, el Salvador es siempre precioso, impresionando los corazones de los pobres, los miserables, los desdichados, con su necesidad.

"¿No es éste el ayuno que he elegido?" pregunta Dios, "para desatar las ligaduras de la maldad, para deshacer las cargas pesadas, y para dejar libres a los oprimidos, y que rompáis todo yugo? ¿No es repartir tu pan al hambriento,

y que traigas a tu casa a los pobres desechados? Cuando veas al desnudo, que lo cubras, y que no te escondas de tu propia carne?".

Esta es la receta que Cristo ha dado a los santos pusilánimes, dudosos y temblorosos. En esta palabra Él ha dado algo definido y sólido para que las almas enfermas se agarren y se apoyen. Que los afligidos, que caminan tristemente ante el Señor, se levanten y ayuden a alguien que necesite ayuda. Dios les dice: "Entonces nacerá tu luz como la mañana, y tu salud brotará pronto; y tu justicia irá delante de ti; la gloria del Señor será tu recompensa". Cristo es nuestra justicia. Él va delante de nosotros mientras hacemos esta obra, y la gloria del Señor le sigue.

Cristo ha señalado definitivamente nuestro trabajo; porque Él mismo, el Hijo del Dios viviente, se inclinó para elevar a los caídos. Por medio de promesas y palabras de seguridad trató de ganar para Sí a los pobres, los perdidos, los que sufren. Los seres humanos son preciosos a los ojos del Señor. ¿No es algo muy extraño que consideremos tan ligeramente a aquellos por quienes Cristo ha muerto, que pongamos tan poco de nosotros mismos en la obra de hacer lo que podamos para rescatar a los que sufren pobreza, enfermedad y angustia, que necesitan saber que Cristo perdonará sus pecados y perdonará sus transgresiones? Nuestro trabajo debe hacerse por amor a Cristo y por amor a los seres que el Señor amó tanto que dio a su Hijo unigénito para morir por ellos.

Satanás ha preparado toda clase de tentaciones para atrapar a los jóvenes, y no sólo a los jóvenes, sino a los de todas las edades. Ha tendido su red para ricos y pobres, a fin de arruinar la obra de Dios. Cada año multitudes se arruinan por la intemperancia, y sin embargo hay miles y miles de tabernas sostenidas por la ley. Y la iglesia, que debería ser un poder vivo, está dormida. Se necesitan hombres de discernimiento, de piedad vital. Tales hombres verán con horror la práctica de legalizar el trabajo de fabricar borrachos. Pero la gran mayoría da su influencia al destructor, ayudándole con su voz y su voto a destruir la imagen moral de Dios en el hombre, sin pensar en las familias que se degradan por un apetito pervertido por el licor.

Muchos hombres no tienen la fuerza moral para pasar de una taberna, con sus atracciones e invitaciones. Entra y se lleva el vaso a los labios. La bebida embriagadora le quita la razón y lo pone bajo el control de un espíritu que lo lleva a la violencia y al asesinato. Su salud queda arruinada y su capacidad para distinguir entre el bien y el mal, entre lo sagrado y lo común, destruida. Su mujer y sus hijos son mendigos, y todo porque no se resistió a las tentaciones de

Satanás. El vendedor de licor conoce el efecto de beber licor; porque se demuestra a su propia puerta en escenas de riñas y peleas. ¡Qué cuentas tendrán que rendir a su Dios los licoreros! ¡Qué cuentas tendrá que rendir también el pobre ebrio! Ha traído hijos al mundo con los mismos deseos que lo controlan a él. Sus inclinaciones pecaminosas se perpetuarán en sus hijos y en los hijos de sus hijos. Un hombre se contamina por un mal proceder, y contamina a muchos otros.

Como los hombres, y también las mujeres, son engañados de esta manera, ¿no obrará el Señor a través de Su iglesia, impresionando a Su pueblo para que cumpla con su deber respecto a estas víctimas del pecado? Para muchos, el licor ha sido considerado como el único consuelo en los problemas. Si el pueblo de Dios aprovecha las oportunidades que se le ofrecen, verá la obra que espera ser hecha. Harán la obra que Dios hubiera querido que hicieran al principio de su experiencia, cuando sus almas estaban llenas de gozo y alegría porque sus pecados habían sido perdonados.

Todos los que se esfuerzan en el nombre del Señor Jesús para contrarrestar el mal de la autoindulgencia están haciendo el mismo trabajo que Jesús de Nazaret vino a hacer a nuestro mundo. Esforzaos por salvar a todos los que podáis. No argumentéis que el mal es tan profundo y está tan extendido, y que aumenta tan rápidamente, que vuestros esfuerzos no servirán de nada. Reúnanse en torno al estandarte de Cristo. Ved en los especímenes degradados de la humanidad, hombres y mujeres a quienes Cristo vino a salvar. Aunque se hayan hundido en las más bajas profundidades del pecado, existe la posibilidad de salvarlos. "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento", declaró Cristo. La Iglesia de Dios está llamada a buscar y salvar a los pecadores. Dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, presentando al mismo tiempo el amor del gran Médico.

Entre los ricos hay alegría, bebida, juerga, disipación. Hay bailes, juegos, teatros. Todo esto tienta a hombres y mujeres de su lealtad a Dios. Los hay como la doncella que bailó delante de Herodes, encaprichando tanto al rey que Satanás se apoderó de su mente y lo llevó a sacrificar la vida de uno de los más grandes profetas. Pero, a pesar de todo esto, trabaja, trabaja, por amor de Cristo, trabaja. Tienes la obligación ante Dios de mostrar interés por los que te rodean. Tu prójimo puede estar cediendo a la tentación de destruirse a sí mismo bebiendo licor y consumiendo tabaco. Puede estar quemando sus órganos vitales con estimulantes ardientes. Él está siguiendo este curso a la ruina de sí mismo y su esposa e hijos, que no tienen éxito en tratar de detener los pies que están

viajando por el camino a la perdición. Dios te llama a hacer todo lo que esté en tu poder para salvar a tus semejantes. Las almas no deben dejarse perecer. Levanta ante ellos al Salvador crucificado. Señálales al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Algunos serán inducidos a mirar al Salvador. Cristo les inspirará fe para mirar y vivir.

Sra. E. G. White

<https://secabipministerio.wixsite.com/scbp>